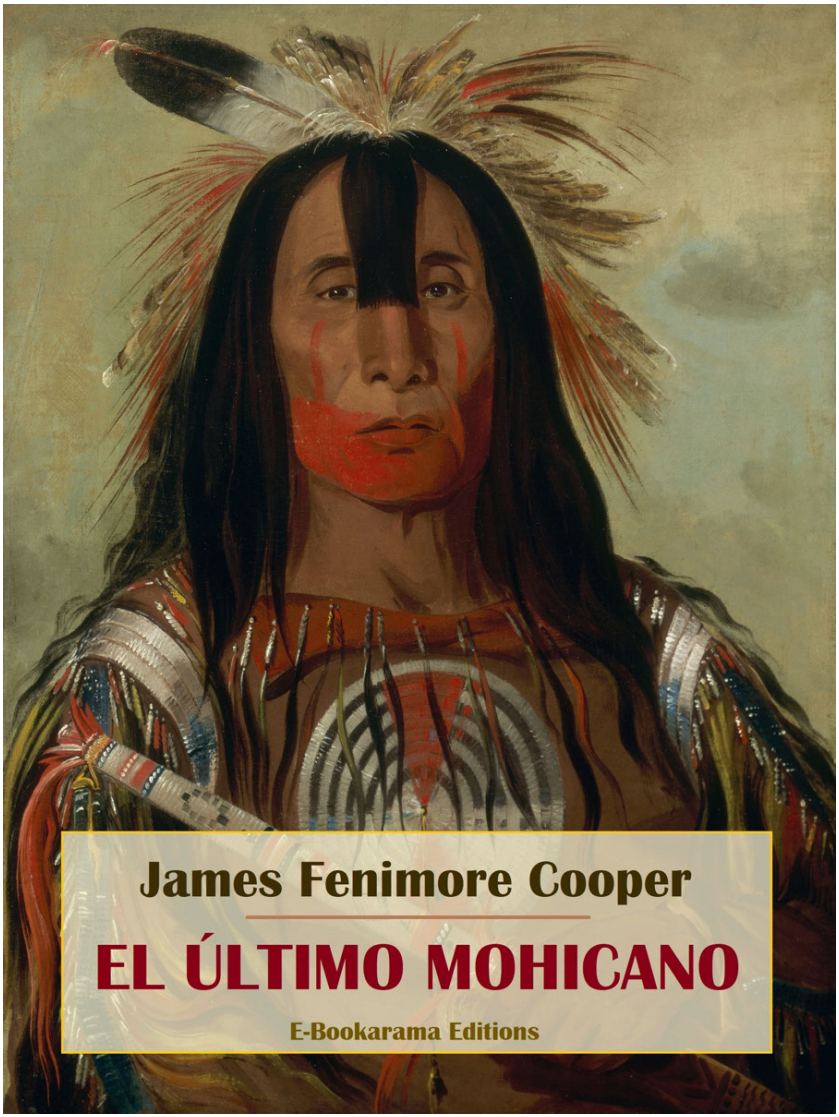
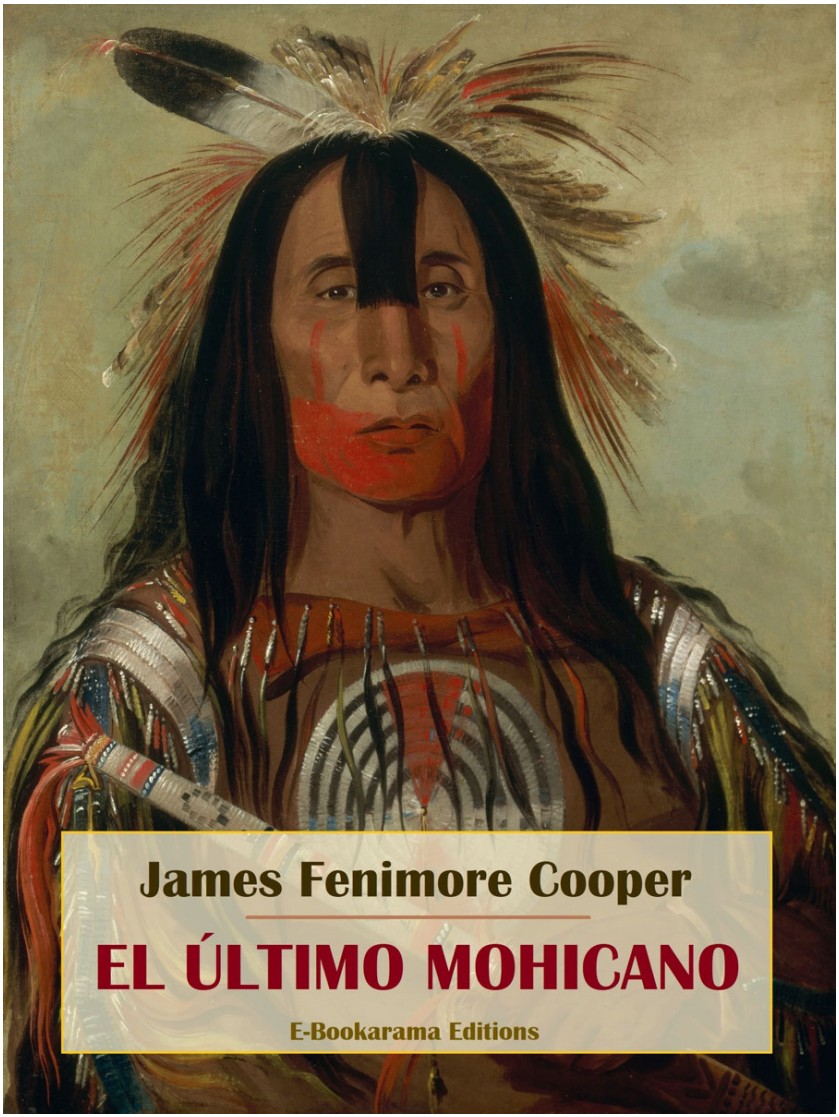

James Fenimore Cooper
EL ÚLTIMO MOHICANO
E-Bookarama Editions


James Fenimore Cooper
EL ÚLTIMO MOHICANO
E-Bookarama Editions

James Fenimore Cooper

El último mohicano

Tabla de contenidos

EL ÚLTIMO MOHICANO

Introducción del autor

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII - FIN

Notas

EL ÚLTIMO MOHICANO

James Fenimore Cooper

Introducción del autor

Se da por hecho que el escenario del presente relato, así como la mayor parte de la información necesaria para entender sus alusiones, se ha expuesto de un modo suficientemente claro para el lector en el texto mismo, o bien por medio de las notas que lo acompañan. Con todo, existe tal grado de misterio en las tradiciones indias, y tanta confusión en cuanto a los nombres indios, que resulta de gran utilidad algún tipo de explicación respecto.

Pocos hombres dan muestra de una diversidad mayor, o, si cabe, de mayor variedad de carácter, que el guerrero nativo de norteamérica. En la guerra es osado, arrogante, astuto, agresivo, sacrificado e individualista; en la paz es justo, generoso, hospitalario, vengativo, supersticioso, modesto y, con frecuencia, comedido. Tales cualidades, en verdad, no distinguen a todos por igual; pero por el momento constituyen, a grandes rasgos, las características predominantes de estas formidables gentes.

En general, se tiende a creer que los aborígenes del continente americano tienen un origen asiático. Existe un buen número de hechos, tanto físicos como espirituales, que corrobora tal opinión, así como algunos otros que podrían contradecirla.

El color del indio, en opinión del que suscribe, es único en sí mismo; y aunque sus pómulos denotan un notable indicio de origen tártaro, sus ojos, en cambio, no. El clima pudo haber influido mucho sobre lo primero, pero resulta difícil comprender cómo habría producido la sustancial diferencia que se da en cuanto a lo segundo. La imaginería conceptual del indio, tanto en su poesía como en su oratoria, es de tipo oriental —domada y, si acaso, mejorada por el limitado alcance de su conocimiento práctico—. Elabora sus metáforas partiendo de las nubes, las estaciones, las aves, las bestias y el mundo vegetal. Mediante estas interpretaciones, quizá no actúe de modo distinto de lo que lo haría

cualquier otra raza enérgica e imaginativa, obligada a ponerle coto a la imaginación a través de la experiencia; pero el indio norteamericano arropa sus ideas con una vestimenta distinta a la africana, siendo oriental en sí misma. Su lenguaje posee la riqueza y plenitud sentenciosa del chino. Así, expresará una frase con una sola palabra y dará sentido a una oración completa por medio de una sílaba; incluso comunicará significados distintos mediante las más simples inflexiones de su voz.

Los filólogos han declarado que existen tan sólo dos o tres lenguas, propiamente dichas, entre todas las numerosas tribus que antaño ocupaban el territorio que hoy en día ocupan los Estados Unidos. Achacan las consabidas dificultades de comprensión entre los diversos pueblos a las corrupciones sufridas por el lenguaje y a la formación de dialectos. El que suscribe recuerda haber estado presente en una entrevista celebrada entre dos jefes de las Grandes Praderas al oeste del Mississippi, atendido por un intérprete que dominaba los idiomas de ambos. Los guerreros aparentaban una correspondencia mutua de lo más amistosa y, al parecer, conversaron mucho; no obstante, de acuerdo con lo dicho por el intérprete, cada uno ignoraba por completo lo que decía el otro. Pertenecían a tribus hostiles, reunidos por la influencia del gobierno americano; y merece resaltarse el hecho de que una política común les llevó a ambos a abordar la misma cuestión. Se exhortaron mutuamente a ser útiles en caso de que los avatares de la guerra llevase a una de las dos partes a caer en manos de sus enemigos. Sea cual sea la verdad respecto a las raíces y la genialidad de las lenguas indias, es muy cierto que hoy en día son tan distintas en cuanto a sus palabras que presentan muchas de las desventajas propias de aquellos idiomas que resultan extraños entre sí; de ahí gran parte de la vergüenza que ha surgido a la hora de aprender sus historias, así como mucha de la incertidumbre que atañe a sus tradiciones.

Al igual que las naciones de pretensiones más elevadas, el indio americano ofrece una visión de su propia tribu o raza muy distinta de la que pueden dar otros. Muestra la incorregible tendencia a exagerar los valores propios, a la vez que subestima los de su rival o enemigo; un detalle que bien puede considerarse corroborativo del relato Mosaico de la creación.

Los blancos han contribuido en gran medida a oscurecer aún más las tradiciones de los aborígenes por su propio modo de corromper nombres. Así pues, el término utilizado en el título de este libro se ha visto sometido a cambios tales como mahicanni, mohicanos y moheganos; siendo la última de estas versiones la que más ha sido empleada por los blancos. Al recordar que los holandeses (los primeros que se establecieron en Nueva York), los ingleses, así como los franceses dieron nombre a las tribus que habitaban dentro del territorio que sirve de escenario a esta historia, y el hecho de que los indios dieran nombre no sólo a sus enemigos sino a menudo a sí mismos, se comprenderán las causas de tal confusión.

En estas páginas, lenni-lenape, lenope, delaware, wapanachki y mohicanos son términos que se refieren a un mismo pueblo, o a tribus de la misma estirpe. Por otra parte, los mengwe, los maquas, los mingos y los iroqueses, aunque no sean estrictamente lo mismo, con frecuencia se identifican entre sí por aquéllos que los mencionan, hallándose políticamente confederados y en oposición a los antes aludidos. Mingo era un término particularmente despectivo, al igual que mengwe y maqua —aunque en menor grado—.

Los mohicanos fueron los dueños de la tierra que primeramente ocuparon los europeos en esta porción del continente. En consecuencia, fueron los primeros desposeídos; y el aparentemente inevitable destino de todas esas gentes, quienes desaparecen ante los avances —o, podría decirse, las profundizaciones— de la civilización, del mismo modo en que el verdor de sus bosques nativos decae ante la punzante helada, se muestra ya como un hecho evidente. Hay suficiente verdad histórica en aquello que se ve como para justificar el uso que se ha hecho del mismo.

En honor a la verdad, el territorio que constituye el escenario del siguiente relato ha experimentado cambios tan insignificantes como casi cualquier otra extensión territorial de dimensiones semejantes, dentro de las fronteras de los Estados Unidos, desde que tuvieron lugar los acontecimientos aludidos. Existen puntos de provisión de agua bien atendidos y acondicionados en el mismo lugar, cerca de la fuente natural donde Ojo de halcón se detenía a beber, y hay carreteras que atraviesan aquellos bosques en los que él y sus

compañeros estaban obligados a viajar sin referencia o camino alguno. El sitio de Glenn ubica un gran poblado; y mientras que del Fuerte William Henry, e incluso de una fortaleza posterior, sólo quedan ruinas, existe otro pueblo en las orillas del Horicano. No obstante, aparte de esto, el ánimo emprendedor y las energías de unos pobladores que han realizado tanto en otros lugares han logrado muy poco aquí. La totalidad de ese territorio salvaje, en el cual tuvieron lugar los incidentes tardíos de la leyenda, aún es prácticamente una tierra sin domar, a pesar de que el piel roja haya abandonado por completo esta parte del estado. De todas las tribus nombradas en estas páginas, únicamente quedan algunos exponentes de los oneidas, a medio civilizar, en sus reservas de Nueva York. El resto ha desaparecido, bien desplazándose de las regiones en las que habitaban sus predecesores, o bien desvaneciéndose por completo de la faz de la tierra.

Hay algo sobre lo cual debemos pronunciamos antes de concluir esta introducción, Ojo de halcón llama «Horicano» al Lac du Saint Sacrement. Dado que creemos que constituye una apropiación del nombre que tiene su origen en nosotros, quizá sea hora de que deba ser abiertamente admitido tal hecho. Al escribir la presente obra, a un cuarto de siglo entero de distancia, se nos ocurrió que la denominación francesa para el mencionado lago podría ser excesivamente complicada, mientras que la americana demasiado común y la india demasiado difícil de pronunciar, de cara a su utilización familiar en una obra de ficción. Se pudo constatar, en un mapa antiguo, que una tribu de indios, llamados «Les Horicans» por los franceses, habitaba las vecindades de esta bella extensión de agua. Teniendo en cuenta que las palabras pronunciadas por Natty Bumppo no se han de considerar todas como verdades rígidas, nos tomamos la libertad de hacerle utilizar el nombre de «el Horicano», en lugar del de «Lago George». El nombre parece haber gozado de favor y, todo hay que decirlo, posiblemente sea mejor dejarlo así, en vez de recurrir de nuevo a la casa de los Hanover para nombrar a nuestra mejor extensión de agua. En cualquier caso, por medio de esta confesión, aliviamos nuestras conciencias, dejando que ejerza su autoridad como más convenga.

1850.

Capítulo I

Mis oídos están dispuestos y mi corazón preparado:

Lo peor es la pérdida material que puedes revelar:

Di, ¿está perdido mi reino?

Shakespeare.

Una característica particular que presentaban las guerras coloniales de Norteamérica queda constituida por el hecho de que los contendientes hubieron de enfrentarse a las vicisitudes y los peligros de la naturaleza salvaje antes que uno contra el otro en batalla. Una ancha y aparentemente impenetrable cintura de bosques dividía a las enemistadas provincias de Francia e Inglaterra. El sufrido colonizador, así como el especialista europeo que combatía a su lado, con frecuencia empleaban meses en luchar contra los rápidos de las corrientes en los ríos, o abriéndose paso por los duros escollos de las montañas, en busca de una oportunidad para mostrar su valor en una pugna de carácter más marcial. Sin embargo, emulando la paciencia y el sacrificio de los curtidos guerreros nativos, aprendieron a superar todas las dificultades; y daría la sensación, con el tiempo, de que no existía una profundidad en los bosques lo bastante oscura, ni lugar secreto tan atractivo, como para desviar de su camino a aquellos que habían jurado por su sangre saciar su venganza, o defender la política fría y egoísta de los lejanos monarcas de Europa.

Posiblemente ningún distrito, a lo largo y ancho de la vasta extensión de las fronteras intermedias, pueda ofrecer un retrato más fidedigno de la crueldad y fiereza de las agresivas luchas de aquellos tiempos como el territorio que yace entre la cabecera del río Hudson y los lagos adyacentes.

Las facilidades que la naturaleza había dispuesto allí para el avance

de los combatientes resultaban demasiado evidentes como para no tenerse en cuenta. La alargada extensión del lago Champlain abarcaba desde las fronteras del Canadá, adentrándose profundamente dentro de las fronteras de la vecina provincia de Nueva York, dando lugar a un pasadizo natural que atravesaba la mitad de la distancia que los franceses tendrían que cubrir para golpear a sus enemigos. Cerca de su extremo sur, se complementaba con otro lago, cuyas aguas eran tan limpias que habían sido elegidas en exclusiva por los misioneros jesuitas para celebrar la típica purificación del bautismo, y así concederle a tal masa de agua el título de lago «du Saint Sacrement». Los ingleses, menos entusiastas, pensaron que le conferían suficiente honor a sus inmaculadas fuentes dándole el nombre de su príncipe regente, el segundo de la casa de los Hanover. Ambos bandos coincidían en privarles a los ignorantes poseedores del paisaje arbolado de su derecho nativo de perpetuar el apelativo original de «Horicano» que le habían dado [1] .

Surcando a través de incontables islas, y rodeado de montañas, el «lago sagrado» se extendía aún otra docena de leguas hacia el sur. Con la alta planicie que allí se interponía a la continuación de su paso, comenzaba un porteo de otras tantas millas, el cual conducía al aventurero a las orillas del Hudson, en un punto en el que, con las frecuentes obstrucciones causadas por los rápidos, o grietas, como se les llamaba en la lengua del lugar, el río se hacía navegable a la corriente.

A pesar de que, con el fin de llevar a cabo sus atrevidos planes de causar inconvenientes, el incansable empeño de los franceses les llevó incluso a enfrentarse a los distantes y difíciles desfiladeros de las montañas Allegheny, puede imaginarse con facilidad que su afamada agudeza no pasaría por alto las ventajas naturales del distrito al que hemos aludido. De ahí el énfasis con el que se convirtió en el sangriento escenario de la mayoría de las batallas por el dominio de las colonias. Se erigieron fortalezas en los distintos puntos que marcaban la ruta más fácil, siendo tomadas y retomadas al asalto, derribadas y reconstruidas, con las victorias respectivas de las banderas contrincantes. Mientras el labrador rehuía los caminos peligrosos, manteniéndose dentro de los límites más seguros de los asentamientos de mayor antigüedad, ejércitos

más numerosos que aquellos que regentaban los gobiernos de las madres patrias se adentraban en la inmensidad de estos bosques, de los cuales rara vez regresaban sino como grupúsculos esqueléticos y destartalados, o hundidos en la amargura de la derrota. A pesar de que las artes de la paz eran desconocidas en esta fatídica región, sus bosques rezumaban vida humana; sus sombras y sus valles resonaban con el tono melódico de marchas militares, y el eco de la montaña devolvía la carcajada, o el grito rústico, de más de un mozo gallardo e inquieto, mientras pasaba por allí, en la plenitud de su ánimo, para luego dormirse en una larga noche de olvido.

Fue este escenario de disensión y combate sangriento el lugar en el que tuvieron lugar los hechos que nos proponemos relatar, en el transcurso del tercer año de la guerra librada por Francia e Inglaterra por el dominio de una tierra que ninguna de las dos estaba destinada a retener.

La imbecilidad de sus líderes militares de ultramar, así como la desafortunada falta de vigor de sus autoridades domésticas, habían rebajado el talante de Gran Bretaña, hiriendo el orgullo que habían forjado las habilidades y el empuje de sus antiguos guerreros y hombres de estado. Habiendo dejado de ser temida por sus enemigos, sus servidores rápidamente perdieron la confianza que confiere la autoestima. En medio de esta mortificante decadencia, los colonos, aunque libres de culpa de tal imbecilidad, así como demasiado humildes como para ser los autores de tales fallos, no fueron más que participantes naturales. Recientemente habían comprobado cómo un ejército selecto, procedente de ese país que reverenciaban como su madre patria, y al cual creían invencible —un ejército mandado por un jefe elegido de entre una multitud de guerreros instruidos, dados sus notables talentos militares—, fue deshonrosamente vapuleado por un puñado de franceses e indios, únicamente salvado de la aniquilación gracias a la sangre fría y el aplomo de un muchacho virginiano, cuya fama, firmemente apoyada en la verdad moral, más tarde llegaría a alcanzar los más lejanos confines de la cristiandad [2] . Una ancha frontera había sido dejada al descubierto por este desastre inesperado, y una serie de males más concretos fueron precedidos por un millar de peligros imaginarios. Los colonos, alarmados, tenían la sensación de que los gritos de los salvajes se entremezclaban con cada soplo de viento

huracanado que provenía de los bosques del oeste. El temible carácter de sus despiadados enemigos incrementaba inconmensurablemente los ya lógicos miedos producidos por un estado de guerra. Las innumerables matanzas recientemente acontecidas aún se conservaban nítidamente en sus recuerdos; tampoco hubo oídos tan sordos como para no haber escuchado con avidez alguna historia espeluznante acerca de asesinatos a medianoche, en que los nativos de los bosques aparecían como los principales actores de la barbarie. Mientras el agitado y crédulo caminante relataba los azarosos peligros de la tierra salvaje, la sangre de los apocados se congelaba de terror, y las madres miraban con preocupada ansiedad incluso a esos niños que dormían dentro de los seguros recintos de las grandes urbes. En pocas palabras, el influjo magnificador del miedo comenzaba a anular los cálculos de la razón, haciendo que aquellos que debían recordar su hombría cayesen víctimas de sus más bajas inclinaciones. Incluso los corazones más fuertes y confiados empezaban a pensar que el posible balance de la contienda se tornaba dudoso; y se acrecentaba cada hora el número de abatidos que creía ver todas las posesiones de la corona inglesa en América sometidas por sus contrincantes cristianos o asoladas por las incursiones de sus incansables aliados.

Entonces, cuando al fuerte que cubría el extremo sur del acceso entre el Hudson y los lagos llegó la información de que se había avistado a Montcalm ascendiendo por el Champlain, con un ejército «tan numeroso como las hojas de los árboles», tal verdad fue reconocida más con la desquiciada vacilación propia del temor que con la firme alegría que debe sentir un guerrero ante la proximidad de un enemigo que se encuentra al alcance de sus golpes. La noticia había llegado al atardecer de un día de mediados de verano, por medio de un mensajero indio que portaba además una petición urgente de parte de Munro, comandante de una obra a orillas del «lago sagrado», para que se le enviase una rápida y poderosa partida de refuerzos. Ya hemos dicho que la distancia que mediaba entre estos dos puestos era de menos de cinco leguas. El rústico camino que en un principio establecía la línea de comunicación entre ambos había sido ensanchada para facilitar el paso de carruajes; de manera que la distancia cubierta en dos horas por el hijo de los bosques, podría ser superada por un destacamento de tropas, con todos sus pertrechos, entre el amanecer y la puesta de

un sol de verano. Los leales servidores de la corona británica le habían dado el nombre de William Henry a una de estas fortificaciones del bosque, y al otro el de fuerte Edward; llamándolos a cada uno en honor a sendos príncipes de la familia real, los cuales gozaban de su favor. El veterano escocés al que acabamos de aludir tenía bajo su mando al primero de ellos, dotado de un regimiento de fuerzas regulares y algunos exponentes de las provinciales; en realidad, una dotación excesivamente pequeña como para hacer frente a la formidable masa armada que Montcalm guiaba hasta el pie de sus terrosas laderas. En el segundo, sin embargo, se encontraba el general Webb, quien mandaba los ejércitos del rey en las provincias norteñas, gozando de una fuerza de más de cinco mil hombres. Si lograse unir los numerosos destacamentos bajo su control, este oficial podría haber agrupado casi el doble de número de combatientes contra el beligerante francés, el cual se había valido hasta ahora de sus refuerzos con un ejército tan sólo ligeramente superior en número.

Pero bajo los auspicios de sus respectivas malas fortunas, tanto los oficiales como sus hombres parecían más dispuestos a esperar la llegada de sus formidables antagonistas dentro de sus fortalezas, en lugar de resistir la embestida de su avance, pudiendo emular el exitoso ejemplo de los franceses en el fuerte du Quesne, y golpear a sus adversarios en plena marcha.

Después de que amainara algo la primera impresión causada por la noticia, se esparció un rumor a través del atrincherado campamento, el cual se extendía a lo ancho del margen del Hudson, formando una cadena de barreras alrededor del cuerpo de la fortaleza misma, de que se elegiría un destacamento de mil quinientos hombres para partir, al amanecer, hacia William Henry, el puesto al extremo norte del porteo. Aquello que en principio fue sólo un rumor pronto se tornó en certeza, al pasar las órdenes desde los aposentos del comandante jefe a los diversos grupos que había seleccionado para tal servicio, indicándoles que se preparasen para una rápida salida. Toda duda acerca de las intenciones de Webb se había desvanecido, sucediéndose una hora o dos de pasos apresurados y rostros angustiados. El aprendiz del arte militar se precipitaba de un lugar a otro, en detrimento de una adecuada preparación de sus enseres, a causa de los excesos de su violento y,

hasta cierto punto, incontrolado entusiasmo; mientras que el veterano con más experiencia hacía sus planes con tal prudencia que se alejaba totalmente de lo que pudiera aparentar impaciencia; aunque su tez sobria y su mirada angustiosa daban a entender sobradamente que no tenía un fuerte apego profesional al desconocido, y temido, combate en los bosques. Al pasar las horas, el sol se puso en gloriosa incandescencia, tras las lejanas colinas occidentales, y a medida que la oscuridad cubría con su velo el aislado lugar, las actividades de preparación disminuían; finalmente, se apagaba la última luz en la cabaña de algún oficial; las sombras de los árboles se extendían aún más sobre las laderas y las ondas del riachuelo, y pronto se cernía sobre el campamento un silencio tan profundo como el que reinaba en el inmenso bosque que lo rodeaba.

Siguiendo las órdenes de la noche anterior, el sueño pesado del ejército fue interrumpido por el rugido de los tambores de advertencia, cuyos rutilantes ecos pudieron oírse, a través del húmedo aire matutino, desde cualquier punto del bosque, justo cuando a la luz del día comenzaban a discernirse los bordes irregulares de unos grandes pinos cercanos, en la incipiente luminosidad de un cielo tenue y despejado. En un instante el campamento entero se ponía en movimiento; hasta el soldado más ruin se levantó para presenciar la partida de sus camaradas, compartiendo la emoción y las incidencias del momento. La sencilla disposición del grupo elegido pronto culminó. Mientras que los soldados profesionales del rey, instruidos regulares, desfilaban con arrogancia a la derecha de la fila, los colonos, menos pretenciosos, se incorporaban a una más humilde posición a la izquierda, con una docilidad cuya fácil ejecución se debía a muchas horas de práctica. Los exploradores salieron; una fuerte guardia se encontraba tanto al frente como a la cola de los carromatos que portaban los equipamientos; y antes de que el ambiente gris de la mañana se caldeara por los rayos del sol, el grupo principal de combatientes se incorporó a la columna, dejando el campamento con aires marciales tan altaneros que sirvieron para ahogar la aprehensividad desalentadora de más de un novato que iba así a estrenarse con las armas. Mientras permanecían a la vista de sus camaradas, llenos éstos de admiración, se podía observar el mismo frente de porte orgulloso, así como la misma disposición ordenada, hasta que las

notas de sus pífanos se desvanecían en la distancia, a medida que el bosque daba la sensación de tragarse esa masa viviente que lentamente se había adentrado en su seno.

Los sonidos más intensos de la menguante columna habían dejado de oírse en el viento, y el más rezagado de sus componentes ya había desaparecido; pero aún permanecían señales de otra partida, ante una cabaña de tamaño y características poco frecuentes, delante de la cual montaban guardia los centinelas conocidos como guardias de la persona del general inglés. En este lugar habían juntado media docena de caballos, ensillados de tal forma que al menos dos de ellos estaban destinados a portar personas de género femenino, pero de un rango que uno no esperaría encontrarse en las entrañas del territorio salvaje. Un tercer caballo iba equipado con los elementos y las armas de un oficial de estado mayor; mientras que el resto, dada la austeridad de sus monturas, así como por las bolsas de viaje acumuladas sobre ellos, estaban evidentemente preparados para llevar a los miembros de la servidumbre, ya listos y a la espera de aquellos a quienes servían. Un grupo de personas ociosas y llenas de interés se había formado a una distancia prudencial de tan atípico espectáculo; algunos admirando la estirpe y la fortaleza del brioso corcel militar, otros meramente contemplando los preparativos, motivados por simple curiosidad o desconocimiento. Había un hombre, sin embargo, que por su semblante y comportamiento, se distinguía plenamente del segundo tipo de espectadores, ya que ni estaba ocioso ni aparentaba tanta ignorancia.

La persona de este individuo, aunque desgarbada hasta en el más mínimo detalle, carecía de cualquier defecto particular. Tenía intactos sus huesos y articulaciones, como otros hombres normales, pero las proporciones de los mismos eran diferentes. Erguido, su estatura sobrepasaba la de sus semejantes; aunque sentado aparentaba el mismo tamaño que el resto. Las mismas contrariedades de sus miembros parecían darse en toda su corporalidad. Su cabeza era grande; sus hombros encogidos; sus brazos largos y pesados, mientras que sus manos eran pequeñas, o incluso delicadas. Sus piernas y muslos eran delgados, casi asténicos, pero de una longitud extraordinaria, y sus rodillas podrían considerarse tremendas, si no fuera porque quedaban

incluidas dentro de unos fundamentos todavía mayores, sobre los que, de modo tan profano, se sustentaba esta falsa estructura amalgamada de componentes humanos. El atuendo tan mal combinado y poco juicioso que vestía el individuo tan sólo servía para recrudecer su ya de por sí torpe aspecto. Una trenca de color azul cielo, muy acampanada y corta, provista de una capa drapeada, revelaba un cuello largo y delgado, así como unas piernas que lo eran aún más, hasta el extremo de lo ridículo. El pantalón que llevaba debajo era de color amarillo anaranjado, muy ceñido, y sujeto a la rodilla por medio de grandes nudos de ribeteado blanco, muy manchado por el uso. Completaban la vestimenta de sus extremidades inferiores unos calcetos de algodón mancillados, y zapatos, uno de los cuales mostraba una espuela plateada, sin que su dueño hiciera ademán alguno por disimular ninguno de estos elementos sino, muy al contrario, más bien por exhibirlos en actitud vanidosa, cuando no ingenua.

Debajo de la solapa de un enorme bolsillo de un sucio chaleco estampado, muy ornamentado a base de bordeados en plata ya desgastados, se proyectaba un instrumento que, al ser visto en un ambiente de corte militar como aquél, bien podría haberse tomado por algún siniestro y desconocido aparejo de guerra. Aunque pequeña, esta extraña máquina había despertado la curiosidad de la mayoría de los europeos del campamento, aunque muchos de los provincianos lo manejaban no sólo sin miedo, sino con la mayor naturalidad. Un sombrero civil de gran tamaño, como los que emplean los clérigos desde hace treinta años, colmaba la totalidad, aportándole dignidad a una expresión un tanto vacía, la cual parecía necesitar de esa ayuda artificial para soportar el peso de alguna extraordinaria e importante encomienda.

Mientras la mayoría de los concurrentes se mantenía lejos de las inmediaciones de las estancias de Webb, el personaje que acabamos de describir se introducía plenamente en el área, expresando con total libertad las opiniones que le merecían, tanto negativas como positivas, los caballos y sus atributos, de acuerdo con su juicio particular.

—Este animal, a mi modo de ver, amigo, no ha sido criado en esta tierra, sino que proviene de algún país extranjero, ¿o quizá sea de

esa pequeña isla al otro lado del océano? —dijo con una voz tan notablemente suave y dulce como desproporcionada era su persona —. Puedo hablar de estas cosas sin pecar de exagerado, ya que he estado en ambos puertos, tanto el que está situado en la boca del Támesis, nombrado en honor de la capital de la vieja Inglaterra, como el que también se denomina «Haven», pero habiéndosele añadido la palabra «New»; y he visto a los bergantines cargando sus rebaños, como lo hiciera el arca de Noé, dirigiéndose a la isla de Jamaica con el propósito de comerciar y hacer negocio con los animales cuadrúpedos; pero nunca antes había contemplado una bestia que encarnara el verdadero caballo de batalla de las escrituras como lo hace éste. «Galopaba en el valle, y se regocijaba de su fuerza: iba a encontrarse con los hombres armados. Decía entre el sonido de las trompetas, «¡Hi, hi!; y olía la batalla desde lejos, el tronar de los capitanes, y los gritos». Justo parece que la raza del caballo de Israel ha llegado hasta nuestros días; ¿no le parece, amigo?

Al no recibir respuesta su extraordinaria observación, la cual, en verdad, fue emitida con el vigor de un tono fuerte y sonoro, el que así había expresado el lenguaje del libro sagrado miró hacia la figura silenciosa a la cual se había dirigido involuntariamente, y se encontró con un motivo de admiración aún mayor en aquello que vieron sus ojos. Su mirada se fijó en la forma rígida, quieta y erguida del «mensajero indio», quien había traído las desagradables noticias al campamento la noche anterior. Aunque se encontraba en un estado de reposo total y parecía, por su estoicismo característico, hacer caso omiso a toda la intensa actividad que le rodeaba, había una taciturna fiereza en el silencio del salvaje que podría fácilmente captar la atención de ojos más experimentados que aquéllos que ahora le observaban sin disimular su asombro. El nativo portaba el tomahawk —hacha de guerra— y el cuchillo propios de su tribu; y aún así su apariencia no era la de un guerrero al completo. Por el contrario, había un aire de negligencia en él, parecido al que provendría de un gran esfuerzo reciente del que aún no hubiera podido recuperarse del todo. Los colores de la pintura de guerra se habían entremezclado de modo confuso sobre su fiero semblante, haciendo que sus rasgos oscuros resultaran todavía más salvajes y repulsivos por ese embadurnado casual que por los trazos inicialmente marcados. Solamente su mirada, la cual brillaba como

una estrella llameante entre nubes bajas, era digna de contemplarse por su extremado salvajismo nativo. Durante un único instante, esa mirada, cansada y a la vez alerta, se dirigió al gesto atónito de su interlocutor, para luego volverse y quedar fija, con una actitud tan despectiva como astuta, como si penetrara el aire a gran distancia.

Resulta imposible determinar qué respuesta potencial, por parte del hombre blanco, hubiera provocado este breve y silencioso gesto comunicativo entre dos individuos tan peculiares, si no fuera porque otros asuntos llamaron su atención. Un incremento de actividad en el lugar, así como el susurro de voces delicadas, anunciaron la llegada de aquéllos cuya presencia era imprescindible para que el grupo se movilizara. El simple admirador del caballo de guerra se retiró inmediatamente, para ponerse al lado de una yegua pequeña, flaca e inquieta que estaba alimentándose de los hierbajos del suelo. Allí, apoyando un codo sobre la manta que cubría lo que tan sólo parecía una montura, se convirtió en un espectador más de la partida, mientras un potro pastaba silenciosamente al otro lado del mismo animal.

Un joven vestido de oficial escoltó a las dos damas a sus respectivas cabalgaduras. Éstas, por lo que indicaban sus vestiduras, se habían preparado para enfrentarse a las fatigas de un viaje a través del bosque. Aunque ambas eran jóvenes, a una de ellas, la más juvenil de apariencia, se le pudo discernir su deslumbrante belleza, su cabello dorado y sus brillantes ojos azules, al dejar que la brisa de la mañana le apartara el velo verde que descendía de su sombrero de piel de castor.

El color sonrosado que aún se percibía por encima de los pinos en el cielo occidental no podía ser más luminoso ni más delicado que el sonrojo de sus mejillas; ni tampoco podía ser la mañana del nuevo día más alegre que la animada sonrisa que le brindó al joven cuando éste la ayudó a subirse a su montura. La otra, que también compartía las atenciones del joven oficial, ocultaba sus encantos de la mirada de los soldados con un cuidado que más bien podría esperarse de una mujer cuatro o cinco años mayor. Era evidente, no obstante, que su físico, cuyos encantos no eran disimulados por la ropa de viaje que vestía, había madurado y se había desarrollado más que el de su compañera.

Apenas se hubieron acomodado estas féminas, su ayudante se subió con agilidad a la silla del caballo de guerra, y los tres dieron su saludo a Webb, quien, por cortesía, esperaba en el umbral de su puerta a que partieran. Volviendo sus riendas, comenzaron su camino a paso lento, seguidos por sus sirvientes, y se dirigieron hacia la entrada norte del campamento. Mientras recorrían esa corta distancia, ni una palabra se cruzó entre ellos; salvo una ligera exclamación de susto por parte de la más joven, al pasar el mensajero indio corriendo por su lado para guiar el grupo al frente. A pesar de que esta acción repentina e inesperada del indio no produjo reacción verbal por parte de la otra, la sorpresa levantó su velo y dejó entrever una expresión indescriptible, mezcla de compasión, admiración y horror, a medida que sus ojos negros seguían los rápidos movimientos del salvaje. Los cabellos de esta dama eran brillantes y negros, como el plumaje del cuervo. No era de piel morena, sino sonrosada, como si sus venas rebosaran y estuvieran a punto de estallar. Sin embargo, no había en su semblante tosquedad ni ordinariez alguna, por sus rasgos exquisitamente regulares y nobles, además de por su notable belleza. Sonrió con ademán piadoso por su propio descuido momentáneo, dejando así al descubierto una hilera de dientes que eran dignos de la envidia del más puro de los marfiles. Volviendo a colocarse el velo, agachó la cara y cabalgó en silencio, como aquél que va distraído por sus pensamientos y no se percata de nada a su alrededor.

Capítulo II

¡Sola, sola, oh ja, jo, sola!

Shakespeare.

Mientras una de estas encantadoras bellezas que hemos presentado se encontraba sumida en sus pensamientos, la otra se recuperó rápidamente del susto que la había inducido a gritar y, riéndose de su propia debilidad, le preguntó al joven que cabalgaba a su lado:

—¿Es frecuente encontrarse con tales espectros en el bosque, Heyward; o acaso se trata de un espectáculo especial preparado en nuestro nombre? Si se trata de lo segundo, la gratitud nos hace callar; pero si es lo primero, tanto Cora como yo tendremos que echar mano de ese valor del que tanto presumimos como herencia familiar, incluso antes de tener que vérnoslas con el temible Montcalm.

—Ese indio es un correo del ejército y, al modo de sus gentes, puede ser considerado un héroe —contestó el oficial—. Se ha prestado como voluntario para guiarnos hasta el lago, a través de un camino poco conocido, y así permitimos llegar en menos tiempo que si fuéramos al paso lento de la columna, y, por consiguiente, de un modo más satisfactorio.

—No es de mi agrado —dijo la dama estremeciéndose, en parte, por un miedo ya asumido, aunque en mayor medida por otros temores más inquietantes—. Le conoces bien, Duncan, de otro modo no confiarías en él tan ciegamente, ¿verdad?

—Di mejor, Alice, que no confiaría en ti. Sí que le conozco, de lo contrario no gozaría de mi confianza, y menos en este momento. Se dice que es canadiense, además; y que incluso ha prestado servicios con nuestros amigos los mohawks, quienes, como tú bien sabes, constituyen una de las seis naciones aliadas [3] . Nos fue traído,

según he oído, a raíz de un extraño incidente en el que intervino tu padre, y en el cual se vio implicado el salvaje —pero no recuerdo toda la historia; es suficiente con que ahora sea nuestro amigo.

—¡Si ha sido enemigo de mi padre, me gusta aún menos! —exclamó la chica en un estado de auténtica ansiedad—. ¿Quiere usted hablar con él, comandante Heyward, para que pueda oír el tono de su voz? ¡Aunque le parezca absurdo, me ha oído usted expresar mi fe en el modo en que suena la voz humana!

—Sería obrar en vano, pues, en todo caso, la respuesta sería un exabrupto. Aunque pueda entenderlo, gusta de simular, como la mayoría de su gente, que ignora el inglés; y menos aun se rebajará a hablarlo, ahora que la guerra le exige la máxima dignidad a su espíritu. Pero, atención, se ha detenido; el camino particular por el que hemos de viajar está, sin duda, próximo.

Las conjeturas del comandante Heyward eran ciertas. Cuando alcanzaron el lugar donde se había parado el indio, se hizo visible un pasadizo estrecho y oscuro, que se adentraba en la maleza que bordeaba el camino militar, y que apenas podía admitir, con cierta dificultad, el paso de una persona.

Aquí, pues, está nuestro camino —dijo el joven en voz baja—. No muestres miedo alguno, o podrías incitar a que aparezca el peligro que pareces temer.

—Cora, ¿qué piensas tú? —preguntó la reacia mujer rubia—. Si viajamos con la tropa, aunque el viaje nos resulte fastidioso, ¿no nos sentiremos más seguras y protegidas?

—Al estar poco acostumbrada a las prácticas de los salvajes, Alice, no te das cuenta de cuándo existe peligro y cuándo no —dijo Heyward—. Si los enemigos hubiesen alcanzado el porteo, cosa bastante improbable dado que nuestros exploradores están muy adelantados en ese territorio, estarían seguramente rodeando la columna, en busca de un mayor número de cabelleras. La ruta del destacamento es bien conocida, mientras que la nuestra, habiendo sido planeada en menos de una hora, aún permanece secreta.

—¿Debemos desconfiar de ese hombre sólo porque sus hábitos no

sean los nuestros, y porque su piel sea oscura? —preguntó Cora con frialdad.

Alice ya no vacilaba, sino que le dio un pequeño golpe de fusta a su caballo narraganset [4] , siendo la primera en pasar a través de las ramas de los arbustos para seguir al correo por el oscuro y enrevesado pasadizo. El joven oficial sintió una fuerte admiración hacia la que habló la última, incluso permitiendo que la otra, la más rubia, aunque ciertamente no la más bella, siguiera adelante sin recibir atención, mientras diligentemente se encargaba de despejarle el camino a la que se llamaba Cora. Al parecer, los sirvientes habían recibido órdenes previamente, ya que continuaron por la ruta de la columna; una medida considerada por Heyward como una sagaz sugerencia por parte del guía, con el fin de dejar menos rastro en el caso de que los salvajes canadienses estuvieran al acecho, adelantados al grueso de su ejército. Durante varios minutos, la complejidad de la ruta no permitió la práctica de la conversación, pero al cabo de un rato emergieron de esa espesa franja de madreselva que bordeaba la carretera, adentrándose en los altos, aunque oscuros, arcos arbolados del bosque. Aquí se detuvieron un instante, y en cuanto el guía se percató de que las féminas podían dominar sus caballos sin problemas continuó el paso, a un ritmo entre el paseo y el trote, y a una velocidad que les permitía a los prudentes y peculiares animales de las damas seguirle con facilidad. El joven se había dirigido a Cora, la de los ojos negros, cuando el lejano sonar de pezuñas equinas, golpeando las raíces del camino que habían dejado atrás, le hizo frenar su corcel y, tirando también sus compañeras de las riendas, todo el grupo hizo un alto, esperando conocer la razón de tan inesperado contratiempo.

En pocos segundos, se vio pasar a una potrilla a gran velocidad, como si de un gamo se tratara, entre los troncos de los pinos y, un segundo más tarde se dejó ver la figura del hombre desgarbado, ya descrito en el capítulo anterior, obligando a su diminuto animal a correr al máximo de sus fuerzas, casi hasta reventar. Hasta ahora, este personaje había pasado desapercibido para los viajeros. Si, andando a pie, tanto su actitud como su persona captaban fácilmente la atención de cualquiera que le viese, aún más lo podría hacer su manera de cabalgar.

Aparte del constante empleo de la única espuela contra el flanco de la yegua, lo más llamativo de sus movimientos era el galope al estilo Canterbury que mostraban las patas traseras, mientras que las delanteras daban más lugar a dudas, consiguiendo una especie de trote a paso largo. Quizá se creara una especie de ilusión óptica por la rapidez con la que cambiaba de un paso a otro, magnificando así los posibles poderes del animal, ya que Heyward, de un modo absoluto, y a pesar de sus indudables conocimientos de equitación, fue incapaz de determinar con seguridad el movimiento utilizado por su perseguidor para continuar con tan incansable perseverancia.

La docilidad de los movimientos del jinete no eran menos notables que los del equino. A cada cambio de paso realizado por el segundo, el primero elevaba su corpulenta figura sobre los estribos, provocando así unas variaciones en su estatura tan repentinas que podrían despistar a cualquiera que se dispusiera a hacer conjeturas sobre las dimensiones de su persona. Si a esto añadimos que, como consecuencia de la aplicación ex parte de la espuela, un lado de la yegua parecía avanzar más que el otro, además de que el flanco agredido venía señalado por los repetidos golpes de su tupida cola, ya tenemos la imagen completa, tanto del caballo como del hombre.

El gesto hostil que se había formado al fruncirse las anchas, apuestas y viriles cejas de Heyward se relajó gradualmente, y sus labios se tornaron en una leve sonrisa, al contemplar la figura del extraño personaje. Alice no hizo esfuerzos por contener su risa, y hasta la meditabunda mirada oscura de Cora se iluminó con ese buen humor que más bien parecía una costumbre, que no una característica natural, reprimida por la dama.

—¿Busca usted algo? —inquirió Heyward, en cuanto el otro se acercó lo suficiente como para aminorar la marcha—; espero que no sea portador de malas noticias.

—Incluso así —respondió el desconocido, agitando enérgicamente el aire cálido del bosque con su sombrero triangular, dejando dudas sobre a cuál de las dos preguntas daba respuesta. No obstante, cuando acabó de refrescarse y hubo recuperado el aliento, continuó diciendo—. He oído que se dirigen al fuerte William Henry. Dado que yo también viajo en esa dirección, pensé que una buena compañía sería deseosa para ambas partes.

—Parece que usted se considera a sí mismo como un voto decisivo —le replicó Heyward—. Nosotros somos tres, mientras que usted sólo ha consultado a su propia persona.

—Incluso así, lo primero que ha de hacerse es tomar una decisión por cuenta de uno. Una vez que se haya hecho eso, y en lo que concierne a las mujeres no es cosa fácil, lo siguiente que ha de hacerse es llevar a cabo lo decidido. Yo me he esforzado en cumplir ambas acciones, y aquí estoy.

—Si viaja hacia el lago, se ha equivocado de ruta —dijo Heyward contundentemente—; la carretera hacia allí ha quedado media milla atrás.

—Incluso así —respondió el desconocido, sin dejarse amedrentar por la fría recepción que se le brindaba—; he pasado una semana en el fuerte Edward y hubiera sido estúpido por mi parte el no haber preguntado qué camino debía tomar; y si fuera así se acabarían aquí mis intenciones —tras suspirar levemente, como aquél cuya modestia le impedía una manifestación más abierta de admiración hacia una sabiduría que resultaba totalmente inalcanzable para sus interlocutores, continuó diciendo—. No es prudente que nadie de mi profesión sea demasiado familiar con aquellos a los que ha de instruir; razón por la cual no sigo al ejército, además de que pienso que un caballero de su talla es el más entendido en asuntos de guerra. Por tanto, he decidido hacerles compañía, para así hacer el viaje más placentero, y cultivar el arte de la sociabilidad.

—¡Una decisión sumamente arbitraria, además de precipitada! —exclamó Heyward, dudando acerca de si debiera dar rienda suelta a su creciente enojo o reírse en la cara del otro—. Pero habla usted de instrucción y de profesionalidad; ¿será usted ayudante de los cuerpos provinciales, en calidad de maestro del noble arte de la defensa y del ataque; o acaso es de aquéllos que dibujan rectas y ángulos, bajo el pretexto de explicar la matemática?

El desconocido, con gesto de sorpresa, se quedó mirando a su interlocutor durante un momento y, acto seguido, perdiendo toda señal de satisfacción personal, sumido en una actitud de humildad solemne, contestó:

—Del ataque, espero que no, al no haberse ofendido, creo, ninguna de las dos partes; en cuanto a la defensa, no ejerzo ninguna, por el amor de Dios, no habiendo cometido pecado alguno desde la última vez que me fue dada su gracia y perdón. No entiendo sus alusiones sobre rectas y ángulos, y dejo las explicaciones para aquéllos que han sido escogidos y llamados para tan sagrado oficio. No me considero dotado de ninguna virtud mayor que la de saber algo del glorioso arte de la petición y el agradecimiento, tal y como se reza en los salmos.

—El hombre es, sin duda, un discípulo de Apolo —clamó Alice, entusiasmada—, y le pongo bajo mi propia protección particular. Vamos, deja de poner cara agria, Heyward, y para bien de mis ansiosos oídos, permítale que viaje en nuestro grupo. Además —añadió en voz baja y apresurada, mirando a la distante Cora, quien seguía lentamente los pasos del callado, aunque taciturno, guía indio—, podría ser un amigo más a nuestro favor, en caso de que necesitemos ayuda.

—¿Piensas, Alice, que permitiría pasar por este pasadizo secreto a personas por mí queridas si hubiese posibilidades de tal índole?

—No, no lo pienso así ahora; pero este extraño hombre me entretiene, y si «tiene música en el alma», no rechacemos su compañía tan burdamente —dijo ella, mientras con su fusta señalaba con intención persuasiva el camino, a la vez que las miradas de ambos se cruzaron de un modo que el joven hubiera querido prolongar por un instante, para ceder finalmente éste ante tan gentil insistencia, y, tras clavarle las espuelas al corcel, volvió de un par de brincos al lado de Cora.

—Me alegro de haberle encontrado, amigo —continuó la joven, indicándole al desconocido que siguiera adelante, a la vez que fustigaba a su narraganset—. Algunos parientes lejanos me han dicho que no soy mala pareja para cantar salmos a dúo; podemos animar el viaje entreteniéndonos en nuestra común afición. Puede ser beneficioso para un profano, como es mi caso, escuchar las opiniones y las experiencias de un maestro en el arte.

—Es refrescante tanto para el espíritu como para el cuerpo la práctica de los salmos, en las temporadas más adecuadas —contestó

el maestro cantor, sin vacilar en aceptar la invitación de la jo-ven—; y nada aliviaría más al alma que el consuelo de un canto compartido. Pero son necesarias cuatro voces para conseguir una perfección melódica. Tú pareces poseer la gracia de una voz de tiple, suave y esplendorosa; yo, con algo de ayuda, puedo elevar la nota más alta a un tenor pleno; ¡pero necesitamos uno ligero, además de un barítono! Ese oficial del rey que no quiso aceptar mi compañía podría cumplir la función del último, por lo que se desprende de su entonación cuando habla.

—No se precipite en juzgar a las personas por una engañosa primera impresión —dijo la dama, sonriente—; a pesar de que el comandante Heyward pueda adoptar notas tan graves en alguna ocasión, créame, su entonación natural se adecua más a la de un suave tenor que a la del barítono que le ha parecido oír.

—Entonces, ¿ha practicado mucho el arte del canto de salmos? —se apresuró a preguntar el ingenuo acompañante.

Alice sintió ganas de reír, aunque logró reprimirlas, y contestó:

—Más bien creo que es un adicto a la canción profana. Las circunstancias de la vida de soldado dejan poco lugar para inclinaciones de índole más sobria.

—La voz, al igual que cualquier otro talento, le fue dada al hombre para que se hiciera buen uso de ella, y no un abuso. ¡Nadie puede decirme que he desperdiciado mi talento! A pesar de que mi época de juventud podría no considerarse muy ortodoxa, al igual que la del rey David, en lo que a la música se refiere, ni una sola sílaba de versos vulgares jamás ha profanado mis labios.

—Entonces, ¿sus esfuerzos se han concentrado en la canción religiosa?

—Incluso así. Del mismo modo que los salmos de David superan cualquier otro lenguaje, así también la salmodia que se les ha dado por parte de los santos y los sabios del lugar sobrepasa toda vana poesía. Con alegría puedo asegurar que no expreso más que los pensamientos y deseos del mismísimo rey de Israel; la versión que utilizamos en las colonias de Nueva Inglaterra supera a todas las

demás de tal manera que, por su riqueza, su precisión y su sencillez espiritual, se acerca todo lo que se puede a la gran obra del inspirado autor. Nunca se me encontrará, ni dormido ni despierto, desprovisto de un ejemplar de esta gran obra. Se trata de la vigésimosexta edición, promulgada en Boston, Anno Domini 1744, titulada Los salmos, himnos y canciones espirituales del viejo y nuevo testamento, fielmente traducidos al metro inglés, para la utilización, formación y consuelo de santos, en lugares públicos y privados, sobre todo en Nueva Inglaterra.

Durante este elogio a la escasa producción de sus poetas nativos, el desconocido extrajo el libro de su bolsillo y, tras fijar un par de lentes oculares al puente de su nariz, abrió el manual con una delicadeza y una veneración dignas de su sagrado propósito. Acto seguido, sin apología ni circunloquio, pronunciando la palabra «Standish» en primer lugar y llevando a su boca el desconocido artilugio ya descrito anteriormente, hizo sonar una nota estridente y aguda, seguida de una baja octava de su propia voz, y comenzó a cantar las siguientes palabras en tonos enérgicos, dulces y melódicos que marcaron el paso para la música, la poesía y hasta el movimiento inquieto de su animal:

Qué bueno es, mirad,

Y cómo bien agrada,

Juntos, en unión,

Que los hermanos así convivan.

Es como el ungüento selecto,

Que va de la cabeza a la barba:

Por la barba de Arón, hasta allí bajó,

Que a los bajos de sus vestiduras llegó.

La ejecución de estas rimas tan ingeniosas se hizo acompañar, en la persona del desconocido, por un movimiento regular de alzada y bajada de su mano derecha, la cual terminaba en su descenso con la acción momentánea de sus dedos sobre las hojas del pequeño

manual; mientras que, en su ascenso, se abría con un estilo que tan sólo los muy doctos podían imitar. Daba la sensación de que este acompañamiento manual era el fruto de muchas horas de práctica, ya que continuó sin cesar hasta que el verbo escogido por el poeta para cerrar su verso se pronunció con dos contundentes sílabas.

Sería imposible que semejante perturbación del silencio y la quietud del bosque pudiera pasar desapercibida por parte de otros oídos que estuvieran a poca distancia. El indio le indicó algo, en un inglés agramatical, a Heyward, tras lo cual éste se dirigió al desconocido, interrumpiéndole y poniendo fin a sus hazañas musicales por el momento.

—Aunque no estemos en peligro, el sentido común nos ha de dictar que viajemos por estos parajes con el mayor sigilo posible. Por lo tanto, me perdonarás, Alice, si atento contra tus diversiones al pedirle a este caballero que posponga sus cánticos para una ocasión más oportuna.

—Pues sí que atentas contra ellas —replicó la chica, indignada—, ya que jamás había oído una conjunción de música y lenguaje menos meritoria; y en mi curiosidad estaba preguntándome cómo podría ser que no encajase el sonido con el sentido, ¡cuando tú interrumpiste el encanto de mis pensamientos con esa voz de barítono que tienes, Duncan!

—No sé lo que llamas voz de barítono —dijo Heyward, ofendido por su crítica—, pero sé que tu seguridad y la de Cora significan mucho más para mí que toda una orquesta tocando música de Handel —se detuvo y miró rápidamente hacia unos arbustos, y luego observó con suspicacia al guía, quien continuó su paso con invariable regularidad y firmeza. El joven se rió para sus adentros, ya que había confundido algún finto brillante con los destellantes ojos de un salvaje al acecho, y retomó su camino, reanudando la conversación que había interrumpido el momentáneo sobresalto.

Sin embargo, el comandante Heyward tan sólo se confundió al dejarse llevar más por su juvenil exceso de confianza que por su capacidad de observación. Nada más pasar la comitiva, las ramas de los mencionados arbustos se movieron ligeramente, y un rostro humano, tan fieramente salvaje como daba a entender la pintura

que lo cubría, se asomó para vigilar la marcha de los viajeros. Una expresión de júbilo se formó sobre los oscuros rasgos pintados del habitante del bosque, a medida que estudiaba la ruta de sus potenciales víctimas, quienes confiadamente siguieron adelante; las formas ligeras y esbeltas de las féminas mezclándose con la de los árboles entre las sinuosas curvaturas del camino, seguidas por la viril figura de Heyward y, finalmente, la figura indefinida del maestro de canto, hasta que todos quedaron cubiertos por los innumerables troncos que, como oscuras bandas, se elevaban en medio de aquel lugar.

Capítulo III

Antes de que estos campos fueran despejados y cultivados,

Nuestros ríos llevaban un caudal desbordante,

La melodía de las aguas llenaba

El fresco bosque sin fin;

Y los torrentes corrían, y los arroyos jugueteaban,

Y las fuentes nacían a la sombra.

Bryant

Dejando al inocente Heyward y a sus confiados acompañantes mientras penetran aún más en un bosque repleto de inquilinos traicioneros, debemos hacer uso de los privilegios de un autor y cambiar de escenario hasta unas pocas millas al oeste del lugar en el que los hemos dejado.

Ese mismo día, dos hombres descansaban a las orillas de un riachuelo pequeño, aunque caudaloso, a una hora de camino del campamento de Webb; su actitud era la de aquél que espera la llegada de una persona ausente, o de un acontecimiento anunciado. La vasta extensión del arbolado se extendía hasta la margen del río; sus ramas ensombreciendo la superficie del agua, le conferían a su ya oscura corriente un tono aún más profundo. Los rayos del sol se tornaron menos intensos y el calor intenso del día retrocedió, a medida que los vapores frescos de las fuentes y los manantiales se elevaban de sus verdes lechos y se integraban en la atmósfera. Con todo, el jadeante silencio que caracteriza al bochorno adormecedor del paisaje americano durante el mes de julio permanecía en el lugar, alterado únicamente por las suaves voces de los hombres, los intermitentes y ocasionales golpes de algún pájaro carpintero, el

canto discorde de algún alegre arrendajo, o el insistente zumbido de alguna catarata distante. No obstante, estos sonidos débiles y discontinuos resultaban tan sumamente familiares para los hombres del bosque que no les distraía de su tema de conversación. Mientras uno de ellos mostraba la misma piel roja y los salvajes arreos de un nativo de los bosques, el otro exhibía, bajo una máscara de rudos equipamientos, cercanos a lo primitivo, una complexión más clara, propia de alguien cuyos orígenes fueran europeos, aunque áspera y curtida por el sol. El primero se encontraba sentado sobre un tronco caído y cubierto de musgo, en una postura que le permitía intensificar el efecto de su lenguaje sincero, por medio de los tranquilos, aunque expresivos, gestos de un indio debatiendo una cuestión. Su cuerpo, casi desnudo, presentaba un temible emblema de muerte, dibujado a base de una alternante combinación de los colores blanco y negro. Su cabeza estaba bien afeitada, dejando únicamente la bien conocida y caballerosa cresta guerreras [5] , sin ninguna otra clase de ornamentación sobre la misma, a excepción de una solitaria pluma de águila que la cruzaba y pendía sobre el hombro izquierdo. A su cintura, un tomahawk y un cuchillo de cortar cabelleras, de fabricación inglesa, mientras que sobre su delgada y desnuda rodilla descansaba de forma relajada una carabina militar corta, del tipo que dictaba la política de los blancos para armar a sus aliados salvajes. El amplio pecho, las extremidades bien formadas y la grave expresión de este guerrero podrían denotar que había alcanzado la plenitud de sus días, aunque ningún síntoma de decrepitud parecía haber debilitado su hombría.

El físico del blanco, a juzgar por aquello que no quedaba disimulado por sus ropas, se asemejaba a la de aquél cuya vida, ya desde joven, había conocido el esfuerzo y las vicisitudes. Su persona, aunque musculosa, resultaba más fibrosa que corpulenta, pero cada nervio y músculo se distinguía, endurecido por los constantes efectos del ambiente y del esfuerzo. Vestía una camisa de caza color verde bosque, ribeteada por un apagado color amarillo [6] , y un gorro de verano hecho a base de pieles curtidas. También portaba un cuchillo a la cintura, en un cinturón adornado, muy parecido al que bordea las escasas vestimentas del indio, pero sin tomahawk. Sus mocasines estaban adornados según el gusto propio de los nativos, mientras que la única prenda que se revelaba bajo la blusa de caza era un par de polainas altas, hechas de piel de gamo y

atadas a los lados, a la vez que aseguradas por encima de las rodillas por tendones de ciervo. Un saco y un cuerno para pólvora completaban sus efectos personales, aunque una carabina de gran longitud [7] , que los blancos más ingeniosos habían determinado como la más peligrosa de las armas de fuego, se encontraba apoyada sobre un pequeño árbol cercano. Los ojos del cazador, explorador, o lo que fuera, era pequeños, rápidos, astutos e inquietos, dirigiéndose constantemente de un punto a otro en derredor suyo mientras hablaba, como si estuviera al acecho de caza, o al tanto de cualquier posible movimiento súbito, por parte de un enemigo escondido. A pesar de estos síntomas de habitual sospecha, sus rasgos faciales no sólo carecían de indicios de maldad, sino que en aquel momento se caracterizaban por una expresión de firme honradez

—Incluso las tradiciones tuyas me dan la razón, Chingachgook —dijo, hablando en la lengua conocida por todos los nativos que antaño habitaban el territorio entre el Hudson y el Potomack, de la cual ofrecemos una traducción libre, en beneficio del lector, procurando a la vez mantener algunas de las peculiaridades, tanto del individuo como del lenguaje—. Tus antepasados llegaron desde el sol poniente, cruzando el gran río [8] , lucharon contra la gente de esta región y se hicieron con la tierra; y los míos vinieron del cielo rojo de la mañana, por el lago salado, e hicieron lo propio de un modo muy parecido a los tuyos; ¡entonces, deja que Dios juzgue la cuestión y permitamos que los que sean amigos se callen!

—¡Mis antepasados luchaban contra hombres desnudos, de piel roja! —replicó el indio, con severidad, en la misma lengua—. ¿Es que no hay diferencia, Ojo de halcón, entre la flecha, cuya punta es de piedra, y las balas de plomo con las cuales matas tú?

—¡Hay sabiduría en un indio, aunque la naturaleza le haya hecho con la piel roja! —dijo el hombre blanco, agitando la cabeza como alguien que no podía negarle la razón a lo que se le acababa de decir. Durante un momento parecía ser consciente de haber perdido el debate; a continuación, argumentó de nuevo, contestando a la objeción de su antagonista del mejor modo que le permitía su limitado conocimiento—: No soy un académico, y no me importa que se sepa; pero a juzgar por lo que he visto persiguiendo ciervos y

cazando ardillas, pensaría que, en las manos de los abuelos del hombre blanco, una carabina no era tan peligrosa como podría serlo un arco de madera y una buena punta de flecha, siendo el primero tensado por el instinto de un indio y la segunda guiada por su ojo.

—Has oído eso de tus antepasados —respondió fríamente el otro, con un movimiento de su mano—. ¿Qué dicen tus mayores? ¿Les dicen a los jóvenes guerreros que los rostros pálidos se encontraron con los hombres de piel roja, pintados para la guerra y armados con el hacha de piedra y el arco de madera?

—No soy un hombre con prejuicios, ni que presuma de sus dotes naturales, aunque el peor de mis enemigos sobre la faz de la tierra, el iroqués, no se atreva a negar mi condición de hombre blanco genuino —replicó el explorador, admirando con disimulada satisfacción el color curtido de su mano huesuda y fibrosa—; y estoy dispuesto a admitir, como hombre honrado, que son muchas las cosas de mi gente a las que no puedo dar mi aprobación. Una de sus costumbres es la de escribir las cosas que han visto y hecho, en vez de contarlas en sus pueblos, donde se le pueden echar en cara al cobarde sus mentiras, y donde el valiente soldado puede recurrir a sus camaradas como testigos de la verdad de lo que dice. Debido a esta desafortunada moda, un hombre demasiado prudente como para malgastar su tiempo entre mujeres, dedicándose al aprendizaje de las letras, puede quedarse sin saber de las hazañas de sus mayores, contadas por tradición oral, a la vez que pierde la oportunidad y el orgullo de deshacer entuertos mediante su propia intervención y esfuerzo. En cuanto a mí, puedo afirmar que todos los Bumppo sabían disparar, ya que yo mismo tengo un dominio natural de la carabina que debió de pasar de una generación a otra, al igual que heredamos otras cosas, tanto buenas como malas, de acuerdo con nuestros santos mandamientos; aunque no me atrevo a responder en nombre de otros con respecto a tales cuestiones. De todos modos, toda historia cuenta con, al menos, dos versiones; así que cuéntame, Chingachgook, lo que ocurrió cuando nuestros antepasados se enfrentaron por primera vez, de acuerdo con la tradición de los pieles rojas.

Hubo un silencio que duró un minuto entero, durante el cual el indio se quedó mudo; luego, con toda la dignidad que le

caracterizaba, éste comenzó su breve narración con tal grado de solemnidad que ensalzaba la veracidad de la misma.

—Escucha, Ojo de halcón, y tus oídos no percibirán mentiras. Esto es lo que han dicho mis antepasados, y lo que han hecho los mohicanos —vaciló un instante y, tras mirar de modo cauteloso a su compañero, continuó hablando haciendo uso de una entonación que se encontraba a medio camino entre la pregunta y la afirmación—: ¿Acaso no avanza hacia el verano ese río que tenemos a nuestros pies, hasta donde sus aguas se vuelven saladas y se invierte la corriente, volviéndose río arriba?

—No puede negarse que tus tradiciones dan por ciertos tales hechos —dijo el hombre blanco—; ya que he estado allí y lo he visto, aunque la razón por la que el agua dulce de la sombra se vuelve agria al llegar al sol sigue siendo un misterio para mí.

—¡Y la corriente! —añadió el indio, que esperaba la respuesta como aquél que aspira a que un testimonio sea confirmado, con una mezcla de admiración y respeto—; ¡los antepasados de Chingachgook no mienten!

—Tampoco lo hace la Sagrada Biblia, la cosa más verdadera que existe. Esa corriente que tiende río arriba es lo que llaman la marea; algo muy sencillo de explicar, y fácil de entender. Durante seis horas las aguas corren hacia adentro y las siguientes seis lo hacen hacia afuera; la razón es ésta: cuando el agua está más alta en el mar que en el río, corre hacia adentro hasta que hay más en el río, y luego sale hacia afuera de nuevo.

—Las aguas del bosque, así como las de los grandes lagos, corren hacia abajo hasta que se quedan tan quietas como la palma de mi mano —dijo el indio, extendiendo su brazo horizontalmente hacia adelante—, y ya no corren más.

—Ningún hombre honrado lo negaría —dijo el explorador, algo molesto por la desconfianza mostrada hacia su explicación del misterio de las mareas—; y admito que es verdad a una escala menor, allí donde la tierra es llana. Pero todo depende de la escala según la cual juzgas. Mira, a pequeña escala, la tierra es llana; pero, a gran escala, es redonda. De este modo, los lagos y las lagunas, e

incluso los grandes lagos de agua fresca, pueden estancarse, como ambos sabemos porque los hemos visto; ahora bien, cuando se trata de una gran extensión de agua, como el mar, si la tierra es redonda, ¿cómo puede quedarse quieta el agua? Es igual que esperar a que el río se paralice a orillas de esas rocas negras que están una milla más arriba, ¡y sin embargo tus oídos te dicen que está rompiendo sobre ellas en este preciso instante!

Aunque la filosofía de su acompañante no le satisfacía; el indio tenía demasiada dignidad como para mostrar su incredulidad. Escuchó como si estuviese convencido, y prosiguió su narración con la misma solemnidad de antes.

—Vinimos del lugar en donde el sol se esconde al anochecer, más allá de las grandes llanuras en las que viven los bisontes, hasta que llegamos al gran río. Allí luchamos contra los alligeni, hasta que el suelo se tiñó de rojo con su sangre. Desde las orillas del gran río hasta las costas del lago salado, no hubo quienes se enfrentaran a nosotros. Los maquas nos siguieron a distancia. Declaramos que la tierra debería ser nuestra, desde el lugar en el que el agua ya no sube en este riachuelo hasta un río a veinte soles de distancia en dirección al verano. El terreno que habíamos conquistado como guerreros lo conservamos como hombres. Mantuvimos a los maquas alejados, haciéndoles adentrarse en el bosque, con los osos. Tan sólo sal, y no pescado, pudieron probar del gran lago, sólo les dejábamos los huesos.

—Todo esto lo he oído y creído —dijo el hombre blanco, al ver que el indio hacía una pausa—; pero fue mucho antes de que los ingleses llegaran a este territorio.

Antes crecía un pino donde ahora se encuentra este castaño. Los primeros rostros pálidos que llegaron hasta nosotros no hablaban inglés. Llegaron en una gran canoa, cuando mis antepasados ya habían enterrado el hacha con los demás pieles rojas. Entonces, Ojo de halcón —continuó diciendo, únicamente dejando entrever su profunda emoción por la caída de tono en su voz, algo que dotaba de cierta musicalidad a su lenguaje—; entonces, Ojo de halcón, éramos un solo pueblo, y éramos felices. El lago salado nos daba pescado, el bosque sus ciervos, y el aire sus aves. ¡Tomamos mujeres que nos dieron descendencia; alabábamos al Gran Espíritu;

y mantuvimos a los maquas más allá del sonido de nuestros cánticos triunfantes!

—¿Acaso sabes algo de tu propia familia de aquel tiempo? —inquirió el blanco—. En cualquier caso, eres un hombre justo ¡para ser indio! Y como supongo que has heredado sus mismas dotes, tus antepasados tuvieron que ser valientes guerreros, así como hombres sabios a la hora de sentarse en consejo alrededor de la hoguera.

—Mi tribu es la abuela de todas las naciones, pero yo soy un hombre de una sola estirpe. La sangre de grandes jefes corre por mis venas, en las que ha de permanecer para siempre. Los holandeses arribaron aquí, y dieron el agua de fuego a mi gente; la bebieron hasta que les pareció que el cielo y la tierra se juntaban, e ingenuamente pensaron que habían encontrado al Gran Espíritu. Entonces se separaron de su tierra. ¡Palmo a palmo, fueron alejados de las costas, hasta el tiempo en el que yo, que soy jefe y sagamore [9] , ya no puedo ver el sol si no es a través de los árboles, y tampoco he podido ver las tumbas de mis antepasados!

—Las tumbas inspiran sentimientos solemnes —contestó el explorador, muy emocionado por el sufrimiento contenido de su acompañante— y a menudo le ayudan a uno en sus buenas intenciones; aunque, en mi caso, mis huesos seguramente quedarán sin enterrar, para blanquearse en el bosque, o ser despojados y despedazados por los lobos. Pero ¿adónde pueden estar los de tu raza que llegaron a la tierra del Delaware, hace tantos veranos?

—¿Dónde se han ido las flores de esos veranos, caídos, uno tras otro? Así todos los miembros de mi familia partieron, cada uno a su tiempo, hacia la tierra de los espíritus. Yo estoy ahora en la cima de la colina, y tendré también que bajar hacia el valle; y cuando Uncas siga mis pasos, ya no quedará ninguno de la sangre de los sagamores, ya que mi hijo es el último mohicano.

—¡Uncas está aquí! —dijo otra voz, con el mismo tono suave y gutural, muy cerca de su lado—. ¿Quién pregunta por Uncas?

Ante tan súbito alboroto, el hombre blanco había desabrochado la funda de piel de su cuchillo e hizo un movimiento instintivo para coger su carabina, mas el indio se quedó tranquilo, sin volverse

siquiera para mirar.

Al instante, un joven guerrero pasó entre ambos, sin hacer el menor ruido, y se sentó a la orilla del fluyente riachuelo. El padre no mostró sorpresa alguna, ni preguntó nada, ni contestó tampoco, durante varios minutos; cada cual esperó el momento en que rompería a hablar, sin hacer alarde de la curiosidad que caracteriza a las mujeres ni la impaciencia propia de los niños. El hombre blanco parecía haberse adaptado a tales costumbres, dado que había relajado la firmeza de su mano sobre la carabina, permaneciendo callado y tranquilo. Al poco tiempo, Chingachgook volvió la mirada lentamente hacia su hijo y le preguntó:

—¿Se atreven los maquas a dejar las huellas de sus mocasines por estos parajes?

—Les he seguido el rastro —contestó el indio joven—, y sé que son tantos como dedos tienen mis dos manos; mas se esconden como cobardes.

—¡Esos ladrones están a la espera de cabelleras y botín! —dijo el blanco, a quien llamaremos Ojo de halcón, como lo hacen sus compañeros—. Ese molesto francés, Montcalm, enviará sus espías hasta las puertas de nuestro campamento, ¡pero se enterará de las medidas que tomemos!

—¡Basta ya! —replicó el padre, mirando al sol poniente—. Les haremos correr como los ciervos de entre sus arbustos. Ojo de halcón, cenemos esta noche, y enseñémosles a los maquas que somos hombres mañana.

—Estoy tan preparado para lo uno como para lo otro; pero para luchar contra los iroqueses es menester encontrar a esos merodeadores; y para comer, es necesario cazar… Hablando del rey de Roma, allí hay un par de astas, ¡como pocas he visto esta temporada, moviéndose entre los arbustos al pie de la colina! Ahora, Uncas —continuó comentando en voz baja, riéndose para sus adentros y concentrándose en lo que veía—, te apuesto tres cargas completas de pólvora contra un tercio de metro de collar indio, a que le acierto entre los ojos, aunque algo más a la derecha que a la izquierda.

—¡No puede ser! —dijo el indio joven, levantándose con el entusiasmo propio de su edad—. ¡Sólo se ve el extremo final de su cornamenta!

—¡Aún es un niño! —dijo el blanco, agitando su cabeza en señal de desaprobación mientras se dirigía a su padre—. ¿Acaso se cree que un cazador no puede discernir, guiándose por una parte de un animal, dónde está el resto de su cuerpo?

Tras preparar su carabina, estaba a punto de demostrar esa habilidad de la que tanto presumía, cuando el guerrero se lo impidió, apartando su arma con la mano y preguntándole:

—¡Ojo de halcón! ¿Luchas contra los maquas?

—¡Estos indios conocen la naturaleza del bosque como por instinto! —contestó el explorador, bajando su carabina y alejándose, convencido de su error—. Debo dejar que mates al gamo con tu flecha, Uncas, o de lo contrario podríamos estar proporcionándoles comida a esos ladrones, los iroqueses.

En cuanto el padre hubo secundado lo dicho mediante un expresivo gesto de su mano, Uncas se tiró al suelo y avanzó en dirección al animal sigilosamente. Cuando estaba a tan sólo unos metros de distancia, colocó una flecha en su arco con el máximo cuidado, a la vez que el ciervo se volvía inquieto, como si hubiese detectado la presencia de un enemigo por medio de su olfato. Al momento se oyó respingar la cuerda del arco, y una ráfaga fugaz penetró en los arbustos, haciendo que el gamo herido saltase fuera de su escondite, para caer a los mismos pies de su enemigo oculto. Esquivando las astas del enfurecido animal, Uncas se abalanzó sobre él y hundió su cuchillo en el cuello del gamo, atravesándolo de un lado a otro, tras lo cual rodó hasta el borde del río, tiñendo las aguas con su sangre.

—Hecho con la habilidad de un indio —dijo el explorador, riéndose para sus adentros, aunque muy satisfecho—, ¡y fue todo un espectáculo, a pesar de que no bastó con una flecha, siendo necesario además un cuchillo para rematar la tarea!

—¡Hugh! —exclamó su compañero, volviéndose rápidamente, como un sabueso que hubiese detectado una presa.

—¡Por el buen Dios, habrá toda una manada de ellos! —gritó el explorador, cuyos ojos comenzaron a desvelar el ardor propio de sus actividades habituales—. ¡Si se ponen al alcance de mis balas, derribaré a uno de ellos, aunque puedan oírlo las seis naciones indias al completo! ¿Qué escuchas, Chingachgook? Para mis oídos, es como si el bosque estuviese mudo.

—Sólo hay un ciervo, y está muerto —dijo el indio, agachándose hasta que su oreja prácticamente tocaba en el suelo—. ¡Oigo todo tipo de pisadas!

—Quizá sean lobos que se han llevado el gamo a su guarida y continúan siguiendo el rastro de la manada.

—No. ¡Se acercan caballos de hombres blancos! —contestó el otro, levantándose con dignidad y volviendo a sentarse sobre el tronco con la misma compostura que antes—. Ojo de halcón, son hermanos tuyos; habla con ellos.

—Eso haré, y hablando en un inglés que ni el mismísimo rey se avergonzaría de contestar —correspondió el cazador, hablando en el idioma del cual presumía—. Mas no veo nada, ni oigo hombres ni bestias; resulta extraño que un indio comprenda los sonidos hechos por los blancos mejor que uno que, como sus mismos enemigos reconocerán, es de pura raza blanca, ¡aunque haya vivido tanto tiempo entre pieles rojas que podría dar lugar a dudas! ¡Atención! Algo sonó, una rama seca, ahora yo también oigo que los arbustos se mueven… sí, sí, un murmullo que había confundido con el ruido de las cataratas y… pero si ya vienen. ¡Dios les proteja de los iroqueses!

Capítulo IV

Bien, ve por tu camino; no saldrás de este bosque.

Hasta que te haya atormentado por esta injuria.

El sueño de una noche de verano.

Las palabras aún resonaban en la boca del explorador cuando el que encabezaba el grupo, cuyos pasos había detectado el indio, ya estaba a la vista. Un sendero despejado, como los que originan los ciervos en su periódico deambular, dio paso a un pequeño descampado cercano que pasaba el río justo donde el hombre blanco y sus acompañantes se habían apostado. Siguiendo este camino, los viajeros constituían una imagen muy poco habitual en aquellas profundidades boscosas, mientras avanzaban lentamente hacia el cazador, que a su vez les aguardaba al frente de sus compañeros.

—¿Quién va? —exigió saber el explorador, mientras apoyaba su carabina de un modo informal sobre su brazo izquierdo, manteniendo el dedo índice de la mano derecha sobre el gatillo, aunque sin ánimo de amenazar—. ¿Quién ha osado adentrarse entre las bestias y los peligros del bosque?

—Creyentes en Dios, y amigos de las leyes y del rey —contestó el que cabalgaba más adelantado—. Personas que han estado viajando desde que amaneció, entre las sombras de los árboles, sin haber comido, y tristemente cansados de tanto deambular.

—Entonces, se han perdido —le interrumpió el cazador—, ¿y no saben qué camino tomar?

—Incluso así, los niños pequeños no dependen más de sus orientadores que nosotros, aunque estemos más crecidos, pudiendo decirse que gozamos de la estatura pero no del conocimiento

adecuado. ¿Sabe usted a qué distancia se encuentra el fuerte de la Corona denominado William Henry?

—¡Rayos! —exclamó el explorador, sin disimular la risa que le produjo la pregunta, aunque la suprimió de inmediato, con el fin de evitar que sus carcajadas pudieran ser detectadas por los ocultos oídos de algún enemigo—. ¡Han perdido el rastro al igual que lo haría un perro sabueso que se encontrara al Horicano situado entre él y su presa! ¡Pero hombre… William Henry! Si de veras son ustedes amigos del rey y tienen que ver con el ejército, el mejor camino sería seguir el río hasta el fuerte Edward y exponerle la cuestión a Webb, que languidece allí en vez de salir al encuentro de su enemigo y expulsar a ese descarado francés del territorio, haciéndole volver hasta la otra orilla del lago Champlain.

Antes de que el maestro de canto pudiese contestar, otro jinete atravesó la maleza y se acercó al cazador.

—¿Cuál sería entonces, la distancia que nos separa del fuerte Edward? —preguntó el recién llegado—. El lugar que nos aconseja es el que dejamos atrás esta mañana, y nuestro destino es la cabecera del lago.

—Entonces seguramente perdieron el sentido de la vista antes de perder su camino, ya que el camino a través del porteo es sumamente ancho, y tan evidente como aquellos que se dirigen hacia Londres, o incluso el que lleva hasta el mismísimo palacio del rey.

—No dudamos de la calidad y el tamaño del referido camino —contestó sonriente Heyward, que era quien hablaba, como el lector ya habrá adivinado—. Basta decir que confiamos en un guía indio para llevamos por un atajo, aunque fuera un camino más oscuro, y que, al parecer, tampoco sabe muy bien por donde anda; por decirlo de otro modo, ¡no sabemos dónde estamos!

—¡Un indio perdido en el bosque! —dijo el explorador, sin dar crédito a lo que oía—. ¡Cuando el sol abrasa las cimas de los árboles y los ríos corren repletos; cuando el musgo en cada bellota le indica en qué cuadrante brillará la estrella del norte! ¡Los bosques rebosan en caminos de ciervos que llevan hasta los riachuelos y las fuentes,

lugares muy concurridos; ni que decir del vuelo de los gansos hacia las aguas del Canadá! ¡Es extraño que un indio se pierda entre el Horicano y el recodo del río! ¿Acaso es un mohawk?

—No de nacimiento, aunque fue adoptado por esa tribu; creo que nació más al norte, entre aquellos que se llaman los hurones.

—¡Hugh! —exclamaron a la vez los dos compañeros del explorador, quienes se habían quedado sentados, aparentemente inamovibles e indiferentes a todo lo sucedido hasta ese momento, levantándose ahora de inmediato, y mostrándose tan ávidamente interesados y sorprendidos que delataban su gran inquietud.

—¡Un hurón! —repitió el forzudo explorador, de nuevo manifestando su disconformidad con la situación—. Son una raza de ladrones, aunque fueran adoptados por quien sea; no se les puede enseñar nada y sólo sirven para robar y holgazanear. Teniendo en cuenta que ustedes se han asociado con uno de semejante calaña, lo extraño es que no se hayan visto enfrentados a unos cuantos más.

—No hay peligro de que ocurra eso, dado que William Henry está tan lejos. Se olvida de que le he dicho que nuestro guía es un mohawk ahora, y que sirve a nuestro ejército como amigo.

—Y yo le digo que quien nace mingo, muere mingo —contestó el otro, sin titubear—. ¡Un mohawk! No, dame un indio delaware o mohicano, por su honradez; y a la hora de luchar, sólo desisten aquellos que se dejarían humillar por sus enemigos, los maquas… ¡pero si luchan, los delaware y los mohicanos son auténticos guerreros!

—Basta de tales asuntos —dijo Heyward, impacientándose—; no quiero discutir más acerca del carácter de alguien que conozco, y que para usted es un extraño. Aún no ha contestado mi pregunta: ¿a qué distancia nos encontramos del puesto principal de Edward?

—Parece más bien que eso dependerá de quien les guíe. Cualquiera pensaría que un caballo como el suyo podría cubrir muchísimo terreno entre el amanecer y la puesta del sol.

—No deseo intercambiar palabras banales con usted, amigo —dijo

Heyward, atenuando la acritud de su estado de humor y hablando más suavemente—. Si tiene la bondad de decirme cuánta distancia hay, y nos lleva hasta allí, su labor será recompensada.

—Y si acepto, ¿cómo sabré que no estoy ayudando a un enemigo, a un espía de Montcalm, a adentrarse en una fortaleza del ejército? No todo el que hable inglés tiene que ser necesariamente un súbdito honrado.

—Si usted ha servido alguna vez a las tropas, para las que supongo que habrá ejercido de explorador, conocerá sin duda al regimiento real número sesenta.

—¡El sesenta! Hay poco que usted pueda contarme y que yo no sepa acerca de las reales tropas americanas, aunque me vista con una camisa de cazador en lugar de una casaca roja.

—Entonces, entre otras cosas, ¿conocerá el nombre de su comandante?

—¡Su comandante! —le interrumpió el cazador, hinchándose con el orgullo de aquél que valora su palabra—. Si existe algún hombre en esta tierra que conoce al comandante Effingham, le tiene usted ante sus ojos.

—Se trata de un cuerpo de ejército provisto de varios comandantes; el caballero que usted menciona es el más veterano, pero yo me refiero al más joven de todos; aquél que manda sobre las compañías estacionadas en William Henry.

—Sí, sí, he oído decir que un joven próspero, originario de una de las provincias del lejano sur, ha conseguido el puesto. Se dice que es excesivamente joven como para ostentar ese rango, y mandar sobre otros hombres cuyos cabellos ya empiezan a blanquearse; con todo, ¡también se dice que es un soldado experimentado y un noble caballero!

—Sea lo que sea, y dígase lo que se quiera de su rango, se trata del que ahora le está hablando, por lo tanto no debe tomársele como un enemigo.

El explorador le miró atónito, se descubrió respetuosamente y le contestó en un tono más comedido que el de antes, aunque sin despojarse de sus dudas:

—He oído que un grupo tenía previsto abandonar el campamento esta mañana, dirigiéndose hacia la orilla del lago.

—En efecto, pero habíamos preferido una ruta más corta, confiando en el indio que antes mencioné.

—Que les ha engañado para desertar después.

—Nada de eso, en mi opinión; desde luego, no nos ha dejado, ya que viene justo detrás.

—Quisiera ver al sujeto; si se trata de un verdadero iroqués, lo reconoceré por su semblante de bellaco, así como por su pintura —dijo el explorador, dejando a un lado el corcel de Heyward y adentrándose en el sendero detrás de la yegua del maestro de canto, cuyo potrillo había aprovechado la ocasión para alimentarse. Tras apartar las ramas de los arbustos, se encontró con las féminas, quienes aguardaban el resultado de la conversación mostrando cierta angustia, además de evidentes síntomas de preocupación. Detrás de ellas, el correo indio se apoyaba sobre un árbol, desde el cual correspondió al exhaustivo examen visual del explorador con una actitud inmóvil, pero no por ello menos terrorífica, dados sus rasgos oscuros y salvajes. Una vez terminada su observación, el cazador se alejó. Al pasar de nuevo por delante de las féminas, se detuvo para admirar la belleza de ambas, respondiendo a la sonrisa y el saludo de Alice con evidente agrado. De ahí pasó al lugar donde estaba la yegua, cuyo jinete le mantuvo perplejo durante un minuto entero, mientras intentaba comprender la razón de su presencia. Dándose por vencido en esa cuestión, volvió al lado de Heyward.

—Un mingo es siempre un mingo; habiéndole hecho Dios así, ninguna tribu, ni siquiera la de los mohawk, puede cambiarlo —concluyó al regresar a su lugar—. Si estuviéramos solos, y usted dejara ese noble caballo a merced de los lobos esta noche, yo le llevaría personalmente hacia Edward en una hora, ya que es el tiempo que se tarda desde aquí, ¡pero llevando esas damas es

imposible!

—¿Por qué? Están fatigadas, pero seguro que aguantarían unas millas más a caballo.

—Es imposible por lógica —recalcó el explorador—. Yo no caminaría ni una sola milla dentro de estos bosques, de noche y en compañía de ese correo, aunque me ofrecieran el mejor fusil de las colonias. Están llenos de malvados iroqueses, y ese falso mohawk suyo sabe el modo de encontrarles demasiado bien como para dejar que me acompañe.

—¿Usted cree? —dilo Heyward, inclinándose hacia adelante sobre su montura y bajando el tono de su voz hasta el nivel de un susurro —. Le confieso que he tenido alguna sospecha, aunque he procurado disimular y aparentar un grado de confianza que no he sentido siempre, por el bien de mis acompañantes. Me percaté de que había algo extraño en él cuando, en vez de seguirle yo a él, terminó siguiéndome él a mí.

—Supe que era un traidor desde el momento en que le vi —contestó el explorador, colocándose una mano delante de la boca en señal de precaución—. El indeseable está apoyado sobre un pequeño árbol que hay detrás de aquellos arbustos, su pierna derecha está en posición paralela a la del tronco del árbol y… —continuó mientras palpaba su carabina—, puedo darle desde donde estoy, alcanzándole entre el tobillo y la rodilla, con un solo disparo; poniendo así fin a sus paseos por el bosque durante un mes, como mínimo. Si vuelvo a su lado, el zorro astuto sospecharía y saldría corriendo como un venado.

—No puede ser. Podría ser inocente y me disgustaría actuar de esa manera. Aunque, si estuviera seguro de su traición.

—Ya supone bastante seguridad el saber lo bellacos que son los iroqueses —dijo el explorador, elevando su carabina como por instinto.

—¡Espera! —insistió Heyward, interrumpiéndole—. No podemos, hemos de pensar en otra solución, y aun así, tengo motivos sobrados para pensar que me ha engañado.

El cazador, que ya había desistido en su intento de herir al correo, se quedó pensativo un instante e hizo un gesto para que sus dos acompañantes se acercaran. Hablaron en el idioma de los delaware, con tono grave, aunque en voz baja; y por los gestos del blanco, que señalaba constantemente hacia la cima del arbolillo antes mencionado, era evidente que se refería a la posición del enemigo que estaba fuera de vista.

Sus compañeros no tardaron en comprender sus intenciones; dejaron allí sus armas de fuego y cada uno se introdujo por los arbustos colindantes que delimitaban el pasadizo a uno y otro lado, actuando con tanto sigilo que sus pasos eran inaudibles.

—Ahora, vuelva usted allí —le dijo el cazador a Heyward—, y distraiga a ese demonio por medio de la conversación, esos dos mohicanos le neutralizarán sin violencia alguna; ni siquiera le alterarán la pintura.

—No —dijo Heyward, con arrogancia—, yo mismo le capturaré.

—¡Error! ¿Qué posibilidades tendría usted contra un indio, entre tanta arboleda, y estando montado sobre un caballo?

—Desmontaré. —

¿Y cree usted que, en cuanto le vea soltar un pie de los estribos, esperará a que suelte el otro? Quien se atreva a adentrarse en los bosques para vérselas con los indios debe emplear métodos indios, si desea tener éxito en su empresa. Vaya pues a hablar con ese mezquino, y hágale creer que es el amigo más sincero del mundo.

Heyward accedió a cumplir con el cometido que se le había asignado, aunque no sin mostrar su disconformidad con la naturaleza del mismo. No obstante, cada momento que pasaba le hacía ver con más claridad lo peligroso de la situación y la gran responsabilidad que tenía contraída. El sol ya se había ocultado, y los bosques, desprovistos de su luz [10] , adoptaron un tono cenizo, lo cual le hizo recordar que se aproximaba la hora más propicia para que los salvajes lleven a cabo sus despiadados actos de venganza y barbarie. Estimulado por tales preocupaciones, dejó al explorador, que comenzó a entablar conversación en voz alta con el

desconocido que de manera tan poco formal se había sumado al grupo de viajeros aquella mañana. Al pasar por donde se encontraban sus delicadas compañeras de viaje, Heyward se alegró de ver que, aunque fatigadas por la travesía, no parecían sospechar de nada malo, e interpretaron lo ocurrido como un contratiempo fortuito. Haciéndoles creer que iba a consultar acerca de la ruta que debían seguir, espoleó al corcel y, tras recorrer unos metros, volvió a tirar de las riendas, aproximándose al lugar en el que aún esperaba el correo indio, apoyado sobre el arbolillo.

—Como puedes ver, Magua —le dijo, adoptando un aire de confianza y naturalidad—, la noche se cierne sobre nosotros, y estamos tan lejos de William Henry como lo estuvimos esta madrugada, al abandonar el campamento de Webb.

Has perdido el camino, y yo tampoco he sido afortunado como guía. Pero, por suerte, hemos topado con un cazador, ese a quien oyes conversar con el cantante, que conoce bien los caminos de ciervo y demás entresijos del bosque, y que ha prometido llevarnos hasta un lugar seguro en el que podemos descansar hasta mañana.

El indio clavó su mirada destellante en el rostro de Heyward y le preguntó, hablando un inglés defectuoso:

—¿Está solo?

—¿Solo? —respondió Heyward con sorpresa, poco acostumbrado a que le decepcionen—. Oh, por supuesto que no, Magua, ya que nosotros estamos con él.

—Entonces Le Renard Subtil [11] se marchará —contestó el correo mientras recogía su pequeña bolsa del lugar sobre el que la había dejado en el suelo—, y los rostros pálidos sólo estarán con los de su propio color.

—¡Marcharse! ¿Quién es ese Le Renard al que te refieres?

—Es el nombre que sus padres canadienses le dieron a Magua —contestó el correo con aires de orgullo y distinción—. La noche es lo mismo que el día para Le Subtil, cuando Munro le aguarda.

—¿Y qué le dirá Le Renard al jefe de William Henry cuando le pregunte por sus hijas? ¿Se atreverá a decirle a ese malhumorado escocés que sus niñas no disponen de un guía, a pesar de que Magua prometió serlo?

Aunque el cabeza gris tenga una fuerte voz, y un brazo largo, Le Renard no le oirá ni le sentirá en el bosque.

—¿Pero, qué dirán los mohawks? Le harán vestidos femeninos y le pedirán que se quede en la tienda con las demás mujeres, ya que no se le puede confiar el trabajo de un hombre.

—Le Subtil conoce el camino hacia los grandes lagos y puede encontrar los huesos de sus antepasados —fue la respuesta del flemático correo.

—Basta, Magua —dijo Heyward—. ¿Acaso no somos amigos? ¿Por qué ha de haber palabras amargas entre nosotros? Munro te ha prometido una gratificación por tus servicios, una vez cumplidos, y yo me comprometo a premiarte también. Reposa de tu esfuerzo y come algo de tu bolsa. Aún tenemos unos momentos antes de partir; no los desperdiciemos en hablar como mujeres escandalosas. En cuanto hayan descansado las damas, seguiremos nuestro camino.

—Los rostros pálidos se convierten en los perros de sus mujeres —refunfuñó el indio en su lengua nativa—, y cuando éstas quieren comer, los guerreros han de descuidar el tomahawk para alimentar su holgazanería.

—¿Qué es lo que dices, Renard?

—Le Subtil dice que está bien.

El indio entonces miró fijamente al rostro confiado de Heyward, pero al devolverle éste la mirada, apartó la cara rápidamente y se sentó en el suelo, para a continuación sacar algo de alimento de su bolsa y comenzar a ingerirlo, aunque no antes de mirar lenta y cuidadosamente a su alrededor.

—Eso está mejor —continuó Heyward—, así Le Renard tendrá fuerza y vista para encontrar el camino por la mañana —hizo una

pausa momentánea, ante lo que parecía sonar coma la rotura de una rama seca, junto con otros ruidos de entre la vegetación, pero inmediatamente reanudó su discurso—. Debemos estar en marcha antes de que se vea el sol; de lo contrario Montcalm podría interponerse entre nosotros y la fortaleza.

La mano de Magua descendió desde su boca hasta el costado, y aunque sus ojos se fijaban en el suelo, su cabeza estaba ladeada, sus fosas nasales en tensión, y hasta sus orejas parecían más erectas que nunca. Tenía la imagen de una estatua que representara una actitud de intensa atención.

Heyward, observando sus movimientos con cautela, se descuidó y sacó un pie del estribo al dirigir su mano hacia la piel de oso de su cartuchera.

Todo esfuerzo por detectar el punto más vigilado por el correo se vio completamente frustrado por la variación de su mirada, la cual no parecía descansar un solo instante sobre ningún objeto concreto, a la vez que daba la sensación de que permanecía inmóvil. Mientras dudaba sobre lo que debería hacer, Le Subtil se levantó cautelosamente, aunque moviéndose con tanta lentitud y sigilo que no produjo ni el más leve ruido. Heyward presintió que había llegado el momento de actuar. Pasando una pierna por encima de su silla de montar, se bajó del caballo con el firme propósito de abalanzarse sobre su traicionero acompañante, valiéndose únicamente de su propia hombría. Sin embargo, con el fin de evitar que cundiese el pánico, continuó manifestándose tranquilo y amigable.

—Le Renard Subtil no come —dijo, dirigiéndose al indio por medio del apelativo que le parecía más adulador—. El maíz no debe estar muy bien hecho, y parece muy seco. Vamos a ver si entre mis provisiones encontramos algo que pueda estimular su apetito.

Magua extendió la bolsa ante el ofrecimiento. Incluso permitió que se acercaran las manos de ambos, pero no mostró ni el más mínimo atisbo de gratitud y, por supuesto, en ningún momento bajó la guardia. No obstante, cuando sintió rozar la mano de Heyward contra el lateral de su brazo, golpeó la mano del joven oficial y, lanzando un grito estridente, penetró de un solo salto en la maleza

de enfrente. Al instante surgió de entre los arbustos la figura de Chingachgook, su pintura dándole un aspecto fantasmagórico, que inmediatamente surcó el pasadizo en apresurada persecución del fugitivo. A continuación se oyó el grito de Uncas, mientras el bosque se iluminó con un repentino fogonazo, acompañado por la sonora detonación de la carabina del cazador.

Capítulo V

En una noche tal

Thisbe pasó aterrado por encima del rocío;

y vio aquí mismo la sombra del león.

El mercader de Venecia.

La repentina fuga de su guía, así como los gritos de sus perseguidores, hizo que Heyward se quedara momentáneamente inmóvil, por efecto de la sorpresa. Acto seguido, recordó la importancia de capturar al fugitivo y apartó las ramas colindantes, avanzando enérgicamente para prestar su ayuda en la persecución. No obstante, antes de que hubiese recorrido apenas unos cien metros, se encontró con los hombres del bosque ya regresando de su infructuoso intento.

—¿Por qué han desistido? —exclamó el joven—. El bribón seguramente estará oculto tras alguno de estos árboles y aún puede ser aprehendido. No estaremos seguros mientras siga en las cercanías.

—¿Puede utilizarse una nube para perseguir al viento? —contestó el explorador, decepcionado—. Oí cómo el demonio pasaba a través de las ramas, igual que una serpiente negra, y logré verle un instante donde aquel gran pino; corrí tras él, pero fue inútil. No estaba muy a tiro, sobre todo si le hubiese disparado alguien que no fuese yo; y creo que sé algo de estas cosas. Mire este zumaque; sus hojas están rojas, ¡aunque todo el mundo sabe que sólo florece de color amarillo en el mes de julio!

—¡Es la sangre de Le Subtil! ¡Está herido, y aún puede caer!

—No, no —le contestó el explorador, abiertamente en desacuerdo

—. Quizá le haya rozado, pero siguió corriendo a pesar de todo. Una bala hace el mismo efecto sobre un animal que huye, cuando sólo le roza, que las espuelas sobre un caballo; estimula el movimiento y hace reaccionar al cuerpo, lejos de matarlo. Solamente una herida profunda hace que, tras un salto o dos, se produzca el cese de la carrera, ¡tanto en un indio como en un ciervo!

—¡Somos cuatro contra un solo hombre herido!

—¿Es que no aprecia en nada su vida? —le interrumpió el explorador—. Ese diablo rojo le llevaría hasta donde sus camaradas le tuvieran al alcance de sus tomahawks, incluso antes de que usted empezara a sudar persiguiéndole. ¡El haber hecho fuego cuando puede haber enemigos al acecho ya fue un acto bastante imprudente por parte de alguien que ha dormido tantas veces en un escenario de guerra! ¡Mas fue una tentación irresistible y una reacción natural! ¡Muy natural! Vámonos amigos, cambiemos de emplazamiento, y así lograremos despistar al mingo, o de lo contrario nuestras cabelleras secarán al viento delante de la tienda de campaña de Montcalm, a esta misma hora de mañana.

Esta última y espeluznante afirmación la hizo el explorador con esa fría convicción propia de alguien que comprendía el peligro, pero sin dejarse atemorizar por él, y sirvió para que Heyward recordase la importancia de la misión que se le había encomendado. Éste, mirando a su alrededor, y haciendo un vano esfuerzo por ver a través de la penumbra que se acumulaba bajo los frondosos arcos del bosque, sintió que, sin defensores, sus acompañantes más débiles pronto estarían a merced de tan bárbaros enemigos, quienes esperaban como depredadores la llegada de la oscuridad para golpear de modo más certero y letal. De esta guisa, la imaginación del joven, desbordada por la preocupación y presa de los engaños propiciados por la escasez de luz, convirtió cada arbusto o tronco caído en una silueta humana, y en veinte ocasiones creyó discernir los horribles semblantes de sus ocultos enemigos asomándose de entre sus escondites, siguiendo constantemente la marcha del grupo. Mirando hacia arriba, vio que las nubecillas de la tarde ya empezaban a perder sus colores rosáceos, mientras que el riachuelo profundo que corría a su lado sólo podía distinguirse por los árboles

que lo delimitaban en las oscuras orillas.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo, sintiendo una gran impotencia por la delicada situación en la que se encontraban—. ¡No nos deje, por el amor de Dios! ¡Quédese para defender a las damas que me acompañan y podrá designar libremente su recompensa!

Sus interlocutores, que empezaron a conversar entre ellos en lengua india, no dieron aprecio a esta sincera petición. A pesar de que sus diálogos se llevaban a cabo en voz baja, casi susurrando, Heyward pudo distinguir, al acercarse, que el tono del más joven se manifestaba con más sentimiento que el discurso sobrio y comedido empleado por los mayores. Estaba claro que estaban debatiendo sobre qué curso seguir con respecto a la seguridad de los viajeros. Dado su poderoso interés en el asunto, así como la inquietud que le provocaban los peligros adicionales que pudieran ser auspiciados por la tardanza en su resolución, Heyward se acercó más al misterioso grupo con el fin de dar mayor énfasis a su oferta de compensación. En esto, el hombre blanco, gesticulando como si ya hubiese dado la discusión por zanjada, se volvió y dijo, en inglés y a modo de soliloquio:

—¡Uncas tiene razón! No sería digno de hombres dejar a estas criaturas indefensas abandonadas a su suerte, aunque se tenga que renunciar a la propia seguridad. ¡Si vamos a salvar a estas tiernas flores de los colmillos de esas serpientes malignas, es mejor acometer la tarea cuanto antes!

—¿Cómo puede siquiera dudarlo? Si ya he realizado una oferta.

—Ofrezca mejor una oración a Aquel que nos pueda otorgar la suficiente sabiduría como para enfrentarnos a la astucia de los diablos del bosque —le interrumpió el explorador con calma—, y ahórrese sus promesas de dinero, que por otra parte quizá no viva para cumplirlas o verlas cumplidas. Estos mohicanos y yo haremos lo que esté en nuestra mano para salvaguardar estas flores que, aún siendo tan hermosas, no pertenecen al entorno salvaje, y lo haremos sin esperar más recompensa que aquella que Dios dispone para los que obran correctamente. ¡Mejor será que prometa otras dos cosas distintas, en su nombre y en el de sus amigos; de lo contrario, lejos de serles útiles, sólo nos perjudicaremos todos!

—¡Nómbrelas!

—La primera es que se mantendrán tan callados como este bosque dormido, ocurra lo que ocurra; y la segunda es que guarden para siempre en secreto la ubicación del lugar al que les vamos a llevar.

—Me esforzaré al máximo para ver cumplidas ambas condiciones.

—Entonces pongámonos en marcha, ya que estamos perdiendo un tiempo tan preciado como la sangre para un ciervo herido.

Heyward apercibió el gesto impaciente del explorador a través de las incipientes sombras del anochecer, y le siguió los pasos rápidamente hasta el lugar en el que esperaban los demás. Cuando se acercaron a las angustiadas y expectantes féminas, el joven militar les informó brevemente de las condiciones impuestas por su nuevo guía, así como de la necesidad de que no hiciesen ningún ruido, manifestando en todo momento una actitud seria y lacónica. Aunque sus alarmantes noticias no fueron recibidas con muestras de terror por parte de los que le escuchaban, su ademán sincero y contundente, junto con la propia naturaleza del peligro, ciertamente lograron que estuviesen alerta ante la dura y desconcertante prueba que les aguardaba. En silencio, y sin desperdiciar un solo instante, las damas se dejaron ayudar para bajar de sus caballos, para a continuación descender hasta la orilla del riachuelo, en donde el explorador ya había reunido a los otros, valiéndose más de los gestos que de las palabras.

—¿Qué podemos hacer ahora con estos caballos? —habló para sí el hombre blanco, de quien parecían depender todas las posibilidades de salvación del grupo—. Sería una pérdida de tiempo cortarles el cuello y lanzarlos al río; y dejarles aquí serviría de indicio para que los mingos supieran que los dueños no están lejos.

—Entonces será mejor hacerles andar, para que se alejen sin rumbo por el bosque —se atrevió a sugerir Heyward.

—No; sería mejor despistar a los demonios, y hacerles creer que deben igualar la velocidad de un caballo para continuar con su persecución. Sí, sí, eso cegará sus llameantes ojos de fuego. Chingach… ¡Atiza! ¿Qué es lo que se mueve entre los arbustos?

—El potrillo

—Ese potrillo, al menos, debe morir —murmuró el explorador, que intentó infructuosamente atrapar al animal por su crin—. ¡Uncas, prepara tus flechas!

—¡Esperen! —exclamó el propietario del animal condenado, sin respetar el tono susurrante que empleaban los demás—. ¡No maten al potrillo de Miriam! Es el noble hijo de una dama fiel, y no causará ningún trastorno intencionado.

—Cuando los hombres luchan por conservar la única vida que Dios les dio —dijo el explorador con gesto severo, incluso los de su propia especie no parecen más que bestias salvajes. ¡Si vuelve usted a hablar, le dejaré a merced de los maquas! Afina tu puntería, Uncas, no tenemos tiempo para un segundo intento.

La voz del cazador aún podía oírse cuando el potrillo herido, que primero flaqueó de atrás, dobló sus patas delanteras. Al caer, se encontró con el cuchillo de Chingachgook, que le segó el cuello con la rapidez de un pensamiento. El indio entonces lanzó el animal, que aún se retorcía, a las aguas del río, por cuyo cauce bajó lanzando los últimos suspiros audibles de su ya escasa vida. Este acto de aparente crueldad, aunque no por ello menos necesario, cayó como una jarra de agua fría sobre los ánimos de los viajeros, ya que les hizo ver hasta qué punto estaban en peligro, a pesar de la firme tranquilidad mostrada por los que habían efectuado la labor. Las hermanas se estremecieron y se abrazaron una a la otra, mientras que Heyward puso la mano instintivamente sobre una de sus pistolas, al colocarse entre las damas y aquellas tupidas sombras que parecían tender un velo impenetrable ante la profundidad del bosque.

Los indios, sin embargo, no vacilaron un instante; llevaron los asustados y reticentes caballos en dirección a las aguas del río.

A cierta distancia de la orilla giraron, para luego quedar ocultos por el perfil del borde del acantilado, a medida que avanzaban en dirección contraria a la del curso de las aguas. Mientras tanto, el cazador extrajo una canoa, hecha a partir del tronco de un árbol, oculta bajo unos arbustos cuyas ramas se prolongaban hasta el

agua, siendo rozadas por la corriente. En silencio indicó a las féminas que se introdujeran en ella, lo cual hicieron sin poner reparos, aunque también sin dejar de mirar hacia atrás varias veces, en dirección a las crecientes sombras que envolvían la orilla del río por medio de su oscura barrera.

Tan pronto acabaron de sentarse Cora y Alice, y sin dejarse intimidar por el agua, el explorador le indicó a Heyward que se asiera a un flanco de la frágil embarcación y, tras colocarse él al lado contrario, la arrastraron contra corriente, seguidos por el decepcionado dueño del potrillo muerto. De este modo, continuaron a lo largo de decenas de metros, en medio de un silencio que sólo se vio interrumpido por el chapuceo del agua, a medida que avanzaban cautelosamente contra ella. Heyward dejó que el explorador se encargara de dirigir la canoa; y éste la acercaba o la alejaba de la orilla según se encontraba con rocas o pozos profundos, lo cual demostraba su buen conocimiento de la ruta que seguían. En algunas ocasiones se detenía, y en medio de una gran quietud que el creciente rugir de la catarata tan sólo lograba intensificar, se prestaba a escuchar concienzudamente cualquier ruido que pudiera provenir de la tranquilidad del bosque. Cuando estaba seguro de no oír nada extraño con toda la agudeza de sus sentidos, y de no haber detectado la presencia de ningún enemigo en las cercanías, reanudaba su lento y prudente avance. Más tarde, alcanzaron un punto del río en el que la vista inquieta de Heyward se fijó en un montón de objetos negruzcos, agrupados en un lugar donde el acantilado, por su altura, formaba una sombra mayor de lo habitual en la ya de por sí oscura orilla. El militar, cesando de empujar, señaló dicho lugar a su compañero.

—Sí —le contestó el lacónico explorador—, los indios han escondido a los animales con la sabiduría que caracteriza a los nativos; el rastro se pierde en el agua, y hasta los búhos serían incapaces de verlos en esa oquedad tan profunda.

El grupo entero no tardó en reunirse, y otra conversación tuvo lugar entre el explorador y sus nuevos camaradas, durante la cual aquellos cuyos destinos dependían de la disposición y la destreza de estos desconocidos habitantes del bosque tuvieron la oportunidad de analizar su situación con mayor detalle.

El río estaba flanqueado por rocas altas y afiladas, una de las cuales sobresalía por encima del lugar en el que había arribado la canoa. A su vez, sobre estas rocas pendían las ramas de árboles muy altos que parecían balancearse sobre el precipicio, dando la impresión de que el río pasaba a través de un pequeño valle, profundo y estrecho. Bajo las impresionantes ramas y cimas desgarradas que se dibujaban a uno y otro lado del mismo, perfiladas contra el estrellado firmamento, todo permanecía cubierto por una oscura sombra uniforme. Hacia atrás, la curvatura trazada por las orillas obstruía la vista de lo que había más allá, gracias en parte a la misma oscura hilera de árboles; de todos modos, por delante, a una distancia aparentemente corta, el agua daba la impresión de acumularse contra el cielo, vertiéndose en un sinfín de cavernas de las que emanaban todos esos melancólicos sonidos que constantemente inundaban el aire nocturno. Verdaderamente parecía un lugar ideal para esconderse, y las hermanas experimentaron una gran sensación de seguridad mientras admiraban la romántica y, a la vez, apabullante belleza del lugar. No obstante, la sobriedad en los rostros de sus protectores les hizo volver pronto a la realidad, reconociendo de nuevo los peligros de su situación.

Los caballos habían sido atados a unas ramas aisladas, surgidas entre las grietas de las rocas que formaban el mencionado hueco, y se les dejó en ese lugar de aguas poco profundas para pasar la noche. El explorador dio indicaciones tanto a Heyward como a los demás desconsolados viajeros para que ocupasen la parte delantera de la canoa, mientras que él se sentaría en la posterior, yendo tan erguido y confiado como si se tratara de una nave más robusta y resistente. Los indios volvían sobre sus propios pasos cuando, ejerciendo una inmensa fuerza sobre una de las rocas con su remo, el cazador logró encauzar la embarcación hasta el mismo centro de la poderosa comente acuática. Durante un buen intervalo de tiempo, la lucha entre la frágil burbuja en la que flotaban y las turbulentas aguas de su alrededor se tomó intensa y desesperada. Obligados a mantenerse totalmente quietos, incluso conteniendo la respiración, ante el temor de que volcara la delicada estructura en medio de la furia torrencial, los pasajeros contemplaban la violencia de las aguas con inmenso terror. En veinte ocasiones llegaron a pensar que los remolinos les llevarían a la destrucción si no es por

la mano firme de su timonel, que volvía a corregir la posición de la quilla dentro de la comente. Un largo, vigoroso y desesperado esfuerzo, sobre todo para las féminas, puso fin a la contienda. Justo cuando Alice se tapaba los ojos, horrorizada por la sensación de que iban a ser engullidos por el torbellino formado al pie de la catarata, la canoa se quedó a flote, estacionada junto a una roca plana cuyo borde coincidía con el nivel del agua.

—¿Dónde estamos? ¿Y qué debemos hacer ahora? —exigió saber Heyward, al ver que los brazos del explorador se habían relajado.

—Están ustedes al pie de las cataratas de Glenn —le contestó el otro, hablando en voz alta, sin miedo y compitiendo con el rugido de las aguas—; y lo siguiente que hemos de hacer es arribar correctamente, sin mecer excesivamente la canoa, a no ser que quieran verse envueltos en los mismos torbellinos que antes, sólo que en dirección río abajo y a una mayor velocidad; es costoso encauzar la corriente cuando el río está tan revuelto, y cinco personas son muchas como para evitar mojarse algo, sobre todo cuando se viaja en un trozo de corteza de árbol. Suban a la roca y permanezcan ahí, mientras yo voy de regreso a por los mohicanos y la pieza cazada; es preferible dormir sin cabellera que pasar hambre en medio de la abundancia.

Los pasajeros aceptaron de buen grado sus indicaciones. En cuanto el último sacó su pie de la embarcación, ésta realizó un viraje instantáneo, y la figura del explorador pudo distinguirse durante tan sólo un momento surcando las aguas a gran velocidad, antes de sumirse en la impenetrable oscuridad del río. Abandonados por su guía, los viajeros se quedaron momentáneamente sin saber qué hacer, temerosos hasta de moverse, por miedo a caerse de la roca y terminar en una de las profundas y amenazantes cavernas adyacentes, en las cuales parecía desembocar todo el agua de su alrededor. Sus temores, no obstante, quedaron aliviados enseguida, ya que con la experta ayuda de los nativos, la canoa volvió enseguida al recodo y de nuevo se situó junto a la roca plana, cuando creían que el cazador ni siquiera se habría reunido aún con sus otros compañeros.

Ahora estamos a salvo, ocultos y con provisiones —gritó Heyward con abierta alegría—, y podemos desafiar a Montcalm y a sus

aliados. Y bien, mi expectante centinela, ¿cómo es que ha visto usted iroqueses en el territorio?

—Yo los llamo iroqueses porque, a mi juicio, todo nativo que hable una lengua foránea ha de considerarse enemigo, ¡aunque simule estar sirviéndole al rey! Si Webb quiere encontrar fidelidad y honradez que recurra a la tribu de los delaware y que mande a esos mohawks y oneidas, avariciosos y embusteros, así como sus seis naciones de bellacos, a que se vayan con quienes lógicamente habrían de estar: ¡los franceses!

—¡Entonces debemos cambiar un guerrero por un amigo inútil! ¡Tengo entendido que los delaware han depuesto sus armas y se con-forman con que se les llame mujeres!

—Cierto, aunque esa vergüenza debería caer sobre los holandeses» y los iroqueses, que fueron quienes les engañaron vilmente con sus artimañas para que se prestaran a semejante acuerdo. Pero yo les conozco desde hace veinte años, y llamo mentiroso a cualquiera que diga que por las venas de un delaware corre sangre de cobardes. Ustedes les han obligado a abandonar la costa y los han relegado a vivir tierra adentro, y ahora están dispuestos a creer todo lo que digan sus enemigos, como por ejemplo que pueden dormir tranquilos y sin preocupaciones. No, para mí no es así, sino que cualquier indio que hable una lengua extranjera es un iroqués, sin que importe que su castillo [12] esté en el Canadá o en York [13] .

Al percatarse Heyward de la empecinada defensa que ofrecía el explorador, tanto en favor de los delaware como de los mohicanos —que a fin de cuentas eran integrantes de un mismo pueblo—, decidió cambiar de tema para no entrar en una discusión interminable.

—¡Hubiese o no acuerdo, estoy plenamente convencido del valor y la nobleza de sus dos compañeros! ¿Han visto u oído alguna señal de nuestros enemigos?

—El indio es un mortal al que se siente mucho antes de que se le vea —contestó el explorador, mientras ascendía a la roca y dejaba en el suelo el cuerpo del ciervo—. Cuando quiero saber por dónde andan los mingos, no se me ocurre esperar a verlos y confío en otras

señales antes que en la vista.

—¿Le dicen sus oídos que han rastreado nuestra huida?

—Sentiría mucho que así fuera, aunque en esto la inteligencia prudente se iguala a la efectividad del valor más intrépido. De todos modos, no voy a negar que los caballos estaban alborotados cuando pasé por su lado, como si hubiesen detectado la presencia de lobos; y el lobo siempre se encuentra cerca de donde acechan los indios, ya que van tras los despojos de los ciervos que cazan los salvajes.

—¡Se olvida del animal que acaba de dejar en el suelo! ¿O acaso su presencia pueda deberse al potrillo muerto? ¡Eh! ¿Qué ruido es ése?

—Pobre Miriam —murmuraba el desconocido—, tu potrillo estaba destinado a ser alimento de bestias depravadas —entonces, levantó la voz repentinamente y, por encima del constante sonido de las aguas, comenzó a cantar en alto—:

A los primogénitos de Egipto golpeó,

tanto a los nacidos de mujer como de animal,

¡Oh, Egipto! te envió plagas,

¡También al faraón y a sus sirvientes!

—La muerte del potrillo pesa aún en el corazón de su propietario —dijo el explorador—, pero es buena señal ver que un hombre se preocupa por sus compañeros animales. Es un hombre religioso, que cree en lo que ocurre porque ha de ocurrir; y consolándose así no tardará en comprender la racionalidad existente en la muerte de un animal de cuatro patas, si con ello se salvan las vidas de seres humanos. Puede ser como lo ha expresado usted —continuó diciendo, respondiendo así a la última observación hecha por Heyward—, y por eso con más razón hemos de cortar nuestros filetes y mandar los despojos río abajo, o tendremos a la manada de lobos siguiéndonos por las rocas, deseosos de cada bocado que tragamos. Además, aunque el idioma de los delaware sea tan difícil de entender para los iroqueses como un libro escrito, esos astutos bribones sí entienden los motivos por los que aúllan los lobos.

Mientras hablaba, el explorador se ocupaba de juntar diversos implementos útiles; y al concluir, se alejó de los viajeros para ir con los mohicanos, los cuales parecían entender instintivamente sus intenciones. Los tres desaparecieron sucesivamente tras el oscuro perfil de una gran piedra vertical de varios metros de altura, que estaba a unos pasos de la orilla del río.

Capítulo VI

De aquellos esfuerzos que una vez fluían dulcemente en Sión,

Una porción ofrece cautelosamente;

Y, con aire solemne, dice «Alabemos a Dios».

Burns.

Heyward y sus compañeras observaron estos movimientos con disimulada inquietud, ya que, si bien la conducta del hombre blanco no merecía reproche alguno, sus rudimentarios métodos, su actitud lacónica y su carácter áspero, junto con el comportamiento silencioso de sus asociados, no podían menos que inspirar desconfianza en el ánimo de unas personas que acababan de ser víctimas de una traición india.

Sólo el extraño desconocido se mostraba indiferente a los hechos de aquel momento. Se había sentado en un saliente rocoso, sin dar señal alguna de su presencia, salvo por los suspiros intermitentes que denotaban lo afligido de su espíritu. Se oyeron voces lejanas, como surgidas del interior de la tierra, y a continuación el lugar en el que se encontraban fue bañado por una luz que dejaba al descubierto el refugio secreto.

En el extremo más lejano de una profunda y estrecha caverna rocosa, cuya longitud parecía mayor por efecto de la luz, estaba sentado el explorador, sosteniendo una rama de pino llameante. La luminosidad de la antorcha destacó tan nítidamente su rudo y curtido rostro, así como su rústica indumentaria, que le confería un aire de romanticismo salvaje a este individuo, que visto a la luz del día pasaría simplemente por un hombre de formidable corpulencia vestido de un modo estrafalario, aunque su fisonomía se componía de una sencilla tenacidad en la disposición de su musculatura. A poca distancia de él se encontraba de pie Uncas, mostrando todo el

poderío de su figura. Los viajeros contemplaron el fibroso y erguido cuerpo del joven mohicano con temor, ya que sus movimientos y posturas denotaban la agilidad y la versatilidad propias de su naturaleza salvaje. A pesar de que su persona, como en el caso del hombre blanco, estaba cubierta por una camisa de caza bordeada por flecos, ésta no disimulaba su oscura y penetrante mirada, desprovista de temor, que resultaba agresiva y tranquila a la vez, ni tampoco ocultaba su magnífica constitución física, robusta y atlética, ni el color cobrizo de su piel. Lo mismo podía decirse de la dignidad impuesta por su despejada frente y todos los rasgos de su noble efigie, rasurada en su totalidad a excepción de la tupida cresta. Fue la primera ocasión en la que Duncan y los demás pudieron apreciar claramente los rasgos de ambos indios, y cada uno vio cómo sus dudas quedaban despejadas al comprobar que las cualidades del joven guerrero, aunque fuesen salvajes, se fundaban en el orgullo y la resolución. Aunque para ellos se trataba de un ser atrapado en el abismo de la ignorancia, intuyeron que de ningún modo se prestaría voluntariamente a la maldad ni al desenfreno, sino que pondría a buen servicio sus dotes naturales. La ingenua Alice lo contemplaba fijamente, admirando su arrogancia y desparpajo, como si estuviese contemplando una escultura griega antigua a la que un milagro le hubiese dotado de vida. Heyward, por su parte, aunque acostumbrado al bien proporcionado físico de los nativos, no pudo por menos que reconocer que se trataba de uno de los más nobles y equilibrados ejemplos de la fisonomía del hombre salvaje.

—Me sería fácil dormir tranquila —susurró Alice con entusiasmo— si mi guardián tuviese un aspecto tan valiente y generoso como ese joven. ¡Sin duda, Duncan, esas crueles matanzas, esas terroríficas escenas de tortura de las que tanto hemos oído y leído, no tienen nada que ver con seres como él!

—En efecto, se trata de una excepcional y excelente muestra de las cualidades naturales que se dice abundan en estas gentes —contestó el oficial—. Estoy de acuerdo contigo, Alice, en que una mirada y un porte así son más propicios para intimidar que para traicionar, pero no nos engañemos al creer que vamos a encontrar alguna otra virtud que no sean las propias de un salvaje. Del mismo modo que abundan ejemplos sobresalientes de grandes cualidades entre los

cristianos, entre los indios son más escasos e improbables; aunque, en honor a nuestra común naturaleza, tampoco se puede decir que sean imposibles. Confiemos en que este mohicano no nos decepcione en cuanto a lo que esperamos de él, sino que demuestre ser un amigo fiel y valeroso, como indica su aspecto.

—Ahora el comandante Heyward habla como debe —dijo Cora—. Aquél que contemple esta criatura de la naturaleza, ¡recuerde el tono de su piel!

Esta afirmación última dio lugar a un breve y, aparentemente, embarazoso lapso de silencio, interrumpido por la llamada del explorador, invitándoles a entrar.

—Este fuego empieza a iluminar demasiado —les continuó diciendo — y puede atraer a los mingos hacia nuestro escondite. Uncas, extiende la manta y deja que los indeseables sólo vean su lado oscuro. Puede que esta no sea la clase de cena que esperaría un comandante de las Reales Fuerzas Americanas, pero he conocido a hombres fuertes de ese cuerpo que estarían contentos con disfrutar de carne cruda y sin delicias [14] . Como se puede ver, aquí tenemos bastante sal y podemos realizar una rápida cocción. Tenemos ramas frescas de sasafrás para que puedan sentarse las damas, y aunque no sean tan lujosas como las sillas de caoba, el aroma que desprenden seguramente resultará más dulce que cualquier pie de animal. Vamos, amigo; no siga lamentando lo del potrillo, era una criatura inocente y poco conocedora de los pesares de la vida. ¡Con la muerte se ahorró más de un dolor y un esfuerzo!

Uncas cumplió con lo que se le había dicho, y cuando la voz de Ojo de halcón cesó de oírse, el rugido de la catarata sonaba como un trueno que retumbaba en la distancia.

—¿Estaremos lo bastante seguros en esta caverna? —exigió saber Heyward—. ¿Ya no existe el riesgo de un ataque por sorpresa? Un solo hombre armado a la entrada de la misma nos tendría a su merced.

Una figura de corte espectral surgió de la oscuridad tras el explorador y, recogiendo una rama encendida, la dirigió hacia el otro extremo del refugio. Alice emitió un pequeño grito, e incluso

Cora se sobresaltó, ambas sorprendidas por la presencia de tan terrorífica forma; pero Heyward las tranquilizó asegurándoles que se trataba del guerrero Chingachgook, quien dejó al descubierto la segunda salida a la caverna al retirar otra manta. Tras esto, cruzó antorcha en mano a través de una estrecha cavidad rocosa situada a un lado, la cual formaba un ángulo recto con el pasillo de la caverna; dicho pasadizo, a diferencia del anterior, no tenía techo y daba acceso a otra caverna, idéntica a la primera en todos sus elementos.

A los zorros viejos como Chingachgook y yo no nos encontrarán nunca en una madriguera de una sola salida —dijo Ojo de halcón, riéndose—. Puede comprobarse que se trata de un lugar bien estudiado. Las paredes contienen piedra caliza, más suave y cómoda que otras superficies, sobre todo teniendo en cuenta la escasez inmediata de arbustos y madera de pino. Hace tiempo, la catarata estuvo situada a pocos metros de donde nos encontramos y me atrevería a decir que este río era tan grande y majestuoso como cualquiera de los afluentes del Hudson. ¡Pero la edad hace estragos en la belleza, como aún tendrán que comprobar estas damas! ¡El lugar ha cambiado para peor! Estas rocas están muy agrietadas y se están reblandeciendo más en unos sitios que en otros; el agua está erosionando la roca poco a poco, con lo que retrocede cada vez más por los huecos que ella misma crea. Así es como la catarata se ha desplazado más de treinta metros, a la vez que el desgaste y la rotura siguen avanzando, con lo que irán perdiendo la forma y la consistencia también.

—¿En qué lugar nos encontramos con respecto a ella? —preguntó Heyward.

—Pues, estamos muy cerca del lugar en el que la Divina Providencia la situó por vez primera, aunque no haya permanecido quieta por su aparente rebeldía. La roca de ambos lados resultó ser muy blanda, con lo que las aguas se desplazaron del centro y excavaron estos dos orificios para que nos escondamos, dejando un lugar seco en la mitad del río.

—¿Entonces esto es una especie de isla?

—¡Exacto! Las cataratas se encuentran a ambos lados y el río por

encima y por debajo de las cavernas. Si fuese de día, merecería la pena subirse a la cima de esta roca y admirar la agresividad del agua. Cuando rompe por la catarata no sigue regla alguna; en ocasiones salta, otras veces simplemente corre hacia abajo; chapotea por aquí, salpica por allá; en algunos lugares es tan blanca como la nieve, en otros tan verde como la hierba; en este sitio ha excavado huecos y se mete en la tierra, haciéndola rugir y temblar; mientras que en otros puntos produce ondas musicales como las de un arroyo, a la vez que da lugar a remolinos y barrancos que moldean la piedra como si fuera arcilla. Todo el diseño del río resulta desconcertante. Primero corre suave-mente, como si fuera a descender dentro de un orden; luego se revuelve y se enfrenta a las orillas; además, hay lugares en los que mira hacia atrás, ¡como si no quisiera abandonar el bosque y mezclarse con la sal! Sí, damisela, el paño de aspecto sedoso que lleva usted al cuello parecería tan basto como una red de pesca en comparación con la suavidad de algunos lugares que podría mostrarle, en los cuales el río elabora imágenes variadísimas, como si quisiera tomar parte en todo al haberse librado de toda atadura. ¿Y todo ello para qué? Después de que el agua haya actuado al albedrío durante un tiempo, como un hombre autosuficiente, la mano que la hizo la vuelve a reunir toda, y a poca distancia la hace fluir hacia el mar, ¡como estaba destinado a ser desde que la tierra existe!

Mientras los otros escuchaban este adulador discurso sobre la seguridad del escondite en las cataratas de Glenn [15] , no podían evitar pensar de modo diferente acerca de las bellezas descritas por Ojo de halcón. Pero no se encontraban en condiciones de dejar que sus pensamientos se centrasen en los encantos propios de la naturaleza, y como el explorador no se desentendió de sus labores culinarias mientras hablaba, salvo para indicarles con un tenedor roto algún punto peligroso del indomable río, permitieron que su atención se dirigiera más hacia un asunto tan vulgar —aunque no por ello menos necesario— como su comida.

Dicho alimento, mejorado en gran medida por la aportación de una serie de delicias reservadas por Heyward cuando dejaron los caballos, les vino muy bien a los agotados viajeros. Uncas atendió a las féminas, llevando a cabo todas las tareas necesarias que estuviesen a su alcance con una mezcla de dignidad y entusiasmo

que le hizo gracia a Heyward; éste sabía que se trataba de algo nuevo para los indios, cuyas costumbres prohibían que un guerrero se encargara de labores de servidumbre, en especial hacia las mujeres. Por otra parte, como el rito de la hospitalidad se consideraba una cuestión sagrada entre ellos, primaba esta tradición por encima del sacrificio de la dignidad viril, y se pasaban por alto tan denigrantes prácticas. Cualquier observador que fuese un poco cuidadoso podría apreciar, no obstante, que las atenciones del joven jefe no eran de índole completamente imparcial. Mientras que a Alice le ofrecía el recipiente de agua dulce y la carne en un plato hecho a partir del junco de un árbol, guardando las más imprescindibles cortesías, a su hermana le correspondía con las mismas acciones, sólo que su oscura mirada se quedaba además admirando la evidente belleza del semblante de la chica. En un par de ocasiones se vio obligado a hablar para dirigirse a las que servía. Cuando esto tenía lugar, hablaba en un inglés defectuoso, pero inteligible, pronunciado de un modo suave y musical por efecto de su voz profunda y gutural [16] . Tan era así que ambas damas se asombraron y sintieron gran admiración hacia él por tal motivo. En el transcurso de estos acontecimientos, se intercambiaron algunas frases y se estableció una aparente conversación amistosa entre las partes implicadas.

Mientras tanto, el gesto grave del rostro de Chingachgook permaneció inamovible. Se había acercado más a la luz del fuego, donde las frecuentes miradas de sus huéspedes podían calmar sus inquietudes al poder distinguir los rasgos humanos de su rostro tras los colores de la pintura de guerra. Encontraron un gran parecido entre padre e hijo, siendo las diferencias marcadas más por efecto de la edad y los esfuerzos realizados. La fiereza de su cara parecía querer disiparse, dando paso a esa expresión tranquila y distraída que distingue a un indio cuando no tiene que hacer uso de sus facultades para sobrevivir. Sin embargo, era fácil discernir por los destellos que ocasionalmente iluminaban su curtido rostro que, para volver a activar esa terrorífica expresión, tan disuasoria para sus enemigos, bastaba sólo con poner a prueba su paciencia. Por otra parte, la mirada rápida e inquieta del explorador apenas descansaba. Comía y bebía con un apetito tan voraz que ninguna sensación de peligro podría amedrentarlo, aunque no por ello dejaba de estar alerta. Veinte veces quedaba quieto el recipiente o

la carne ante su boca, mientras volvía su cabeza como si escuchara algún ruido distante y extraño —un movimiento que les hacía recordar a sus huéspedes la especial situación en la que se encontraban, así como las alarmantes razones que les llevaron a la misma—. Dado que estas frecuentes pausas no conllevaban ninguna observación por parte del explorador, el momentáneo temor que provocaban era efímero, siendo enseguida desechado.

—Vamos, amigo —dijo Ojo de halcón, sacando una botella de entre una cubierta de hojas al finalizar la comida, y dirigiéndose al que tenía a su lado haciendo justicia a sus destrezas culinarias—, prueba algo de este brebaje; le hará olvidar todo lo del potrillo y reavivará su interior. Brindo por nuestra amistad, a la espera de que un poco de carne de caballo no cimiente enemistad alguna entre nosotros. ¿Cómo se llama usted?

—Gamut, David Gamut —contestó el maestro de canto, preparándose para ahogar sus penas con un trago de la fuerte y fermentadísima bebida del hombre del bosque.

—Un nombre estupendo, y me atrevería a decir que seguramente ha sido heredado de padres honrados. Soy un admirador de los nombres, aunque las fórmulas cristianas están muy por debajo de las indias en este sentido. El mayor cobarde que llegué a conocer se llamaba «León»; mientras que su mujer, de nombre «Paciencia», le dejaría sordo con sus sermones en menos tiempo de lo que tardaría en caer un ciervo herido por una flecha. Con los indios se trata de un asunto de conciencia; generalmente es así. Esto no quiere decir que Chingachgook, cuyo nombre significa «gran serpiente», sea una culebra, grande o pequeña, sino que entiende lo variable de la naturaleza humana y ha de sortear esos inconvenientes, además de ser silencioso y capaz de golpear a sus enemigos cuando menos se lo esperan. ¿Cuáles son las cualidades de usted?

—Soy un humilde instructor en el arte de los salmos.

—¡Cielos!

—Enseño el arte del canto a los jóvenes de Connecticut.

—Ya podría tener usted un trabajo más útil. Esos jóvenes lobeznos

ya ríen y cantan bastante cuando andan por el bosque, y eso que no deberían hacer más ruido que el aliento de un zorro en su madriguera. ¿Sabe utilizar algún arma, ya sea de cañón liso o rayado?

—¡Alabado sea Dios, nunca he tenido ocasión de manejar tan terribles artilugios!

—¿Quizá entienda más de compases, y de la representación de ríos y montes en la superficie de un papel, para que puedan guiarse aquéllos que buscan algún lugar concreto?

—No practico labor alguna de esa índole.

—¡Sus piernas son de las que hacen que un recorrido largo parezca breve! ¿Llevaría usted mensajes para el general, supongo?

—¡Nada de eso, sólo sigo las órdenes que me dicta la vocación, la cual consiste en las enseñanzas de la música sagrada!

—Es una cualidad extraña —murmuró Ojo de halcón, riéndose para sus adentros— ir por la vida como un loro, imitando las subidas y bajadas del tono de voz que pudieran provenir de otras gargantas. En fin, amigo, supongo que ése es su don natural, y debe respetarse tanto como el saber disparar o cualquier otra habilidad mejor. Oigamos lo que sabe hacer en esa especialidad; será una manera amistosa de decir «buenas noches», ya que estas damas deben descansar para reunir fuerzas de cara a la próxima madrugada, bien temprano, antes de que se acerquen los maquas.

—Con mucho gusto, les complaceré —dijo David, poniéndose sus lentes de montura metálica y recurriendo a su entrañable librillo, el cual tuvo a bien mostrar a Alice con ternura—. ¿Qué puede resultar más apropiado y aliviante que ofrecer una alabanza de agradecimiento, después de una jornada tan trabajosa y arriesgada?

Alice le sonrió, pero al mirar a Heyward se ruborizó vacilante.

—Adelante —le susurró éste—. ¿Acaso no es propicia la sugerencia del digno heredero de la tradición de los salmos?

Animada por su aprobación, Alice hizo lo que le dictaban sus

refinadas tendencias y su buen dominio de las delicadas melodías. El libro se abrió en una página cuyo himno no desentonaba con respecto a la situación de los viajeros, para el cual el poeta se había inspirado de un modo más digno y artístico, lejos de su empeño de superar al inimitable rey de Israel. Cora se mostró dispuesta a acompañar a su hermana, desarrollándose por fin la canción tras los indispensables preliminares ensayísticos efectuados por el metódico David.

La melodía resultó lenta y solemne. Las hermosas voces de las féminas, quienes compartían entusiasmadas el librillo debido a sus fervientes convicciones religiosas, en unas ocasiones ascendían hasta su máxima plenitud, y en otras bajaban de tono hasta un nivel tan suave que su canto se vio acompañado por el monótono rumor de las aguas. Las dotes naturales que David poseía para la música, así como su buen oído, le permitieron dirigir el canto de tal forma que el sonido se adaptaba perfectamente a las dimensiones de la caverna, logrando llegar con toda claridad las maravillosas notas de las bien disciplinadas voces a cada resquicio rocoso del lugar. Los indios volvieron sus miradas sobre las rocas, y hasta ellos mismos parecían convertirse en estatuas de piedra al escuchar con tanta atención. Incluso el explorador, que en un principio había mostrado una fría indiferencia, con su mentón apoyado en una mano, se dejó seducir por la melodía, y sus tensas facciones se relajaron gradualmente, por lo que su rígido semblante dio paso a una expresión más plácida; la música le traía recuerdos de su niñez, una época en la que estaba acostumbrado a oír los mismos cantos de alabanza en los pueblos de la colonia donde residía. Su mirada distante comenzó a humedecerse, y antes de que el himno concluyera, del mismo modo en que el agua inunda una fuente seca, de sus ojos brotaban lágrimas de nostalgia que causaban más dolor que todas las tormentas que su rostro había soportado. Las cantantes se ocupaban de una de esas notas bajas que se van desvaneciendo y que captan la atención del oído como si se fueran a perder de un momento a otro cuando, de pronto, se oyó un grito que no parecía humano, ni siquiera natural. Se había producido en el exterior, y no sólo atravesó los conductos de la caverna, sino que llegó a helar la sangre de todos los que lo oyeron. Le siguió un silencio tan profundo que hasta las aguas parecían haberse detenido ante tan repentina y aterradora irrupción ruidosa.

—¿Qué es eso? —murmuró Alice tras unos segundos de intenso suspense.

—¿Qué es eso? —repitió Heyward, pero en voz alta.

Ni Ojo de halcón ni los indios dieron respuesta alguna. Se limitaron a escuchar, como si esperasen que se volviera a producir, mostrando a su vez su propio estupor ante el hecho. Al cabo de un rato, hablaron entre ellos, con tono grave, en el lenguaje de los delaware; Uncas, adentrándose en el pasillo interior, donde se encontraba la salida más oculta, abandonó sigilosamente el lugar. Cuando ya estaba fuera de vista, el explorador comenzó a hablar en inglés.

—Lo que pueda ser o no es algo que ninguno podemos asegurar, ¡a pesar de que dos de nosotros hemos vivido en el bosque durante más de treinta años! Hasta ahora he pensado que no existía grito de indio o de bestia que no pudiera reconocer, ¡pero ahora me doy cuenta de lo equivocado que he estado y de lo engreído que he sido!

—¿Entonces no se trataba del grito proferido por los guerreros cuando quieren intimidar a sus enemigos? —preguntó Cora mientras se cubría con su velo, mostrando una calma de la que adolecía totalmente su hermana, quien por contra se encontraba muy asustada.

—No, no, éste era un grito malsano y espeluznante que ni siquiera parecía humano; ¡cuando se ha oído una vez un grito de guerra, nunca se olvida ni se confunde! ¿Y bien, Uncas? —le inquirió el explorador al joven jefe indio cuando reapareció—. ¿Qué has visto? ¿Se percibe nuestra luz a través de las mantas?

La respuesta fue corta y decidida, siendo dada en el mismo idioma.

—No se ve nada ahí afuera —continuó diciendo Ojo de halcón, mostrando su descontento al agitar la cabeza—, ¡y nuestro lugar de refugio aún permanece oculto! Aquéllos que necesiten dormir que pasen a la otra cueva; debemos estar en pie mucho antes del amanecer para que nos dé tiempo llegar a Edward, mientras que los mingos duermen la mañana.

Cora atendió a tales recomendaciones de inmediato, sirviendo como

ejemplo de obediencia para Alice, quien fue más tímida en reaccionar. Pero antes de irse le pidió entre susurros a Duncan que permaneciera a su lado. Uncas apartó la manta para que pudiesen pasar, y cuando se volvieron para darle las gracias, se percataron de que el explorador, sentado delante del fuego y con la cara apoyada en sus manos, aún delataba la honda preocupación que le inspiraba el repentino e inexplicable grito que había interrumpido sus cantos de alabanza.

Heyward cogió una antorcha con la que iluminó las estrecheces de sus nuevos aposentos. Tras colocarla en la posición más favorable para alumbrarles, se unió a las féminas, que por primera vez se encontraron a solas con él desde que abandonaron el ambiente acogedor del fuerte Edward.

—No nos dejes solas, Duncan —dijo Alice—. ¡No podemos conciliar el sueño en un lugar como éste, con ese horrible grito aún retumbando en nuestros oídos!

—Primero examinaremos la seguridad de esta fortaleza —contestó —, y luego hablaremos de descansar.

Se acercó al extremo más lejano de la caverna, llegando hasta una salida que, como las demás, estaba cubierta por mantas. Al retirar las tupidas telas, pudo respirar el aire fresco y estimulante que provenía de la catarata. Uno de los brazos del río fluía por una grieta profunda y estrecha que la corriente había originado en el suelo de roca blanda justo debajo de él. Esto constituía, efectivamente, una defensa eficaz contra cualquier peligro en aquella zona, y así lo consideró el oficial. El agua, desde varios metros arriba, caía muy impulsada, siendo rápida y abrumadora la fuerza con la que se precipitaba.

—La naturaleza ha construido una barrera impenetrable a este lado —continuó diciendo mientras señalaba el impresionante precipicio que daba paso a la oscura corriente de agua, para a continuación colocar la manta de nuevo en su sitio—, y como sabemos que son buenos y honrados los hombres que hacen guardia al otro lado, no veo por qué no hemos de hacer caso a nuestro noble anfitrión. Estoy seguro de que Cora estará de acuerdo conmigo si digo que a ambas les hace falta descansar.

—Cora puede someterse a lo conveniente de su discurso, pero es incapaz de ponerlo en práctica —contestó la hermana mayor, que se había puesto junto a Alice, sobre una cama de sasafrás—. Habría otros motivos para no dormir, aunque no se hubiese producido ese ruido misterioso y el consiguiente susto. Figúrese, Heyward: ¿es que unas hijas pueden olvidar que su padre, sabiendo que sus niñas están en el bosque, desconoce su suerte y debe estar angustiado pensando en los muchos peligros que les acechan?

—Es un soldado y conoce bien los riesgos y los recursos que pueden encontrarse en el bosque.

—Es un padre y no puede evitar que sus sentimientos le atormenten.

—¡Qué comprensivo ha sido siempre hacia mis travesuras! ¡Qué tierno y condescendiente hacia todos mis caprichos! —dijo Alice entre sollozos—. ¡Hemos sido unas egoístas, hermana, al exigirle que nos dejara marchar tan imprudentemente!

—Puede que haya sido muy dura al obligarle en un momento tan embarazoso, pero así le demostraría que por mucho que otros desprecien sus esfuerzos, sus hijas no perderían su fe en él.

—Cuando nos enteramos de que iban ustedes hasta Edward —dijo Heyward amablemente—, tuvo lugar una tremenda lucha en su interior, un pulso entre el miedo y el amor paterno; aunque el segundo de estos sentimientos prevaleció rápidamente, dado el largo periodo de tiempo sin verlas. Me dijo: «Es la entereza de mi noble Cora la que les guía, Duncan, y no me interpondré. ¡Ya podría Dios inspirar la mitad de semejante determinación en aquéllos que guardan el honor de nuestro rey!»

—¿Y no le habló de mí, Heyward? —quiso saber Alice con celosa ternura—. ¡Seguro que no se olvidaría de su pequeña Elsie!

—¡Imposible! —contestó el joven—. Se refirió a ti por medio de mil cariñosos epítetos que no soy digno de repetir, aunque doy afectuosa fe de los mismos. En cierta ocasión, dijo…

Duncan dejó de hablar en ese momento, justo cuando su mirada se

cruzaba con la de Alice, quien se mostraba ansiosa de escuchar lo que había dicho su padre, ya que volvió a producirse el horrendo grito de antes, lo cual dejó mudo al oficial. A continuación hubo un largo y expectante silencio durante el cual todos se miraron entre sí, temerosos de que se repitiese. Al cabo de un rato, la manta se retiró lentamente, dejando ver al explorador en el umbral de la entrada, sumido en la preocupación y dando a entender que el misterio en cuestión podría constituir un peligro contra el que su astucia y experiencia quizá no fueran suficientes.

Capítulo VII

No duermen.

En aquellos arrecifes, una mano oscura,

Les veo sentados.

Gray.

¡Permanecer ocultos ante tales ruidos del bosque sería como hacer caso omiso a una advertencia que atañe a nuestra seguridad! —dijo Ojo de halcón—, las damas pueden permanecer escondidas, pero los mohicanos y yo haremos guardia sobre la roca, donde supongo que un comandante de la sesenta preferiría hacemos compañía.

—¿Tanto es el peligro que corremos? —preguntó Cora.

—Sólo aquél que emite los ruidos extraños, y lo hace para comunicar algo, conoce la extensión del peligro que corremos. ¡No puedo estar tranquilo mientras tienen lugar estas advertencias! Incluso el pusilánime que pasa sus días cantando se estremece por el grito y dice que está «preparado para intervenir en la batalla». Si sólo fuese una batalla, lo entenderíamos todos y nos enfrentaríamos a ello con facilidad; pero cuando tales gritos provienen de un lugar a medio camino entre el cielo y la tierra, ¡me da la impresión de que presagian otra clase de lucha!

—Si nuestros motivos para tener miedo, amigo mío, se limitan a causas sobrenaturales, no tenemos mucho de qué preocupamos —continuó diciendo Cora, con gesto impasible—. ¿No podría ser que nuestros enemigos hayan diseñado un método nuevo e ingenioso para inspirar terror y así facilitar su victoria?

—Señora —contestó el explorador con solemnidad—, he escuchado todos los ruidos propios del bosque durante treinta años, como si

dependiera mi vida de ello. ¡Ninguna imitación del rugido de la pantera, o del canto de un ave, ni ninguna otra invención diabólica de los mingos, puede engañarme! He oído al bosque gemir afligido como un mortal apenado; una y otra vez he podido escuchar cómo el viento toca su música a través de las ramas enzarzadas de los árboles; y he oído al rayo romper el silencio al despedazar un tronco, escupiendo chispas e intensas llamas; todo ello hasta el punto de sólo Dios ha podido oír más ruidos originados entre todas estas cosas, dado que Él las creó. Sin embargo, ni los mohicanos ni un blanco como yo, un hombre de pura raza, podemos explicar la procedencia del grito que acabamos de oír. Por lo tanto, lo tomamos como una señal que nos sirve para preservar nuestro bienestar.

—¡Es extraordinario! —dijo Heyward, recogiendo sus pistolas del lugar en el que las había dejado—. Sea una llamada de paz o sea de guerra, debe ser atendida. Guíenos, amigo: yo le seguiré.

Al abandonar su confinamiento, todos los miembros del grupo experimentaron una placentera renovación de ánimos, habiendo cambiado el aire rancio del refugio por la fresca brisa que emanaba de los remolinos y los saltos de la catarata. El relente nocturno surcaba por encima de la superficie del río y parecía encarnar la fuerza que hacía fluir las aguas por las numerosas oquedades y cavernas, de las cuales volvían a surgir con más fuerza, rugiendo como el trueno que se oye tras unas colinas distantes. La luna estaba plenamente visible, iluminando con su luz diversos puntos por encima del lugar en el que se encontraban, desde los cuales caía el agua; pero el otro extremo de la formación rocosa en la que se habían situado permanecía a oscuras. A excepción de los sonidos de las aguas y del aire que soplaba, formando comentes a su paso por aquel lugar, el escenario estaba completamente en calma y desolado. Los ojos de cada individuo buscaban en vano alguna señal de vida a lo largo de la orilla opuesta, y que pudiera explicar el origen de los ruidos emitidos. Sus angustiosos esfuerzos sólo obtuvieron como fruto la confirmación de que el paisaje estaba formado únicamente por rocas solitarias y árboles imperturbados, salvo algún que otro destello engañoso que momentáneamente les hacía estremecer.

—Aquí no hay nada que no sea la oscura quietud de una noche

agradable —susurró Duncan—. ¡Cuánto apreciaríamos este escenario, con su maravilloso romanticismo, en cualquier otro momento, Cora! Imaginaos que no hubiese peligro en nuestra situación; lo que ahora inspira terror podría ser motivo de gozo y disfrute.

—¡Escuchen! —dijo Alice, interrumpiéndole.

Fue innecesaria su intervención. Una vez más surgió el mismo sonido, como si proviniese del río, y habiendo superado todos los obstáculos rocosos, se oyera por todo el bosque, formando ondulantes ecos en la distancia.

—¿Puede alguno de los presentes identificar semejante grito? —exigió saber Ojo de halcón, mientras el último eco se perdía en la oscuridad—. Si fuera así, que hable; en lo que a mí concierne, ¡tales gritos no son de este mundo!

—Entonces yo le libraré de sus falsas creencias —dijo Duncan—. Conozco bien el sonido, ya que lo he oído a menudo en el campo de batalla, así como en otras circunstancias de la vida militar. Se trata del horrible quejido que emite un caballo en agonía; suele producirse cuando soporta gran dolor, pero también cuando experimenta temor. O bien mi corcel ha caído presa de las alimañas del bosque, o ha detectado algún peligro y no puede defenderse contra él. El sonido no me resultaba familiar cuando lo escuché desde el interior de la cueva, pero aquí al aire libre lo identifico plenamente, sin lugar a dudas.

El explorador y sus acompañantes prestaron atención a esta sencilla explicación con el interés propio de quienes aprenden algo nuevo, a la vez que desechan viejas creencias que han demostrado ser poco positivas. Los dos indios pronunciaron su ya usual y expresiva exclamación, consistente en decir «¡Hugh!», a medida que la verdad les iluminaba. Mientras tanto, tras una pausa corta pero meditabunda, el explorador decidió dar una respuesta.

—No puedo cuestionarle —dijo—, ya que no sé mucho sobre caballos, a pesar de que ya abundaban cuando nací. Los lobos deben estar acechándoles en su refugio de la orilla, y los asustados animales llaman ahora al hombre para que les auxilie de la mejor

manera posible. Uncas —dijo a continuación en lengua delaware—, Uncas, saca la canoa a flote y lanza alguno de tus proyectiles contra la manada; ¡de lo contrario el miedo podría acabar con los caballos, cuya ayuda vamos a necesitar por la mañana para volver a emprender nuestro viaje con presteza!

Ya había bajado al agua el joven nativo para cumplir lo dicho, cuando se oyó un prolongado aullido arrastrándose hacia las profundidades del bosque, como si los lobos hubiesen decidido abandonar a sus presas por iniciativa propia. Uncas se detuvo rápida e instintivamente, volviendo a cambiar impresiones los tres habitantes del bosque.

—Hemos estado como esos cazadores que pierden su camino sin la posibilidad de guiarse por las estrellas y con el sol oculto durante días —dijo Ojo de halcón, mirando hacia un lado—. ¡Ahora estamos de nuevo en el buen camino, habiéndose apartado toda la maleza que había delante! Sentaos a la sombra que la luna origina bajo esa haya —es más oscura que la de un pino—, y esperemos todos a ver qué más nos depara el Señor. Conversen en voz baja; aunque sería más conveniente que cada cual conversara con sus propios pensamientos por el momento.

El ademán del explorador daba a entender que estaba impresionado, pero en absoluto denotaba una preocupación que pusiera en entredicho su hombría. Evidentemente, su momentánea debilidad ya se había desvanecido con la explicación de un fenómeno cuya naturaleza superaba a sus conocimientos y experiencia; y ahora, a pesar de que era consciente de la seriedad de su situación, estaba preparado para enfrentarse a ella con todas sus energías. Tales sentimientos parecían ser también los de los nativos, quienes se dispusieron de manera que pudiesen vigilar y controlar ambas orillas del río, manteniéndose a la vez ocultos a los ojos de cualquier enemigo. En tales circunstancias, el sentido común le dictaba a Heyward y sus acompañantes que fuesen extremadamente prudentes y observasen la máxima precaución, como se les había recomendado. El joven extrajo una buena cantidad de sasafrás de la cueva y la colocó en el espacio abierto que separaba ambas cavernas, para que pudieran sentarse las dos hermanas; así las damas estarían a salvo de cualquier proyectil, bajo

la protección de las rocas, a la vez que sus preocupaciones se aliviaban al saber que ningún peligro podría presentarse por sorpresa. Por su parte, Heyward estaba haciendo guardia tan cerca que podía comunicarse con sus acompañantes sin tener que elevar peligrosamente la voz. Mientras tanto, emulando a los hombres del bosque, David colocó su cuerpo de tal manera entre las fisuras de las rocas que sus desproporcionadas extremidades ya no resultaban ofensivas para la vista.

De esta guisa, pasaron las horas sin más sobresaltos. La luna alcanzó su cenit, derramando su tenue luz sobre la entrañable escena de las dos hermanas durmiendo plácidamente, abrazadas entre sí. Duncan extendió la amplia capa de Cora ante esa imagen que tanto le encantaba contemplar, y luego reposó la cabeza sobre una piedra que le servía de almohada. David comenzó a emitir ruidos que le hubieran asustado de haberlos oído despierto. En pocas palabras, a excepción de Ojo de halcón y los mohicanos todos estaban inconscientes por efecto del sueño. Pero la vigilancia de los guardianes no sucumbió ante el cansancio o el agotamiento. Tan inamovibles como la roca sobre la que estaban sentados, parecían formar parte de la misma, a la vez que sus miradas lo recoman todo a lo largo de la oscura franja de árboles que bordeaban las orillas del río. Ni un solo sonido les pasaba desapercibido; por contra, ni siquiera observándoles de cerca se podía distinguir si respiraban o no. Esta extremada cautela era evidentemente producto de la experiencia y de un adiestramiento mejor que el de sus enemigos. Así continuaron, sin que hubiera incidentes, hasta que la luna desapareció y se abrieron paso los primeros rayos luminosos del nuevo día, asomándose por encima de los árboles donde la corriente doblaba río abajo.

En ese momento, Ojo de halcón se estremeció el primero. Se deslizó a gatas por las rocas hasta donde se encontraba Duncan, y le despertó a empujones.

—Es hora de moverse —dijo susurrando—. Despierte a las mujeres y prepárense todos para subir a la canoa en cuanto se traiga a la orilla.

—¿Ha pasado una noche tranquila? —preguntó Heyward—. En cuanto a mí, me temo que el sueño pudo más que los deseos de

vigilar.

—Todo está tan quieto como lo estaba a medianoche. Procedan en silencio, pero con rapidez.

Para entonces Duncan ya estaba completamente despierto, e inmediatamente retirando la capa que cubría a las féminas durmientes. Tan repentina acción provocó un movimiento instintivo por parte de Cora, que levantó la mano en actitud defensiva, mientras que Alice murmuraba con voz suave y dulce:

—¡No, no, querido padre, no fuimos abandonadas; Duncan estaba con nosotras!

—Sí, candorosa niña —susurró el joven—. Duncan está aquí, y mientras viva no te abandonará ante el peligro. ¡Cora! ¡Alice! ¡Despertad!; ¡ha llegado el momento de marchar!

Un grito estridente por parte de la más joven, y la expresión horrorizada de la otra, que se puso en pie a su lado, fue la única respuesta que obtuvo.

Aún no había terminado Heyward de pronunciar sus palabras cuando surgió repentinamente tal griterío que la sangre pareció congelársele en el mismísimo corazón. Por un instante daba la sensación de que los demonios del infierno se habían adueñado de todo a su alrededor, dando rienda suelta a sus más infames instintos mediante aquellas bárbaras emisiones vocales. Los alaridos no provenían de ningún lugar en concreto, aunque se podían oír claramente por todo el bosque; y como podían comprobar los miembros del grupo, las cavernas de la catarata, las rocas, la superficie del río y hasta el cielo que les cubría parecía albergar tales vociferaciones. David se levantó elevando toda su estatura en medio del infernal tumulto, tapándose los oídos y exclamando:

—¿De dónde viene ese griterío? ¿Acaso se han abierto las puertas del infierno para que los hombres emitan semejantes sonidos?

Tras exponerse de ese modo tan imprudente, se produjeron las cegadoras ráfagas y fulminantes descargas de una docena de fusiles, dejando al infortunado maestro de canto yaciendo sin sentido sobre

la misma roca en la que había dormido. Los mohicanos respondieron a sus enemigos con el mismo grito intimidatorio, mientras que los segundos clamaban salvajemente la alegría que sintieron al ver caer a Gamut. El intercambio de disparos se tornó más intenso entre ambos grupos, pero tanto los de un bando como los del otro se guardaron de no exponer ni la más mínima parte de sus personas a la hostilidad del fuego enemigo. Duncan aguardaba con desesperación el chapoteo de los remos, con la esperanza de que pudieran huir. El río pasaba sin novedad, no habiendo señales de la embarcación por ninguna parte. Por un momento pensó que el explorador les había abandonado, cuando una llamarada intensa, acompañada de un grito fiero, emanaron de las rocas inferiores entremezclados con estertores de agonía mortal, demostrando que el proyectil disparado por el arma de Ojo de halcón, cual mensajero de la muerte, había encontrado una víctima. En ese momento, los asaltantes se retiraron inmediatamente, y al poco tiempo el lugar se volvió tan pacífico como antes de la escaramuza.

Duncan aprovechó el momento de aparente calma para correr hacia el cuerpo de Gamut y llevarlo hasta la estrecha cavidad que cobijaba a las dos hermanas. Un minuto después, todos los del grupo se reunieron en este lugar de relativa seguridad.

—El pobre ha salvado su cabellera —dijo Ojo de halcón, pasando su mano por la cabeza de David sin expresar sentimiento alguno—, pero ha demostrado que un hombre puede nacer con demasiada lengua. Era una completa locura mostrar un metro ochenta de carne y hueso sobre una roca descubierta, a plena vista de los incontrolados salvajes. Lo único que me sorprende es que aún siga vivo.

—Entonces, ¡no está muerto! —exclamó Cora, con una voz cuyo tono firme, aunque horrorizado, mostraba cómo el miedo competía en su interior con su fortaleza de espíritu—. ¿No podemos hacer algo para ayudar a este pobre hombre?

—¡No hay que preocuparse! Aún le queda mucha vida hasta el día en que verdaderamente le llegue su hora, y en cuanto haya dormido un poco se despertará más sabio de lo que era —contestó Ojo de halcón, mirando con cierta indiferencia al cuerpo inmóvil, a la vez que cargaba su arma con admirable habilidad—. Llévalo dentro,

Uncas, y déjalo sobre el sasafrás. Cuanto más dure su siesta mejor será para él, ya que las rocas no le servirán de mejor refugio, y sus cánticos no servirán para enfrentarse a los iroqueses.

—¿Cree usted pues, que se reanudará el ataque? —preguntó Heyward.

—¿Acaso un lobo hambriento se conforma con un bocado? Han perdido un hombre, y como es costumbre en ellos, al sufrir una baja y fracasar en un ataque por sorpresa, se retiran; pero les tendremos aquí de nuevo, utilizando otras modalidades de ataque para poder ganarse nuestras cabelleras —levantando su tez curtida, sobre la que se cernían evidentes vestigios de preocupación, cual nubarrón que oscurece el cielo al pasar, continuó diciendo—: ¡Nuestra única esperanza es la de hacemos fuertes aquí hasta que Munro pueda enviar ayuda! ¡Dios quiera que sea pronto, y que el jefe de tal partida sea conocedor de las costumbres indias!

—Ya ves la suerte que corremos, Cora —dijo Duncan—, y sabes que podemos confiar en la experiencia y el buen juicio de tu padre. Venid las dos conmigo, y entrad en esta caverna en la que vosotras, al menos, estaréis a salvo de los fusiles asesinos de nuestros contrincantes; además, allí podréis, dada vuestra gentileza de carácter, brindarle algún cuidado a nuestro desafortunado camarada.

Las hermanas le siguieron a través de la cueva, en la cual los quejidos de David ya indicaban que comenzaba a recuperar progresivamente la lucidez. De esta guisa, tras encomendarles la atención al hombre herido, Heyward se dispuso a marchar.

—¡Duncan! —gritó la temerosa Cora cuando el soldado ya salía del lugar. Éste se volvió y la contempló, observando cómo su tez se había vuelto extremadamente pálida y sus labios temblaban. La actitud solícita de la muchacha le hizo volver a su lado—. Recuerda, Duncan, que tu propia seguridad es garantía de la nuestra, que se lo prometiste a nuestro padre y que es mucho lo que depende de ti y de tu prudencia al actuar —mientras la sangre volvió a fluir por sus mejillas y la hacía sonrojar, añadió—: En pocas palabras, recuerda lo mucho que te quieren todos los que llevan el apellido Munro.

—Si algo me puede guiar más que mi propio amor por la vida —dijo Heyward—, lo hará sin duda tan amable consejo. Siendo comandante de la sesenta, nuestro anfitrión opinará que debo cumplir con mi parte de la lucha, pero la tarea será fácil; sólo se trata de mantener a esos perros a raya durante unas horas.

Sin esperar respuesta, dejó la compañía de las dos hermanas y se unió al explorador y sus acompañantes, quienes aún permanecían bajo la protección del pequeño espacio entre las dos cuevas.

—Te repito, Uncas —estaba diciendo el explorador al llegar Heyward—, que malgastas demasiada pólvora, ¡y el consiguiente retroceso de tu arma te hace perder puntería! ¡Poca pólvora, un plomo ligero y un brazo largo pocas veces fallan a la hora de provocarle estertores mortales a un mingo! Al menos ésa ha sido mi experiencia con semejantes energúmenos. Vámonos, amigos, a nuestros puestos de cobertura, ya que ningún hombre puede saber con certeza dónde ni cuándo golpeará un maqua [17] .

Los indios volvieron a sus correspondientes puestos en silencio, situándose entre las grietas rocosas desde las que dominaban las proximidades en la base de la catarata. En el centro de la isleta, unos pinos de reducido tamaño habían echado raíces, habiendo dado origen a una espesa maleza en la cual Ojo de halcón se adentró con la rapidez de un venado, seguido por el voluntarioso Duncan. Aquí se camuflaron como mejor les permitieron las circunstancias, colocándose entre los matorrales y fragmentos rocosos que abundaban en aquel lugar. Por encima de ellos había una formación rocosa redondeada desprovista de vegetación por cuyos lados pasaba el agua libremente, precipitándose al abismo que había debajo como ya se ha descrito anteriormente. Habiendo amanecido ya, las riberas opuestas no ofrecían una imagen borrosa, sino que se podía mirar hacia el interior de los bosques y distinguir los objetos situados bajo la sombra de los pinos.

La angustiosa vigilia se prolongó sin que hubiera señales de un nuevo ataque, y Duncan empezó a creer que la respuesta que dieron al primero había sido más efectiva de lo aparente, repeliendo así sus enemigos de un modo definitivo. Cuando se aventuró a sugerir esta opinión a su compañero, Ojo de halcón le respondió agitando la cabeza en señal de que no sería así.

—¡No conoce la naturaleza de un maqua si piensa que se le puede vencer tan fácilmente, sin que se lleve una cabellera! —le contestó —. ¡Si no había cuarenta de esos demonios gritando aquí esta mañana, no hubo ninguno! Además, saben cuántos somos y qué posibilidades tenemos, siendo demasiado tentadora la situación como para abandonar. ¡Atención! Mire hacia las aguas de arriba, justo donde rompen sobre las rocas. Que me muera aquí mismo si esos temerarios bribones no han nadado hasta la mismísima pendiente y, para nuestra mala fortuna, alcanzado la cabecera de la isla. ¡Cuidado, amigo, manténgase a cubierto o de una cuchillada le separarán la cabellera de su cráneo!

Heyward levantó la cabeza para ver lo que en justicia consideró un prodigio de audacia y habilidad. La acción de las aguas del río había desgastado el borde de la roca de tal modo que la caída se había vuelto menos abrupta y perpendicular de lo que normalmente se esperaría en una catarata. Sin otro medio para guiarse, salvo la comente de agua que corre hasta la cabecera de la isla, un grupo de insaciables enemigos se había adentrado en las aguas, nadando hasta el punto mencionado, conscientes de que les serviría de acceso para alcanzar a sus víctimas si lograban llegar hasta allí.

Mientras Ojo de halcón terminaba de hablar pudo ver cómo se asomaban cuatro cabezas humanas por encima de unas ramas que se habían alojado en las rocas de la pendiente, lo que indicaba que la atrevida estrategia posiblemente habría tenido éxito. Al momento siguiente, una quinta figura pudo verse flotando sobre el verdoso borde de la catarata, a poca distancia del perímetro de la isla. El salvaje luchaba con empeño para librar la corriente y ponerse a salvo. Favorecido por el impulso del agua, ya había extendido un brazo para recibir la ayuda de un compañero que estaba sobre tierra firme, cuando la comente le arrastró de nuevo, lanzándolo por los aires con los brazos abiertos y los ojos saltándosele de las órbitas, para al final caer estrepitosamente en las fauces del profundo abismo que había debajo. Un solo grito, desgarrado y desesperado, se oyó desde la cavidad, y luego todo quedó en silencio, como una tumba.

El primer impulso que sintió Duncan fue el de la generosa intención de auxiliar al pobre desgraciado; pero al instante se lo impidió la

férrea mano del explorador, impávido ante el hecho.

—¿Quiere usted provocarnos la muerte al revelar nuestra posición a los mingos? —le reprendió Ojo de halcón con firmeza—. ¡Así ahorraremos pólvora, ya que las municiones son tan preciadas en estas situaciones como el aliento para un ciervo en peligro! Revise la carga de sus pistolas, las brumas de las cataratas pueden humedecer el fulminante; y manténgase alerta para luchar mientras yo disparo sobre ellos.

Colocando los dedos sobre la boca, emitió un largo y estridente sonido que fue respondido desde las rocas vigiladas por los mohicanos. Duncan pudo percibir más cabezas por encima de las ramas del borde cuando sonó la señal, pero desaparecieron igual de súbitamente un instante más tarde. Acto seguido, un leve ruido crujiente atrajo su atención desde atrás y, volviéndose, vio a Uncas a unos pasos de distancia, acercándose sigilosamente. Ojo de halcón le habló en lengua delaware, tras lo cual el joven jefe indio tomó posición con singular cuidado y extremada sangre fía. Para Heyward se trataba de un momento de insufrible e impaciente espera, aunque el explorador vio la ocasión propicia para aleccionar a sus jóvenes camaradas en el arte del correcto empleo de las armas de fuego.

—De entre todas las armas —comenzó diciendo—, el fusil largo, de cañón estriado y metal atemperado, es la más peligrosa de todas cuando la manejan unas manos diestras; aunque un brazo fuerte, un ojo rápido y un buen criterio a la hora de cargar son suficientes para sacar a relucir sus virtudes. Los armeros apenas demuestran tener buen conocimiento de su oficio cuando hacen armas de caza y carabinas cortas para la caballería.

Uncas le interrumpió con uno de sus expresivos gemidos.

—¡Ya los veo, muchacho! ¡Ya los veo! —reconoció Ojo de halcón—. Se están reuniendo para el asalto, de lo contrario mantendrían sus escuálidas espaldas por debajo de las ramas. Bien, dejémosles —añadió mientras comprobaba su fulminante—. ¡El hombre que les guía se acerca a una muerte segura, aunque fiera el mismísimo Montcalm!

En ese momento el bosque se vio inundado de nuevo con un estruendoso mar de voces que chillaban frenéticamente, sirviendo esto de señal para que cuatro de los salvajes se lanzaran desde las ramas. Heyward sintió un incontenible deseo de salir a hacerles frente, en medio del angustioso delirio de aquel momento, pero el sano ejemplo del explorador y Uncas le frenaron.

Justo cuando sus enemigos, aullando salvajemente y tras saltar por encima de las rocas negras que les separaban de ellos, consiguieron acercarse a escasos metros de distancia, el fusil de Ojo de halcón se elevó lentamente por encima de los arbustos y descargó su fatal contenido. El indio más adelantado se estremeció como un ciervo moribundo y cayó de cabeza por los acantilados de la isleta.

—¡Ahora, Uncas! —gritó el explorador, sus ojos encendidos de furia mientras extraía su largo cuchillo—. ¡Encárgate del último de esos ruidosos demonios; nosotros ya nos entenderemos con los otros dos!

Uncas le obedeció, quedando así sólo dos enemigos a batir. Heyward le había dado una de sus pistolas a Ojo de halcón, y juntos avanzaron rápidamente por una pequeña pendiente hasta donde se encontraban sus enemigos; ambos dispararon a la vez, e igualmente a ambos les fallaron sus piezas.

—¡Lo suponía! ¡Ya se lo advertí! —refunfuñó el explorador, lanzando el pequeño implemento a las aguas con desdeñoso desprecio—. ¡Vamos, malditos perros del infierno! ¡Os enfrentáis a un hombre de pura raza!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se encontró con un salvaje de gigantesca estatura y mirada feroz. Al mismo tiempo, Duncan también se había enzarzado con el otro indio, iniciando una lucha de cuerpo a cuerpo. Con gran destreza, tanto Ojo de halcón como su contendiente se habían aferrado uno al brazo del otro, bloqueándose entre sí, ya que ambos portaban mortíferos cuchillos. Durante todo un minuto sus miradas se enfrentaban, mientras los músculos de cada uno se esforzaban hasta el límite para poder dominar a su adversario.

Poco a poco, los curtidos miembros del hombre blanco prevalecieron sobre los menos experimentados del nativo. El brazo

del segundo sucumbía lentamente a la cada vez más desbordante fuerza del explorador, quien logró zafarse del abrazo de su enemigo, liberando su mano armada y hundiendo el cuchillo en el pecho desnudo del indio para atravesarle el corazón. Mientras tanto, Heyward se encontraba en unas circunstancias aún más desesperadas. Su frágil sable se partió al iniciarse el enfrentamiento. Dado que se encontraba desprovisto de cualquier otro medio de defensa, su seguridad dependía ahora exclusivamente de su habilidad y su fuerza física. Aunque estaba algo carente en tales aspectos, se había encontrado con un contrincante de iguales características. Afortunadamente, consiguió desarmar a su adversario de una forma rápida, haciendo que el cuchillo se le cayera al suelo; desde ese momento empezó una intensa lucha en la cual el propósito de cada uno era el de lograr despeñar al otro, lanzándole por uno de los precipicios cavernosos de las cataratas. Cada empujón les llevaba más cerca del borde, percatándose Duncan de que un esfuerzo culminante se hacía a todas luces imprescindible. Tanto un combatiente como el otro concentraron todas sus energías en ese empeño, con el resultado de que ambos se encontraron a punto de caer por el precipicio. Heyward sintió la presión de la mano del otro en su garganta y vio cómo sonreía de forma malvada el salvaje, como si esperase arrastrar a su enemigo consigo, hacia una muerte certera. El joven sintió cómo su cuerpo cedía lentamente frente a una fuerza física superior, experimentando con toda intensidad la terrible agonía de ese momento. Justo en ese instante de extremado peligro, apareció ante él una mano oscura, empuñando un cuchillo centelleante; y el indio soltó su presa a medida que la sangre fluía abundantemente de los tendones seccionados de su muñeca. Mientras Duncan recibía el firme apoyo del brazo de Uncas, sus agradecidos ojos no pudieron apartarse de la expresión decepcionada del rostro de su adversario, quien se precipitaba al vacío como si fuera de plomo.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! —gritó Ojo de halcón, habiendo vencido a su enemigo en ese momento—. ¡Por vuestras vidas, a cubierto! ¡Aún queda la otra mitad de la tarea!

El joven mohicano emitió un grito de triunfo y, seguido por Duncan, avanzó rápidamente hacia arriba por la misma pendiente que había bajado para luchar, buscando el inapreciable cobijo de

las rocas y los arbustos.

Capítulo VIII

Aún esperan, los vengadores de la tierra nativa.

Gray.

La llamada de advertencia del explorador no fue en vano. Durante el feroz combate que se acaba de relatar el rugir de las cataratas no se vio acompañado de ningún sonido de origen humano. Era como si el eventual resultado de la contienda hubiera mantenido en compás de espera a los nativos apostados en ambas riberas, aparte de que los movimientos rápidos de los combatientes y sus constantes cambios de posición imposibilitaban cualquier intento de disparar sin poner en peligro a un miembro de su propio bando. No obstante, nada más concluir la pelea, un alarido alimentado por los más fieros y salvajes deseos de venganza pudo oírse por todo el contorno. A continuación, se produjeron sin demora las ráfagas de las carabinas, enviando nubes enteras de mensajeros de plomo por encima de las rocas y encarnando así la furibunda impotencia sufrida ante el insatisfactorio final del combate.

Una respuesta firme, aunque innecesaria, provino del fusil de Chingachgook, quien había permanecido en su puesto durante el enfrentamiento, sin dejarse llevar por pasión alguna. Cuando llegó a sus oídos el grito triunfante de Uncas, el padre contestó con agrado mediante un solo grito de respuesta; tras esto, su arma fue la única en confirmar que aún vigilaba incansable desde su posición. De este modo, transcurrieron incontables minutos con la rapidez de un rayo: los fusiles de los asaltantes hablaron, unas veces con el estruendo acumulativo de ser disparados todos a la vez, otras veces de manera individual y esparcida. A pesar de que los disparos perforaban y astillaban incontables rocas, árboles y ramas a su alrededor, los asaltados se encontraban tan sumamente protegidos por sus posiciones de cobertura que David había sido el único herido del grupo hasta aquel momento.

—Déjales que quemen pólvora —dijo el explorador con gran regocijo, a medida que una bala tras otra rozaba el lugar donde yacía—. ¡Habrá una buena capa de plomo en el lugar cuando terminen, y supongo que los diablos se cansarán antes de que estas piedras clamen misericordia! Uncas, muchacho, malgastas munición al cargar más de la necesaria; y una carabina con demasiado retroceso nunca dispara con precisión. Te dije que le dieras a ese bribón por debajo de su raya de pintura blanca y tu bala se desvió cuatro centímetros por encima. Con todo, la vida de un mingo merece poca consideración y resulta perfectamente humano el querer acabar rápidamente con semejantes serpientes.

Una sonrisa silenciosa brotó en el rostro fibroso del joven mohicano, delatando su conocimiento de la lengua inglesa y de lo que quería decir el otro; pero dejó correr el asunto sin dar réplica alguna.

—No puedo permitir que acuse a Uncas de carecer de buen juicio y habilidad —dijo Duncan—. Me salvó la vida de un modo que demuestra su gran templanza y preparación, y en mí tendrá un amigo que jamás olvidará lo mucho que le debe.

Uncas se incorporó ofreciendo su mano a Heyward, quien le correspondió. Con este gesto amistoso, ambos jóvenes se reconocieron mutuamente sus respectivas inteligencias y Duncan llegó a olvidar tanto el carácter como la condición salvaje de su compañero de armas. Mientras tanto, Ojo de halcón, observando esta manifestación de entusiasmo juvenil con distanciamiento, aunque complacido, hizo la siguiente afirmación:

—La vida es una obligación que se deben entre sí los amigos cuando se encuentran en tierra salvaje. Me atrevo a decir que ha habido ocasiones parecidas entre Uncas y yo en el pasado, y recuerdo bien que se ha interpuesto entre la muerte y mi persona en cinco ocasiones diferentes: tres contra los mingos, una al cruzar el Horicano, y…

—¡Esa bala se disparó con más precisión de lo que normalmente se esperaría! —exclamó Duncan, estremeciéndose ante el ruido de impacto y rebote de un proyectil a su lado.

Ojo de halcón tomó el trozo de plomo deformado e hizo un gesto de desacuerdo al examinarlo, diciendo:

—¡El plomo que cae nunca se aplasta, a no ser que sea un disparo procedente de las nubes!

Acto seguido, Uncas señaló hacia arriba con su fusil para hacer ver a sus compañeros dónde estaba la respuesta al misterio. Un viejo roble situado en la orilla derecha del río, casi frente por frente a la posición que ocupaban, había desarrollado tanto sus ramas que una de ellas se extendía por encima del agua en el punto más próximo a ese lugar. Entre las hojas más altas, que apenas disimulaban sus desgastadas quimas, se encontraba parapetado un salvaje; éste, oculto en buena parte por el tronco del árbol pero que aún podía distinguirse, observaba la posición de los asediados con la intención de comprobar los efectos de su traidor disparo.

—Estos diablos escalarían hasta el mismísimo cielo para procuramos la ruina —dijo Ojo de halcón—. Manténlo vigilado, muchacho, hasta que pueda preparar el «mata-ciervos», y así probaremos el efecto de los proyectiles sobre ambos lados del árbol a la vez.

Uncas no disparó hasta que el explorador le dio la orden.

Entonces, los fusiles sonaron, siendo las hojas y la corteza del roble pulverizadas y sus trozos llevados por el viento, pero el indio aún permanecía allí, riéndose con tono burlón ante los intentos de alcanzarle, a la vez que les envió como respuesta una bala que rozó el gorro de Ojo de halcón y se lo quitó. Una vez más los gritos salvajes surgieron del bosque, y una lluvia de plomo volvería a sobrepasar las cabezas de los asediados, con la aparente intención de confinarles en aquel lugar, en el cual serían presa fácil de las balas del indio que había escalado el árbol.

—¡Esto tiene que terminar! —dijo el explorador, mirando a su alrededor con exasperación—. Uncas, avisa a tu padre; necesitamos la fuerza de todas nuestras armas para derribar a ese zorro astuto.

La señal fue dada al instante, y antes de que Ojo de halcón hubiera terminado de recargar su carabina, Chingachgook ya les

acompañaba. Cuando su hijo le indicó al veterano guerrero el lugar en el que se encontraba el peligroso enemigo, Chingachgook asintió con su característico gruñido, tras lo cual no expresó signo alguno de alarma ni de preocupación. Ojo de halcón y los mohicanos conversaron brevemente entre sí con sinceridad y en la lengua de los delaware, para luego retomar cada uno su puesto con el fin de ejecutar el plan que tan apresuradamente habían acordado.

El guerrero del árbol había mantenido un fuego constante, aunque ineficaz, desde el momento en que fue descubierto. Su puntería se vio alterada además por la constancia de sus enemigos, cuyos fusiles apuntaban hacia cualquier parte de su cuerpo que estuviera visible. Aún así, sus balas llegaban cerca; las ropas de Heyward, que resultaban un blanco perfecto, sufrieron varias rozaduras y en una ocasión el oficial sufrió una leve herida superficial.

Tras unos momentos, envalentonado por el largo y paciente silencio ofrecido por sus contrincantes, el hurón intentó disparar con una precisión más mortífera. Los avispados ojos de los mohicanos detectaron el perfil de sus extremidades inferiores a través del follaje, sobresaliendo unos centímetros por fuera del contorno del árbol en un momento de descuido por parte del atacante. Sus carabinas se descargaron simultáneamente y, al desplazarse el cuerpo del indio por la herida provocada en la pierna, quedó parcialmente al descubierto. Rápido como un rayo, Ojo de halcón aprovechó la ocasión y descargó su terrible arma en dirección a la cima del roble. Las hojas se movieron de un modo antinatural, el explorador bajó su carabina y, tras unos instantes de resistencia fútil, la silueta del salvaje podía verse pendiendo de la rama del árbol, a la cual se aferraba desesperadamente con ambas manos.

—¡Tenga misericordia y derríbelo de una vez! —gritó Duncan, volviendo la cabeza para no ver el horroroso espectáculo que suponía el sufrimiento de un semejante.

—¡Ni pensarlo! —exclamó Ojo de halcón tajantemente—. Su muerte es segura y no podemos malgastar pólvora, ya que las luchas con los indios pueden durar varios días. ¡Se trata de nuestras cabelleras o las suyas! Además, ¡Dios nos ha dado el instinto de autoconservación para algo!

Contra esta firme e inamovible visión moral, apoyada sobre tan evidentes argumentos prácticos, no hubo apelación posible. Desde ese momento, cesaron una vez más los alaridos en el bosque, así como los disparos, estando concentradas todas las miradas, tanto amigas como enemigas, sobre la penosa condición en la que se encontraba el infortunado que se balanceaba entre cielo y tierra. Su cuerpo estaba expuesto a los golpes del viento, y aunque no pronunció el más mínimo gemido ni estertor, hubo momentos en los que miró hacia sus enemigos con expresión taciturna, marcada por una ansiedad contenida que, a pesar de la distancia entre ellos, podía distinguirse en sus facciones fibrosas. En tres ocasiones llegó a elevar su carabina el explorador, a punto de dejarse llevar por la compasión, y otras tantas la volvió a bajar, recobrando el sentido pragmático de la prudencia. Al cabo de un rato, el hurón soltó un brazo, que por agotamiento cayó insensible hacia su costado. Tras esto, hubo un desesperado pero inútil intento de volver a agarrarse a la rama, y acto seguido se vio cómo el salvaje soltaba la rama definitivamente, ya que la ráfaga luminosa del arma de Ojo de halcón acabó fulminantemente con su sufrimiento. Una contracción repentina de sus piernas, seguida por la caída de la cabeza sobre el pecho, fue lo que rápidamente aconteció antes de que el cuerpo del infeliz cayera como el plomo en las espumosas aguas del río, en cuyas corrientes se sumergió y fue arrastrado, perdiéndose todo vestigio de él para siempre.

Ningún grito de triunfo remató este ventajoso incidente, sino que incluso los mohicanos se miraron atónitos, mostrando su horror en silencio. En el bosque se oyó un solo alarido, y de nuevo el silencio total. Ojo de halcón, siendo el único que parecía poder razonar fríamente, mostró su decepción por la momentánea debilidad que le hizo flaquear al final, diciendo:

—Sólo me quedaba esa bala, junto con la pólvora que la impulsó; ¡actué como un chiquillo! —afirmó—. ¿Qué importancia podía tener que cayera vivo o muerto al río? El resultado final iba a ser el mismo. Uncas, amigo, ve a la canoa y trae el cuerno de pólvora grande; es toda la que nos queda, y necesitaremos hasta el último gramo, si no me fallan mis conocimientos sobre los mingos.

El joven mohicano se dispuso a cumplir lo dicho, dejando al

explorador mientras éste revisaba su bolsa y su cuerno de pólvora, comprobando que efectivamente estaban vacíos. Su gesto de disgusto pronto se tomó en uno de alerta cuando oyó una exclamación de sorpresa por parte de Uncas; algo que incluso el inexperto Duncan pudo interpretar como la aparición de un nuevo e inesperado contratiempo. Pensando únicamente en las preciadas vidas que había deudo en la caverna, se levantó apresuradamente, exponiéndose de modo temerario a las balas enemigas. Movidos por un impulso común, sus acompañantes obraron igual, desplazándose con tal rapidez hasta el refugio que los precipitados tiros de sus antagonistas no lograron acertarles. El desgarrador grito había convocado a su vez a las hermanas, junto con el convaleciente maestro de canto, los cuales también abandonaron su escondite. De este manera, todo el grupo se congregó para conocer la naturaleza del desastre que había sido capaz de alterar el carácter estoico del joven guardián indio.

A poca distancia de las rocas, podía verse su pequeña embarcación flotando entre las olas, dirigiéndose hacia las comentes más rápidas del río de un modo que delataba que su curso estaba siendo dirigido por una mano oculta. El momento en que esta desagradable visión llegó a ojos del explorador, éste elevó su carabina por instinto y apretó el gatillo, pero no se produjo la acostumbrada detonación.

—¡Es demasiado tarde, demasiado tarde! —exclamó Ojo de halcón, dejando caer al suelo su arma, ya inútil, con gesto decepcionado—. ¡El bribón ha alcanzado los rápidos, y aunque tuviéramos pólvora, no le podríamos alcanzar a esa velocidad!

El osado hurón levantó la cabeza por encima del borde de la canoa, y mientras avanzaba rápidamente río abajo, alzó la mano y profirió el grito que señalaba victoria. Su exclamación fue correspondida por otra desde el bosque, mezclada con risas exultantes que parecían ser las de una cincuentena de diablos que blasfemaban ante la caída de un alma cristiana.

—Reíd, reíd, hijos de Satanás —dijo el explorador, sentado sobre una proyección de la roca, su arma abandonada a sus pies—, ya que las tres carabinas más rápidas y certeras de este bosque han quedado tan inútiles como tallos de arbustos, ¡o como las astas resecas de un gamo muerto!

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Duncan, dejando a un lado la desesperación y mostrando una actitud más agresiva y decidida—. ¿Qué va a ser de nosotros?

Ojo de halcón no dio respuesta, sino que se limitó a rascarse la cabeza de un modo que no daba lugar a dudas de que estaba meditando la cuestión.

—¡Con seguridad, nuestra situación no ha de ser tan crítica como parece! —exclamó el joven—. Los hurones no han llegado hasta aquí, podemos hacemos fuertes en las cavernas, podemos enfrentamos a su asalto.

—¿Con qué? —preguntó fríamente el explorador—. ¿Con las flechas de Uncas, o las lágrimas de las mujeres? ¡No, no; usted es joven, rico y tiene muchas amistades, y sé que a esa edad es difícil aceptar la muerte! Pero —dijo mientras miró hacia los mohicanos—, recordemos que somos hombres sin miedo y enseñémosles a esos nativos del bosque que la sangre de un hombre blanco corre igual de fácil que la de un indio cuando le llega su hora.

Duncan miró rápidamente hacia donde se dirigían los ojos del que hablaba, y pudo confirmar sus peores temores al observara conducta de los indios. Chingachgook, sentándose con suma dignidad sobre otro fragmento rocoso, ya había dejado a un lado tanto su cuchillo como su tomahawk, y estaba procediendo a despojarse de la pluma de águila que llevaba en la cabeza, alisando la cresta de cabello que la recoma a modo de preparación de cara a las desagradables acciones de las que sería objeto. Su expresión mantenía la compostura, pero permanecía pensativo a medida que sus brillantes ojos negros perdían gradualmente su fuerza combativa, adoptando así un estado de ánimo más acorde con los acontecimientos próximos a tener lugar.

—¡Nuestra situación no es, no puede ser tan irremediable! —dijo Duncan—. Incluso ahora mismo pueden estar al llegar las fuerzas de apoyo. ¡No veo a ningún enemigo! ¡Se habrán cansado de una lucha en la que arriesgan tanto para ganar tan poco!

—Pueden tardar un minuto, o quizá una hora, pero esas serpientes traidoras caerán sobre nosotros, y es muy probable que nos estén

escuchando ahora mismo a poca distancia —dijo Ojo de halcón—. De lo que podemos estar seguros es de que vendrán, y lo harán de un modo que no dará lugar a la esperanza —de repente, comenzó a hablar en idioma delaware—: Chingachgook, hermano, hemos librado juntos nuestra última batalla, ¡y los maquas habrán triunfado con la muerte del hombre más sabio de los mohicanos, así como de la del rostro pálido cuyos ojos ven tan lejos en la oscuridad como a plena luz del día, siendo para él las nubes como nieblas cercanas!

—¡Que las mujeres de los mingos lloren por sus muertos! —le contestó el indio con su orgullo característico y su inamovible firmeza—. ¡La Gran Serpiente de los mohicanos se ha introducido en sus casas y ha envenenado su victoria con el llanto de aquellos niños cuyos padres no volverán! ¡Once guerreros yacen ocultos, lejos de las tumbas de sus tribus desde que se derritió la nieve, y nadie podrá decir dónde se encuentran cuando calle para siempre la lengua de Chingachgook! Que empuñen el cuchillo más afilado y lancen el tomahawk más rápido, ya que su mayor enemigo está en sus manos. ¡Uncas, representante más joven de una noble estirpe, llama a los cobardes para que se apresuren, antes de que sus corazones se reblandezcan y se conviertan en mujeres!

—¡Están mirando entre los peces en busca de sus muertos! —contestó el joven jefe indio con voz suave y tenue—. ¡Los hurones hacen compañía a las repugnantes anguilas! ¡Caen de los árboles como la fruta que está lista para ser devorada! ¡Y los delaware se ríen de todo ello!

—Eso, eso —murmuró el explorador, escuchando con gran atención estas manifestaciones tan particulares de los nativos—. Han recurrido a sus sentimientos indios y pronto provocarán a los maquas para que les den una muerte rápida. ¡En cuanto a mí, que sólo tengo sangre de raza blanca, es propio que muera de acuerdo con mi raza, sin emitir palabras insultantes y sin sentimientos de amargura en mi corazón!

—¿Por qué morir, al fin y al cabo? —dijo Cora, saliendo de entre las rocas en las que el horror la tuvo confinada hasta ese momento—. ¡El camino está abierto por todos lados!; ¡huyan pues, hacia el bosque y pídanle a Dios que nos envíe ayuda! ¡Márchense, hombres

valientes, ya les debemos demasiado por lo que han hecho; no se involucren más en nuestras desgracias!

—¡Conoce usted poco las costumbres de los iroqueses, señora, si cree que han dejado algún camino libre hacia el bosque! —contestó Ojo de halcón, pero añadiendo después con toda su simplicidad—. La comente que va río abajo seguramente podría llevarnos lejos del alcance de sus fusiles y del sonido de sus voces.

—Entonces, intentemos el río. ¿Por qué esperamos? ¿Acaso queremos engrosar la lista de víctimas de nuestros desalmados enemigos?

—¿Pregunta usted por qué? —replicó el explorador, mirando orgullosamente a su alrededor—. ¡Porque es mejor que un hombre muera en paz consigo mismo que vivir perseguido por el remordimiento! ¿Qué respuesta podríamos darle a Munro cuando nos pregunte dónde y cómo dejamos a sus hijas?

—Vaya y dígale que las dejó para buscar ayuda que sirva para salvarlas —contestó Cora, enfrentándose al explorador con desbordado ardor—; dígale que los hurones las amenazan en el bosque del norte, pero que con diligencia y empeño pueden ser rescatadas; y si, con todo, el cielo no tuviese a bien permitir que tal ayuda llegue a tiempo, dígale —continuó diciendo con voz acongojada, formándosele un nudo en la garganta—, que el amor, las bendiciones y las oraciones de sus hijas son para él, y pídale que no se entristezca con nuestro destino, sino que mire hacia adelante con la humilde confianza cristiana de que algún día nos reencontraremos. Las facciones del explorador, curtidas y endurecidas por el clima de los montes, reaccionaron ante estas palabras; se llevó la mano al mentón y parecía estar considerando la cuestión fría y profundamente.

Al cabo de un momento, sus tensos y nerviosos labios pronunciaron la siguiente conclusión:

—¡Las palabras de la muchacha llevan razón! Ciertamente, y además se inspiran en el espíritu cristiano; lo que puede resultar correcto y apropiado para un piel roja constituye un pecado para un hombre cuya sangre ni siquiera es mestiza, lo único que podría

haber justificado su ignorancia. ¡Chingachgook! ¡Uncas! ¡Escuchad las palabras de la mujer de ojos negros!

En ese momento, habló en delaware con sus compañeros, y su discurso parecía decidido, aunque a la vez calmado y prudente. El mohicano de más edad le escuchó con gran solemnidad, dando la sensación de que meditaba a la vez que prestaba atención, captando la importancia de sus palabras. Tras vacilar un momento, hizo una señal de aprobación con la mano, pronunciando en inglés la palabra «bien» con el particular énfasis que su pueblo utiliza al hablar. Luego, volviendo a colocar su cuchillo y su tomahawk al cinto, el guerrero se dirigió en silencio hasta el borde de la roca más oculta en la orilla del río. Allí se detuvo un instante para señalar claramente hacia el bosque que había río abajo, y tras emitir unas breves palabras en su idioma, como si informara de su itinerario, se lanzó al agua y desapareció de la vista de los demás.

El explorador retrasó su marcha para poder hablar con la generosa muchacha, la cual empezó a respirar más aliviada al ver que se le había hecho justicia a sus razonamientos.

—A veces la sabiduría es virtud de los jóvenes, además de los mayores —dijo—, y en lo que tú has dicho rebosa la sabiduría, por no decir algo aún más grandioso. Si os conducen a través del bosque a los que sobreviváis, romped tantas ramas en los arbustos al pasar como os sea posible, y procurad pisar con la intención de dejar huellas visibles; ya que si pueden distinguirse, podéis estar seguros de que un amigo os seguirá hasta los confines de la tierra antes que abandonaron.

Le ofreció a Cora su mano en gesto de amistad, recogió su carabina y, tras contemplar el arma con profunda melancolía, la posó de nuevo con cuidado, descendiendo hasta el lugar por donde Chingachgook se había ido. Durante un momento permaneció inmóvil en el borde de la roca; después, mirando a su alrededor con honda preocupación, dijo amargamente:

—¡Si nos hubiera durado más la pólvora, esta desgracia jamás habría acontecido! —tras esto, se dejó caer de la roca y se sumergió en las aguas, quedando igualmente fuera de la vista.

Todas las miradas se volvieron hacia Uncas, quien quedó apoyado sobre la plataforma rocosa, completamente quieto. Tras una breve espera, Cora señaló al río y dijo:

Tus amigos no han sido detectados y estarán probablemente a salvo ya; ¿no es hora de que les sigas?

—Uncas se queda —respondió tranquilamente en inglés el joven mohicano.

—¿Para contribuir al horror del momento de nuestra captura y darnos menos posibilidades de ser liberados? Vete, joven valiente —continuó Cora, brindándole una caída de ojos, consciente quizá de su poder de convicción—; ve a donde está mi padre, como ya he dicho, y hazte el más fiel de mis mensajeros. Dile que te confié la misión para que él pueda liberar a sus hijas. ¡Vete! ¡Ése es mi deseo! ¡Le pido a Dios que te pongas en camino!

El tranquilo semblante del joven jefe indio se tomó apesadumbrado, pero no vaciló más. Sin el menor ruido, avanzó hacia la roca y se introdujo en la agitada corriente acuática. Los que se quedaron atrás contuvieron la respiración hasta ver la cabeza del joven guerrero emerger en busca de aire, ya muy a lo lejos, justo antes de hundirse sin dejar rastro.

Estas hazañas tan repentinas y aparentemente exitosas habían tenido lugar en cuestión de unos minutos; una pequeña porción del preciado tiempo que transcurría. Tras ver a Uncas por última vez, Cora se volvió para dirigirse a Heyward, sus labios temblorosos al hablar:

—He oído acerca de tu capacidad de moverte en el agua, Duncan —dijo—. Sigue pues, el sabio ejemplo de estos seres tan fieles y sencillos.

—¿Es eso lo que Cora Munro esperaría de su protector? —dijo el joven mientras sonreía con tristeza, y también con amargura.

—No es momento para sutilezas inútiles ni falsas ilusiones —le contestó ella—, sino el momento en que la obligación de cada individuo debe ser ponderada en relación a los demás. No nos sirves

de nada aquí, pero tu vida puede salvarse para el bien de otros.

El joven no respondió, aunque sus ojos se dejaron atraer por la hermosa imagen de Alice, quien se aferraba a su brazo con la dependencia de un niño pequeño.

Tras una pausa en la que parecía luchar contra un dolor más agudo que todos sus temores, Cora continuó diciendo:

—Considera que lo peor que nos puede ocurrir es que muramos; algo que con el tiempo nos afectará a todos, siendo Dios el que decide cuándo ha de suceder.

—Hay males peores que la muerte —dijo Duncan con acritud, como si le hubiesen ofendido las observaciones de la muchacha—, cosas que pueden evitarse por parte de aquél que esté dispuesto a morir por vosotras.

Cora desistió en su empeño, y cubriéndose el rostro con su chal, se llevó a la atemorizada Alice consigo hasta la zona más profunda de la caverna.

Capítulo IX

Muéstrate alegre y segura;

Despeja, hermosura mía, con sonrisas las oscuras nubes,

Que pesan sobre tu frente clara.

Muerte de Agripina.

El repentino y casi mágico cambio producido entre los estremecedores incidentes acontecidos poco antes y la quietud que reinaba ahora ejercía efectos cercanos a lo onírico sobre la impresionable imaginación de Heyward. A la vez que todas las imágenes y experiencias vividas permanecían recientes en su memoria, le costó mucho creer que todas habían ocurrido en realidad. Ignorante de la suerte que hubiesen podido correr los que se lanzaron a la comente, prestó gran atención para detectar cualquier señal que indicase el buen o mal resultado de tan peligrosa empresa. No obstante, su espera fue en vano, ya que con la marcha de Uncas se había perdido toda señal de los intrépidos aventureros, dejándole inmerso en la duda.

En ese momento de tanta incertidumbre, Duncan no dejó de observar los alrededores, sin recurrir a la protección de las rocas que tan imprescindible había sido poco antes. Sin embargo, cualquier esfuerzo por detectar la presencia de sus ocultos enemigos resultó igualmente infructuoso. Las arboledas de las orillas parecían estar de nuevo despojadas de cualquier vestigio de vida animal. El tumulto que había resonado momentos antes por todo el bosque dejó paso al silencio, a excepción del suave rumor de las aguas que se percibía en el aire, en medio de la dulzura de la naturaleza. Un halcón pescador que había sido testigo de la lucha desde las ramas más altas de un pino seco descendía ahora de su punto de observación para efectuar vuelos rasantes sobre su presa; mientras un jilguero, cuyo ruidoso canto había sido acallado por los aún más

ruidosos gritos de los salvajes, se aventuró de nuevo a dar rienda suelta a su discordante voz como si tomara posesión de nuevo de sus dominios. Estos componentes naturales de la escena inspiraron en Duncan un atisbo de esperanza y le indujeron a concentrarse más en ideas positivas y renovadoras, experimentando con ello una especie de sensación de triunfo progresiva.

—No hay rastro de los hurones —le dijo a David, quien aún no se había recuperado del todo de su golpe—. Escondámonos en la caverna y que la Divina Providencia disponga lo que sea.

—Recuerdo estar acompañando a dos bellas muchachas en la acción de cantar alabanzas y gratitudes —le contestó el aturdido maestro de canto—. Desde entonces he sido puesto a prueba por mis pecados. Me he quedado ridículamente inconsciente, mientras mis oídos han sido torturados por los sonidos de la discordia durante lo que parecía una eternidad, dando la sensación de que la naturaleza hubiese perdido todo sentido de armonía.

—¡Pobre hombre! ¡En verdad, parecía que a usted le había llegado su hora! Pero venga conmigo y le llevaré a donde sólo tendrá que oír los sonidos de sus salmos.

—¡Las aguas de la catarata tienen su propia melodía, y el correr de las aguas es gratificante para los sentidos! —dijo David, llevándose la mano a la frente—. ¿Es que ya no se oyen gritos y alaridos, como si las almas perdidas de los condenados…?

—Ya no, ya no —le interrumpió Heyward, impaciente—. ¡Han cesado de chillar, y confío en Dios para que también se hayan ido! Todo está tranquilo salvo las aguas; vámonos dentro pues, y así podrá crear usted los sonidos que tanto le agradan.

La sonrisa de David denotaba tristeza, pero al mismo tiempo no carecía de cierta alegría ante la mención de su amada vocación. Ya no se mostraba reacio a ser conducido hacia algo que le prometía verdadero placer a su ánimo cansado. Apoyándose en el brazo de su compañero, entró por la diminuta boca de la cueva. Duncan se hizo con una abundante cantidad de sasafrás, colocándolo cuidadosamente delante del pasadizo y disimulando así la entrada para que no fuera detectada. Detrás de tan frágil barrera situó las

mantas que habían dejado los hombres del bosque, oscureciendo de este modo el extremo interior de la caverna, mientras que la parte más externa de la misma recibía una discreta cantidad de luz desde la estrecha garganta atravesada por uno de los brazos del río, antes de unirse éste a su complementario unos metros más abajo.

—No me gusta ese principio por el que se rigen los nativos, según el cual han de sucumbir sin ofrecer resistencia cuando la situación se torna desalentadora —dijo el joven mientras se ocupaba de los trabajos mencionados—. Nuestra máxima, literalmente: «Mientras haya vida, hay esperanza», consuela más y es más adecuada para la mentalidad de un soldado. A ti, Cora, no te dirigiré palabras de ánimo innecesarias, ya que tu propia fortaleza y tu estabilidad te dictarán todo lo debes hacer; pero ¿cómo podremos calmar las lágrimas de la temblorosa chiquilla que te abraza?

—Ya estoy mejor, Duncan —dijo Alice, dejando los brazos de su hermana y esforzándose en aparentar entereza, a pesar de su llanto —, estoy mucho mejor, ahora. Con toda seguridad, estaremos a salvo en este oculto lugar, sin poder ser vistos y libres de todo mal; confiemos plenamente en esos hombres generosos que tanto ya han arriesgado por nuestro bien.

—¡Ahora la gentil Alice habla como debe una hija de Munro! —dijo Heyward, haciendo una pausa para cogerle la mano e infundirle ánimos, antes de pasar hacia la entrada exterior de la caverna—. Estando presentes dos ejemplos de valor como éstos que tengo delante, un hombre no puede por menos que comportarse heroicamente —a continuación, se sentó en el centro de la caverna, sosteniendo la pisto-la que aún le quedaba con mano tensa y nerviosa, mientras su fruncido ceño dejaba entrever la gravedad de su propósito—. Si llegan, los hurones no se harán con nuestra posición fácilmente —murmuró en voz baja, apoyando su cabeza contra la roca. Parecía esperar pacientemente a que se produjeran acontecimientos, aunque sus ojos no se apartaban de la entrada del refugio.

Tras estas palabras sobrevino un largo y profundo silencio durante el cual apenas se oyó respirar. La brisa fresca de la mañana había penetrado por los resquicios cavernosos, y su influjo se dejó sentir en los ánimos de los que allí se encontraban. A medida que

transcurrieron los minutos en paz y tranquilidad, una sensación de tímida esperanza cobraba cada vez más fuerza en el corazón de los viajeros, aunque ninguno se atrevió a dejar constancia de unas expectativas que podrían venirse abajo en cualquier momento.

Sólo David suponía una excepción a esta actitud. Un rayo de luz procedente de la abertura cruzó su pálida tez y cayó sobre las hojas de su librillo, cuyas páginas se encontraba revisando como si buscara infructuosamente una canción apropiada para las condiciones en las que se encontraban. El hombre actuaba impulsado por el confuso recuerdo de la promesa que le había hecho Duncan. Como recompensa a su paciente búsqueda, acabó dando con una canción, pronunciando en voz alta y sin previo aviso las palabras «Isla de Wight». Hizo sonar su pipa de entonación y repasó los preceptivos preliminares de las notas musicales con su propia voz, ya con tono más suave y dulce.

—¿No resultará peligroso? —preguntó Cora, dirigiendo sus ojos negros al comandante Heyward.

—¡Pobre hombre! Su voz está tan debilitada que no puede oírse por encima del rumor de las aguas —respondió—. Además, la caverna disimulará su canto. Dejadle disfrutar de su afición, ya que no hay riesgo.

—Isla de Wight —repitió David, mirando a su alrededor con la dignidad propia de un maestro que exige silencio y atención—. ¡Se trata de una noble melodía dotada de palabras solemnes; ha de ser entonada con el debido respeto! Tras permanecer callado durante un instante, y al comprobar que se le hacía caso, la voz del cantante fluyó por medio de sílabas débiles que poco a poco iban llenando la caverna y los oídos de sus moradores. La melodía, firme a pesar de la debilidad con la que se cantaba, iba conquistando los sentidos de los que la escuchaban. Incluso prevaleció sobre la desarcertada versión del rey David interpretada con anterioridad, cautivando a todos con su estimulante armonía. Alice secó sus lágrimas inconscientemente, dirigiendo sus humedecidos ojos hacia las facciones de Gamut con una expresión de gozo inocente que no disimulaba, ni quiso disimular. Cora dedicó una sonrisa de aprobación a los piadosos esfuerzos de aquel que se llamaba igual que el monarca judío, mientras que Heyward dejaba de mirar con

gesto severo hacia la salida de la caverna, fijándose tanto en la faz de David como en los aliviados ojos de Alice, a la vez que él mismo adoptaba un semblante más relajado. La simpatía mostrada por su público animó al músico, cuya voz recobró energía y volumen sin perder esa enternecedora suavidad que constituía su verdadero encanto. Llevando sus renovadas fuerzas al limite, aún podía llenar los confines de la cueva con notas sonoras y duraderas, cuando de repente se oyó un alarido en el exterior, haciéndole desistir de su empeño y formándosele un nudo en la garganta tan grande que daba la sensación de que su corazón se le había colocado ahí debido al sobresalto.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Alice, abrazándose a Cora.

—No, aún no —contestó Heyward, nervioso pero esperanzado—. El ruido provino del centro de la isleta, y se deberá a que han visto los cuerpos de sus compañeros caídos. Aún no nos han descubierto y todavía podemos confiar en nuestra suerte.

Aunque las posibilidades de escapar eran exiguas y desalentadoras, las palabras de Duncan no se pronunciaron en vano, pues despertaron las fuerzas de las dos hermanas de tal modo que aguardaron los acontecimientos en silencio. Un segundo grito pronto siguió al anterior, y un mar de voces desembocó por toda la isla, desde su parte más alta hasta la más baja, alcanzando la desgastada roca que había justo por encima de las cavernas, donde tras sonar otro grito de triunfo salvaje, el aire se llenó de horribles vociferaciones —ésas que tan sólo en su estado más primitivo y bárbaro puede emitir el hombre—.

El tumulto se extendió rápidamente en todas las direcciones. Algunos guerreros en la orilla contraria llamaron a sus camaradas y recibieron respuesta desde lo alto. Los gritos se oyeron tan próximos como los que provenían del pasadizo entre las dos cuevas, entremezclándose con otros aún más fieros que surgían de la profundidad del valle. En resumidas cuentas, los alaridos de los salvajes proliferaron tanto entre las rocas que los ocupantes de la cueva se vieron dominados por la angustia y comenzaron a imaginar que tales exabruptos venían de todos lados, incluso bajo sus pies.

En medio de toda esta confusión, se elevó un grito triunfante a escasos metros de la camuflada puerta de la cueva. Heyward abandonó toda esperanza, tomándolo como la señal de que habían sido descubiertos. Pero de nuevo recobró la fe al oír que las voces se reunían cerca del lugar en el que el hombre blanco había dejado su carabina. Entre las jergas que pudo oír con claridad le fue fácil distinguir palabras, y hasta secuencias gramaticales completas, del lenguaje patois de los indios del Canadá. Un conjunto de voces había estallado al unísono, diciendo: «¡La Longue Carabine!», cuyo eco resonó por todo el contorno. Heyward reconoció el nombre como el que era utilizado para hacer referencia a un célebre cazador y explorador por parte de los enemigos de éste. Ahora, por primera vez, se dio cuenta de que el explorador que había prestado sus servicios a los ingleses era el hombre que les había acompañado.

—¡La Longue Carabine! ¡La Longue Carabine! —fue la frase que iba pasando de boca en boca, hasta que todo el grupo parecía aglutinarse alrededor de un trofeo que certificaría la muerte de su formidable propietario. Tras unos momentos de ruidoso debate salpicado de salvajes estallidos de júbilo, se separaron de nuevo para buscar el cadáver del enemigo cuyo nombre entonaban en alto; Heyward pudo entender de su discurso que pretendían encontrarlo oculto en alguna parte de la isla.

—Ahora —les murmuró a las temblorosas hermanas—. ¡Ahora es el momento de mayor incertidumbre! ¡Si nuestro lugar de refugio se salva de sus pesquisas, permaneceremos seguros! En cualquier caso, por lo que dicen nuestros enemigos, es bastante probable que nuestros ayudantes hayan podido huir y recibiremos la ayuda de Webb en un par de horas.

Pasaron varios minutos de tensa espera, durante los cuales Heyward supuso que los salvajes estarían llevando a cabo su búsqueda con gran diligencia y esmero. En más de una ocasión pudo discernir el ruido de sus pisadas al pasar junto al sasafrás de la entrada, haciendo crujir sus hojas y ramas. Al cabo de un rato, la cobertura de la cueva cedió ligeramente al caer una esquina de la manta, dejando entrar un tímido rayo de luz al interior de la cueva. Cora se aferró a Alice con desesperada angustia, y Duncan se puso en pie inmediatamente. Se oyó un grito que parecía venir en ese momento

del centro de la roca, indicando que ya habían descubierto la caverna vecina. Un minuto más tarde, la multitud de voces y la proximidad con que se oían daban a entender que todo el grupo se encontraba entrando en ese oculto lugar.

Dado que los pasadizos internos que accedían a las cavernas estaban muy próximos entre sí, Duncan pensó que ya no había escapatoria, por lo que se colocó entre el grupo formado por David y las hermanas y el lugar por el que entrarían los salvajes. En su desesperada acción se acercó a la frágil barrera que le separaba a escasos metros de sus perseguidores, llegando incluso a asomarse, con increíble temeridad, a través de la pequeña abertura para observar sus movimientos.

Al alcance de su mano se encontraba el musculoso hombro de un indio gigantesco, cuya voz profunda y autoritaria parecía estar dictando órdenes a sus compañeros. Duncan también pudo ver la entrada a la otra caverna y hasta qué punto estaba llena de salvajes que revolvían entre las humildes pertenencias del explorador. La herida de David había teñido las hojas de sasafrás de un color que les indicaba a los salvajes que estaban más cerca que nunca. Esta señal de confirmación de su victoria les hizo aullar como una manada de perros que hubiesen recuperado el rastro de su presa. Tras este estallido de alegría, se entretuvieron en destrozar el lecho del explorador y esparcir las ramas por toda la caverna, deshaciéndolo todo motivados por la sospecha de que el cuerpo de quien tanto temían estuviese allí oculto. Un guerrero de aspecto sumamente feroz se acercó al jefe con un amasijo de ramas y señaló las manchas de rojo oscuro sobre ellas. Mientras lo hacía vociferaba su júbilo utilizando múltiples expresiones, de las cuales Heyward únicamente pudo identificar la ya conocida «¡La Longue Carabine!». Después de su ruidosa manifestación de triunfo, lanzó las ramas sobre el pequeño montón que Duncan había formado a la entrada de la segunda cueva, tapando el orificio y privándole de toda posibilidad de seguir viendo lo que ocurría fuera de la misma. Unos cuantos nativos más imitaron esta acción a medida que sacaban las ramas de la cueva del explorador, lanzándolas al mismo montón y mejorando así, aunque sin saberlo, la seguridad de aquellos a los que perseguían. La insignificancia inicial de la barrera fue decisiva en todo esto, ya que a ninguno de ellos se le ocurrió inspeccionar

un mero amasijo de ramas que, dadas las prisas y la confusión del momento, parecía ser tan sólo un producto más del registro que estaban efectuando.

Las mantas cedieron ante la creciente presión externa y la vegetación taponó la grieta con su propio peso, permitiéndole a Duncan respirar tranquilo una vez más. Brioso y confiado, volvió rápidamente al centro de la cueva y volvió a sentarse en su lugar de antes, desde donde podía divisar la abertura que daba al río. Al mismo tiempo, los indios también se movieron de allí, como si les impulsara un instinto común, y ascendieron hasta el punto del cual habían partido. Aquí se pudo oír otro grito aterrador, indicando que de nuevo pasaban por donde yacían sus camaradas.

Por primera vez desde que hubiesen comenzado los momentos más críticos, Duncan se atrevió a mirar a sus compañeros, ya que no quería contagiarles la angustia que había dominado en su rostro cuando todo parecía estar perdido.

—¡Se han ido, Cora! —susurró—. ¡Alice, han vuelto por donde vinieron y estamos a salvo! ¡Alabado sea el cielo, que nos ha librado de las garras de tan canallescos enemigos!

—¡Entonces yo también daré gracias al cielo! —exclama la hermana más joven, librándose de los brazos de Cora tendiéndose sobre la superficie rocosa—; ¡doy gracias al cielo que le ha evitado el dolor a un padre anciano y ha salvado las vidas de los que amo!

Tanto Heyward como Cora, que estaba más tranquila, observaron este impulso emocional con gran comprensión; y el joven concluyó que jamás había contemplado una escena tan piadosa ni de mayor hermosura que la de la pequeña Alice. Sus ojos irradiaban gratitud mientras el color sonrosado de su belleza natural volvió a brillar en sus mejillas; todo su ser parecía mostrar agradecimiento a través de sus delicados rasgos. Pero cuando sus labios se movieron, las palabras fueron frenadas por un nuevo y repentino temor. Su rostro perdió todo su color, volviéndose mortalmente pálido; sus ojos pasaron de una dulce suavidad a una dureza áspera, contrayéndose de terror; sus manos, que se habían juntado en actitud de oración, se separaron y permanecieron inmóviles, señalando hacia adelante. Heyward se volvió para mirar hacia donde parecían indicar y pudo

ver, asomadas justo por encima del umbral de la salida, las fieras, salvajes y malignas facciones de Le Renard Subtil.

En aquel momento de sorpresa, la sangre fría de Heyward no le abandonó. Se dio cuenta, por la forma de mirar del indio, que sus ojos aún no se habían acostumbrado a la oscuridad del lugar. Incluso había barajado la posibilidad de que él y sus acompañantes pudiesen esconderse tras un recodo en las paredes de la caverna, pero cuando se percató del repentino gesto de iluminación que cruzó el rostro del salvaje, supo que era demasiado tarde y que estaban perdidos.

La expresión burlona y triunfante del indio, delatando la terrible verdad de la situación, resultaba tan sumamente irritante que Duncan olvidándose de todo salvo sus iras, apuntó con su pistola y disparó. La detonación sonó como la erupción de un volcán dentro de la caverna; y cuando se disipó el humo por efecto de la corriente de aire que venía desde la salida que daba al río, el lugar en el que estaba el malvado guía se encontraba ya vacío. Corriendo hacia la salida, Heyward percibió su oscura silueta, escabulléndose por una oquedad baja y estrecha, quedando completamente fuera de su vista.

Una quietud temblorosa hizo presa entre los salvajes al oír la explosión, la cual se sintió surgir de las entrañas de la tierra; pero cuando Le Renard hizo una larga y determinante llamada con su voz, fue correspondido por los gritos espontáneos de todos y cada uno de los indios que pudieron oírle.

De nuevo se oyeron bajar por toda la isla los clamorosos alaridos; y antes de que Duncan se pudiera recuperar del sobresalto, la frágil barrera de ramas fue pulverizada, a la vez que la caverna fue invadida desde ambos extremos y tanto él como sus acompañantes se vieron arrastrados fuera del refugio. Ya bajo la luz del día, estaban completamente rodeados por los victoriosos hurones.

Capítulo X

Me temo que dormiremos la próxima mañana,

¡Tanto como hemos estado velando durante esta noche!

El sueño de una noche de verano.

En cuanto se sobrepuso a la sorpresa del momento, Duncan comenzó a fijarse en la apariencia y los modos de sus captores. Al contrario de lo que era común entre los salvajes cuando concluyen una acción con éxito, estos nativos no sólo respetaron la integridad de las temblorosas hermanas, sino también la suya propia. Los llamativos ornamentos de su atuendo castrense llamaban poderosamente la atención de muchos de los guerreros que no pudieron disimular sus deseos de poseer las insignias; pero antes de que brotara más violencia en el lugar, un mandato por parte del guerrero corpulento ya mencionado, expresado en tono autoritario, impidió el conflicto y convenció a Heyward de que les estaban reservando para algo mucho más importante.

Sin embargo, mientras los más jóvenes y vanidosos del grupo se entretenían en las menudencias antes referidas, los guerreros más veteranos continuaron su búsqueda por ambas cavernas con tal ímpetu que denotaba lo poco satisfechos que estaban con los resultados provisionales de su conquista. Incapaces de dar con ninguna víctima más, los vengativos individuos no tardaron en enfrentarse a sus prisioneros masculinos, pronunciando el nombre de La Longue Carabine con extremada fiereza. Duncan simuló no entender el significado de sus violentas y repetitivas preguntas, mientras que a su compañero no le hizo falta recurrir a engaño alguno, dado su total desconocimiento del francés. Era tal la insistencia mostrada por sus captores que Duncan temió que se volvieran peligrosamente impacientes ante su silencio y comenzó a buscar a Magua con su mirada, esperando poder entenderse mejor

con él.

La conducta de este salvaje en particular constituía una solitaria excepción con respecto a la del resto de sus compañeros. Mientras los otros se ocupaban en dar rienda suelta a sus más primitivas pasiones, yendo tras ornamentos militares o deleitándose en la destrucción de las escasas pertenencias del explorador al no poder dar con su propietario, Le Renard había permanecido a poca distancia de los prisioneros, con una actitud tan callada y satisfecha que claramente dejaba entrever que ya había cumplido el gran propósito de su traición. Cuando su mirada se cruzó con la de Heyward, la expresión siniestra —y a la vez tranquila— del salvaje hizo que el hombre blanco apartara la vista horrorizado. No obstante, logró sobreponerse de tal sensación de repugnancia y pudo, aunque con asco, mirarle a la cara a su enemigo.

—Le Renard Subtil es demasiado guerrero como para no comunicarle a un hombre desarmado lo que le dicen sus vencedores.

—Preguntan por el cazador que conoce los caminos del bosque —contestó Magua en su defectuoso inglés, mientras colocaba su mano sobre la cataplasma de hojas que cubría la herida que tenía en el hombro—. ¡La Longue carabine! ¡Su fusil es bueno y su ojo no duerme; pero, al igual que la pequeña pistola del jefe blanco, no es rival para Le Subtil!

—¡Le Renard es demasiado valiente como para recordar las heridas recibidas en la guerra, así como las manos que las provocaron!

—¿Fue momento de guerra cuando el indio cansado se detuvo en aquel árbol para saborear su maíz? ¿Quién llenó el bosque de enemigos ocultos? ¿Quién sacó el cuchillo? ¿Quién habló de paz mientras su corazón pedía sangre? ¿Acaso dijo Magua que el hacha estaba desenterrada y que su mano la sacó de la tierra?

Dado que Duncan no quiso contestar las acusaciones del indio por medio del reproche a su propia actitud traidora, y tampoco estaba dispuesto a admitir la culpa de las mismas, permaneció en silencio. Magua también parecía dispuesto a dejar las cosas así, sin más controversia ni discusión, ya que volvió a apoyarse en la roca de la

cual se había levantado momentáneamente. De todos modos, la exclamación «¡La Longue Carabine!» volvió a oírse nada más concluir el breve diálogo, reanudándose así el interrogatorio de los impacientes salvajes.

—Ya lo oyes —dijo Magua, con terca indiferencia—. ¡Los hurones de piel roja reclaman la vida de «Carabina Larga» o, de lo contrario, cobrarán tributo con la sangre de aquéllos que lo ocultan!

—Se ha ido lejos; está más allá de su alcance.

Renard sonrió despectivamente, mientras le contestó:

—Cuando el hombre blanco muere, cree estar en paz; pero los pieles rojas saben cómo torturar incluso los fantasmas de sus enemigos. ¿Dónde está su cadáver? ¡Que los hurones vean su cabellera!

—No está muerto, sino huido.

Magua movió la cabeza con gesto de incredulidad.

—¿Acaso es un ave, volando con alas; o un pez, que puede nadar sin respirar aire? ¡El jefe blanco cree todo lo que dicen sus libros y piensa que los hurones son tontos!

—Aunque no sea un pez, «Carabina Larga» puede nadar. Flotó río abajo cuando se acabó la pólvora y los ojos de los hurones estaban tras una nube.

—¿Entonces por qué se quedó el jefe blanco? —exigió saber el indio escéptico—. ¿Acaso se hundiría como una piedra, o tiene ganas de perder la cabellera?

—Tu camarada muerto podría dar buena cuenta de que no soy una piedra, si estuviera vivo —dijo el joven ante tanta provocación, presumiendo de su hazaña con la acritud y la ira que podrían despertar la admiración de un indio—. El hombre blanco piensa que sólo los cobardes abandonan a sus mujeres.

Magua balbuceó algunas palabras entre dientes antes de continuar diciendo, en voz alta:

—¿Es que los delaware pueden también nadar, del mismo modo en que se arrastran por la maleza? ¿Dónde está «Le Gros Serpent»?

Duncan se percató, por el uso de estos apelativos canadienses, que sus anteriores compañeros eran mejor conocidos entre sus enemigos que por él mismo. Contestó despectivamente:

—También se ha ido por el agua.

—¿No está aquí «Le Cerf Agile»?

—No sé quién es el que llamas «El Ciervo Ágil» —dijo Duncan, dispuesto a ganar tiempo eludiendo la cuestión.

—Uncas —insistió Magua, pronunciando el nombre en delaware con más dificultad que las palabras en inglés—. El hombre blanco se dirige al joven mohicano por la expresión «Alce que salta».

—Debe de haber cierta confusión de nombres entre nosotros, Le Renard —dijo Duncan, esperando desencadenar un debate—. Daim es la palabra adecuada para referirse a la hembra, mientras que el ciervo macho viene expresado por cerf, elan sería el término más apropiado si se trata de un alce.

—Sí —murmuró el indio en su lengua nativa—. ¡Los rostros pálidos son como mujeres charlatanas! Tienen dos palabras para cada cosa, mientras que al piel roja le basta un sonido para hacerse entender —tras esto, dejó de hablar en su idioma y se adscribió a la nomenclatura de sus instructores lingüísticos—. El ciervo es rápido, pero débil; el alce es rápido, pero fuerte; y el hijo de «Le Serpent» es «Le Cerf Agile». ¿Acaso ha huido por los bosques?

—Si te refieres al delaware más joven, también se fue por el agua.

Dado que para un indio ese modo de escapar no constituye una hazaña imposible, Magua acabó dando por cierto todo lo que había escuchado, mostrando a la vez tal actitud de desprecio que revelaba lo poco valiosos que consideraba a los prisioneros. Sus compañeros, por contra, pensaban de modo muy diferente.

Los hurones habían esperado con gran impaciencia que concluyera este breve diálogo, totalmente quietos y callados. Cuando Heyward

dejó de hablar, todos miraron hacia Magua, exigiendo silenciosamente una explicación. Su intérprete les señaló el río y les informó de lo ocurrido en pocas palabras. Cuando comprendieron los hechos, los salvajes profirieron un espantoso grito colectivo en señal de su gran decepción. Algunos corrieron furibundos hacia la orilla, gesticulando agresivamente, mientras otros escupían al agua como si le reprocharan su traición de ayudar al enemigo. Otros, y no precisamente los de aspecto menos amenazante, dirigieron sus más iracundas y malévolas miradas a los cautivos que aún tenían en su poder; incluso alguno les brindó su amenaza en forma de gestos repletos de rabia y odio, ante los cuales ni la belleza ni la condición de las dos hermanas fueron atenuantes. El joven militar hizo un esfuerzo inútil por llegar hasta Alice cuando vio que uno de los salvajes la había agarrado por el cabello, a la vez que empuñaba un cuchillo con la aparente intención de atravesarle el cuello a la muchacha; pero los brazos de Duncan estaban atados y en cuanto quiso moverse se lo impidió el indio que le tenía sujeto por el hombro. Al comprender cuán fútil era su empeño, cedió ante las abrumadoras fuerzas de sus contrarios y aceptó lo que depararía la suerte, aunque no sin dar ánimos a sus delicadas compañeras, asegurándoles que los salvajes eran más amigos de bravuconear que de cumplir una amenaza.

Sin embargo, aunque recurriese Duncan a tales palabras para consolar a las asustadas muchachas, no podía engañarse a sí mismo. Sabía bien que la autoridad de un jefe indio dependía más bien de la superioridad física que de la supremacía moral que pudiera ostentar. Por lo tanto, el peligro real residía en el número de irritados salvajes que les rodeaban. Un mandato benévolo dado por el líder reconocido podría ser contrariado en cualquier momento por uno de esos incontrolados, deseando cobrarse una víctima como sacrificio en honor a la memoria de algún familiar o amigo suyo muerto en el combate. Por lo tanto, aunque procuraba mantener una aparente actitud de calma y aplomo, su corazón palpitaba rápidamente cuando alguno de sus feroces captores se acercaba demasiado a las indefensas hermanas, o miraba con ojos flamígeros a esas criaturas tan frágiles que no podían defenderse ante el más mínimo ataque.

No obstante, sus preocupaciones se aliviaron en gran medida

cuando vio que el jefe había convocado a todo el grupo a consejo. Sus deliberaciones fueron rápidas, y a juzgar por el silencio de la mayoría la decisión fue unánime. Por la frecuencia con la que los interlocutores señalaban en dirección al campamento de Webb, parecían temer un ataque desde ese cuadrante. Esta consideración les hizo tomar una rápida decisión, zanjando la cuestión en poco tiempo.

Durante esta breve reunión, Heyward calmó sus ánimos y pudo admirar con tranquilidad el modo cauteloso del proceder de los hurones, incluso después de cesadas las hostilidades.

Ya hemos señalado que la mitad superior de la isla estaba compuesta por rocas desprovistas de vegetación, sin ningún medio de protección que no fuera un puñado de troncos y ramas caídas. Habían escogido este punto para descender, habiendo traído una canoa a través del bosque y rodeado la catarata con tal propósito. Colocando sus brazos dentro de la embarcación, una docena de hombres agarrados a los laterales de la misma se dejó arrastrar por ella, a la vez que la dirigían dos de los guerreros más expertos, quienes se habían situado en una posición favorable para divisar cualquier peligro. De este modo pudieron llegar a la cabecera de la isla en aquel punto que resultó tan arriesgado para los primeros audaces guerreros, aunque en condiciones de superioridad numérica y provistos de un mayor número de armas. Que ésta había sido la manera en la que descendieron estaba más allá de toda duda para Duncan, ya que ahora portaban la embarcación desde el extremo superior de la roca y la colocaron en el agua cerca de la boca de la caverna exterior. En cuanto se realizó este cambio, el líder hizo señas a los prisioneros para que se metieran en la barca.

Dado que era inútil resistirse, y como tampoco serviría de nada protestar, Heyward fue el primero en obedecer la orden y servir de ejemplo para los demás. Pronto estaría en la canoa al lado de las dos hermanas y el aturdido David. A pesar de que los hurones no eran buenos conocedores de los entresijos y los caladeros del río, en cambio eran diestros en la navegación fluvial y un mínimo de dominio básico impidió que cometieran errores de trascendencia. Cuando el piloto de la embarcación ocupó su lugar, se introdujeron en el río; la barca surcó las aguas, y en pocos minutos los cautivos

pudieron comprobar que estaban en la zona sur, en un punto prácticamente opuesto a aquél en el que habían desembarcado la noche anterior.

Aquí tuvo lugar otra reunión de consulta, breve pero firme, durante la cual los caballos, cuyos dueños habían pensado que serían víctimas de los lobos, fueron traídos desde la cobertura boscosa hasta el nuevo lugar de reposo. En ese momento, el grupo se dividió. El jefe de más alto rango montó el corcel de Heyward para dirigir a la mayoría de los guerreros a través del río y adentrarse luego en el bosque, dejando a los prisioneros en manos de seis de los salvajes bajo el mando de Le Renard Subtil. Duncan presenció todo esto con renovada inquietud.

Quiso creer, dada la relativa prudencia de los salvajes, que le estaban reservando para ser enviado a Montcalm, como cualquier persona que en una situación de apuro ve estimulada su imaginación. Así, alimentado por la esperanza, aunque fuera escasa, Duncan incluso había pensado que el instinto paternal de Munro podría llevarle a éste a olvidar su fidelidad al rey. Esto se debía a que, aunque el militar francés tenía fama de valiente y emprendedor, también la tenía de prestarse a prácticas políticas que en ocasiones se alejaban de los más altos valores éticos; algo muy frecuente y que, por desgracia, decía poco a favor de la diplomacia europea de aquella época.

Todas estas especulaciones que rondaban su cabeza fueron interrumpidas por la conducta de sus guardianes. El contingente que había seguido al fornido guerrero jefe tomó la ruta hacia la base del Horicano, por lo que ya no había más expectativas para Duncan y sus acompañantes que la de ser meros prisioneros en manos de sus salvajes captores. En su afán por saber a qué atenerse en tales circunstancias, el joven se dignó a hablar nuevamente con Magua. Dirigiéndose a su antiguo guía, que ya había asumido las funciones y los modos de alguien que ostentaba autoridad, le dijo de la forma más amistosa y conciliadora:

—A Magua le diría sólo lo que sería propicio para los oídos de tan insigne jefe.

El indio le miró altivamente y con aires de superioridad,

contestándole:

—¡Habla; pues los árboles no tienen oídos!

—Los hurones no son sordos, y lo que han de escuchar los hombres grandes de una nación no es apropiado para los más jóvenes guerreros de la misma. Si Magua no escucha, el oficial del rey se callará.

El salvaje se dirigió toscamente a sus camaradas, quienes estaban atareados intentando preparar las monturas de las dos hermanas, y se alejó hacia un lado, indicándole a Heyward que le siguiera.

—Ahora habla —le dijo—, si es que tus palabras sólo son dignas de los oídos de Magua.

—Le Renard Subtil ha demostrado ser merecedor del nombre con el que le bautizaron sus padres canadienses —comenzó a decir Heyward—, reconozco su sabiduría y sus méritos, y recordaré todo esto a la hora de recompensarle. ¡Sí!, Renard no sólo ha demostrado ser un gran jefe en el diálogo, ¡sino también en el combate!

—¿Qué es lo que ha hecho Renard? —inquirió fríamente el indio.

—¿Qué? ¿Acaso no ha visto que los bosques estaban llenos de enemigos ocultos? ¿Acaso no se desvió de su camino a propósito para despistar a los hurones? ¿Acaso no ha simulado que regresa a su tribu, de la cual le habían echado como un perro hace tiempo? Y cuando nos dimos cuenta de lo que estaba haciendo, ¿acaso no le ayudamos a simular que era nuestro enemigo a ojos de los hurones? ¿No es verdad todo esto? Y cuando Le Subtil le hizo cerrar los ojos y los oídos a los de su nación por medio de su sabiduría, ¿no les hizo olvidar que en una ocasión le habían tratado mal y le obligaron a huir con los mohawks? ¿Acaso no le dejaron en el lado sur del río, confiándole sus prisioneros, mientras los otros se marcharon hacia el norte creyendo que los acontecimientos se desarrollaban a su favor? ¿Es que Renard no tiene la intención de volver atrás y llevarle al canoso hombre rico sus dos hijas? Sí, Magua, lo veo todo claro, y he estado pensando en lo mucho que hay que recompensar tanta sabiduría y honestidad. En primer lugar, el jefe del fuerte William Henry le dará al gran guerrero jefe lo que se le debe. La

medalla [18] de Magua no será de latón, sino forjada en oro; tendrá toda la pólvora que quepa en su cuerno, y su bolsa estará tan repleta de dólares como piedras hay en las orillas del Horicano: ¡los ciervos se rendirán fácilmente ante él, gracias al fusil que llevará! En cuanto a mí, no sé cómo voy a superar la gratitud del escocés, pero yo…, sí, yo.

—¿Qué regalará el joven jefe originario de donde sale el sol? — exigió saber el hurón, observando que Heyward acababa de concluir la retahíla de compensaciones con aquella que constituiría la máxima aspiración de un indio.

—Hará que el agua de fuego que viene de las islas del lago salado abunden en la casa de Magua, para que el corazón del indio se sienta más ligero que las plumas del colibrí, y su aliento más dulce que la madreselva.

Le Renard había escuchado con gesto severo las palabras lentas y sutiles de Heyward. Cuando el oficial mencionó el engaño que el indio supuestamente había efectuado sobre los de su nación, el rostro del salvaje mostró una cautelosa sobriedad. Cuando mencionó el supuesto agravio al que fue sometido por parte de su tribu nativa, asomó un brillo de odio feroz en la mirada del indio, lo cual le indujo a pensar a Duncan que había dado en la llaga. Finalmente, cuando hubo combinado adecuadamente la sed de venganza con la avaricia, había logrado captar por completo el interés del salvaje. La pregunta formulada por Renard se planteó con toda la calma y dignidad propias de un indio; pero era bastante evidente, por la expresión pensativa del que escuchaba, que la respuesta había sido preparada de forma muy astuta. El hurón se mantuvo pensativo durante varios instantes, acabando por poner su mano sobre el vendaje de su hombro, diciendo enérgicamente:

—¿Acaso los amigos hacen esto?

—¿Acaso «La Longue Carabine» permitiría que la herida de un enemigo fuese sólo superficial?

—¿Acaso los delaware se acercan a sus amigos a la manera de serpientes, preparados para atacar?

—¿Acaso es que «Le Gros Serpent» hubiera sido detectado por alguien sin que él quisiera que fuese así?

—¿Acaso el jefe blanco tiene por costumbre quemar su pólvora contra los que considera sus hermanos?

—¿Acaso es que erraría en el tiro si su empeño fuese realmente el de acertar? —contestó Duncan con una sonrisa que simulaba total sinceridad.

Otra larga e intensa pausa le siguió a este rápido intercambio de preguntas y réplicas. Duncan vio que el indio aún dudaba. Para asegurar su victoria, se preparó para volver a enumerar las recompensas, cuando Magua hizo un expresivo gesto y dijo:

—Basta; Le Renard es un jefe sabio, y ya se verá lo que hace. Vete y mantén la boca cerrada. Cuando Magua hable, entonces será el momento de responder.

Al percibir que los ojos de su interlocutor estaban pendientes del resto del grupo, Heyward se retiró inmediatamente con el fin de evitar cualquier posible sospecha de connivencia entre él y el líder de los salvajes. Magua se acercó a los caballos y simuló estar muy contento con la labor realizada por sus hombres. Tras esto, le indicó a Heyward que ayudase a las hermanas a subir a sus monturas, ya que procuraba hablar inglés lo menos posible, salvo en ocasiones excepcionales.

Ya no había más razones para demorar la marcha; Duncan se vio obligado pues, a obedecer, muy a pesar suyo. Mientras hizo lo que se le había ordenado, susurró palabras de ánimo a los oídos de las temblorosas féminas, quienes evitaban a toda costa tener que cruzar miradas con sus salvajes captores. La yegua de David había sido llevada por los que siguieron al jefe corpulento; con lo cual su propietario, al igual que Duncan, tuvo que desplazarse a pie. El segundo, sin embargo, no parecía lamentar esta situación, ya que le permitiría retrasar el avance de todo el grupo. Aún tenía sus pensamientos fijados en el fuerte Edward y la esperanza de oír en cualquier momento algún ruido procedente de ese sector, señal de que la ayuda estaba en camino. Cuando todos estaban preparados, Magua hizo la señal de comenzar la marcha, poniéndose

personalmente al frente del grupo para guiarles. A continuación le seguía David, que iba recuperando el sentido poco a poco a medida que se disipaban los efectos de su herida. Las hermanas cabalgaban tras él con Heyward a su lado, mientras los demás indios flanqueaban al grupo y cerraban con estrecha vigilancia la retaguardia.

De esta guisa prosiguieron su avance, totalmente en silencio a excepción de alguna expresión reconfortante brindada por Heyward a las féminas, o cuando David daba rienda suelta en voz alta a los lamentos de su espíritu, con la humildad propia de un alma resignada. Su camino se extendía hacia el sur, siguiendo una dirección prácticamente opuesta a la ruta que llevaba al fuerte William Henry. A pesar de esta aparente fidelidad de Magua al camino original, Heyward no podía creer que se olvidara tan pronto de lo que le había ofrecido, y sabía bien que los caminos ondulantes que seguían los indios aparentaban una dirección pero terminaban en otra. Sin embargo, kilómetro tras kilómetro continuaron esta penosa marcha por el bosque, sin que pareciera concluir nunca su viaje. Heyward observó cómo el sol enviaba sus rayos meridianos a través de los árboles, y esperaba fervorosamente que Magua se ciñera a una ruta más favorable a sus expectativas. En ocasiones imaginaba que el salvaje, habiendo abandonado la esperanza de pasar inadvertido delante del ejército de Montcalm, se dirigía a un asentamiento fronterizo conocido, en el que tenía su residencia y propiedades un distinguido oficial de la corona y preciado amigo de las seis naciones. Ser llevado ante Sir William Johnson era preferible a ser transportado hasta los bosques del Canadá; pero para que se pudiera cumplir lo primero, sería necesario atravesar una distancia de muchas y agotadoras leguas por el bosque, cada vez más lejos del escenario del combate; es decir, de su puesto de honor —y en el que residía su deber—.

Sólo Cora recordó lo que le dijo el explorador al marcharse, y siempre que tuvo la oportunidad doblaba y rompía todas las ramas a su alcance. Con todo, la cuidadosa vigilancia de los indios dificultaba su labor y la ponía en serio peligro. A menudo desistía en su empeño al darse cuenta de que podrían descubrirla; fue necesario fingir algún tropiezo u otra dificultad propia de mujeres. En cierta ocasión, pudo romper con éxito la rama de un zumaque de

considerable tamaño, dejando caer uno de sus guantes al mismo tiempo. Esta señal, que podría servir de rastro, fue detectada por uno de los escoltas indios, quien de forma inmediata recogió la prenda —no sin romper también todas las demás ramas del arbusto, dándole el aspecto de haber sido destrozado por algún animal salvaje que se hubiera enganchado en él—. Tras esto, adoptó un gesto amenazante, colocando la mano sobre su tomahawk, advirtiendo de este modo contra cualquier otro intento de dejar pistas en el camino.

Dado que ambos grupos, tanto el de Maqua como el del jefe corpulento, llevaban caballos consigo, sus huellas no servirían para distinguir el bando que llevaba los prisioneros de aquél que iba en dirección contraria.

Heyward habría podido demostrar alguna disconformidad si su mirada se hubiese cruzado con la de Magua. No obstante, el salvaje apenas se dignó a mirar a ninguno de los que le seguían, ni mucho menos dirigirles la palabra. Utilizando el sol como única referencia, o en todo caso guiándose por elementos que sólo son visibles a los ojos de un indio, siguió su camino a través de los claros rodeados de pinos, así como por algún pequeño valle frondoso, algún riachuelo y por encima de varias colinas; siempre llevado por la precisión del instinto y una vista tan aguda como la de las aves. En ningún momento dio señales de verse asaltado por la duda. No importaba que el camino estuviese despejado, apenas perceptible o incluso totalmente oculto; ninguna situación le hizo aminorar la marcha ni vacilar en la persecución de su objetivo. Parecía incansable. Siempre que los agotados viajeros levantaban la vista del suelo cubierto por hojas secas, lo veían al frente, confundiéndose su oscura silueta con las formas de los árboles, la cabeza siempre dirigida hacia adelante y la pluma que la cubría revoloteando al viento por la rapidez con la que se movía el nativo.

Sin embargo, todo este empeño y toda esta sagacidad tenían un fin. Tras pasar por un valle escondido, a través del cual corría un meandro, ascendió repentinamente por una colina tan empinada que las hermanas tuvieron que bajar de sus monturas para poder superarla. Cuando llegaron a la cima, se encontraron sobre tierra plana y ligeramente poblada por árboles, uno de los cuales sirvió de

lugar de descanso para Magua, quien se acomodó bajo su sombra como si estuviese dispuesto a dejar que los demás también descansaran.

Capítulo XI

Maldita sea mi tribu Si le perdono.

Shylock.

El indio había escogido una de esas colinas piramidales de mucha pendiente que guardan gran similitud con los montículos formados por la mano del hombre, tan abundantes en los valles americanos. El que nos ocupa era considerablemente alto, provisto de una llanura en su cima —característica también frecuente—, aunque una de sus laderas tenía forma irregular. Las únicas ventajas que ofrecía como lugar de descanso parecían residir en su altura y configuración, las cuales facilitaban la defensa y evitaban cualquier ataque por sorpresa. Por su parte, al considerar que el rescate parecía cada vez menos probable por el tiempo y la distancia transcurridos, Heyward no tomó en cuenta estas particularidades físicas del lugar y se dedicó a reconfortar a sus acompañantes más débiles. Los caballos narraganset pudieron reponer fuerzas gracias a las ramas y hierbajos de la escasa vegetación que crecía en la cima de la colina, mientras lo que quedaba de provisiones fue dispuesto bajo la sombra de la haya, cuyas quimas se extendían horizontalmente sobre el grupo a modo de parasol.

A pesar de la rapidez con la que viajaron, uno de los indios había tenido tiempo para cazar un cervatillo con una de sus flechas, llevando luego a cuestas las partes más aprovechables del animal durante el resto del camino. Al llegar al lugar de descanso, y sin emplear ninguna de las artes propias de la buena cocina, se dispuso inmediatamente a ingerir la carne de su presa en compañía de sus otros compañeros. Sólo Magua se excluyó del repulsivo festín, embebido en sus pensamientos.

Tal actitud de abstinencia era muy poco común en un indio, habiendo posibilidades de saciar el hambre, lo cual enseguida llamó

la atención de Heyward. El joven oficial quiso ver en ello una señal de que el hurón estaba pensando en la mejor manera de eludir a sus camaradas. Con la intención de ayudarle en sus planes mediante alguna sugerencia, y a la vez intentar estimular la tentación ya forjada, Heyward se paseó disimuladamente hasta el lugar en el que Le Renard estaba sentado.

—¿Acaso no se ha dejado guiar Magua por el sol lo suficiente como para haber eludido ya a los canadienses? —le preguntó con tono de complicidad confiada—, ¿y no le complacería más al jefe del fuerte William Henry poder ver a sus hijas antes de pasar otra noche de preocupación, por lo que mostraría su agradecimiento con una mayor recompensa?

—¿Acaso los rostros pálidos quieren menos a sus hijos de noche que de día? —preguntó el indio con frialdad.

—Claro que no —contestó Heyward, deseoso de corregir su error, si es que hubo alguno—. El hombre blanco puede olvidar con frecuencia el lugar de reposo eterno de sus antepasados, y en ocasiones puede olvidarse de los que ama y ha prometido cuidar, pero el afecto entre un padre y un hijo no se pierde nunca.

—¿Entonces el jefe de cabellos blancos será blando de corazón y pensará en los retoños que su mujer le ha dado? ¡Es duro con sus guerreros, y su mirada es de piedra!

—Se muestra severo con los ineptos y los malvados, pero para los honorables y sinceros es un líder justo y humanitario. He conocido a muchos padres buenos y tiernos, pero jamás he conocido un hombre cuyo corazón fuera más blando con respecto a sus hijos. ¡Has visto al hombre canoso ante sus guerreros, Magua, pero yo he visto cómo se le humedecían los ojos al hablar de las niñas que tienes en tu poder!

Heyward hizo una pausa, ya que no supo interpretar la indescriptible expresión que se formó en el rostro fibroso del indio. En un primer momento parecía que el recuerdo de la prometida recompensa le iba a hacer vibrar de alegría, a la vez que los sentimientos paternales de los blancos actuaban como garantía de la misma; pero a medida que proseguía Duncan, esta expresión de

felicidad se tomó en una de extrema apariencia malévola, un gesto que no podía proceder de otro sentimiento que no fuera la más siniestra de las avaricias.

—Vete —dijo el hurón, suprimiendo el terrible gesto mediante una mirada tan vacía como la de un cadáver—, ve y dile a la muchacha de cabellos negros que Magua quiere hablar. El padre recordará lo que promete la hija. Habiendo interpretado esto como el deseo de recibir más garantías con respecto a las compensaciones, Duncan se dirigió cuidadosamente hacia el lugar en el que descansaban las hermanas, con el propósito de comunicarle el mensaje a Cora.

—Debes entender la naturaleza de los deseos de un indio —concluía Heyward mientras la escoltaba hasta donde estaba el salvaje—, y debes ser generosa en tu oferta de pólvora y mantas. No obstante, los de su estirpe admiran a los de carácter fuerte, de modo que vendría bien que mostrases algo del tuyo, con esa fortaleza de espíritu tan extraordinaria que tienes. Recuerda, Cora, que de tu templanza y habilidad pueden depender tanto tu vida como la de Alice.

—¡Y la suya también, Heyward!

—La mía es de poca importancia; ya he jurado sacrificarla en nombre de mi rey, siendo un premio que cualquier enemigo con suficiente fuerza puede cobrarse. No tengo padre que me espere y son muy pocos los amigos que lamentarían mi destino, sobre todo cuando la posibilidad de morir constituye un riesgo común para los de mi vocación. Pero dejemos esa cuestión ahora, que nos estamos acercando al indio. Magua, la dama con la que deseas hablar está aquí.

El rodio se levantó lentamente y permaneció de pie, callado, durante casi un minuto entero. Luego le hizo una señal a Heyward para que se retirase, diciéndole con frialdad:

—Cuando el hurón habla con mujeres, su tribu se tapa los oídos.

Duncan se mostró reticente, como si no quisiera aceptar tales condiciones, pero Cora le dijo sonriente:

—Ya le has oído, Heyward, y por cortesía debes retirarte. Vete con Alice y anímala con nuestras esperanzas.

La joven esperó hasta que se fuera Duncan, luego se volvió hacia el nativo, añadiendo con la dignidad y los modos propios de una dama:

—¿Qué le quiere decir Le Renard a la hija de Munro?

—Escucha —dijo el indio, colocando su mano firmemente sobre el brazo de la mujer, como si quisiera que le prestara la máxima atención. Con igual firmeza, pero más lentamente, Cora retiró su brazo mientras el nativo le decía—: Magua nació jefe y guerrero entre los hurones de los lagos; vio cómo los soles de veinte veranos hicieron fluir las nieves de veinte inviernos hasta los ríos, antes de ver ningún rostro pálido, ¡y fue feliz! Luego sus padres canadienses llegaron a los bosques y le enseñaron a beber el agua de fuego, convirtiéndole en un bribón. Los hurones le desterraron del lugar en el que estaban enterrados sus antepasados, persiguiéndole como si fuera un bisonte. Corrió por las orillas de los lagos y pasó por el acceso que le llevó hasta la ciudad de los cañones. Allí se dedicó a cazar y pescar hasta que la gente le persiguió por el bosque y le hizo caer en manos de sus enemigos. ¡El jefe que nació hurón terminó como guerrero entre los mohawks!

—He oído algo de esto anteriormente —dijo Cora, observando que el indio hacía una pausa para dominar las iras que le inspiraban los recuerdos de las supuestas injusticias que había sufrido.

—¿Acaso tenía Le Renard la culpa de que su cabeza no fuera de piedra? ¿Quién le dio el agua de fuego? ¿Quién hizo de él un villano? Fueron los rostros pálidos, la gente de tu color.

—¿Y acaso he de ser yo responsable de que existan hombres desaprensivos y sin escrúpulos, sólo porque el tono de su piel sea como el de la mía? —le preguntó Cora al salvaje, aunque sin perder la calma ni la suavidad de su voz

—No; Magua es hombre y no es tonto; las que son como tú no acercan sus labios al agua que arde: ¡El Gran Espíritu te ha dado sabiduría!

—Entonces, ¿qué tengo que ver yo con tus infortunios, por no decir tus errores?

—Escucha —repitió el indio, volviendo a adoptar una actitud sincera—. Cuando sus padres ingleses y franceses desenterraron el hacha de guerra entre ellos, Le Renard sirvió en el puesto de los mohawks y combatió contra su propia nación. Los rostros pálidos han expulsado a los pieles rojas de sus tierras de caza y ahora, cuando luchan, un hombre blanco les guía. El viejo jefe en el Horicanos tu padre, fue el gran capitán de nuestro grupo de guerra. Él le decía a los mohawks que hicieran esto y aquello, y se le obedeció. Dictó una ley que decía que si un indio tomaba el agua de fuego y entraba en las tiendas de tela de sus guerreros, no se le perdonaría. Magua fue imprudente y bebió; el ardiente licor le hizo entrar en la cabaña de Munro. ¿Qué hizo el hombre canoso? Que lo diga su propia hija.

—No se olvidó de su advertencia e hizo justicia al castigar al infractor —le dijo la hija sin miedo.

—¡Justicia! —repitió el indio, lanzando una mirada de gran fiereza al semblante sereno de Cora—. ¿Acaso es justo hacer el mal y luego castigarlo? Magua no sabía lo que hacía. ¡Fue el agua de fuego la que habló y actuó en su lugar! Pero Munro no lo creyó. El jefe hurón fue atado delante de todos los guerreros rostros pálidos y flagelado como un perro.

Cora permaneció en silencio, ya que no supo justificar la excesiva severidad con la que actuó su padre de tal manera que el indio lo pudiera comprender.

—¿Ves? —continuó Magua, retirando con violencia el chaleco que apenas cubría su pecho pintado—. Aquí hay cicatrices provocadas por cuchillos y balas; de estas marcas puede un guerrero presumir ante su nación, pero el hombre canoso ha dejado señales en la espalda del jefe hurón que éste debe ocultar, como si fuera una mujer, bajo esta tela pintada de los blancos.

—Yo había pensado —dijo Cora—, que un guerrero indio mostraba paciencia e integridad de espíritu, sin afectarle el sufrimiento al que su cuerpo puede haberse visto sometido.

—Cuando los chippewas ataron a Magua a un poste y le hicieron esta herida —dijo el otro mientras ponía un dedo sobre una profunda cicatriz—, ¡el hurón se rió en sus caras y les dijo que sus golpes eran como los de las mujeres! ¡Su espíritu estaba álgido en ese momento! Pero cuando sintió los golpes de Munro su espíritu decayó. ¡El espíritu de un hurón nunca se emborracha, no olvida nunca!

—Pero se le puede apaciguar. Si mi padre te ha hecho mal, enséñale cómo se ha de perdonar una falta y devuélvele sus hijas. Ya te ha dicho el comandante Heyward…

Magua agitó la cabeza en señal negativa, deseoso de no oír más acerca de insultantes recompensas.

—¿Qué es lo que quieres? —continuó Cora, tras una pausa dolorosa, durante la cual se dio cuenta de que Duncan, generoso y confiado, se había dejado engañar por el astuto salvaje.

—¡Lo que más quiere un hurón: el bien a cambio del bien y el mal a cambio del mal!

—Entonces vengarías la afrenta de Munro por medio de sus hijas. ¿No sería mejor un enfrentamiento cara a cara con el enemigo, como corresponde a un guerrero?

—¡Las armas de los rostros pálidos son largas y sus cuchillos muy afilados! —le contestó con risa malvada el salvaje—. ¿Por qué tendría que ir Le Renard hasta los mosquetes de los guerreros del hombre canoso, cuando ya tiene el corazón de éste en sus manos?

—Di cuáles son tus intenciones, Magua —dijo Cora, intentando a toda costa mantener la calma—. ¿Vas a llevamos hasta las profundidades del bosque, o tienes planeado algo todavía más siniestro? ¿Es que no hay ninguna posible compensación, ningún medio de reparar el daño que se te ha hecho y ablandarte el corazón? Al menos deja libre a mi inocente hermana y descarga todo tu odio sobre mí. Te harás rico devolviéndola, y además podrás cobrar tu venganza con una sola víctima. La pérdida de ambas hijas puede llevar al anciano a su tumba, ¿dónde estaría, pues, la satisfacción de Le Renard?

—Escucha —dijo de nuevo el indio—. Ojos claros puede volver hasta el Horicano y decirle al viejo jefe lo que se ha hecho, si la mujer de cabellos negros jura por el Gran Espíritu de sus antepasados que no mentirá.

—¿Qué debo prometer? —exigió saber Cora, todavía manteniendo una cierta distancia respecto al fiero nativo mediante su digna actitud femenina.

—Cuando Magua dejó a su pueblo, su mujer le fue dada a otro jefe; ahora que ha hecho amistad con los hurones, volverá a la tierra de las tumbas de sus antepasados en las orillas del gran lago. Que la hija del jefe inglés le siga y viva para siempre en su tienda.

Por muy repugnante que le pareciera semejante proposición, Cora pudo disimular su asco lo suficiente como para responder sin que se le notara tal sentimiento.

—¿Y qué satisfacción puede obtener Magua de compartir su casa con una mujer a la que no ama y que pertenece a una raza y una nación distintas a la suya? Sería mejor conquistar a una dama hurona con el oro de Munro, deslumbrándola con regalos.

El indio no respondió, callándose durante un minuto entero, y fijó su agresiva mirada sobre el rostro de Cora de un modo tan indiscreto que acabó por hacerle mirar al suelo, presa de vergüenza. Mientras le dominaba la angustia, y temiendo oír alguna otra proposición aún más terrible e insultante, Cora escuchó las siguientes palabras de Magua, llenas de la maldad más intensa:

—Cuando los golpes marcaron la espalda del hurón, supo dónde encontrar una mujer que sintiese el dolor. La hija de Munro recogería agua para él, cultivaría la tierra para él. El hombre canoso pude dormir protegido por sus cañones, pero su corazón siempre estaría al alcance de Le Subtil.

—¡Monstruo! ¡Con razón te bautizaron con tan infame nombre! —gritó Cora, perdiendo la serenidad ante tan indignantes palabras—. ¡Sólo un canalla puede concebir una venganza así! ¡Pero confías demasiado en tu poder! ¡Conocerás, sin duda, cómo es el corazón de Munro y cómo desafiará tu maldad!

El indio contestó al valiente exabrupto de la dama con una siniestra sonrisa que denotaba su empeño de seguir adelante con su propósito, a la vez que mandó que se fuera de allí, dando definitivamente por terminada la conversación. Coral lamentando ya su actitud impulsiva, se vio obligada a obedecer, ya que Magua dejó el lugar al momento siguiente y se acercó a sus camaradas glotones. Heyward corrió hacia la exasperada fémina y se interesó por el resultado del diálogo, tras observar con ansiedad su desarrollo a cierta distancia. No obstante, por no asustar a Alice, no le dio una respuesta directa; aunque sus evasivas no sirvieron para disimular su fracaso, ya que la expresión angustiada de su rostro la traicionaba, mientras no dejaba de mirar lo que hacían los salvajes. Ante las constantes e insistentes preguntas formuladas por su hermana, acerca de dónde les llevarían, no hizo otra cosa que señalar temblorosamente hacia los indios, para luego abrazarse a Alice y susurrar acongojada:

—¡Allí, allí en sus rostros hemos de leer nuestro destino; veremos, veremos lo que ocurrirá!

La acción y las palabras entrecortadas de Cora hablaban por sí mismas, llamando inmediatamente la atención de los demás, estimulados por la intensidad de la escena.

Cuando Magua llegó hasta el grupo de ociosos salvajes, quienes engullían su insípido alimento mientras yacían despreocupados sobre el suelo, comenzó a hablarles con la dignidad propia de un jefe indio. Las primeras sílabas que pronunció tuvieron como efecto que los otros se levantaran y adoptaran posturas de atención. Mientras el hurón utilizaba su idioma nativo, los prisioneros, que estaban al alcance de los tomahawks de los guerreros, pudieron interpretar el significado de este discurso por medio de los gestos tan gráficos y evidentes que solían emplear los indios al hablar.

Al principio, tanto el lenguaje como los actos de Magua parecían tranquilos y sosegados. Cuando por fin logró despertar el interés de sus camaradas, parecía hablar —según pensó Heyward— de la tierra de sus antepasados y su tribu recordada, ya que señalaba el camino que se dirigía hacia los grandes lagos. Los frecuentes brotes de júbilo por parte de sus interlocutores, que asentían por medio de la ya conocida exclamación «¡Hugh!», indicaban que estaban de

acuerdo con su jefe. Le Renard era demasiado astuto como para desaprovechar esta ventaja. Acto seguido les habló de la larga y dolorosa ruta que hubieron de recorrer cuando abandonaron aquellas espaciosas tierras y sus felices poblados, para venir y luchar contra los enemigos de sus padres canadienses. Mencionó a los guerreros del grupo, sus muchos méritos, sus frecuentes servicios a la nación, sus heridas y el número de cabelleras que se habían cobrado. Cuando hacía alusión a alguno de los presentes —y el hecho es que el sutil individuo los mencionó a todos—, la oscura tez del sujeto halagado se iluminaba con orgullo, e incluso llegó a emplear gestos de aplauso y aseveración para ratificar la verdad de aquello que decía. Después, su voz decayó, perdiendo esos altisonantes y animosos tonos triunfantes con los que había dado cuenta de las exitosas y victoriosas hazañas. Describió las cataratas de Glenn, la inexpugnable posición de su isleta rocosa, junto con sus cavernas y sus numerosos rápidos y remolinos de agua, nombró a La Longue Carabine e hizo una pausa tras el eco de los gritos que ese nombre había suscitado entre sus interlocutores. Señaló hacia el joven militar y describió la muerte de un célebre guerrero a manos del mismo, haciendo que se precipitara al vacío. No sólo mencionó al indio que había pendido de la rama sobre el río, sino que representó la escena con su mano, ayudado por la rama de un arbolillo cercano; y finalmente relató con rapidez la forma en que cada uno de sus amigos caídos había encontrado su muerte, siempre enfatizando sobre el valor de éstos, así como sus reconocidas virtudes. Una vez terminada esta recapitulación de acontecimientos, su voz pareció cambiar, haciéndose más suave, e incluso musical, emitiendo sonidos graves y guturales. Ahora hablaba de las mujeres y los hijos de los caídos, sus sacrificios, su dolor —tanto físico como anímico—, su indefensión y, por fin, los agravios sufridos y que han quedado sin vengar. Entonces, elevando su voz hasta un tono de máxima intensidad, concluyó diciendo:

—¿Acaso los hurones han de soportar esto como perros? ¿Quién le dirá a la mujer de Menowgua que los peces se han cobrado su cabellera y que los de su nación no le han vengado? ¿Quién se atreverá a presentarse ante el mal genio de la madre de Wassawattimie con las manos limpias de sangre? ¿Qué les diremos a los viejos cuando nos pidan cabelleras y no tengamos un solo pelo de hombre blanco que enseñarles? Las mujeres nos señalarán. ¡Hay

una mancha sobre el nombre de los hurones y debe limpiarse con sangre!

Su voz ya no era audible entre la explosión de voces que llenaron el aire, dando la impresión de que el bosque, en vez de contener un puñado de salvajes, contenía una nación entera. Lo que había dicho hasta ahora se entendió perfectamente por las expresiones en las caras de sus guerreros. Habían contestado su melancolía con gestos de compasión y tristeza, sus aseveraciones con gestos de asentimiento, y sus bravatas con los exabruptos propios de los salvajes. Cuando habló de valor, sus miradas eran sobrias y firmes; cuando hizo alusión a las heridas sufridas, sus ojos se encendían furibundos; cuando mencionó las amonestaciones de las mujeres, sus cabezas se inclinaban con vergüenza; pero cuando se refirió a los medios para conseguir su venganza, dio en el lugar idóneo para estimular de modo infalible el corazón de un indio. Al sentir que esa venganza estaba a su alcance, todo el grupo se alzó al unísono, dando rienda suelta a su cólera por medio de un griterío frenético, mientras se abalanzaban sobre los prisioneros, cuchillo y tomahawk en mano. Heyward se interpuso entre las hermanas y el más adelantado de la banda, forcejeando con él de un modo tan desesperado que su esfuerzo pudo contener el avance. Esta inesperada resistencia le dio a Magua oportunidad de intervenir, atrayendo de nuevo la atención de sus camaradas tras dar una orden tajante y gesticulando violentamente. Utilizando el lenguaje adecuado, supo hacerles desistir de sus propósitos y les invitó a prolongar el sufrimiento de los cautivos. Su idea fue aclamada fervorosamente e inmediatamente puesta en marcha.

Dos poderosos guerreros se lanzaron contra Heyward mientras otro intentaba neutralizar al poco combativo maestro de canto. No obstante, ninguno de los dos se rindió sin ofrecer alguna resistencia, aunque ésta fuese en vano. David llegó incluso a derribar a su oponente por un instante. Heyward tampoco pudo ser reducido hasta que hubiera caído su compañero, lo cual les permitió a los indios atacarle en grupo. Entonces fue atado al arbolillo que había utilizado antes Magua en su pantomima de hurón en la rama sobre el río. Cuando el joven militar recobró el sentido, pudo cerciorarse de que todo el grupo había corrido la misma suerte. A su derecha estaba Cora, en una situación similar a la suya; estaba pálida y

temblorosa, pero sin dejar de observar lo que hacían sus enemigos. A la izquierda de Duncan, las ligaduras que sujetaban a Alice contra un pino servían a su vez para evitar que se desplomase ante el temor que la dominaba. Había juntado las manos en actitud de oración, pero en vez de dirigir su mirada al cielo, sus ojos se orientaban inconscientemente hacia el rostro de Duncan, ofreciéndole una expresión de inocencia infantil, llena de indefensión. David había luchado, y la novedad de tal circunstancia le mantuvo callado, meditando sobre la conveniencia o no de un comportamiento tan inusual en él.

La venganza de los hurones había tomado un nuevo rumbo, y se preparaban para llevarla a cabo con esa habilidad tan bárbara que habían desarrollado, y que les había caracterizado durante siglos. Algunos fueron en busca de ramas para encender una hoguera, otro estaba seleccionando hojas de pino con el fin de atravesar con ellas la piel de los prisioneros, tras prender fuego a las mismas. Por otro lado, otros salvajes habían doblado dos arbolillos hasta abajo, con el fin de atar los brazos de Heyward a sus ramas, manteniéndolos sujetos e inmovilizados; pero la venganza de Magua perseguía fines aún más malévolos.

Mientras los monstruos menos refinados de la banda se entretenían preparando estos vulgares métodos de tortura ante la mirada de sus víctimas, su jefe se acercó a Cora y le indicó, sádicamente, el destino que le aguardaba.

—¡Ja! —añadió Magua—. ¿Qué dice la hija de Munro? Su cabeza es demasiado buena para la almohada de Le Renard; quizá prefiera que ruede por estos parajes para que los lobos jueguen con ella. Su pecho no puede amamantar a los hijos de un hurón; ¡los indios escupirán, pues, sobre él!

—¿A qué se refiere este monstruo? —exigió saber Heyward, atónito.

—¡Nada! —respondió Cora con firmeza—. Es tan sólo un salvaje bárbaro e ignorante que no sabe lo que hace. Reunamos la fuerza necesaria para perdonarle sus faltas y pedir que se le perdone, aunque sea con nuestro último aliento.

—¿Perdón? —vociferó el enfurecido hurón, confundiendo el

significado con el que Cora había empleado la palabra—. ¡La memoria de un indio es más larga que el brazo de los rostros pálidos, y su misericordia más escasa que la justicia de los blancos! Decide, pues: ¿envío a la de cabellos dorados con su padre, y tú seguirás a Magua hasta los grandes lagos para llevarle agua y alimentarle con maíz?

Cora apartó su mirada en actitud de incontenible asco.

—Déjame —le dijo ella, con tal solemnidad que aplacó momentáneamente las iras del indio—. ¡Añades amargura a mis oraciones, interponiéndote entre mi Dios y yo!

Sin embargo, la leve impresión que esta actitud produjo en el salvaje duró poco, ya que continuó señalando a Alice con diabólica ironía.

—¡Mira! ¡La niña llora! ¡Es demasiado joven para morir! Envíala a Munro para que pueda acariciar sus canas y mantener sus ganas de vivir.

Cora no pudo evitar mirar hacia su joven hermana, en cuyos ojos encontró un ruego que superaba todas sus fuerzas.

—¿Qué está diciendo, Cora querida? —preguntó Atice con voz temblorosa—. ¿Dijo algo acerca de llevarme con nuestro padre?

Durante un largo momento la hermana mayor contempló a la menor, su rostro ensombrecido por la lucha interna que libraban sus sentimientos. Cuando por fin habló, el tono de su voz ya no expresaba ni calma ni fortaleza, sino una extrema ternura de carácter casi maternal.

—Alice —le dijo—, el hurón nos perdona la vida a las dos, así como a los demás, y ofrece dejaros marchar a Duncan, nuestro preciado Duncan, y a ti, para que volváis con nuestro apenado padre, bajo la condición de que me olvide de mi rebeldía y mi terco orgullo, consintiendo…

Su voz entrecortada no pudo continuar, y juntando las manos miró hacia arriba, como si implorara que una inteligencia infinitamente

superior le ayudara a decidir lo más correcto, a pesar de su dolor.

—Continúa —gritó Alice—. ¿Consintiendo qué, Cora querida? ¡Oh, que me lo proponga a mí! ¡Con tal de salvarte a ti y a Duncan, y llevar la alegría a nuestro querido padre, con gusto moriría!

—¿Morir? —le replicó Cora, ya con voz más firme y tranquila—. ¡Eso sería fácil! La alternativa es lo que no resulta tanto; pretende poseerme —continuó diciendo mientras su voz dejaba entrever lo degradante que le resultaba la proposición—. ¡Quiere que le siga hasta el bosque y viva con los hurones, que me quede allí; en resumidas cuentas, que sea su mujer! ¡Habla, pues, Alice, chiquilla adorable, hermana querida! Usted también, comandante Heyward, ayúdeme con sus consejos. ¿Se puede comprar la vida con un sacrificio así? ¿Lo aceptarías tú, Alice, si lo hiciera? Y tú, Duncan, guíame; ayudadme entre los dos, lo dejo en vuestras manos.

—¿Crees que lo permitiría? —gritó el joven, indignado y sorprendido—. ¡Cora! ¡Cora! ¡No empeores nuestra desgracia! No vuelvas a mencionar esa horrible alternativa; solamente pensar en ello resulta peor que morir mil veces.

—¡Sabía que ésa sería su respuesta! —exclamó Cora, con la cara sonrojada y la mirada encendida, características propias de una mujer emocionada—. ¿Qué dice mi querida Alice? Por ella me someteré a lo que sea, sin rechistar.

Aunque tanto Heyward como Cora escucharon muy atentos y con dolorosa expectación, no hubo ninguna respuesta. Daba la sensación de que la frágil y sensible Alice se fuera a desmayar mientras oía semejante proposición. Sus brazos se habían colapsado, quedando inertes, y solamente sus dedos experimentaban pequeñas convulsiones; su cabeza había caído hacia adelante, el mentón apretado contra el pecho, y toda su persona pendía del árbol cual bello estandarte representando con delicadeza el sufrimiento femenino; totalmente inmóvil y, sin embargo, completamente consciente. No obstante, tras unos momentos empezó a mover la cabeza lentamente, en señal de profunda y tajante desaprobación.

—¡No, no, no; es mejor que muramos como hemos vivido: juntos!

—¡Entonces moriréis! —gritó Magua, a la vez que lanzaba violentamente su tomahawk contra la indefensa muchacha, rechinando los dientes con rabia incontenida ante tal demostración de entereza por parte de aquélla que creía más débil. El hacha cortó el aire por delante de Heyward y se clavó justo por encima de la cabeza de Alice, cercenando algunos de sus ondulados cabellos antes de hacer temblar el árbol. La escena llevó a Duncan al borde de la locura. Reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, logró romper las lianas que le sujetaban y se abalanzó sobre otro salvaje que, gritando y echando el brazo hacia atrás, ya se había preparado para repetir la acción. Ambos se enzarzaron y cayeron al suelo. La piel desnuda de su adversario no le facilitaba a Heyward un modo de agarrarlo con firmeza, por lo que el salvaje logró librarse de él y acabó inmovilizando a Heyward contra el suelo, manteniendo una rodilla apoyada sobre el pecho del militar. Duncan vio cómo brillaba el cuchillo en el aire y, de repente, se oyó un silbido acompañado de una detonación de fusil. El joven sintió cómo se aliviaba la presión sobre su pecho, a la vez que la enloquecida expresión de su adversario se tornaba en una mirada perdida, cayendo muerto a su lado sobre una capa de hojas secas.

Capítulo XII

CLO. —Me voy, señor,

Y pronto, señor,

Estaré de nuevo con usted.

Duodécima noche.

Los hurones se quedaron quietos ante la repentina visita de la muerte para uno de los suyos. Sin embargo, al percatarse de la puntería requerida para intentar alcanzar a un enemigo con tanto riesgo para un amigo, el nombre de La Longue Carabine estuvo en los labios de todos y fue secundado por una especie de aullido de lamento. Este grito tuvo como respuesta otro muy enérgico que procedía de unos matorrales en los cuales el grupo había descuidado sus armas. Al momento siguiente, demasiado ansioso de luchar como para volver a cargar el fusil que había recuperado, pudieron ver cómo Ojo de halcón se les echaba encima, blandiendo su arma a modo de estaca, cortando el aire con los poderosos giros de su brazo. Pero, aunque la acción del explorador fue audaz y rápida, fue superada por la de una forma ligera y vigorosa que había saltado, con una agilidad increíble, hasta el mismo centro del grupo de hurones. En ese lugar, teniendo a Cora detrás de él, permaneció esgrimiendo un tomahawk, a la vez que sostenía un afilado cuchillo con ánimo amenazador. Mientras tanto, con mayor rapidez de la que permitiría la vista humana para seguir tan inesperados movimientos, una imagen armada, ataviada con el disfraz que simboliza la muerte, surcó el aire ante los presentes y adoptó también una postura desafiante al lado de la otra hermana. Los salvajes torturadores se estremecieron con gestos de sorpresa ante los dos aguerridos intrusos, apenas dándoles tiempo de pronunciar, uno tras otro, los bien conocidos y temidos nombres de:

—¡Le Cerf Agile! ¡Le Gros Serpent!

No obstante, el astuto y experimentado líder de los hurones no se dejó desconcertar. Recorriendo con su mirada toda la pequeña llanura, comprendió inmediatamente la naturaleza del asalto y animó a sus seguidores por medio de su voz, así como de su ejemplo, mientras desenfundaba su largo y mortífero cuchillo y se lanzaba a gritos contra el ya expectante Chingachgook. Era una señal para llamar a todos al combate, sin excepción. Ninguno de los dos bandos tenía armas de fuego, por lo que la contienda tendría que decidirse por la vía más sangrienta; cuerpo a cuerpo y utilizando armas contudentes o punzantes.

Uncas contestó a la llamada saltando sobre un enemigo y hundiendo su tomahawk en el cráneo del mismo de un solo golpe certero. Heyward arrancó el arma de Magua del arbolillo y se sumó rápidamente a la lucha. Dado que las fuerzas estaban ahora igualadas, cada uno de los de un bando se enfrentaba a otro del bando contrario. Los movimientos y golpes se sucedían con la furia de un huracán y la rapidez de un relámpago. Ojo de halcón enseguida tuvo a otro enemigo al alcance de su mano y, con un solo giro de su formidable arma derribó a su contrincante, el cual quedó destrozado en el suelo a causa de la enorme fuerza del golpe. Heyward se aventuró a lanzar el tomahawk que había decomisado, pero no esperó hasta tener a su oponente lo suficientemente cerca. El arma golpeó al indio en la frente pero no le derribó. Animado por la aparente ventaja, el joven impetuoso se abalanzó sobre él sin más armas que sus puños. Inmediatamente se percató de lo apresurado de su proceder al verse esquivando desesperadamente al hurón, tratando de evitar las puñaladas que intentaba darle el salvaje con su cuchillo. Como era incapaz de derrotar a un enemigo tan astuto e incansable, decidió intentar neutralizar sus movimientos mediante una llave de abrazo, aprisionando los brazos del otro con toda la férrea presión que pudieron aplicar los suyos. Con todo, era evidente que no podría mantener esa fuerza durante mucho tiempo. En esto, oyó una voz cercana decir:

—¡Exterminad a los bellacos! ¡No hay que darle cuartel a un maldito mingo!

Acto seguido, el cierre del fusil de Ojo de halcón se clavó en la cabeza descubierta del adversario de Duncan; los músculos del

salvaje se relajaron al instante, mientras caía desplomado de los brazos del joven, como si fuera un títere.

En cuanto había eliminado Uncas a su primer contrincante, se volvió como un hambriento león en busca de otro. El quinto y único hurón que quedaba sin oponente había hecho una momentánea pausa y, tras ver que todos a su alrededor estaban enzarzados en feroz combate, decidió reanudar, con agresivo odio, la inacabada labor de cobrar venganza. Elevando su voz triunfante, se dirigió hacia la indefensa Cora y, en su carrera, lanzó su hacha como mortal preludio de su ataque. El tomahawk rozó el hombro de la muchacha y cortó las ligaduras que la sujetaban al árbol, dejándola en libertad para poder huir. Cora esquivó al salvaje y, sin tener en cuenta su propia seguridad, se fue rápidamente hacia Alice, intentando deshacer con sus débiles manos los nudos que tenían aprisionada a su hermana. Ningún otro, salvo un monstruo, habría ignorado un acto de tan generosa devoción y tan puro amor hacia un ser querido, pero el corazón del hurón desconocía la piedad. Agarrándola por sus espesos y alborotados mechones, la arrancó del lugar al que estaba deseperadamente aferrada y la hizo arrodillarse con brutal violencia. El salvaje envolvió aún más los ondulados cabellos con su mano y, levantándolos hacia arriba al extender su brazo, acercó su cuchillo a la exquisita-mente bella cabeza de su víctima, mientras reía de forma burlona y sarcástica. Pero este momento de hilaridad le costaría la oportunidad de llevar a cabo su fatal propósito, pues justo entonces la escena llamó la atención de Uncas. Éste, de un salto, se lanzó hasta allí, siendo tan rápido su movimiento que casi pareció volar, y cayó como un proyectil contra el pecho de su enemigo, impulsándolo de cabeza a muchos metros de distancia. La fuerza con la que golpeó también le llevó a Uncas hasta donde había caído el otro. Ambos se levantaron, lucharon y sangraron cuando recibieron las correspondientes heridas. Pero la pelea concluyó pronto; el tomahawk de Heyward y el fusil de Ojo de halcón se incrustaron en el cráneo del hurón, justo en el momento en que el cuchillo de Uncas le atravesaba el corazón.

La batalla había terminado, salvo por la prolongada lucha mantenida entre Le Renard Subtil y Le Gros Serpent. Los feroces guerreros demostraron ser dignos de esos apelativos que se habían ganado por sus hazañas en guerras anteriores. Cuando se integraron

al combate, se entretuvieron algún tiempo esquivando los rápidos y contundentes golpes dirigidos a acabar con sus vidas y, de repente, se acercaron uno al otro, entablando una pugna corporal en la que ambos cayeron al suelo enzarzados como dos serpientes que contienden contorsionandose y retorciéndose. En el momento en que los otros victoriosos luchadores ya habían terminado de combatir, el lugar en el que los veteranos y tercos combatientes se enfrentaban estaba cubierto de una densa nube de polvo y hojas secas que se movía desde el centro de la planicie hasta uno de sus bordes, como si se tratase del paso de una tormenta. Motivados por un conjunto de sentimientos de parentesco, amistad y gratitud, Heyward y sus compañeros corrieron al unísono hasta allí, hasta rodear la nube que cubría a los guerreros. En vano intentó Uncas adentrarse en ella para clavar su cuchillo en el corazón del enemigo de su padre; el fusil amenazador de Ojo de halcón también buscaba en vano una oportunidad de golpear, mientras que Duncan se esforzaba infructuosamente en intentar paralizar las extremidades del hurón con la sola ayuda de sus brazos. Como estaban cubiertos de sangre y tierra polvorienta, las rápidas evoluciones de los combatientes les hacía parecer una sola entidad. La figura del mohicano, emulando la muerte, y la oscura forma del hurón apenas se distinguían ante los ojos de los otros por sus centelleantes movimientos, con lo cual no lograban centrarse para asestar sus golpes. Es verdad que hubo breves y fugaces momentos en los que se pudieron ver plenamente los llameantes ojos de Magua, a través de la furia polvorienta que le envolvía, pudiendo éste ver por la presencia de sus enemigos cuál había sido el resultado del combate, pero justo cuando estaba al alcance de la mano de éstos, en su lugar aparecía el rostro furibundo de Chingachgook. De esta guisa, el escenario del combate se desplazó desde el centro de la pequeña llanura hasta su borde. El mohicano vio ahora una oportunidad para hundir su cuchillo con fuerza; Magua le soltó repentinamente y cayó hacia atrás por su propio peso, dando la impresión de estar sin vida. Su adversario se levantó de un salto, haciendo resonar el bosque entero con su exclamación de triunfo.

—¡Bien por los delaware! ¡Victoria al mohicano! —gritó Ojo de halcón, elevando su larga y mortífera arma una vez más—. Un golpe de gracia de parte de un hombre de pura raza no le privará al ganador de su honor, ni de su derecho a la cabellera.

Sin embargo, justo en el momento en que la peligrosa culata descendía, el sutil hurón rodó rápidamente hacia el borde, evitando el golpe al precipitarse por la ladera. El indio consiguió caer de pie e inmediatamente, de un solo salto, se introdujo en un conjunto de maleza que crecía en las faldas de la colina. Los delaware, que habían creído muerto a su enemigo, exclamaron su sorpresa y le siguieron rápida y clamorosamente por la pendiente, como sabuesos en persecución de un ciervo. De repente, un distintivo grito por parte del explorador les hizo desistir y retroceder a la cumbre.

—Debí de haberlo sospechado —dijo el explorador, disgustado, cuyos prejuicios con respecto a los mingos superaban con creces su habitual sentido de la justicia—. Siendo un bellaco tramposo y mentiroso, no podría ser de otro modo. Un delaware es tan honrado que hasta en la muerte permanece quieto y se deja golpear, pero estos bribones maquas se aferran a la vida como los gatos monteses. Dejadle, dejadle ir; se trata de un solo hombre, sin fusil ni arco y a muchos kilómetros de sus compinches franceses; al igual que una serpiente de cascabel sin colmillos, ya no puede hacer más daño, al menos no hasta que tanto él como nosotros hayamos recorrido una gran distancia a través del territorio. Mira, Uncas —añadió en idioma delaware—, tu padre ya está cobrándose las cabelleras. Será mejor que inspeccionemos a los desgracia-dos que quedan, no vaya a ser que otro nos salga brincando por el bosque, chirreando como un pájaro herido.

Nada más decir esto, el honrado y, a la vez, implacable explorador fue a todos y cada uno de los muertos y clavó su largo cuchillo en los insensibles pechos de aquéllos con la frialdad propia de quien está acostumbrado a tal labor. De todos modos, el mohicano mayor ya se había cerciorado de que eran cadáveres al cercenar los correspondientes trofeos de victoria de sus cabezas inmóviles.

Pero Uncas, negándose a seguir sus costumbres, por no decir su naturaleza, corrió en compañía de Heyward a auxiliar caballerosamente a las féminas. Tras liberar rápidamente a Atice, la llevaron hasta los brazos de Cora. No intentaremos describir aquí la gratitud que florecía en los corazones de las hermanas hacia las disposiciones del Todopoderoso por haber conservado sus vidas y permitirles permanecer juntas. Sus oraciones fueron silenciosas y

sinceras ofreciendo lo mejor de sus gentiles ánimos, brillando luminosas y puras en los altares ocultos de sus corazones, mientras que sus sentimientos más terrenales se exhibían sin palabras a través de largas y cálidas caricias de amor fraternal. Atice, levantándose tras haber estado arrodillada a las piernas de Cora, se fundió en un abrazo con ella, y entre sollozos dijo el nombre del anciano padre de ambas, a la vez que sus llorosos ojos angelicales brillaban con la luz de la esperanza.

—¡Estamos a salvo! ¡Estamos a salvo! —murmuró—. Así podremos volver a los brazos de nuestro muy querido padre y evitar que la tristeza le aflija el corazón. Tú también, Cora, hermana mía, que eres como una madre para mí, estás a salvo; y Duncan también —añadió, mirando con una sonrisa de inefable inocencia hacia donde estaba el joven oficial—. Incluso nuestro noble y valiente Duncan se ha librado de todo daño.

Frente a estas emocionadas y casi incoherentes palabras, Cora no dio respuesta alguna salvo la de ceñir a la joven aún más en su abrazo, quedando ambas envueltas en una conmovedora imagen de ternura. La hombría de Heyward no se avergonzó de verter lágrimas ante esta escena de emotivo afecto, mientras que Uncas se quedó inmóvil, ensangrentado por la lucha, totalmente tranquilo y aparentemente indiferente a lo que veía; pero los ojos del joven indio ya habían perdido su fiereza y brillaban con una compasión que le situaban en un nivel de inteligencia que su nación aún tardaría siglos en alcanzar.

Durante esta manifestación de sentimientos, tan natural en las circunstancias que ocupaban a sus protagonistas, Ojo de halcón ya había vencido sus desconfianzas sobre las posibilidades de que los hurones, tan contrarios a estas escenas, pudiesen aún interrumpirla. Se acercó a David y le soltó las ligaduras, las cuales había soportado, hasta ese momento, con paciencia ejemplar.

—Ya está —exclamó el explorador, tirando al suelo la última cuerda —. De nuevo es usted dueño de sus movimientos, aunque no parece que utilice sus extremidades con mejor juicio que aquél con el que aparentemente fueron diseñadas. Si no le ofende el consejo de alguien que, a pesar de no ser mayor que usted, sí ha vivido más años en el bosque, véndale ese pequeño instrumento musical al

primer tonto que se encuentre y cómprese un arma con el dinero obtenido, aunque sólo sea una pistola de caballería. Así, por medio de la práctica y el tesón, podría defenderse; dado que, a estas alturas, ya supondrá que vale más ser buitre carroñero que no pájaro cantor. El primero se encarga de limpiar el terreno de cosas desagradables para la vista, mientras que el segundo sólo sirve para hacer mucho ruido y despistar a los que escuchan.

—¡Las armas y la trompeta son para la batalla, pero el canto de acción de gracias es para la victoria! —contestó David, aliviado de sus ataduras—. Amigo —añadió con los ojos humedecidos y brillantes, mientras ofrecía su mano en señal de amable saludo a Ojo de halcón—, le doy gracias por ayudarme a con-servar los pelos de mi cabeza justo donde los había implantado por vez primera la Divina Providencia; dado que, aunque no son tan brillantes y ondulados como los de otros, siempre me he encontrado a gusto con ellos. El hecho de que no haya participado en la batalla se debe menos a la falta de iniciativa que a las cuerdas de los infieles. Usted se ha mostrado valiente y hábil en el conflicto, por lo tanto le expreso mi agradecimiento antes de proceder a la ejecución de otras tareas más importantes, ya que se merece la alabanza de un cristiano.

—No tiene la menor importancia; si permanece bastante tiempo con nosotros, verá que estas cosas son moneda corriente —le contestó el explorador, recibiendo con agrado las sinceras muestras de gratitud del cantor—. He recuperado mi viejo compañero, el «mata-ciervos» —añadió mientras colocaba su mano sobre el cierre de su carabina —; y eso en sí mismo ya es una victoria. Estos iroqueses serán astutos, pero se pasaron de listos cuando colocaron sus armas de fuego fuera de su alcance; y si no hubiera sido por la impaciencia mostrada tanto por Uncas como por su padre, les habríamos enviado tres balas en lugar de una sola, con lo cual se hubiese terminado antes con todo el grupo, incluyendo a ese bellaco saltarín. Pero, aunque fuera con precipitación, todo salió bien.

Tiene usted razón —contestó David—, y se expresa según las enseñanzas cristianas que dicen que se salvarán aquéllos cuyo destino sea el de ser salvados, mientras que los que estén predestinados a ser condenados se condenarán. Tal es la doctrina de

la fe que más consuela al verdadero creyente.

El explorador, que ya se había sentado y que, con actitud casi paternal, se ocupaba en examinar el estado de su fusil, se dirigió al que hablaba con cierto enojo, interrumpiendo así su discurso:

—Doctrina o no —dijo el aguerrido hombre del bosque—, sólo los ingenuos se creen tales cosas, no los hombres honrados. Sé que ese hurón que yace ahí iba a caer por mi iniciativa, ya que mis ojos lo vieron así cumplirse; pero sin ser testigo de ello, nunca diré que se haya encontrado con recompensa alguna, ni que Chingachgook, por ejemplo, sea condenado en su último día.

—Usted no tiene garantía de veracidad para sus atrevidas aseveraciones, no cuenta con ningún pacto divino que las apoye —apostilló David, quien había sido profundamente influenciado en su provincia de origen, durante su juventud, por las sutiles distinciones trazadas de acuerdo con la bella simplicidad de la revelación mística, al adentrarse en el gran misterio de la naturaleza divina aportando la fe como entidad suficiente, frente a aquellos que razonaban por medio de la duda y otros absurdos dogmas humanos —. Su templo se cimienta sobre la arena y a la primera tempestad se verá arrastrado. Exijo que exponga la autoridad sobre la que se basa para hacer afirmaciones tan poco caritativas —al igual que otros defensores de un determinado sistema, David no hablaba siempre con propiedad—. Dígame en qué capítulo y en qué verso, en qué libro sagrado encuentra las palabras que le avalen.

—¿Libro? —replicó Ojo de halcón con evidente desdén—. ¿Acaso me toma por un chiquillo llorón, pegado a las faldas de alguna vieja? ¿Es que ha confundido mi fusil con una pluma de ganso, mi cuerno de pólvora con un tintero y mi bolsa de cuero con un mantel en el que llevar la comida? ¡Libro! ¿Qué tengo que ver yo, un guerrero del bosque, un hombre de pura raza, con los libros? Sólamente he leído uno y las palabras escritas en él son demasiado simples y sencillas como para que las lea un erudito, cosa que no soy aunque tenga cuarenta largos y duros años.

—¿Cómo se llama tal volumen? —preguntó David, incapaz de comprender a su interlocutor.

—Está delante de sus ojos, con las páginas abiertas —contestó el explorador—; y aquél que lo posee no duda en utilizarlo. He oído cómo algunos hombres tratan de convencerse a través de los libros de que Dios existe. Sólo sé que el hombre deforma tanto las obras divinas con su mundo civilizado que todo aquello que es irrefutable en la naturaleza se torna dudoso allí donde cohabitan los comerciantes y los sacerdotes. Si es verdad que alguien busca a Dios, que me siga de sol a sol, a través de los entresijos del bosque; verá bastante como para aprender que es un iluso, y que su mayor error consiste en querer situarse a nivel de Aquél que le supera infinitamente, tanto en bondad como en poder.

En cuanto se percató David de que su contrincante verbal profesaba una fe iluminada por la naturaleza, renunciando a toda sutileza doctrinal, abandonó voluntariamente la controversia planteada, ya que todo esfuerzo a partir de ahí sería inútil. Mientras hablaba el explorador, él también se había sentado y había extraído su librillo y sus anteojos de montura metálica, preparándose para descargar una adecuada respuesta a tan inesperado ataque contra sus creencias. En verdad, era un juglar del continente occidental —mucho más tardío que aquellos bandos habilidosos que cantaban las hazañas de barones y príncipes, pero más acorde con su propia tierra y época—. Ahora estaba preparado para ejercitar su arte, con el fin de celebrar, o más bien de dar gracias por, la reciente victoria. Esperó con paciencia a que Ojo de halcón concluyera, para luego elevar la vista, la vez que la voz, diciendo en voz alta:

—Les invito, amigos, a que nos unamos en alabanza por haber sido liberados de manos bárbaras e infieles, cantando las solemnes notas de la pieza denominada «Northampton».

A continuación nombró la página y el verso correspondientes a las estrofas elegidas e hizo sonar la pipa de entonación musical, todo ello con la sobriedad propia de quien estuviese haciéndolo en un templo. En esta ocasión, sin embargo, no tuvo acompañamiento, dado que las hermanas estaban inmersas en las efusivas muestras de júbilo ya mencionadas antes. Sin desanimarse por la escasa atención que se le prestaba, pues contaba sólo con la del lacónico explorador, elevó su canto, comenzando y terminando la sagrada pieza si ninguna interrupción.

Ojo de halcón se limitó a escuchar mientras se dedicaba a colocar el fulminante sobre la chimenea de su fusil y lo volvía a cargar de pólvora; pero los sonidos, sin estar debidamente asociados al escenario ni al ánimo predominante, no lograron conmoverle en esta ocasión. Jamás un juglar, o lo que pudiera suponer David en su función, había hecho sonar sus cánticos en presencia de un público tan poco receptivo; aunque por la sinceridad y particularidad de sus intenciones, es muy probable que ningún bardo cantor hubiese proferido nunca unas notas que se acercaran más al trono celestial de Aquel al que se le debe todo honor y alabanza. El explorador hizo un gesto negativo y murmuró algunas palabras incomprensibles, entre las que sólo se oyeron con claridad las de «garganta» e «iroqués»; luego se dirigió a examinar el estado del arsenal confiscado a los hurones. En esta labor le acompañó Chingachgook, quien encontró tanto su fusil como el de su hijo entre las armas. Incluso se les pudieron facilitar armas a Heyward y a David, aunque la munición era más bien escasa.

Cuando los hombres del bosque hubieron terminado de elegir y distribuir el botín, el explorador anunció que era hora de marchar. A estas alturas ya había terminado de cantar Gamut, y las hermanas ya eran dueñas de sus emociones. Ayudadas por Heyward y el mohicano más joven, las dos pudieron descender las pendientes de la ladera, aunque de un modo más cómodo que cuando ascendieron por las mismas, ya que la subida por poco las deja sin vida. Al pie de la colina, encontraron los caballos narraganset alimentándose de los hierbajos del lugar y, tras subirse a sus respectivas monturas, siguieron los movimientos de un guía que, en los momentos más desesperados, había demostrado ser su amigo. Con todo, el viaje resultó ser breve. Ojo de halcón, habiendo abandonado el camino seguido por los hurones, atajó por su derecha y se adentró en la maleza, cruzando un riachuelo y llegando a un valle estrecho, bajo la sombra de unos olmos. La distancia que les separaba de la base de la fatídica colina era de tan sólo unos cuantos metros, por lo que los caballos sólo hicieron falta para cruzar las aguas poco profundas del riachuelo.

Tanto el explorador como los indios parecían conocer el lugar, dado que, nada más posar sus armas contra un árbol, empezaron a apartar las hojas secas y excavar en el suelo azulado, del cual brotó

enseguida un chorro de agua fresca y burbujeante. Entonces el cazador blanco miró a su alrededor, como si buscara un objeto que faltaba.

—Esos malditos diablos de mohawk, junto con sus hermanos los buscarora y los onondaga, han estado saciando aquí su sed —murmuro—, ¡y los desgraciados han extraviado el cuenco! ¡Así es como agradecen las facilidades esos perros descuidados! No hay más que ver cómo el Señor ha creado para ellos, en el seno del oscuro bosque, una fuente de agua que brota de las entrañas de la tierra, una riqueza que supera cualquier bien material de las colonias, y los inconscientes han ensuciado y pisoteado el lugar sin consideración ninguna, como si fueran bestias en vez de personas.

Uncas le entregó el ansiado cuenco en silencio, ya que se encontraba alojado entre las ramas de uno de los olmos, oculto a la vista. Ojo de halcón lo llenó de agua y se retiró a cierta distancia para sentarse y beber su contenido gratificante, tras lo cual comenzó una concienzuda inspección de la comida dejada atrás por los hurones, la cual llevaba en una bolsa al hombro.

—¡Gracias, muchacho! —le dijo a Uncas mientras le devolvía el recipiente vacío—. Ahora sabremos cómo viven estos hurones cuando están al acecho. ¡Mira esto! ¡Los bribones saben cuáles son las partes más aprovechables del cuerpo de un ciervo, y yo que pensaba que serían capaces de comerse una silla de montar como si fuera un manjar! Eso sí, todo está crudo, algo natural para una gente tan salvaje. Uncas, toma mi acero y prepara un fuego; un bocado de carne bien cocida nos vendrá bien, sobre todo después de tan largo camino.

Heyward, percatándose de que sus guías iban a estar muy ocupados con otros asuntos, decidió ayudar a las damas a desmontar y se sentó al lado de éstas, también con ánimo de descansar tras los sangrientos acontecimientos en los que se vio involucrado. Mientras se estaba preparando la comida, la curiosidad le indujo a interesarse por las circunstancias que habían llevado a ese rescate tan inesperado, aunque no menos oportuno, del que fueron objeto.

—¿Cómo es que nos hemos vuelto a ver tan pronto, mi generoso amigo? —preguntó—. ¿Y por qué no han traído ayuda de la

guarnición del fuerte Edward?

—Si nos hubiésemos marchado al doblar el río, nos habría dado tiempo de despejar las hojas que cubrieran sus cuerpos, pero demasiado tarde como para salvarles la cabellera —respondió el explorador con frialdad—. Pero no, ya que en vez de desperdiciar esfuerzos intentando llegar al fuerte, nos escondimos en las orillas del Hudson para observar los movimientos de los hurones.

—Entonces, ¿fueron testigos de todo lo que pasaba?

—No de todo, dado que es muy difícil mantenerse fuera de la vista de los indios; a menudo nos manteníamos cerca. Además, fue tarea trabajosa la de mantener a este joven mohicano bajo control. Ay, Uncas, Uncas, tu comportamiento fue más el de una mujer fisgona que el de un guerrero rastreador.

Uncas dejó que su vista se cruzara durante un instante con la de aquél que hablaba, pero no le replicó ni mostró señales de arrepentimiento. Por otra parte, Heyward interpretó la actitud del joven como una actitud de desprecio, e incluso de rabia contenida, como si estuviese a punto de estallar si no fuera por el respeto que le profesaba a su camarada blanco, así como por un sentimiento de consideración hacia los demás allí presentes.

—¿Vio cómo nos capturaron? —exigió saber Heyward.

—Pudimos oír cómo aconteció —respondió el otro—. Un grito indio es comprensible para aquel que se haya pasado la vida en el bosque. No obstante, cuando les llevaron a la otra parte del río, allí nos vimos obligados a movernos como las serpientes y arrastramos bajo las hojas secas; luego, tras perderles de vista momentáneamente, llegamos a tiempo para ver cómo les habían atado a los árboles, dispuestos para ser masacrados.

—Nuestro rescate fue obra de la Divina Providencia. Fue un milagro que no se equivocaran ustedes de camino, ya que los hurones se dividieron, repartiendo los caballos para despistar.

—En efecto; entonces fue cuando perdimos el rastro y, por poco, no lo recuperamos si no llega a ser por Uncas. Escogimos el camino

que se adentraba en el gran bosque, ya que pensamos, lógicamente, que los salvajes se introducirían en él con sus prisioneros. Pero cuando llevábamos recorridos varios kilómetros sin encontramos una sola rama rota, como yo había recomendado, me di cuenta enseguida de que algo no cuadraba; además, sólo se veían huellas de mocasines indios.

—Nuestros captores nos obligaron a calzarnos como ellos —dijo Duncan, mientras mostraba la piel de gamo atada a su pie.

—Claro, era previsible, siendo como son esos indios, aunque no nos íbamos a dejar engañar por un truco tan conocido.

—Entonces, ¿a qué debemos nuestra salvación?

—A lo que, como hombre blanco sin una gota de sangre india en sus venas, nunca podría tener; es decir, el buen juicio del joven mohicano, guiado por un instinto que apenas puedo comprender, aunque mis ojos hayan sido testigos de ello.

—¡Qué extraordinario! ¿De qué se percató?

—Uncas recordó que los animales sobre los que cabalgan las damas —continuó diciendo Ojo de halcón, mientras dirigió una mirada curiosa hacia los caballos de las muchachas— pisaban a la vez con las dos patas de cada lado, algo que no suele darse en la mayoría de los cuadrúpedos, salvo el caso del oso; sin embargo, he aquí dos equinos que siempre se desplazan de ese modo, como ya he podido comprobar y como ya se ha visto en las huellas que han dejado a lo largo de más de treinta kilómetros.

——¡Tal es la naturaleza de estos animales! Provienen de las orillas de la bahía de Narraganset, en la pequeña provincia de las plantaciones de Providence. Son célebres por su gran resistencia física y por el modo peculiar que tienen de correr, aunque también otros tipos de caballo pueden entrenarse para que hagan lo mismo.

—Podría ser… podría ser —dijo Ojo de halcón, tras escuchar con suma atención la explicación dada—. A pesar de que mi sangre es exclusivamente la de los blancos, poseo mayores conocimientos sobre ciervos y ardillas que sobre animales domésticos y de carga.

El comandante Effingham tiene muchos nobles corceles, pero nunca he visto a uno de ellos andar de esa manera.

—Cierto, ya que el valor y propósito de esos animales son bien distintos. Con todo, esta raza goza de gran estima y, como ha podido observar, son muy adecuados para la honorable tarea de llevar a las damas.

Los mohicanos habían cesado sus labores alrededor del fuego para escuchar esta plática, y cuando Duncan había concluido, se miraron atónitos, el padre murmurando su acostumbrada exclamación de sorpresa. El explorador se quedó pensativo, como si estuviese asimilando estos nuevos conocimientos, y de nuevo lanzó su mirada, llena de curiosidad, hacia los animales.

—¡Me atrevería a decir que se ven las cosas más extrañas en los poblados blancos! —dijo, al cabo de un rato—. La naturaleza se ve tristemente alterada por la mano del hombre cuando éste se hace con el control de la situación. De todos modos, caminen de lado o vayan erguidos, Uncas había observado el movimiento y sus huellas nos guiaron hasta el arbusto destrozado. La rama exterior, cerca de las huellas de uno de los caballos, se había doblado hacia arriba, del modo en que una dama parte una flor de su tallo, mientras que todas las demás presentaban roturas hacia abajo, ¡como si hubiesen sido golpeadas por la mano de un hombre fuerte! De este modo, me figuré que esos zorros astutos habían visto la rama doblada y destrozaron todas las demás para hacemos creer que lo había hecho un gamo con sus astas.

—¡No me cabe duda de su sagacidad, pues efectivamente ocurrió así!

—Eso fue fácil de discernir —añadió el explorador, quien no consideraba sus deducciones como algo extraordinario—. ¡A diferencia de la cuestión del caballo que se balancea! ¡Luego me vino a la mente la posibilidad de que los mingos se dirigieran hasta este lugar, dado que esos bellacos conocen las cualidades de sus aguas!

—¿Tan apreciado es este lugar? —preguntó Heyward, mientras inspeccionaba con mayor detalle el hoyo en el que se encontraban,

junto con su manantial rodeado de tierra de color marrón oscuro.

—Son pocos los pieles rojas en el área que va desde el norte al sur de los grandes lagos que desconozcan sus características. Pruebe el agua usted mismo.

Heyward tomó el cuenco y, tras beber una pequeña cantidad, tiró el resto haciendo muecas de desagrado. El explorador se rió para sus adentros e hizo un gesto negativo con la cabeza, como si se lo hubiera esperado.

—Claro, no está acostumbrado al sabor; hubo un tiempo en que tampoco a mí me gustaba, pero ahora me refresca y la consumo al igual que el ciervo en los lamederos [19] . Los vinos más caros de la civilización no son mejor apreciados que este agua para los labios de un indio, en especial para fines curativos. En fin, Uncas ya ha terminado de preparar la comida y debemos reponer fuerzas, ya que nuestro viaje va a ser largo.

Tras poner fin a la conversación de esta forma tan abrupta, el explorador se ocupó en consumir la carne que no habían empezado los hurones. El acto de comer en sí fue un proceso breve y funcional para él y los mohicanos, casi tanto como los preparativos para el mismo. Ingirieron los sencillos alimentos en silencio, con la diligencia de aquéllos que sólo se nutren con el fin de resistir grandes esfuerzos y rendir mucho físicamente.

Cuando hubo concluido esta necesaria y gratificante actividad, cada uno de los hombres del bosque se puso en pie y admiró por última vez el solitario y silencioso lugar del manantial [20] , alrededor del cual se congregarían, cincuenta años más tarde, la flor y nata de una nueva sociedad, con el objeto de disfrutar de las saludables aguas que brotaban tanto de ésta como de las fuentes vecinas. Tras esto, Ojo de halcón indicó que había llegado el momento de partir. Las hermanas volvieron a sus sillas de montar, Duncan y David echaron mano de sus carabinas y todos siguieron a su guía; el explorador les abría el paso al frente, mientras que los mohicanos vigilaban la retaguardia. El grupo se desplazó con rapidez por el estrecho camino que llevaba al norte, dejando atrás el lugar de las aguas medicinales, las cuales brotaban para luego unirse a las del riachuelo cercano. No muy lejos de allí, yacían sobre el montículo

los cadáveres de los enemigos, sin habérseles aplicado los correspondientes ritos de sepultura; un hecho que no inquietaba a los guerreros de los bosques por la frecuencia con la que acontecía.

Capítulo XIII

Buscaré un camino mejor.

Parnell.

La ruta elegida por Ojo de halcón se extendía a través de esas llanuras arenosas, aliviadas por la ocasional presencia de valles y montículos, que habían sido cruzadas por sus protegidos aquel mismo día, cuando les guió el infame Magua. El sol se encontraba bajo, descendiendo hacia las montañas lejanas y, dado que el camino pasaba a través de la inmensidad del bosque, el calor ya no era insoportable. La progresión, por lo tanto, fue equilibrada; y mucho antes de que empezara a oscurecer, habían avanzado un buen número de kilómetros en su viaje de vuelta.

El cazador, al igual que hiciera el salvaje antes mencionado, parecía discernir las señales ocultas de su itinerario por medio de una especie de instinto; nunca aminoró el paso, ni tampoco se detuvo a pensar en el camino a seguir. Una rápida mirada hacia el musgo formado en un árbol, junto con una leve comprobación de la posición del sol, o una atenta observación del curso de los arroyos que encontraba a su paso bastaban para determinar cuál era la dirección a seguir y así evitar posibles obstáculos. Mientras tanto, el bosque cambiaba de color, perdiendo el rico tono verdoso que embellecía sus pasillos, a medida que se imponían los tonos grisáceos del crepúsculo.

Al tiempo que las hermanas se esforzaban por ver, a través de los árboles, la luz anaranjada que se iba formando alrededor del sol, cuyos rayos únicamente les llegaban en forma de ráfagas fugaces, así como el color amarillento que teñía una masa nubosa que se había situado justo por encima de las colinas occidentales, Ojo de halcón se volvió repentinamente y señaló hacia tales bellezas, diciendo:

—Ahí está la señal que la naturaleza le da al hombre para que vaya en busca de sustento y descanso —afirmó—. ¡Cuánto mejor sería que entendiera los signos naturales y aprendiera de las aves que surcan los aires y las bestias que campean por la tierra! Nuestra noche, no obstante, terminará pronto, pues hemos de levantamos y ponernos en marcha con la luna en alto. Recuerdo haber luchado contra los maquas en este territorio durante la primera guerra en la que hice correr sangre humana; tuvimos que improvisar una fortificación para conservar nuestras cabelleras de las manos de esas aves de rapiña. Si no me falla la memoria, el lugar exacto se encuentra a unos cuantos metros por nuestra izquierda.

Sin esperar confirmación ni réplica de ninguna clase por parte de sus acompañantes, el experimentado cazador se adentró con espíritu decidido en la espesura que formaban unos castaños jóvenes, apartando las exuberantes ramas que casi llegaban al suelo. Hizo esto con la seguridad de aquel que sabía que a cada paso iba a encontrarse con algo que le era familiar. La memoria del explorador no le decepcionó; tras penetrar la maleza y las zarzas que cubrían el suelo, a unos cien metros, salió a un espacio abierto que circundaba a una pequeña colina verde, sobre la cual se erigía la vieja cabaña fortificada antes aludida. La rudimentaria y cochambrosa estructura era una de esas obras que, habiendo sido construidas durante una emergencia, fueron abandonadas al cesar el peligro en cuestión. Ahora se derrumbaba poco a poco con el paso del tiempo, prácticamente olvidada en el seno del bosque, al igual que las circunstancias que motivaron su edificación. Reliquias de este tipo, que representan el avance y el esfuerzo del hombre, son muy frecuentes por toda la extensión boscosa que en su día dividía a las provincias enemigas, y constituyen una especie de ruinas, íntimamente asociadas con la historia colonial, además de servir para resaltar el carácter romántico de los ambientes sobre los que se asientan [21] . El tejado de corteza de árbol ya había cedido, pudriéndose al cabo del tiempo, pero los inmensos troncos de pino que se habían colocado apresuradamente aún conservaban sus posiciones originales, a pesar de que una esquina de la estructura se había hundido ligeramente por su peso, amenazando con arrastrar consigo al resto de la edificación. Mientras Heyward y sus acompañantes se mostraron reacios a aproximarse a un edificio tan deteriorado, Ojo de halcón y los indios se introdujeron, no sólo sin

miedo, sino con gran interés dentro de la estructura. A la vez que el primero de ellos inspeccionaba las paredes de las ruinas, tanto por fuera como por dentro, con la curiosidad propia de aquél que revivía hechos pasados, Chingachgook le contaba a su hijo, en el lenguaje de los delaware y con el orgullo de un conquistador, la breve historia de la escaramuza que había sido librada en ese desolado lugar durante su juventud. Cierto tono melancólico, sin embargo, se entremezclaba con su ánimo triunfante, con lo que su voz de nuevo se tomaba suave y musical.

Mientras tanto, las hermanas se bajaron de sus monturas, dispuestas a descansar y disfrutar del fresco del anochecer, en un lugar que creían tan seguro que, en todo caso, sólo las bestias del bosque podrían acecharles.

—¿No habría sido más acertado, mi buen amigo, que nuestro lugar de descanso fuese algo menos conocido y no tan frecuentado como éste? —preguntó el prudente Duncan, menos confiado que las muchachas—. ¿No nos convendría más un sitio menos conocido y frecuentado que este fortín?

—Son pocos los que conocieron la existencia de esta fortificación y aún viven, —respondió lenta y pensativamente el explorador—. No es costumbre que se escriban libros ni narrativas sobre tales encuentros como el que aquí aconteció entre los mohicanos y los mohawks, durante una guerra entre ellos. Yo entonces era un jovenzuelo y me uní a los delaware porque sabía que eran un pueblo calumniado y engañado. Durante cuarenta días, con sus cuarenta noches, los malditos buscaban cobrar nuestra sangre asaltando esta pila de troncos que yo mismo, aún no siendo indio ni mestizo, diseñe y ayudé a construir. Los delaware se prestaron al trabajo y juntos lo hicimos bien; al principio éramos diez de nosotros contra veinte de ellos, hasta que pudimos igualar esa diferencia y, finalmente, les perseguimos nosotros a ellos. No dejamos a uno solo vivo para que pudiera contar lo ocurrido. Sí, sí; yo entonces era joven, el derramamiento de sangre era algo nuevo para mí y no podía dejar que los cuerpos sin vida de seres como yo, con un espíritu inmaterial, quedasen sin sepultura, a merced de las bestias o la inclemencia de los elementos. Enterré a los muertos con mis propias manos, formando ese pequeño montículo sobre el cual

ustedes se han sentado; es un lugar cómodo para descansar, aunque esté formado a base de restos mortales.

Heyward y las hermanas se incorporaron en ese mismo instante, al oír que estaban sentados sobre un sepulcro, siendo las dos muchachas incapaces de contener una exclamación de horror cuando se percataron de su contacto con la tumba de los mohawks. La sensación aterradora que les invadió se debió también en gran medida al aspecto del lugar; invadido por la penumbra del anochecer, cubierto por una especie de césped silvestre y bordeado por arbustos y pinos muy altos, el sitio se asimilaba a un cementerio, envuelto en un ambiente de silencio y quietud totales.

—Se han ido y ya no harán más daño —continuó diciendo Ojo de halcón, llamándoles a la calma con un gesto de su mano y una sonrisa melancólica—. ¡Nunca más lanzarán el grito de guerra, ni el tomahawk! ¡De todos aquéllos que contribuyeron a ponerles donde están, sólo quedamos Chingachgook y yo! Todos los hermanos y familiares de los mohicanos formaban nuestro grupo de guerreros; y tienen ustedes delante a los últimos miembros de esa raza.

Al escuchar estas palabras, todos miraron instintivamente hacia los indios, mostrando una sincera compasión por sus circunstancias. Aún se podían distinguir sus rasgos en la oscuridad de la fortificación; el hijo todavía escuchaba el relato del padre con ávido interés y atención, ya que se le hablaba de aquellos cuyos nombres había oído mencionar tantas veces en relación con el honor y la bravura de su pueblo.

—¡No siempre pensé que los delaware eran un pueblo pacífico y que nunca hacían la guerra ellos mismos, ya que confiaban la defensa de sus tierras a esos mismos mohawks que ustedes eliminaron! —señaló Duncan.

Tiene usted razón en parte —contestó el explorador—. Aún así, en el fondo se trata de una sucia mentira. El tratado en cuestión se hizo hace muchísimo tiempo, por obra y gracia de los holandeses, cuyo deseo era el de desarmar a los nativos que más derecho tenían a la tierra donde habían llegado ellos para asentarse. Los mohicanos, aunque formaban parte de la misma nación que los delaware, tuvieron que vérselas con los ingleses y jamás estuvieron

de acuerdo con el absurdo tratado. Se mantuvieron fieles a su hombría, como también hicieron los delaware una vez que se dieron cuenta de su error. ¡Tienen ante ustedes al gran jefe de los mohicanos sagamores! Hubo un tiempo en que los suyos podían cazar sus ciervos a lo largo de un territorio mayor que el del Patteroon de Albany, sin tener que atravesar ningún valle o monte que no fuese suyo propio. ¿Qué es lo que queda de todo eso para su único descendiente? ¡Como mucho, un palmo de terreno en el que recibir sepultura, siempre que se le entierre lo suficientemente hondo como para que no tropiece un arado con su cabeza!

—¡Basta! —gritó Heyward, consciente de que la conversación pudiera derivar en una disputa que alterara la buena armonía de la situación, tan necesaria para el bienestar de las muchachas—. Hemos viajado un largo camino y pocos de nosotros tenemos la fortaleza de la que gozan ustedes, que parecen no conocer la fatiga ni la debilidad.

—Lo único que tengo para resistir son los músculos y los huesos de un hombre —dijo el cazador, mirando con humildad complacida la estructura de sus extremidades, halagado por el reconocimiento de su fuerza—. Existen hombres más grandes y pesados en los asentamientos coloniales, pero les costaría mucho trabajo a ustedes encontrar uno que sea capaz de recorrer setenta y cinco kilómetros sin pararse a tomar un descanso, o que sea capaz de despistar a sus perseguidores durante horas. No obstante, como no somos iguales, a pesar de estar todos hechos de carne y hueso, es comprensible que las damas quieran descansar después de todo lo que han visto y hecho hoy. Uncas, destapa tú el manantial, mientras tu padre y yo les hacemos a las mujeres unas almohadas de ramas de castaño, así como colchones a base de hojas y hierba.

El diálogo cesó mientras el guía y sus acompañantes acondicionaban la zona para el descanso de sus compañeros de penurias.

Mientras los hombres del bosque se concentraban en las tareas mencionadas, Cora y Alice continuaron disfrutando de su merecido descanso, el cual les venía impuesto más por necesidad que por gusto. Luego se adentraron en la fortificación y, tras dar las correspondientes gracias al cielo por haberles salvado, pidiéndole

además al Todopoderoso que continuara favoreciéndoles, se dispusieron a dormir sobre las camas fragantes. A pesar de las vicisitudes y los recuerdos, pudieron conciliar el sueño, ese elemento tan natural y necesario que siempre da paso a la esperanza de un nuevo día. Duncan se había preparado para pasar la noche cerca de ellas, mientras vigilaba la situación fuera de las ruinas; pero el explorador se dio cuenta de su intención y señaló hacia Chingachgook, diciendo, a la vez que él mismo se echaba sobre la hierba:

—¡Los ojos de un blanco son demasiado pesados y ciegos como para efectuar una vigilancia como ésta! El mohicano será nuestro centinela; durmamos pues.

—Me comporté como un inútil la pasada noche, cayendo dormido en mi puesto, con lo cual ahora tengo menos necesidad de descanso que usted, quien se ha comportado como un auténtico soldado. Que todos descansen, mientras yo monto guardia —dijo Heyward.

—Si estuviéramos en tiendas de campaña como las de la sesenta, y delante de un enemigo como los franceses, sería usted el mejor de los vigilantes —le contestó el explorador—. Pero en medio de la oscuridad y las señales del bosque su buen juicio no tendría validez y estaría tan indefenso como un niño. Haga, entonces, como Uncas y yo; duérmase y descanse tranquilo.

Heyward vio cómo, efectivamente, el indio más joven se había echado a un lado del montículo mientras hablaban, como aquél que quisiera aprovechar al máximo el tiempo disponible para descansar. Su ejemplo fue seguido por David, cuya voz se había silenciado por el cansancio, así como por el dolor de su herida, la cual se había irritado durante la caminata. Viendo que era inútil insistir, el joven militar aceptó la explicación y apoyó su espalda contra los troncos de la edificación, en una postura semirecostada; aunque estaba totalmente dispuesto, para sus adentros, a no pegar ojo hasta que hubiese entregado las delicadas chicas al mismísimo Munro. Ojo de halcón, creyendo que le había convencido, se durmió enseguida, y un silencio tan profundo como la soledad en la que se encontraban predominó en el lugar.

Durante largos minutos, Duncan consiguió mantener sus cinco

sentidos despiertos, preparado para detectar cualquier ruido o movimiento que surgiera del bosque. Su visión se fue acostumbrando a la creciente oscuridad, e incluso cuando las estrellas ya brillaban en el firmamento podía aún distinguir las formas yacentes de sus compañeros echados sobre la hierba, así como la erguida silueta de Chingachgook. Éste se encontraba sentado y tan inmóvil como uno de los árboles que les rodeaban. Aún podía oír a las hermanas respirar, ya que estaban a escasos metros de él, y ningún sonido, ni siquiera el de las hojas movidas por el viento, escapaba a sus oídos. Con el tiempo, no obstante, el canto apenado de un mirlo se confundía con el de un búho; y sus ojos se tornaron pesados e hizo un esfuerzo por captar la luz de las estrellas, imaginando incluso que las podía ver a través de sus párpados. Cuando estaba entre despierto y dormido, confundió un arbusto con su compañero centinela. Su cabeza fue inclinándose sobre su hombro, el cual, a su vez, iba cayendo poco a poco hacia el suelo, hasta que toda su persona se había recostado lateralmente, en una postura relajada y cómoda. El joven se había quedado profundamente dormido, soñando que era un caballero de la Edad Media, vigilando despierto la tienda de una princesa rescatada, cuyos favores esperaba ganar por su meritoria devoción y su esforzada vigilia.

Ni siquiera el propio Duncan llegó a saber durante cuánto tiempo permaneció en este estado inconsciente, pero las visiones que se confundían entre el sueño y la realidad desvanecieron en cuanto sintió un leve toque sobre el hombro. Estimulado por esta inesperada señal, se incorporó rápidamente, recordando el deber que él mismo se había impuesto al caer la noche.

—¿Quién vive? —exigió saber, echando mano al lugar donde tenía su sable—. ¡Identifíquese! ¿Amigo o enemigo?

—Amigo —respondió Chingachgook en voz baja, mientras señalaba hacia los tímidos rayos luminosos que se filtraban a través de los árboles. A continuación añadió, en su defectuoso inglés—, la luna viene, el fuerte de los hombres blancos lejos, muy lejos; ¡hora de moverse, mientras el francés duerme!

—¡Hablas con sabiduría! ¡Avisa a tus amigos y prepara los caballos mientras yo me encargo de que mis propios compañeros estén

prestos para la marcha!

—Estamos despiertos, Duncan —respondió Alice con su suave y dulce voz, desde dentro de la fortificación—, y estamos preparados para irnos deprisa, tras un descanso tan gratificante; ¡sin embargo tú has estado vigilante durante toda la noche para asegurar nuestro bien, después de todos tus esfuerzos a lo largo del día!

—Di mejor que habría vigilado, si mis ojos no me hubiesen traicionado; me temo que os he fallado por segunda vez y no merezco vuestra confianza.

—No, Duncan, no lo niegues —le interrumpió Alice con una sonrisa, saliendo de entre las sombras de la edificación a la luz de la luna, mostrando toda su fresca y repuesta belleza—. Sé que eres una persona sacrificada y que renuncias a tu propio cuidado, excediéndote en la protección de los demás. ¿No podríamos quedarnos aquí algo más, para que puedas descansar? Con mucho gusto nos quedaríamos vigilando Cora y yo, ¡mientras que tú y estos hombres valientes os procuráis algo de sueño!

—Si la vergüenza me curase el sueño, no sería capaz de cerrar los ojos jamás —dijo el decepcionado joven al ver el rostro ingenuo de Alice, en el cual sólo encontró una dulce expresión de sincero agradecimiento y no un reproche por su fracaso—. La única y lamentable verdad es que, tras introduciros en un sinfín de peligros por mi imprudencia, ni siquiera soy digno de guardar vuestras horas de sueño como un buen soldado.

—Sólo el mismo Duncan se acusaría de tales debilidades. Adelante pues, y duerme; créeme que ninguna de las dos, por muy débiles que seamos, te fallaremos en nuestra vigilia.

El joven, que iba a seguir insistiendo en su incapacidad para cumplir un deber, se vio librado de tener que hacerlo al oír la voz de Chingachgook y ver que el hijo de éste se incorporaba inmediatamente, mostrando una actitud de alerta.

—¡Los mohicanos han detectado un enemigo! —susurró Ojo de halcón, quien ya se había despertado junto a los demás—. ¡Olfatean el peligro en el aire que lleva el viento!

—¡Dios quiera que se equivoquen! —exclamó Heyward—. ¡Ya hemos tenido bastante derramamiento de sangre!

Con todo, el joven soldado venció sus temores y, nada más terminar de hablar, cogió su fusil y avanzó hacia adelante para exponer su vida por aquellas que estaban bajo su responsabilidad.

—Se trata de algún animal del bosque que ha salido en busca de comida —dijo en voz baja, al percibir con sus propios oídos los aparentemente distantes ruidos que habían inquietado a los mohicanos.

—¡Silencio! —le contestó el explorador, también pendiente de los ruidos—. Son movimientos humanos; ¡ya puedo sentir sus pasos, incluso siendo mis sentidos menos agudos que los de un indio! Ese hurón resbaladizo ha contactado con alguno de los grupos avanzados de Montcalm y han dado con nuestro rastro. No quisiera tener que hacer correr más sangre en este lugar —añadió apesadumbrado, mientras contemplaba el escenario a su alrededor —; ¡pero lo que debe hacerse, se hará! Lleva los caballos al interior de la fortificación, Uncas; y ustedes, amigos, vayan adentro también. ¡Aunque esté destartalada, la estructura ofrece protección y aún aguanta los disparos de fusil!

Sus palabras fueron obedecidas al instante; los mohicanos introdujeron los potros narraganset dentro de las ruinas, en donde se agruparon los demás, guardando el más absoluto silencio.

El ruido de las pisadas se hizo ahora tan evidente que no dejaba lugar a dudas acerca de su naturaleza. Pronto se oyeron también voces que hablaban en un dialecto indio, el cual fue identificado como el de los hurones por el cazador, quien se lo comunicó a Heyward en voz baja. Cuando los intrusos llegaron a ese lugar a través del cual los caballos se introdujeron en la maleza que rodea la fortificación, era evidente que habían perdido el rastro, al no ver más huellas que les indicasen el camino.

Daba la sensación de que había veinte voces reunidas en ese punto, opinando y discutiendo clamorosamente sobre qué dirección había que tomar.

—Los bellacos conocen nuestra desventaja —le susurró Ojo de halcón a Heyward, mientras observaba a través de las rendijas entre los troncos—. De otro modo, no se habrían parado a hablar como un grupo de mujeres. ¡Escuche a esos reptiles! Cada uno parece tener dos lenguas, a la vez que una sola pierna.

Duncan, por muy valiente que fuese, no podía responder nada al sarcástico comentario del explorador, dada la gran expectación del momento. Sólo se limitó a sostener su fusil con la máxima firmeza, sin apartar los ojos de la estrecha abertura, a través de la cual se asomaba angustiosamente al paisaje iluminado por la luna. Seguidamente, se oyó una voz más profunda y autoritaria, correspondida con un silencio que denotaba el respeto que merecían sus directrices. Tras esto, el crujir de hojas y la rotura de varias ramas secas confirmaron que los salvajes se habían separado para recuperar el rastro. Afortunadamente para los perseguidos, la luz de la luna no era lo bastante intensa como para que pudiese iluminar el interior del bosque, haciendo que todo allí fuera confuso e indistinguible. Así, la búsqueda demostró ser infructuosa, ya que el abandono del camino y la inmediata introducción en la maleza, por parte de los viajeros, fue una acción tan repentina que apenas dejaron huellas que la indicaran.

Con todo, no se tardó en oír cómo los salvajes empezaron a apartar los arbustos, aproximándose poco a poco a la zona donde se encontraban los castaños jóvenes que, a su vez, daban paso al área en la que se situaba la fortificación.

—Ya vienen —murmuró Heyward, ansioso por apuntar con su carabina a través de la rendija—. Disparemos sobre su avance.

—Mantenga todo fuera de vista, al amparo de la oscuridad —le contestó el explorador—. La chispa de un fulminante, o incluso el olor de la pólvora atraería a los bribones y se nos echarían encima como una manada de lobos hambrientos. Si al final Dios dispone que ha de haber lucha por cabelleras, confíe en la experiencia de hombres que conocen las costumbres salvajes y que han luchado en primera línea cuando sonaba el grito de guerra.

Duncan miró a sus espaldas y vio cómo las temblorosas hermanas se abrazaban en la esquina opuesta de la edificación, mientras que los

mohicanos aguardaban en la sombra, firmes como estacas y dispuestos a atacar cuando surgiera la necesidad. Dominando su impaciencia, el joven militar miró de nuevo hacia el exterior y guardó silencio mientras esperaba. En ese momento se abrió la maleza y salió al espacio abierto un hurón alto y armado. Cuando dirigió su mirada hacia la fortificación, los rayos de la luna iluminaron su cara de lleno, delatando una expresión mezcla de sorpresa y curiosidad. Pronunció esa leve exclamación tan común entre los indios cuando algo les impresiona y, llamándolo en voz baja, requirió la presencia de uno de sus compañeros.

Estos dos hijos del bosque permanecieron en el lugar durante varios minutos, señalando las ruinas y comunicándose en la incomprensible lengua de su tribu. Entonces se aproximaron, aunque de modo lento y cauteloso, haciendo varias pausas para observar los detalles del edificio, al igual que lo hicieran unos ciervos ante la presencia de algo que escapaba a su comprensión. Uno de ellos repentinamente puso un pie sobre el montículo antes aludido y se detuvo para examinarlo de cerca. En ese momento, Heyward observó que el explorador soltaba las cuerdas que mantenían a su cuchillo en la funda, a la vez que bajaba el cañón de su fusil. Imitando este movimiento, el joven soldado también se preparó para pelear, cosa que parecía ya inevitable.

Los salvajes estaban tan cerca que el menor ruido por parte de los caballos, o incluso un suspiro por parte de los viajeros, les hubiera descubierto. No obstante, al desenterrar parcialmente el montículo, concentraron su atención en lo que vieron allí, lo cual les hizo hablar en voz baja y con tono solemne, mostrando una mezcla de respeto y temor. Se retiraron precipitadamente, sin dejar de mirar atrás hacia las ruinas, como si esperasen que los espíritus de los muertos fueran a surgir de entre sus paredes en cualquier instante. Así, llegaron a la maleza y se introdujeron en ella, perdiéndose de vista.

Ojo de halcón hizo descender su carabina y se relajó, respirando profundamente mientras exclamaba en susurros:

—¡Eso es! Respetan a los muertos, lo cual les ha salvado sus vidas, así como las de otros aún mejores que ellos.

Heyward le prestó atención a su camarada durante un momento, pero se volvió sin responderle, para continuar observando a los que más le preocupaban. Pudo oír cómo los hurones salían por el otro lado de la maleza, y pronto se hizo evidente que todos los perseguidores estaban reunidos, prestando gran atención a lo que tenían que decir los dos que se habían adelantado. Tras unos cuantos minutos de sincera y solemne exposición por parte de éstos, adoptaron todos un tono mucho más prudente que el ruidoso clamor de antes. Los sonidos del diálogo entre ellos fueron alejándose cada vez más del lugar, perdiéndose en las profundidades del bosque.

Ojo de halcón esperó hasta que una señal por parte de Chingachgook le aseguró que ya no percibía ningún ruido por parte de los perseguidores, ya lejos de allí. Entonces le hizo un gesto a Heyward para que sacara los caballos y ayudase a las hermanas a subirse a ellos. En cuanto esto se hizo, salieron todos por la portezuela ruinosa de la fortificación y se dispusieron a abandonar el lugar en dirección contraria a la de su llegada. Las hermanas lanzaron miradas furtivas tanto a la silenciosa tumba como a las destartaladas ruinas, mientras dejaban atrás la luz de la luna y se introdujeron en las oscuridades boscosas.

Capítulo XIV

Guardián. —Qui est là?

Puecelle. —Paisans, pauvres gens de France

Enrique VI.

Durante la escapada de la zona fortificada y hasta que no estaban bien adentrados en el bosque, ni un solo miembro del grupo pronunció palabra alguna, ni siquiera en voz baja. El explorador volvió a ocupar su lugar como guía; aunque sus pasos, una vez que considerara que mediaba una buena distancia entre ellos y sus enemigos, se iban ralentizando poco a poco como consecuencia de su total desconocimiento de esa parte del bosque. En más de una ocasión tuvo que consultar con sus aliados mohicanos, señalando hacia la posición de la luna y examinando cuidadosamente la corteza de los árboles. Durante estas breves pausas, Heyward y las hermanas escucharon atentamente; sus sentidos tan agudizados por los peligros experimentados que podían ver claramente que sus enemigos se encontraban lejos. En aquellos momentos, daba la sensación de que el territorio en toda su inmensidad se encontraba dormido; el bosque entero estaba en silencio, salvo por el insistente rumor de alguna corriente de agua. Las aves, las bestias y el hombre —si es que había alguno— parecían estar todos sumidos en el más profundo sueño. Sin embargo, el sonido del arroyo, aunque apenas perceptible, les alivió de cualquier duda acerca de dónde debían dirigirse y fueron a su encuentro.

Cuando llegaron a las orillas del riachuelo, Ojo de halcón se detuvo de nuevo. Tras descalzarse sus mocasines, invitó tanto a Heyward como a Gamut a que hicieran lo mismo. Entonces se metió en el agua y todos le siguieron. Durante casi una hora viajaban siguiendo el curso del riachuelo, haciendo que nuevamente se perdiera su rastro. La luna ya se había ocultado tras una inmensa masa de

nubarrones que se cernía sobre el horizonte occidental cuando por fin salieron del agua y pisaron la tierra arenosa y firme de la llanura. Aquí el explorador parecía encontrarse de nuevo en casa, ya que de nuevo se desplazaba con la seguridad y la certeza de un hombre que se fiaba de sus conocimientos. El camino se iba tornando cada vez más escabroso y los viajeros se dieron cuenta de que estaban acercándose a las montañas. Incluso se hacía evidente que iban a atravesar uno de los pasadizos de las mismas. De repente, Ojo de halcón se detuvo y esperó al resto del grupo con el fin de decirles, en un tono cauteloso y solemne —que en absoluto desentonaba con la quietud y el silencio del lugar—, lo siguiente:

—Resulta fácil saberse los caminos, los lamederos y las comentes de agua del bosque, pero ¿quién podría decir, a la vista de este lugar, que un vasto ejército estuvo estacionado entre esos silenciosos árboles y esas áridas montañas que tenemos delante?

—¿Entonces no estamos a gran distancia del fuerte William Henry? —preguntó Heyward, acercándose al explorador.

—Aún queda un largo y tortuoso camino, y de nosotros depende cuánto tiempo nos llevará y por dónde hemos de abarcarlo; observe —dijo el otro, señalando a través de los árboles hacia un punto en el que una pequeña masa de agua reflejaba la luz de las estrellas sobre su plácida superficie—. Ahí está el «estanque sangriento» y ahora me encuentro en tierras que me son poco conocidas, pero en las que he luchado contra el enemigo de sol a sol.

—¡Ah! Luego esa pequeña extensión de agua es la sepultura de los valientes que cayeron en la contienda. La he oído nombrar alguna vez, pero jamás he estado a sus orillas.

—En un solo día libramos tres batallas contra el franco-holandés [22] —continuó diciendo Ojo de halcón, más bien dando rienda suelta a sus recuerdos que contestando a la observación hecha por Duncan—. Salió a nuestro encuentro cuando intentábamos asaltarle sobre la marcha, durante el avance de sus tropas, y nos dividió. Tuvimos que huir como ciervos asustados hasta las orillas del Horicano, pero pudimos recomponernos y unir nuestras esparcidas fuerzas de nuevo contra él. Nos dirigió Sir William, dándosele ese título nobiliario precisamente por tal proeza; y bien que supimos

compensarle por la vergüenza sufrida durante la mañana. Cientos de franceses vieron el sol por última vez aquel día; e incluso su jefe, el mismísimo Dieskau, cayó en nuestras manos. Estaba tan herido y batido por el plomo que tuvo que regresar a su país, incapacitado para volver a tomar parte en ninguna acción de guerra.

—¡Una hazaña noble! —exclamó Heyward con todo el fervor propio de su juventud—. Su fama enseguida llegó hasta nuestros oídos, en el sector sur del ejército.

—¡Sí, pero no terminó en eso! Fui enviado por el comandante Effingham, a petición de Sir William, para esquivar a los franceses y llevar la noticia de su derrota a través del porteo hasta el fuerte situado en el Hudson. Justo aquí, donde se puede ver cómo el bosque se toma en montaña, me encontré con una partida que venía a apoyarnos y les llevé hasta donde el enemigo estaba almorzando. ¡Pocos sabían que la sangrienta lucha aún no había terminado!

—¿Les tomaron por sorpresa?

—Puede decirse que sí, siempre que la muerte sea una sorpresa para aquéllos que sólo pensaban en saciar sus apetitos. Les dimos poco tiempo para reaccionar, pues nos habían vapuleado por la mañana; además, entre los nuestros había muchos que habían perdido algún amigo o pariente a manos de esos soldados.

—Cuando todo terminó, los muertos y, según algunos, los que se estaban muriendo, fueron depositados en ese pequeño estanque. Estos ojos han visto cómo sus aguas se volvieron rojas con la sangre de los combatientes, algo que jamás había presenciado.

—Una tumba conveniente y, quizá, tranquila para un soldado. Entonces, ¿ha desempeñado usted muchos servicios en esta frontera?

—¿Yo? —exclamó el explorador, mientras se erguía con aires de orgullo marcial—. No hay muchos lugares entre estas colinas donde no hayan resonado los ecos de mi carabina, ni tampoco hay un solo kilómetro cuadrado, entre el Horicano y el río, en el que mi «mata-ciervos» no haya sembrado un cadáver, bien sea de enemigo humano o de bestia salvaje. En cuanto a lo que dice usted acerca de

que la tumba sea tranquila, eso es otra cosa. Los había en el campamento que defendían la idea de que un hombre no debe ser enterrado sólo porque esté quieto, sino porque haya dejado de respirar; y lo cierto es que aquella noche, con las prisas, los médicos tuvieron poco tiempo para distinguir entre los vivos y los muertos. ¡Atención! ¿No ve algo caminando por la orilla del estanque?

—No es probable que haya muchas más personas extraviadas en este bosque desolado, aparte de nosotros.

—Salvo que sea un hombre sin más hogar que esa masa de agua, y para quien el rocío de la noche no supone estorbo alguno —contestó el explorador, a la vez que se aferraba involuntariamente al hombro de Heyward con una fuerza tan convulsiva que denotaba, a ojos de éste último, lo supersticioso que podía llegar a ser alguien tan valeroso.

—¡Por los cielos! ¡Se trata de una figura humana, y se acerca! Todos a sus armas, amigos míos, ya que no sabemos con quién nos enfrentamos.

— Qui vive? —exigió saber una voz sobria y autoritaria, que parecía desafiarles desde otro mundo en aquel solemne y solitario lugar.

—¿Qué dice? —susurró el explorador—. ¡No habla en lengua rodia, ni tampoco en inglés!

— Qui vive? —repitió la misma voz, seguida del ruido de carga de un arma y un gruñido amenazador.

— France! —gritó Heyward, saliendo desde la sombra de los árboles hasta la zona de la orilla, quedando a pocos metros del centinela.

— D'oú venez-vous, oú allez-vous, d'aussi bonne heure? —vociferó el granadero en el idioma y el acento propios de un hombre de la vieja Francia.

— Je viens de la découverte, et je vais me coucher.

— Êtes-vous officier du roi?

— Sans doute, mon camarade; me prends-tu pour un provincial! Je suis capitaine de chasseurs —Heyward sabía bien que el otro era miembro de un regimiento de línea—. J'ai ici, avec moi, les filles du commandant de la fortification. Aha! Tu en a entendu parler! Je les ai fait prisonières près de l'autre fort, et je les conduis au général.

— Ma foi! Mesdames; J'en suis faché pour vous —exclamó el soldado, mientras se tocó la gorra con gracejo—; mais… fortune de guerre! Vous trouverez notre général un brave homme, et bien poli avec les dames.

— C'est le caractère des gens de guerre —dijo Cora, con admirable seguridad en sí misma—. Adieu, mon ami; je vous souhaiterais un devoir plus agréable á remplir.

El soldado le hizo a Cora una humilde reverencia por su cortesía, mientras que Heyward añadió:

— Bonne nuit, mon camarade —y se dispusieron a seguir su camino, dejando al centinela en su puesto de guardia junto al tranquilo estanque, ignoran-te de que había estado hablando con un enemigo de lo más osado. Quedó canturreándose a sí mismo las siguientes palabras, inspiradas por la imagen de las mujeres y por los recuerdos que le vinieron a la mente acerca de su bella y distante patria, Francia: « Vive le vin, vive l'amour», etc., etc.

—¡Se las entendió bien con ese bribón! —susurró el explorador cuando se encontraban a una distancia prudencial, volviéndose a colocar el fusil al hombro—. Me di cuenta enseguida que se trataba de uno de esos franchutes inquietos; tuvo suerte de ser amable y de buen trato, de lo contrario habría encontrado un lugar para sus huesos junto a los de sus compatriotas.

Su discurso fue interrumpido por un prolongado y sonoro quejido que parecía provenir precisamente desde el estanque, como si fuese verdad que los espíritus de los caídos rondaran el lugar de su reposo.

—¡Sin duda es la voz de una persona viva! —continuó diciendo el explorador—. ¡Ningún fantasma puede expresar dolor de una forma tan intensa!

—Era la voz de alguien vivo, pero dudo que el pobre diablo lo siga estando —dijo Heyward, mirando a su alrededor y echando en falta a Chingachgook del grupo. Enseguida siguió otro quejido, menos intenso que el anterior, y a continuación se oyó cómo algo pesado había sido lanzado al agua con fuerza. Tras esto, todo se volvió silencioso, como si las aguas del pacífico estanque no se hubiesen alterado desde el día en que fueron creadas. Mientras los del grupo esperaron a ver cuál había sido el resultado, la figura del indio surgió de entre los arbustos. Al reunirse con ellos, con una mano el jefe indio se acoplaba al cinturón la descarnada cabellera del infortunado francés y con la otra volvía a ajustarse tanto el cuchillo como el tomahawk que habían saboreado la sangre de su enemigo. Al hacer esto, ocupó de nuevo su puesto con la dignidad de un hombre convencido de que había hecho algo loable.

El explorador dejó caer un extremo de su carabina al suelo y, colocando las manos sobre la otra, se quedó mirando en profundo silencio. Luego, hizo un gesto negativo con su cabeza y murmuró:

—Un acto cruel e inhumano para un blanco, pero completamente natural para un indio, y supongo que no debe ser cuestionado. Sí habría preferido, no obstante, que hubiese sido un maldito mingo y no ese alegre joven del viejo continente.

—¡Basta! —dijo Heyward, temeroso de que las inocentes hermanas comprendieran la verdadera naturaleza de lo acontecido, a la vez que hizo también un esfuerzo por sobrellevar la repugnancia que le inspiraba la acción—. Está hecho; y aunque habría sido mejor que no fuese así, ya no puede remediarse. Como puede ver, estamos tras las líneas enemigas; ¿qué sugiere que hagamos?

—Sí —dijo Ojo de halcón, saliendo de su estado meditabundo—, como usted bien dice, ya nada puede hacerse. En cuanto a los franceses, efectivamente, se han agrupado con mucha concentración alrededor del fuerte, y va a ser difícil burlar su vigilancia.

—Y tenemos poco tiempo para llevarlo a cabo —añadió Heyward, mirando hacia arriba, en donde la niebla ya ocultaba la luna en su descenso por el horizonte.

—¡Muy poco tiempo! —corroboró el explorador—. Sólo hay dos

maneras de hacerlo; eso sí, siempre confiando en la Divina Providencia, sin la cual nada puede lograrse.

—No perdamos tiempo, ¿cuáles son?

—Una sería que las mujeres desmontaran y dejásemos a los animales vagar por las llanuras; los mohicanos se adelantarían y eliminaríamos un centinela tras otro a nuestro paso, hasta llegar al fuerte.

—¡No puede ser, no puede ser! —le interrumpió Heyward, preocupado—. Para un grupo exclusivamente formado por soldados sería apropiado, pero no si se llevan mujeres.

—En verdad sería una experiencia excesivamente sangrienta y peligrosa para tales exponentes de la dulzura femenina —reconoció el explorador, igualmente escéptico—. Pero, como hombre, era mi obligación sugerir este modo como alternativa. Sólo nos queda, por tanto, volver atrás sobre nuestros pasos y salimos de sus líneas, acortar luego por el oeste y entrar por las montañas; allí puedo esconderles de tal manera que ninguno de los sabuesos pagados por Montcalm pueda dar con el rastro durante meses.

—Que sea así; hagámoslo deprisa.

Sobraron más palabras; Ojo de halcón se limitó a dar la señal de continuar y se volvieron a desplazar por la ruta por la que habían entrado en tan delicada situación. Sus movimientos, al igual que sus escasos diálogos, eran callados y cautelosos, pues en cualquier momento podrían encontrarse con una patrulla enemiga o sufrir el asalto de los centinelas ocultos en la maleza. Al pasar de nuevo por las orillas del estanque, tanto Heyward como el explorador lanzaron sendas miradas furtivas a las aguas, tan pacíficas y a la vez tan inquietantes. En vano intentaron discernir la figura de aquél que poco antes había estado montando guardia allí mismo, a la vez que el leve movimiento del oleaje actuó como un indicio atemorizante de la violenta acción. Pronto, sin embargo, la fatídica laguna quedaría atrás, junto con todos los demás oscuros elementos de tan tétrico escenario, a medida que avanzaba el grupo.

Ojo de halcón no perdió tiempo a la hora de desviarse hacia las

montañas, cuando habían retrocedido lo suficiente. Dirigiéndose hacia los límites occidentales de la estrecha llanura, guió a los viajeros con paso rápido, bajo la sombra de las altas y afiladas cumbres de las formaciones montañosas. La ruta se tomó difícil, sobre terreno rocoso y sembrado de obstáculos, haciendo que los del grupo progresaran lentamente. Tanto a un lado como al otro se levantaban colinas negras e inhóspitas, aunque éstas les inspiraban cierta seguridad, ya que denotaban que se trataba de un territorio totalmente desierto y deshabitado. Al poco rato, se encontraban ascendiendo por una pendiente accidentada e incómoda, a través de un camino que apenas sorteaba las rocas y los árboles, evitando aquéllas y acercándose a éstos de un modo que sólo unos buenos conocedores de la naturaleza, como sus guías, sabrían hacer. A medida que subían desde el nivel del valle, la espesa oscuridad que normalmente precede al nacimiento de un nuevo día comenzó a despejarse, con lo cual todo a su alrededor podía apreciarse en aquellos colores con los que la naturaleza les dotó. Cuando surgieron de entre las escasas arboledas que se aferraban a las áridas faldas de la montaña y llegaron a su cima, una musgosa planicie rocosa, recibieron al sol del nuevo día, que se alzaba esplendoroso por encima de los verdes pinos de una colina al otro lado del valle del Horicano.

El explorador les indicó a las hermanas que se bajaran de sus caballos y, tras quitarles a éstos tanto las bridas como los sillines, les soltó para que saboreasen la escasa vegetación de ese elevado lugar, diciéndoles:

—Id y buscad vuestro alimento allí donde la naturaleza os lo facilite; y procurad no caer presas de los lobos hambrientos de estas colinas.

—¿No los necesitaremos más adelante? —preguntó Heyward.

—Mire y juzgue usted mismo —le dijo el explorador, alejándose hacia el lado oriental de la montaña, desde donde les indicó a todos que le siguieran—. Si fuera tan fácil descubrir las intenciones ocultas de un hombre como espiar abiertamente al campamento de Montcalm desde este lugar, escasearían los hipócritas y la astucia de un mingo perdería frente a la honradez de un delaware.

Cuando los viajeros alcanzaron el borde del precipicio, comprobaron la verdad del discurso del explorador, así como la admirable previsión de la que hizo alarde al traerles a ese lugar.

La montaña sobre la que pisaban tenía una altura de más de trescientos metros, siendo un accidente geológico que se elevaba un poco antes de esa cadena montañosa que se extiende a lo largo de muchos kilómetros, por las orillas occidentales del lago, hasta encontrarse con su sierra hermana, más allá de las aguas, extendiéndose hacia el Canadá de manera difusa e inconexa, a base de estructuras rocosas sueltas, esparcidas entre territorios verdosos. Justo bajo sus pies, el grupo pudo contemplar el ancho semicírculo trazado por la orilla sur del Horicano yendo de montaña a montaña, dando lugar a un destacado filamento que subía hasta una llanura irregular y algo elevada. Hacia el norte se extendía la límpida y aparentemente estrecha silueta del «lago sagrado», bordeado por innumerables bahías y embellecido por cabeceras impresionantes, a la vez que estaba salpicado por incontables islas. A unas pocas leguas de distancia, la masa de agua se perdía entre las montañas o se veía envuelta por la niebla que rondaba los valles, producto de los aires matutinos. No obstante, una estrecha abertura entre las cimas de las colinas señalaba el camino por el cual seguían estas aguas hacia el norte, extendiendo sus amplias y cristalinas formas, antes de desembocar en el distante Champlain. Hacia el sur se prolongaba el desfiladero o llanura irregular ya mencionada. Durante varios kilómetros en esa dirección, las montañas parecían resistirse a ceder sus dominios, pero al alcance de la vista se podía comprobar cómo se fundían para dar forma a tierras más niveladas y arenosas, a través de las cuales hemos visto cómo nuestros viajeros se habían desplazado en dos ocasiones. A lo largo de sendas cadenas de colinas que bordeaban los dos lados opuestos del lago y el valle, se alzaban nubes vaporosas en espirales que procedían de los bosques deshabitados, asemejándose a lo que podría ser el humo procedente de cabañas escondidas. Estas nubes también descendían por las pendientes y se entremezclaban con la niebla propia de las tierras bajas. En el cielo del valle flotaba una única y solitaria nube blanca, la cual estaba situada justo por encima del lugar en el que se encontraba el «estanque sangriento».

Precisamente en la orilla del lago, más cerca de su margen

occidental que del oriental, se emplazaban las extensas fortificaciones y edificios de baja altura que constituían el fuerte William Henry. Dos de los impresionantes bastiones parecían descansar sobre las aguas que bañaban sus bases, mientras que una profunda zanja y abundantes matorrales guardaban el resto de sus flancos y cuadrantes. La tierra alrededor de la fortaleza había sido despojada de todos sus árboles, dentro de una distancia razonable, pero todos los demás elementos que formaban parte del escenario conservaban el color verdoso tan propio del medio natural, salvo por el lugar en el que las aguas claras alteraban el paisaje, o los puntos en los que las grandes rocas surgían del desnivelado terreno con su color negruzco y carentes de vegetación. Frente a la fortaleza podían verse los centinelas, esparcidos en varios puntos defensivos, vigilando contra cualquier posible enemigo. Dentro de sus murallas se podían discernir las figuras cansadas de aquellos que habían estado montando guardia durante la noche. Hacia el sudeste, pero justo al lado del fuerte, había un campamento atrincherado situado sobre un terreno rocoso, ligeramente elevado, que habría sido un emplazamiento mejor para la fortaleza en sí. Ojo de halcón señaló en esa dirección para indicar la presencia de los regimientos auxiliares que recientemente habían dejado el Hudson con ellos. Más hacia el sur, surgían densas y numerosas humaredas del bosque, fáciles de distinguir frente a los blancos vapores de los manantiales; el explorador también las señaló, haciéndole ver a Heyward que las fuerzas enemigas estaban estacionadas en esa dirección.

Pero el elemento que más le interesaba al joven soldado era la ribera occidental del lago, en la porción más cercana a su extremo sur. Sobre una franja de tierra que aparentaba ser, desde su punto de observación, demasiado estrecha como para contener a todo un ejército, pero que en realidad suponía una extensión de centenares de metros desde la orilla del Horicano hasta la base de la montaña, podían verse las blancas tiendas de campaña y los aparejos militares de una fuerza de diez mil hombres. Las baterías ya se habían formado al frente y, a pesar de estar tan lejos de las mismas, los espectadores de este mapa a escala real oían cómo los atronadores rugidos de la artillería sonaban desde el fondo del valle hasta las colinas orientales con sus reverberantes ecos.

—Aún está amaneciendo para los de allá abajo —dijo el explorador, prudente y meditabundo—. Los que vigilan han conseguido despertar a los que duermen con el ruido de sus cañones. ¡Por sólo unas horas, hemos llegado demasiado tarde! Los malditos iroqueses de Montcalm ya estarán plagando los bosques.

—En verdad, la zona está cubierta —le contestó Duncan—. Pero tiene que haber alguna forma de pasar. Ser capturados por militares es infinitamente preferible a caer de nuevo en manos de indios salvajes.

—¡Miren! —exclamó el explorador, haciendo que Cora dirigiese su atención hacia las habitaciones de su padre—. ¡Ese disparo ha hecho saltar varias piedras del lateral de la cabaña del comandante jefe! ¡Rayos! Esos franchutes la despedazarán de un modo mucho más rápido del que fue construida, por muy sólida y fuerte que sea.

—Heyward, me enferma contemplar una situación de peligro que no puedo soportar —dijo con aplomo la hija del jefe militar, aunque no desprovista de nerviosismo—. Vayámonos a Montcalm y exijámosle refugio; no se atreverá a negárselo a una niña.

—No llegarían con la cabellera intacta hasta la tienda de campaña del francés —dijo el explorador tajantemente—. Si pudiera hacerme tan sólo con una de las mil embarcaciones que flotan vacías sobre esa orilla, sería posible. ¡Ajá!, parece que están dejando de disparar, ya que se aproxima una espesa niebla; algo que hace que una flecha india sea más peligrosa que una bala de cañón. Ahora, si están ustedes dispuestos y me siguen, lo intentaremos; que ya tengo ganas de llegar a ese campamento, aunque sólo sea para vapulear a unos cuantos perros mingos que he visto acechando entre las hojas de aquellos matorrales.

—Estamos de acuerdo —dijo Cora con firmeza—. Para llegar estamos dispuestos a afrontar cualquier peligro.

El explorador la miró con expresión de cordial y satisfecha aprobación, contestándole:

—Si sólo tuviera un ejército de mil hombres ágiles y avispados, y que además le tuvieran tan poco miedo a la muerte como tú,

enviaría a esos franchutes charlatanes al lugar de donde provienen, como perros asustadizos, en menos de una semana. Pero no perdamos tiempo —añadió, dirigiéndose al resto—, la niebla avanza tan rápidamente que nos dará el tiempo justo de coincidir con ella en la llanura y utilizarla como cobertura. Recuerden, si cualquier cosa me llegara a pasar, manténganse en la dirección según la cual el viento les da en la mejilla izquierda o mejor, sigan a los mohicanos, ya que ellos no perderían el camino, sea de día o de noche.

Entonces les hizo la señal de ponerse en marcha y comenzó a bajar por la inclinada pendiente, con cuidado pero sin demora. Heyward ayudó a bajar a las hermanas y en pocos minutos estaban todos al pie de una montaña que les había costado mucho dolor y esfuerzo escalar.

La dirección tomada por Ojo de halcón pronto llevó a los viajeros hasta el nivel de la llanura, prácticamente frente por frente a una de las entradas al fuerte por su costado occidental, la cual se encontraba a una distancia de poco menos de un kilómetro del punto en el que se detuvo el cazador para permitirle a Duncan llegar con las muchachas. Gracias a su entusiasmo y a las ventajas de poder desplazarse por terreno regular, se habían anticipado a la niebla, la cual ya se acercaba por la zona del lago, siendo necesario hacer una pausa hasta que los vapores blanquecinos envolviesen con su presencia al campamento enemigo. Los mohicanos aprovecharon la ocasión para inspeccionarlo todo a su alrededor, al salir de la espesura boscosa. Les siguió a corta distancia el explorador, esperando que le informaran de lo que habían observado, para así prepararse en caso de algún contratiempo.

A los pocos segundos regresó con el rostro enrojecido por la ira, mientras murmuraba contundentes palabras de desaprobación:

—El astuto francés ha situado una patrulla justo en nuestro camino —dijo—. Está compuesto por pieles rojas y blancos; ¡y corremos el riesgo de tropezarnos con ellos en la niebla!

—¿No podríamos rodearles avanzando en círculo? —preguntó Heyward—. Volveríamos a caminar en línea recta una vez esquivado el peligro.

—En medio de una niebla no es posible enderezar la marcha si uno se desvía; ¡no hay modo de saber cómo ni cuándo se puede hacer! Las nieblas del Horicano no son como el humo de una pipa de la paz, o como el que se forma sobre una hoguera.

Aún estaba diciendo esto cuando se oyó un ruido estremecedor; una bola de cañón penetró en la maleza y golpeó el tronco de un árbol joven, antes de rebotar contra el suelo, pero toda su fuerza se había debilitado por la resistencia de la vegetación al entrar en el bosque. Los rodios se dirigieron inmediatamente al lugar en el que había caído el mortífero proyectil, y Uncas comenzó a hablar, con voz preocupada, en lengua delaware.

—Puede que tengas razón, muchacho —murmuró el explorador tras escucharle—. Los grandes males requieren grandes remedios. Vámonos, pues, que la niebla se aproxima.

—¡Deténganse! —gritó Heyward—. Antes debe explicarnos qué posibilidades hay.

—Pocas son, dado que no tenemos mucho de qué depender; pero es mejor que nada. Este proyectil que ve aquí —añadió, mientras golpeó levemente a la ya inofensiva masa de hierro con su pie— ha marcado un surco sobre la tierra en su avance desde el fuerte; iremos en busca de esa señal, cuando las demás nos fallen. Basta de palabras y síganme, o la niebla nos dejará al descubierto en mitad del camino, para que ambos ejércitos hagan fuego sobre nosotros.

Al darse cuenta de que la situación era verdaderamente crítica y sabiendo que los actos valen más que las palabras en estos casos, Heyward se colocó entre las dos hermanas y las guió rápidamente hacia adelante, sin perder de vista al líder del grupo. Pronto se hizo evidente que Ojo de halcón no había exagerado en absoluto la densidad de la niebla, ya que aún no habían avanzado veinte metros en el interior de la misma cuando apenas se distinguían entre sí los viajeros.

Habían avanzado circularmente hacia la izquierda y ya estaban volviendo a girar a la derecha, habiendo pasado la mitad del trecho hasta el fuerte, de acuerdo con lo que pensaba Heyward, cuando sus oídos se estremecieron con una llamada de atención que se emitió a

unos siete metros por delante de su posición, diciendo:

— Qui va là?

—¡Sigan! —les susurró el explorador, volviendo de nuevo hacia la izquierda.

—¡Sigamos! —recalcó Heyward, cuando la llamada de atención fue repetida por una docena de voces, todas igualmente amenazantes.

— C'est moi —gritó Duncan, mientras tuvo que arrastrar, y no guiar, a las muchachas que llevaba del brazo.

— Bête!… Qui?… Moi!

— Ami de la France.

— Tu m'as plus l'air d'un ennemi de la France; arrête! Ou pardieu je te ferai ami du diable. Non! Feu; camarades; feu!

La orden fue obedecida al instante y la niebla se vio alterada por la detonación de cincuenta mosquetes. Afortunadamente, su puntería fue pobre y las balas surcaron el aire en otra dirección, distinta a la tomada por los fugitivos; aunque sí pasaron lo suficientemente cerca como para que tanto David como las hermanas, poco acostumbrados a las acciones de primera línea, creyesen que pasaban rozándoles. De nuevo les dieron el alto y, no sólo se oyó claramente la orden de disparar, sino también la de perseguirles. Cuando Heyward le explicó el significado de las palabras, Ojo de halcón se detuvo y habló con voz decidida y firme.

—Respondámosles con nuestro propio fuego —dijo—. Creerán que somos muchos y se retirarán, o esperarán refuerzos.

El plan estuvo correctamente concebido, pero fracasó en la práctica. En cuanto se oyeron los disparos de respuesta, la planicie entera pareció cobrar vida en la forma de mosquetes que estallaban por toda su extensión, desde las orillas del lago hasta el borde más alejado del bosque.

—Así sólo lograremos atraer a todo su ejército y provocar una carga contra nosotros mismos —dijo Duncan—. Sigamos avanzando,

amigo mío, por su vida y las nuestras.

El explorador parecía estar de acuerdo, pero en medio de toda la confusión y al haber cambiado de posición, había perdido la orientación. En vano hizo la prueba de la mejilla, ya que en ambas se reflejaba el frío del viento. Ante este dilema, Uncas le señaló el surco provocado por el disparo de cañón, que había rozado las cimas de tres montículos adyacentes.

—¡Dame la perspectiva! —dijo Ojo de halcón, agachándose para discernir la dirección, para a continuación ponerse en marcha.

Gritos, juramentos, voces que se llamaban entre sí, junto con detonaciones de mosquete, se volvieron numerosos e incesantes por todas partes, o así parecía. De repente, un intenso fogonazo iluminó el lugar, haciendo disiparse la niebla. Varios cañones estaban haciendo fuego por encima de la llanura y su estruendo provocaba el eco atronador de la montaña.

—¡Son disparos hechos desde el fuerte! —exclamó Ojo de halcón, parándose en seco—. Estábamos dirigiéndonos bosque adentro, como tontos, directamente hacia los cuchillos de los maquas.

Nada más percatarse de su error, el grupo entero rectificó con la mayor de las prisas. Duncan dejó que Uncas ayudara a avanzar a Cora y ésta recibió con alivio su asistencia. Obviamente, los miembros de una tropa furiosa y enardecida les pisaban los talones, amenazándoles con la captura, cuando no con la destrucción.

— Point de quartier aux coquins! —gritó uno de los entusiasmados perseguidores, quien parecía estar al mando de las fuerzas enemigas.

—¡Teneos firmes y estad preparados, valientes de la sesenta! —exclamó de pronto una voz que se oía desde arriba—. Esperad hasta poder ver al enemigo, disparad bajo y barred la llanura.

—¡Padre! ¡Padre! —gritaba una desgarrada voz entre la niebla—. ¡Soy yo! ¡Alice! ¡Tu pequeña Alice! ¡Por caridad, salva a tus hijas!

—¡Alto el fuego! —ordenó el que mandaba, dejando entrever el

dolor de la preocupación paternal en su tono, habiéndose oído incluso en el bosque, que ahora devolvía el eco de su voz—. ¡Es ella! ¡Dios me ha devuelto mis hijas! ¡Abrid el portón; salid al campo abierto, hombres de la sesenta; pero no disparéis, que allí están mis niñas! Alejad a esos perros de Francia con el acero de vuestras bayonetas.

Duncan oyó el chirrido de las visagras oxidadas y, corriendo hacia adelante guiándose por el ruido, se encontró con una hilera de guerreros vestidos de rojo oscuro que avanzaba hacia la llanura. Los reconoció como miembros de su propio batallón; el de los reales americanos. Uniéndose al frente, él y los soldados eliminaron todo vestigio de aquellos que habían perseguido al pequeño grupo.

Durante un instante, Cora y Alice se quedaron temblorosas y extrañadas de que Duncan las abandonara; pero, antes de que pudiesen pensar o decir nada más, un gigantesco oficial, cuyas canas denotaban muchos años de servicio, pero cuyos gloriosos aires marciales se habían mantenido a través del tiempo, salió de entre la niebla y las abrazó efusivamente, a la vez que las lágrimas recorrían su pálido rostro arrugado. El militar exclamó, con el acento típico de Escocia:

—¡Te doy las gracias, Señor! ¡Ahora envíame todos los peligros que sean menester, ya que tu siervo estará preparado!

Capítulo XV

Entonces entremos conozcamos su propuesta;

La cual puedo ya adivinar con precisión,

Antes de que el francés diga una sola palabra

Enrique V.

Pasaron unos días de privaciones, alborotos y peligros; todo ello propio de una situación de asedio, siendo las presiones del enemigo tan vigorosas que Munro apenas podía resistir sus avances. Daba la sensación de que Webb y su ejército, posiblemente languideciendo a orillas del Hudson, se habían olvidado por completo de los apuros en los que se encontraban sus compatriotas. Montcalm había sembrado los bosques del porteo con sus salvajes, cuyos gritos podían oírse hasta en el campamento británico, haciendo temblar incluso los corazones de aquellos que estaban ya bastante acostumbrados al peligro.

No era así, sin embargo, con los del fuerte. Animados por las palabras y los estimulantes ejemplos de sus líderes, habían afianzado su valor y conservado su mítica reputación, todo ello con el empeño que les inculcaba el carácter de su comandante jefe. Como si estuviese satisfecho de tener que desfilar a través del bosque para encontrarse con su enemigo, el general francés —aunque de intachable fama como estratega— había dejado sin cobertura las montañas cercanas, desde las cuales los asediados pudieron haber sido exterminados fácilmente; algo que no se hubiera pasado por alto en las modernas tácticas de guerra practicadas por los americanos. Este desprecio por las pendientes, o mejor este miedo a tener que superarlas, era algo propio de las débiles estrategias bélicas de aquel periodo y dio origen a la simpleza de las contiendas indias, en las cuales, dada la naturaleza de los combates y la densidad de las áreas boscosas, las fortalezas

fueron escasas y las piezas de artillería prácticamente inútiles. El descuido provocado por estas costumbres se prolongó hasta la guerra de revolución colonial y supuso la pérdida del fuerte de Ticonderoga, dejando paso al ejército de Burgoyne, para que pudiese penetrar en lo que entonces era el corazón del territorio. Ahora miramos atrás hacia esta ignorancia, o exceso de confianza, o lo que se quiera llamar, con gesto atónito, sabiendo que negar la importancia de un terreno elevado como el monte Defiance, cuyas dificultades de superación fueron excesivamente exageradas, resultaría fatal hoy en día para la reputación de un ingeniero que hubiese diseñado la construcción de una fortaleza al pie de la misma, así como para la de un general cuya responsabilidad fuera la de defenderla.

El turista, el valetudinario o el amante de las bellezas naturales que, a bordo de su vagón de tren, viaja rápidamente a través de los escenarios que hemos querido describir, sea en busca de información, o por razones de salud, o de placer, y que también puede flotar directamente hacia su objetivo por medio de esas aguas artificiales que han surgido bajo el mandato de un gobernante [23] que se atrevió a jugarse su credibilidad política en tan arriesgado asunto, ni siquiera se para a pensar que sus antepasados tuvieron que vérselas y deseárselas con esas colinas, o luchar con esas mismas comentes de agua, igualmente difíciles. De hecho, el transporte de una sola pieza de artillería pesada constituía en sí mismo una victoria tan grande como la de haber vencido al enemigo; siempre que las dificultades de su traslado concluyeran felizmente y no se hubiese separado de su ingrediente fundamental, la munición, sin la cual no sería más que un inofensivo tubo de hierro fundido.

En cualquier caso, los males que tuvo que padecer el militar escocés que dirigía la defensa de la fortaleza William Henry eran acuciantes. A pesar de que su adversario no tuvo en cuenta las colinas, sí había colocado con destreza sus baterías sobre el terreno llano, además de asegurarse una buena actuación por parte de éstas. Frente a semejante asalto, los asediados sólo pudieron ofrecer la resistencia propia de un puesto aislado y escasamente equipado para tales propósitos.

Durante la tarde del quinto día del asedio, y el cuarto de su propia estancia en el lugar, el comandante Heyward se había subido a uno de los bastiones de agua para respirar el aire fresco que provenía del lago, a la vez que para observar el estado de las cosas desde allí. Estaba solo, a excepción del centinela que montaba guardia en ese sector, ya que los artilleros disfrutaban de un momentáneo descanso de sus arduas labores. La tarde resultó ser tranquila y apacible, la ligera brisa que emanaba de las aguas gratificante, daba la sensación de que, al cesar los rugidos de la artillería y los estallidos de los fusiles, la naturaleza había aprovechado la ocasión para mostrarse con toda su belleza y esplendor. El sol vertía sus anaranjados rayos por todo el paisaje, indicando la cercanía del crepúsculo. Las montañas reflejaban ese hermoso verdor tan propio del clima y la época del año que transcurría, variando su tono de acuerdo con la intensidad de la luz, mientras se interponían de modo intermitente unas leves nieblinas entre ellas y el sol. Sobre las aguas del Horicano se veían sus numerosas islas, algunas tan llanas que parecían estar semi-hundidas, mientras que otras se alzaban plenamente sobre el nivel del elemento líquido, confiriéndoles el aspecto de pequeños montecillos de terciopelo verde. Allí podía verse cómo los pescadores, pertenecientes al ejército situado en sus costas, remaban plácidamente o flotaban quietos, mientras realizaban sus tareas.

La panorámica tenía el aspecto de algo móvil y, a la vez, estático. Todo lo que era propio de la naturaleza se comportaba de modo agradable y dulce; y todo aquello relacionado con los movimientos y el ingenio del hombre convivía en alegre armonía con ese escenario.

Había dos banderas blancas ondeando al viento, una se encontraba alzada sobre la esquina más saliente de la fortaleza, mientras que otra la portaba la batería más avanzada de las fuerzas asediantes. Las enseñas de tregua parecían representar no sólo el hecho temporal de un alto en los combates, sino el deseo de terminar con ellos para siempre.

Tras ellas, ondeaban los pliegues sedosos de dos estandartes más grandes en tamaño y más elaborados en su colorido: las respectivas banderas rivales de Inglaterra y Francia.

Unos cien jóvenes franceses, de un modo imprudente y temerario, dada la peligrosa proximidad de los cañones del fuerte, se entretenían en arrastrar una red de pesca sobre las orillas arenosas. Sus risas y gritos de alegría fueron devueltos en forma de eco desde las montañas orientales. Algunos se prestaron gustosamente a la práctica de juegos y deportes en el lago, mientras otros inspeccionaban las colinas adyacentes, llevados por la curiosidad que tanto caracteriza a las gentes de su país. Con respecto a estas actividades lúdicas, tanto los que vigilaban a los asediados como los asediados mismos sólo actuaban de meros espectadores, sin tomar parte en ellas, aunque contentos por la tranquilidad con la que se desenvolvían. En resumidas cuentas, todo había cobrado el aspecto de un día de placentero descanso, más que el de una hora robada al dolor y las vicisitudes de un combate vengativo y sangriento.

Duncan permaneció en actitud meditabunda, contemplando el escenario durante unos minutos, cuando el sonido de pisadas próximas al portón de entrada hizo que dirigiese su mirada hacia la planicie que se extendía frente a ella. Caminó hasta una esquina del bastión y vio cómo se aproximaba el explorador, custodiado por un oficial francés, hasta los muros de la fortaleza. La expresión en la cara de Ojo de halcón denotaba cansancio y decepción; sus gestos eran apesadumbrados, dejando entrever el denigrante fastidio que le había supuesto caer en manos de sus enemigos. Se encontraba desprovisto de su arma favorita y tenía los brazos atados a la espalda con ligaduras de piel de gamo. La llegada de las banderas que servían de presentación para los mensajeros ya se había tornado en algo muy frecuente; de modo que Heyward esperaba ver a otro más de tantos oficiales enemigos que venían con propuestas similares. Sin embargo, en cuanto vio a esa persona alta que, a pesar de su semblante, continuaba rezumando fuerza y resistencia, lo reconoció como su amigo, el hombre del bosque. Tras un primer momento de sorpresa, como por las escaleras que bajaban desde el bastión hasta el interior de la fortaleza.

No obstante, el sonido de otras voces llamó su atención y le llevaron a olvidarse por un momento del asunto. En una de las esquinas interiores de la edificación se encontró con las hermanas, que también habían salido a caminar por las estructuras parapetadas en busca de luz y aire fresco. No se habían vuelto a ver desde aquel

momento en el que las tuvo que dejar en la llanura para luchar contra aquéllos que les perseguían. Cuando las vio por última vez estaban sucias y fatigadas; ahora estaban limpias y frescas como rosas, aunque también se les notaba temerosas y preocupadas. Ante tal imagen, no es de extrañar que el joven se olvidara momentáneamente de cualquier otra cosa, con el fin de atender a las damas. De todos modos, fue recibido con desdén por parte de la joven e ingenua Alice:

—¡Ajá! ¡Estás ahí, so truhán! ¡Caballero bribón! ¡Tú que abandonas a tus damiselas en apuros! —le gritó—. ¡Te hemos estado esperando durante días para que vinieses a imploramos misericordia y perdón por tus errores, o mejor por tus cobardías, ya que huiste como un ciervo asustado, como diría nuestro apreciado amigo el explorador!

—Lo que Alice quiere decir es que le estamos muy agradecidas y le damos nuestras bendiciones —añadió la mayor, con un tono más considerado y respetuoso—. La verdad es que nos preguntábamos por qué no nos había visitado antes, para recibir no sólo nuestra gratitud, sino también la de nuestro padre.

—Vuestro padre os podría explicar con sus propias palabras que, aunque no estuviera presente, no me desentendí de vuestra protección —contestó el joven—. El dominio de aquella concentración de tiendas se ha disputado ferozmente —continuó diciendo, mientras señalaba hacia el cercano campamento atrincherado—, y aquél que finalmente lo tome también podrá hacerse con el fuerte y todo lo que hay en él. He pasado allí todos los días y todas las noches desde la última vez que nos vimos, porque creí que ése era mi deber. En cualquier caso —añadió, con cierto aire de desazón que apenas pudo disimular, por mucho que lo intentara—, si hubiese sido consciente de que mi conducta como soldado podría ser calificada como reprobable, también la vergüenza habría sido una razón para haberme aislado de vosotras.

—¡Heyward! ¡Duncan! —exclamó Alice, inclinándose hacia adelante para ver la expresión del joven, a la vez que uno de sus mechones rubios caía sobre su mejilla y llegaba casi a ocultar una lágrima que comenzaba a brotar de su mirada—. Si hubiese sabido que esta ignorante boca mía iba a hacerte tanto daño, me la habría callado para siempre. Cora puede asegurarte, si lo tienes a bien,

cuánto hemos apreciado tu dedicación y cuán profunda, o cuán ferviente, es nuestra gratitud.

—¿Será pues, Cora la que atestigüe la verdad de tales palabras? —dijo Duncan, dejando que su melancolía diera paso a una amplia y sincera sonrisa—. ¿Qué dice la más sena de las dos hermanas? ¿Sabrá perdonar al que no fue caballero porque tuvo que ser soldado?

Cora no contestó de inmediato, sino que volvió su mirada hacia la superficie del Horicano, como si buscara allí la respuesta. Cuando por fin miró al joven, sus ojos se llenaron de una angustiosa melancolía que le hizo adoptar una actitud más preocupada:

—¡No se siente usted bien, mi querida señorita Munro! —exclamó —. Hemos cultivado la alegría mientras usted se encontraba mal.

—No es nada —le contestó, quitándole importancia al asunto y rechazando delicadamente su inquietud—. Sólo que no soy capaz de ver el lado bueno de las cosas, como lo hace esta inexperta pero apasionada entusiasta de la vida —añadió, mientras colocaba su mano afectuosamente sobre el brazo de su hermana—. Es el precio que se paga por haber vivido más y, quizá, por ser de la manera que soy —continuó diciendo en su empeño de aparentar bienestar, como si ése fuera su deber—. Mire a su alrededor, comandante Heyward, y dígame qué optimismo cabe en el corazón de la hija de un soldado cuya máxima aspiración es la de mantener su honor y reputación como militar.

—Ninguna de las dos debe verse ni se verá mancillada por circunstancias fuera de su control —le replicó Duncan amablemente —. Ahora recuerdo que yo también tengo un deber que atender. Me voy a ver a vuestro honorable padre, para oír lo que tiene que decir respecto a las últimas novedades concernientes a nuestra defensa. Que Dios te bendiga en toda ocasión, noble Cora, como debo llamarte —ella le dio la mano de un modo sincero, aunque con labios temblorosos, mientras sus mejillas cobraron una palidez ceniza—. En toda ocasión estoy seguro de que serás una digna representante de la condición femenina. Alice, adieu —al comenzar esta última frase, su tono pasó de la admiración a la ternura— adieu, Alice, ¡nos veremos de nuevo, y es de esperar que victoriosos

y regocijantes!

Sin esperar respuesta de ninguna de ellas, el joven siguió bajando las musgosas escaleras del bastión y, cruzando rápidamente el patio de armas, se presentó ante el padre de las muchachas. Munro caminaba de un extremo al otro de su estrecho despacho con pasos largos y nerviosos cuando entró Duncan.

—Se ha adelantado a mis deseos, comandante Heyward —le dijo—. Estaba a punto de hacerle llamar.

—¡Lamento ver, señor, que el mensajero que tan fervientemente le recomendé ha vuelto capturado por los franceses! Espero que no haya motivos para cuestionar su lealtad.

—Conozco bien la lealtad de «Carabina Larga» —le contestó Munro —. Está por encima de toda sospecha; aunque parece ser que su acostumbrada suerte al fin le ha fallado. Montcalm le ha apresado, y con esa maldita cortesía tan típica de su nación, me lo ha traído diciendo aquello de que «sabiendo cuánto usted aprecia al caballero, no podía soportar la idea de seguir reteniéndole». ¡Un modo jesuítico, comandante Duncan Heyward, de restregarle en la cara a un hombre el hecho de que su situación es desesperada!

—¿Pero, y el general con sus refuerzos?

—¿Ha mirado usted hacia el sur antes de entrar? ¿Acaso los ha visto? —le preguntó el viejo soldado con risa amarga.

—¡Vaya, vaya! Es usted un joven impaciente, ¿no ve que ha de permitirles que avancen plácidamente y a su aire?

—Entonces, ¿al menos llegarán? ¿Lo ha confirmado el explorador?

—¿Cuándo? ¿Por dónde? Nadie me ha informado de ello. Al parecer, hay una carta también, lo cual constituye el único punto positivo de toda la cuestión. Si las noticias de la referida misiva fuesen negativas, la gentileza del marqués de Montcalm nos lo haría saber.

—¿Entonces se queda el mensaje y libera al mensajero?

—En efecto, eso es lo que pretende, y todo por la vía de la caballerosidad francesa. Me jugaría lo que fuese a que la única ciencia noble que a ese individuo le enseñó su abuelo fue la del baile.

—¿Y qué dice el explorador? ¿acaso no vio ni oyó algo? ¿Cuál es su informe del asunto?

—Oh, por supuesto, aún conserva el don del habla y es muy libre de contar todo lo que ha percibido por sus ojos y sus oídos. Todo ello se reduce a esto: existe una fortaleza en la ribera de Hudson, perteneciente a las fuerzas del rey y de nombre Edward, en honor a su alteza el duque de York, como usted bien sabe. Tal fortaleza está bien dotada de hombres armados, como es preceptivo.

—Pero ¿no había muestras de movimiento, o la intención de avanzar a socorrernos?

—Hubo los acostumbrados desfiles de mañana y tarde. Además de esto, lo único destacable sería cuando a alguno de esos tontos provicianos, y usted estará de acuerdo conmigo, Duncan, siendo usted medio escocés, como digo, ¡cuando a alguno se le derramara un poco de pólvora sobre el fuego al prepararse la comida! —entonces, cambió su tono de amarga ironía por uno más grave y sobrio, añadiendo—. ¡Con todo, algo debe de haber en esa carta que nos convendría saber!

—Debemos tomar una decisión rápida —dijo Duncan, satisfecho de que el cambio de humor de su interlocutor le permitiese ahondar en los puntos más importantes de la entrevista—. Me es imposible ocultarle la verdad de nuestra situación; el campamento no se podrá retener por mucho más tiempo; además, lamento tener que añadir que las cosas en el fuerte tampoco van por buen camino, más de la mitad de las piezas de artillería han estallado.

—¿Cómo puede ser de otra manera? ¡Algunas se sacaron del fondo del lago, otras estuvieron oxidándose en el bosque desde el descubrimiento de esta tierra y algunas ni siquiera podían llamarse armas, sino juguetes de recluta! ¿Cree usted que se pueden tener armas de calidad en medio de un extenso bosque, a miles de kilómetros de Gran Bretaña?

—Los muros están empezando a agrietarse y las provisiones a escasear —continuó puntualizando Heyward, haciendo caso omiso a estas nuevas exclamaciones de indignación—. Incluso entre los hombres empieza a cundir el pánico y el malestar.

—Comandante Heyward —le dijo con dignidad Munro a su joven interlocutor, haciendo valer sus años de experiencia y la superioridad de su rango—; debo de haber servido a su majestad durante medio siglo, y me habría ganado estas canas en vano si fuera ignorante de todo lo que me dice acerca de nuestra penosa situación. Con todo, aún tenemos un deber contraído con las fuerzas del rey y con nosotros mismos. Mientras haya esperanza de recibir ayuda, defenderé este fuerte aunque sea con las piedras de la orilla del lago. Nos interesa, por tanto, lo que dice la carta, para saber cuáles son las intenciones del hombre que el conde de Londres ha dejado como sustituto.

—¿Puedo serle de alguna ayuda en todo ello?

—Sí que puede, caballero; el marqués de Montcalm, aparte de sus otras cortesías, me ha invitado a celebrar con él una entrevista entre el fuerte y su propio campamento; según él, con el fin de comunicarnos más información. Ahora bien, no creo que deba mostrar un excesivo celo por verme con él personalmente, con lo cual le enviaría a usted, un alto oficial, como mi sustituto. Además, no sería bueno para la reputación de Escocia si no le correspondiéramos a otro país por su amabilidad y cortesía.

Sin ninguna intención de entablar un debate sobre el tema de la correspondencia diplomática entre las naciones, Duncan aceptó gustosamente la misión de presentarse a la anunciada entremeta en representación de Munro. Tras esto, siguió una conversación larga y confidencial entre ellos, durante la cual el joven recibió, de la mano de su comandante jefe, más instrucciones acerca de sus deberes, todas ellas avaladas por la experiencia y la agudeza del veterano oficial. Una vez concluida esta plática, el joven se retiró.

Dado que Duncan sólo actuaba en calidad de representante de la máxima autoridad del fuerte, se prescindió de cualquier acto protocolario que normalmente acompañaría a una reunión entre jefes de fuerzas contrarias. Aún se mantenía la tregua y, a redoble

de tambor, acompañado por una pequeña enseña blanca, Duncan salió por el portón a los diez minutos de su conversación con Munro. Fue recibido por el oficial francés encargado de guiarle, e inmediatamente fine llevado hasta la caseta en la que se encontraba el afamado líder de las fuerzas de Francia.

El general enemigo acogió al joven mensajero en compañía de su estado mayor, así como en la de un grupo de jefes nativos que le habían seguido, junto con los guerreros de cada tribu. Heyward se detuvo repentinamente cuando, al observar este último grupo, reconoció el semblante maligno de Magua, quien le miraba con su acostumbrada expresión de aparente calma, pero que rezumaba odio y rencor. El joven incluso dejó escapar una leve exclamación de sorpresa; pero, al instante, recordó cuál era su encargo, así como la necesidad de reprimir cualquier emoción en un ambiente enemigo. Se volvió para dirigirse al jefe hostil, quien a su vez ya se había adelantado a recibirle.

En el momento en que tuvo lugar esta historia, el marqués de Montcalm se encontraba en la flor de la vida y, puede añadirse también, en la cumbre de su buena fortuna. No obstante, a pesar de su envidiable situación, se mostraba afable, haciendo gala de un exquisito gusto tanto por la cortesía como por lo caballeresco; tanto que esto último le hizo perder la vida dos años más tarde en las llanuras de Abraham. Duncan, al dejar de recoger la malvada expresión brindada por Magua, dirigió su mirada al sonriente y pulido rostro del general francés, repleto de talante noble y, sin duda, más placentero de contemplar.

— Monsieur —dijo el francés—, j'ai beaucoup de plaisir á… bah!… Où est cet interprête?

— Je crois, monsieur, qu'il ne sera pas nécessaire —respondió Heyward con modestia—. Je parle un peu Français.

— Ah! J'en suis bien aise —dijo Montcalm, cogiéndole del brazo a Duncan como si le conociera de siempre, para llevarle hasta el otro lado de la caseta, donde nadie pudiera oírles—. Je déteste ces fripons-là; on ne sait jamais sur quel pié on est avec eux. Eh, bien! Monsieur —continuó diciendo, sin dejar de hablar en francés—, aunque me habría gustado mucho recibir a su comandante jefe,

estoy muy contento de que haya enviado a un oficial tan distinguido y, seguramente, tan comprensivo como usted.

Duncan le saludó con una inclinación de cabeza, halagado por el cumplido, aunque dispuesto en todo momento a no olvidar que debía defender los intereses de su rey. Tras un momento de pausa, como si estuviera recordando lo que tenía entre manos, Montcalm prosiguió:

—Su jefe es un hombre valiente y sobradamente cualificado para hacerle frente a mi ofensiva. Mais, monsieur, ¿no será hora de pensar más en lo humano de la cuestión y menos en la valentía? Ambas cosas deben caracterizar al verdadero héroe.

—Consideramos esas cualidades como inseparables —respondió Duncan, sonriente—, pero cuando nos encontramos con que su excelencia se empeña en estimular la primera, vemos que no ha lugar para la consideración de la segunda.

Montcalm, ante esto, también se inclinó levemente, pero su actitud se revelaba como la de un hombre demasiado acostumbrado a ser alabado como para mostrar gratitud por ello. Tras meditar un instante, añadió:

—Aunque pueda ser que mis catalejos me engañen, parece ser que sus muros resisten el fuego de nuestros cañones mejor de lo que yo esperaba. ¿Conocen la magnitud de nuestras fuerzas?

—Nuestros informes varían —dijo Duncan, sin darle excesiva importancia—. El que más contabiliza, de todos modos, no excede la cantidad de unos veinte mil hombres.

El francés se mordía el labio y miró fijamente a su oponente, como si quisiera leerle el pensamiento. Entonces, recobró la compostura y continuó, como si reconociera la autenticidad de tal cifra, cuando en realidad sus fuerzas sólo alcanzaban la mitad:

—No resulta un cumplido para nuestra ardua labor de vigilancia, monsieur, el que no podamos evitar que se sepa el número de nuestros efectivos. Incluso en la profundidad de estos bosques resulta una tarea difícil —a continuación añadió, sonriendo

intencionadamente—. Aunque piense que no debe tenerse en cuenta el lado humano de la cuestión, me permito suponer que la galantería no es una práctica extraña para alguien tan joven como usted. Las hijas del comandante jefe, por lo que sé, ¿no han ingresado en la fortaleza en el transcurso del asedio?

—Es verdad, monsieur; pero, lejos de apartamos de nuestro deber, nos sirven como ejemplo, a su modo, de entereza y de valor. Si no se necesitaran más que la entrega y el sacrificio para repeler el ataque de tan distinguido soldado como es M. de Montcalm, con total convicción dejaría la defensa del fuerte William Henry en manos de la mayor de esas damas.

—Tenemos una sabia ordenanza en nuestro código militar que dice: «La corona de Francia nunca rebajará la lanza a la condición de la rueca» —dijo Montcalm, con sobriedad y algo de altanería, pero retornando inmediatamente a su actitud sincera y amable—, dado que todas las cualidades nobles vienen de estirpe, puedo reconocerlas fácilmente en usted; ahora bien, como le dije antes, el valor tiene sus límites y el lado humano de las cosas no debe olvidarse. Confío, caballero, en que usted viene dispuesto a llegar a un acuerdo para la rendición de la plaza.

—¿Acaso su excelencia ha interpretado que nuestras defensas son tan exiguas que consideramos tal medida como necesaria?

—Lamentaría tener que prolongar la situación, con el riesgo de que se irriten esos amigos míos de piel roja —continuó diciendo Montcalm, lanzando una mirada furtiva hacia el severamente expectante grupo de indios, apenas atendiendo a la pregunta formulada por su interlocutor—. Hasta ahora ha sido difícil convencerles de que luchen de acuerdo con las normas éticas de la guerra.

Heyward se quedó en silencio, mientras el doloroso recuerdo de los recientes peligros que había experimentado volvió a su memoria, a la vez que se acordaba de esos seres indefensos que habían compartido con él tales sufrimientos.

— Ces messieurs-là —dijo Montcalm, aprovechándose de la ventaja que aparentemente tenía— son arrolladores cuando se les

contradice; y no creo que sea necesario explicarle lo poco que saben contener sus iras. Eh bien, monsieur! ¿Hablamos de las condiciones?

—¡Me temo que su excelencia se equivoca con respecto a la capacidad defensiva del fuerte William Henry, así como en lo referente a los recursos de su guarnición!

—No estoy delante de Quebec, sino una fortaleza terrosa defendida por veintitrés mil galantes hombres —respondió lacónicamente el otro.

—Nuestras defensas son terrosas, en efecto, no se asientan sobre las rocas del cabo Diamond; pero se erigen sobre esa costa que resultó ser tan fatídica para Dieskau y su ejército. También hay que recordar que se encuentra a pocas horas de distancia un contingente poderoso de nuestras fuerzas, con el cual también contamos.

—Algo así como entre seis y ocho mil hombres a quienes su líder quiere tener más a salvo en su propio fuerte que en el campo de batalla —le replicó Montcalm con la misma indiferencia.

Ahora le tocaba a Heyward morderse el labio con rabia, mientras el otro hizo esas frías alusiones a unas fuerzas que, a sabiendas del joven, no les podían ayudar. Ambos se quedaron meditabundos y, por fin, Montcalm reanudó la conversación, haciendo entender que la visita de su invitado sólo tenía como propósito la capitulación. Por otra parte, Heyward comenzó a lanzar contra el francés numerosos incentivos para seguir con la lucha, a fin de hacerle hablar del contenido de la carta que había interceptado. Ninguno de los dos, sin embargo, consiguió su propósito y, tras una prolongada e infructuosa entrevista, Duncan se despidió, impresionado por la cortesía y los exquisitos modos del que capitaneaba las fuerzas enemigas, pero aún desconociendo aquello que había venido a averiguar. Montcalm le acompañó hasta la entrada de la caseta, pidiéndole que le transmita una nueva invitación al jefe de la fortaleza para que se reúna pronto con él en campo abierto.

Entonces se separaron y Duncan volvió, escoltado de nuevo, hacia el puesto más avanzado de los franceses; del cual prosiguió inmediatamente hacia el fuerte y, finalmente, al despacho de su

comandante jefe.

Capítulo XVI

EDGAR. —Antes de combatir en la batalla, abre esta carta.

El Rey Lear.

El comandante Heyward encontró a Munro acompañado únicamente por sus hijas. Atice estaba sentada en su regazo, apartando los mechones canosos de la frente del anciano con su delicada mano y besándole cariñosamente en su fruncido ceño cada vez que parecía gruñir de preocupación. Cora estaba sentada cerca, admirándoles muy complacida y sosegada. Contemplaba los ingenuos actos de su hermana pequeña con una especie de cariño maternal que caracterizaba el amor que le profesaba a la niña. No sólo los peligros que habían soportado, sino aquéllos que aún les amenazaban, parecían haberse olvidado con el apacible alivio de tan tierna reunión familiar. Parecía que la breve tregua les había servido para dedicar unos instantes a los sentimientos más puros y verdaderos. De este modo, el momento premiaba a las hermanas con la posibilidad de arrinconar sus temores, a la vez que le permitía al veterano dejar de lado sus preocupaciones. Duncan, quien por su entusiasmo había entrado precipitadamente y sin esperar a ser anunciado, se quedó durante unos segundos maravillado ante tan conmovedora escena, sin que le vieran. Pero los avispados ojos de Alice se percataron de su reflejo en un espejo de la habitación y ésta saltó, ruborizándose, del regazo de su padre, mientras exclamaba:

—¡Comandante Heyward!

—¿Dónde está el muchacho? —preguntó el padre—. Le había mandado a que discutiera con el francés. ¡Ajá, buen hombre, es usted joven y sigiloso! ¡Márchate de aquí, so trasto; ya tengo bastantes cosas en qué pensar, sin tener que estar pendiente de pequeñas cotillas como tú!

Alice se marchó entre risas y guiada por su hermana, al percatarse ésta de que su presencia sobraba en aquellos momentos. Munro, en vez de exigir inmediatamente los resultados de la misión del joven, paseó de un lado a otro de la habitación durante un momento, con las manos detrás y la cabeza mirando al suelo en actitud pensativa. Cuando por fin levantó la vista, dijo con sentimiento paternal:

—Son un par de chicas de lo más excelente, Heyward, serían el orgullo de cualquier padre.

Ya conoce usted la consideración que tengo por sus hijas, coronel Munro.

—Es cierto, muchacho —le interrumpió con impaciencia el anciano —. Estuvo usted más dispuesto a hablar de esa cuestión el día que llegó; ¡pero no creí apropiado que un viejo soldado hablase de bendiciones nupciales o anécdotas de boda cuando los enemigos de su rey estaban a las puertas del recinto! De todos modos me equivoqué, me equivoqué entonces, Duncan, muchacho; y ahora estoy dispuesto a oír lo que tenga que decir al respecto.

—Sin menosprecio por el placer que sus palabras suponen para mí, estimado señor, lo que debo comunicarle ahora mismo es un mensaje de parte de Montcalm.

—¡Que el francés y todas sus huestes se vayan al diablo! —exclamó con impaciencia el veterano—. Aún no es el que manda en el fuerte William Henry, ni lo será, siempre y cuando Webb demuestre ser el hombre que debería ser. ¡No, señor! Por fortuna, aún no nos encontramos en una situación tan desesperada que le impida a Munro cuidarse de los asuntos más íntimos de su familia. Duncan, la madre de usted era hija única de mi mejor amigo, por lo que escucharé lo que tenga que decir aunque todos los caballeros de San Luis estuvieran al otro lado del portón, exigiendo mi atención con el mismísimo santo francés a la cabeza. ¡Poca caballerosidad puede acompañar a los dulces modales y a los marquesados de dos peniques! ¡Lo que cuenta es la dignidad y la solera; en eso consiste el verdadero « memo me impune iaccesit» de lo caballeresco! Usted proviene de una vieja estirpe de esa clase, Duncan, los cuales destacaron entre los nobles de Escocia.

Heyward, al percatarse de que su superior disfrutaba, dentro de su rabia, con despreciar el mensaje del general francés, no insistió en contradecir un impulso pasajero como ése; por lo cual también mostró la máxima indiferencia hacia el asunto:

—Mi petición, como recordará, señor, era la de creerme digno de llegar a ser su yerno.

—Perfecto, muchacho, ha encontrado usted las palabras adecuadas para hacerse entender. Pero, déjeme preguntarle; ¿se lo ha comunicado así de claro a la chica?

—Oh, no, por mi honor —exclamó Duncan con cálido respeto—. Habría abusado de la confianza depositada en mí si me hubiese aprovechado de la situación para tales propósitos.

—Sus modos son los propios de un caballero, comandante Heyward, de eso no cabe duda, pero Cora Munro es una dama excesivamente discreta e inteligente como para requerir tanta prudencia y protección, ni siquiera por parte de su padre.

—¡Cora!

—¡En efecto, Cora! ¿No estamos hablando de sus pretensiones hacia la señorita Munro?

—No… no… no creo haber mencionado su nombre —dijo Duncan, tartamudeando.

—Entonces, ha pedido mi consentimiento, ¿para casarse con quién, comandante Heyward? —le preguntó el viejo soldado, erguido con la dignidad de alguien que hubiera sido ofendido.

—Tiene usted otra hija, no menos hermosa.

—¡Alice! —exclamó el padre, con un grado de sorpresa equivalente al mostrado por Duncan cuando repitió el nombre de la otra hermana.

—Tales eran mis intenciones, señor.

El joven aguardó en silencio el desenlace del extraordinario efecto

que tuvo tan inesperada noticia. Durante varios minutos, Munro caminó por toda la habitación, con sus largos y rápidos pasos, mientras las facciones de su cara se contraían de acuerdo con sus pensamientos. Finalmente, se detuvo justo delante de Heyward y, fijando su mirada en la de su interlocutor, le dijo con voz extremadamente temblorosa:

—Duncan Heyward, he sentido gran afecto por usted, habida cuenta de la sangre que corre por sus venas, también le he apreciado por sus indiscutibles virtudes, así como por la posibilidad de que usted pudiera contribuir a la felicidad de mi hija. No obstante, toda mi estima se tornaría en odio si lo que más temo llegara a ser verdad.

—¡Quiera Dios que ninguno de mis actos o pensamientos haya siquiera insinuado algo negativo! —exclamó el joven sin titubear y manteniendo la morada fija. A pesar de no poder aceptar la imposibilidad de que el joven comprendiera los sentimientos de un padre, Munro sí se dejó convencer por la impasible sobriedad de su rostro y, hablando con un tono más suave, le dijo:

—Quiere usted ser mi yerno, Duncan, y desconoce la historia del hombre que desea tener por suegro. Siéntese, joven, y le hablaré de un corazón destrozado, aunque sea con pocas palabras.

A estas alturas, el mensaje de Montcalm quedaba en el olvido tanto para el mensajero como para el destinatario. Cada uno de los dos hombres tomó asiento y, mientras el más experimentado volvía a dejarse llevar por los pensamientos, esta vez con el ánimo entristecido, el más joven disimulaba su impaciencia por medio del respeto y la atención mostrada hacia el primero. Al cabo de un momento, el veterano habló.

—Ya sabe usted, comandante Heyward, que mi familia es de rancio abolengo —comenzó diciendo el escocés—, a pesar de que no disfrute de todas aquellas riquezas que suelen corresponderle a una estirpe así. Yo debí de tener la edad de usted cuando quise unir mi destino al de Alice Graham, hija única de un vecino terrateniente. No obstante, su padre se mostró desfavorable, no sólo por mi pobreza económica, sino también por otras cuestiones. Entonces hice lo que cualquier hombre honrado creería necesario; dejé a la dama para que otro la pretendiese y me marché para servir a mi

rey. Había estado en muchos lugares, y derramado mucha sangre antes de que el deber requiriese mi presencia en las islas de las Indias Occidentales. Allí dispuso el destino que me uniera con aquella que sería mi mujer, así como la madre de Cora, Ella, era la hija de un caballero de las islas y de una señora cuya desgracia fue, si se quiere llamar así —dijo el anciano con orgullo—, la de haber tenido antepasados que fueron esclavos. Sí, amigo mío, fue un resultado más de la maldición que supuso para Escocia el verse unida de forma tan antinatural con un pueblo foráneo y de costumbres comerciales ¡Pero cualquier hombre que hubiera osado tratar mal a mi hija habría tenido que enfrentarse con las incandescentes iras de un padre! Por cierto, comandante Heyward, usted mismo nació en el sur, donde las gentes consideran a los esclavo como seres pertenecientes a una raza inferior.

—Ésa es una triste verdad, señor —dijo Duncan, incapaz de evitar que su vergüenza le hiciera inclinar la vista hacia el suelo.

—Entonces, ¿eso es lo que le reprocha a mi hija? ¿Se avergonzaría de unir la sangre de los Heyward con otra que es considerada de inferior rango natural, aunque sea la de una muchacha tan virtuosa y bien parecida? —le preguntó con ánimo acusador el enojado padre.

—Dios me libre de tener un prejuicio tan mezquino e insano —le contestó Duncan, el cual tuvo que reconocer, para sus adentros, que tales sentimientos le fueron inculcados desde pequeño, hasta el punto de que parecían ya constituir una parte de su ser por naturaleza—. Mis motivos pueden tener mejor explicación en la dulzura, la belleza y el encanto propios de su hija menor, coronel Munro, sin que se me tengan que imputar unas ideas tan injustas.

—Tiene usted razón, caballero —le replicó el anciano, de nuevo cambiando su tono por otro más suave y calmado—. La chica es la viva imagen de su madre cuando tenía esa edad, antes de que llegara a conocer el dolor. Cuando la muerte se llevó a mi mujer, me volví a Escocia, dotado de las riquezas que heredé de ella y, ¿qué le parece, Duncan?, la chica angelical que había dejado allí aún era soltera, permaneciendo así durante veinte años, ¡todo por un hombre que la había olvidado! Hizo incluso más que eso, amigo mío; no tuvo en cuenta mi poca fe del pasado y, al no haber más

impedimentos, me aceptó como marido.

—Entonces, ¿ella es la madre de Alice? —preguntó Duncan con un entusiasmo que podría haber resultado peligroso en aquel momento, si no fuera porque Munro estaba embebido en sus recuerdos.

—En efecto —afirmó el anciano—, y pagó caro el concederme esa bendición. Pero ahora es una santa en el cielo, amigo mío, y la vida se hace pesada para el que permanece en la tierra llorando la falta de una persona tan divina. Eso sí, estuvo conmigo durante un año, aunque fue muy poco tiempo de felicidad para alguien cuya juventud se había consumido por una decepción amorosa.

Había algo tan imponente en el dolor del anciano que Heyward ni se atrevió a pronunciar una sola palabra de consuelo. Munro perdió toda noción de que estaba acompañado; su gesto compungido denotaba el dolor que le producían los recuerdos y las lágrimas comenzaron a salirle de los ojos, rodando pesadamente por sus mejillas antes de caer al suelo. Al cabo de cierto tiempo reaccionó, como si le viniese repentinamente el recuerdo de algo; se levantó y cruzó la habitación, volviéndose sobre sí para dirigirse a su compañero de armas y preguntarle, con formidables aires marciales:

—¿No tiene usted, comandante Heyward, algún comunicado de parte del marqués de Montcalm que yo deba oír?

Tras un primer instante de sorpresa, Duncan comenzó inmediatamente a transmitirle, aunque con tono avergonzado, el referido mensaje. Es conveniente puntualizar aquí sobre el hecho de que el francés había eludido, con gran diplomacia y cortesía, todos los intentos por parte de Heyward para que revelara el contenido de la ya mencionada carta, así como el hecho de que el general francés había dejado claro, en su mensaje a Munro, que para conocer el comunicado de la misiva debería presentarse en persona ante él. Mientras Munro escuchaba el relato de Duncan, los sentimientos paternales del anciano dieron paso gradualmente a los de un soldado consciente de su deber. Cuando hubo terminado el joven su informe, tenía ante sí al militar de cuerpo y alma, herido en su orgullo por lo acontecido.

—¡Ha dicho usted suficiente, comandante Heyward! —exclamó el veterano con enojo—, lo suficiente como para escribir un libro sobre los buenos modales de los franceses. Resulta que este caballero me in-vita a una entrevista y cuando le envío un sustituto de lo más capacitado, como lo es usted, Duncan, a pesar de su juventud, me responde con una evasiva.

—Posiblemente no le haya agradado lo del sustituto, señor; recuerde que la invitación de entonces, al igual que la de ahora, iba dirigida al jefe de la fortificación, no al segundo en el mando.

—¿Acaso no se pueden depositar en un sustituto aquellos poderes propios del quien se los transfiere? ¡Así que desea cambiar impresiones con Munro! Le digo a usted, caballero, que no me faltan ganas de complacerle, aunque sólo fuera para que comprobase con qué tranquilidad nos mantenemos, a pesar de su superioridad numérica y sus amenazas. Puede que sea lo mejor que podamos hacer, mi joven amigo.

Duncan, convencido de que lo más importante en aquel momento era conocer el mensaje de la carta que traía el explorador, aplaudió la idea con entusiasmo.

—Sin duda la confianza del francés se vería socavada por nuestra indiferencia —le dijo.

—No pudo haber dicho mayor verdad, caballero. Incluso desearía que ese individuo se lanzara contra el fuerte abiertamente, por medio de un ataque a discreción. Ése es el modo más eficaz de probar al valor de un enemigo, infinita-mente mejor que el sistema de baterías que ha preferido utilizar. El arte y la hombría que se demostraban antes en la guerra han quedado diezmados, comandante Heyward, por los artilugios de ese tal monsieur Vauban. ¡Nuestros antepasados estaban muy por encima de tales cobardías científicas!

—Puede que sea verdad, señor; pero lo cierto es que ahora nos vemos obligados a combatir a los artilugios por medio de artilugios, también. ¿Cómo piensa prepararse para la entrevista?

—Me veré con el francés, sin miedo ni demora, y con la presteza

que me exige la fidelidad hacia mi rey. Retírese, comandante Heyward, y empiece a hacer los preparativos mandándoles un mensajero que les haga saber quién vendrá. Nosotros seguiremos detrás, escoltados por un pelotón de guardia, ya que es apropiado exigir respeto para aquél que representa el honor de su monarca; además, Duncan, —añadió casi susurrando, a pesar de que estaban solos—, puede venir bien estar preparados en caso de que se trate de una trampa.

El joven oficial abandonó el despacho al recibir la orden. Dado que quedaba poco para que terminara el día, se dispuso inmediatamente a hacer los preparativos. En poco tiempo pudo agrupar unas filas de efectivos, más un ordenanza que portara la bandera, anunciando la llegada del comandante jefe. Una vez hecho esto, Duncan les llevó hacia el portón, donde ya les aguardaba su superior. En cuanto concluyeron los consabidos ceremoniales de despedida, el veterano y su joven acompañante dejaron la fortaleza, arropados por su escolta.

Sólo habían avanzado unos trescientos metros cuando avistaron al grupo que asistía al general francés abriéndose paso por el pequeño valle que flanqueaba a un arroyo entre las baterías de los asaltantes y el fuerte. Desde el primer momento, la actitud de Munro era orgullosa y rebosaba dignidad castrense. En cuanto divisó el plumín blanco del sombrero de Montcalm, su mirada se encendió y toda la musculatura de su robusto cuerpo se tensó, a pesar de su avanzada edad.

—Dígales a los muchachos que estén atentos, caballero —le dijo a Duncan en voz baja—, y que tengan preparados tanto los fulminantes como las bayonetas, ya que uno nunca sabe a qué atenerse con uno de estos «luises». Además de ser precavidos, les mostraremos lo seguros que estamos de nosotros mismos. ¡Usted ya me entiende, comandante Heyward!

Su discurso fue interrumpido por un estruendo de golpes de tambor por parte del grupo francés, al cual respondieron inmediatamente. Tras esto, ambas partes hicieron avanzar sendos ordenanzas, cada uno portando una bandera blanca. El astuto escocés se detuvo, con su escolta de guardianes justo detrás de él. En cuanto la pequeña formalidad de intercambio de saludos hubo concluido, Montcalm

avanzó hasta ellos con paso rápido, pero también orgulloso. Se descubrió ante el veterano y, al hacerle este gesto de cortesía, rozó la tierra con la pluma blanca de su sombrero. La actitud de Munro era tan sumamente viril y autoritaria que contrastaba por completo con los cuidados y pulidos modales del francés. Durante unos instantes ninguno habló, sino que se miraron atónitos, llenos de curiosidad. A continuación, correspondiéndole el derecho por la superioridad de su rango, así como por ser el artífice de la entrevista, Montcalm comenzó a hablar. Después de brindarles unas palabras de saludo, se volvió hacia Duncan y, lleno de alegría al reconocerlo, continuó hablando en francés, diciendo:

—Me alegro, monsieur, de que nos haya proporcionado el grato placer de su presencia en esta ocasión. No habrá necesidad de hacer llamar a un intérprete común, ya que, en sus manos, tengo tanta tranquilidad como si hablase yo mismo en su idioma.

Duncan agradeció el cumplido y Montcalm se dirigió hacia su propia escolta, la cual, como la de sus enemigos, se encontraba busto detrás de su líder:

— En arrière, mes enfants… il fait chaud; retirez vous un peu.

Antes de que el comandante Heyward hiciera lo propio en señal de mutua confianza, miró por toda la llanura y se sintió intranquilo al ver a numerosos grupos de oscuros salvajes medio ocultos en la maleza que bordeaba el área, los cuales permanecían como curiosos espectadores de la entrevista.

—Estoy seguro de que monsieur de Montcalm comprenderá que estamos en condiciones desiguales —dijo con cierto tono avergonzado, a la vez que señalaba hacia esos peligrosos enemigos, los cuales podían verse en todas partes—. Si prescindiéramos de nuestra guardia, estaríamos a merced de nuestros enemigos.

—Monsieur, tiene usted la garantía de un gentilhombre francés de que se encuentran seguros —le replicó Montcalm, mientras se llevaba la mano al corazón de forma expresiva—. Eso debería bastarles.

—Por supuesto. Retírense —les dijo Duncan a los soldados,

añadiéndole al oficial que estaba al frente—. Retírese, caballero, hasta donde no pueda oír la conversación y espere órdenes.

Munro fue testigo del procedimiento mostrando evidentes síntomas de inquietud, por lo que exigió una explicación inmediata.

—No sería una buena actitud por nuestra parte, señor, si mostrásemos una excesiva desconfianza —le respondió Duncan—. Monsieur de Montcalm ha dado su palabra de que estaremos a salvo, por lo que he ordenado a los soldados que se retiren a cierta distancia, como prueba de nuestra fe en su promesa.

—De acuerdo, caballero, pero no profeso una desbordada confianza en lo que refiere a estos marqueses, o lo que sean. Sus títulos nobiliarios son una moneda tan comente que no se puede asegurar que conozcan el significado real del honor.

—Olvida usted, señor, que nos hemos reunido con un oficial que ha sido condecorado tanto en Europa como en América por sus gestas. No debemos temer nada, tratándose de un soldado de tan sólida reputación.

La expresión del anciano era de resignación, aunque sus facciones aún daban a entender que no estaba muy seguro de la situación. Tal desconfianza provenía más de una especie de odio hereditario hacia el enemigo que de cualquier indicio inmediato de peligro. Montcalm esperó con paciencia a que concluyera este breve diálogo en voz baja y, acercándose a ellos, introdujo el tema de la entrevista.

—Le he solicitado a su superior que nos reuniéramos, monsieur —dijo—, con el fin de que se deje persuadir del he-cho de que ya ha cumplido sobradamente con los deberes hacia su rey, debiendo ahora atender los requerimientos de lo propiamente humano. Reconoceré siempre que su resistencia ha sido caballerosa y que ha durado hasta donde le permitió la esperanza.

Cuando se le tradujo esto a Munro, respondió con dignidad, aunque con un mínimo de cortesía:

—Comoquiera que le agradezco a monsieur Montcalm por su

testimonio, el mismo será aún más valioso cuando sea más meritorio.

El general francés sonrió cuando Duncan le comunicó la respuesta y apostilló:

—Lo que en este momento se quiere salvar por la noble valentía, puede perderse por culpa de una obstinación inútil. Si monsieur quisiera, podría ver mi campamento en persona y comprobar por sí mismo el volumen de nuestras fuerzas, así como la imposibilidad de resistirlas con éxito.

—Sé perfectamente que el rey de Francia está bien armado —contestó el escocés, impasible, nada más terminar de traducir Duncan—. Pero, por su parte, mi majestad no se queda atrás y tiene la misma cantidad de tropas leales.

Aunque no las tiene todas a mano, para nuestra fortuna —dijo Montcalm, sin esperar siquiera al intérprete, dada su impaciencia—. En la guerra, un hombre valiente debe someterse a lo que dicta el destino, reuniendo para ello el mismo coraje con el que se enfrenta a sus enemigos.

—Si hubiese sabido que monsieur Montcalm domina el inglés, no me habría molestado en llevar a cabo una traducción tan comprometida —dijo Duncan con tono áspero, visiblemente ofendido. Al instante, se acordó de la breve conversación que mantuvo momentos antes con Munro.

—Le pido perdón, monsieur —dijo el francés, sonrojándose un poco —. Existe una gran diferencia entre comprender una lengua extranjera y poder hablarla; por lo que espero que siga usted ayudándome —tras una pausa, añadió—: Estas colmas nos permiten visionar el interior de su fortaleza, messieurs, gracias a lo cual soy tan consciente de sus escasas fuerzas como lo son ustedes mismos.

—Pregúntele al general francés si sus catalejos pueden ver hasta el Hudson, para que nos diga cuándo y por dónde podremos esperar al ejército de Webb.

—Deje que el general Webb se lo diga él mismo —replicó Montcalm

con aires refinados, mientras entregaba a Munro una carta abierta —. Verá entonces que los movimientos de ese hombre no suponen ninguna amenaza para mi ejército.

El veterano cogió la ofrendada carta con rabia, sin esperar a que Duncan tradujese lo dicho, dejando entrever claramente lo desesperado que estaba. A medida que sus ojos recorrieron el contenido del escrito, su rostro cambió la mirada de orgullo marcial por una de profunda decepción. Sus labios comenzaron a temblar y, dejando que el papel se le cayera de las manos, inclinó su cabeza con la misma actitud que la de alguien cuyas esperanzas hubiesen sido pulverizadas de un golpe. Duncan recogió la carta del suelo y, sin pedir disculpas por tomarse esa libertad, leyó de una pasada el cruel contenido de la misma. El remitente, superior en rango a ambos, lejos de pedirles que resistieran, les instaba a que se rindiesen, dando literalmente como razón la imposibilidad total de enviarles un solo hombre en su auxilio.

—¡No se trata de un engaño! —exclamó Duncan, mientras examinaba el documento concienzudamente—. Es la firma de Webb, por lo que debe tratarse de la carta interceptada.

—¡El hombre me ha traicionado! —exclamó finalmente Munro, con amargura—. Ha llevado el deshonor a las puertas de una casa en la que jamás se conoció esa desgracia, ha provocado que la vergüenza se cierna sobre mis canas.

—No diga eso —gritó Duncan—, aún somos los dueños de la fortaleza, así como de nuestro honor. Podemos aún vender nuestras vidas a un precio tan caro que el enemigo lo considere excesivamente elevado.

—Gracias, muchacho —dijo el anciano, saliendo de su estupor—. Le has recordado a Munro, de una vez, cuál es su deber. Volveremos y cavaremos nuestras tumbas tras esos muros.

—Monsieurs —dijo Montcalm, dando un paso hacia ellos con sincero interés por su situación—, no conocen ustedes a Louis de St. Véran si le creen capaz de sacar provecho de la presente misiva para humillar a los valientes, o para forjarse una reputación deshonesta. Escuchen mis condiciones antes de irse.

—¿Qué quiere el francés? —exigió saber el veterano, con gesto serio—. ¿Acaso piensa que es toda una hazaña militar el haber capturado a un explorador que portaba un mensaje? Amigo, entonces será mejor que deje de asediarnos y se vaya con su ejército ante el fuerte Edward, si es que pretende asustar a alguien.

Duncan tradujo el discurso de Montcalm.

—Monsieur de Montcalm, le escucharemos —añadió el veterano, ya con más tranquilidad, al concluir Duncan su labor.

—Conservar el fuerte a estas alturas es una pretensión imposible —dijo el enemigo con diplomacia—. Los intereses de mi monarca dictan que la fortaleza sea destruida; pero, en lo que se refiere a ustedes y a sus valientes camaradas, se les concederán todos los privilegios dignos de los buenos soldados.

—¿Nuestros colores? —preguntó Heyward.

—Llévelos a Inglaterra y muéstrelos a su rey.

—¿Nuestras armas?

—Quédenselas; nadie puede utilizarlas mejor.

—¿Nuestra marcha? ¿El momento de la rendición?

—Todo ello se hará de la manera más honorable para ustedes.

Duncan se volvió para comunicarle las propuestas a su superior, el cual le escuchó sobrecogido por lo atípico de dichas condiciones, así como por la generosidad de las mismas.

—Vaya usted, Duncan —dijo el anciano—, vaya con este marqués, que supongo que lo será, hasta su caseta y haga todos los preparativos. En toda mi vida hay sólo dos cosas que jamás creí tener que presenciar: que un inglés tenga tanto miedo que no quiera auxiliar a un amigo y que un francés no saque provecho de una situación de ventaja.

Al terminar de decir esto, el veterano volvió a inclinar la cabeza hacia abajo y comenzó su lento regreso al fuerte, dando claras

señales de abatimiento en su manera de moverse, lo cual fine interpretado por los soldados que lo vieron como un oscuro presagio de lo que les aguardaba.

El orgullo y los demás sentimientos de amor propio que caracterizaban a Munro jamás se recuperaron de este golpe. Muy al contrario, a partir de aquel momento, comenzó un decaimiento en su ánimo que le llevaría rápidamente a la tumba. Duncan permaneció para acordar los términos de la capitulación. Se le volvió a ver entrando en el fuerte durante las primeras guardias nocturnas y, tras celebrar un encuentro en privado con el comandante jefe, se le vio marchar de nuevo. Fue entonces cuando se anunció públicamente que las hostilidades debían cesar; Munro había firmado un tratado mediante el cual la plaza debía de ser entregada al enemigo por la mañana, mientras los efectivos de la misma podían conservar sus armas, sus colores y sus pertenencias, lo cual suponía también, desde el punto de vista militar, la conservación de su honor.

Capítulo XVII

Tejemos la trama.

El hilo está hilvanado.

La telaraña está tejida.

La obra está completa.

Gray.

Los ejércitos rivales estacionados en las tierras del Horicano pasaron la noche del nueve de agosto de 1757 de una manera muy parecida a como lo habrían hecho si se hubiesen enfrentado en suelo europeo. Mientras los perdedores estaban quietos y apesadumbrados, los victoriosos se encontraban pletóricos de alegría. Pero, como siempre, hay un límite tanto para la tristeza como para la alegría; y antes de que amaneciera, la quietud de aquellos bosques sólo se vio perturbada por algún que otro grito ocasional proferido por uno de los franceses jóvenes de las patrullas en avanzadilla, cuando no sonaba un desafío aislado desde los muros del fuerte, ya que estaba estrictamente prohibido que se acercara nadie antes del momento estipulado. Incluso estas amenazas esporádicas cesaron en cuanto llegó esa hora grisácea que precede al nuevo día; y cualquiera que escuchara no detectaría sonido alguno que delatase la presencia de los dos contingentes armados en las orillas del «lago sagrado».

Fue durante estos momentos de profundo silencio que la lona que cubría la entrada a una espaciosa caseta en el campamento francés fue retirada, saliendo un hombre a recibir el aire fresco de la mañana. Estaba envuelto en una capa que parecía haber sido diseñada para protegerse de las fuertes heladas del bosque, pero que a la vez servía para ocultar su persona. Se le permitió pasar por donde se encontraba el granadero que hacía guardia ante el lugar

en el que dormía el jefe francés. No se le detuvo en su avance, sino que tan sólo se le brindaron los saludos de fumo, los cuales devolvió sin mucho aprecio. Este individuo, ataviado de tal modo que los centinelas lo reconocían sencillamente como un oficial que casualmente pasaba por el lugar, siguió su camino a través de la multitud de tiendas de campaña, en dirección a la fortaleza William Henry, sin que nadie le impidiera el paso.

A excepción de esas breves interrupciones rutinarias que hemos mencionado, no cesó de caminar, abriéndose paso silenciosamente desde el centro del campamento hasta las posiciones más avanzadas de las fuerzas francesas, hasta que llegó al lugar en el que estaba el soldado que hacía guardia en el punto más próximo a la fortaleza enemiga. Al acercarse se encontró con la acostumbrada pregunta desafiante:

— Qui vive?

— France —fue la respuesta.

— Le mot d'ordre?

— La victoire —dijo el otro, acercándose tanto que se le podía oír, aunque susurrara.

— C'est bien —contestó el centinela, volviendo a colocar su mosquete al hombro—. Vous vous promenez bien matin, monsieur!

— Il est necessaire d'étre vigilant, mon enfant —apostilló el otro, dejando caer una doblez de su capa y mirándole al soldado cara a cara cuando pasó por su lado, siguiendo su camino hasta la fortificación británica. El hombre se sorprendió; sus brazos adoptando la rigidez del más respetuoso saludo. Cuando adoptó de nuevo la posición de descanso, volvió a su puesto de guardia, murmurando entre dientes:

— Il faut être vigilant, en vérité! Je crois que nous avons là, un caporal qui ne dort jamais!

El oficial continuó hacia adelante, simulando no haber oído las palabras que el centinela había dejado escapar; tampoco se detuvo

hasta que hubo alcanzado los muros bajos de las vecindades del bastión occidental de la fortaleza, la cual era una zona francamente peligrosa. La poca luz que facilitaba la luna apenas permitía distinguir a los objetos, por lo que tomó la precaución de situarse cerca de un árbol, en el cual se apoyó durante varios minutos, contemplando el fuerte inglés con lo que parecía un profundo interés. Su modo de mirar la fortificación no era la de un curioso espectador casual, sino que la estudió cuidadosamente de un punto a otro, utilizando sus conocimientos militares y dejando entrever que su examen del lugar se basaba en cierta desconfianza por su parte. Al cabo de un rato terminó su observación y, tras mirar con impaciencia hacia las cumbres de las montañas orientales, como si deseara que amaneciera rápidamente, se dispuso a volver por el mismo camino de antes. Justo en ese instante, un leve ruido que provenía del ángulo más próximo del bastión le llegó al oído, haciéndole permanecer allí.

Fue entonces cuando una figura apareció acercándose al muro, desde donde parecía estar también observando, en su caso las tiendas de campaña francesas que se encontraban a lo lejos. La figura giró su cabeza hacia el este, ansiosa también de que hubiese más luz. A continuación, se apoyó sobre el promontorio y permaneció mirando hacia el extenso brillo de las aguas, las cuales, como si se tratara de un firmamento subacuático, reflejaban el resplandor de miles de estrellas. El ambiente melancólico, el momento de nula actividad y la vasta corpulencia del hombre en cuestión, merodeando por los muros ingleses, no dejaba dudas acerca de su identidad para el avispado observador que le había detectado. Ahora el respeto, además de la prudencia, le instaba también a retirarse; y precisamente eso es lo que se proponía hacer, cuando otro ruido le llamó la atención e hizo que se quedara. Se trataba de una leve y casi inaudible alteración de las aguas, seguida de unas casi imperceptibles pisadas sobre gravilla. Al momento el observador vio cómo surgía una forma oscura de la zona del lago y se aproximaba sigilosamente a tierra firme, hasta llegar prácticamente a su misma altura. Acto seguido, vio cómo la figura empuñaba un fusil y se disponía a apuntar con él; pero, antes de que pudiera disparar, la mano del observador agarró el arma por el cierre.

—¡Hugh! —exclamó el salvaje, al ver frustrada su infame prueba de puntería.

Sin mediar respuesta, el oficial francés puso su mano sobre el hombro del indio y lo guió, sin hacer ruido, hasta un punto a cierta distancia del lugar, para que su conversación no se oyera y provocara un ataque, en especial si se tiene en cuenta que al menos uno de ellos buscaba una víctima. Allí, el oficial descubrió el uniforme y la cruz de San Luis que pendía de su pecho. Con gran severidad, Montcalm le preguntó al salvaje:

—¿Qué significa esto? ¿Acaso mi hijo no sabe que se ha enterrado el hacha de guerra entre su padre canadiense y los ingleses?

—¿Qué se espera que hagan los hurones? —contestó el salvaje, hablando también en francés, aunque incorrectamente—. ¡Ni un solo guerrero ha cobrado una cabellera, y los rostros pálidos se hacen amigos!

—¡Ja! ¡Le Renard Subtil! ¡A mi modo de ver, se trata de un exceso de entusiasmo para alguien que, hasta hace bien poco, era un enemigo! ¿Cuántos soles han pasado desde que Le Renard estuvo en el puesto de guerra de los ingleses?

—El único sol que importa —respondió el salvaje, ofendido— es el que se encuentra detrás de la colina. Ahora está oscuro y hace frío, pero en cuanto vuelva habrá luz y calor. Le Subtil es el sol de su tribu. ¡Ha habido nubes y muchas montañas entre su nación y él; pero ahora él brilla y el cielo está despejado!

—Que Le Renard tiene una gran influencia sobre los suyos es un hecho que ya conozco —dijo Montcalm—, ya que ayer quiso arrancarles las cabelleras y hoy le escuchan en el consejo alrededor del fuego.

—Magua es un gran jefe.

—Que lo demuestre enseñando a su pueblo cómo comportarse ante nuestros nuevos amigos.

—¿Por qué llevó el jefe del Canadá a sus hombres jóvenes al bosque

e hizo fuego contra la casa de barro con sus cañones? —preguntó el indio con sutileza.

—Para hacerse con ella. Mi monarca es dueño de esta tierra y me ordenó que desalojara a estos ingleses, ocupantes ilegítimos de la misma. Han aceptado marcharse y ya no los considero enemigos.

—Pues bien, Magua cogió el hacha para colorearla con sangre. Ahora está limpia; cuando esté teñida de rojo, la enterrará de nuevo.

Pero Magua ha jurado no manchar el honor de Francia. Los enemigos del gran rey del otro lado del lago salado son sus enemigos, mientras que los amigos del rey son los amigos de los hurones.

—¡Amigos! —repitió el indio con evidente desprecio—. Que su padre le extienda a Magua la mano.

Montcalm, convencido de que para mantener su influjo sobre las tribus guerreras valía más ser algo condescendiente, accedió, aunque reticente, a esta última petición. El salvaje le hizo comprobar la profunda cicatriz de su pecho y le preguntó con sarcasmo:

—¿Conoce mi padre esto?

—¿Y qué guerrero no lo conocería? Se trata de la huella de una bala.

—¿Y esto? —continuó preguntando el indio, habiéndose quitado el chaleco y revelando su espalda al otro.

—¿Esto? Mi hijo ha sido herido con saña; ¿quién lo ha hecho?

—Magua durmió sobre una cama dura en las tiendas inglesas y los travesaños le han dejado marca —contestó el salvaje con una risa forzada, la cual no lograba disimular la magnitud de su odio contenido. Tras esto, añadió con la dignidad propia de los nativos las siguientes palabras—. Vete y enséñales la paz a tus hombres. Le Renard Subtil sabe cómo hay que hablarle a un guerrero hurón.

Sin cruzar una palabra más, ni esperar respuesta alguna, el salvaje empuñó su arma y se dirigió en silencio a través del campamento, en dirección a aquella zona del bosque en donde se encontraba su tribu. Cada vez que se cruzaba con un centinela, éste le pedía señas; pero el salvaje seguía caminando con total indiferencia, desestimando las llamadas de atención de los soldados. Éstos, por su parte, no le disparaban porque conocían bien el desafiante y orgulloso modo de caminar propio de un indio.

Montcalm se quedó mucho tiempo en el lugar donde le había dejado su compañero de armas, apesadumbrado y pensativo después de comprobar el rencor que dominaba el ánimo de su ingobernable aliado. Su fama de caballero ya se había visto ensombrecida por un terrible hecho, en otras circunstancias muy semejantes a las del momento en el que ahora se encontraba. Mientras meditaba, se hizo plenamente consciente de la extraordinaria responsabilidad que asumen aquellos que no reparan en los medios para conseguir un determinado fin, así como todo el peligro que implica poner en marcha una maquinaria que puede llegar a superar cualquier control humano. Pero en seguida desechó todas estas reflexiones, al considerarlas signos de debilidad que no deben empañar un momento de triunfo como el que estaba viviendo. Volvió sobre sus pasos hasta llegar nuevamente a su tienda de campaña, dando la orden de que se efectuara el toque de diana.

El eco de los tambores franceses llegó hasta el interior del fuerte y todo el valle se vio inundado por las melodías de las marchas militares, cuyo estruendo musical se elevaba poderosamente por encima del redoble de tambor que las acompañaba. Las trompetas de los victoriosos sonaban alegres y majestuosas, hasta que el último rezagado del campamento ya se había incorporado a su puesto; pero en cuanto sonaron los pífanos británicos con sus agudas notas, los primeros se quedaron en silencio. Mientras tanto, ya había amanecido y, estando la hilera de soldados franceses formada para recibir a su general, los rayos brillantes del sol se reflejaban sobre sus vistosos uniformes. Fue entonces cuando el éxito, ya conocido de antemano por todos, fine anunciado de modo oficial; se dio orden de partida a los afortunados que fueron elegidos para montar guardia a las puertas de la fortaleza y éstos

desfilaron ante su jefe; se dio la señal de su acercamiento y se hicieron todos los acostumbrados arreglos para el cambio de tercio, el cual se efectuó bajo la preceptiva orden, llevada a cabo justo bajo los cañones del disputado fuerte.

Una escena muy diferente tuvo lugar en las líneas del ejército angloamericano. En cuanto fue dada la señal de alerta, todas las acciones daban a entender que se trataba de una apresurada y obligada despedida. Los soldados, llenos de resentimiento, llevaron sus armas al hombro, éstas ya descargadas, y se mantuvieron firmes; pero su sangre hervía con el deseo de vengar un ultraje que aún minaba lo más profundo de su orgullo, todo ello bajo la aparente normalidad del protocolo militar.

Las mujeres y los niños correteaban de un lado a otro, algunos llevando sus escasas pertenencias a cuestas, otros buscando caras conocidas entre las filas que les asegurasen su protección.

Munro compareció ante sus hombres con gesto firme, aunque decepcionado. Era evidente que el inesperado golpe le había llegado hasta lo más hondo de su ser, a pesar de sus esfuerzos por mantener la compostura.

Duncan se conmovió ante el silencioso e impresionante modo con el que se adaptaba el hombre a sus penas. Había concluido todas sus tareas para estar ahora junto al anciano, en caso de que pudiera necesitar de sus servicios.

—Mis hijas —le dijo de forma llana, aunque muy expresiva.

—¡Cielos! ¿No se han hecho los correspondientes preparativos para su marcha?

—Hoy soy tan sólo un soldado, comandante Heyward —contestó el veterano—. Todos los presentes son como hijos para mí.

Duncan había oído suficiente. Sin perder un solo segundo de un tiempo que se hacía cada vez más preciado, corrió hacia los aposentos de Munro en busca de las hermanas. Las halló en el umbral de la baja edificación, ya prestas para partir y rodeadas de un nutrido grupo de mujeres que lloraban desconsoladamente.

Todas se habían congregado allí como por instinto, buscando el lugar que consideraban el más seguro. A pesar de sus mejillas pálidas y su rostro angustiado, Cora no había perdido nada de la entereza que la caracterizaba; pero los ojos de Alice estaban enrojecidos, dando a entender cuán larga y amargamente había llorado. Ambas, no obstante, recibieron al joven con evidente alegría y la mayor, para variar, fue la primera en dirigirse a él.

—La fortaleza se ha perdido —dijo, con triste sonrisa—, pero nuestro buen nombre se ha salvado, o así lo espero.

—Es intocable. Por otra parte, señorita Munro, es hora de pensar menos en los demás y cuidarse usted misma. El orgullo militar, el orgullo que tanto valora usted, nos exige a su padre y a mí que estemos pendientes de la tropa durante un tiempo. Hemos de asignarles a ustedes una protección adecuada para que los acontecimientos no supongan peligro ni vergüenza.

—No será necesario —replicó Cora—. ¿Quién se atrevería a agredir o insultar a la hija de un padre como el mío, en un momento como éste?

—No las dejaría solas —continuó diciendo el joven, mirando a su alrededor con preocupación—, aunque me ofrecieran mandar el mejor de los regimientos del rey. Recuerde que Alice no goza de la misma fortaleza que usted; y sólo Dios sabe cómo reaccionará ante lo desagradable de la situación.

—Puede que usted tenga razón —contestó Cora, sonriendo de nuevo, pero con mayor tristeza aún—. Escuche la suerte ya nos ha enviado un amigo cuando más lo necesitábamos.

Duncan escuchó, y enseguida comprendió lo que quería decir la muchacha. Los tonos bajos y sobrios de la música religiosa, tan conocida en las provincias orientales, llegaron a sus oídos y le llevaron a una de las habitaciones de la edificación adyacente, abandonada ya por sus inquilinos habituales. Allí encontró a David, dando rienda a sus piadosos sentimientos del único modo que sabía hacerlo. Duncan esperó hasta que, por el cese de los movimientos de su mano, parecía haber terminado; le tocó el hombro para hacerse con la atención del cantante y le explicó su deseo.

—Incluso así —contestó el despistado discípulo del rey de Israel, cuando el joven terminó su discurso—, he encontrado buena compañía y gran musicalidad en las damas, y es propio que aquéllos que estuvieron unidos en el peligro también lo estén en la paz. Las atenderé en cuanto haya concluido mis alabanzas matutinas, para lo cual sólo falta la doxología. ¿Quiere participar en ello, amigo mío? La tonalidad es la común y el título es «Southwelf».

A continuación, abrió el pequeño volumen y, tras dar la nota adecuada con el máximo cuidado, David volvió a sus cánticos. Su energía y empeño no daban lugar a interrupción alguna y Heyward desesperaba ante la duración de la pieza. Finalmente, al ver que David se quitaba los anteojos y cerraba el librillo, continuó diciéndole:

—Será deber suyo el asegurarse de que nadie se acerque a las señoras con intenciones malsanas, ni para insultar o burlarse de la desgracia del valiente padre de las mismas. En esta tarea recibirá el apoyo de los sirvientes de la casa.

—Incluso así.

—Es posible que los indios y ciertos desaprensivos entre los enemigos quieran desafiarles, en cuyo caso les recordará los términos de la capitulación y les amenazará con informar de su conducta a Montcalm. La utilización de la palabra bastará.

—Y si no, aquí tengo algo que sí surtirá efecto —le replicó David, mostrándole su libro con una actitud en la que se mezclaban la humildad y la seguridad en sí mismo—. Aquí se encuentran palabras que, al pronunciarse, suenan como el trueno. Siempre que se les dé la entonación adecuada y el énfasis apropiado, harán callar al más infame:

—¿Por qué grita el infiel enfurecido?

—Basta —le dijo Heyward, interrumpiendo la demostración musical —. Ya nos entendemos; es hora de que asumamos nuestros respectivos deberes.

Gamut asintió con agrado y juntos fueron en busca de las mujeres.

Cora recibió a su nuevo y, hasta cierto punto, extraordinario protector con amabilidad y cortesía, e incluso los rasgos pálidos de Alice se iluminaron de nuevo con algo de su acostumbrada alegría, dándole las gracias a Heyward por su labor. Duncan aprovechó para asegurarle que había hecho lo mejor que pudo, dadas las circunstancias. También les indicó que, a su juicio, no había peligro de que fuesen heridas ni física ni espiritualmente. Finalmente, les habló con entusiasmo de su intención de reunirse con ellas en cuanto hubiera llevado a la tropa a unos kilómetros de distancia en dirección al Hudson, tras lo cual se incorporaría inmediatamente a su puesto.

Para entonces la señal de partida ya se había dado y la cabecera de la columna inglesa ya estaba en marcha. Las hermanas se estremecieron al oír el estruendo y, mirando nerviosamente a su alrededor, vieron los uniformes de los granaderos franceses, los cuales ya habían tomado posesión de la fortaleza. En aquel instante, una enorme nube parecía pasar por encima de sus cabezas y, al mirar hacia arriba, descubrieron que estaban debajo de los anchos pliegues del estandarte de Francia.

—Vámonos —dijo Cora—. Éste ya no es lugar para las hijas de un oficial inglés.

Alice se aferró al brazo de su hermana y juntas salieron del patio de armas, acompañadas por el séquito que les rodeaba.

Al pasar por la entrada, los oficiales franceses, sabiendo quiénes eran las muchachas, les ofrecieron su saludo más respetuoso; aparte de esto, evitaron con mucha prudencia cualquier otra atención que hubiera podido resultar inapropiada. Dado que todos los carruajes y animales de carga llevaban a cuestas personas heridas o enfermas, Cora decidió hacer la marcha a pie para no privar a nadie de tales medios. Con todo, más de un soldado herido o debilitado hubo de arrastrar su agotado cuerpo al final de la columna, ya que no había sitio para todos y las comodidades eran escasas. Todos, sin embargo, continuaron adelante; los débiles y los heridos, gruñendo y quejándose; sus camaradas, callados y resentidos; y las mujeres con los niños, aterrorizados ante la incertidumbre de todo ello.

A medida que el confuso conjunto humano dejaba atrás el

promontorio del fuerte y salía hacia la llanura abierta, la escena al completo se reveló ante sus ojos. Un poco hacia la derecha y a lo lejos se encontraba el ejército francés, preparado para el combate y agrupado bajo las órdenes de Montcalm, una vez que los guardias designados se habían hecho cargo de la fortaleza. Con gran atención, pero en silencio, observaron el desplazamiento de los desahuciados, rindiéndoles los correspondientes honores militares sin que hubiera un atisbo de insulto u ofensa hacia los desafortunados enemigos. Los ingleses formaban una masa humana de casi tres mil personas que se dirigía gradualmente hacia el centro de la llanura, lugar en el que convergían los diversos grupos para dar lugar a una sola hilera que se iba adentrando en la espesura arbórea, allí donde el camino hacia el Hudson penetraba en el bosque. A lo largo de los bordes de la maleza se extendía una oscura nube de salvajes que vigilaba el paso de sus enemigos, al igual que una bandada de buitres. La única razón por la cual no se habían abalanzado ya sobre sus presas era la presencia de un ejército superior que lo impedía. Algunos incluso se acercaron a la columna de derrotados y observaron de cerca a esa multitud migratoria, combinando una actitud de atenta neutralidad con otra de rencor y desprecio.

El grupo de cabeza, con Heyward al frente, ya había alcanzado el desfiladero e iba quedando fuera de la vista cuando a Cora le llamó la atención un grupo de salvajes que intentaba privar a un provinciano de sus pertenencias. El hombre era corpulento y no estaba dispuesto a verse despojado de sus bienes sin oponer resistencia. Pronto intervinieron más individuos de uno y otro bando, unos para evitar el robo y otros para asegurar su éxito. Los ánimos se estaban crispando; se oyeron gratos y aparecieron, como por arte de magia, otros cien salvajes donde un minuto antes sólo había una docena. Fue entonces cuando Cora vio la figura de Magua deslizándose entre sus guerreros, hablando con su habitual e infame elocuencia. Los niños y las mujeres se paralizaron y retrocedieron como una bandada de aves asustadas. No obstante, al salirse el indio ladrón con la suya, comenzó de nuevo el avance con cierta normalidad.

Los salvajes ahora parecían quedarse atrás, dispuestos a permitir que sus enemigos siguiesen su camino sin más perturbación. Pero

en cuanto el grupo de mujeres y niños llegó a su altura, los colores llamativos de un chal que llevaba una de ellas despertó el capricho de uno de los incontrolados hurones. Éste le salió al paso para arrebatárselo, sin dudarlo un instante. La mujer, más por temor al asalto que por conservar la prenda, arropó a su hijo con el codiciado chal y le abrazó fuertemente. Cora iba a decirle a la señora que dejara atrás la insignificante vestimenta, cuando el salvaje le quitó el aterrorizado niño de sus brazos. Dejando su puesto en el grupo, la madre se abalanzó en busca de su hijo. El indio sonrió maliciosamente, extendiendo una mano en señal de intercambio, mientras que con la otra sostenía al bebé cabeza abajo, como si fuera un trofeo o botín preciado.

—¡Toma… toma… ahí tienes… cualquier cosa… todo! —exclamaba sin aliento la mujer, mientras dejaba atrás todas sus pertenencias y se quitaba algunas de sus prendas más superficiales, incluido el chal, esparciéndolas a su alrededor temblando de miedo—. ¡Llévatelo todo, pero devuélveme mi niño!

El salvaje, al examinar los harapos desperdigados, observó que algún otro indio ya se había llevado la ansiada prenda, con lo cual su odiosa sonrisa pasó a ser un gesto de furia. Estrelló la cabeza del niño contra una roca y lanzó los restos a los mismos pies de la madre. Durante un instante, ésta permaneció quieta, como una estatua que representara al desamparo, mirando incrédula a la masa deforme que momentos antes se apretaba contra su pecho y le sonreía. Acto seguido, levantó la vista al cielo, como si quisiera implorarle a Dios que condenara al autor de un acto tan malvado. No obstante, no se le permitió realizar una plegaria tan vengativa, ya que el indio, enloquecido por no haber conseguido su propósito y excitado por la visión de la sangre, había incrustado su tomahawk en los sesos de la mujer, la cual cayó muerta sobre su hijo, abrazándole con el mismo fervor amoroso que le brindaba cuando ambos vivían.

En ese momento de extremado peligro, Magua se llevó las manos a la boca para lanzar su temido y fatídico grito. Los indios que estaban en los alrededores se estremecieron ante el ya familiar alarido y se lanzaron campo a través con una ferocidad instintiva. No nos pararemos a describir los horrores que acontecieron

después. Los indios acudieron presurosos al oír la señal, con un griterío que conmovía las propias raíces del bosque. No parecían personas sino demonios infernales. Quienes escuchaban aquellas voces, sentían helarse su sangre en terrorífico presagio.

Más de dos mil salvajes brotaron de la espesura y se lanzaron al camino sin pensarlo dos veces. La muerte estaba en todas partes, tomando cuerpo en sus formas más repulsivas y espeluznantes. La actitud de ofrecer resistencia sólo servía para enfurecer aún más a los asesinos, quienes continuaban golpeando a sus víctimas cuando ya hacía tiempo que estaban sin vida. El derramamiento de sangre fue tal que llegó a asemejarse a la formación de un torrente sobre la tierra y, a medida que los salvajes se acaloraban y enloquecían más por la escena, algunos incluso se arrodillaban para beber abundantemente del enrojecido manantial, como criaturas salidas del infierno.

Los experimentados soldados rápidamente formaron piñas compactas con el propósito de amedrentar a sus asaltantes, haciéndoles frente de un modo estrictamente militar. El intento tuvo cierto éxito, pero un buen número de ellos se vio privado de sus mosquetes, que estaban descargados, en sus vanos intentos de intimidar a los salvajes.

En tales circunstancias nadie pudo decir cuánto tiempo había transcurrido. Todo ello pudo haber durado unos diez minutos —que más bien parecían años—. Las hermanas se habían quedado clavadas en su puesto, presas del horror y prácticamente indefensas. Al asestarse el primer golpe, las personas de su alrededor se apretujaron contra ellas, imposibilitándoles cualquier huida; y ahora que la muerte de muchos había despeado el espacio circundante, la única salida era el camino que llevaba a los tomahawks de sus enemigos. De todas partes surgían gritos, lamentos, estertores y blasfemias. En ese momento, Alice pudo ver la corpulenta figura de su padre, moviéndose rápidamente a través de la llanura, hacia el lugar en el que se encontraba el ejército francés. En efecto, iba a reclamarle a Montcalm la escolta que se les había prometido entre las condiciones de la capitulación. Cincuenta hachas y lanzas destellantes se levantaron contra él, pero los salvajes respetaron tanto su rango como su sangre fría, a pesar de la

furia que les motivaba. El brazo nervioso del veterano apartaba aquellas armas amenazadoras que por sí mismas no se bajaban, ya que nadie tenía el coraje necesario para atentar contra su persona. Afortunadamente, en aquel preciso instante el vengativo Magua se encontraba buscando una víctima entre los del grupo que el general había dejado atrás.

—¡Padre, padre, estamos aquí! —gritaba Alice cuando el veterano pasó cerca de allí, sin haberse percatado de su presencia—. ¡Ven a ayudarnos, padre, o moriremos!

El grito se repitió, incluso con esa clase de palabras y tono que hubiesen ablandado el corazón más endurecido, pero no hubo respuesta. En una ocasión, el anciano pareció haber oído los lamentos y se paró a escuchar; pero a Alice ya le habían fallado las fuerzas y cayó desmayada, mientras que su hermana se ocupó en atenderla, abrazándola con ternura y delicadeza. Munro desistió en su acción de escuchar y prosiguió con su misión, al no haber más razón para deternerse.

—Señora —dijo Gamut, quien a pesar de no poder protegerlas y estar también indefenso, no las había abandonado—, ésta es una fiesta satánica y de ningún modo un lugar apto para las almas cristianas. Huyamos pues.

—Váyase —dijo Cora, mirando aún a su hermana que estaba inconsciente—, sálvese usted. Ya no puede ayudarme.

David comprendió que la muchacha no accedería a marcharse nada más ver la expresión de su cara al pronunciar esas palabras. Quedó mirando a los oscuros seres que practicaban tantos actos infernales en los alrededores y, de repente, se puso en pie, hinchó su pecho y, tensando todas sus facciones, comenzó a hablar con la fuerza de los sentimientos que le movían.

—Si el niño judío pudo domar el espíritu maligno de Saúl por medio del sonido de su arpa y las palabras de una canción sagrada, puede ser conveniente —dijo— poner a prueba la fuerza de la música aquí.

A continuación, elevó el tono de su voz hasta sus límites máximos,

produciendo un canto tan poderoso que podía oírse hasta en los puntos más alejados de ese sangriento campo de batalla. Más de un salvaje acudió enseguida, dispuesto a robar las pertenencias de las hermanas y a despojarlas de sus cabelleras; pero cuando se encontraron con esta extraña e inamovible figura clavada en el lugar, se detuvieron para escuchar. La sorpresa dejó paso a la admiración, y los salvajes fueron en busca de víctimas menos valientes, mientras se manifestaban satisfechos por la firmeza con la que el guerrero blanco entonaba lo que ellos consideraban una canción de muerte. Creyendo que estaba teniendo éxito, David se animó aún más y concentró todos sus esfuerzos en seguir con lo que él pensaba que era una labor santa. Así, el sonido llegó a los oídos de un salvaje que se encontraba lejos de allí, el cual tornó rabiosamente de un grupo a otro, como aquél que desprecia cualquier otra víctima de menor rango, buscando una que sea más digna de su propia categoría. Éste era Magua, quien lanzó un grito de satisfacción al ver que sus antiguos prisioneros estaban de nuevo a su merced.

—Ven —dijo, colocando sus sucias manos sobre el vestido de Cora —, la tienda del hurón aún está abierta. ¿Acaso no es mejor que este lugar?

—¡Vete! —le gritó Cora, tapándose los ojos para no ver su tez repugnante.

El rodio se rió de un modo burlón, mientras levantaba su mano cubierta de sangre, y dijo:

—¡Es roja, pero proviene de venas blancas!

—¡Monstruo! Tu alma está manchada de sangre, de océanos enteros de sangre; eres tú quien está detrás de todo esto.

—¡Magua es un gran jefe! —contestó exultante el salvaje—. ¿Vendrá la de cabellos oscuros con él y su tribu?

—¡Nunca! Golpéame si quieres y completa tu venganza.

El indio se quedó pensativo durante un instante. Acto seguido, se apropió de la inconsciente persona de Alice, llevándola en brazos a

través de la llanura y dirigiéndose al bosque.

—¡Espera! —gritó Cora, corriendo desesperadamente tras él—. ¡Déjala libre! ¡Desgraciado! ¿Qué pretendes?

No obstante, Magua hizo oídos sordos a tales exclamaciones; o más bien reconocía en ellas su poder y estaba dispuesto a mantener así las cosas.

—Quédese señora, quédese —le dijo Gamut a la imprudente Cora—. El hechizo divino está surtiendo efecto y pronto verá terminar este horrible tumulto.

Al ver que Cora no le prestaba atención, David siguió a la desquiciada hermana, fiel a su promesa. Mientras lo hacía, continuó cantando a viva voz la canción religiosa, elevando su brazo al aire con entusiasmo al entonarla. De esta guisa atravesaron la explanada, pasando al lado de los que tornan, los que estaban heridos y los muertos. El feroz hurón se abría paso con facilidad, llevando a su víctima consigo; por otra parte, Cora hubiera caído muchas veces bajo los golpes enemigos, si no fuera porque la perseguía el extraordinario ser al que los indios consideraban bajo el amparo del espíritu de la locura.

Magua, sabiendo eludir cualquier posible peligro, y para evitar ser perseguido, entró en el bosque a través de un barranco oculto, donde le esperaban los caballos narraganset, de los cuales se había apoderado el maligno salvaje poco después de que fueran abandonados por los viajeros. Colocando a Alice sobre uno de los animales, le hizo señas a Cora para que se subiera al otro.

A pesar del horror que le producía estar en presencia de su captor, Cora no pudo evitar sentir también un cierto alivio al haber abandonado el escenario sangriento de la llanura. Se colocó sobre su montura y extendió sus brazos hacia su hermana con tal grado de amor y dedicación que incluso el hurón se conmovió. El indio entonces colocó a Alice sobre el mismo animal que su hermana, asió las riendas y comenzó a adentrarse en las profundidades boscosas. David, al ver que estaba siendo ignorado, sin duda porque no valía la pena siquiera matarle, montó sobre el animal que habían dejado atrás y les siguió como buenamente pudo a lo largo del tortuoso

camino.

Pronto comenzaron a ascender; pero, debido a que el movimiento hacía que su hermana empezara a volver en sí y dado que su atención se debatía entre el bienestar de ésta y los lamentos agonizantes que aún podían escucharse tras ellos, Cora no pudo fijarse en la dirección que tomaban. Sin embargo, cuando alcanzaron la cima aplastada del montículo y se acercaron a un precipicio orientado hacia el este, enseguida reconoció el lugar como aquel al que les había guiado amistosamente el explorador. Aquí Magua les hizo desmontar y, a pesar de la gravedad de su cautiverio, o quizá debido a que el horror tiene ese efecto colateral, se vieron asaltados por la curiosidad de asomarse y contemplar las horripilantes escenas de abajo.

La cruel matanza aún no había terminado. Por todas partes los asaltados huían de sus implacables perseguidores, mientras que las columnas armadas del rey cristiano se quedaron inmóviles ante los acontecimientos; algo que nunca ha sido explicado y que ha dejado una mancha imborrable en la que hubiera sido la reputación intachable de su líder. La espada de la muerte siguió segando vidas hasta que se llegó al hastío. Entonces, por fin se oyeron menos gritos de moribundos y menos alaridos de asesinos, y los horrorizados lamentos ya no hacían mella en los oídos de las tropas, cuando no eran acalladas por los triunfantes gritos de los salvajes [24] .

Capítulo XVIII

Pues, cualquier cosa:

Un asesino honorable, si se quiere;

Ya que nada hice por odio, sino que todo por honor.

Othello.

El cruel y sangriento incidente que se ha mencionado, sin entrar en detalles, en el capítulo anterior, figura entre las páginas de la historia colonial con el meritorio nombre de «La matanza de William Henry». Tanto llegó este hecho a empañar la ya manchada reputación del general francés —quien previamente había permitido que ocurriera un incidente similar— que ni siquiera su gloriosa y temprana muerte logró recuperarla del todo. Sólo el tiempo ha hecho que se olvidasen tales cosas; por lo que miles de personas que saben de la heroica muerte de Montcalm sobre los campos de Abraham desconocen hasta qué punto adolecía de ese coraje moral sin el que ningún hombre puede considerarse grandioso. Partiendo de este ilustre ejemplo se podrían escribir páginas enteras acerca de los defectos de la excelencia humana, mostrando lo fácilmente que se pasa del sentimiento generoso, de la cortesía y de la caballerosidad valerosa a la ausencia total de tan nobles influencias, por obra y arte de la escalofriante superioridad del egoísmo. Así, tenemos el caso de un hombre que se ganó fama por las atractivas nimiedades de su carácter y que, sin embargo, dejó mucho que desear en cuanto a la demostración de que los principios están por encima de la política. No obstante, esa tarea no corresponde ponerla de manifiesto aquí; y como la historia, al igual que el amor, es tan dada a arropar a sus héroes de un aura de gloria imaginaria, es probable que la figura de Louis de Saint Véran pase a la posteridad como el valiente defensor de su patria, a la vez que se olvidará toda referencia a la cruel indiferencia que mostró en las

orillas del Oswego y el Horicano. Lamentando profundamente esta debilidad por parte de un arte hermanado con el nuestro, nos trasladamos de inmediato fuera de su sagrada órbita y nos limitaremos estrictamente al terreno propio de nuestra humilde vocación.

El tercer día después de la toma del fuerte llegaba a su fin, pero el presente relato aún debe atraer la atención del lector hacia las orillas del «lago sagrado». La última vez que fueron vistos los alrededores de la fortaleza primaba en ellos la violencia y el tumulto. Ahora la quietud y la muerte presidían el lugar. Los matarifes sanguinarios ya se habían marchado; su campamento, donde antes habían sonado las alegrías de la victoria, ahora permanecía en silencio. La fortaleza se había convertido en un cúmulo de ruinas humeantes, escombros chamuscados, fragmentos de artillería inutilizada y piedras derruidas que cubrían el montículo en confuso desorden.

Un cambio escalofriante también había tenido lugar en la meteorología. El sol había ocultado su calor tras una masa vaporosa impenetrable, mientras cientos de formas humanas que se habían ennegrecido bajo los fuertes calores del mes de agosto ahora quedaban petrificados bajo los fríos de lo que parecía un noviembre prematuro. Las envolventes neblinas que se habían visto dirigiéndose hacia el norte, por encima de las colinas, ahora volvían en forma de una tupida capa que presagiaba tormenta. Las tranquilas aguas cristalinas del Horicano habían dado paso a otras, verdosas y agitadas, que golpeaban contra sus costas, como si quisieran expulsar de su interior las impurezas depositadas en ellas desde la orilla. La fuente de agua clara aún conservaba algo de su encanto, pero tan sólo podía reflejar la sombría oscuridad del cielo gris que se cernía sobre ella. El ambiente fresco y agradable que normalmente acompañaba al paisaje, limando las asperezas de su rústica naturaleza, había desaparecido, y el viento del norte se abría paso a través de la masa de agua de un modo tan violento e inhóspito que no daba lugar a la contemplación, ni tampoco inspiraba la imaginación.

El más fiero de los elementos se había cobrado como víctima el verdor de la llanura, la cual parecía haber sido arrasada por el

fuego de los relámpagos. Con todo, algún espacio verde había sobrevivido de forma desperdigada en medio de toda esa desolación, siendo la fruta más temprana que diera una tierra sembrada con sangre humana. Todo aquel escenario que, bajo una luz más favorecedora y con una temperatura más suave, había parecido tan hermoso, ahora presentaba el aspecto de ser una mera alegoría pictórica de la vida, en la cual las cosas estaban dispuestas de una forma real, pero realzando lo intempestivo de las mismas, sin ningún detalle que sirva de alivio.

Apenas eran perceptibles los escasos vestigios de hierba entre la niebla; las severas y rugosas formas montañosas sobresalían en toda su aridez, mientras que la vista en vano buscaba consuelo dirigiéndose al cielo, totalmente cubierto por una oscura capa de nubes revueltas y amenazantes.

El viento soplaba de forma desigual; en ocasiones barría con fuerza el paisaje, como si quisiera comunicar su pesar a los muertos, otras veces se levantaba con un estridente y doloroso silbido al penetrar en el bosque, llenando el aire de ramas y hojas sueltas al pasar. En medio de este torbellino inhóspito, unos cuervos luchaban contra la tempestad; pero al salir de la espesura boscosa se encontraron con un horripilante festín que les sirvió para reponer fuerzas.

En resumidas cuentas, aquello era un escenario lleno de hostilidad y desolación, dando la sensación de que todo aquél que lo hubiera profanado había sido inmediatamente golpeado por el inmisericorde brazo de la muerte. Pero esa supuesta prohibición había terminado; pues, por primera vez desde que se marcharon los infames autores de tan imperdonables hechos, unos seres humanos vivos se dignaron a visitar el lugar.

Cerca de una hora antes de que se pusiera el sol, el día que ya mencionamos antes, pudieron verse las figuras de cinco hombres saliendo de entre los estrechos espacios de la arboleda, en el lugar donde el camino hacia el Hudson entraba en el bosque. Los cinco avanzaron en dirección a las ruinas de la fortaleza. Al principio, sus movimientos eran lentos y cautelosos, como si les inspiraran prudencia los horrores encontrados en el lugar o temieran que se produjeran otros incidentes semejantes. Una figura de aspecto ligero precedía al resto, sus modos precavidos e inquietos denotaban que

era un nativo. Ascendía cada colina en actitud de reconocimiento, para luego indicarles a sus compañeros, por medio de gestos, cuál era la dirección más apropiada. Ahora bien, los que le seguían tampoco carecían de conocimientos en lo que a tácticas de guerra en el bosque se refiere. Uno de ellos, también indio, se movía un tanto hacia uno de los flancos, observando el margen de los bosques con ojos que estaban muy acostumbrados a detectar el menor signo de peligro. Los tres restantes eran hombres blancos, aunque sus vestimentas eran, tanto en su género como en su color, las más indicadas para las labores que habían emprendido, las cuales no eran otras que las de permanecer cerca de un ejército en retirada en medio del bosque.

Los efectos producidos por la visión del espeluznante escenario fueron distintos para cada uno de los individuos presentes. El joven que iba delante miró hacia los deformados cuerpos de las víctimas con solemnidad pero de un modo casi furtivo, ya que no deseaba expresar sentimiento alguno mientras avanzaba por la llanura; por otra parte, aún era demasiado inexperto como para asumir toda la trascendencia de tales hechos. Su compañero de la misma raza, no obstante, estaba por encima de esos temores. Pasó al lado de los cadáveres con propósito firme, pero a la vez con una tranquilidad en la mirada que sólo podía ser el producto de muchos y largos años de veteranía. Las sensaciones experimentadas por los hombres blancos eran también distintas entre sí, pero todas igualmente tristes. Uno de ellos, cuyos cabellos blancos y tez curtida, acompañados por su manera de andar marcial y decidida, dejaban entrever, a pesar de su atuendo de hombre del bosque, su larga experiencia en el campo de batalla. Sin embargo, no sentía vergüenza alguna al quejarse en voz alta ante los detalles del horrible espectáculo. El joven a su lado se estremecía ante ellos, pero parecía querer suprimir sus sentimientos por respeto a su compañero. De todos ellos, el rezagado del final del grupo era el único que realmente daba una clara idea de cuáles eran sus pensamientos, sin temor a que éstos fuesen evidentes o no ante los demás. Contemplaba las escenas más desagradables con una mirada y unos gestos completamente inmóviles, pero que sin embargo denotaban la profunda amargura que le provocaba este crimen por parte de sus enemigos.

El lector ya se habrá dado cuenta de que estos respectivos personajes no son otros que los mohicanos, Munro y Heyward, así como el amigo blanco de los primeros, el explorador. En verdad, se trataba de la búsqueda de las hijas por parte del padre de aquéllas, auxiliado por el joven, el cual también ha visto truncada su felicidad, así como por esos valientes y leales hombres del bosque, quienes han ido demostrando sus habilidades y su fidelidad a lo largo del relato.

Cuando Uncas, que se movía al frente, hubo alcanzado el centro de la explanada, hizo venir a sus compañeros al lugar por medio de un grito. El joven guerrero se había parado delante de un cúmulo de cadáveres femeninos que daba lugar a una masa deforme. A pesar de lo desagradable de la escena, tanto Munro como Heyward corrieron hacia allí, movidos por el amor que se siente hacia los seres queridos, para averiguar si había algún vestigio entre las muchas prendas coloridas que pudiera relacionarse con las personas a quienes buscaban. El padre y su amigo encontraron gran alivio al comprobar que no era así, aunque de nuevo se vieron condenados a soportar el peso de la incertidumbre; algo que resultaba casi tan insoportable como enfrentarse a una verdad trágica. Allí se encontraban contemplando el lúgubre conjunto de cuerpos, cuando apareció junto a ellos el explorador. Este último observó el triste espectáculo con semblante enfurecido y, por vez primera desde que salieron a la llanura, habló de modo alto y claro.

—He estado en muchos campos cubiertos de restos aterradores, y seguido rastros de sangre que se extendían kilómetros enteros —dijo—, ¡pero jamás he visto tan evidente la huella de la mano del diablo como la veo aquí! La venganza es un sentimiento propio de indios, y todos los que me conocen saben que no hay sangre india en mis venas, pero esto sí os diré, aquí, ante Dios y su poder, tan evidente en medio de esta naturaleza: ¡que si estos franchutes alguna vez vuelven a ponerse al alcance de mis balas, mi fusil será quien hablará, mientras haya un solo fulminante o un solo gramo de pólvora que se pueda utilizar! Dejaré el tomahawk y el cuchillo para aquéllos que están mejor adiestrados en su uso. ¿Qué dices tú, Chingachgook? —añadió en lenguaje delawareé—. ¿Dejaremos que el hurón presuma de esto ante sus mujeres cuando caigan las grandes nevadas?

Una señal de resentimiento se hizo evidente en el rostro del jefe mohicano; a continuación, soltó el cuchillo de su funda y, volviéndose tranquilamente, se alejó del lugar, con una expresión tan meditabunda que parecía que no hubiese conocido nunca el arrebato pasional.

—¡Montcalm! ¡Montcalm! —continuó diciendo el furibundo explorador, menos en control de su ira—. Dicen que siempre hay una ocasión en la que se contemplan de un solo vistazo todas las acciones perpetradas en vida, pero con ojos que se han librado de su condición mortal. ¡Pobre de aquel desgraciado que tenga que contemplar esta explanada en el momento en que se esté juzgando su alma! ¡Ja!, ¡como que soy hombre de raza blanca que allí veo un piel roja sin tener su cabello en el lugar donde se lo puso la naturaleza! Ve a comprobarlo, indio delaware; que puede ser un miembro extraviado de tu tribu, y merecerá por tanto el entierro digno de un guerrero. ¡Lo veo en tus ojos, sagamore: un hurón ha de pagar por esto, antes de que los vientos hayan disipado el olor de la sangre!

Chingachgook se acercó al mutilado cuerpo y lo volvió sobre sí, comprobando por sus marcas que se trataba de un miembro de una de esas seis tribus o naciones aliadas, como se les llamaba, que luchaban junto a los ingleses, pero que a la vez eran enemigos mortales del pueblo mohicano. Rechazando el cuerpo de una patada, lo dejó atrás con la misma indiferencia que si se tratara de un montón de carroña animal. El explorador comprendió la acción y no le dijo más, aunque siguió lanzando maldiciones contra el general francés con el mismo rencor de antes.

—Nada salvo Aquél que está dotado de una gran sabiduría y un poder infinito debería llevarse de un golpe las vidas de una multitud de personas —añadió—; Él es el único que puede tener razones para algo así, y el hombre debería tener eso en cuenta. De ese modo, está mal que se mate a un ser vivo por el simple hecho de matar, siendo incorrecto cazar un gamo antes de terminar de consumir la carne del anterior, salvo que se necesite para un largo viaje, o como provisión en el caso de un asedio. La cuestión es bien distinta cuando se trata de una lucha entre unos cuantos guerreros, ya que su honor es el de morir con el fusil o el tomahawk en la

mano, de acuerdo con las convicciones de cada uno, sea de piel blanca o roja. Uncas, ven aquí, muchacho; y deja que los cuervos se sacien con el cuerpo del mingo. Sé bien, después de verlo tantas veces, que tienen un gusto particular por la carne de un oneida, y es propio que dejemos que el ave siga el curso de su naturaleza.

—¡Hugh! —exclamó el joven mohicano, levantándose de repente y mirando fijamente hacia adelante, haciendo que el cuervo se asustara y fuera en busca de otro alimento.

—¿De qué se trata, muchacho? —preguntó en voz baja el explorador, mientras se agachaba y adoptaba la actitud de una pantera a punto de atacar—. Quiera Dios que sea un franchute rezagado, o que esté buscando objetos de valor entre los cuerpos. ¡El «mata-ciervos» tendrá oportunidad de ponerse a prueba hoy!

Sin mediar palabra, Uncas saltó del lugar y se dirigió a un arbusto, del cual extrajo un trozo de material del velo de Cora, agitándolo triunfante. Sus movimientos y sus gritos llevaron a los demás a su lado inmediatamente.

—¡Mi hija! —dijo Munro, hablando deprisa y muy nervioso—. ¡Encuentra a mi hija!

—Uncas lo intentará —respondió escueta, aunque sinceramente, el joven indio.

Esta simple pero noble garantía no pareció calmar al padre, que cogió el trozo de tela con fuerza mientras sus ojos recorrían con temor los arbustos, como si el deseo de averiguar la verdad y el miedo a saberla formaran un solo impulso en su interior.

—No hay muertos por aquí —dijo Heyward—; no parece que la tormenta haya arrasado esta zona.

—Es verdad; está más claro que el cielo sobre nuestras cabezas —contestó el explorador, impasible—; pero ella, o aquéllos que la han secuestrado, han atravesado la maleza; ya que recuerdo la prenda que la muchacha llevaba puesta para ocultar un rostro que a todos agradaba. Uncas, tienes razón; la de cabellos oscuros ha estado aquí y ha huido, como un venado asustado, bosque adentro. Todo el que

hubiera podido escapar a la muerte lo hubiera hecho también. Busquemos las señales que haya podido dejar; a los ojos de un rodio, incluso un diminuto colibrí deja algún rastro que seguir.

El joven mohicano se puso en marcha nada más oír la sugerencia, y el explorador apenas había dicho la última palabra cuando el indio lanzó un grito de triunfo desde el margen boscoso. Al llegar allí, los inquietos componentes restantes del grupo se encontraron con otra porción del velo ondeando en la rama más baja de un arbusto.

—Con tranquilidad —dijo el explorador, indicándole a Heyward con su carabina que no se precipitara—. Conocemos bien nuestro trabajo, y el rastro debe seguirse cuidadosamente. Un paso en falso puede echar a perder horas enteras de rastreo. No obstante, hasta aquí todo parece claro.

—¡Que Dios le bendiga, buen hombre! —exclamó Munro—. ¿Hacia dónde, pues, han huido? ¿Dónde están mis niñas?

—El camino que hayan podido tomar depende de muchos factores. Si se han ido solas, es probable que estén moviéndose en círculo, sin rumbo fijo, pudiendo estar a dieciocho kilómetros de distancia; pero si los hurones, o cualquier otra tribu de indios franceses las tienen retenidas, podrían estar en las fronteras canadienses. De todos modos, eso no es lo importante —apostilló el explorador, al ver la expresión desesperada de los rostros de sus interlocutores—. ¡Si los mohicanos y yo estamos a este extremo del rastro, pueden estar seguros de que daremos con el otro, aunque esté a cien leguas de aquí! ¡Con cuidado, Uncas! ¡Muestras la impaciencia propia de un colono blanco; te olvidas de que los pies ligeros dejan huellas poco profundas!

—¡Hugh! —exclamó Chingachgook, quien se había ocupado en examinar una abertura hecha a través de la madreselva que circundaba al bosque, la cual había sido hecha a propósito. El indio se levantó y señaló hacia ella con repugnancia, como aquél que hubiera descubierto una serpiente.

—He aquí la evidente huella de un hombre —gritó Heyward, inclinándose sobre el lugar—. Ha estado caminando por la orilla del lago y su marca está clara. Las muchachas han sido raptadas.

—Mejor eso que morirse de hambre en el bosque —recalcó el explorador—. Además, así dejarán más rastro. ¡Apostaría cincuenta pie-les de castor contra otros tantos fulminantes que los mohicanos y yo entraremos en sus tiendas de campaña antes de que pase un mes! Sigue con ello, Uncas, intenta seguir las huellas de mocasín, ya que son claramente de mocasín y no de zapato.

El joven mohicano se agachó sobre el terreno y apartó unas cuantas hojas secas del lugar para estudiar la superficie; cosa que hizo con la diligencia propia de un contable que no se fiara de las cantidades aparecidas sobre una factura. Poco después, se levantó satisfecho de su escrutinio.

—Bien muchacho, ¿qué es lo que has averiguado? ¿Puedes sacar algo en claro de todo ello? —exigió saber el ansioso explorador.

—¡Le Renard Subtil!

—¡Ja! ¡Otra vez ese diablo malnacido! Su pillaje no tendrá fin hasta que el «mata-ciervos» le haga rendir cuentas.

Muy a pesar suyo, Heyward reconoció la verdad de lo dicho, aunque también dejó lugar para la esperanza al decir:

—Un mocasín es igual que cualquier otro, puede haber un error.

—¿Un mocasín como cualquier otro? Es como decir que un pie es igual que cualquier otro; pero sabemos que unos son largos, otros cortos; unos anchos, otros estrechos; algunos son altos de empeine, otros son bajos; unos pisan hacia dentro, otros hacia afuera. Un mocasín es tan distinto a otro como lo son dos libros diferentes, aunque los que no sepan leer uno tampoco puedan hacerlo con el otro. Todo ha de ser así en la vida, ya que cada cual entiende de lo suyo. Déjame verlo, Uncas; si dos personas pueden opinar sobre un libro, también puede hacerse lo mismo respecto a las huellas de mocasín —el explorador se inclinó para comprobarlo y añadió al momento—: Tienes razón, muchacho, aquí aparece la marca del parche que tantas veces observamos durante la anterior persecución. Además, el bribón tiende a beber siempre que le dan oportunidad para ello; un indio borracho pisa más hacia afuera al andar de lo que lo haría cualquier otro indio, al igual que cualquier

hombre ebrio, sea de piel blanca o roja. ¡También coinciden la longitud y la envergadura! Míralas, sagamore, tú mismo las mediste más de una vez cuando íbamos detrás de los bellacos desde las cataratas de Glenn hasta el manantial de salud.

Chingachgook le complació; y tras llevar a cabo su breve examen de las huellas, se levantó y, con firmeza serena, pronunció una sola palabra:

—Magua.

—Bien, ya está claro; por aquí han pasado la de cabellos oscuros y Magua.

—¿Y qué hay de Alice? —preguntó Heyward.

—De ella aún no tenemos pistas —le contestó el explorador, mirando hacia los lados, en dirección a los árboles, los arbustos y por todo el suelo—. ¿Qué tenemos allí? Uncas, tráeme aquello que se ve colgando de ese arbusto espinoso.

Cuando el indio se lo trajo, el explorador lo recibió con alegría; y sosteniéndolo en alto, se rió para sus adentros con satisfacción.

—¡Es el instrumento musical del cantante! Ahora tenemos un rastro que podría seguir hasta un sacerdote —dijo—. Uncas, busca las huellas de un zapato lo bastante largo como para soportar un metro noventa de carne y hueso desproporcionados. Empiezo a pensar que el hombre aún puede valer para algo, desde que dejó de vociferar y asumió un oficio mejor.

—Al menos, ha permanecido fiel a su deber —dijo Heyward—; además, Cora y Alice tendrán un amigo cerca.

—Claro —apostilló Ojo de halcón, apoyándose sobre su carabina y adoptando un gesto de disgusto—, ¡les cantará de vez en cuando! Pero ¿podrá cazarles un gamo para comer, guiarse por el musgo de los árboles, o cortarle el cuello a un hurón? Si no es así, el primer ruiseñor con el que se encuentre será más listo que él [25] . ¿Y bien, muchacho, hay alguna señal que confirme nuestra sospecha?

—Aquí hay algo que parece la huella de un zapato; ¿puede tratarse

de nuestro amigo?

—Toque las hojas con suavidad, de lo contrario deformará su aspecto. ¡Sí! Es la huella de un pie, pero se trata del de la chica de cabellos oscuros; miren lo pequeña que es, a pesar de ser del pie de una mujer alta y elegante. Sólo el tacón de la huella del cantante ya la abarca por completo.

—¡A ver! Déjenme ver las pisadas de mi hija —dijo Munro, apartando los arbustos e inclinándose con ternura para comprobar la impresión casi imperceptible que había en el suelo. A pesar de ser una huella hecha bajo muy poco peso, aún podía distinguirse. El anciano soldado la observó con ojos humedecidos; se quedó en esa posición hasta que Heyward vio cómo una de sus lágrimas había caído sobre la pisada. Para no causarle más vergüenza al veterano, así como para iniciar ya una acción de rescate, le dijo el joven soldado al explorador:

—Ahora que estamos en posesión de rastros infalibles, comentemos nuestra marcha. No perdamos ni un minuto, ya que les parecerán siglos a los cautivos.

—No es el ciervo que salta más rápido el que llega antes a su destino —le contestó Ojo de Halcón, sin apartar su mirada de las distintas señales que iban apareciendo ante él—. Sabemos que el hurón ha pasado por aquí, así como la de cabellos oscuros y el cantante; pero ¿qué hay de la de cabellos dorados y ojos azules? Aunque es pequeña y no llegue a ser tan valiente como su hermana, es de aspecto agradable y de buen trato. ¿Acaso no tiene amigos, ni nadie que se haya ocupado de ella?

—¡Por Dios, los tiene a centenares! ¿Es a ella a quien hemos de buscar ahora? Por mi parte, la búsqueda nunca podría terminarse sin encontrarla.

—En ese caso, es posible que tengamos que viajar por caminos diferentes; ya que por aquí no ha pasado; de lo contrario habría dejado alguna huella, por muy leve que fuese.

Heyward se calló; todo el entusiasmo por emprender la búsqueda pareció disiparse de golpe en él. Sin percatarse de este cambio de

humor en su interlocutor, el explorador, tras una meditabunda pausa, añadió:

—La huella femenina que hemos encontrado sólo puede ser de una de las dos hermanas, ya que no hay otra mujer en muchos kilómetros a la redonda. Sabemos que la mayor ha estado aquí; pero ¿adónde hay señales de la más joven? Vayamos más adelante por este camino y, si no encontramos nada, volveremos a la llanura para comenzar de nuevo. En marcha, Untas, mantén la mirada en las hojas secas. Yo vigilaré los arbustos; mientras tanto, que tu padre esté pendiente de cualquier olor que sirva de señal. Vámonos, amigos; el sol se está ocultando tras las colinas.

—¿No hay nada que yo pueda hacer? —preguntó Heyward con apuro.

—¿Usted? —gritó el explorador, habiendo iniciado ya; del modo acordado, la marcha con sus compañeros de piel roja—. Usted puede mantenerse en la retaguardia, y no se interponga en el rastreo.

Antes de que hubiesen avanzado muchos metros, los indios se pararon; parecían contemplar alguna señal sobre el suelo con más atención de lo habitual. Tanto el padre como el hijo hablaron en alto y de un modo muy rápido; miraban al objeto de su investigación con gran interés, para luego congratularse mutuamente por su hallazgo.

—¡Han encontrado de nuevo el pie pequeño! —exclamó el explorador, desplazándose hacia ellos y olvidándose de su tarea de rastreo—, ¿Qué tenemos aquí? ¡Ha habido mucho movimiento en el lugar! ¡No, por todos los fusiles de la frontera, han estado aquí esos caballos cojos otra vez! Ahora se ha desvelado todo el misterio; está tan claro como la estrella del norte a medianoche. Sí, aquí se han subido a los caballos. Los animales se encontraban amarrados a un arbolillo, esperando; y por allí corre el ancho camino que lleva al Canadá.

—Pero aún no hay rastro de Alice, la señorita Munro más joven —dijo Duncan.

A no ser que el objeto brillante que Uncas acaba de levantar del suelo sea uno. Pásalo por aquí, muchacho, para que lo podamos ver.

Heyward lo reconoció inmediatamente como una joya que a Alice le gustaba llevar; un detalle que recordó —como cualquier enamorado — que colgaba del cuello de su amada la mañana del fatídico día de la matanza. Recogió la pieza y la declaró auténtica con tanta rapidez que el explorador quedó mirando al suelo, como si se hubiese caído, mientras Duncan la ponía cerca de su corazón, el cual palpitaba frenéticamente.

—¡Bah! —dijo Ojo de halcón de modo desdeñoso, dejando de mover las hierbas del suelo con su fusil—. Cuando la vista empieza a fallar, no hay duda de que se empieza a envejecer. ¡Mira que no poder encontrar un objeto tan brillante! Bueno, mientras aún pueda apuntar con las miras del fusil será suficiente para entendérmelas con los mingos. De todos modos me gustaría habérselo devuelto a su legítima dueña; sería la manera más correcta de unir los dos extremos de un rastreo, sobre todo ahora que tenemos por medio al ancho Saint Lawrence o, quizá, hasta los mismísimos Grandes Lagos.

—Más razón para que nos demos prisa y reanudemos nuestra marcha —le contestó Heyward—. Adelante pues.

—La sangre joven y la sangre caliente dicen que son prácticamente la misma cosa. No vamos a iniciar la caza de la ardilla, ni perseguir a un ciervo hasta el Horicano, sino seguir un camino durante días y noches a la intemperie, y cruzar una tierra salvaje que apenas ha pisado el hombre; una tierra en la que los conocimientos adquiridos en los libros sirven de bien poco. Un indio nunca comienza una expedición de esta envergadura sin fumar en un consejo alrededor del fuego; y aunque soy un hombre de raza blanca, respeto sus costumbres en este particular, porque las considero adecuadas y sabias. Por lo tanto, regresaremos, encenderemos una hoguera en las ruinas del viejo fortín y saldremos frescos por la mañana, preparados para enfrentarnos a nuestras labores como deben hacerlo los hombres, no como mujeres ruidosas ni niños ingenuos.

Heyward vio en la actitud del explorador que sería inútil contradecirle. Munro de nuevo se hallaba hundido en ese estado de

apatía que parecía dominarle desde los últimos incidentes desafortunados que le había tocado sufrir, y del cual sólo podría sacarle un estímulo poderoso y renovador. Haciéndole sacar fuerzas de flaqueza, el joven tomó al veterano del brazo y le guió tras los pasos del explorador y los indios, quienes habían vuelto sobre el mismo camino de antes hacia la llanura.

Capítulo XIX

Salarino. —Pues, seguro que si no cumple, no serás capaz de cobrárselo en su carne; ¿de qué te serviría eso?

Shylock. —Como cebo para pescar, si no es para otra cosa; y si no puede servir de alimento en ningún otro sentido, al menos alimentará mi venganza.

El mercader de Venecia.

Las sombras del atardecer se habían sumado a la naturaleza sombría del paisaje cuando el grupo entró en las ruinas del fuerte William Henry. El explorador y sus compañeros hicieron rápidamente los preparativos para permanecer allí esa noche; pero con una actitud tan sobria y comedida que dejaba entrever hasta qué punto los horrores contemplados ese día habían alterado sus ánimos. Apoyaron algunos listones de madera contra una pared chamuscada; y tras cubrirlos Uncas con algo de vegetación, les sirvieron de refugio suficiente. El joven indio señaló hacia la rudimentaria cabaña cuando terminó su labor. Heyward, comprendiendo el significado del gesto amistoso, invitó a Munro para que entrase. Dejando al fatigado anciano inmerso en sus penas, Duncan regresó al exterior para respirar aire fresco, ya que estaba demasiado inquieto como para someterse al descanso recomendado por su experimentado amigo.

Mientras Ojo de halcón y los indios encendían el fuego y se disponían a consumir su cena, consistente en una ración curada de carne de oso, el joven soldado se dedicó a inspeccionar el muro de la fortaleza que estaba orientado hacia las aguas del Horicano. El viento había decaído y las olas que llegaban hasta la orilla lo hacían con una cadencia más regular. Las nubes, como si estuviesen cansadas de su movimiento amenazador, se estaban disipando; las masas más grandes y negras se desplazaban hacia el horizonte,

mientras las más ligeras y blanquecinas aún permanecían en el cielo por encima del agua, o entre las cumbres montañosas, como manadas desperdigadas de aves que sobrevolaran sus nidos. De vez en cuando, un destello rojizo y fugaz se percibía a través de los vapores, dándole un momentáneo brillo placentero al cielo gris. Más allá del centro de las colinas circundantes ya se aproximaba una oscuridad impenetrable; la llanura quedaba entonces como un inmenso mausoleo, sin que ningún ruido, ni siquiera un susurro, molestase el descanso de sus numerosos e infortunados ocupantes.

Duncan permaneció como espectador de este escenario, tan espantosamente en concordancia con los hechos allí acontecidos, durante un buen rato. Su mirada lo recorrió todo desde el centro del montículo, donde ahora los hombres del bosque estaban sentados alrededor del fuego, hasta la luz más tenue que aún podía distinguirse en el firmamento, para luego detenerse mucho tiempo en aquella zona oscura, tan semejante al más absoluto de los vacíos, en la que reposaban los muertos. Pronto empezó a imaginarse que del lugar provenían sonidos inexplicables, aunque tan débiles y fugaces que daban lugar a dudas acerca de su existencia. Avergonzado por su inclinación al temor, el joven miró hacia el agua y se esforzó por concentrar su atención sobre el reflejo de las estrellas en la superficie. Aún así, sus oídos le traicionaban, o más bien parecía como si le quisieran avisar de algún peligro que acechaba. Después de un tiempo daba la sensación de que podían oírse movimientos bruscos entre la oscuridad. Totalmente incapaz de acallar sus miedos por más tiempo, Duncan llamó al explorador en voz baja, para que se acercara hasta el lugar en el que se encontraba. Recogiendo su fusil, Ojo de halcón accedió, pero su actitud rebosaba confianza y la absoluta convicción de que estaban seguros en ese sitio.

—Escuche —le dijo Duncan al otro cuando llegó a su lado—. Se oyen ruidos leves procedentes de la llanura, con lo cual es posible que Montcalm tenga aún algún efectivo patrullando por aquí.

—Si es así, entonces los oídos valen más que la vista —dijo el explorador sin alterarse, habiendo ingerido una porción de carne de oso un momento antes, por lo que hablaba mientras masticaba—. Yo mismo he visto cómo estaba encerrado en la localidad de Ty con

toda su tropa. Ya sabe cómo son los franchutes; cuando creen haber hecho algo grande, les gusta volver atrás y celebrarlo con bailes y mujeres.

—Yo no estaría tan seguro. Un indio apenas descansa cuando está en guerra, y el deseo de llevar a cabo algún tipo de pillaje puede hacer que un hurón permanezca aquí después de que su tribu haya partido. Lo mejor sería apagar el fuego y establecer un fumo de guardia. ¡Escuche! El ruido. ¿Lo ha oído?

—No es frecuente que un indio ande merodeando entre tumbas. Aunque estuviera dispuesto a matar, sin importarle los medios, suele conformarse con arrancar cabelleras, salvo cuando le arde la sangre y pierde el control; pero, una vez que se le pasa el arrebato, se olvida de su odio y deja que los muertos descansen en paz. Hablando de muertos, comandante, ¿comparte usted la opinión de que el Cielo para un piel roja es el mismo que para nosotros los blancos?

—Sin duda, sin duda. ¡Creo haberlo oído otra vez! ¿O serían las hojas moviéndose en las copas de los abetos?

—En lo que a mí concierne —continuó hablando Ojo de halcón, volviéndose un momento hacia la dirección indicada por Heyward, aunque con gesto tranquilo y despreocupado—, creo que el paraíso ha sido creado para la felicidad, y que los hombres gozarán de él de acuerdo con sus acciones y sus méritos. Por lo tanto, creo que un piel roja no anda desencaminado cuando lo interpreta como una tierra feliz en la que abunda la caza, tal y como aseguran sus tradiciones. Viéndolo así, tampoco estaría mal que un hombre, aunque sea blanco, pudiera pasar su tiempo.

—¡Ahí está! ¿Lo oye de nuevo? —le interrumpió Duncan.

—Sí, sí; tanto cuando escasea como cuando abunda la comida, el lobo se muestra fiero —dijo el explorador, impasible—. Se les podría incluso cazar por sus pieles, si hubiera tiempo y suficiente luz para tales entretenimientos. Pero, volviendo al tema de la vida futura, comandante, les he oído decir a los predicadores de los poblados que el Cielo es un lugar de descanso. Ahí tenemos una muestra de cómo cada hombre tiene un concepto distinto de la

diversión. Por mi parte, y lo digo con todos mis respetos por la Divina Providencia, no sería muy entretenido permanecer todo el tiempo metido en esas mansiones de las que predican, sobre todo sí se tiene cierto gusto por la acción y los espacios abiertos.

Duncan, al habérsele explicado la naturaleza de los ruidos, prestó mayor atención al asunto que había inspirado la conversación del explorador, diciendo:

—Es difícil comprender qué sentimientos nos acompañarán cuando llegue la hora del gran cambio final.

—Desde luego que tendrá que ser un cambio, en especial para un hombre acostumbrado a pasar su vida al aire libre —le contestó el empecinado explorador—; y que a menudo se ha saciado en las aguas de la cabecera del Hudson, o que ha dormido en las cercanías del rugiente río Mohawk. No obstante, es reconfortante saber que servimos a un Señor misericordioso; cada uno a su manera, claro está, habiendo grandes extensiones de tierra salvaje de por medio. ¿Quién anda ahí?

—¿Acaso no se trata de los lobos que ha mencionado antes?

Ojo de halcón movió su cabeza en señal de negativa y le hizo un gesto a Duncan para que le siguiera hasta un lugar donde no llegara la luz del fuego. Una vez tomada esta precaución, el explorador adoptó una postura de máxima alerta, escuchando con gran concentración para volver a percibir el sonido que tanto le había sorprendido. Sin embargo, sus esfuerzos parecían ser en vano, ya que, tras una pausa infructuosa, le dijo a Duncan en voz baba:

—Debemos llamar a Uncas. El chico tiene los sentidos propios de un indio y puede oír aquello que se nos escapa a nosotros; de nuevo, y aunque esta vez sea para mal, he de reconocer que soy blanco.

El joven mohicano, que en ese momento estaba conversando en voz baja con su padre, se percató de un sonido que se parecía al canto de un búho. Se levantó deprisa y miró hacia los montículos negros, como si intentara localizar su procedencia. El explorador volvió a emitir la señal y, en pocos segundos, Duncan vio aparecer la figura de Uncas, que estaba acercándose por los muros que llevaban hasta

el punto en el que se encontraban.

Ojo de halcón le explicó lo que quería en pocas palabras, habladas en el idioma de los delaware. En cuanto Uncas supo la razón por la cual se le había llamado, se agachó y extendió su cuerpo sobre el terreno. Allí, ante la mirada de Duncan, permaneció callado e inmóvil. Sorprendido por la inmovilidad del joven guerrero, a la vez que curioso por observar la manera en que empleaba sus facultades para obtener la información deseada, Heyward avanzó un poco y se agachó, a su vez, sobre la oscura forma objeto de su atención. Entonces descubrió que Uncas había desaparecido, siendo la forma mencionada la sombra de una irregularidad del terreno.

—¿Qué ha sido del mohicano? —le preguntó al explorador, mientras se echaba hacia atrás, atónito—. Le vi postrarse aquí y habría jurado que aún permanecía en el lugar.

—¡Chist! Hable más bajo; que aún no sabemos qué oídos acechan, y los mingos son muy avispados. En cuanto a Uncas, está ahí afuera, en la explanada; los maquas tendrán que vérselas con él, si es que hay alguno en los alrededores.

—¿Cree usted que Montcalm aún mantiene algunos indios por aquí? Démos la voz de alarma para que nuestros compañeros también vayan a sus armas. Somos cinco, y todos estamos acostumbrados al combate.

—No diga una sola palabra, si es que quiere permanecer vivo. Mire cómo el sagamore está sentado junto al fuego, a la manera de un gran jefe indio. Si hay algún merodeador en la oscuridad, no sospechará que estamos al tanto de sus movimientos si le ve en esa actitud.

—Pero podrían llegar hasta él y matarlo. Está excesivamente visible a la luz del fuego; es muy probable que sea el primero en caer.

—No hay duda de que es verdad lo que dice usted —le contestó el explorador, mostrándose más preocupado que de costumbre—. Pero ¿qué podemos hacer? Un solo movimiento en falso puede provocar un ataque para el cual no estaríamos preparados. El sabe que hemos notado algo por la llamada que le dirigí a Uncas; le haré otra que le

haga entender que estamos tras los pasos de los mingos; su instinto indio le dirá cómo reaccionar.

El explorador se colocó los dedos en la boca y produjo un sonido muy característico, que emulaba al de una serpiente; tanto fue así, que Heyward retrocedió alarmado durante un momento. Chingachgook tenía la cabeza apoyada sobre una mano, en actitud pensativa; pero en cuanto oyó el sonido que imitaba al animal cuyo nombre le correspondía, la levantó y dirigió su oscura mirada por todos los alrededores. Este breve y quizá involuntario movimiento fue la única expresión que aparentaba sorpresa o alarma en él. No echó mano a su fusil; ni siquiera miró hacia él, aunque lo tenía a su alcance. Incluso permitió que el tomahawk que portaba suelto en su cinturón descansara sobre el suelo, mientras relajaba todos los músculos de su cuerpo, dando la sensación de que estaba dispuesto a descansar. Volvió a adoptar la posición inicial, apoyando la cabeza sobre una mano, pero habiendo tomado la astuta decisión de cambiar de mano para hacer creer que se trataba de un movimiento que permitiese descansar a la otra. Así, el nativo aguardó cualquier posible novedad con una tranquilidad y una frialdad que sólo un guerrero indio podría demostrar.

Pero Heyward apreció que, aunque para un observador inexperto el rodio parecía dormitar, sus fosas nasales estaban tensas, su cabeza estaba ligeramente ladeada, como si quisiera escuchar algo, y sus miradas fugaces se notaban cada vez que las dirigía a su alrededor.

—¡Observe a tan noble individuo! —le susurró Ojo de halcón a Heyward, cogiéndole del brazo—. Sabe bien que una mirada o un movimiento repentino daría al traste con nuestros planes y nos pondría a merced de esos diablos.

Sus palabras fueron interrumpidas por una ráfaga luminosa y una descarga de fusil. La oscuridad se llenó de fogonazos allí por donde Heyward, sobrecogido y atónito, estaba mirando. Luego se dio cuenta de que Chingachgook había desaparecido entre todo el ajetreo. Mientras tanto, el explorador había colocado su fusil en ristre, preparado para intervenir, esperando con impaciencia que algún enemigo se pusiera a la vista. No obstante, el ataque parecía haberse reducido al frustrado intento de acabar con la vida de Chingachgook. En una o dos ocasiones les pareció percibir ruidos de

movimiento entre la maleza, y que ciertas formas indefinidas pasaban rápidamente de largo, poco antes de que Ojo de halcón señalara el camino por donde huyeron los intrusos a modo de «lobos espantados». Tras una pausa casi insostenible, se oyó un fuerte chapuzón en el agua, inmediatamente seguido de otra descarga de fusil.

—¡Ése es Uncas! —dijo el explorador—. ¡El chico porta un arma muy particular! Conozco bien el sonido de sus disparos, al igual que un padre conoce la voz de su hijo, pues era mi arma hasta que me hice con otra mejor.

—¿Qué puede significar todo esto? —exigió saber Duncan—. Nos tienen vigilados; y, al parecer, nos quieren matar.

—Ese plomo que hay sobre el atizador puede asegurarnos que no venían en son de paz, y ese indio dará fe de que no se ha hecho ningún daño —le contestó el explorador, colocando su fusil de nuevo en postura de descanso, mientras se disponía a acompañar al recién aparecido Chingachgook hasta el interior de las ruinas—. ¿Cómo está la cosa, sagamore? ¿Nos tienen rodeados los mingos, o se trata simplemente de uno de esos reptiles rezagados que busca las cabelleras de los cadáveres para presumir de valentía ante las mujeres de su tribu?

En silencio, Chingachgook volvió a tomar asiento. No le dio respuesta alguna hasta que hubo terminado de examinar el atizador con el que avivaban el fuego, el cual había recibido el impacto de la bala que iba dirigida contra él. Tras esto, se dignó en responder, utilizando un dedo como señal numérica y pronunciando una sola palabra:

—Uno.

—Lo suponía —aseveró Ojo de halcón, sentándose a su vez—; y si pudo zambullirse en el lago antes de que Uncas le alcanzara, es más que probable que el bribón ahora presumirá de haber sobrevivido a un gran enfrentamiento entre él y dos mohicanos, acompañados por un cazador blanco, ya que a los oficiales los despreciará como inútiles. Bueno, pues que mienta, que mienta. Siempre hay algún hombre honrado en cada nación, aunque Dios sabe que escasean

entre los maquas, y que descubrirá la falsedad de sus palabras. El bellaco te rozó los oídos con su plomo, sagamore.

Con sosegada indiferencia, Chingachgook dirigió su mirada hacia el lugar en el que había hecho impacto la bala, para luego volver a adoptar la misma actitud y compostura de antes, dando a entender que el incidente apenas tenía importancia. Justo entonces apareció Uncas, quien tomó asiento junto al fuego y, emulando a su progenitor, mostró idéntica tranquilidad.

Heyward fue testigo maravillado de estas impresionantes muestras de indiferencia, las cuales no hacían sino estimular su curiosidad. Tenía la sensación de que los hombres del bosque estaban dotados de una inteligencia especial de la cual él carecía. En lugar de contar sus experiencias con orgullo y hasta con exageraciones, como lo haría la mayoría de los jóvenes blancos, el joven guerrero indio no dijo una sola palabra acerca de lo que aconteció en la oscuridad de la explanada, dejando que sus hazañas hablen por sí mismas. De hecho, para un indio no era ni el momento ni el lugar para presumir de sus actos; tan es así, que si Heyward no hubiera preguntado acerca de la cuestión, no se habría pronunciado una sola sílaba al respecto.

—¿Qué ha sido de nuestro enemigo, Uncas? —preguntó Duncan—. Oímos tu fusil y tuvimos la esperanza de que el disparo no fuera en vano.

El joven jefe indio levantó un pliegue de su fajín con cuidado, revelando la consabida mata de cabello que simbolizaba la victoria. Chingachgook cogió la cabellera y la sostuvo en la mano con gesto analítico. A continuación la dejó caer con desprecio, mientras afirmaba:

—¡Oneida!

—¡Oneida! —repitió el explorador, quien hasta ese momento había demostrado tan poco interés en el asunto como los nativos, pero que ahora cambiaba de parecer y se acercaba al ensangrentado trofeo con gran curiosidad—. ¡Por la gracia del Señor, si los oneidas están al acecho, estaremos rodeados de diablos por todas partes! Mire, para los ojos de un blanco este trozo de piel no presenta

diferencias con respecto a la de cualquier otra de raza india, no obstante, el sagamore asegura que pertenece a un mingo; es más, incluso llega a nombrar la tribu a la que pertenecía el desgraciado, y lo hace como si, en vez de una cabellera, se tratase de la hoja de un libro con esa información escrita sobre ella. ¿Qué derecho tienen los cristianos blancos de presumir de sabiduría, cuando un salvaje puede descifrar algo que supera al más sabio de todos ellos? Y tú, muchacho, ¿qué opinas?; ¿de qué tribu era el bribón?

Uncas levantó la mirada hacia el explorador y le dijo, con voz suave:

—Oneida.

—¡Oneida, de nuevo! Cuando un indio afirma algo, suele ser verdad; pero cuando los de su pueblo le apoyan, ¡resulta tan seguro como las Sagradas Escrituras!

—El desafortunado nos tomaría por franceses —dijo Heyward—; de otro modo no habría atentado contra la vida de sus aliados.

—¿Confundir la pintura de un mohicano con la de un hurón? Sería como no poder distinguir entre los uniformes blancos de los granaderos de Montcalm y las casacas rojas de las reales fuerzas americanas —le contestó el explorador—. No, no, el gusano sabía lo que hacía; tampoco sería de extrañar que lo intentara, ya que no hay mucha amistad entre un delaware y un mingo, sean cualesquiera los bandos por los que luchan en una guerra entre blancos. Es más, aunque los oneidas estén al servicio de su sagrada majestad, mi propio rey soberano, no habría vacilado en dejar que el «mata-ciervos» descargara sobre el indeseable, si hubiese tenido la oportunidad.

—Ése habría sido un acto contrario a los tratados en los que nos hemos comprometido, además de una acción poco digna de usted.

—Cuando un hombre se relaciona con un determinado tipo de gente —continuó diciendo Ojo de halcón—, si ellos son honrados y él no es mezquino, se desarrollará un mutuo afecto entre ellos. Es verdad que las manipulaciones de los blancos han provocado gran confusión entre los nativos, con respecto a quiénes son enemigos o

amigos; de tal manera que los hurones y los oneidas, quienes hablan la misma lengua, se arrancan mutuamente las cabelleras, y los delaware se encuentran ahora divididos; unos celebrando sus consejos alrededor del fuego a orillas de su propio río y luchando en el mismo bando que los mingos, mientras que la mayoría están en el Canadá, enemistados para siempre con los maquas. Así, todo está en desorden y afecta el curso normal de la guerra. Con todo, la naturaleza de un piel roja no cambia con la misma facilidad que la política de los blancos; de modo que las relaciones entre un mohicano y un mingo son muy parecidas a las que puede haber entre un hombre blanco y una serpiente.

—Lamento oír eso; ya que había pensado que los nativos que habitaban dentro de nuestras fronteras nos habían considerado lo bastante justos y bondadosos como para identificarse plenamente con nuestra causa.

—Yo más bien creo que es propio de la naturaleza de cada individuo el dar preferencia a la causa de uno mismo antes que a la de un extraño. En mi caso, tengo que decir que estoy a favor de la justicia; por lo tanto no puedo decir que odie a los mingos, ya que no sería propio de mi raza y religión, pero sigo diciendo que, si no fuera por la oscuridad reinante, el «mata-ciervos» habría tomado su parte en la muerte de ese repugnante oneida.

Al concluir esta plática, como si estuviera satisfecho de sus razonamientos, independientemente de las opiniones de su interlocutor, el implacable pero honrado cazador se retiró del fuego, dando por zanjada la cuestión. Heyward se dirigió a los muros; su inquietud y su poca experiencia en la lucha dentro del bosque no le permitían estar tranquilo ante la posibilidad de que se produjeran más ataques insidiosos. No eran así, sin embargo, los casos del explorador y los mohicanos. Sus agudos y curtidos instintos, cuya efectividad en ocasiones sobrepasaba lo que sería creíble, les había permitido estar convencidos tanto de la magnitud como la duración del peligro, una vez detectado éste. Ni uno sólo de ellos tenía la menor duda acerca de su seguridad, como lo indicaban los preparativos llevados a cabo para debatir en consejo las medidas que habrían de tomar seguidamente.

La confusión entre las naciones, o incluso entre tribus, a la cual se

refirió Ojo de halcón, estaba en todo su apogeo durante aquel periodo histórico. Ese gran lazo de unión que constituye el mismo idioma y, por supuesto, el mismo origen racial, se vio truncado en muchos casos. Ésta fue la causa también de que los delaware y los mingos —nativos pertenecientes a las seis naciones— se encontrasen combatiendo en un mismo bando, con el agravante de que los del segundo grupo anduviesen tras las cabelleras de los hurones, los cuales se suponía que eran de su propia estirpe. Incluso los delaware se encontraban divididos. A pesar de que el amor por la tierra mantuvo al sagamore de los mohicanos y a un pequeño grupo de seguidores bajo las banderas del rey inglés, sirviendo en el fuerte Edward, la inmensa mayoría de los suyos ejercían de aliados de Montcalm. El lector ya sabrá, o lo habrá supuesto a partir de los datos revelados en la presente narración, que los indios delaware o lenape se consideran los progenitores de las numerosas gentes que en su día fueron, a su vez, dueños de la mayoría del territorio que hoy ocupan los estados del noreste estadounidense. La comunidad de los mohicanos era una de las más antiguas y respetadas dentro de ese conglomerado.

Habiendo entendido a la perfección las razones particulares que habían enfrentado a unos amigos contra otros y que, por otro lado, los hacían aliados de aquellos que habían sido enemigos viscerales entre sí, el explorador y sus compañeros se disponían ahora a discutir sobre los criterios por los que se regirían sus futuras acciones, estando en medio de tantas razas humanas en pie de guerra. Duncan conocía lo suficiente acerca de las costumbres rodias como para entender la razón por la que el fuego se había avivado, así como por qué los guerreros, incluyendo a Ojo de halcón, tomaron asiento dentro de la atmósfera humeante con tanta ceremonia y solemnidad. Situándose en una esquina de las ruinas, desde donde sería espectador de lo que ocurría dentro, a la vez que vigilaba lo que podría ocurrir fuera de las mismas, esperó el resultado con tanta paciencia como le fue posible mostrar.

Tras una corta e impresionante pausa, Chingachgook encendió una pipa cuya cazuela estaba hecha con una de las piedras menos duras del terreno local y cuyo brazo consistía en un tubo de madera; el indio inmediatamente comenzó a fumar. Cuando hubo inhalado suficiente cantidad de la fragancia que despedía la hierba

medicinal, pasó el instrumento a manos del explorador. De este modo, la pipa terminó completando tres vueltas, en el más profundo silencio, antes de que ninguno de ellos abriera la boca para hablar. Entonces el sagamore, siendo el mayor y el de más alto rango, propuso el tema a debatir con sosegada dignidad y en pocas palabras. El explorador le respondió; Chingachgook le insistía al ver que estaba en desacuerdo. Sin embargo, el joven Uncas continuó en su calidad de oyente respetuoso, hasta que Ojo de halcón, buscando apoyo, le pidió su opinión. Heyward concluyó, por los modos en los que se manifestaban los interlocutores, que el padre y el hijo habían expuesto su opinión acerca de un asunto conflictivo, mientras que el hombre blanco mantenía un punto de vista opuesto. La contienda verbal fine haciéndose gradualmente más amistosa mientras pudo observarse que los sentimientos de los contertulios salieron a relucir en el debate.

Además del creciente tono amigable del discurso, las más decorosas asambleas de cristianos, incluso aquellas en las que participen los más ilustres reverendos, tendrían mucho que aprender de la moderación, tolerancia y mutuo respeto que se demostraron entre sí los participantes en esta reunión. Las palabras de Uncas merecieron el mismo aprecio que las de su padre, dotadas de una sabiduría más madura; y lejos de mostrar algún tipo de impaciencia, ninguno dio réplica a otro hasta que hubiesen pasado unos momentos para meditar en silencio lo que se acababa de decir.

Los mohicanos acompañaron su diálogo con gestos cuya naturalidad y franqueza eran tales que Heyward no tuvo dificultades para comprender la evolución del debate. Por otra parte, el explorador era el que más lacónico se mostraba, ya que, a diferencia del ímpetu propio del orgullo racial indígena, adoptaba las maneras frías y pragmáticas que caracterizan a todos los angloamericanos cuando están en calma. Por la frecuencia con la que los indios describían las marcas de un camino boscoso, era evidente que preferían una persecución sobre tierra firme, mientras que el gesto ondulante del brazo de Ojo de halcón, señalando hacia el Horicano, denotaba su inclinación por cruzar las aguas de ese río.

Era evidente que la segunda sugerencia perdía frente a la primera, estando a punto de decidirse la cuestión en contra de la opinión del

cazador, cuando éste se alzó en pie y abandonó su tono apático, para adoptar los modos propios dé un nativo, haciendo alarde de su mismo arte y elocuencia para la discusión. Elevando un brazo, hizo el recorrido del sol, repitiendo el gesto para representar cada día que iba a ser necesario para lograr su objetivo. Luego hizo entender con sus manos que iba a haber un largo y doloroso camino, sorteando rocas y cursos de río. Munro ya se había dormido, como era propio de su edad y condición, lo cual fue también parte del debate. Incluso las posibilidades de Duncan fueron citadas, como él mismo pudo percibir, ya que el explorador mencionó el nombre de «Mano tendida» —apelativo por el cual se le conocía a Heyward entre las tribus amigas—. A continuación tuvo lugar una intencionada comparación entre el movimiento sinuoso y ágil de una canoa y los torpes movimientos de alguien que camina agotado y débil. Por fin, el blanco concluyó señalando hacia la cabellera del oneida, dando a entender la urgente necesidad de ponerse en marcha rápidamente y no dejar ningún rastro.

Los mohicanos lo escucharon con semblantes graves que reflejaban los sentimientos del que hablaba. Poco a poco se fueron convenciendo y, llegado el final del discurso de Ojo de halcón, las palabras de éste se pronunciaban con su acostumbrada exclamación comendadora. En resumen, Uncas y su padre llegaron a estar de acuerdo con el punto de vista del otro, dejando atrás sus argumentos previos con total liberalidad y convicción, al igual que lo podrían haber hecho los representantes de algún pueblo grandioso y civilizado, pero con el riesgo de haberse buscado la ruina y la mala reputación en el terreno político, al no haber sido más firmes y consecuentes con sus ideas.

En cuanto estuvo zanjado el asunto, tanto el debate como todo lo que se dijo en él parecía haberse olvidado, salvo la decisión final. Ojo de halcón, sin volverse para ver el reconocimiento de su triunfo en los ojos ajenos, se estiró dignamente ante el debilitado fuego, disponiéndose a descansar.

Quedándose solos, los mohicanos, cuyas vidas se habían dedicado en gran medida a los intereses de otros, aprovecharon el momento para dedicarse algo de atención a sí mismos. Dejando por un momento la expresión severa y dura de un jefe indio, Chingachgook

empezó a hablarle a su hijo con el tono amable y alegre que es propio de un familiar. Untas agradeció la acogedora disposición de su padre y, antes de que se oyeran los ronquidos del explorador, ya había tenido lugar un profundo cambio en el trato que se dispensaban sus dos compañeros.

Resulta imposible describir la musicalidad de su discurso, mientras reían y conversaban padre e hijo, sobre todo si es para alguien que no ha oído jamás una melodía semejante. El compás de sus voces, en especial la del joven, constituía una maravilla —extendiéndose en éste desde los tonos más graves hasta los más agudos, casi como los de una voz femenina—. Los ojos del padre siguieron los tenaces e ingeniosos movimientos del hijo con la delicia propia de un progenitor, siempre sonriendo en respuesta a la risa contenida, pero a la vez contagiosa, del otro. Bajo la influencia de estos gentiles y naturales sentimientos, no se detectaba ni la más mínima señal de fiereza en los relajados rasgos del sagamore. La representación de la muerte que asumía su pintura de guerra parecía más un disfraz burlón que el anuncio de un deseo de provocar la destrucción y la desolación a su paso.

Tras una hora dando rienda suelta a sus mejores sentimientos, Chingachgook anunció repentinamente su deseo de dormir, envolviéndose la cabeza con su manta y extendiendo su cuerpo sobre la tierra, sin aislarse de la superficie de la misma. La alegría de Untas cesó inmediatamente y, tras ordenar las brasas de tal manera que despidieran calor hacia los pies de su padre, el joven preparó su propia almohada en medio de las ruinas del lugar.

Dando paso a un renovado sentido de la confianza, inspirado a su vez por la seguridad que rezumaban los experimentados hombres del bosque, Heyward pronto siguió el ejemplo de éstos; así, mucho antes de que terminara la noche, los que yacían tendidos en medio de las ruinas parecían dormir tan profundamente como los miembros de esa multitud cuyos huesos ya empezaban a blanquear en la llanura circundante.

Capítulo XX

¡Tierra de Albania! Deja que mis ojos se posen

Sobre ti, ¡aguerrida nodriza de hombres salvajes!

Childe Harold.

Aún podía verse una multitud de estrellas en el cielo cuando Ojo de halcón se acercó para despertar a los que dormían. Habiéndose despojado de sus capas, Munro y Heyward ya estaban de pie mientras el cazador les llamaba desde la entrada de la rudimentaria cabaña, en la cual habían pasado la noche. Cuando salieron al exterior, encontraron al explorador aguardándoles en las cercanías, mediando como único saludo entre ellos un significativo gesto, pidiendo silencio, por parte del sagaz guía.

—Recen para sus adentros —les susurró mientras se acercaban—; ya que Aquel al que van dirigidas las plegarias conoce todas las formas de habla, tanto con las palabras como con el corazón. Pero, eso sí, no hablen; la voz de los blancos no suele estar hecha para disimularse en el bosque, como pudimos comprobar en el caso de ese pobre diablo el cantante. Vengan conmigo —continuó diciendo, mientras les llevaba a uno de los muros de las ruinas—; introduzcámonos en este lado de la zanja; tengan cuidado con los escombros de piedra y madera al avanzar.

Todos sus acompañantes así procedieron, aunque los dos blancos se preguntaban acerca de las razones para tanta precaución. Mientras se encontraban en ese surco que rodeaba al fuerte por tres de sus cuatro costados, pudieron comprobar que las ruinas casi bloqueaban el paso. No obstante, con mucho cuidado y paciencia, lograron seguir al explorador hasta llegar a las orillas arenosas del Horicano.

—Ése será un rastro que sólo podrá seguirse por el olfato —dijo el

explorador con satisfacción, mientras miraba hacia atrás y reconocía la dificultad del camino por el que habían avanzado—. La hierba es una alfombra traicionera para los que huyen a través de ella, mientras que la madera y la piedra no muestran huellas de mocasín. De haber llevado ustedes puestas sus botas militares podrían haber dejado alguna señal, pero calzado con piel de gamo, un hombre puede andar confiado sobre terreno rocoso la mayoría de las veces. Trae la canoa más hacia tierra, Uncas; esa arena se deja imprimir con extremada facilidad. Con suavidad, muchacho, con suavidad, no dejes que roce la orilla, de lo contrario esos bribones sabrán cómo nos hemos ido.

El joven hizo caso de tan prudentes directrices. A continuación, el explorador colocó una tabla a modo de puente entre los escombros y la embarcación, haciéndoles una señal a los dos oficiales para que cruzaran. Hecho esto, todo se dejó en la misma posición y en el mismo lugar que antes, consiguiendo Ojo de halcón alcanzar la barca sin dejar una sola de esas temidas huellas de las que siempre hablaba. Heyward permaneció en silencio hasta que los indios hubiesen remado una distancia suficientemente lejos de las ruinas; entonces, bajo el cobijo de la gran sombra oscura que proyectaba la montaña oriental sobre la superficie cristalina del lago, preguntó con exigencia:

—¿Qué necesidad tenemos de huir de esta manera tan apresurada?

—Si la sangre de un oneida pudiera teñir una extensión de agua tan pura como ésta —le contestó el explorador—, los dos ojos que lleva usted en la cara ya le responderían a esa pregunta. ¿Acaso se ha olvidado del reptil que Uncas eliminó?

—Por supuesto que no. Pero estaba solo y los muertos no pueden amenazar a nadie.

—En efecto, estaba solo en sus diabólicos quehaceres; pero un indio que proviene de una tribu tan prolífica en guerreros no debe temer que su propia muerte se quede sin ser vengada.

—Pero nuestra presencia, la autoridad del coronel Munro ya sería suficiente garantía para protegemos de las iras de los que son nuestros aliados, sobre todo siendo que el desgraciado se mereció lo

acontecido. Confío en Dios que usted no se haya desviado ni un palmo de nuestro camino por una razón tan nimia.

—¿Cree usted que la bala disparada por ese bellaco se habría desviado, aunque fuera su mismísima majestad el rey quien estuviera en su camino? —replicó el tozudo explorador—. Si la palabra de un blanco ejerce tanta influencia sobre la naturaleza de un indio, ¿por qué no pudo el gran franchute, capitán general del Canadá, hacer que los hurones enterrasen sus hachas de guerra?

La respuesta de Heyward se vio interrumpida por un gruñido exhalado por Munro; sin embargo, tras una pausa silenciosa —respetando así el dolor de su anciano amigo—, volvió a incidir sobre el asunto.

—El marqués de Montcalm tendrá que responder de ese error ante su Dios —dijo el joven con tono solemne.

—En efecto, ahora habla usted con sabiduría, ya que sus palabras se basan en la honradez y la fe. Existe una gran diferencia entre la intervención de un regimiento de casacas blancas, con el fin de mediar en un conflicto surgido entre cautivos blancos e indios aliados, y la pretensión de convencer a un furioso salvaje de que no lleva un cuchillo y un fusil, dirigiéndose a él por medio de las palabras «hijo mío». No, no —continuó diciendo el explorador, mirando atrás hacia las difusas orillas del fuerte William Henry, ya casi fuera de vista, mientras reía para sus adentros—; he logrado poner agua de por medio y, a no ser que los diablos se hagan amigos de los peces y éstos les digan quiénes han pasado por su hogar esta dulce mañana, estaremos al otro extremo del Horicano antes de que puedan decidir qué camino tomar.

—Teniendo enemigos delante y enemigos detrás, nuestro viaje será probablemente peligroso.

—¿Peligroso? —repitió Ojo de halcón sin perder la calma—. No, no demasiado peligroso, ya que, teniendo los oídos y los ojos abiertos y manteniéndonos en alerta, podemos mantener una ventaja de horas por delante de los bribones; por otra parte, si hemos de utilizar el fusil, somos por lo menos tres los que entendemos su lenguaje tanto como los mejores que pueda usted conocer en la frontera. No, no

será peligroso, tan sólo podría ser un poco difícil, por llamarlo de algún modo; en todo caso, podríamos tener algún roce o sufrir alguna escaramuza o algo parecido, pero siempre estaríamos a cubierto y con abundante munición.

Es posible que el grado de peligro sospechado por Heyward fuera muy distinto al estimado por el explorador, ya que, en vez de responder, se quedó callado a lo largo de varios kilómetros de río. Justo cuando iba a amanecer, entraron por la parte más estrecha del lago [26] , moviéndose rápida y, a la vez, cautelosamente entre sus numerosas islas. Fue por este camino por el que Montcalm se había retirado con su ejército; por eso los viajeros no estaban seguros de que hubiese dejado alguno de sus indios vigilando la retaguardia. Por esta razón se aproximaron al pasadizo guardando su acostumbrado y prudente silencio.

Chingachgook posó el remo a un lado, mientras que Untas y el explorador dirigieron la frágil embarcación a través de abruptas y laberínticas aperturas, en las cuales tornan a cada paso el peligro de ser asaltados. Los ojos del sagamore se dirigían de una isleta a otra, y de un pasillo a otro, a medida que avanzaba la canoa; cuando lo permitía la extensión del agua, su mirada recorría la superficie baldía de las rocas y las frondosas espesuras que se cernían sobre ellos.

Heyward, habiéndose sentido doblemente interesado por el lugar, admirando su belleza sin dejar de experimentar también un temor natural en tales circunstancias, empezaba a creer que no había una verdadera razón para preocuparse cuando, de repente, todos dejaron de remar ante una señal dada por Chingachgook.

—¡Hugh! —exclamó Untas, casi a la vez que su padre dio el ligero toque sobre el lateral de la barca, indicando la proximidad de algún peligro.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el explorador—. El lago está tan tranquilo que parece que el viento nunca lo surcó, y puedo ver que no hay absolutamente nada sobre sus aguas en muchos kilómetros por delante de nosotros.

El indio levantó el remo con gesto sobrio, señalando con él en la

misma dirección en la que había clavado su mirada. Duncan dirigió la vista hacia allí; unos metros más adelante había otra isleta cubierta de árboles, pero parecía tan tranquila y pacífica que daba la impresión de que nunca había conocido la presencia del hombre.

—No veo nada —dijo—. Sólo tierra y agua, formando un paisaje magnífico.

—¡Chist! —le interrumpió el explorador—. En efecto, sagamore, siempre hay una razón para tus actos. Sólo se trata de una sombra, y sin embargo no es algo natural. ¿Ve usted los vapores que se levantan por encima de la isla, comandante? No es niebla, sino más bien como una nube espesa.

—Proviene de la evaporación del agua.

—Eso está tan claro que lo ve un niño. Pero ¿qué me dice de la hilera de humo más oscuro que linda por su zona inferior, y que se extiende hasta el bosque de avellanos? Proviene de un fuego; aunque uno de poca intensidad, a mi juicio.

—Vayámonos pues, hacia allí y aclaremos nuestras dudas —dijo Duncan con impaciencia—. No puede haber mucha gente en una isla tan pequeña.

—Si juzga la astucia de un indio por medio de las normas escritas en los libros, o basándose en la sagacidad de los blancos, le llevarán por mal camino; incluso pueden causarle la muerte —le contestó Ojo de halcón, mientras examinaba las señales del lugar con la agudeza que era propia en él—. Si se me permite opinar, sólo tenemos dos alternativas: una es la de regresar y abandonar toda esperanza de seguir a los hurones.

—¡Eso nunca! —exclamó Heyward, olvidándose de toda precaución al hablar en voz alta.

—Está bien —continuó disertando Ojo de halcón, haciéndole una señal para que se calmara—. Estoy de acuerdo con usted, aunque creí conveniente exponerlo así. Nos queda por lo tanto avanzar; y si nos encontramos con indios o franchutes en los estrechos, tendremos que continuar a través de las cumbres montañosas.

¿Tengo razón o no, sagamore?

La única respuesta del indio fue la de empezar a remar de nuevo, haciendo que la canoa se moviera hacia adelante. Al procurar mantener el curso de la embarcación, su decisión se había dejado entrever por medio de su decidida manera de moverse. Todo el grupo remaba vigorosamente, y en muy poco tiempo alcanzaron un punto desde el que gozaban de una vista que abarcaba toda la orilla norte de la isla, la cual había permanecido oculta hasta ese momento.

—Allí están, pues todas las señales lo confirman —susurró el explorador—; dos canoas y una fumata. Los bribones aún no ven a través de los vapores; de lo contrario ya habríamos oído sus condenados gritos. Todos juntos, amigos, dejémosles, que ya casi estamos fuera del alcance de sus balas.

El característico estallido de un fusil, cuyo proyectil rozó la tranquila superficie del agua, así como un agudo grito lanzado desde la isla, interrumpieron este diálogo y dieron a entender que los viajeros habían sido descubiertos. Un instante después, varios salvajes pudieron verse subiendo a las embarcaciones, en las cuales no tardaron en salir a perseguirles. Estos temibles indicios de un próximo enfrentamiento apenas produjeron cambios en los semblantes y los modos de los tres guías, al menos en lo que pudo comprobar Duncan, salvo que sus movimientos con los remos abarcaban más distancia y se hacían al unísono, haciendo que la pequeña barca se lanzara hacia adelante como si estuviese poseída.

—Mantenía así, sagamore —dijo Ojo de halcón, mirando con frialdad por encima de su hombro, mientras aún esgrimía su remo —. Mantenía justo así. Esos hurones no tienen una sola carabina en toda su nación que alcance esta distancia; pero el «mata-ciervos» tiene un cañón que sí permite apuntar desde tan lejos.

Una vez asegurada la velocidad de la barca bajo la guía de los dos mohicanos, manteniéndose así una distancia prudencial entre ellos y sus perseguidores, el explorador cambió el remo por su mortífero fusil. Fueron varias las veces que apuntó para disparar, y aquella en la que sus compañeros por fin esperaban oír la detonación fue cuando bajó el arma para pedirles a los indios que aminoraran la

marcha, con el fin de que se aproximaran más sus enemigos. Al final, cuando ya estaba seguro de su puntería y se disponía a hacer efectiva la amenaza de elevar el cañón, una exclamación por parte de Uncas desde el medio de la barca le obligó a desistir de nuevo.

—¿Qué ocurre ahora, muchacho? —exigió saber Ojo de halcón—. Acabas de salvar a un hurón de la muerte por tus quejas. ¿Qué razón hay para ellas?

Uncas señaló hacia una orilla rocosa que tenían enfrente, desde la cual otra canoa de guerra pretendía salirles al paso. Era más que obvia la peligrosidad de la situación, por lo que no hubo necesidad de palabras para confirmarla. El explorador bajó su fusil y lo dejó a un lado, para hacerse cargo otra vez del remo, mientras que Chingachgook guió la embarcación un tanto hacia las orillas occidentales, en un intento de alejarles de sus nuevos enemigos. Los gritos que se oían desde atrás les mantuvieron pendientes también de sus otros perseguidores. La angustiosa situación llegó incluso a sacar a Munro de su entumecimiento anímico.

—Dirijámonos hacia las rocas de tierra firme —dijo el anciano, utilizando los conocimientos de un soldado experimentado—, así les presenta-remos batalla a los salvajes. ¡No permita Dios que yo, ni ninguno de los míos, vuelva a confiar en la palabra de ningún siervo de los luises!

—Aquél que pretenda ganar en una lucha contra los indios —le contestó el explorador—, debe dejar de lado su orgullo y aprender de los mismos nativos. Llévala más por la orilla, sagamore; estamos casi a la misma altura que esas alimañas, y pueden tener la intención de cortarnos el paso en un momento dado.

Ojo de halcón no se equivocaba; cuando los hurones se percataron de que su presa seguía un curso que les iba a dejar atrás, se apresuraron en avanzar de modo gradualmente oblicuo, hasta que las dos canoas avanzaban paralelamente una con la otra, mediando un espacio de doscientos metro entre ellas. Ahora se trataba sencillamente de una cuestión de velocidad. Tan rápidamente avanzaban las pequeñas embarcaciones que las aguas que surcaban formaban considerables olas a ambos lados de sus cascos. Quizá fuera debido precisamente a este empeño por no dejarse superar por

lo que los hurones no recurrían a sus armas de fuego. El esfuerzo de los fugitivos era tan grande que no podía continuar durante mucho tiempo más, además de que los perseguidores les superaban en número. Duncan vio, con evidente nervio sismo, cómo el explorador comenzaba a mirar a su alrededor de un modo muy preocupado, como si estuviese buscando algún medio que pudiera procurarles la huida.

—Llévala fuera del alcance de la luz del sol, sagamore —dijo el terco cazador—. Veo que uno de los bribones ha dejado de remar para probar suerte con el fusil. Una sola herida nos podría costar nuestras cabelleras. Si salimos de la luz del sol colocaremos la isla de por medio.

El plan tenía sentido. Una isla larga y de baja altura sobre el nivel de las aguas se encontraba a poca distancia; a medida que se acercaban a ella, la canoa que les perseguía se ve impelida a continuar por el lado opuesto al que tomaron ellos. El explorador y sus compañeros no desperdiciaron esta oportunidad, sino que, en cuanto los arbustos les permitieron estar fuera de la vista de sus enemigos, doblaron sus y a prodigiosos esfuerzos. Las dos embarcaciones rodearon la última esquina como dos corredores empleándose al máximo de sus energías; los fugitivos iban en cabeza. Al final, el giro les había colocado más cerca de sus enemigos, aunque también había alterado sus posiciones.

—Mostraste gran conocimiento sobre las embarcaciones de corteza de árbol al escoger esta entre todas las de los hurones, Uncas —dijo el explorador con una sonrisa, aparentemente más contento ahora que llevaban cierta ventaja, aunque estaban todavía lejos de lo que podría ser una salida airosa de la situación—. Esos indeseables han puesto todo su esfuerzo de nuevo en los remos, por lo que estamos obligados a luchar por nuestras cabelleras con tales fragmentos de madera plana, en vez de con la vista y la carabina. Todos juntos, amigos, a remar con movimientos de recorrido largo.

—Se están preparando para disparar —dijo Heyward—; y como estamos en línea con respecto a ellos, es difícil que fallen.

—Entonces agáchense y permanezcan en el suelo de la barca —le contestó el explorador—; tanto usted como el coronel.

Heyward sonrió, mientras le replicó:

—¡Sería un mal ejemplo que los altos rangos se escondiesen mientras los guerreros se exponen al fuego!

—¡Por el buen Dios! ¡Eso sí que es el valor de un hombre blanco! —exclamó el explorador—. Y, al igual que muchas de sus ideas, algo que se sale de lo razonable. ¿Cree usted que el sagamore, o Uncas, o yo mismo, que soy blanco, dudaríamos en ponernos a cubierto durante una escaramuza, cuando el hecho de exponerse no supone ganancia alguna? ¿Para qué han fortificado Quebec los franchutes, si la lucha suele tener lugar en los campos?

—Todo lo que dice es cierto, amigo mío —le indicó Heyward—. No obstante, nuestras costumbres nos impiden seguir su recomendación.

Una ráfaga lanzada por los hurones interrumpió la conversación; y, a medida que las balas zumbaban a su alrededor, Duncan vio cómo Uncas volvía la cabeza, mirándoles tanto a él como a Munro. A pesar de la proximidad del enemigo y el peligro que él mismo corría, el rostro del joven guerrero no expresó otra emoción que no fuera la de sorpresa por ver cómo unos hombres se exponían voluntaria e inútilmente al fuego. Chingachgook estaba más familiarizado con las acciones de los blancos, ya que ni siquiera desvió su mirada del curso de las aguas. Una bala terminó dando en el remo del jefe indio, haciendo que saltara de sus manos y cayera unos cuantos metros por delante. Se oyó un grito por parte de los hurones, quienes aprovecharon para descargar otra ráfaga. Uncas trazó un arco completo en el agua con su propia paleta, haciendo que la canoa avanzase de un tirón, permitiendo así que Chingachgook recuperara su remo. Tras esto, el jefe indio levantó la paleta en alto y lanzó el grito de guerra de los mohicanos, antes de reanudar su importante tarea con dicho instrumento.

Las estridentes palabras «¡Le Gros Serpent!», «¡La Longue Carabine!» y «¡Le Cerf Agile!» sonaron al unísono tras ellos, aparentemente sirviendo de incentivo a los perseguidores para que pusieran más empeño en la carrera. El explorador levantó su «mata-ciervos» con la mano izquierda, por encima de su cabeza, con gesto de triunfo ante sus enemigos. Los salvajes contestaron el insulto con

vociferaciones, seguidas de otra ráfaga. Las balas impactaron en el agua a su alrededor y una llegó incluso a perforar el casco de la pequeña embarcación. Ninguna emoción palpable se hizo visible en las caras de los mohicanos durante estos momentos tan críticos; sus rasgos parecían petrificados, sin expresar ni esperanza ni temor. Sin embargo, el explorador se volvió y, riéndose para sus adentros, le dijo a Heyward:

—A los bellacos les encanta oír cómo suenan sus armas; ¡pero no hay puntería suficiente en los ojos de un mingo como para acertarle a una canoa en movimiento! Mire cómo esos diablos estúpidos han relevado a un hombre de los remos para que cargue las armas, ¡permitiéndonos avanzar metro y medio por cada metro que recorren ellos!

Duncan, a quien la medida exacta de la distancia no le importaba tanto, sí estaba contento de comprobar que la destreza de sus compañeros, junto con la falta de organización de sus enemigos, les supuso una creciente ventaja con respecto a éstos últimos. Los hurones terminaron por disparar de nuevo, llegando a impactar una bala en la hoja del remo sostenido por Ojo de halcón, aunque sin más consecuencias.

—Ya basta —dijo el explorador, mientras echaba un vistazo a la marca del disparo—. Si ni siquiera hubiera podido penetrar la piel de un niño, menos aún la de hombres como nosotros, curtidos por las iras del destino. Si es usted tan amable de remar por mí, comandante, le dejaré al «mata-ciervos» que tome parte en esta charla.

Heyward tomó la paleta y se entregó a la acción de remar, aunque con más ganas que conocimiento, mientras que Ojo de halcón inspeccionaba el funcionamiento de su carabina. Tras asegurarse de todo, éste último apuntó y apretó el gatillo. El hurón apostado en la proa de la primera canoa que les seguía también iba a disparar; pero, al sonar el arma del cazador, cayó hacia atrás soltando su arma. No obstante, se incorporó inmediatamente, dominado por la ira y los deseos de venganza. Sus compañeros se detuvieron para que se les uniera la segunda canoa y así poder continuar la persecución juntos. Chingachgook y Uncas pudieron relajarse un momento, aprovechando este intervalo, pero Duncan siguió

remando con el mayor de los empeños. Padre e hijo se miraron tranquilamente, pero con el grave propósito de comprobar si tanto uno como otro tenía alguna herida; ya que ambos sabían que ninguno daría cuenta de ello por medio de quejidos o lamentos, dada la urgencia de la situación. Algunas gotas de sangre corrían por el hombro del sagamore, quien, al percibir que Uncas se había fijado en ellas, simplemente cogió algo de agua con su mano y se lavó la rozadura, certificando así la levedad de la misma.

—Tranquilo, tranquilo, comandante —dijo el explorador, quien ya había vuelto a cargar su fusil—. Ya estamos a una distancia demasiado lejos para que acierte ninguna carabina; además, ya ve que esos bellacos están celebrando consejo. Déjeles que se acerquen lo bastante como para que estén a tiro, que para eso tengo buen ojo, y los mantendremos a raya durante todo el recorrido del Horicano, garantizando que ni uno solo de sus disparos llegue con suficiente fuerza como para atravesarnos la piel, mientras que el «mata-ciervos» puede matar dos de cada tres veces que dispara.

—Nos estamos olvidando de nuestro objetivo —contestó Duncan con diligencia—. Por el amor de Dios, saquemos provecho de nuestra ventaja, a la vez que aumentamos la distancia entre el enemigo y nosotros.

—Devuélvanme mis hijas —dijo Munro con voz entrecortada—. No prolonguen la agonía de un padre, sino tráiganme a mis niñas.

Largos años de experiencia siguiendo las órdenes de sus superiores habían forjado en el explorador la virtud del cumplimiento del deber. Tras mirar hacia las distantes canoas por última vez, aún deseando probar su puntería, dejó a un lado su carabina y volvió al remo, para mayor alivio de Heyward, sosteniendo la pieza de madera con músculos que parecían incansables. Sus esfuerzos fueron secundados por los Mohicanos; por lo que en muy pocos minutos habían puesto tal extensión de agua de por medio que, una vez más, Heyward pudo respirar tranquilo.

En ese momento empezó a ensancharse el lago, habiendo a lo largo de su ruta una extensión de montañas altas y abruptas que colindaban con ambas orillas. Sin embargo, había pocas islas y, por lo tanto, eran fáciles de esquivar. Los movimientos de los remos se

hicieron más sosegados y lentos, mientras los que los empleaban continuaron su cometido con suma frialdad, tras la peligrosa carrera en la que se vieron involucrados —como si se hubieran estado entrenando, en vez de haber experimentado una situación desesperada—.

En lugar de seguir por la orilla occidental, hacia donde les tendría que llevar su misión, el esforzado mohicano llevó su avance más hacia aquellas colinas tras las cuales Montcalm supuestamente había guiado su ejército, en dirección a la formidable fortificación conocida como Ticonderoga. Dado que los hurones, por lo visto, habían abandonado la persecución, ya no había razón para tanta prudencia. No obstante, obraron con precaución durante horas, hasta que llegaron a una bahía cerca del extremo norte del lago. Aquí llevaron la canoa hasta la playa, desembarcando todo el grupo. Ojo de halcón y Heyward ascendieron un peñasco adyacente, desde el cual el primero, tras examinar la extensión de agua bajo sus pies, divisó un objeto pequeño y oscuro que flotaba debajo de un promontorio, a varios kilómetros de distancia.

—¿Ve usted eso? —le preguntó el explorador—. ¿Qué diría usted que es ese objeto, si estuviera aquí solo y dependiera únicamente de sus conocimientos de hombre blanco?

—Dada la distancia y su tamaño, supondría que se trata de un ave. ¿Acaso no es algo vivo?

—Se trata de una barca hecha de buena corteza de árbol, remada por fieros y astutos mingos. Aunque el Creador nos ha dado a los habitantes del bosque ojos que no servirían de nada en la civilización, en la que tienen inventos que ayudan a ver, no existe órgano humano que pueda abarcar todos los peligros que ahora mismo nos acechan. Esas sabandijas parecen ir detrás de su cena, pero en cuanto se haga de noche estarán pisándonos los talones, como perros sabuesos. Hemos de despistarles, o de lo contrario nuestra búsqueda de Le Renard Subtil se habrá terminado. Estos lagos suelen ser útiles, sobre todo cuando la presa viene a beber de ellos —reflexionó el explorador con gesto preocupado—; pero no dan cobertura, salvo para los peces. Sabe Dios qué sería del paisaje, si los poblados llegaran a extenderse lejos de los dos ríos. Tanto la caza como la guerra perderían sus alicientes.

—No nos entretengamos, salvo que tengamos buena causa para ello.

—No me gusta ese humo que puede verse escalando por las rocas encima de la canoa —le interrumpió el pensativo explorador—. Apostaría mi vida que otros ojos, aparte de los nuestros, lo están viendo y saben lo que significa. Bien, las palabras no sirven de nada, es hora de recurrir a los hechos.

Ojo de halcón se alejó del lugar, descendiendo hasta la ribera absorto en sus pensamientos. Comunicó sus descubrimientos a sus dos compañeros en el idioma de los delaware, tras lo cual tuvo lugar una breve y sincera consulta entre ellos. Al terminar esta deliberación, los tres se dispusieron a llevar a efecto sus nuevas intenciones.

La embarcación se extrajo del agua para ser portada a hombros por el grupo. Se dirigieron al bosque, dejando un rastro tan claro y obvio como les fue posible. Pronto se encontraron con una corriente de agua; la cruzaron y siguieron adelante hasta llegar a una vasta roca de superficie lisa. En este lugar, sobre el cual sus huellas ya no serían visibles, volvieron hacia atrás, en dirección al arroyo, caminando de espaldas y pisando sobre las mismas huellas, empleando el máximo cuidado. A continuación, siguieron por el curso del arroyo hasta llegar al lago, en el cual depositaron la canoa d nuevo. Un saliente les mantenía ocultos del promontorio además de que el margen del lago se encontraba bordeado por vegetaciones colgantes a lo largo de un trayecto considerable. Bajo el cobijo de estos medios naturales, siguieron su esforzado camino con paciencia y sutileza, hasta que el explorador dijo que podrían volver a pisar tierra firme sin que hubiera peligro.

No reemprendieron la marcha hasta que la oscuridad del anochecer hizo que fuera difícil divisar las cosas. Siguieron su ruta al amparo de la noche, dirigiéndose esta vez enérgica pero, a la vez, sigilosamente hacia la orilla occidental. A pesar de que la rugosa silueta montañosa no presentaba ningún signo distintivo a ojos de Duncan, el mohicano penetró en el lugar escogido por él como refugio con la destreza de un navegante experimentado.

De nuevo levantaron la canoa y la llevaron bosque adentro, en donde la escondieron cuidadosamente bajo un montón de ramas y

maleza. Los aventureros se hicieron cargo de sus armas y sus equipajes, y el explorador les comunicó a Munro y Heyward que, por fin, ya estaban preparados para la marcha.

Capítulo XXI

Si encuentra un hombre allí, ése morirá como una pulga.

Las alegres comadres de Windsor.

El grupo había arribado a los límites de una región que, incluso hoy en día, permanece menos conocida para los habitantes del país que los desiertos de Arabia o las estepas tártaras. Se trataba de la zona árida y baldía que separa a los anuentes del lago Champlain de los del Hudson, el Mohawk y el Saint Lawrence. Desde aquella época, el lugar ha sido rodeado por numerosos poblados, finto del espíritu activo de sus habitantes, pero sólo el cazador o el salvaje ha osado adentrarse en sus indómitas profundidades.

Sin embargo, debido a que Ojo de halcón y los mohicanos ya habían atravesado a menudo las montañas y los valles de esos parajes, no vacilaron en meterse en ellos, haciendo alarde de su resistencia ante las dificultades y privaciones de la vida al aire libre. Durante muchas horas, los viajeros siguieron su camino, bien guiados por una estrella, bien por la del curso de algún riachuelo, hasta que el explorador decidió que hicieran una parada. Tras entablar un breve diálogo con los indios, encendieron un fuego e hicieron los preparativos de rigor para pasar allí la noche.

Siguiendo el ejemplo de sus compañeros más experimentados, Munro y Duncan intentaron no mostrar temor alguno y durmieron con aparente tranquilidad, aunque en el fondo sintieron cierta inquietud. El rocío se estaba disipando y los primeros rayos del sol habían dispersado las neblinas matinales del bosque cuando los integrantes del grupo ya estaban de nuevo en marcha.

Después de recorrer unos kilómetros, los movimientos de Ojo de halcón al frente del grupo se volvieron más cuidadosos y expectantes. Con frecuencia se detenía para inspeccionar los árboles; tampoco se disponía a cruzar una comente sin tomar en

consideración el volumen, la velocidad y el color de sus aguas. Desconfiando de sus cálculos, a menudo apelaba a las sinceras opiniones de Chingachgook. En el transcurso de una de estas pláticas, Heyward pudo ver que Uncas permanecía sereno y callado, aunque, a su juicio, muy atento a lo que se hablaba. Le entraron ganas de preguntarle al joven jefe indio cuál era su opinión acerca de los asuntos que se discutían, pero el gesto digno del nativo le indujo, finalmente, a pensar que éste confiaba por completo, al igual que él, en la sabiduría y la capacidad de los veteranos. Cuando, por fin, el explorador se expresó en inglés, no vaciló en afirmar lo embarazoso de su situación.

—Cuando vi que el camino hacia el hogar de los hurones se orientaba al norte —dijo—, no hizo falta que recurriera al conocimiento adquirido tras años de experiencia para saber que seguirían los valles y se mantendrían entre las aguas del Hudson y el Horicano, hasta alcanzar los manantiales del Canadá, lo cual les llevaría al corazón del territorio franchute. Y, a pesar de ello, aquí estamos, a poca distancia del Scaroon, ¡y no hemos encontrado una sola señal del rastro! La condición humana es débil por naturaleza y es posible que nos hayamos equivocado.

—¡Quiera Dios que eso no sea cierto! —exclamó Duncan—. Volvamos sobre nuestros pasos y prestemos más atención al avanzar de nuevo. ¿Acaso no tiene Uncas algo que decir al respecto?

El joven mohicano miró a su padre, pero sin variar el gesto reservado y paciente de su semblante, y permaneció callado. Chingachgook se percató de ello y, haciendo una señal con la mano, le pidió que hablara. En cuanto se le brindó tal licencia, el rostro de Uncas cambió su expresión de seriedad por una de júbilo y satisfacción. Lanzándose como un gamo, escaló por la ladera de una leve pendiente que se encontraba a escasos metros más adelante, irguiéndose triunfante sobre un parche de tierra removida, la cual parecía haber sido escarbada por algún animal pesado que hubiese pasado por allí. Los ojos de todo el grupo reconocieron en la actitud victoriosa del joven la confirmación de la buena noticia.

—¡Es el rastro! —exclamó el explorador, corriendo hacia el lugar—. El joven tiene agudeza de vista y buen juicio, a pesar de sus pocos años.

—Es extraño que no lo hubiera dicho antes —murmuró Duncan, colocándose a su lado.

—Habría sido aún más sorprendente si hubiese hablado sin pedir permiso. No, no; un joven blanco, habiendo acumulado sabiduría en los libros, puede medir sus destreza sobre el papel, puede presumir de que sus conocimientos son mayores que los de su padre, así como su capacidad física; pero donde manda la experiencia, el alumno ha de aprender el valor de los años y respetarlos en su justa medida.

—¡Mirad! —dijo Uncas, señalando hacia el norte y el sur, en dirección a las evidentes huellas que formaban un camino a ambos lados de su persona—. La de cabellos oscuros se ha ido hacia el frío.

—Ningún sabueso ha tenido el placer de seguir un rastro más encantador —respondió el explorador, inmediatamente siguiendo la ruta indicada—. Hemos sido agraciados, y mucho; ahora podemos continuar con ímpetu. En efecto, por aquí han pasado esas bestias de extraños andares: este hurón viaja como un general blanco. ¡El pobre debe estar loco! A lo mejor hasta encontramos huellas de carro, sagamore —siguió comentando, al mirar atrás, entre risas de satisfacción—; puede que incluso viaje en diligencia, con tres de los mejores rastreadores de la frontera pisándole los talones.

Los ánimos del explorador, junto con el sorprendente éxito de la persecución, de la cual ya se habían cubierto más de sesenta kilómetros, sirvieron para avivar las esperanzas de todo el grupo. Su progreso se tornó rápido y podía llevarse a cabo con la confianza propia de un viajero que se desplaza por una ancha carretera. Si una roca, un arroyo o una extensión de tierra endurecida hacía desaparecer las señales que recorrían, la buena vista del explorador las divisaba de nuevo a lo lejos e iba a su encuentro sin demora. Su avance se vio facilitado por la certeza de que Magua tendría la necesidad de viajar a través de los valles; una circunstancia que ya marcaba con total seguridad la dirección principal de su ruta. Tampoco había sido tan negligente el hurón a la hora de poner en práctica las artes de los nativos en los casos en los que se lleva a cabo una retirada delante de un enemigo. Proliferaban los rastros falsos y cambios repentinos de dirección en aquellos puntos que los propiciaban, tales como las comentes de agua o los diversos

accidentes que presentaba el terreno; pero los rastreadores no eran fáciles de engañar y supieron ver sus errores a tiempo para volver atrás y corregir la ruta, antes de que fuera demasiado tarde.

A media tarde ya habían dejado atrás al Saroon, yendo en dirección al sol poniente. Tras descender por la ladera de una colina se encontraron con un valle profundo, a través del cual surcaba una corriente rápida de agua; de repente dieron con un lugar en el que el grupo liderado por Renard había descansado. Trozos de madera quemada y brasas extinguidas estaban esparcidas alrededor de los restos de un ciervo, mientras que los árboles mostraban evidentes señales de que unos caballos habían sido atados a sus troncos. A poca distancia y admirándolo con tierna emoción, Heyward descubrió un pequeño emparrado bajo el cual supuso que habían dormido Cora y Alice. El suelo había sido repetidamente pisoteado, estando plenamente visibles las huellas tanto de personas como de animales; sin embargo, el rastro parecía terminar de forma súbita ahí mismo.

Fue fácil seguir las pisadas de los narragansets, pero daba la sensación de que habían deambulado sin rumbo, desprovistos de un guía que les dirigiera y yendo sólo en busca de alimento. Tras un primer momento, Uncas, quien acompañó a su padre en las labores de rastreo de los caballos, dio con una señal reciente de su presencia. Antes de seguir esta pista, comunicó su hallazgo al resto y, mientras los demás comentaban sobre ello, el joven reapareció con los dos animales, cuyas sillas de montar y aparejos se habían roto y estaban en lamentable estado, como si hubiesen estado corriendo libres por los alrededores durante días.

—¿Qué significa esto? —preguntó Duncan, volviéndose pálido y mirando por todo su alrededor, como si temiera que la maleza y las hojas le fuesen a dar una terrible noticia.

—Significa que nuestra marcha ha llegado a un rápido final, además de que estamos en territorio enemigo —le contestó el explorador—. Si el bribón se hubiese visto en apuros y las mujeres necesitaran los caballos para seguir el camino, las habría matado; pero sin el peligro de un enemigo que le pise los talones, y provisto de animales fuertes como éstos, no habrá tocado un pelo de sus cabezas. Sé lo que están pensando, y es una vergüenza para nuestra

raza que sospechemos tales cosas; aquél que piense que un mingo puede maltratar a una mujer, salvo que éste quiera matarla en acto de guerra, no conoce absolutamente nada de la naturaleza india, ni de las leyes del bosque. No, no; he oído hablar de que los indios franceses han explorado estos contornos para cazar alces, y nos estamos aproximando a su territorio. ¿Por qué no lo iban a hacer? Los disparos matutinos y vespertinos de Ty pueden oírse entre estas montañas; ya que los franchutes están trazando una nueva línea entre las provincias del rey y el Canadá. Es verdad que los caballos están aquí, pero los hurones se han ido; intentemos encontrar el camino por el que se fueron.

Ojo de halcón y los mohicanos pusieron manos a la obra en la mencionada tarea. Trazaron un círculo de varias decenas de metros de circunferencia, encargándose cada miembro del grupo a una determinada porción del mismo. Esta inspección, sin embargo, no obtuvo resultado alguno. Eran abundantes las pisadas, pero todas parecían limitarse a ese lugar en concreto, sin salir de mismo. Lo intentaron de nuevo el explorador y sus compañeros, terminando una vez más en el centro del circuito sin haber descubierto nada.

—Esta astuta maniobra debe tener algún truco —exclamó Ojo de halcón al ver los rostros decepcionados de sus camaradas.

—Hemos de dar con ello, sagamore, empezando por el manantial y cubriendo el terreno palmo a palmo. Que no presuma el hurón en su tribu de que sus pies no dejan huellas.

Para dar ejemplo, el mismo explorador se dispuso enseguida a examinar el lugar, haciendo alardes de su renovado entusiasmo. Ni una sola hoja quedó sin tocar. Las ramas fueros apartadas, las piedras vueltas sobre sí —dado que la industria de los indios se valía con frecuencia de estos medios para di simular un rastro—. Aun así no encontraron nada. Al cabo de un rato, Uncas, cuya agilidad le había permitido acabar e primero, escarbó la tierra donde el turbio flujo de agua salía del manantial, alterando así el curso de la corriente para que siguiera otra dirección. En cuanto secó algo la tierra por don de antes discurría la fuente, la observó con ojos meticulosos Un grito de satisfacción anunció inmediatamente el éxito del joven guerrero. Todos corrieron hacia el lugar en el cual Uncas ya estaba indicándoles la impresión de un

mocasín sobre la porción de tierra húmeda.

—Este muchacho será el orgullo de su pueblo —dijo Ojo de halcón, mientras admiraba el rastro tanto como un paleontólogo el colmillo de un mamut o la costilla de un mastodonte—. Y además, será una amenaza para los hurones. No obstante, ¡ésa no es la huella de un indio! El peso está demasiado concentrado sobre el talón y la puntera es cuadrada, ¡como si un bailarín francés formara parte de la tribu! Corre, Uncas, tráeme una muestra del tamaño del pie del cantante. Encontrarás un ejemplar magnífico de su huella al otro lado de esa roca, contra la ladera de la colina.

Mientras el joven se ocupaba de tales labores, el explorador y Chingachgook observaron cuidadosamente las pisadas. Las medidas coincidieron, por lo que el cazador declaró sin titubeos que se trataba del pie de David, el cual se vería obligado, por segunda vez, a cambiar sus zapatos por mocasines.

—Ahora lo veo todo claro, como si me lo contara el mismísimo Le Subtil —añadió—. El cantante, al ser agraciado por su voz y por el tamaño de sus pies, fue obligado a ir por delante, para que los demás al caminar pisaran dentro de sus huellas, no siendo al final evidentes otras pisadas que las suyas.

—Pero —dijo Duncan—, no veo señales de…

—Las jóvenes —le interrumpió el explorador—. Ese indeseable encontró una manera de transportarlas que consigue despistar a cualquier posible rastreador. Me jugaría la vida a que acabamos encontrando las señales de sus bellos y diminutos pies antes de que hayamos recorrido muchos metros.

Ahora todo el grupo procedió a seguir el camino del antiguo curso del manantial, continuamente pendientes de las impresiones que se iban sucediendo a lo largo del mismo. Tras cierta distancia, el agua volvió a inundar el surco, por lo que los rastreadores se contentaron con seguir la comente, seguros de que las huellas estaban bajo ella, aunque sin descuidar el suelo a ambos lados de la misma. Casi habían caminado un kilómetro cuando el flujo les llevó a rodear la base de una roca árida y de considerable tamaño. Aquí hicieron una pausa para asegurarse de que los hurones no habían abandonado la

corriente de agua. Fue un acierto proceder de ese modo. El inquieto y diligente Uncas pronto encontró la marca de un pie sobre una capa de musgo, inconscientemente dejada allí por un indio al pasar. Siguiendo la dirección señalada por este indicio, se adentró en la maleza vecina y dio con el rastro, tan reciente y manifiesto como lo había sido antes de que llegaran al manantial. Con otro de sus gritos comunicó la buena noticia a sus compañeros, quienes inmediatamente cesaron de buscar.

—En efecto, todo ha sido planeado con sabiduría india —comentaba el explorador, cuando el grupo se reunió en el lugar—; y hubiera despistado a cualquier hombre blanco.

—¿Nos vamos? —preguntó Heyward.

—Tranquilo, tranquilo: conocemos el camino; pero es bueno cerciorarse de las cosas. Ésa es mi filosofía, comandante; y si uno descuida los métodos, es poco lo que uno puede aprender de este mundo creado por Dios. Todo es muy evidente salvo una cosa: la forma en la que el bellaco se las arregló para transportar a las jóvenes. Incluso el orgullo de un hurón no permitiría que los delicados pies de las muchachas se mojaran.

—¿Servirá esto para explicar el misterio? —dijo Heyward, señalando hacia los restos de lo que parecía haber sido una rudimentaria camilla, hecha con ramas y asegurada por medio de lianas, ahora completamente desarmada e inútil.

—¡Está todo resuelto! —gritó con júbilo Ojo de halcón—. Desde luego le dedicaron tiempo. ¡Esas sabandija debieron de pasar horas diseñando una mentira para terminar con su rastro! Recuerdo casos en los que emplearon un día entero, aunque de nada les sirvió al final. Aquí tenemos tres pares de pisadas con mocasín, y dos de ellas hechas por pies diminutos. ¡Es sorprendente cómo una persona puede desplazarse con unos pies tan pequeños! Pásamela tira de gamuza, Uncas; voy a medir este pie. Por la Gracia del Señor, que no es superior en tamaño al de un niño, y sin embargo las damas son altas y hermosas. La Divina Providencia reparte cualidades de forma irregular, aunque sus razones tendrá para ello y nosotros no debemos cuestionarlas.

—Las tiernas personas de mis niñas no merecen estas vicisitudes —dijo Munro, observando las ligeras pisadas de sus hijas con amor paterno—. Las encontraremos desvanecidas en esta tierra baldía.

—No hay razón para temer eso —contestó el explorador, diciendo que no con la cabeza—. Esta pisada, aunque delicada, es firme y decidida, y no ha soportado grandes caminatas. Mire, el talón apenas hace mella en el suelo; y allí la de cabellos oscuros ha dado un pequeño salto para ir de una raíz del árbol a la otra. No, no; en lo que a mí concierne, las dos estaban lejos de desvanecerse cuando anduvieron por aquí. Por otro lado, el cantante sí parece que empezaba a estar cansado y débil, como lo demuestra su manera de pisar. En ese lugar, como pueden ver, resbaló; allí, caminó de forma irregular, tambaleándose, y en ese otro punto tenemos otra muestra de su torpeza. Claro, un hombre que sólo se emplea a fondo en lo que atañe a su voz no tiene las piernas preparadas para esto.

A partir de tan innegables pruebas, el experimentado cazador llegó a la verdad, con una certeza y una precisión tales que parecía que hubiera sido testigo ocular de los hechos, gracias a su instintiva capacidad de deducción. Animados por los indicios descubiertos, y satisfechas sus dudas ante lo obvio de los mismos —a pesar de su sencillez—, el grupo reanudó la búsqueda tras una apresurada pausa para reponer fuerzas.

Cuando terminaron de comer, el explorador miró hacia el crepúsculo, poniéndose en marcha con tal rapidez que Heyward y Munro, cuyas fuerzas aún no le fallaban del todo, se vieron obligados a hacer un esfuerzo adicional. Su camino se extendía ahora a lo largo del lugar ya mencionado. Dado que los hurones se habían confiado y no tomaron más precauciones, el avance de los que los perseguían se vio favorecido y no se produjeron más retrasos por la incertidumbre. No obstante, antes de que transcurriera una hora, el ímpetu de Ojo de halcón había disminuido sensiblemente. Su cabeza, en lugar de mantener una postura erguida y confiada, comenzó a mirar de un lado a otro con suspicacia, como si percibiera algún tipo de peligro en las proximidades. Pronto se detuvo para esperar al resto del grupo.

—Puedo oler a los hurones —les dijo a los mohicanos—. En adelante tenemos el cielo abierto, libre de la espesura de los

árboles; estamos acercándonos demasiado a su campamento. Sagamore, encárgate de ese lado de la colina, hacia la derecha; Uncas irá a lo largo del riachuelo por el lado izquierdo, mientras yo continuaré por el rastro. Si algo ocurriera, la señal será la de tres cantos de cuervo. Acabo de ver uno revoloteando justo delante de ese roble seco, lo cual constituye otra señal de que estamos llegando a un campamento.

Los indios asumieron sus tareas sin mediar palabra, mientras que Ojo de halcón siguió adelante con gran cuidado, en compañía de los dos caballeros. Heyward se puso al lado del guía para poder contemplar esos enemigos que tanto trabajo y esfuerzo le habían costado. Su acompañante le dijo que se mantuviera al filo del bosque, el cual, como de costumbre, se encontraba flanqueado por la maleza, y que le aguardara allí. Esto se debía a que quería examinar ciertos indicios del otro lado que le inspiraban desconfianza. Duncan le obedeció, encontrándose allí con una amplia panorámica que le resultaba, a la vez, desconocida y extraordinaria.

Se habían talado los árboles de una gran extensión de terreno y la luminosidad propia de un cálido atardecer de verano ya predominaba sobre el claro. A poca distancia del lugar en el que se encontraba Duncan, el riachuelo se había ensanchado para dar lugar a un pequeño lago, cubriendo la mayor parte de las tierras bajas entre una montaña y otra. El agua salía de esta ancha laguna por medio de una catarata que fluía de forma tan suave y regular que parecía haber sido obra de la mano del hombre y no de la naturaleza. Un centenar de viviendas terrosas se erigían sobre un margen del lago; incluso había alguna dentro de los límites del agua, dando a entender que el nivel del lago había variado. Los tejados redondeados, una magnífica defensa contra los fenómenos meteorológicos, denotaban que estas casas estaban más cuidadosamente concebidas que las tiendas utilizadas con carácter temporal durante la caza o la guerra. En resumidas cuentas, todo el poblado o campamento —la denominación es lo de menos— constituía la prueba de que el ingenio y la capacidad metódica de los nativos iban más allá de lo que el hombre blanco acostumbraba a creer como propio de las costumbres indias. Sin embargo, parecía estar deshabitado, o al menos, así lo supuso Duncan durante un

buen rato; luego, le pareció ver un número de formas humanas avanzando hacia él a cuatro patas, aparentemente arrastrando algo pesado que él identificó como algún ingenio formidable. Justo entonces, unas cabezas oscuras asomaron fuera de las viviendas y, de repente, el lugar rebosó de vida y actividad; aunque, por otra parte, estos seres se movían de un lado a otro con tal prisa que no permitían determinar cuáles eran sus motivos o intenciones. Alarmado por estos movimientos tan sospechosos e intrigantes, Duncan estuvo a punto de dar la señal de los cuervos, pero el ruido de alguien apartando las hojas cerca de él le hizo mirar hacia el otro lado.

El joven se puso en alerta y retrocedió unos pasos de modo instintivo, cuando vio que un indio se encontraba a menos de cien metros de él. Dominándose de inmediato, lejos de hacer sonar la alarma, lo cual podría costarle caro, permaneció inmóvil observando los movimientos del otro.

Un momento de calma para comprobar la situación le confirmó a Duncan que el nativo no le había descubierto, sino que, al igual que él, parecía ocuparse en la consideración de las pequeñas viviendas del poblado, así como de los apresurados movimientos de sus habitantes. Era imposible discernir la expresión de su cara, oculta bajo una grotesca más cara de pintura, aunque a Duncan le pareció más bien una de tristeza y no de agresividad. Su cabeza estaba completamente afeitada, como era la costumbre, salvo por la zona de la coronilla, desde cuyo mechón pendían sueltas cuatro plumas descoloridas. Un gran chaleco destartalado envolvía la mitad de su cuerpo, bajo el cual llevaba una simple camisa arremangada. Sus piernas se encontraban al descubierto, mostrando numerosos cortes y raspaduras, consecuencia de las espinas de la maleza. Sin embargo, sus pies calzaban un par de mocasines en buenas condiciones. En conjunto, el aspecto de este individuo era más bien mísero y desaliñado.

Aún se encontraba Duncan estudiando a su vecino con gran curiosidad cuando apareció a su lado el explorador, sin hacer el más mínimo ruido.

—En efecto, hemos llegado a su campamento —le susurró el joven militar—; he aquí a uno de los salvajes, sin ir más lejos,

impidiéndonos avanzar.

Ojo de halcón se estremeció y elevó su fusil cuando, siguiendo la dirección señalada por su compañero, pudo apreciar la imagen del extraño. Entonces, tras bajar la mortífera arma, extendió su cuello hacia adelante, como si quisiera cerciorarse de algo que había detectado.

—Ese diablo no es un hurón —dijo—, ni tampoco un miembro de ninguna de las tribus del Canadá; y, sin embargo, las ropas que lleva se las debió de quitar a un blanco. Claro, Montcalm ha estado peinando el bosque para asegurarse el camino, juntando toda clase de indeseables asesinos salvajes. ¿Ha visto dónde ha posado su carabina o su fusil?

Aparentemente no lleva armas; ni parece tener malas intenciones. A no ser que dé la voz de alarma a sus compañeros, quienes, como puede ver, están donde el agua, no tenemos nada que temer de su parte.

El explorador se volvió hacia Heyward y le miró con sorpresa no disimulada. A continuación rompió a reír, aunque en silencio, como solía hacerlo en momentos de posible peligro.

Repitiendo las palabras:

—¿Compañeros que están donde el agua? —añadió—. ¡Eso es lo que se aprenderá en las escuelas de la civilización! Aunque el bellaco sí que tiene piernas largas y no debemos confiarnos. Manténlo bajo las miras de tu fusil, mientras yo le sorprendo desde atrás y le tomo prisionero. No dispare.

Ojo de halcón ya se había adentrado en la maleza cuando Heyward le detuvo apresuradamente con su brazo, preguntándole con preocupación:

—Si veo que está en peligro, ¿no debería disparar?

Ojo de halcón le miró durante un instante, como si no comprendiera la pregunta; luego, asintió con la cabeza y le contestó, aún riéndose para sus adentros:

—Todo lo que quiera, comandante.

Seguidamente, se desvaneció entre las hojas de los árboles. Duncan esperó un cierto tiempo, presa de la impaciencia, antes de poder divisarlo de nuevo. Apareció arrastrándose por el suelo, casi imperceptible a la vista por el color de sus prendas de vestir, situándose justo detrás del nativo. Cuando estuvo a escasos metros de él, se levantó lentamente y en silencio. En ese momento se oyeron varios chapuzones en el agua; Duncan pudo apreciar unas cien formas oscuras que se introducían, a la vez, en la corriente. Aferrándose a su fusil, dirigió su mirada de nuevo hacia el indio. Lejos de alarmarse, el confiado salvaje giró la cabeza de tal modo que parecía observar los movimientos acontecidos en el lago, cautivado por una especie de curiosidad ingenua. Mientras tanto, la mano de Ojo de halcón se cernía sobre él. De repente, sin ninguna razón aparente, el cazador se echó atrás, dejándose llevar por esas silenciosas carcajadas tan características en él. Cuando terminó de reírse, en vez de asaltar a su víctima por el cuello, le puso la mano levemente sobre su hombro y dijo en voz alta:

—¿Ahora qué, amigo? ¿Está enseñando a cantar a los castores?

—Incluso así —fue la respuesta—. Parecería que Aquél que les dio capacidad para mejorar no les negaría voces para ello si fuera necesario, y así poder también alabarle.

Capítulo XXII

BOTTOM. —¿Estamos todos reunidos?

QUINCE. —Sí, sí; y he aquí un lugar maravilloso para ensayar.

El sueño de una noche de verano.

El lector puede imaginarse la sorpresa que dominó a Heyward mejor de lo que podríamos describirla. Los que pensó eran indios resultaron ser animales cuadrúpedos; lo que creyó era un lago resultó ser un mero estanque lleno de castores; la supuesta catarata era una simple presa construida por tales animales; y el supuesto enemigo no era otro que su amigo David Gamut, el maestro de salmos. La presencia de éste último despertó tanta esperanza repentina en lo referente a las hermanas que, sin dudarlo un instante, el joven salió de su escondite y se lanzó al encuentro de los dos protagonistas de la escena.

Ojo de halcón continuaba divirtiéndose con la situación. Sin la menor aprehensión y con la mayor de las confianzas, hizo girar al pasivo Gamut con su brazo, para observar con mayor detalle los méritos que habían hecho los hurones a la hora de prepararle el disfraz. A continuación, estrechó la mano de David con auténtico fervor amistoso, haciendo que a éste se le humedecieran los ojos de alegría por lo afortunado que se consideraba en aquel momento.

—Así que estaba ensayando con su voz entre los castores, ¿eh? —le dijo el cazador—. Esos pequeños diablillos ya conocen la mitad de ese oficio, ya que sin duda le marcan el ritmo con sus colas, como acaban de hacer ahora; y justo a tiempo además, ya que el «mata-ciervos» pudo haber hecho sonar la primera nota en su dirección. ¡He conocido hombres que, aún sabiendo leer y escribir, eran menos listos que un castor experimentado; ahora bien, en lo de cantar estos animales son inútiles totales! ¿Qué le parece una canción como ésta?

David se tapó los oídos por lo estridente del grito, el cual hizo incluso que Heyward mirara hacia arriba, en busca del ave que supuso que lo había emitido. El sonido daba a entender que un cuervo había sobrevolado sus cabezas.

—Vean —continuó el explorador, entre risas, mientras señalaba hacia los otros miembros del grupo, los cuales, en respuesta a la señal, ya se acercaban al lugar—. Esta música tiene virtudes naturales; me trae dos buenos tiradores a mi lado, junto con sus cuchillos y tomahawks. De todos modos, vemos que usted está bien; ahora díganos qué ha sido de las damas.

—Permanecen cautivas de los infieles —dijo David—; y, aunque se encuentran afligidas de espíritu, están bien y fuera de peligro físicamente.

—¿Las dos? —preguntó Heyward, atragantado.

—Incluso así. A pesar de que nuestro caminar ha sido difícil y las provisiones escasas, la verdad es que no podemos quejamos, salvo por el hecho en sí de habérsenos llevado por la fuerza a una tierra lejana.

—¡Dios le bendiga por esas palabras tan reconfortantes! —exclamó el tembloroso Munro—. ¡Me encontraré a mis niñas como ángeles sin mancillar, tal y como las dejé!

—No sé si su rescate podrá llevarse a cabo —contestó David entre dudas—; el jefe de estos salvajes está poseído por un espíritu tan maligno que ninguna fuerza, salvo la del Omnipotente, podría vencerle. He intentado convencerle, tanto despierto como en sueños, pero ni el lenguaje ni los sonidos parecen hacer mella en su alma.

—¿Dónde está ese bellaco? —intervino secamente el explorador.

—Hoy ha salido a cazar alces con sus jóvenes compañeros; y mañana, según tengo entendido, se adentrarán más hacia la profundidad de estos bosques, más cerca de la frontera con el Canadá. La mayor de las damas está custodiada por los habitantes de un pueblo cercano, cuyas viviendas están más allá de esas rocas

negras; mientras que la menor está cautiva entre las mujeres de los hurones, cuyas casas se encuentran a unos tres kilómetros de aquí, sobre una planicie, en la que el fuego ha hecho las labores propias del hacha en la preparación del lugar para su asentamiento.

—¡Alice, mi dulce Alice! —murmuró Heyward—. ¡Privada de la consoladora presencia de su hermana!

—Incluso así. Pero mientras la oración y la acción de gracias puedan atemperar el alma afligida, no ha de sufrir.

—Entonces, ¿la chica tiene talento musical?

—De una clase más bien sobria y solemne; aunque debe admitirse que, a pesar de todos mis esfuerzos, la dama tiende a llorar más de lo que sonríe. En esos momentos recurro a las canciones sagradas; pero también hay ocasiones para una comunicación satisfactoria entre nosotros, cuando incluso los oídos de los salvajes se sorprenden de la capacidad de nuestras voces.

—¿Y cómo es que le permiten deambular libremente?

David adoptó una expresión facial que intentaba comunicar humildad y modestia, antes de responder prudentemente:

—Pocas alabanzas merece un gusano como yo. De todos modos, aunque el poder de los salmos estaba aislado en medio de los horrores de aquella explanada sangrienta, a través de la cual nos llevaron, sí ha recobrado cierta influencia sobre las almas de los infieles, por lo que se me permite ir y venir a voluntad.

El explorador se rió y, golpeándose la frente al entender lo ocurrido, disimuló su hilaridad con una explicación diciendo:

—Los indios nunca harían daño a alguien que canta como un enloquecido. Pero ¿por qué no tomó el camino de vuelta al ver que podía hacerlo, sobre todo cuando aún era fácil volver atrás, y comunicar así lo ocurrido al fuerte Edward?

El explorador, pensando más en alguien con suficientes recursos, como él, no se había dado cuenta de que David seguramente habría sido incapaz de llevar a cabo tal misión. De todos modos, sin perder

su aire de humildad, el otro no tuvo reparos en contestar:

—Aunque mi espíritu se regocijara de nuevo con ver la tierra de la cristiandad, mis pies preferirían seguir a las delicadas almas cuyo bienestar se me confió, incluso hasta la idólatra provincia de los jesuitas, antes que dar un paso atrás mientras languidecen en la cautividad y la tristeza.

A pesar de que el lenguaje figurativo empleado por David no era muy inteligible, su mirada sincera y serena, así como la emoción que su honrado semblante traslucía, no daban lugar a dudas. Uncas se le acercó y le observó con gesto de aprobación, mientras el padre de éste último expresaba su propia satisfacción mediante la consabida exclamación brusca de los indios. El explorador agitaba la cabeza pensativamente, concluyendo:

—¡El Señor no ha creado al hombre para que se dedicara exclusivamente a las artes de su voz, sin aprovechar otros dones naturales! Pero en ocasiones se cría bajo las faldas de alguna mujer tonta, cuando debería haber aprendido a vivir bajo el cielo abierto y entre las bellezas de la naturaleza. Tenga, amigo; en verdad quise tirar este silbato suyo al fuego; pero, dado que valora tanto el instrumento, ¡cójalo y utilícelo de la mejor manera!

Gamut recogió su pipa de entonación con la mayor expresión de alegría posible en un hombre tan sobrio como él. Tras ensayar repetidamente con el utensilio, contrastándolo con su propia voz, quedó complacido al ver que no había perdido su capacidad melódica. A continuación, pasó a hacer una muy seria demostración por medio de la ejecución de varias estrofas de una de las canciones más largas de su librillo, al que tanto hemos aludido.

No obstante, Heyward le interrumpió en su piadosa actividad por medio de continuas preguntas acerca de las condiciones, tanto pasadas como presentes, en las que se encontraban sus compañeras de cautiverio, mostrando en esta ocasión más sentido metódico que impulso sentimental, como ocurriera al principio de la conversación. Aunque David no dejó de prestar atención a su atesorada herramienta, no ignoró tales solicitudes, en especial porque estaba un padre de por medio, cuyo interés era tan ferviente que no podía ser despreciado. También el explorador participó en el

interrogatorio cuando la ocasión fue propicia. De esta guisa, entre repetidas interrupciones hechas por el sonido del instrumento recuperado, los perseguidores se hicieron con una buena cantidad de información, la cual les serviría de gran ayuda en su noble y ambiciosa empresa: la recuperación de las dos hermanas. El relato de David fue sencillo y los hechos se reducían a unos pocos.

Magua había esperado en la montaña a que llegara el momento más idóneo para retirarse; descendió y tomó la ruta que bordeaba el lado occidental del Horicano, en dirección al Canadá. Dado que el sutil hurón estaba familiarizado con los caminos, y estaba seguro de que no corrían peligro alguno de ser perseguidos, el grupo recorrió poca distancia, con lo cual el esfuerzo fue menor. David pudo apreciar, desde su punto de vista, que la presencia de su persona fue más bien respetada que deseada; aunque ni el mismísimo Magua se vio exento de esa veneración india hacia los influidos por el Gran Espíritu. Por la noche cuidaron de sus cautivos con la mayor de las atenciones, tanto para aliviarles los consabidos inconvenientes del bosque como para prevenir su huida. Se dejaron libres los caballos en el manantial, como ya se ha comprobado; y, a pesar de lo alejado y remoto que estaba su rastro, utilizaron los ya mencionados artificios de confusión para anular cualquier posibilidad de ser localizados. Cora fue enviada a una tribu que ocupaba temporalmente un valle adyacente, aunque el desconocimiento de las costumbres y las tradiciones nativas por parte de David era tal que no fue capaz de dar cuenta satisfactoria acerca de qué tribu era. Sólo sabía que no habían tomado parte en la expedición contra el fuerte Willam Henry; pero, al igual que los hurones, eran aliados de Montcalm, además de mantener una relación amigable, aunque prudente, con esas gentes tan salvajes y guerreras cuya desagradable compañía el destino tuvo a bien que soportaran.

Los mohicanos y el explorador escucharon esta narración imperfecta y discontinua con creciente interés a medida que iba desarrollándose y, cuando intentaba explicar David los propósitos de la comunidad en la que Cora se hallaba recluida, el cazador le interrumpió repentinamente:

—¿Se fijó en la forma de sus cuchillos? ¿Si eran de estilo inglés o

francés?

—Nunca pienso en tales vanidades, sino que más bien me ocupaba de consolar a las damas.

—Puede que llegue el momento en que no considere el cuchillo de un salvaje una mera vanidad —le dijo el explorador, expresando su disgusto ante la falta de atención de su interlocutor—. ¿Habían celebrado su fiesta del maíz, o tenían algún tótem que les representara?

—Disfrutamos de varios festines a base de maíz, el cual, mezclado con leche resulta dulce en su sabor y fácil de digerir. No sé lo que significa un tótem, pero si tiene algo que ver con la música india, no merece la pena hablar de ella. Nunca cantan al unísono para sus alabanzas, con lo cual diría que son una estirpe de lo más profano e idólatra.

—En eso se equivoca con respecto a la naturaleza de un indio. Incluso el mingo adora a un único Dios verdadero. Decir lo contrario es una perversa mentira inventada por los blancos, para mayor vergüenza de mi raza, defendiendo la idea de que un guerrero nativo se inclinaría ante imágenes de su propia cosecha. Es verdad que muchos de ellos hacen pactos con el maligno, como lo haría cualquiera que se enfrentara con un enemigo inconquistable, pero siempre recurren a la bondad y la sabiduría de un solo Gran Espíritu.

—Quizás sí —dijo David—; pero yo he visto imágenes extrañas y fantásticas hechas en su pintura de guerra, para cuya preparación se armarían de un orgullo espiritual, sobre todo una imagen en concreto, que representaba una bestia despreciable y repugnante.

—¿Acaso una serpiente? —preguntó el explorador con presteza.

—Muy parecida. Se trataba de la imagen de una horrenda tortuga.

—¡Hugh! —exclamaron los dos expectantes mohicanos a la vez; mientras que el explorador agitaba su cabeza en señal de haber hecho un descubrimiento poco placentero. Entonces habló el mayor de los dos indios, en lenguaje delaware, con tal calma y dignidad

que todos, incluso los que no le entendían, estaban pendientes de él. Sus gestos impresionaban, siendo a veces muy enérgicos. En una ocasión levantó el brazo en alto y, al descender, abrió las solapas de su chaqueta, posando un dedo sobre su pecho, dando énfasis a su significado con tal movimiento. Duncan siguió estos gestos, interpretando que el animal mencionado se habría pintado de forma magistral, aunque de modo discreto, sobre el pecho del jefe indio, utilizando un color azul claro. Todo lo que había oído decir acerca de la violenta separación de las tribus delaware le vino a la mente, mientras esperaba con inmensa impaciencia el momento propicio para hablar, dada la urgencia de sus pensamientos. Su intención, no obstante, fue abortada por el explorador, quien, tras hablar con su amigo piel roja, se volvió para decir:

—Lo que hemos descubierto puede ser bueno o malo para nosotros, sólo el cielo lo sabe. ¡El sagamore en cuestión es de la sangre real de los delaware, tratándose del gran jefe de la tribu de los tortugas! Por las palabras del cantante podemos estar seguros de que está entre los guerreros que ha mencionado; si hubiese empleado la mitad de sus esfuerzos para el canto en haberse fijado más en otras cosas, ahora sabríamos cuántos guerreros eran en total. Estamos pues, moviéndonos en terreno peligroso; ya que un amigo que te ha dado la espalda a menudo te odia más que el enemigo que va en busca de tu cabellera.

—Explíquese —le dijo Duncan.

—Se trata de una antigua y triste tradición, en la cual no me agrada ni pensar; ya que no se puede negar que el mal ha sido mayormente obra del hombre blanco. De todos modos, el resultado ha sido que el tomahawk se agita entre hermanos, haciendo además que los mingos y los delaware caminen juntos.

—Entonces, ¿sospecha que son miembros de ese pueblo los que tienen confinada a Cora entre ellos?

El explorador asintió con la cabeza, aunque parecía querer evitar una conversación sobre algo que se le hacía doloroso. Duncan, presa de la impaciencia, comenzó a proponer varias estrategias con el objeto de rescatar a las hermanas. Munro parecía haberse librado de su apatía, prestando atención a los descabellados planes del joven

con un entusiasmo que parecía impropio de su experiencia y sus canas. El explorador, por otro lado, logró convencerle del error que supondría precipitarse en un asunto que requería pensar fríamente y actuar con templanza.

—Será mejor —añadió—, que dejemos que este hombre regrese a las viviendas de los nativos y comunique a las damas que estamos cerca, quedándose allí hasta que le demos la señal para ponemos de nuevo en contacto. ¿Sabe distinguir entre el canto de un cuervo y el de un mirlo, amigo?

—Se trata de un ave de canto agradable —le contestó David—, cuya musicalidad es a la vez suave y melancólica, aunque algo fuera de tono.

—Puede que se refiera al de otra ave —dijo el explorador—. Bien, pues ya que le agrada tanto su silbato, utilícelo como señal. Recuerde entonces que, cuando oiga el canto de un mirlo tres veces seguidas, ha de adentrarse en los arbustos desde los que parece provenir el sonido.

—Espere —le Interrumpió Heyward—. Yo le acompañaré.

—¿Usted? —exclamó Ojo de halcón con sorpresa—; ¿Es que se ha cansado de vivir?

—David es la prueba de que hasta los hurones pueden perdonar una vida.

—En efecto, pero sólo David tiene el don de cantar como si estuviera fuera de sus cabales.

—Yo también puedo hacerme el loco, el idiota, el héroe, es decir, cualquier cosa, para rescatar a la que amo. No me ponga más obstáculos, estoy dispuesto a todo.

Ojo de halcón se quedó mirando al joven, sin poder articular palabra de lo atónito que estaba. Duncan, por otra parte, habiendo sucumbido hasta ese momento frente a la capacidad y la sabiduría del otro, ahora asumía una posición de autoridad a la que no era fácil oponerse. Con la mano hizo un gesto de menosprecio hacia

cualquier tipo de protesta; luego, con un tono más calmado, continuó diciendo:

—Ustedes saben cómo disfrazarme. Cámbienme de aspecto; utilicen su pintura si es necesario; en resumen, hagan que parezca cualquier cosa, un tonto.

—No creo que para eso necesite cambiar; ya ha obrado bastante la mano del todopoderoso en ese sentido —masculló el explorador, visiblemente molesto—. Cuando envían ustedes refuerzos para luchar en guerras de ultramar, ¿acaso no ven la necesidad de establecer de antemano los lugares de acampada, para que así los que luchan a su lado puedan saber dónde y cuándo pueden encontrar a sus aliados?

—Escuche —le interrumpió Duncan—. Ya le ha oído a este fiel guardián de las cautivas decir que los indios son de dos tribus diferentes, incluso pueden ser de naciones distintas. Con una de ellas, presumiblemente una rama de los delaware, está la que ustedes llaman «la de cabellos oscuros»; la otra dama, la más joven, está con el grupo formado por nuestros enemigos de siempre, los hurones. Por mi condición de hombre y soldado, he de intentar liberar a la segunda, o morir en el intento. Mientras tanto, ustedes pueden negociar la liberación de la otra hermana.

El renovado espíritu del joven militar se notó en el brillo de sus ojos, además de sus ademanes aguerridos. Ojo de halcón, aún sabiendo los peligros que conllevaría el experimento, no supo oponerse a tan apasionado empeño.

Posiblemente hubiera algo en el descabellado plan que le agradaba, algo que se parecía a su propio amor por la aventura y el riesgo —elementos que ya formaban parte de su existencia y de los cuales había llegado incluso a disfrutar—. Así, en lugar de mostrarse contrario a la propuesta de Duncan, cambió su actitud de forma repentina, prestándose a colaborar.

—Vamos —le dijo, esbozando una sonrisa—; al ciervo hay que llevarlo al agua, no seguirlo hasta allí. Chingachgook tiene más pinturas de colores que las que usaba la esposa del oficial ingeniero para representar la naturaleza sobre trozos de papel, haciendo que

las montañas pareciesen montones de heno rojizo, poniendo además el cielo azul al alcance de la mano. También el sagamore sabe utilizarlas. Siéntese sobre ese tronco; y por mi vida que puede convertirle en un auténtico bufón, como deseaba usted.

Duncan accedió; y el mohicano, que había escuchado la conversación muy atento, puso manos a la obra. Gracias a su larga experiencia en las sutiles prácticas artísticas de su raza, dibujó con gran destreza y rapidez la sombra fantástica que se consideraba como símbolo de jocosidad y buen humor entre los nativos. Se evitaban todas aquellas líneas que pudiesen interpretarse como inclinaciones belicosas, enfatizando, por otro lado, las formas propias de la amistad y la buena disposición.

En resumen, sacrificó todo atisbo de apariencia guerrera en favor de la imagen de un bufón. Este tipo de aspecto no era infrecuente entre los indios; y, dado que Duncan ya estaba suficientemente disfrazado con sus atuendos de soldado, podría pasar por un malabarista de Ticonderoga que frecuentaba la compañía de las tribus vecinas, en especial por su dominio del francés.

Cuando ya parecía suficiente la pintura que llevaba, el explorador le dio varios consejos amistosos, concertó un modo de hacer señales mutuas y le señaló el lugar en el que debieran encontrarse, caso de que la misión resultara exitosa. La despedida entre Munro y su joven amigo resultó más melancólica; con todo, el primero acabó aceptando la separación con un cierto grado de indiferencia que no era propio de su carácter afable y sincero, si no fuera porque sus ánimos se encontraban decaídos. El explorador guió a Heyward fuera de allí y le comunicó su intención de dejar al veterano a buen recaudo en algún campamento, bajo la protección de Chingachgook, mientras Uncas y él procedían a entrevistarse con aquellos que suponían eran de la estirpe delaware. Tras repetir sus consejos de prudencia, concluyó diciendo, con tal solemnidad y honradez de espíritu que Duncan se conmovió, lo siguiente:

—¡Y que Dios le bendiga! Ha demostrado tener un espíritu al que admiro, ya que es el que acompaña al don de la juventud; aquel que se caracteriza por la bravura y el temperamento apasionado. Pero recuerde la advertencia de alguien que sabe que lo que predica es verdad. Tendrá ocasión de presumir de su hombría y de una

sabiduría mayor que la que se encuentra en los libros, en cuanto supere en astucia o en valor a un mingo. ¡Que Dios le bendiga! Si los hurones se hacen con su cabellera, cuente con el juramento de alguien que lucha con dos guerreros a su lado. Tenga por seguro que lo pagarán muy caro; a razón de una vida por cada pelo. Le repito, joven caballero: que la Divina Providencia bendiga su causa, ya que es buena; y recuerde que, para vencer a esos bribones es justo que ponga en práctica ciertos actos que pueden parecer impropios de un hombre blanco.

Duncan estrechó la mano de su experimentado e inconformista interlocutor, de nuevo recomendó a su veterano compañero que se cuidase y, deseando también lo mejor para todos, le hizo una señal a David para que le guiara. Ojo de halcón se quedó mirando al atrevido y arrogante joven durante un instante, mostrando abiertamente su admiración por él; luego, se volvió, agitando su cabeza en señal de duda, mientras él y los de su propio grupo se introdujeron en el bosque.

La ruta tomada por Duncan y David se encontraba al otro lado del pozo de los castores, bordeando el margen del mismo.

Cuando el primero de los dos se encontró a solas con un compañero tan simple, así como tan incapacitado para enfrentarse a una situación de emergencia, se dio cuenta entonces de la difícil tarea que había asumido. El crepúsculo hacía que la tenebrosidad de la ya misteriosa naturaleza circundante se incrementara; incluso dotaba de unas características inquietantes a las chozas que había divisado antes, las cuales parecían tan vacías y, a la vez, tan vivas. Se le ocurrió, mientras admiraba tanto la estructura de las viviendas como la prudencia y sagacidad de sus inquilinos, que incluso las primitivas gentes de esos parajes indómitos estaban dotados de un instinto tan formidable como la capacidad racional que él mismo poseía. Esto le hizo reflexionar con preocupación sobre la desigual contienda que pretendía librar de modo tan impulsivo y apresurado. Entonces le vino al pensamiento la bella imagen de Alice, sus apuros, los peligros en los que pudiera encontrarse; y atrás quedaron todos los temores de su situación. Animándole a David, siguió su camino con paso ligero y decidido, como era propio de su juventud y talante emprendedor.

Tras circundar el pozo, se apartaron del curso de las aguas, comenzando a ascender a un nivel de tierra ligeramente elevada dentro de ese valle por el que se desplazaban. En menos de media hora habían llegado al margen de otro claro que parecía también ser obra de los castores; tal lugar se encontraba abandonado ahora, quizá porque tan ingeniosos animales se vieron obligados a huir, o simplemente porque fueron en busca de un lugar mejor. Por instinto, Duncan vaciló durante un momento, reticente a dejar atrás la seguridad de su cobertura boscosa, mientras reunía todas sus fuerzas, como quien está a punto de llevar a cabo un experimento arriesgado y es consciente de que las necesitará. Aprovechó también la pausa para obtener toda la información posible acerca de ese sitio, por medio de breves y apresuradas observaciones visuales.

En el lado opuesto al descampado, cerca del lugar en el que el arroyo descendía por unas rocas desde un punto más alto, podían divisarse unas cincuenta o sesenta edificaciones rudimentarias, todas hechas combinando troncos de árbol, ramas y arcilla. Estaban dispuestas sin orden previo ni esquema estético. En verdad, resultaban muy inferiores a las observadas anteriormente por Duncan, tanto que incluso esperaba que pudieran suponer alguna sorpresa adicional. El grado de suspense que experimentaba estaba aún más lejos de la distensión debido a que, en la penumbra, vio cómo unas veinte o treinta siluetas se elevaban por encima de la alta y espesa hierba delante de las viviendas, para hundirse de nuevo en ella de modo alternante. Por las apariencias, estas formas daban la sensación de ser unos misteriosos espectros que estaban al acecho, u otro tipo de seres sobrenaturales, más que criaturas normales de carne y hueso. Una de estas formas amenazantes y desnudas dio la impresión momentánea de que había levantado sus brazos y hubiera desaparecido sin dejar rastro, para luego aparecer en otro punto, más distante, o bien dejar que otra sombra ocupara su lugar. David, al observar que su compañero se rezagaba, miró en la misma dirección y le reconfortó en cierta medida al decirle:

—Aquí hay gran cantidad de tierra fértil sin cultivar —dijo—, y debo añadir que no ha sido tan desperdiciada ni sus frutos tan mal aprovechados, como tantas veces he visto durante mi corta estancia en esta tierra de infieles.

—Las tribus gustan más de la persecución que de las artes de la labranza —le contestó Duncan de modo casi mecánico, mientras aún observaba aquellas formas que le inquietaban.

—Es más la alegría del espíritu que el trabajo lo que hace levantar el canto de la adoración; pero estos muchachos hacen mal uso de sus dotes naturales. Rara vez me he encontrado con alguno que realmente estuviera instruido en los salmos, y estoy completamente seguro de que no hay nadie que los cultive menos. Me he pasado aquí tres noches y en tres ocasiones les he reunido a los inútiles para formar un coro de canto religioso; ¡siempre responden a mis esfuerzos con gritos y aullidos que hielan la sangre!

—¿De quiénes habla?

—De esos hijos del diablo que malgastan el tiempo con chiquilladas, allí entre la hierba. ¡Ah! qué poco conocen la disciplina del autocontrol estas gentes desenfrenadas. Entre tantas ramas no hay una sola vara firme, por lo que no ha de resultar sorprendente que las bendiciones más exquisitas de la Divina Providencia se utilicen sólo para vociferar como lo hacen.

David se tapó los oídos ante el grito colectivo de la manada de niños, que debió oírse por todo el bosque; tras lo cual, mordiéndose el labio y avergonzado de su debilidad supersticiosa, dijo con firmeza:

—Sigamos.

Sin quitar las manos de sus oídos, el maestro de canto le hizo caso, y juntos continuaron su camino hacia el lugar donde, según David, se encontraban «las tiendas de los Filisteos».

Capítulo XXIII

Pero aunque la bestia presa de caza

Pueda exigir el privilegio de la persecución;

Aunque le concedamos ventaja y terreno al ciervo,

Por cada sabueso que soltamos o cada arco que doblamos;

¿Quién puede decir dónde, cómo o cuándo

Fue atrapado y muerto el zorro merodeador?

La dama del lago.

No es nada frecuente encontrarse con un campamento nativo vigilado por guardianes armados, a la manera en que los más instruidos hombres blancos lo harían. Estando bien informado de la proximidad de cualquier peligro con suficiente antelación, el indio normalmente confía en su conocimiento de las señales del bosque, así como en los largos y tortuosos caminos que le separan de aquéllos que pueden suponer una amenaza para él. Ahora bien, el enemigo que, por suerte o accidente, haya logrado burlar la vigilancia de los nativos apostados en el bosque no encontrará ningún centinela cerca del poblado para dar la voz de alarma. Además de esta costumbre generalizada, las tribus amigas de los franceses conocían sobradamente el peso del último golpe militar como para temer cualquier agresión de parte de aquellas naciones hostiles a ellos, y que a su vez eran aliadas de la corona británica.

Por lo tanto, cuando David y Duncan se vieron rodeados por los niños que estaban jugando entre la hierba, no encontraron más resistencia que esa frente a su llegada. No obstante, en cuanto fueron costos de cerca los intrusos, todo el grupo de jóvenes hizo sonar un grito colectivo al unísono, para luego desaparecer de la

vista de sus visitantes, como por arte de magia. Los cuerpos delgados y desnudos de los revoltosos se camuflaban tan bien con el color de la vegetación a esa hora del día que parecía, ciertamente, que la tierra se los hubiera tragado; aunque una observación más cuidadosa del lugar por parte de Duncan le permitía descubrir las miradas fugaces de los oscuros ojos nativos por todas partes.

Lejos de sentirse animado por este incidente, y pensando en cuál sería la reacción ante su aspecto por parte de los mayores, Duncan sintió una tentación momentánea de retroceder. Sin embargo, ya era demasiado tarde para volver atrás. El griterío de los niños había hecho que una docena de guerreros apareciese a la puerta de la choza más cercana, desde donde aguardaban, formando un grupo disuasorio y amenazante, a los que tan inesperadamente se presentaban en sus dominios.

Estando familiarizado con la situación, David tomó la iniciativa de seguir, caminando con tal decisión que ningún obstáculo parecía importarle, hasta llegar a la mismísima choza aludida. Se trataba de la edificación más importante del poblado, aunque también estaba hecha de ramas de árbol; era el lugar en el que se celebraban los consejos y las reuniones públicas de la tribu durante su estancia temporal en la frontera con la provincia inglesa. Al pasar por el lado de los tenebrosos y fuertes salvajes, Duncan encontró dificultades para dar forma a una imprescindible expresión de indiferencia en su rostro; pero, consciente de que su supervivencia dependía de su aparente estado mental, confió en las apariencias de su compañero, a quien siguió y emuló en su avance, mientras pensaba en alguna estrategia para la ocasión. Su sangre se heló al encontrarse en pleno contacto con tan fieros e implacables enemigos; pero logró dominarse lo suficiente como para llegar hasta el centro del lugar sin dar muestras de debilidad. Imitando al flemático Gamut, extrajo una buena cantidad de ramas aromáticas a partir de un montón que había en una de las esquinas de la choza y tomó asiento sin decir palabra.

Tan pronto como les hubiera pasado de largo su nuevo visitante, los expectantes guerreros se alejaron de la entrada, distribuyéndose alrededor de aquel como si estuviesen tranquilamente esperando a que el desconocido se dignase a hablar. La gran mayoría de ellos se

quedó de pie, adoptando posturas muy relajadas al apoyarse contra las delgadas columnas que sostenían el cochambroso edificio; mientras que tres o cuatro de los de mayor edad, así como los jefes más distinguidos, se situaron en el suelo a una distancia más adelantada que los demás.

Una antorcha encendida alumbraba el lugar, esparciendo su luz escarlata de rostro a rostro y cuerpo a cuerpo a medida que las corrientes de aire la avivaban. Duncan se valió de esta iluminación para intentar comprender la actitud receptiva de sus huéspedes, por medio de la expresión de sus caras. Pero sus intentos fueron en vano, pues tales gentes sólo reflejaban rasgos llenos de frialdad. Los jefes más cercanos apenas se fijaban en él, dirigiendo sus miradas al suelo como si mostrasen respeto, aunque no era difícil de ver que se trataba más bien de una muestra de desconfianza. Los hombres del fondo eran menos reservados. De inmediato se percató Duncan de sus miradas, a la vez furtivas e inquisitivas, recorriendo cada detalle de su persona y atuendo, pendientes de todo gesto facial, incluso de la más mínima línea de la pintura que le cubría, aunque sin manifestar comentario alguno.

Por fin uno de los mayores, cuyos cabellos ya habían comenzado a encanecer pero que aún gozaba de la fuerza y la agilidad dignas de la plenitud masculina, surgió de la penumbra de una esquina, desde la cual había estado observando en secreto, y habló. Utilizó el idioma de los wyandotes o hurones, por lo que sus palabras resultaron incomprensibles para Heyward, aunque a juzgar por los gestos que las acompañaban más bien parecían ser palabras de cortesía y no de agresividad. El visitante agitó la cabeza en señal negativa, dando a entender su incapacidad para responder.

—¿Alguno de mis hermanos domina el francés o el inglés? —preguntó en el primero de los dos idiomas, mientras miraba a su alrededor esperando ver algún gesto de asentimiento.

Aunque alguna cabeza se movió tratando de entender lo dicho, nadie contestó.

—Me apenaría pensar —continuó diciendo Duncan lentamente, utilizando la sintaxis francesa más simple que podía reproducir— que ningún miembro de esta grande y sabia nación entiende la

lengua que emplea el «Grand Monarque» cuando se dirige a sus hijos. ¡Sería un gran pesar para su corazón el que sus guerreros de piel roja parezcan no respetarle lo suficiente!

A esto siguió una larga e inquietante pausa, durante la cual ni un solo movimiento, ni tampoco un sola mirada, dio fe del mensaje de su alocución. Sabiendo que el silencio era una virtud para sus huéspedes, Duncan recurrió a tal costumbre para poner en orden sus ideas. Poco después le respondería el mismo guerrero de antes, esta vez utilizando con sobriedad el idioma del Canadá:

—¿Cuando nuestro Gran Padre habla con Su pueblo, utiliza la lengua del hurón?

—Él no establece diferencias entre sus hijos, sean de piel roja, negra o blanca —le contestó Duncan con actitud evasiva—, aunque de modo especial está satisfecho con los bravos hurones.

—¿De qué modo hablará —inquirió el jefe con tono impaciente—, cuando los mensajeros le cuenten las caballeras que brotaron de las cabezas de los yengeese [27] hace cinco días?

—Eran sus enemigos —dijo Duncan, sintiendo un temblor repentino —; y sin duda dirá: «está bien hecho, mis hurones son valientes».

—Nuestro padre del Canadá no lo piensa así. En vez de mirar hacia adelante y recompensar a sus indios, sus ojos se vuelven atrás. Ve a los yengeese muertos, pero no a los hurones. ¿Qué significa eso?

—Un gran jefe como él tiene más pensamientos que lenguas. Quiere asegurarse de que no hay enemigos persiguiéndole.

—La canoa de un guerrero muerto no flotará sobre el Horicano — contestó el salvaje con sobriedad—. Sus oídos son para los delaware, quienes no son nuestros amigos, y se deja llevar por las mentiras de éstos.

—No puede ser verdad. Mirad, me ha pedido a mí, que conozco las artes de la curación, que vaya a sus hijos los hurones rojos de los grandes lagos, y les pregunte si están enfermos.

Otro momento de silencio siguió tras esta revelación hecha por

Duncan. Todos los ojos se concentraron simultáneamente sobre su persona, como si quisieran así averiguar la verdad o falsedad de sus palabras, mostrando una inteligencia y un instinto que hizo temblar al objeto de sus miradas. De todos modos, éste se alivió al volver a oír al indio que le hablaba.

—¿Es que los hombres astutos del Canadá se pintan la piel? —continuó diciendo el hurón con frialdad—. Les hemos oído presumir de la palidez de sus caras.

—Cuando un jefe indio se presenta ante sus padres blancos —le replicó Duncan con gran seguridad—, deja atrás sus vestimentas de piel de bisonte y se pone la camisa que le ofrecen. Mis hermanos me han dado pintura, y la llevo puesta.

Un leve murmullo de aprobación denotaba que la tribu se encontraba halagada por esta afirmación. El jefe más anciano hizo un gesto favorable, que fine contestado por la mayoría de sus compañeros al extender éstos una mano y emitir un breve gruñido en señal de agrado. Duncan comenzó a respirar más tranquilo, creyendo que lo peor había pasado; y dado que ya había preparado un relato sencillo y creíble para apoyar su condición de hechicero, sus esperanzas de éxito se incrementaron.

Tras unos momentos de silencio, como si estuviese ordenando sus pensamientos con el fin de dar respuesta al invitado, otro guerrero se levantó y se dispuso a hablar. Justo cuando empezaba a hacerlo, un ruido extraño, aunque apenas perceptible, surgió del bosque. Inmediatamente fue seguido de un alarido agudo y estridente, que se prolongó tanto que se asemejaba al aullido de un lobo. Esta repentina y desagradable interrupción hizo que Duncan se sobresaltara, preocupado únicamente por los efectos de tan aterrador grito. Al mismo tiempo, los guerreros salieron precipitadamente de la choza y el exterior de la misma se vio inundado por sus múltiples vociferaciones, que casi anulan las que aún provenían de las espesuras del bosque. Incapaz de dominarse un segundo más, el joven huyó del lugar y se encontró en medio de una caótica multitud formada por casi todos los seres vivientes que había en el campamento. Hombres, mujeres, niños, ancianos, tanto los enfermos como los fuertes y activos estaban allí reunidos —algunos lanzaban exclamaciones, otros aplaudían con una alegría

que parecía frenética—; todos expresando su salvaje alegría por algún acontecimiento inesperado. A pesar de estar abrumado por el escandaloso ruido, Heyward pronto averiguó de qué se trataba por lo que vio a continuación.

Aún había suficiente luz en el cielo para ver aquellos claros en la maleza que marcaban los caminos que se adentraban en el bosque. De uno de ellos surgió una fila de guerreros que avanzaba lentamente hacia las viviendas. Uno de los más adelantados sostenía una vara corta de la cual, como luego pudo comprobarse, pendían varias cabelleras humanas. Los terroríficos ruidos que Duncan había percibido no eran otros que los «aullidos de muerte», como los llaman muy acertadamente algunos blancos; y cada vez que se repetían era para anunciar a la tribu el fatal destino de un enemigo. Hasta ahí llegaba el conocimiento de Heyward sobre el asunto; y dado que se trataba del regreso inesperado de una exitosa expedición guerrera, le sobrevino el alivio y la tranquilidad, en sustitución del temor a que su identidad hubiera sido descubierta.

A una distancia aproximada de treinta metros de las viviendas se detuvieron los recién llegados. Sus expresivos alaridos, que representaban tanto los quejidos de los muertos como la alegría de los victoriosos, habían cesado por completo. Uno de ellos profirió una llamada, que aunque no resultaba amenazante no era más inteligible que los gritos de antes. Es difícil expresar con qué éxtasis de júbilo se recibió la noticia que comunicaba. El campamento entero se convirtió repentinamente en una masa agitada y violenta. Los guerreros desenvainaron sus cuchillos y los sostenían mientras formaban dos filas, las cuales dieron lugar a un pasillo que se extendía desde la expedición hasta las chozas. Las mujeres indias se hicieron con porras, hachas y cualquier otro tipo de arma que tuviesen cerca, corriendo después a participar ansiosamente en el juego cruel que iba a comenzar. Incluso los niños se involucraban; aunque los pequeños, incapaces de sostener armas contundentes de gran tamaño, echaron mano de los tomahawks que portaban sus padres a la cintura, y a continuación se colaban entre la multitud, dispuestos a imitar los actos salvajes de sus progenitores.

Grandes pilas de ramas de arbusto estaban colocadas por el descampado, mientras una mujer india, débil y cansada, se ocupaba

en encenderlas para que sirviesen de iluminación a la ceremonia que iba a tener lugar. Al avivarse el fuego, superaba a la menguante luz del día, haciendo que los objetos se hicieran más evidentes y a la vez más diabólicos. Todo ello constituía una escena impresionante, enmarcada por la alta silueta de la oscura hilera de pinos. Los guerreros que acababan de llegar eran las figuras más lejanas. Algo más adelante había dos hombres, quienes aparentemente habían sido seleccionados como los intérpretes principales de lo que iba a acontecer. La luz no era suficiente como para distinguir sus facciones, aunque era evidente que sus emociones diferían entre sí. Mientras uno se mantenía erguido y firme, preparado para aceptar heroicamente lo que le esperaba, el otro se presentaba cabizbajo, como si estuviera acobardado o avergonzado. Duncan, lleno de entusiasmo, sintió una profunda mezcla de admiración y simpatía por el primero, aunque no tuvo oportunidad de manifestar sus sentimientos abiertamente. No obstante, estaba al tanto del más mínimo movimiento por su parte; y mientras recorría con su mirada la estructura de su bien proporcionada y fuerte constitución, se quiso convencer de que si la capacidad de un hombre, ayudada por tan noble disposición, le permitiese salir ileso de tan severa prueba, el joven cautivo podría esperar tener éxito en la azarosa carrera que iba a protagonizar. De modo insensible se acercó Duncan a donde estaban agrupados los hurones, tan absorto en el espectáculo que apenas respiraba. Justo entonces se dio la señal, provocándose un estallido de voces que truncó el momentáneo silencio que la había precedido, y originando el tumulto más grande de todos los oídos hasta ese momento. La más derrotada de las dos figuras se quedó quieta, pero la otra reaccionó ala señal dando un salto con la rapidez de un gamo. En vez de seguir por el pasillo de las hostilidades, tan sólo entró en el mismo para girar rápidamente hacia un lado, antes de producirse el primer golpe, y brincar por encima de un grupo de niños para librarse del peligro. Tal maniobra fue contestada con los improperios lanzados por un centenar de voces, mientras la exaltada multitud se lanzó confusa y desordenadamente tras él, dominada por sus salvajes bríos.

Una docena de hogueras arrojaban su fantasmal luz sobre el lugar, asemejándose éste a un ruedo satánico y sobrenatural en el que se hubieran congregado unos demonios maliciosos para llevar a cabo

sus infames ritos sangrientos. Las siluetas del trasfondo parecían seres de ultratumba planeando en el aire con gestos frenéticos e incomprensibles, mientras que las enfurecidas facciones de aquellos que pasaban cerca del fuego se volvían terroríficamente nítidas, alumbradas por las llamas.

Resulta fácil comprender que entre tanto enemigo vengativo no se le diera ni un solo respiro al fugitivo. Hubo un momento en el que parecía que iba a alcanzar el bosque; pero el grueso de los guerreros se lo impidió, llevándole de nuevo al centro de la masa que le perseguía sin piedad. Volviéndose como un ciervo acorralado, atravesó uno de los fuegos con la rapidez de una flecha. Aún ileso, y esquivando a la multitud, se dirigió por el lado opuesto del descampado; y allí le hicieron frente los más ancianos de la tribu de los hurones. Una vez más se decidió por alcanzar el bosque, como si buscara seguridad en sus oscuras profundidades, y durante varios minutos a Duncan le dio la impresión de que se hubiera perdido el joven.

Sólo se veía una oscura masa de formas humanas, gobernada por el más inexplicable de los caos. Se vieron alzar brazos, cuchillos afilados y porras inmensas por encima de sus cabezas, pero los golpes se daban obviamente a ciegas. El más horrible efecto lo producían las voces de las mujeres, cuyos gritos competían con los alaridos de los guerreros. De vez en cuando Duncan pudo percibir una forma ligera que saltaba desesperadamente, y mantenía sus esperanzas de que el cautivo aún tuviera facultades para eludirles. La multitud se volvió atrás repentinamente, hasta el lugar en el que se encontraba el oficial. La gran masa del fondo hizo presión sobre las mujeres y los niños de delante, derribándoles en ocasiones. El desconocido reapareció en medio de la confusión. Sin embargo, la capacidad humana no podía soportar durante mucho más tiempo semejante prueba, y el cautivo parecía consciente de ello. Aprovechando el momento y la brecha abierta en la multitud, realizó lo que a ojos de Duncan parecía un desesperado y último esfuerzo por ganar el bosque. Como si fuera consciente de que el soldado no suponía una amenaza, el fugitivo pasó justo a su lado en su huida. Un hurón grande y poderoso que le pisaba los talones estaba a punto de asestarle un golpe mortal desde atrás. Duncan extendió un pie en su camino, con lo cual el salvaje tropezó y salió

lanzado a varios metros de distancia, permitiendo que el perseguido aumentara su ventaja con respecto a él; luego dio media vuelta y volvió a pasar como un meteorito por delante de Duncan, antes de que el indio volviera en sí y le detectara apoyado tranquilamente en una estaca pintada que se encontraba enclavada frente a la puerta de la vivienda principal.

Reconociendo que la actuación a favor del cautivo podría comprometerle, Duncan abandonó el lugar sin demora. Siguió a la multitud, que retrocedió hacia las chozas en actitud resentida, como cabría esperarse ante una ejecución fallida. Por curiosidad, o quizá por algo más noble, se acercó al desconocido; vio cómo se aferraba a la estaca con un brazo, mientras respiraba pesadamente por el esfuerzo consumado, aunque no estaba dispuesto a darse por vencido. Su integridad física estaba ahora bajo la protección de costumbres de tradición milenaria, y su destino dependería de lo que se decidiera en el consejo tribal. Con todo, no era difícil pronosticar el resultado, dado el sentimiento general de los que estaban allí presentes.

Las decepcionadas mujeres de la tribu no escatimaron ni una sola palabra malsonante del vocabulario hurón para dirigirse al desconocido por su éxito en la prueba. Abucheaban sus esfuerzos y le dijeron, con amargo desprecio, que sus pies eran mejores que sus manos, y que merecía alas al no saber usar flechas ni cuchillos. El cautivo no dio respuesta a tales cosas, sino que se limitó a brindarles una actitud a medio camino entre la dignidad y el desprecio. Exasperadas tanto por su suerte como por su compostura, sus palabras se tornaron menos inteligibles, a la vez que fueron acompañadas por agudos y estridentes gritos. Justo entonces, la mujer anciana que había tomado la precaución necesaria de encender las hogueras se abrió paso entre la multitud, asegurándose un puesto delante del cautivo. El físico escuálido y deteriorado de esta vieja mujer era directamente proporcional a su astucia. Echando atrás su haraposa manta, extendió hacia adelante su largo y delgado brazo, mientras hablaba en la lengua de los lenape, más comprensible a oídos de su interlocutor, diciendo en voz alta lo siguiente:

—¡Mira bien, miembro de los delaware! —le dijo, chasquiendo los

dedos en su cara—. Tu nación está compuesta sólo por hembras, y tus manos están mejor hechas para la azada que para el fusil. Vuestras mujeres son madres de gamos; si naciese un oso o un gato montés o una serpiente entre vosotros, huiríais todos. Las niñas de los hurones te harán faldas y nosotras te encontraremos marido.

Un estallido de risa salvaje sucedió a este cúmulo de improperios, durante el cual la alegría musical de las voces femeninas más jóvenes se combinó de forma extraña con la ronquera de garganta mostrada por su compañera más maligna. No obstante, el desconocido lo soportó todo. Mantenía la cabeza erguida, sin dar testimonio de la presencia de las mujeres, hacia quienes ni siquiera miraba si no era para observar las acciones de los guerreros que estaban detrás de ellas, quienes hacían de callados y resentidos espectadores de la cuestión.

Furiosa ante el dominio propio y la sangre fría del cautivo, la anciana levantó sus brazos en posición desafiante, profiriendo un nuevo torrente de palabras que jamás podríamos traducir con exactitud. De todos modos, gastaba saliva en vano; y a pesar de que tenía fama entre los suyos por ser una experta en el arte del insulto, llegó hasta el extremo de, literalmente, echar espuma por la boca sin conseguir que el desconocido moviese un solo músculo. El efecto de su indiferencia comenzó a hacer estragos en los demás espectadores; así, un adolescente que aún no había salido de su etapa de niñez tomó parte en los intentos de increpar a la víctima, agitando un tomahawk delante de él mientras contribuía al cúmulo de ofensas verbales. En ese momento el cautivo se enfrentó a la luz de las llamas, dirigiendo su mirada hacia el jovenzuelo con sumo desprecio; acto seguido, volvió a adoptar la misma actitud tranquila y sosegada de antes, reclinándose contra el poste. Pero esta vez el movimiento le permitió a Duncan reconocer en su rostro a los intensos ojos de Uncas.

Sobrecogido por la sorpresa y muy preocupado por la comprometida situación de su amigo, Heyward se echó atrás para no peligrar aún más su integridad, caso de que los demás se percatasen de que se conocían entre sí. Sin embargo, no hubo un riesgo inmediato de que las cosas fueran así. Entonces un guerrero se abrió paso a empujones entre la multitud. Mandando a las

mujeres y los niños a un lado con un severo gesto, cogió a Uncas del brazo y le llevó hasta la puerta de la choza de los consejos tribales. Allí entraron todos los jefes junto con la mayoría de los guerreros distinguidos. Heyward logró entrar también sin atraer mucha atención sobre su persona.

Se emplearon unos minutos en la colocación de los presentes según su rango e importancia en la tribu. Un orden muy semejante al respetado en la entrevista anterior se utilizó también aquí: los jefes superiores, así como los más ancianos, ocuparon la zona más espaciosa del recinto, alumbrados por una potente antorcha; los segundos y sus subordinados se dispusieron al fondo, ofreciendo una serie monótona de sucios y marcados semblantes. En el mismo centro del lugar, justo debajo de un orificio que permitía ver el brillo de una o dos estrellas, se encontraba de pie Uncas —tranquilo, erguido y orgulloso—. Su fuerte y huesuda corpulencia no pasó desapercibida para sus captores, quienes a menudo dirigieron sus miradas hacia él con una expresión en sus ojos que, aún llena de propósitos nefastos, no podía disimular su admiración por la bravura del joven.

No ocurría igual en el caso del individuo que acompañaba al amigo de Duncan antes de la prueba, quien se había quedado quieto al principio de la misma, permaneciendo como una estatua, triste y encogido de vergüenza, a lo largo de toda la turbulenta persecución. Aunque no se le tendió una sola mano en señal de saludo, ni tampoco se dignó nadie a mirarle siquiera, él también había entrado al recinto, como quien fuera llevado por una fuerza mayor que determinaba su destino, y contra la cual no pretendía oponer resistencia alguna. Heyward aprovechó la oportunidad para mirarle la cara, temeroso de reconocerlo también como alguien próximo a él; pero resultó ser un completo desconocido, y para mayor extrañeza, se trataba de alguien que llevaba las marcas de un guerrero hurón. Sin embargo, en vez de asociarse con los suyos se sentó aparte, cual alma solitaria en medio de una multitud; su cuerpo encorvándose en una actitud aislante, como si deseara ocupar el menor espacio posible. Cuando cada individuo se había colocado en su sitio y reinó el silencio, el jefe de pelo canoso que ya mencionamos antes habló en voz alta, utilizando la lengua de los lenni lenape;

—Delaware —dijo—, aunque provengas de una nación de mujeres, has demostrado ser un hombre. Te daría comida; pero aquél que coma con un hurón tendría que ser su amigo. Descansa tranquilo hasta el sol de la mañana, cuando hablaremos nuestras últimas palabras.

—Durante siete noches, y otros tantos días de verano, he seguido el rastro de los hurones en ayunas —respondió Uncas con frialdad—; los hijos de los lenape saben ir por el camino de los justos sin entretenerse con la comida.

—Dos de mis jóvenes guerreros están en busca de tu compañero —afirmó el otro, sin dar aprecio a las palabras altivas de su cautivo—; cuando regresen, nuestros sabios te dirán «vive» o «muere».

—¿Es que un hurón no tiene oídos? —respondió Uncas despectivamente—. Desde que ha sido vuestro prisionero, este delaware ha oído sonar dos veces a una conocida arma. Tus jóvenes no volverán.

Una pausa breve y amarga siguió a esta atrevida afirmación. Duncan, entendiendo que el mohicano se refería al mortífero fusil del explorador, se interesó inmediatamente en los efectos que pudiera producir sobre los enemigos; pero el jefe se limitó a responder sencillamente:

—Si los lenape son tan hábiles, ¿cómo es que uno de sus mejores guerreros está aquí?

—Siguió los pasos de un cobarde que huía y cayó en una trampa. Incluso la más astuta ardilla puede ser atrapada.

Mientras decía esto, Uncas señaló con el dedo hacia el solitario hurón, pero sin mirar a un ser tan poco digno de consideración. Las palabras y los ademanes de su respuesta tuvieron un fuerte impacto sobre los congregados. Todos miraron con resentimiento hacia el individuo señalado, mientras un murmullo amenazador recoma la multitud. Los rumores traspasaron la puerta, llegando hasta las mujeres y los niños que estaban apretujados contra ella, quienes se concentraron aún más para ver lo que acontecía, llevados por una ávida y tenebrosa curiosidad.

Mientras tanto, los jefes ancianos reunidos en el centro intercambiaban impresiones con frases breves y entrecortadas. Ni una sola palabra se pronunció sin que diera a entender que el mensaje del cautivo se había entendido plenamente. De nuevo se sucedió una larga y solemne pausa. Todos los presentes sabían que era el preludio de una decisión importante y contundente. Los más alejados se pusieron de puntillas para observar la conclusión; e incluso el avergonzado cobarde se olvidó momentáneamente de su condición, llevado por una emoción más fuerte, mirando a la asamblea de jefes con gesto preocupado. El guerrero anciano al que tantas veces hemos aludido rompió por fin el silencio. Se levantó de su sitio y pasó por delante de la figura inmóvil de Uncas, colocándose en una postura repleta de dignidad ante el procesado. En ese momento, la mujer anciana de antes se aproximó al círculo ejercitando una especie de baile, lento y monótono, sosteniendo la antorcha y murmurando una retahíla de palabras apenas perceptibles, pero que se asemejaban a un encantamiento. Aunque su presencia constituía una clara intrusión, no se le dio importancia.

Acercándose a Uncas, movía la ardiente llama de tal forma que iluminó todo su cuerpo, haciendo evidente hasta el más mínimo de sus gestos. El mohicano conservó una actitud firme e indolente; su mirada, lejos de corresponder a los ojos inquisidores de la vieja, se tomó lejana, como si penetrase todo obstáculo en su camino y se asomase a la eternidad. Terminada su prospección, la anciana le dejó complacida y procedió a llevar a cabo el mismo experimento con el inculpado miembro de su pueblo.

El joven hurón llevaba pintura de guerra, y la constitución física que yacía bajo ella distaba de ser bien proporcionada. La luz de la antorcha reveló cada rasgo de su anatomía, y Duncan sintió repulsión ante el hecho de que temblaba con irreprimible agonía. La mujer comenzó a emitir un aullido solemne ante el triste y vergonzoso espectáculo, hasta que el jefe la apartó con su brazo y la hizo cesar.

Junco-que-se-dobla —dijo, dirigiéndose al joven malhechor por su nombre y en su propio idioma—, aunque el Gran Espíritu te ha dotado de un aspecto grato, habría sido mejor que no hubieses nacido. Das rienda suelta a tu lengua en el poblado pero en el

combate te callas. Ninguno de mis jóvenes guerreros se ensaña tanto con las estacas de guerra, y a la vez tan poco con los yengeese. El enemigo conoce bien tu espalda, pero no tu mirada. Tres veces te han desafiado, y otras tantas te negaste a responder. Tu nombre no se mencionará jamás en tu tribu, ya está en el olvido.

Mientras pronunciaba estas palabras, el jefe hacía pausas entre cada frase, a la vez que el acusado levantaba su cara de un modo altivo con respecto al rango y la experiencia del otro. La vergüenza, el horror y la arrogancia luchaban entre sí sobre sus facciones. Su mirada, contraída por la angustia, se dirigió con odio hacia aquéllos por cuyas bocas había pasado su nombre, y esta emoción predominó durante un instante. Se levantó y dejó su pecho al descubierto, mirando fijamente el afilado y brillante cuchillo que sostenía su inexorable juez. A medida que el arma penetraba lentamente en su corazón, llegó incluso a sonreír, como si experimentara la alegría de una muerte menos desagradable de lo que había imaginado. Tras esto, cayó pesadamente a los pies del inmóvil e indiferente Uncas.

La anciana dio un grito sonoro y contundente, mientras estrellaba la antorcha contra el suelo, dejando el lugar en tinieblas. Toda la masa de temblorosos espectadores huyó de la choza como un grupo de duendes asustados; y Duncan pensó que sólo él y el cuerpo aún caliente de la víctima de un juicio indio eran sus únicos ocupantes.

Capítulo XXIV

Así habló el sabio: los reyes sin demora

Disuelven la reunión y obedecen a su jefe.

Pope, La Ilíada.

Bastó un solo momento para convencer al joven de que estaba equivocado. Una mano se posó con inmensa fuerza sobre su hombro, y la suave voz de Uncas le susurró al oído:

—Los hurones son indignos. Ver la sangre de un cobarde no debe hacer temblar a un guerrero. El «Cabellos Grises» y el sagamore están a salvo, y el fusil de Ojo de halcón no duerme. Ahora vete; Uncas y «Mano tendida» deben ser desconocidos entre sí. Basta por ahora.

Heyward hubiera querido saber más, pero un leve empujón por parte de su amigo le llevó hacia la puerta, recordándole el peligro que podría suponer el que fueran descubiertos. Con lentitud y torpeza, marchó del lugar y se introdujo en la multitud que estaba congregada allí cerca. Las debilitadas fogatas del descampado apenas iluminaban las siluetas de los que iban y venían en silencio, esporádicamente alumbrando la figura de Uncas, quien se mantenía dentro de la casa junto al cadáver del hurón.

Pronto, un conjunto de guerreros se adentró de nuevo en el lugar, y salieron llevando los restos del indio hasta los bosques cercanos. Tras presenciar esta concluyente acción, Duncan deambuló entre las edificaciones, sin ser interrogado ni despertar interés alguno, ansioso de averiguar el paradero de aquella por la que arriesgaba su vida. En las circunstancias de aquel momento, habría sido fácil huir y reunirse con sus compañeros, si ése hubiese sido su deseo. Pero además de la incesante preocupación por Alice, un interés adicional por la suerte de Uncas le mantuvo en su sitio. Continuó pues,

paseando de choza en choza y mirando dentro de cada una. Sólo se encontró con la decepción de no encontrar nada, hasta que recorrió el poblado entero en su búsqueda. Poniendo fin a tan inútil empresa, volvió hasta la casa de los consejos, dispuesto a preguntarle a David y así acabar con sus dudas.

Al llegar al edificio que había servido tanto de tribunal como de patíbulo, el joven se encontró con que todo estaba en calma. Los guerreros se habían reunido de nuevo y estaban fumando tranquilamente mientras hablaban acerca de los incidentes de su reciente incursión en la cabeza del Horicano. Aunque su regreso hubiese podido volver a levantar sospechas acerca de su carácter y propósito, no produjo ninguna reacción visible. Hasta ese momento, la terrible escena que había acabado de ocurrir le pareció favorable para sus intenciones, y no dudó en procurar sacar provecho de una ventaja así.

Sin miedo aparente, entró en el lugar y tomó asiento con porte sobrio, correspondiente con la actitud de sus anfitriones. Una fugaz pero intencionada mirada le sirvió para percatarse de que, si bien Uncas permanecía en el mismo sitio, David no había vuelto a aparecer. Ningún impedimento se le había aplicado al cautivo, salvo la vigilancia de un joven hurón situado cerca, y un guerrero armado ya estaba apostado en el poste de la pequeña entrada a la choza. Por lo demás parecía estar en libertad; aunque estaba excluido de la conversación, haciendo más las veces de una bien esculpida estatua que de un hombre con vida y voluntad propias.

Los violentos castigos tribales de los que había sido testigo inhibieron a Heyward de ser más temerario de lo necesario. Prefirió cultivar el silencio y la meditación antes que el discurso, en previsión de que su verdadera condición fuese descubierta, pero sus acompañantes no parecían tener los mismos deseos. No habían transcurrido muchos minutos desde que se hubiera sentado cuando uno de los guerreros más veteranos se dirigió a él en francés.

—Mi padre del Canadá no se olvida de sus hijos —dijo el jefe—. Le doy gracias. Un espíritu maligno se ha apoderado de la mujer de uno de mis jóvenes guerreros. ¿Podrá el astuto desconocido liberarla de tal posesión?

Heyward sabía algo de las técnicas utilizadas por los indios en casos semejantes. Vio en el asunto una oportunidad para ganarse la confianza de los nativos. Habría sido difícil proponerle algo que le hubiera entusiasmado más. Consciente, sin embargo, de la necesidad de simular la necesaria dignidad de su representación, suprimió toda expresión de alegría y adoptó un aire intrigante:

—Los espíritus varían: unos ceden ante el poder de la sabiduría, mientras que otros son excesivamente fuertes.

—Mi hermano es gran hechicero —respondió el avispado salvaje—. ¿Lo va a intentar?

Un gesto de asentimiento fue la respuesta. El hurón estaba satisfecho de la contestación, y volviendo a su pipa esperó el momento propicio para moverse. Heyward, impaciente, consideraba execrables las costumbres de los salvajes, ya que requerían grandes sacrificios en las apariencias; y le costaba asumir el mismo aire de indiferencia mostrado por el jefe —a pesar de ser éste un pariente cercano de la mujer afectada—. Los minutos pasaban lentamente, pareciéndole que había pasado una hora al falso hechicero, cuando por fin el hurón dejó su pipa a un lado y echó su manto sobre el pecho, en actitud de guiarle a los aposentos de la enferma. Justo entonces, un guerrero de poderosa constitución física apareció en el umbral de la entrada, y avanzando silenciosamente entre los congregados, se sentó en uno de los extremos del montón de ramas que ocupaba Duncan. Éste miró súbitamente hacia su nuevo vecino y sintió erizársele hasta el último folículo piloso de su piel cuando comprobó que estaba junto al mismísimo Magua.

El repentino regreso de este malévolo y temido jefe indio hizo que el hurón que había hablado con Duncan retrasase su marcha. Se encendieron varias pipas de nuevo, mientras que el recién llegado se quitó el tomahawk del cinturón y, tras llenar el recipiente que portaba en el extremo del mismo, también comenzó a inhalar los vapores de las hierbas a través de la boquilla de la empuñadura. Todo ello con tanta pasividad que nadie diría que había estado ausente durante dos largos y tediosos días de cacería. Transcurrieron unos diez minutos, que a Duncan le parecieron toda una eternidad. Los guerreros se vieron inmersos en una nube de humo blanco antes de que ninguno comenzara a hablar.

—¡Bienvenido! —dijo al fin uno de ellos—. ¿Mi amigo ha dado con el alce?

—Los jóvenes se cansan enseguida —respondió Magua—, dejad que Junco-que-se-dobla se reúna con ellos para cazar.

Un profundo y tétrico silencio se apoderó del lugar al pronunciarse el nombre prohibido. Cada fumador bajó su pipa como si todos a la vez hubiesen inhalado una impureza. El humo dibujaba pequeñas curvas envolventes por encima de sus cabezas y ascendía rápidamente a través del orificio del techo, dejando limpia la atmósfera del lugar, a la vez que permitía distinguir todas las caras allí presentes. La mayoría de las miradas permanecían bajas, aunque algunos de los más jóvenes y menos experimentados del grupo se atrevieron a dirigir sus fugaces y fieros ojos hacia un salvaje de cabellos blancos que estaba sentado entre dos de los más venerables jefes de la tribu. No había nada en la actitud de este anciano ni en su aspecto que diese a entender que mereciera tanta distinción. Su expresión era más bien de tristeza y su atuendo era de lo más común entre los hombres de la nación. Al igual que la mayoría de los que le rodeaban, su ojos se quedaron clavados en el suelo durante más de un minuto; pero al percibir que era objeto de la mirada de otros, se levantó y alzó su voz entre el silencio.

—Era mentira —dijo— yo no tuve ningún hijo. Aquél que llevaba ese nombre ha sido olvidado; su sangre era pálida y no venía de las venas de un hurón; los malvados chippewas engañaron a mi mujer. El Gran Espíritu ha decidido que la familia de Wiss-en-tush debe llegar a su fin. Aquél que sabe que la maldad de su raza muere con él es feliz. Yo he hecho mi parte.

El que habló no era otro que el padre del joven indio que había sido ejecutado. Tras su discurso, miró a su alrededor en busca de algún signo de aprecio hacia su estoica actitud; pero las rígidas costumbres de su pueblo no permitían una correspondencia emocional de esa índole. La expresión de su mirada contradecía sus duras y contundentes palabras, mientras sus facciones se contraían de dolor. Se quedó de pie durante un instante, asegurando así su victoria dialéctica; luego se volvió, como si la presencia de los demás le asqueara. Cubriéndose el rostro con su manta, se alejó de la choza con la pisada silenciosa propia de un indio, yendo en busca

de la intimidad de sus aposentos, y la compañía de alguien que, como él, era anciana y estaba desilusionada y se había quedado sin su hijo.

Los indios, quienes creían en la transmisión hereditaria tanto de las virtudes como de los defectos de carácter, le dejaron marchar tranquilamente. Luego, con una actitud tan noble que bien podría ser emulada por más de una supuesta sociedad civilizada, uno de los jefes llamó la atención de los más jóvenes para que dejasen de regodearse en la desgracia que acababan de contemplar, dirigiendo una cortés bienvenida en voz alta y con tono optimista hacia Magua, el recién llegado:

—Los delaware han estado como los osos tras la miel, merodeando alrededor de mi poblado. Pero ¿cuándo se le ha podido sorprender dormido a un hurón?

La oscuridad de las nubes de tormenta antes de sonar el trueno no era superior en negrura a la sombra del fruncido cejo de Magua cuando exclamó:

—¡Los delaware de los lagos?

—No, ésos no, sino los que llevan las faldas de sus mujeres en las orillas de su propio río. Uno de ellos ha pasado delante de la tribu.

—¿Y mis jóvenes guerreros no le arrancaron la cabellera?

—Sus piernas son buenas, aunque su brazo es más apto para la azada que para el tomahawk —le contestó el otro, mientras señalaba hacia la inamovible persona de Uncas.

En lugar de manifestar cualquier atisbo de interés hacia la persona del cautivo, habiendo sido éste capturado por un pueblo al que profesada buena parte de su odio, y dado que tal curiosidad sería más bien propia de mujeres, Magua continuó fumando con el mismo aire tranquilo que mostraría en momentos de menor tensión. Aunque le impresionaron las palabras del anciano padre del ajusticiado, mantuvo la calma y se abstuvo de hacer ninguna pregunta, guardando sus dudas sobre el asunto para un momento mejor. Sólo tras un largo intervalo se dignó a sacudir las cenizas de

su pipa, guardar su tomahawk, ajustarse el cinturón y ponerse en pie, para por fin concederle al prisionero el beneplácito de su interés. Uncas, que estaba detrás de él, se percató de su gesto y le correspondió girando también la cabeza, por lo que la luz igualmente bañó su rostro y ambos se reconocieron frente a frente. Durante casi un minuto entero estos dos bravos seres de espíritu indomable se contemplaron con miradas implacables, sin flaquear ninguno de los dos en esta acción mutua. El pecho de Uncas se hinchó, y sus orificios nasales hervían como los de un tigre a punto de atacar; no obstante, su cuerpo se mantuvo rígido, cual excelente representación estática del dios guerrero de su tribu. Los rasgos de Magua se mostraban más sutiles e inquietos, a medida que su expresión pasaba gradualmente del rabioso desafío a la alegría desenfrenada, gritando con toda la fuerza de sus pulmones el formidable nombre de:

—¡Le Cerf Agile!

Todos los guerreros se pusieron en pie inmediatamente ante el anuncio de tan conocido apodo, produciéndose un lapso momentáneo durante el cual su acostumbrado estoicismo fue sustituido por una abierta manifestación de sorpresa. El nombre, tan odiado como respetado, iba de boca en boca como un eco, traspasando incluso las paredes de la edificación. Las mujeres y los niños que rondaban la entrada también hicieron correr la voz, lo cual dio lugar a un grito estremecedor. Este alarido aún no se había disipado cuando los hombres del consejo por fin recuperaron la compostura. Cada uno se volvió a sentar en su sitio, casi avergonzándose de haber expresado sus sentimientos; pero aún tardaron en apartar sus miradas del cautivo, observando con gran curiosidad la persona de un guerrero que tantas veces había superado a los más fuertes y audaces de su nación.

Uncas disfrutaba de su victoria, pero sólo lo demostraba a través de una leve sonrisa —una señal de desprecio universal que se ha empleado desde los albores de los tiempos—. Magua lo entendió y levantó su brazo en gesto amenazante contra el prisionero; los ornamentos de plata de su brazalete sonaron ruidosamente al agitar el puño y jurar su venganza en inglés y a viva voz:

—¡Mohicano, vas a morir!

—Las aguas curativas nunca devolverán la vida a los hurones muertos —contestó Uncas en la lengua de tono musical que hablaban los delaware—; El río revuelto blanquea sus huesos. Los hombres de esa tribu son mujeres y sus mujeres son lechuzas. Ve y llama a los todos los perros hurones para que contemplen un guerrero. Mi nariz se ofende al detectar el olor de un cobarde.

Esta alusión final llegó a calar hondo en los presentes, constituyendo una grave injuria. Un gran número de los hurones entendían el idioma del cautivo, entre los cuales se encontraba Magua. Este astuto salvaje vio en ello una ventaja para sí, e inmediatamente se aprovechó de la situación. Dejando caer la capa de piel de gamo que le cubría el hombro, alzó su brazo y empezó otro de sus convincentes y fatídicos discursos. A pesar de que su influencia en la tribu había mermado a causa de su ocasional debilidad, así como por su recordada deserción, sus incomparables dotes de orador no tenían rival. Siempre le escuchaban, y casi siempre terminaban convencidos de lo que decía. En esta ocasión su capacidad de manipulación se vio potenciada por la sed de venganza de su público.

De nuevo trajo a colación los incidentes de la isla en las cataratas de Glenn, la muerte de sus compañeros y la huida de sus más formidables enemigos. Luego describió el lugar de la colina a donde él había llevado los prisioneros que habían hecho. Les habló de sus planes para las damiselas, pero no citó su derrota en tal empresa, sino que pasó rápidamente a relatarles las nuevas muertes causadas por el ataque sorpresa de «La Longue Carabine». En ese punto, hizo una pausa y miró a su alrededor, en un supuesto acto de veneración por los difuntos, pero en realidad para observar el efecto que su narración estaba produciendo. Como era de esperar, todas las miradas estaban pendientes de él. Cada individuo presente estaba tan atento e inmóvil que todos parecían estatuas vivientes.

Entonces Magua bajó la voz, que hasta ese momento había sonado fuerte y clara, para enfatizar sobre los méritos de los fallecidos. No omitió una sola cualidad que pudiera despertar las simpatías de un indio: uno de los guerreros nunca se equivocaba a la hora de seguir un rastro; otro jamás abandonaba la persecución. Hizo mención de uno que era valiente, y otro generoso. En suma, tergiversó sus

alusiones de tal manera que, en una nación formada por tan pocas familias, logró llegar al corazón de todos sus integrantes con sus halagos a tantos héroes.

—¿Están los huesos de mis jóvenes guerreros —concluyó— en la tierra de sepultura de los hurones? Sabéis bien que no. Sus espíritus se dirigen hacia el sol poniente y ya están cruzando las grandes aguas que llevan a las felices tierras de caza. Pero se han ido sin alimento, sin armas ni cuchillos, sin mocasines, tan desnudos y pobres como cuando nacieron. ¿Ha de ser esto así? ¿Están sus almas destinadas a entrar en la tierra de los justos como si fueran iroqueses famélicos o delaware afeminados, o se reunirán con sus amigos con armas en sus manos y capas a sus espaldas? ¿Qué pensarán nuestros antepasados de lo que ha sido de las tribus de los wyandotes? Mirarán hacia sus hijos con desaprobación y dirán, «Marchad; un chippewa ha venido aquí bajo el nombre de un hurón». Hermanos, no debemos olvidar a los muertos; un piel roja nunca debe dejar de recordar. Echaremos carga a la espalda del mohicano hasta que sucumba bajo nuestra fuerza, y acabaremos con él en honor a mis jóvenes guerreros. Ellos nos lo exigen, aunque nuestros oídos no los oyen; dicen, «No nos olvidéis». Cuando vean al espíritu de este mohicano arrastrándose tras ellos con ese peso a sus espaldas, sabrán que les hemos recordado. Entonces se irán felices, y nuestros hijos dirán, «Así hicieron nuestros padres, así debemos hacer también nosotros». ¿Qué es un yengee? Hemos matado a muchos, pero la tierra aún es pálida. Una mancha sobre el nombre de un hurón sólo puede lavarse con la sangre de las venas de un indio. Que este delaware muera.

El efecto de semejante retahíla, pronunciada con el nervio y el énfasis de un buen orador hurón, no podía fallar. Magua había sabido combinar tan perfectamente los sentimientos naturales y las creencias religiosas de los que le escuchaban que sus mentes, ya acostumbradas al recurso del sacrificio humano por la causa de su pueblo, perdieron todo vestigio de humanidad en aras de un deseo generalizado de venganza. Un guerrero en concreto, cuya tez rezumaba furia y agresividad, se había entregado por completo a las palabras del orador. Su rostro había acusado una metamorfosis progresiva, acorde con las ideas expuestas, hasta que finalmente adoptó una expresión de odio mortífero. Al finalizar Magua su

discurso, este guerrero se levantó gritando como un endemoniado, mientras su pulida hacha de guerra brillaba por encima de su cabeza, frenéticamente agitada por su brazo. Tanto su acción como su alarido fueron demasiado repentinos como para detenerle mediante palabras. Un destello pareció surgir de su mano, contra el cual se interpuso una forma oscura y poderosa. El primero de estos dos fenómenos lo constituía el tomahawk lanzado por el exaltado, mientras que el segundo era el brazo de Magua, que se alzó para desviar la trayectoria del arma. Tal acción por parte del jefe indio fue llevada a cabo justo a tiempo, dado que el artefacto llegó a seccionar la pluma de la cresta de Untas antes de perforar la pared de la edificación, como si de un cañonazo se tratara.

Duncan había sido testigo de la agresión, levantándose de inmediato y con el corazón a punto de estallarle en el pecho ante el peligro que torna su amigo. Le bastó un segundo para cerciorarse de que el golpe había errado, mientras que su miedo se tomó en apabullamiento. Untas permaneció quieto, la mirada fija en la de su enemigo, y sus facciones parecían estar por encima de cualquier emoción. Ni siquiera el mármol podría ser más frío, indiferente e impasible que la expresión que mostró ante el súbito y vengativo ataque. A continuación, como si se compadeciera de la malograda acción que por poco le cuesta la vida, sonrió despectivamente y pronunció algunas palabras de desprecio en su propio idioma.

—¡No! —dijo Magua, tras asegurarse de que el cautivo no sufriría ningún daño—. El sol debe ser testigo de su vergüenza, las mujeres indias deben ver cómo tiembla; de lo contrario, nuestra venganza no será más que un juego de niños. Llevadle a donde haya silencio; veamos si un delaware puede dormir la noche antes de la mañana en la que ha de morir.

Los jóvenes cuyo deber era el de custodiar al prisionero se dispusieron inmediatamente a atarle los brazos con ligaduras hechas de corteza de árbol, tras lo cual le sacaron del lugar en medio de un profundo silencio. Al llegar a la puerta de la choza, Untas se resistió por un momento. Volvió sobre sí y miró desafiante a sus enemigos; fue entonces cuando Duncan pudo distinguir en el rostro de su amigo una entereza que le tranquilizó y le dio nuevas esperanzas.

Magua estaba satisfecho con su éxito, o al menos estaba demasiado pendiente de sus oscuros propósitos como para incidir más en la cuestión. Cogiendo su manta y doblándola sobre su pecho, también abandonó el lugar, sin darse cuenta siquiera del individuo que tenía al lado. A pesar de su valor natural y su desprecio por el enemigo, además de su preocupación por Untas, Heyward no pudo evitar sentir un cierto alivio ante la ausencia de tan peligroso y escurridizo elemento. La exaltación producida por el discurso se iba amainando; los guerreros volvieron a sentarse y de nuevo las nubes de humo llenaron el habitáculo. Durante casi media hora no se oyó una sola sílaba, ni se intercambió una sola mirada. Este ambiente de silencio tétrico y meditabundo era lo que normalmente sucedía tras una escena de violencia y conmoción entre estos seres, quienes combinaban la capacidad de ser impetuosos con la de ser comedidos.

Cuando el jefe que había solicitado la ayuda de Duncan por fin acabó de fumar, mostró un definitivo deseo de marcharse. Una señal con el dedo fue lo que hizo para indicarle al supuesto hechicero que le siguiera. Atravesando las nubes de humo, Duncan accedió gustosamente a la invitación, ya que deseaba con todas sus fuerzas poder respirar algo del aire puro de la refrescante noche estival, tras todo lo acontecido.

En lugar de desplazarse entre las viviendas por donde Heyward había estado buscando anteriormente, el indio se dirigió directamente al pie de una montaña cercana, al lado de la cual se había erigido el poblado. Allí abundaban los matorrales y arbustos, por lo que fue necesario abrirse paso a través de un camino estrecho y sinuoso. Los niños habían vuelto a sus juegos en el descampado, imitando a los mayores al celebrar su propia persecución hasta la estaca. Para dar más realismo a esta actividad lúdica, uno de los muchachos más atrevidos había hecho sus propias hogueras a pequeña escala, a partir de algunas ramas que habían sobrado de las piras de verdad. La luz que provenía de estas pequeñas lumbres les sirvió al jefe y a Duncan para ver por donde iban, además de añadir cierto aire salvaje al rústico escenario. A poca distancia de una roca sin vegetación, justo por delante de la misma, penetraron por una abertura donde la hierba era más alta, pasando al otro lado. En ese instante el fuego fue avivado, y la luz del mismo llegó

incluso a ese apartado lugar. Alumbró la falda de la montaña, cuya superficie blanquecina la reflejó a su vez sobre la figura de un misterioso ser que inesperadamente se interpuso en el camino de ambos.

El indio se detuvo, como si dudara acerca de seguir, permitiendo que el otro llegara a su lado. Una enorme masa negra, que en un principio parecía inmóvil, comenzó a moverse de un modo que parecía inexplicable. De nuevo se avivó el fuego y su luminosidad cayó más directamente sobre el objeto. Entonces incluso Duncan pudo verlo bien, observando sus movimientos torpes e inquietos, siendo éstas las acciones llevadas a cabo por su parte superior, mientras que la inferior permanecía quieta, como si estuviera sentado: era obviamente un oso. Aunque gruñía fuertemente y con fiereza, habiendo momentos en los que se podía distinguir el brillo de sus ojos, no hubo ningún otro indicio de hostilidad hacia ellos. El hurón, al menos, parecía seguro de que las intenciones de este singular intruso no eran malévolas, y tras estudiarlo atentamente, siguió su camino en silencio.

Duncan, que sabía que con frecuencia este tipo de animal era domesticado por los indios, hizo igual que su acompañante, creyendo que la mascota de algún miembro de la tribu se había adentrado en la maleza en busca de alimento. Ambos pasaron sin ser molestados. Aunque el hurón se vio obligado a entrar prácticamente en contacto con el monstruo, y se había mostrado reticente en un principio con respecto al carácter del mismo, ahora se movía confiado y deseoso de no perder un instante más de tiempo en el asunto; Heyward, por contra, no podía evitar el impulso de mirar hacia atrás, asegurándose plenamente de que no serían atacados por sorpresa. Sus inquietudes no hicieron más que aumentar cuando se percató de que la bestia les seguía los pasos. Habría dicho algo en ese momento, si no es porque el indio abrió una puerta hecha de corteza de árbol, entrando en una caverna formada en la ladera de la montaña.

Agradeciendo este modo tan cómodo de escapar del oso, Duncan se apresuró en seguirle y cerró la puerta tras él con ímpetu. No obstante, la bestia impidió que lo hiciera y también se adentró en el pasadizo. Se encontraban en una galería estrecha y muy larga que

hacía imposible la retirada sin enfrentarse al animal. El joven aceptó la situación y continuó hacia adelante, manteniéndose lo más cerca posible de su guía. El oso gruñó muchas veces mientras le pisaba los talones, y en un par de ocasiones le rozó con sus garras, casi como si quisiera impedir que siguiera adelante.

Sería difícil decir cuánto tiempo más habrían podido soportar los nervios de Heyward en estas circunstancias; pero, de todos modos, la situación concluyó felizmente. Un atisbo de luz se percibía a lo lejos, y en seguida llegaron al lugar del que procedía esa iluminación.

Una gran oquedad en la roca había sido acondicionada para albergar diversos departamentos. Las subdivisiones eran sencillas a la vez que ingeniosas, siendo elaboradas a partir de piedras, palos y corteza de árbol, todo ello combinado entre sí. Unas aberturas en el techo dejaban pasar la luz del día, mientras que por la noche las hogueras y las antorchas proporcionaban la luminosidad necesaria. Hasta aquí habían traído los hurones gran parte de sus riquezas, en especial aquéllas que pertenecían a la nación de forma colectiva; y haca este lugar también había sido transportada la mujer enferma, a quien se creía víctima de fuerzas sobrenaturales, bajo el pretexto de que los muros de piedra podrían aislarla mejor que las paredes de las chozas, frente a los malos espíritus. El primer habitáculo en el que se introdujeron Duncan y su acompañante estaba enteramente dedicado a la comodidad de la mujer. El indio se acercó a su lecho, que estaba completamente rodeado de féminas; y entre esta multitud se sorprendió Heyward de ver a su amigo David.

Bastó una mirada para dar a entender que la enferma estaba más allá de sus poderes de curación; estaba en un estado de parálisis física, mostrando además una indiferencia total respecto a todo lo que la circundaba, por lo que también era completamente inconsciente del sufrimiento. Heyward no se lamentó de que sus capacidades fueran a emplearse sobre alguien que estaba tan enferma que no le importaría el éxito o fracaso de las mismas. La conciencia de Duncan se vio perturbada, no obstante, y empezó a concentrarse firmemente, con el fin de simular un intento de curación. En esto, se le adelantó en dicha labor una puesta a prueba del poder de la música.

Gamut, quien había esperado la llegada de los visitantes para dar rienda suelta a la espiritualidad de su canto, hizo sonar una nota en su pipa musical y dio comienzo a un himno que habría sido capaz de llevar a cabo un milagro si la fe hubiese sido igualmente intensa. Se le permitió terminar la canción, ya que los indios respetaban su supuesta enajenación, y Duncan tampoco quiso detenerle, ya que gracias a que ello le permitía prepararse más concienzudamente. A medida que las últimas notas de la voz del cantante se disipaban en los oídos del joven, se produjo una repetición de las mismas que parecía provenir de ultratumba, lo cual le hizo volverse sobre sí. Tras él, vio la peluda figura del monstruo sentada entre las sombras de la caverna. Allí, mientras agitaba su cuerpo de esa forma tan inquieta que era propia de tal animal, repetía la melodía del cantante, aunque con unos gruñidos que en ocasiones se asemejaban a palabras.

Lo que David sintió al percibir el eco de su canto puede imaginarse mejor que describirse. Sus ojos se abrieron llenos de incredulidad, quedándose mudo de lo maravillado que estaba. Un bien planeado intento de comunicar un mensaje a Heyward fue alterado por una emoción que bien pudiera calificarse como de temor, aunque pareciese admiración. Bajo su influjo se precipitó en decir a viva voz.

—Ella te espera, y está cerca —tras lo cual marchó precipitadamente de la caverna.

Capítulo XXV

SNUG. —¿Has escrito el papel del león? Por favor dámelo, si puede ser, ya que soy lento para aprendérmelo.

QUINCE. —Puedes hacerlo en poco tiempo, sólo se trata de rugir.

El sueño de una noche de verano.

La escena comprendía una extraña combinación de lo absurdo y lo solemne. La bestia continuó con sus incesantes y aparentemente insignificantes movimientos, aunque su intento lúdico de imitar la melodía de David no se prolongó una vez que éste hubiese abandonado el lugar. Las palabras de Gamut fueron dichas en su lengua nativa, y aunque Duncan presentía que portaban algún significado, no se entretuvo en ponderar sobre el mismo. El jefe, por su parte, quiso poner fin rápidamente a todo el asunto, ya que avanzó hacia el lecho de la enferma e hizo que se fueran todas las mujeres que la atendían y que se habían reunido en grupo para ver las acciones del desconocido. Le obedecieron, aunque no sin cierta reticencia. Cuando se oyó el eco de la puerta que se cerró al otro extremo del pasadizo rocoso, el indio señaló hacia la insensible forma de su hija y dijo:

—Que mi hermano muestre su poder.

Siendo de esta manera instigado a llevar a cabo su supuesta función, Heyward se dio cuenta de que cualquier demora adicional podría resultar peligrosa. Procurando por tanto ordenar sus pensamientos, se preparó para llevar a efecto una especie de encantamiento, acompañándose de aquellos ritos de conjuro tan típicos de los curanderos indios, los cuales sólo servían para disimular su total incapacidad e ignorancia frente a las enfermedades. Era más que probable que el caos mental que sufría en aquel momento podría hacerle incurrir en un error de fatales consecuencias, si no fuera por la interrupción provocada por uno de

los feroces gruñidos del cuadrúpedo. En tres ocasiones intentó renovar sus esfuerzos, y otras tantas se vio alterado su proceder por los ruidos de la bestia, aparentemente cada vez más salvajes y amenazantes que la anterior.

—Los astutos son celosos —dijo el hurón—. Me marcho. Hermano, esta mujer es la esposa de uno de mis más valientes guerreros; trátala bien. ¡Paz! —añadió, indicándole al irritado animal que se callara—. Me voy.

El jefe cumplió su palabra, por lo que Duncan se encontraba en ese momento solo en aquel primitivo y desolado lugar, junto a la desdichada convaleciente y la peligrosa fiera. Esta última estuvo pendiente de los movimientos del indio, así como del eco de la puerta que indicaba su salida definitiva, todo ello propio del instinto de un oso. Acto seguido se volvió, encaminándose pesadamente hacia Duncan y sentándose delante de él en una postura tan natural y erguida como la de un hombre. El joven comenzó a inspeccionar el lugar con su vista, en busca de algún arma con la que pudiera hacer frente al ataque del que presentía iba a ser objeto en cualquier momento.

Parecía, sin embargo, que el estado de humor del animal hubiese variado repentinamente. En lugar de seguir con sus rugidos imitados, o emitir cualquier otra manifestación de enojo, todo su ser se sacudió violentamente, como si le sobreviniese una extraña convulsión interna. Las inmensas garras delanteras maniobraban estúpidamente sobre el hocico de la bestia, mientras Heyward observaba todos estos movimientos con gran recelo; de repente, la cabeza del animal cayó rodando hacia un lado y en su lugar apareció el rostro noble y curtido del explorador, brindándole al soldado una comedida expresión de alegría, a la vez que no dejaba de concentrarse en las prioridades del momento.

—¡Silencio! —susurró el lacónico hombre del bosque ante la sorpresa de Heyward—. ¡Los bribones están muy cerca, y cualquier ruido que no sea propio de una sesión de brujería les atraería en masa!

—¿Qué significa esta mascarada; y por qué ha ingeniado usted tan arriesgada estratagema?

—¡Ah! El sentido común y los fríos cálculos a menudo se ven frustrados por la casualidad —contestó el explorador—. Pero como todas las historias tienen un principio, se lo contaré todo respetando el orden de los acontecimientos. Después de separamos, dejé al general y al sagamore en un viejo lugar de refugio donde suelen abundar los castores, y en el que estarán más seguros que en la mismísima plaza de Edward, ya que los indios de las tierras altas del noroeste aún veneran al castor, sobre todo al no tener contacto con los tratantes de pieles. Tras esto, Uncas y yo avanzamos hacia el otro campamento, como habíamos acordado. ¿Ha visto usted al joven?

—¡Sí que le he visto, muy a pesar mío! Está cautivo y ha sido condenado a morir a la salida del sol.

—Tenía la sospecha de que algo así le había ocurrido —contestó el explorador, ya con voz menos arrogante y confiada; y recobrando su natural compostura continuó—. Su mala fortuna es la razón por la que estoy aquí, ya que nunca abandonaría al muchacho en manos de los hurones. ¡Qué más quisieran esos bellacos que ejecutar al «Alce que salta» y a «Carabina larga», como me llaman a mí, al mismo tiempo! La verdad es que nunca supe por qué razón me dieron ese apodo, ¡sobre todo teniendo en cuenta que entre el fusil «mata-ciervos» y las carabinas del Canadá hay tanto parecido como entre una esmeralda y una piedra!

—Prosiga con su relato —dijo Heyward con impaciencia—. No sabemos cuándo pueden volver los hurones.

—No tenga usted miedo por eso. Un brujo debe tomarse su tiempo, como el misionero errante de las colonias. Podemos estar tan seguros de no ser interrumpidos como lo estaría un sacerdote al comienzo de su sermón. Pues bien, Uncas y yo nos encontramos con un grupo de esos bellacos que volvía a su poblado. El muchacho se había adelantado demasiado, más de lo que puede permitirse un explorador; de todos modos, no se le puede culpar, ya que tiene el impulsivo entusiasmo de los jóvenes. Además, uno de los hurones resultó ser un cobarde, llevándole en su huida hasta una trampa.

—¡Ése ha pagado cara su falta de valor!

Comprendiendo las palabras, el explorador se pasó la mano por el cuello, como si dijera:

«Entiendo lo que quieres decir», tras este gesto, continuó hablando, aunque más apresuradamente:

—Después de perder de vista al muchacho, continué hasta el campamento de los hurones, como supondrá. Hubo alguna lucha aislada entre uno o dos de ellos y yo, pero eso no tiene importancia ahora. De manera que, tras intercambiar algún disparo con los indeseables, me pude acercar hasta las viviendas del poblado sin mayor contratiempo, con tan buena fortuna que me encontré con uno de los más importantes brujos de la tribu, el cual se estaba disfrazando para convocar a Satanás, por lo que, más que un golpe de buena suerte, era un designio de la Divina Providencia. Un adecuado golpe en la cabeza le dejó durmiendo al farsante, y tras dejarle algunas nueces para impedir que pasara hambre, le dejé colgando de los pies entre dos árboles, no sin antes haberme hecho cargo de su piel de oso, con la que me vestí para poder pasar desapercibido.

—Cosa que hizo magníficamente, incluso pudo haber engañado a otro oso con su actuación.

—Mi honorable comandante —contestó halagado el hombre del bosque—. No sabré mucho de ciencias ni letras tras haber vivido tanto tiempo en la naturaleza, pero lo que sí he aprendido bien es el comportamiento y los movimientos de las bestias. Si se hubiese tratado de un gato montés o un puma, la imitación habría sido digna de ver. No conlleva ningún mérito extraordinario el emular los gestos de un animal tan torpe como un oso, aunque también se le podría añadir algo de espectacularidad a la representación. En efecto, no todos los imitadores saben que la naturaleza puede imitarse con exageración, pero difícilmente se le puede igualar en su justa medida. De todos modos, aún tenemos mucho por hacer. ¿Dónde está la chica?

—Sabe Dios. He mirado en todas y cada una de las viviendas del poblado sin haber encontrado el más mínimo rastro de su presencia entre los salvajes.

—Ya oyó lo que dijo el cantante al marchar: «Ella está cerca, y te espera».

—En aquel momento pensé que se refería a esta desafortunada mujer.

—El pobre enclenque se asustó y comunicó mal su mensaje, que tenía un significado más implícito. Aquí hay suficientes muros como para aislar toda una población. Como buen oso, he de escalarlas en busca de tarros de miel; alimento dulce por el cual la bestia a la que represento siente una gran debilidad.

El explorador miró a sus espaldas y, tras soltar una leve carcajada, comenzó a escalar los diferentes niveles a la manera del animal que emulaba; pero en cuanto llegó a la parte más alta, hizo un gesto de precaución y volvió a bajar con suma rapidez.

—Efectivamente, ella está aquí —susurró—, y podrá dar con ella al traspasar esa puerta. Yo mismo le podría haber dicho algo, pero no quise asustarla con mi atuendo de monstruo. De todos modos, comandante, usted tampoco tiene aspecto agradable ataviado con esa pintura.

Duncan ya estaba subiendo cuando oyó estas últimas palabras de su compañero, que le hicieron reconsiderar su iniciativa.

—¿De verdad parezco repulsivo? —le preguntó enervado.

—A lo mejor no lograría amedrentar a un lobo, ni hacer retroceder a las Reales Fuerzas Americanas, pero depende de quien lo contemple; las mujeres indias le encontrarían atractivo, mientras que las jóvenes de raza europea tienen preferencia por las caras de su propio color. Mire —añadió mientras señalaba una roca de la que procedía un reguero de agua, el cual se introducía por las grietas de la pared—; puede librarse fácilmente del pigmento del sagamore, y cuando regrese le ayudaré a impregnarse de nuevo. Es práctica común entre los hechiceros cambiarse de pintura con la misma frecuencia que los gamos se mudan de pelaje.

El sincero hombre del bosque no hubo de insistir mucho en sus argumentos. No había terminado de hablar y Duncan ya estaba

haciendo uso del agua. En un momento su cara se vio libre de toda señal antinatural y agresiva, recobrando su joven y apuesta semblanza. De este modo se preparó para entrevistarse con su amada, dejando precipitadamente a su compañero antes de introducirse por el ya referido acceso. El explorador observó su progreso con satisfacción, asintiendo con la cabeza y deseándole buena suerte en voz baja, tras lo cual se dispuso a examinar fríamente el estado de las provisiones con las que se abastecían los hurones —la caverna era utilizada, entre otras cosas, como almacén de los diversos productos de sus cacerías—.

Duncan sólo se vio guiado por un destello lejano, cual estrella polar para un navegante enamorado. Gracias a ese brillo, pudo llegar a su preciado objetivo en otro sector de la cueva; un aposento preparado para alojar a una prisionera tan importante como la hija del máximo responsable del fuerte William Henry. El habitáculo estaba repleto de objetos procedentes del pillaje al que fue expuesto dicha plaza fuerte. En medio de todo este desorden la encontró; pálida, nerviosa y aterrorizada, pero a su ojos, hermosa. David ya la había advertido de su visita.

—¡Duncan! —exclamó con su atemorizada voz, asustada incluso de su propia resonancia.

—¡Alice! —contestó él, saltando entre cofres, cajas, armas y demás pertrechos, hasta llegar a ella.

—Siempre pensé que no me abandonarías —dijo ella, dejando esbozar un tímido gesto de alegría en su desolado rostro—. ¡Pero si vienes solo! Espero sinceramente que no te hayas arriesgado sin contar con ayuda.

Al verla tan temblorosa e incapaz de sostenerse en pie, Duncan la invitó gentilmente a sentarse, mientras le contó todos los incidentes que habían acontecido. Alice le escuchó con vivo interés; y aunque el joven hizo alusión a las penas de su desconsolado padre, tuvo extremo cuidado de no entristecer aún más a su interlocutora. Con todo, las lágrimas recorrieron las mejillas de la muchacha como nunca lo habían hecho antes. Sólo la reconfortante presencia y atención de Duncan pudo calmar su dolor inicial, tras lo cual le siguió escuchando hasta que acabó su relato, manteniendo en todo

momento la compostura.

—Y ahora, Alice —añadió él—, aún tienes que ayudarnos. Con el apoyo de nuestro insustituible y diestro amigo, el explorador, podríamos alejamos de estos salvajes, pero tú también has de demostrar todo tu valor. Recuerda que te espera tu venerable progenitor con los brazos abiertos, y que tanto su felicidad como la tuya dependen de tu esfuerzo.

—¿Qué menos debe hacerse por un padre que ha hecho tanto por mí?

—Y por mí también —añadió el joven, mientras sostenía cariñosamente la mano de la chica entre las suyas.

La mirada que le devolvió la joven, llena de inocencia e inquietud, le indicó que debería ser más explícito.

—No es momento ni lugar para expresar deseos egoístas —continuó diciendo—; pero un corazón tan apesadumbrado como el mío debe desahogarse alguna vez. Se dice que el dolor es lo que más une a las personas, y el sufrimiento compartido entre tu padre y yo a causa de tu seguridad nos hizo inseparables.

—¿Y qué hay de mi querida Cora, Duncan? No creo que os hayáis olvidado de Cora.

—¿Olvidarla? ¡Nunca! Ninguna mujer podría presumir que se notó más su ausencia. Tu venerable padre no hace distinciones entre sus hijas; pero en mi caso, sin ánimo de ofenderte, he de reconocer que me preocupaba algo menos.

—Entonces no sabes apreciar la valía de mi hermana —dijo Alice retirando su mano—. Ella sólo emplea palabras amables y llenas de admiración cuando se refiere a ti.

—Yo también la considero una gran amiga —contestó Duncan precipitadamente—; y quisiera ser aún más digno de esa amistad. Pero en lo que se refiere a ti, Alice, tengo el permiso de tu padre para poder aspirar a una unión de mayor compromiso.

Alice se estremeció bruscamente y apartó su rostro por un instante,

fiel a los comportamientos propios de las de su género; de todos modos, se dejó gobernar enseguida por la sensatez, aunque sin dejar de atender también a sus sentimientos.

—Heyward —le dijo, mirándole a la cara con su enternecedora expresión de cándida inocencia—, antes de seguir adelante, quiero que esté mi padre presente y oír de sus propios labios esa bendición.

«No diré más, aunque tampoco puedo decirte menos», le iba a responder el joven, cuando de pronto sintió un leve toque en el hombro. Levantándose inmediatamente, se volvió para enfrentarse al intruso, cuando se encontró con el semblante maligno de Magua. La profunda risa gutural del salvaje le pareció a Duncan como la de un demonio salido del infierno. Si se hubiese dejado llevar por sus impulsos, se habría abalanzado sobre el hurón, dejando que la suerte dictara el resultado de un peligroso combate cuerpo a cuerpo. Pero al estar desarmado y sin saber de qué recursos disponía su enemigo, decidió actuar con prudencia, máxime al recordar que la muchacha que más quería aún estaba bajo su responsabilidad.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo Alice con voz débil, cruzando sus brazos en actitud desafiante y procurando ocultar el miedo que sentía por la seguridad de Heyward. Este frío recibimiento era el que acostumbraba darle la muchacha a su captor, aunque ahora le preocupaba el bienestar del joven.

El indio, que antes mostraba un ánimo exultante, ahora volvía a adoptar un aspecto severo. De todos modos, quedó momentáneamente impresionado por la fiera y amenazante mirada del joven soldado. Se quedó observando a los dos cautivos por un instante, y a continuación se fue para un lado y bajó el primitivo cerrojo de madera de una puerta distinta a la utilizada por Duncan para entrar. El joven ahora comprendió la situación, y creyendo que todo estaba perdido rodeó a Alice con sus brazos a la espera de su fatal destino, para el cual ya estaba preparado, pues se encontraba en compañía de su amada. No obstante, Magua no mostró ninguna intención violenta. Las medidas tomadas eran únicamente para prevenir la huida de su nuevo prisionero; ni siquiera se dignó en mirar por segunda vez a las dos personas que permanecían inmóviles en el centro de aquella habitación rocosa, hasta que no se

hubo asegurado de que no tenían salida a través de la entrada que él había utilizado. Heyward observó cuidadosamente todos los movimientos del indio, a pesar de permanecer quieto en todo momento por su parte, mientras abrazaba la frágil figura de Alice. El joven se sentía demasiado orgulloso como para negociar con un enemigo al que tantas veces habían burlado, además de que no tenía fe en que tuviera más éxito esa táctica. Cuando Magua terminó su actividad, se acercó a sus cautivos y les dijo, en inglés:

—Los rostros pálidos son buenos cazando castores; pero los pieles rojas saben cómo atrapar a los yengeese.

—¡Hurón, acaba de una vez! —exclamó Heyward, enfurecido, olvidándose por un momento que otra vida dependía de la suya—. Maldito seas tú, así como tu venganza.

—¿Hablará con tanto valor el hombre blanco en el momento de su ejecución? —preguntó Magua, dejando ver lo poco que le impresionaban las palabras del otro.

—Lo hago tanto aquí en tu cara como delante de toda tu nación.

—Le Renard Subtil es un gran jefe —le replicó el indio—; él traerá a sus bravos guerreros para que vean si un rostro pálido puede reírse cuando le torturan.

Mientras decía esto, volvió la vista y se dispuso a marcharse a través del conducto por el cual había entrado Duncan. De pronto, oyó un rugido y se quedó inmóvil. La forma inmensa del oso sentado ocupó el umbral de la puerta; el animal se mostraba inquieto, balanceándose de un lado para otro. Magua, al igual que el padre de la mujer enferma, lo miró atentamente por un instante, como si quisiera asegurarse de sus intenciones. No creía en las vulgares supersticiones de su tribu, así que reconoció inmediatamente el disfraz del hechicero y se acercó para pasar a su lado con suma indiferencia. Sin embargo, un gruñido más fuerte y amenazante le hizo desistir de nuevo. Agotada ya su paciencia, se propuso seguir adelante con total resolución.

El falso animal, que se había adelantado un poco, se retiró de nuevo hasta volver a bloquear la salida y, adoptando una postura erecta,

comenzó a batir el aire con sus garras del mismo modo en que lo haría el auténtico.

—¡Idiota! —gritó el jefe en la lengua de los hurones—. Vete a jugar con los niños y las mujeres y deja que los hombres hagan su trabajo.

De nuevo intentó dejar la presencia del supuesto hechicero, avanzando tan confiado que ni siquiera hizo ademán de sacar su cuchillo o su tomahawk del cinturón. De repente, la bestia extendió sus brazos, o mejor dicho sus patas, y le apresó con tal fuerza que podría bien compararse al auténtico y tan afamado «abrazo del oso». Heyward había observado los procedimientos de Ojo de halcón con vivo interés. En un primer momento soltó a Alice para a continuación hacerse con una larga tira de piel de gamo que estaba atado alrededor de uno de los muchos sacos que había en el lugar, y cuando vio que su enemigo estaba inmovilizado por los férreos músculos del explorador, se apresuró en atarle los brazos con la improvisada soga. No sólo los brazos, sino también las piernas y los pies fueron envueltos con esa rústica cinta, todo ello en menos tiempo de lo que hemos tardado en contar los hechos. Cuando el violento hurón fue completamente reducido, el explorador relajó su abrazo y Duncan colocó al enemigo boca arriba, no constituyendo ya una amenaza para ellos.

A lo largo de todo este repentino e inesperado proceso, si bien Magua opuso una fuerte resistencia a las fuerzas conjuntas de dos hombres que le superaron con creces, no emitió el más mínimo gemido. Pero en cuanto Ojo de halcón quiso concluir el episodio revelando su identidad al quitarse la cabeza de la bestia, el hurón no pudo por menos que pronunciar la típica exclamación de un guerrero indio al reconocerle:

—¡Hugh!

—¡Ajá! Así que tienes lengua —dijo el vencedor con absoluta frialdad—. Pues para que no puedas utilizarla y traemos la ruina, te la tendré que tapar.

Al no haber tiempo que perder, el explorador se dispuso a tomar tales medidas necesarias; y cuando hubo amordazado al indio, ya se le pudo considerar al enemigo como hors de combat.

—¿Por dónde apareció este indeseable? —preguntó el formidable explorador en cuanto terminó su labor—. No he dejado pasar una sola alma desde que usted se ausentó de mi lado.

Duncan señaló hacia la puerta por la que había entrado Magua, la cual ofrecía pocas posibilidades de utilizarse con rapidez, dados sus pesados mecanismos de cierre.

—Traiga a la chica —le dijo su amigo a continuación—; debemos tratar de alcanzar el bosque por la otra salida.

—¡No es posible! —le dijo Duncan—. Está presa del miedo y sería un blanco fácil. Alice, querida, reacciona; es hora de irse. ¿Lo ve? ¡Es inútil! Nos oye, pero es incapaz de seguirnos. ¡Vaya usted, mi noble y valeroso amigo; sálvese y deje que yo me enfrente al destino!

—¡Todos los caminos tienen su fin, y toda calamidad nos enseña algo! —le contestó el explorador—. Tenga, envuélvala en estas telas indias. Así la disfrazaremos. Pero su pequeño pie la puede delatar al dejar huellas, sin duda. Cójala en brazos y sígame. Confíe en mí.

Duncan, como cabe esperar a raíz de las palabras de su compañero, obedeció sin rechistar; y aún no había terminado de hablar el otro cuando ya llevaba a Alice en sus brazos y se disponía a seguir al explorador. Se encontraron con la mujer enferma tal y como la habían dejado, sola, y siguieron de largo rápidamente por toda la galería cavernosa hasta la entrada de la misma. A medida que se acercaban a la pequeña puerta hecha de corteza de árbol, oyeron murmullos de voces desde el otro lado que daban a entender que los familiares y las amistades de la inválida estaban reunidos en aquel lugar, esperando pacientemente a que se les convocara.

—Si abro la boca para hablar —susurró Ojo de halcón—, y utilizo el inglés, sin duda los bellacos considerarían que se encuentra un enemigo blanco entre ellos. Debe usted dirigirse a ellos, comandante; dígales que hemos aislado al espíritu maligno en la cueva y ahora llevamos a la mujer hacia el bosque para procurarle hierbas medicinales. Utilice toda su astucia para engañarles, ya que en este caso cualquier método es lícito.

La puerta se abrió levemente, como si alguno de los de fuera estuviese a la escucha de lo que acontecía dentro, haciendo que el explorador cesara inmediatamente de dar instrucciones. Un feroz gruñido hizo desistir al intruso, y a continuación el explorador salió apresuradamente por el hueco, emulando el comportamiento del oso en su deambular. Duncan le siguió muy de cerca, encontrándose pronto en medio de una multitud formada por veinte parientes y amigos de la enferma.

El grupo retrocedió cierta distancia, permitiendo que se aproximaran el padre de la mujer, así como otro individuo que parecía ser el marido de la misma.

—¿Ha conseguido mi hermano espantar al mal espíritu? —preguntó el primero de ellos—. ¿Qué es lo que lleva en brazos?

—Es tu hija —contestó Duncan con gravedad—. La enfermedad ya no está en ella, sino encerrada en las rocas. Llevo a esta mujer lejos de aquí, a un lugar en el que la fortaleceré contra cualquier recaída. Estará de nuevo en la tienda del joven guerrero cuando vuelva a salir el sol.

Cuando el padre tradujo el significado de las palabras del desconocido al idioma hurón, un murmullo reprimido se esparció por todo el grupo, dando a entender su satisfacción respecto al asunto. El jefe incluso le hizo una señal a Duncan para que continuara, mientras declaraba en voz alta y firmemente convencido:

—Siga adelante. Yo soy un hombre, y entraré a la cueva para luchar con el maligno.

Heyward accedió con gusto, pero cuando ya había dejado atrás al pequeño grupo, se le ocurrieron repentinamente las siguientes palabras:

—¿Acaso mi hermano está loco? —exclamó—. ¿Es tan imprudente como cruel? Se enfrentará a la enfermedad y ésta se apoderará de él, o también puede obligarla a que salga y persiga de nuevo a su hija hasta el bosque. No; mis fieles deben permanecer fuera y si aparece el espíritu, deben derribarle con sus porras. Es astuto y se

quedará en la montaña cuando vea cuántos están dispuestos a pelear con él.

Tan extraordinaria advertencia tuvo su efecto. En lugar de entrar en la caverna, tanto el padre como el marido blandieron sus tomahawks y se apostaron prestos a cobrar su venganza sobre el imaginario agresor de su desafortunada pariente. Mientras tanto, las mujeres y los niños tomaban ramas de arbustos o trozos de roca para contribuir igualmente a la lucha. Fue en aquel momento que los falsos hechiceros aprovecharon la ocasión para huir.

Ojo de halcón, a la vez que había presumido conocer tanto acerca de las supersticiones indias, también estaba al tanto de que los jefes dejaban que sus subordinados las cultivaran, pero no las practicaban ni creían mucho en ellas. Sabía bien que el tiempo era el elemento más valioso para ellos en aquel momento. Independientemente de lo ilusos o engañados que pudieran estar sus enemigos, así como lo mucho o poco que esto contribuyera al éxito de sus argucias, la más mínima sospecha que pueda despertarse en el ánimo voluble de un indio podría resultar fatal. Por lo tanto, tomando el camino que juzgaba menos susceptible de estar vigilado, dio un rodeo por el extrarradio del poblado en vez de dirigirse a la entrada del mismo. Los guerreros aún se podían ver desplazándose de una choza a la otra, gracias a la tímida luz que todavía emitían las hogueras, pero los niños ya habían dejado sus juegos para irse a dormir en sus camas hechas de pieles. La quietud de la noche ya comenzaba a extender sus dominios sobre los violentos acontecimientos y la exaltación que se vivieron durante ese turbulento atardecer.

Alice recobró fuerzas gracias a los efectos renovadores del fresco aire nocturno; y como su debilidad era más bien física que psicológica, no requirió explicación ninguna acerca de lo ocurrido.

—Déjenme hacer un esfuerzo por caminar —les dijo ruborizándose cuando ya se habían introducido en el bosque, discretamente avergonzada de estar tanto tiempo en brazos de Duncan—; ya me encuentro mejor.

—No, Alice, aún estás demasiado débil.

La dama opuso una leve resistencia para librarse de Heyward, y éste se vio obligado a tener que complacer tan delicados deseos. El portador del disfraz de oso no se percató en ningún instante de las tiernas emociones del joven enamorado, y desde luego era totalmente ajeno a los sentimientos de pudor que dominaban a la temblorosa Alice. No obstante, cuando por fin se encontraron a una distancia prudencial de las edificaciones del poblado, hizo una pausa y comenzó a hablar de un asunto que sí dominaba a la perfección.

—Este camino les llevará hasta el riachuelo —explicó—. Sigan por su orilla norte hasta que lleguen a una catarata; suban la colina que se encuentren a la derecha, y verán las hogueras del otro pueblo indio. Allí deben dirigirse y pedir protección. Si son verdaderos delaware, estarán ustedes a salvo. Una huida recorriendo grandes distancias con esta delicada mujer está fuera de toda posibilidad. Los hurones nos seguirían el rastro y se ganarían nuestras cabelleras antes de que hayamos cubierto quin-ce kilómetros. Vayan, y que la Divina Providencia les acompañe.

—Pero ¿y usted? —preguntó Heyward con sorpresa—. ¿No irá a quedarse aquí?

—Los hurones tienen cautivo al que constituye el orgullo de los delaware; el último de la alta estirpe de los mohicanos está en su poder —le contestó el explorador—. Voy a ver qué puedo hacer en su favor. Si le hubiesen arrancado a usted la cabellera, comandante, esos bellacos lo habrían pagado caro; a una vida por cada pelo, tal como prometí. Pero si piensan ejecutar al joven sagamore, esos indios también sabrán cómo se enfrenta a la muerte un hombre de pura raza.

Sin sentirse en lo más mínimo ofendido por haber preferido el explorador quedarse y ayudar al joven —fue en cierto modo era como un hijo adoptivo para él—, Duncan trató de hacerle entrar en razón ante tan temeraria empresa. En esto le ayudó Alice, que contribuyó con sus propios ruegos para que el explorador no malgastara sus esfuerzos en tan fútiles circunstancias. Sus argumentos fueron expuestos en vano. El explorador les escuchó con todo respeto, pero estaba impacientándose, y por fin zanjó la cuestión contestándoles de forma que Alice no se atrevió a

continuar y Heyward vio que era completamente inútil insistir.

—He oído decir —les dijo—, que cuando se es joven existen sentimientos entre un hombre y una mujer que superan en intensidad a los que unen padres e hijos. Puede que sea así. He estado pocas veces cerca de algún lugar en donde vivieran mujeres de mi raza; pero esa parece ser una de las alegrías propias de la vida en la civilización. Usted ha puesto su vida, y todo lo que en ella ha logrado, en peligro al intentar salvar a esta joven, y supongo que ese empeño radica en todo lo que acabo de mencionar. En cuanto a mí, yo le enseñé a ese muchacho cómo se debe realmente utilizar una carabina, y no me ha fallado en su aprendizaje. He luchado a su lado en múltiples escaramuzas; y mientras oía la detonación de su arma por un lado y el disparo del sagamore por el otro, sabía que ningún enemigo me acechaba. Tanto en invierno como en verano, de día o de noche, hemos viajado juntos por los bosques, compartiendo la misma comida, turnándonos en las guardias para poder dormir con seguridad. Por ello, si alguien intentara agredir a Uncas estando yo cerca… Hay un solo Dios sobre todos nosotros, sea cual sea el color de la piel de cada uno, y a Él pongo por testigo que antes de que el joven mohicano pudiera morir por negligencia de un amigo, ¡todo lo bueno desaparecería de la Tierra y el «mata-ciervos» se volvería tan inofensivo como el silbato del cantante!

Duncan soltó el brazo del explorador, por el cual le había tenido asido, y éste se volvió con paso decidido en dirección a las viviendas del poblado. Tras dedicarle una prolongada y lánguida mirada mientras se iba alejando, Heyward, contento y entristecido a la vez, se dirigió junto a Alice hacia el distante poblado de los delaware.

Capítulo XXVI

BOTTOM. —Permitidme hacer de león también.

El sueño de una noche de verano.

A pesar del empeño mostrado por Ojo de halcón, éste era plenamente consciente de todas las dificultades y peligros que entrañaba su acción. A su regreso al poblado, sus agudos y experimentados instintos estaban en alerta para poder burlar las vigilancias de sus enemigos, cuyas facultades para montar guardia no eran inferiores a las suyas —cosa que él ya sabía—. Tanto Magua como el hechicero se salvaron de la muerte gracias a que su contrincante era blanco, ya que, a pesar de ser ambos una clara amenaza para su seguridad, el explorador no creía en el acto de matar a sangre fría; una práctica completamente normal en el caso de un indio, pero totalmente indigna de un hombre de sangre europea y sin mestizaje. Por ello, confió en las ataduras y cuerdas con las que había sujetado a sus contrincantes, y prosiguió su camino hacia el centro del conglomerado de chozas. A medida que se iba aproximando a las viviendas, su paso se hizo más firme, mientras que a su vista no se le escapaba ni la más mínima señal, bien fuera amistosa u hostil. Una choza destartalada se encontraba algo más alejada del resto, con aspecto de haber sido abandonada antes de ser terminada —seguramente a causa de la escasez de materiales para su culminación—. No obstante, una tenue luz se divisaba a través de sus rendijas, dando a entender que a pesar de su cochambroso estado no se encontraba desocupada. El explorador se dirigió hacia allí cual prudente general que analiza las posiciones del enemigo antes de lanzar un gran ataque.

Adoptando la postura propia de la bestia que representaba, Ojo de halcón se desplazó a cuatro patas hasta una pequeña abertura desde la cual podía escudriñar el interior. Resultó ser la morada de David Gamut. Aquí se había establecido el noble maestro de canto,

afligido por sus tristezas y temores y arropado únicamente por su fe en la Divina Providencia. Justo cuando le vio el explorador, el solitario individuo estaba reflexionando profundamente sobre el oso que el primero había emulado.

A pesar de la certeza que tenía David acerca de los milagros referidos en las Sagradas Escrituras, descartaba cualquier intervención sobrenatural en las cuestiones morales del presente. En otras palabras, aunque creía firmemente en las maravillas bíblicas relativas a ciertos animales, era bastante escéptico en cuanto a la capacidad que pudiera tener un oso para el canto; sin embargo, sus oídos fueron testigos directos de lo segundo. Tanto su disposición como sus maneras le revelaron al explorador que estaba muy confuso. Estaba sentado sobre un montón de ramas, de las cuales extraía de vez en cuando alguna para avivar el pequeño fuego que tenía delante, y tenía la cabeza apoyada sobre una mano en actitud pensativa. El atuendo del profesor de música no había sufrido la más mínima alteración, salvo el añadido de un sombrero triangular de piel de castor que le cubría la testa —una prenda que en absoluto fue codiciada por ninguno de sus anfitriones—.

El ingenioso Ojo de halcón, recordando el modo tan precipitado en el que el sujeto se había ausentado de la compañía de la mujer enferma, ya empezó a sospechar acerca de los motivos para tan profundas reflexiones. Tras rodear la choza y asegurarse de que no había nadie a su alrededor, y confiando en las escasas posibilidades de que el talante de su inquilino atrajera ninguna visita, se aventuró a traspasar la diminuta puerta de la vivienda, presentándose ante la persona de Gamut. El fuego quedaba situado entre ambos, y después de que Ojo de halcón se sentara del mismo modo en que lo haría un oso, transcurrió casi un minuto entero, durante el cual los dos se observaron mutuamente pero sin decir palabra. El carácter repentino e inesperado de esta incursión fue una prueba demasiado dura para las creencias y la fortaleza espiritual de David —por no decir para su filosofía—. Éste echó mano de su pipa de entonación musical y se levantó presto para llevar a cabo algún tipo de exorcismo melódico.

—¡Monstruo oscuro y misterioso! —exclamó mientras se ponía las lentes y recurría a su sempiterno libro de salmos—. Desconozco tu

procedencia, así como tus intenciones; pero si atentaras contra las persona y los fueros de uno de los más humildes servidores del templo, escucha el inspirado lenguaje de los jóvenes de Israel y arrepiéntete.

El oso se sacudió violentamente y se oyó una voz familiar decir:

—Ponga el arma musical a un lado y modere su voz. Sólo cinco palabras sencillas en inglés resultarían tan peligrosas en este momento como toda una hora de charla.

—¿Qué eres? —exigió saber David, abandonando sus pretensiones iniciales mientras intentaba recobrar el aliento.

—Un hombre como usted, de sangre tan pura como la suya y sin mezcla de estirpe de osos ni de indios. ¿Ya se ha olvidado de quien le devolvió el endiablado instrumento que sostiene en su mano?

—¿Será posible? —le contestó David, respirando más tranquilo a medida que la verdad le iluminaba—. ¡He presenciado muchas maravillas desde que cohabito con los infieles, pero nada comparable a esto!

—Vamos, vamos —le replicó Ojo de halcón, dejando al descubierto sus nobles facciones para poder así calmar más el ánimo de su compañero—; ya puede contemplar una piel que, sin ser tan pálida como la de las muchachas, no tiene más color que aquél que confieren los vientos y el sol desde lo alto. Ahora concentrémonos en cosas más importantes.

—Antes dígame qué ha sido de la chica y el joven que tan valerosamente había emprendido su búsqueda —le interrumpió David.

—Sí; afortunadamente se han librado de los tomahawks de estos bellacos. Pero ¿me puede usted informar acerca de Uncas?

—Mantienen a ese joven atado, y mucho me temo que su muerte es segura. Lamento profundamente que alguien de tan gran valía muera sin el conocimiento de la palabra de Dios, y he seleccionado un himno apropiado…

—¿Puede llevarme hasta él?

—No será tarea difícil —le contestó David, algo vacilante—. Aunque me temo que su presencia tan sólo le acarreará más problemas de los que ya tiene.

—No se hable más y pongámonos en marcha —le contestó Ojo de halcón, volviéndose a cubrir la cara y precipitándose a través de la puerta, haciendo así honor a sus palabras.

A medida que avanzaban, el explorador se aseguró de que su acompañante pudiera acceder a Uncas amparándose en su aparente enfermedad. Intercambiando alguna palabra suelta en inglés con uno de los guardianes, a quien se había propuesto convertir al cristianismo, David logró la aprobación de éste. No sabemos hasta qué punto el hurón comprendió cuáles eran las intenciones de tan amistosa actitud, pero como una muestra de halago y respeto es siempre bien recibida tanto por un salvaje como por un individuo civilizado, la estratagema surtió efecto. No hace falta describir el brusco modo en el que el explorador le pidió al ingenuo David que le informara de los detalles, ni tampoco entraremos en la explicación de sus instrucciones cuando ya conocía los hechos que precisaba saber, ya que todo ello se revelará oportunamente en el curso de la narración.

La edificación en la que se alojaba Uncas estaba en el mismo centro del poblado, en una posición que se puede definir como la más difícil para acceder a ella, o abandonarla, sin ser visto. Pero no era la intención de Ojo de halcón el pretender pasar desapercibido. Con la ayuda de su disfraz y sus habilidades para la interpretación, se encaminó directamente al lugar. No obstante, la hora del día le proporcionó algo más de esa protección que, al parecer, no requería. Los niños ya estaban dormidos y todas las mujeres, así como la mayoría de los guerreros, se habían retirado a sus viviendas para descansar. Tan sólo cuatro o cinco de estos últimos permanecían a la puerta del lugar de confinamiento de Uncas, cansados aunque atentos observadores del comportamiento de su cautivo.

Al ver a Gamut acompañado de uno que vestía las pieles del más distinguido hechicero de su tribu, se apresuraron a abrirles paso.

Por otra parte, no tuvieron intención de marcharse de allí, sino que, muy al contrario, se mostraron dispuestos a permanecer enclavados en su sitio por la curiosidad que despertaban en ellos las prácticas misteriosas que tal visita traería consigo.

Dada la manifiesta incapacidad del explorador de hablar a los hurones en su propia lengua, se vio obligado a confiarle todo el diálogo a David. A pesar de su simpleza de carácter, éste cumplió sobradamente con lo que se le había encomendado, con lo cual su instructor quedó más que satisfecho.

—¡Los delaware son mujeres! —exclamó, dirigiéndose al salvaje que comprendía algo de su idioma—. Los yengeese, esos estúpidos compatriotas míos, les han dicho que retomen el hacha de guerra y se enfrenten a sus padres del Canadá, olvidándose así de su verdadero sexo. ¿Quiere oír mi hermano cómo «Le Cerf Agile» pide que le traigan vestidos, y ver cómo llora delante de los hurones en el momento de su ejecución?

La exclamación «¡hugh!», que dio como respuesta contundente el salvaje, daba a entender con cuánta satisfacción presenciaría tales debilidades por parte de un enemigo que durante tanto tiempo había sido odiado y temido.

—¡Entonces que se haga a un lado y deje que el hombre sabio eche su aliento sobre ese perro! ¡Que lo diga también a mis hermanos!

El hurón comunicó el mensaje de David a sus compañeros, quienes a su vez acogieron la iniciativa con el deleite propio de seres indómitos que en la crueldad encuentran entretenimiento. Se retiraron un poco de la entrada, haciendo señas para que se acercara el supuesto hechicero. Pero el oso, lejos de obedecerles, se quedó sentado allí y gruñó.

—El hombre sabio teme que su aliento afecte a sus hermanos y les prive también de su valor —añadió David al comprender la señal que le estaba haciendo el otro—; por lo tanto deben alejarse más.

Los hurones, pensando que tal posibilidad sería la mayor de sus desgracias, se echaron atrás sin vacilación. De este modo, quedaron tan alejados que no podían oír la conversación de los otros, pero sí

mantener vigilada la entrada a la choza. Satisfecho de esta circunstancia, el explorador entró lentamente en la edificación. Todo estaba en silencio en la penumbra de su interior, donde se encontraba el solitario cautivo; la poca luz que había era la procedente de las ascuas de un fuego que había servido para cocinar.

Uncas ocupaba un lugar distante en una esquina, con el cuerpo en posición sedente y fuertemente atado de pies y manos. Cuando la desagradable figura del oso se presentó ante él, el joven mohicano ni siquiera le brindó una mirada al animal. Habiendo dejado a David vigilando la entrada, el explorador no creía prudente desvelar su identidad hasta que estuviese seguro de no ser visto. Por lo tanto, en lugar de hablar se limitó a imitar las acciones propias del animal que representaba. El mohicano, que en un primer momento creyó que se trataba de un verdadero oso enviado por sus enemigos para torturarle, se dio cuenta, a diferencia de lo que pasó con Heyward, de que se trataba de una farsa y no la verdadera bestia. Si Ojo de halcón se hubiese percatado de tales pensamientos por parte del avispado Uncas, se habría esmerado más en su representación, pero la mirada de hostilidad que por fin le dirigió el joven le hizo desistir sin llegar a saber que había sido descubierto su disfraz, creyendo que la del indio era una mera actitud desafiante. En cuanto dio David la señal pertinente, se oyeron murmullos en el interior de la choza en vez de los feroces gruñidos del oso.

Uncas había apoyado el cuerpo contra la pared de la vivienda, cerrando los ojos como si quisiera así desterrar tan repugnante imagen de su presencia. Pero cuando oyó el sonido de la serpiente, se incorporó y miró a ambos lados, moviendo su cabeza en todas direcciones hasta que se fijó de nuevo en el rostro del monstruo peludo, mirándole extasiado, como si estuviera bajo el influjo de un hechizo. Nuevamente se repitieron los sonidos, que evidentemente procedían de la boca de la bestia. De nuevo el joven cubrió toda la habitación con la vista, para mirar otra vez al oso y decir en voz baja y susurrante:

—¡Ojo de halcón!

—Córtele las ligaduras —le dijo Ojo de halcón a David, quien se acababa de aproximar a ellos.

El cantante hizo lo que se le había dicho y Uncas se vio libre para mover sus extremidades. Al mismo tiempo la piel del animal se agitó, emergiendo de la misma la figura completa del explorador. El mohicano parecía comprender la intención de su amigo de un modo intuitivo, por lo que no expresó ni la más mínima palabra ni gesto en señal de sorpresa. Cuando por fin Ojo de halcón se había despojado totalmente de su peludo disfraz, el cual se había fijado sobre su cuerpo a base de tiras de cuero, produjo un afilado cuchillo que puso en manos de Uncas.

—Los hurones de piel roja esperan fuera —dijo—, hemos de estar preparados.

Al mismo tiempo, puso de modo significativo su propia mano sobre un arma similar, siendo ambas el fruto de sus encuentros con el enemigo durante la noche.

—Nos iremos —dijo Uncas.

—¿Hacia dónde?

—Al encuentro de la tribu de las tortugas; son los hijos de mis abuelos.

—De acuerdo, muchacho —dijo el explorador en inglés, un idioma que utilizaba de modo instintivo cuando sus pensamientos le distraían—, supongo que se trata de la misma sangre que corre por tus venas; pero el tiempo y la distancia puede alterarla. ¿Qué hacemos con los mingos que hay en la puerta? Son seis en total, y el cantante no nos servirá de ayuda contra ellos.

—Los hurones presumen demasiado —dijo Uncas con desprecio—; como «tótem» tienen a un alce y sin embargo corren igual que caracoles. Los delaware son hijos de las tortugas pero corren más que el gamo.

—Sí, muchacho, es verdad lo que dices; y no pongo en duda que de una sola pasada dejarías atrás a toda la nación, para recorrer dos millas en línea recta y encontrarte con los del otro poblado antes de que ninguno de estos bribones se diera ni cuenta. Pero las dotes de un hombre blanco están más en sus brazos que en sus piernas. En lo

que a mí respecta, puedo dejar fuera de combate al mejor de ellos, pero en cuanto a lo de correr, cualquiera de los bellacos podría darme alcance.

Uncas, que ya se había aproximado a la puerta y estaba preparado para abrir el camino, se echó atrás ante esto, volviendo a colocarse al fondo de la vivienda. No obstante, Ojo de halcón se encontraba tan embebido en sus pensamientos que no se percató de tal movimiento y siguió meditando en voz alta.

—Al fin y al cabo —dijo—, no es razonable limitar las dotes de un hombre por culpa de las de otro. Por lo tanto, Uncas, será mejor que tú te lances mientras yo me vuelvo a poner la piel de oso, confiando más en la astucia que en la velocidad.

El joven mohicano no dio respuesta alguna, sino que se cruzó de brazos en silencio y se reclinó contra uno de los postes que sujetaban la pared de la choza.

—¿Y bien? —preguntó el explorador, mirando hacia él—. ¿Por qué vacilas? Tendré tiempo de sobra para escapar, ya que los bellacos te perseguirán a ti primero.

—Uncas se quedará —fue la tranquila respuesta.

—¿Para qué?

—Para luchar junto al hermano de su padre, y morir con el amigo de los delaware.

—Está bien, muchacho —le contestó Ojo de halcón, intercambiando con Uncas un apretón de manos—; habría sido más propio de un mingo que de un mohicano que me hubieras dejado aquí. De todos modos creí oportuno darte la oportunidad, ya que la juventud suele apreciar más la vida. Bueno, pues lo que no remedia el valor tendrá que resolverse por medio del ingenio. Ponte la piel; estoy seguro de que puedes hacer el papel de oso casi tan bien como yo.

Independientemente de la opinión particular de Uncas a este respecto, su rostro impávido no dio muestra alguna de su convicción de superioridad. En silencio y sin demora se arropó con

el pelaje de la bestia, y a continuación aguardó las instrucciones de su compañero más veterano.

—Ahora, amigo —le dijo Ojo de halcón a David—, un cambio de vestimenta le vendrá bien, sobre todo con lo poco acostumbrado que debe estar a los imprevistos del bosque. Tenga, póngase mi camisa y mi gorra de cazador, y déme su sombrero y su manta. Debe prestarme también sus anteojos junto al libro, así como el silbato; si nos volvemos a encontrar, en un momento mejor que éste, se lo devolveré todo y le daré además las gracias por ello.

David se separó de todas las pertenencias mencionadas con tal disposición que podría considerársele generoso, si no fuera porque de ello dependía también su propia seguridad. Ojo de halcón no tardó en ponerse las vestimentas prestadas, y en cuanto sus inquietos ojos estuvieron protegidos por las lentes, su cabeza cubierta por el sombrero de castor de tres picos, se le podría confundir con el cantante en la oscuridad de la noche, dado que sus estaturas eran similares. Nada más terminar de prepararse, el explorador se dirigió a David para darle las instrucciones finales.

—¿Se deja usted llevar por la cobardía? —preguntó de modo directo y sin tapujos, para saber a qué atenerse antes de hacer ninguna sugerencia.

—Mis objetivos son pacíficos, y mi temperamento, reconozco humildemente, tiende más hacia la misericordia y la fraternidad —con-testó David, un tanto molesto ante este cuestionamiento de su hombría—; pero nadie puede decir que yo haya perdido nunca mi fe en el Señor, incluso en los momentos más críticos.

—El mayor peligro lo pasará cuando los salvajes se den cuenta de que han sido engañados. Si en ese momento no le golpean en la cabeza, su condición de persona que no está en sus cabales le seguirá protegiendo; y seguramente podrá aspirar a morir de meto. Si se queda, debe permanecer aquí en la sombra y ocupar el lugar de Uncas, hasta que los indios se den cuenta del cambio; entonces, como ya le he dicho, se sabrá qué suerte correrá usted. De modo que escoja usted mismo: salir corriendo, o esperar aquí.

—Incluso así —dijo David con firmeza—, me pondré en el lugar del

delaware. Con valor y entereza ha luchado él a mi favor, ¿qué menos podría hacer yo para ayudarle?

—Acaba de hablar usted como un hombre, y sin duda de haber recibido las enseñanzas apropiadas, su vida habría dado, sin duda, mejores frutos. Agache la cabeza y encoja las piernas, ya que sus formas pueden delatarle antes de tiempo. Manténgase en silencio todo el tiempo que pueda; y cuando tenga que hablar será mejor que rompa a cantar repentinamente con uno de sus himnos, lo cual les recordará a los indios que no es usted tan responsable de sus actos como lo pueden ser los demás hombres. Si, por otra parte, le arrancan la cabellera, cosa que no creo probable, ni Uncas ni yo renunciaremos a vengar tal acción, como es propio entre guerreros y amigos verdaderos.

—¡Espere! —dijo David, percibiendo que tras este juramento ya se iban—. Soy el humilde discípulo de Aquel que no predicaba la mala costumbre de la venganza. Por lo tanto, no busquen víctimas en honor a mi cabello, sino mejor perdonen a mis asesinos; ténganles presentes, en todo caso, en sus oraciones con el fin de que la verdad les ilumine y consigan la salvación eterna.

El explorador se detuvo un instante, en aparente actitud meditabunda.

—Hay una lógica en esas palabras —dijo—, muy distinta a las leyes del bosque; y sin embargo no resulta menos noble y hermosa la idea que conlleva —acto seguido, tras un fuerte suspiro, posiblemente de los pocos que emitiera al recordar su antigua condición de hombre civilizado, añadió—. Quisiera poder ponerla en práctica en mi vida, siendo un hombre de sangre pura y sin mestizaje, pero no es tan fácil emplear esa filosofía al tratar con un indio como lo puede ser respecto a otro cristiano. ¡Que Dios le bendiga, amigo! En verdad creo que sus pensamientos no están del todo equivocados, si se piensa la cuestión con tranquilidad y se tiene en cuenta el valor de la eternidad, aunque mucho depende del temperamento de cada cual y la fuerza de las tentaciones sobre él.

Acabando de decir esto, el explorador volvió hacia David y le brindó un fuerte apretón de manos. Tras este acto de amistad abandonó la choza de inmediato, acompañado por el que ahora

representaba a la bestia.

Justo cuando Ojo de halcón se encontró bajo la mirada de los hurones, echó su cuerpo hacia atrás de la misma forma en que lo hacía David, levantó su brazo para dirigir la melodía y comenzó a imitar el canto de un salmo. Por suerte los oídos a quienes iba dirigido el cántico no entendían de música ni distinguían una voz entrenada de otra que no lo era; de lo contrario el engaño habría sido descubierto. Fue necesario pasar junto a los oscuros salvajes, a una distancia ciertamente peligrosa del grupo, y la voz del explorador elevaba más su tono a medida que se aproximaban. Cuando más cerca estaban, el hurón que hablaba inglés extendió su brazo para detener el avance del supuesto maestro de canto.

—¡El perro delaware! —dijo mientras se inclinaba hacia adelante, intentando discernir el gesto del otro—. ¿Ya tiene miedo? ¿Escucharán los hurones sus quejidos?

Un gruñido tan vivamente feroz y verosímil provino de la bestia que el joven indio bajó su brazo y se apartó impresionado, como si quisiera asegurarse de que no era un oso auténtico el que tenía ante sí. Ojo de halcón, temiendo que sus enemigos le descubrirían por su voz al hablar, aprovechó la interrupción y continuó vociferando las desentonadas notas musicales a modo de exabrupto repentino, profiriendo unos sonidos que cualquier persona civilizada calificaría como un estruendo caótico. Entre sus oyentes, sin embargo, le garantizaba ese respeto que los salvajes siempre profesaban hacia aquellos que sufrían de evidente enajenación mental. El pequeño grupo de indios se retiró a un lado y permitieron que el hechicero y su inspirado ayudante prosiguieran su camino.

No fue necesario que Uncas y el explorador hicieran ningún alarde de fortaleza de espíritu al reanudar el paso digno y decidido que habían adoptado al pasar junto a las edificaciones, sobre todo al percibir que la curiosidad pronto se adelantaría al miedo en el caso de los vigilantes y les haría aproximarse a la puerta de la choza para comprobar el efecto de los encantamientos. El menor movimiento inesperado o sospechoso por parte de David podría suponer la ruina para ellos, y el tiempo era un elemento importante que no se podía desperdiciar si querían ponerse a salvo. Los ruidos que el explorador creyó conveniente seguir emitiendo atrajeron

numerosos curiosos que salían a observarles desde las puertas de sus chozas cuando pasaban; y en un par de ocasiones se les cruzó algún guerrero de semblante tenebroso, llevado por la curiosidad o la superstición. No obstante, nadie les detuvo, y tanto la oscuridad reinante como su arrogante actitud les sirvieron de aliados.

Los valientes ya habían salido del poblado y se dirigían rápidamente hacia el cobijo boscoso, cuando un grito prolongado y estridente se oyó desde la choza en la que había estado confinado Uncas. El mohicano se estremeció, haciendo que se sacudieran tanto las pieles que le cubrían que daba la sensación de que el oso que representaba iba a llevar a cabo algún extraordinario esfuerzo.

—¡Espera! —le dijo el explorador, cogiéndole por el hombro—. ¡Deja que griten de nuevo! puede tratarse sólo de una reacción de sorpresa.

No hubo tiempo para más, ya que al momento siguiente el aire de la noche se saturó de todo un elenco de alaridos que se extendían por todo el poblado. Uncas se despojó de su disfraz, dejando ver su bien proporcionada constitución de nuevo. Ojo de halcón le palpó el hombro con suavidad y avanzó rápidamente.

—¡Ahora sí que están tras nuestro rastro! —dijo el explorador, sacando dos fusiles, junto con sus complementos, de entre unos arbustos. Sostuvo fuertemente en su mano al «mata-ciervos» a la vez que le entregaba a Uncas su arma—; al menos dos de ellos caerán cuando den con nosotros.

A continuación, se lanzaron como cazadores en busca de su presa, siguiendo por un camino semioculto que les adentraba en las profundidades arbóreas.

Capítulo XXVII

ANTONIO. —Recordaré: Cuando César diga: Haz esto, ha de estar hecho.

Julio César.

La impaciencia de los salvajes que hacían guardia junto a la prisión de Uncas, como hemos visto, se había sobrepuesto al temor inculcado por el encantamiento del hechicero. Se acercaron cautelosamente hasta una grieta en la pared de la vivienda, a través de la cual se percibía la poca luz de la debilitada hoguera. Durante varios minutos confundieron la figura de David por la del prisionero; pero acabó ocurriendo lo que el explorador ya se había temido. Cansado de mantener encogidas tanto tiempo las extremidades de su larga persona, el cantante las estiró, haciendo que uno de sus pies tropezara con los incandescentes restos de la hoguera. En un primer momento, los hurones pensaron que el delaware había sido transformado, adquiriendo esa forma gracias a la brujería practicada. Pero cuando David volvió su cabeza —sin saber que le estaban observando—, y les dejó ver su rostro amable e ingenuo en lugar del endurecido semblante de su prisionero, ni siquiera el más supersticioso de los nativos se hubiera dejado llevar por el engaño. Se apresuraron a entrar en la choza, y tras agarrar con poca diplomacia a su cautivo, se cercioraron de la verdad de la maniobra efectuada. Entonces fine cuando se produjo el primero de los gritos oídos por los fugitivos. A éste le sucedieron otros, repletos de una furiosa y frenética sed de venganza. David, por otra parte, firmemente dispuesto a cubrir la retirada de sus amigos, estaba convencido de que había llegado su hora final. Ya sin su librillo y su pipa de entonación, su último recurso fue confiar en su memoria, la cual rara vez le fallaba en tales aspectos, y comenzó a entonar un himno fúnebre con tono fuerte y entusiasmado, con el cual pretendía suavizar su paso de este mundo al otro. Esto les hizo recordar a los indios su condición de enfermo, y le dejaron para

alertar a todo el poblado como ya se ha descrito antes.

Un guerrero nativo lucha al igual que como duerme, sin apenas nada que le sirva de protección. Por lo tanto, los alaridos pusieron en pie de combate a doscientos hombres que ya estaban dispuestos nada más sonar los gritos de alarma. Pronto se supo de la huida, y toda la tribu se congregó alrededor de la choza del consejo, esperando con impaciencia las instrucciones de los jefes. Ante tanto entusiasmo, la presencia del astuto Magua no podía faltar. Todos se preguntaron dónde podría estar en cuanto se mencionó su nombre. Se enviaron mensajeros hasta su vivienda para que compareciera.

Mientras tanto se les ordenó a algunos de los hombres más rápidos y experimentados que rodeasen el descampado y lo vigilasen desde la orilla del bosque, para asegurarse de que sus supuestos vecinos, los delaware, no estaban tramando alguna acción. Por uno y otro lado corrían mujeres y niños y, en resumidas cuentas, todo el campamento daba la sensación de estar sumido en el caos más profundo. Sin embargo, poco a poco fueron disminuyendo las señales de desorden, y en pocos minutos estaban reunidos los más ancianos y distinguidos jefes, consultando entre sí en la edificación que se había construido para tales menesteres.

El clamor de muchas voces dio a entender que se acercaba un grupo de hombres, lo cual suponía la llegada de alguna noticia que explicara el misterio de la presente situación. La multitud se apartó, dejando paso a varios guerreros que traían consigo al infortunado hechicero, el cual había sido dejado atado horas antes por el explorador.

A pesar de que este hombre gozaba de una reputación desigual entre los hurones —ya que algunos creían firmemente en su poder y otros le consideraban un farsante—, en esta ocasión todos le escucharon con la máxima atención. Cuando hubo concluido su breve narración, el padre de la mujer enferma dio un paso adelante y, por medio de una parca y entristecida explicación, comunicó lo que él a su vez sabía. Estos dos relatos dieron lugar a las consabidas preguntas que con su característica astucia se formulaban entre sí los salvajes.

En lugar de proceder apresuradamente a penetrar en la caverna

todos ellos, diez de los hombres más sabios y firmes de entre los jefes fueron elegidos para llevar a cabo la investigación. Dado que no había tiempo que perder, al momento siguiente de realizarse la selección los individuos nominados se levantaron al unísono y se ausentaron del lugar sin decir ni palabra. Al llegar a la entrada de la cueva, los jóvenes que iban delante abrieron paso a los más veteranos, y todos juntos se adentraron a través de la estrecha y oscura galería con la gallardía de aquellos guerreros que están dispuestos a sacrificarlo todo por su pueblo, pero también con cierto temor interior ante la naturaleza del poder con el cual se iban a enfrentar.

La cavidad externa de la cueva estaba en silencio y bañada por la penumbra. La mujer yacía en el mismo lugar y en la misma postura, aunque algunos de los presentes atestiguaban que había sido llevada en brazos hasta el bosque para ser atendida por «la medicina del hombre blanco». Esta contradicción tan grande hizo que todos volvieran la vista hacia el padre de la mujer. Ofendido por esta reacción masiva que parecía dudar de su relato, a la vez que preocupado por lo inexplicable de la situación, éste avanzó hasta el lecho de su hija y se inclinó, estremeciéndose con incredulidad ante lo que veía, como si dudara de que fuera cierto. Su hija estaba muerta.

La natural reacción humana prevaleció durante un instante, durante el cual el viejo guerrero ocultó sus ojos en señal de dolor. A continuación recobró la compostura y se encaró a sus compañeros, mientras señalaba el cadáver y decía en el lenguaje de su pueblo:

—¡La mujer de mi joven guerrero nos ha dejado! El Gran Espíritu está enojado con sus hijos.

La penosa noticia fue acogida con silenciosa solemnidad. Tras una breve pausa, uno de los indios más ancianos se disponía a hablar cuando un objeto oscuro fue visto saliendo de una oquedad vecina, desplazándose hasta el mismo centro de aquella en la que se encontraban. Ignorando de qué podría tratarse, todo el grupo dio un paso atrás, quedando admirados hasta que el objeto se puso bajo la luz y levantó la cabeza, mostrando las distorsionadas, aunque hostiles y enfurecidas, facciones de Magua. Esta aparición fue recibida con una expresión de sorpresa colectiva.

No obstante, tan pronto se dieron cuenta de que el jefe estaba atado, surgieron varios cuchillos para librarle de sus ligaduras. El hurón se incorporó sacudiéndose cual león que despierta de su letargo. No dijo una sola palabra, aunque su mano se movía constantemente alrededor de la empuñadura de su cuchillo mientras observaba a todo el grupo cuidadosamente, como si buscara una víctima propicia para cumplir su venganza.

Afortunadamente, tanto Uncas como el explorador, e incluso David, estaban fuera de su alcance en aquel momento; ya que con toda seguridad no habría modo de frenar la crueldad con la que les daría muerte, llevado por la feroz ira que albergaba en su interior. A encontrarse tan sólo con caras amistosas a su alrededor, el salvaje hizo rechinar sus dientes como planchas de hierro que encajan entre sí, y guardó su casi irreprimible furia para un momento mejor. Esta exhibición de ira fue comprendida por todos los allí presentes, y por miedo a enfurecer aún más a quien se encontraba al borde de la locura, se dejaron transcurrir una serie de minutos antes de que se dijera la primera palabra. De este modo, cuando ya hubo pasado suficiente tiempo, el más veterano del grupo habló:

—Mi amigo se ha encontrado un enemigo —dijo—. ¿Se encuentra cerca, para que los hurones puedan cobrar venganza?

—¡Que muera el delaware! —exclamó Magua con voz atronadora.

De nuevo hubo un largo periodo de silencio, el cual fue roto por el mismo individuo de antes.

—El mohicano es rápido de pisada y largo de salto —dijo—; pero mis jóvenes guerreros ya van tras él.

—¿Es que se ha ido? —exigió saber Magua con un tono de voz tan profundo y gutural que parecía proceder de lo más hondo de su ser.

—Un espíritu maligno nos ha visitado y el delaware se desvaneció ante nuestros ojos.

—¡Un espíritu maligno! —repitió el otro, mofándose—. ¡Se trata del mismo espíritu que se ha cobrado las vidas de tantos hurones, el espíritu que mató a mis guerreros en «el río que cae» y que arrancó

las cabelleras a otros en «el arroyo de la curación»; el mismo que hace poco ató los brazos de Le Renard Subtil!

—¿De quién habla mi amigo?

—Del perro que esconde bajo su rostro pálido el coraje y la destreza de un hurón, La Longue Carabine.

La mención de tan terrible nombre tuvo el efecto esperado sobre sus oyentes. Pero en cuanto pudieron reflexionar, los guerreros se dieron cuenta de que su formidable enemigo había estado en medio de su propio campamento causando daños, y del asombro pasaron a la rabia incontenida, como si todo el odio que Magua sentía en su corazón contagiara repentinamente a sus compañeros. Algunos rechinaban los dientes con furor, otros dejaban rienda suelta a sus emociones por medio de vociferaciones y algunos, por otra parte, golpeaban al aire con tanta violencia como si tuvieran delante a su némesis. Pero este súbito estallido de pasión destructivo rápidamente dio paso a ese talante frío que también caracteriza a estas gentes cuando se concentran en un asunto.

Magua, quien tuvo también tiempo para reflexionar, cambió su actitud nuevamente, adoptando los aires propios de uno que sabía pensar y comportarse con la dignidad que exigían tan graves cuestiones.

—Vámonos con mi gente —dijo—; nos están esperando.

Sus compañeros asintieron en silencio y todo el grupo de salvajes salió de la caverna para retomar al lugar de los consejos. Cuando se hubieron sentado, todos miraron hacia Magua, quien entendió a partir de este comportamiento que esperaban una explicación de lo acontecido por su parte. Se levantó y les contó su relato sin vacilación ni reserva. Así quedó patente toda la maniobra llevada a cabo por Duncan y Ojo de halcón, no habiendo ninguna duda, ni siquiera por parte de los más supersticiosos del lugar, acerca de cómo transcurrieron los hechos. Era más que evidente la forma tan vil, humillante e insultante en la que habían sido engañados. Cuando concluyó y retomó su asiento, los hombres de la tribu —es decir, todos los guerreros de la misma— se quedaron mirándose unos a otros, con asombro, ante la destreza y la habilidad de sus

enemigos. Acto seguido, no obstante, el tema a tratar fue el de conseguir la revancha.

Se enviaron más hombres en persecución de los fugitivos; luego, los jefes se dedicaron a consultar entre sí. Se propusieron muchas y variadas medidas por parte de los guerreros más veteranos, las cuales fueron acogidas con gran respeto por Magua. El sutil salvaje había recuperado su carácter calculador y su autocontrol, procediendo con su acostumbrada prudencia y sagacidad. Sólo cuando el último de los mayores había terminado de opinar se preparó para exponer su punto de vista. Se expresó con mucho énfasis, debido a que algunos de los emisarios habían regresado informando que los enemigos no habían llegado más allá del campamento vecino de los delaware, sus supuestos aliados, seguramente buscando refugio allí. Haciendo uso de esta importante noticia, el jefe dio a conocer con diplomacia sus planes a sus colegas y, gracias a sus grandes dotes de elocuencia y convicción, fueron aprobados sin ninguna contrariedad. Dichas medidas eran las que se detallarán a continuación.

Ya se ha dicho que, por la acostumbrada precaución propia de los nativos, las hermanas fueron separadas nada más llegar al poblado hurón. Magua se había dado cuenta desde un principio del poder que gozaba sobre Cora mientras Alice estuviera en su poder. Así pues, tras la separación mantuvo a la más joven a su alcance, relegando la que más preciaba al cuidado de sus aliados. Se entendía que el acuerdo era temporal, y fue llevado a cabo tanto para halagar a sus vecinos como para cumplir con las costumbres indias en este aspecto.

A pesar de que los impulsos vengativos tan propios en un salvaje seguían latentes en su ánimo, el jefe permaneció atento a sus intereses más inmediatos y personales. Los errores y los despropósitos cometidos en su juventud habían de ser expiados mediante una larga penitencia, por la cual se ganaría la plena confianza de su pueblo verdadero; ya que sin esa confianza no era posible ejercer la autoridad en una tribu india. Encontrándose en tan delicada y ardua posición, el ingenioso nativo no había descuidado un solo detalle. De este modo, una de sus hazañas más célebres la constituyó el éxito con el que se había ganado el favor

de sus poderosos y peligrosos vecinos. El resultado de esta maniobra se correspondió totalmente con sus expectaciones; ya que los hurones seguían ese principio regidor de la naturaleza humana según el cual un hombre valora sus méritos en la misma medida en que los demás los admiran.

Pero mientras realizaba sacrificios en favor de asuntos más generales, Magua nunca perdió interés por sus ambiciones personales. Éstas se habían visto frustradas por los inesperados acontecimientos que le hicieron perder el control sobre sus prisioneros; y ahora se encontraba con que tenía que pedir favores a aquéllos que recientemente había halagado.

Varios de los jefes habían propuesto estratagemas crueles y despiadadas que les permitiesen sorprender a los delaware, con el fin de hacerse con su campamento y, de paso, recuperar a sus prisioneros. Todos estaban de acuerdo en que por su honor, sus intereses y el eterno descanso feliz de sus compatriotas, tenían la imperiosa necesidad de cobrar una rápida venganza a través de las vidas de algunas víctimas dedicadas a su recuerdo. Pero Magua consiguió que se descartasen tales empresas, basándose en lo peligrosas y poco efectivas que podrían resultar. Con su gran facilidad de palabra expuso lo arriesgadas e inútiles que serían; y al desechar una tras otra, utilizando opiniones contrarias, logró sacar adelante su propia propuesta.

Comenzó por halagar el amor propio de sus interlocutores —una estrategia que nunca falla cuando se quiere ganar la atención de alguien—. Cuando hubo enumerado las muchas y diferentes ocasiones en las que los hurones habían demostrado su valor y proeza a la hora de vengar afrentas, hizo una disertación sobre la encomiable virtud de la sabiduría. Retrató esta cualidad como la gran diferencia entre los castores y otros animales, así como entre los animales y el hombre, para llegar a establecer la distinción final entre los hurones, particularmente, y el resto de la raza humana. Tras una cuidadosa alabanza del elemento de la discreción, pasó a explicar de qué forma su uso podría ser aplicable a la presente situación de su tribu. Por una parte, dijo, estaba el gran padre blanco, el gobernador del Canadá, quien había mirado a sus hijos con dureza por tener sus tomahawks cubiertos de rojo; por otra, un

pueblo tan numeroso como ellos, quienes hablaban un idioma distinto, poseían distintos intereses y que les tenían poco afecto, los cuales se alegrarían de cualquier pretexto para ponerles a mal con el gran jefe blanco. Luego habló de las necesidades que tenían; de las compensaciones que podían esperar por los servicios realizados; de la distancia que les separaba de su propio territorio de caza y poblados originarios; y de la necesidad de emplear más la prudencia y menos los impulsos en unos momentos tan cruciales. Cuando se percató de que, mientras los ancianos aplaudían su moderación, muchos de los más fieros y distinguidos guerreros escuchaban tales pláticas con gesto desdeñoso, les llevó de nuevo, por medio de su astucia, al tema que más adoraban. Habló abiertamente de los frutos de su sabiduría, que no eran otros que el triunfo total y definitivo sobre sus enemigos. Incluso llegó a sugerir que su éxito podría extenderse hasta constituir la destrucción de todos aquellos a quienes iba dirigido su odio. En resumen, combinó de tal manera lo bélico con lo diplomático, y lo obvio con lo ambiguo, que consiguió complacer a ambas partes y estimular sus respectivas esperanzas de ver cumplidos sus deseos, aunque en ningún momento se pronunció claramente a favor de una u otra facción.

Un orador o político que es capaz de expresarse de esta manera y lograr estas reacciones suele ser popular entre sus contemporáneos, independientemente de cómo le juzgue la posteridad. Todos se dieron cuenta de que había mucho significado tras sus pocas palabras, y cada uno pensó que el significado profundo de las mismas era aquél que más le convenía, o más quería que fuese.

En este estado de aparente felicidad, no es de extrañar que la opinión de Magua prevaleciera. La tribu consintió actuar de acuerdo con ella, uniéndose todos los presentes en apoyo de que todo el asunto habría de ser dirigido por el buen juicio del jefe que había aconsejado tan sabias medidas.

Magua ya había conseguido uno de sus objetivos, gracias a sus argucias y artimañas. Había recuperado todo el terreno perdido en lo que a su pueblo se refería, encontrándose al mando de la situación. En verdad, él era el gran mandatario; y mientras pudiera mantener su popularidad ningún monarca podría ser más despótico, sobre todo al estar la tribu en medio de territorio hostil. Pasó pues,

de una actitud de consejero a la de uno que comprendía que la dignidad de su cargo exigía un talante serio y autoritario.

Se enviaron mensajeros en distintas direcciones; se mandaron espías para observar el campamento de los delaware; a los guerreros se les mandó regresar a sus viviendas, advirtiéndoles que estuviesen preparados para recibir órdenes; y se les ordenó a las mujeres y a los niños que se retirasen, exigiéndoles que permanecieran en silencio. Cuando hubieron terminado estos preliminares, Magua recorrió el poblado, haciendo una parada aquí y allá, siempre en lugares donde había alguien cuyo apoyo quería asegurarse. Confirmó así la lealtad de sus amistades, cultivó la confianza de los escépticos y agradó a todos. Luego se fine para su propia choza. La esposa que este jefe hurón había dejado atrás cuando huyó de su pueblo ya estaba fallecida. No tuvo hijos; y ahora envía solo en su vivienda sin compañera alguna. Se trataba precisamente de la cochambrosa estructura en la que había sido descubierto David, a quien toleraba en su presencia las pocas veces que se cruzaba en su camino, aunque mostrando una despectiva actitud de superioridad hacia él.

Aquí, pues, se dirigió Magua cuando concluyó sus maniobras políticas. Sin embargo, mientras otros dormían, él no descansaba. Si alguien le hubiera seguido, le habría visto sentado en una esquina de su choza, sumido en los pensamientos concernientes a sus planes para el futuro, desde el momento en que entró en la vivienda hasta la hora señalada para la reunión de los guerreros. Con frecuencia el viento que se filtraba a través de las rendijas de las paredes avivaba el fuego de su hoguera, haciendo que las duras facciones del rudo salvaje quedasen aún más resaltadas, asemejándose en su forma y aspecto a las del mismísimo príncipe de las tinieblas, meditando sobre las maldades pendientes por llevar a cabo.

No obstante, mucho antes de que amaneciera el nuevo día, un guerrero tras otro iba entrando en la vivienda de Magua, hasta que se juntaron un total de veinte. Cada uno portaba su carabina junto a otros instrumentos de guerra, aunque la pintura que les cubría era más bien de índole pacífica. Estos seres de aspecto feroz entraban sin hacer el menor ruido; algunos se sentaron en la penumbra, mientras otros permanecían de pie como estatuas, hasta que todo el

grupo por fin se había juntado.

Entonces Magua se puso en pie y dio la señal para iniciar la marcha, poniéndose él mismo al frente. Todos siguieron a su líder de uno en uno, de acuerdo con esa formación tan conocida que recibe el nombre de «fila india». A diferencia de otros hombres que se van a la guerra, éstos se fueron de su campamento sin ninguna ceremonia ostentosa; muy al contrario, se marcharon sin ser vistos, cual cúmulo de espectros huidizos, y no a la manera de atrevidos guerreros que se disponen a realizar valerosas hazañas.

En lugar de tomar el camino que llevaba directamente hacia el campamento de los delaware, Magua guió a sus hombres a lo largo de las sinuosas orillas del riachuelo, bordeando el lago artificial que habían originado los castores. El sol comenzó a salir cuando se adentraron en el terreno que había sido formado por tan ingeniosos y sagaces animales. A pesar de que Magua, habiendo adoptado de nuevo su atuendo tradicional, lucía la figura de un zorro sobre su blusa de piel, había un jefe entre los de su grupo que portaba la imagen del castor como su símbolo personal o «tótem». Habría sido una especie de profanación que este hombre no hubiese manifestado de algún modo su respeto hacia sus parientes animales al pasar por su territorio. De tal manera que se detuvo y les habló con palabras tan amables como las que habría dirigido a seres más racionales. Los llamó primos suyos, recordándoles que gracias a él estaban a salvo y protegidos, dado que muchos comerciantes de pieles habían ofrecido grandes recompensas a los indios para sacrificarles. Prometió continuar intercediendo en su favor y les recomendó que fuesen agradecidos. Después de esto, les habló de la expedición en la que estaba involucrado y, con suma delicadeza y respeto, les pidió que le dotaran de una porción de esa sabiduría que tanto les caracterizaban [28] .

Durante tan extraordinaria plática, los compañeros del que hablaba se mostraron en todo momento respetuosos con lo que decía, dando a entender que estaban completamente de acuerdo con su exposición. En una o dos ocasiones se vieron formas oscuras asomarse por encima del nivel del agua, lo cual agradó al hurón, ya que vio en ello que sus palabras no eran pronunciadas en vano. Justo cuando concluyó su discurso, un gran castor asomó la cabeza

por la entrada de una choza que los indios habían tomado por deshabitada. Esta señal de confianza fue interpretada por el orador como un buen augurio; y aunque el animal se retiró precipitadamente, recibió las gracias y la alabanza del indio.

Cuando Magua pensó que ya se había perdido bastante tiempo con el diálogo familiar mantenido por el guerrero, nuevamente dio la señal para seguir adelante. A medida que los indios se alejaban, sin producir el más mínimo ruido que fuese audible para un hombre blanco, el mismo castor de antes se asomó desde su lugar de cobertura. Si cualquiera de los hurones se hubiera dado la vuelta, habría visto cómo el animal les vigilaba con un interés y una sagacidad que bien podría haberse confundido con la racionalidad. Ciertamente, tan inteligentes y meditados eran los movimientos del cuadrúpedo que incluso el más avispado observador se habría visto perdido a la hora de dar una explicación que los justificase, hasta el momento en el que el grupo se adentró en el bosque; ya que entonces todo quedó claro al salir el cuerpo de Chingachgook de la choza, mostrando sus curtidas facciones tras despojarse de la máscara peluda que representaba al animal.

Capítulo XXVIII

Sea breve, se lo ruego; ya que, como verá, estoy muy ocupado.

Mucho ruido y pocas nueces.

La tribu, o mejor dicho la tribu a medias, que constituían los delaware, a quienes tanto hemos mencionado, y cuyo lugar de emplazamiento en aquel momento estaba tan cerca del campamento temporal de los hurones, tenía aproximadamente el mismo número de guerreros que estos últimos. Al igual que sus vecinos, habían seguido a Montcalm hasta las tierras de la corona inglesa y estaban haciendo fuertes y duraderas incursiones en las tierras de caza de los mohawks; aunque habían sabido mantenerse al margen, cuando así lo requería el momento, dada esa misteriosa cautela tan común entre los nativos. Los franceses habían comprendido en muchos aspectos esta inesperada pasividad por parte de sus aliados. De todos modos, la opinión más extendida era que se habían visto comprometidos por el antiguo tratado que les hacía depender de la seis naciones en lo que a protección militar se refería. Era este antiguo acuerdo lo que les hacía ser reticentes a la hora de volver a encontrarse con sus anteriores jefes. En cuanto a la tribu en sí, se había limitado a comunicarle a Montcalm, con la parquedad propia de los indios y por medio de los emisarios de éste, que sus hachas de guerra tenían los bordes romos y requerían tiempo para ser afiladas. El diplomático jefe del Canadá vio que era más conveniente mantener contento a un amigo pasivo que provocar un conflicto y tener que vérselas con un enemigo activo.

Durante la mañana en la que Magua llevó a su grupo desde el asentamiento de los castores hasta el bosque, como hemos venido relatando, el sol se levantó sobre el campamento de los delaware como si hubiese aparecido al mediodía, sorprendiéndolos de lleno en medio de sus quehaceres y faenas cotidianas. Las mujeres corrían de una choza a otra, algunas preparando el desayuno, otras

inclinadas en busca de la postura más cómoda para sus tareas —aunque también para intercambiar apresuradas frases con sus amigas—. Los guerreros estaban reunidos en grupos, adoptando una actitud más meditabunda que de conversación, por lo que eran escasas pero contundentes las pocas palabras que intercambiaban entre ellos; de ahí que hablaran a la manera de hombres que creían firmemente en lo que decían. Por todo el poblado podían verse instrumentos de caza desperdigados; pero nadie había salido aún. Algún que otro guerrero examinaba sus armas, pero con un interés mayor de lo normal, como si fueran a ser empleadas contra enemigos distintos a los animales habituales. De vez en cuando las miradas se volvían sobre una gran choza misteriosa, situada en el centro del poblado, como si los pensamientos de todos se centraran en lo que contenía.

Durante el transcurso de estos acontecimientos, apareció de súbito la figura de un hombre en el extremo más distante de una plataforma rocosa que se elevaba sobre el nivel del campamento. No portaba armas, y su pintura tendía a suavizar más que a reforzar la natural severidad de su rostro. Cuando los delaware le vieron, el hombre se detuvo e hizo un gesto amistoso al levantar su brazo al cielo y colocarlo con fuerza sobre su pecho. Los habitantes contestaron a su saludo con un leve murmullo de bienvenida y le indicaron que se acercara mediante otros indicios de agrado. Animado por tales manifestaciones, el oscuro personaje abandonó el cerro rocoso, sobre el que su figura destacaba fuertemente contra la claridad del cielo, y se dirigió con dignidad hasta el mismo centro del poblado. Mientras se aproximaba, no hizo más ruido que el que producían los ligeros ornamentos plateados que adornaban su cuello y brazos, además de los pequeños cascabeles que llevaba en sus mocasines de piel de gamo. Al pasar por su lado, hizo numerosos gestos de saludo cortés a los hombres, ignorando por completo a las mujeres, dando a entender que la presencia de ellas no tenía en aquellos momentos la menor trascendencia para el asunto que venía a tratar. Cuando llegó hasta el grupo de hombres por cuyo aspecto se sabía que estaba compuesto por los jefes principales, el desconocido hizo una pausa, pudiendo comprobar los delaware que la figura nerviosa y erguida que tenían delante era la del célebre jefe hurón, Le Renard Subtil.

Fue recibido con serenidad, a la vez que con un severo silencio. Los primeros guerreros le abrieron paso, dejándole llegar hasta el más afamado de los oradores de la tribu, el cual hablaba todas las lenguas utilizadas por los nativos del norte.

—Sea bienvenido el sabio hurón —le dijo el delaware en el idioma de los maquas—. Ha venido a compartir el «succotash [29] » con sus hermanos de los lagos.

—Ha venido —corroboró Magua, inclinando la cabeza con la dignidad de un príncipe oriental.

El jefe extendió su brazo y saludó al otro por medio de un apretón de muñecas. A continuación, el delaware hizo una señal para que su invitado entrara a su vivienda y compartiera con él su desayuno. La invitación fue aceptada y los dos guerreros, acompañados por tres o cuatro de los ancianos, se alejaron tranquilamente, dejando al resto de la tribu con la curiosidad de saber la razón de tan inesperada visita, aunque no produjeron gesto ni palabra que delatara tales inquietudes.

La conversación que tuvo lugar durante la austera comida fue también extremadamente escasa, centrándose en la cacería que había protagonizado Magua recientemente. Era muy difícil ver algo más en este acto de correspondencia amistosa que una mera visita de cortesía, pero todos los presentes eran conscientes de que había algún asunto confidencial de por medio, y que sólo les concernía a ellos. Cuando los apetitos fueron saciados, las mujeres retiraron los utensilios de comer y los dos protagonistas implicados se prepararon para lo que iba a ser una dura prueba para sus respectivos ingenios.

—¿Acaso la cara de mi gran padre del Canadá se ha vuelto de nuevo hacia sus hijos hurones? —preguntó el portavoz de los delaware.

—¿Es que alguna vez no ha sido así? —le respondió Magua—. A mi pueblo le llama «el más querido».

El delaware bajó la mirada con gesto decepcionado ante lo que él sabía que era falso y continuó diciendo:

—¡Los tomahawks de tus jóvenes guerreros se han vuelto muy rojos!

—Es verdad; pero ahora están limpios y romos, ya que los yengeese están muertos y los delaware son nuestros vecinos.

El otro aceptó este cumplido haciendo un gesto con la mano y permaneció en silencio. Entonces, como si la alusión a la matanza le recordara algo más, le preguntó:

—¿Acaso mi prisionera supone un problema para mis hermanos?

—Ella es bienvenida.

—El camino entre los hurones y los delaware es corto y está despejado; que sea enviada con las mujeres de mi tribu si le causa trastornos a mi hermano.

—Ella es bienvenida —le contestó el jefe de la otra nación, con más énfasis todavía.

Magua, perplejo, permaneció callado durante varios minutos, aunque aparentara indiferencia ante el fracaso de este primer intento de recobrar la custodia de Cora.

—¿Mis guerreros dejan suficiente espacio para que los delaware puedan cazar en los montes? —continuó tras este silencio.

—Los lenape son dueños de sus propias colinas —le contestó el otro con bastante contundencia.

—Me parece bien. ¡La justicia es lo que debe regir la vida de un piel roja! ¿Por qué habrían de afilar sus tomahawks y blandirlos entre sí los que son hermanos? ¿Acaso no están para eso los rostros pálidos?

—¡Bien dicho! —exclamaron dos o tres de los presentes.

Magua esperó un tiempo para dejar que sus palabras reblandecieran los sentimientos de los delaware, para luego añadir:

—¿Acaso no han pisado los bosques mocasines de procedencia extraña? ¿Acaso mis hermanos no han detectado la presencia de

hombres blancos?

—Que venga mi gran padre del Canadá —contestó el otro en actitud evasiva—; sus hijos están dispuestos a verle.

—Cuando venga el gran jefe será para fumar con los indios en sus tiendas. También los hurones le consideran bienvenido. Pero los yengeese tienen los brazos largos, y sus piernas nunca se cansan. ¡Mis guerreros han soñado que veían a los yengeese caminar cerca del campamento de los delaware!

—Los lenape no estarán durmiendo cuando vengan.

—Me parece bien. El guerrero cuyo ojo está abierto puede ver a su enemigo —dijo Magua, aparentando de nuevo tranquilidad ante la actitud precavida de su interlocutor—. Le he traído regalos a mi hermano. Su nación no siguió el camino de la guerra porque no consideró que estuviese bien, pero sus amigos le han recordado.

Tras el anuncio de tan magna intención, el avispado jefe se levantó y esparció con gran ceremonia sus obsequios ante los impresionados ojos de sus anfitriones. Consistían principalmente en baratijas de poco valor, despojadas de los cuerpos de las mujeres asesinadas en William Henry. A la hora de repartir los objetos, el astuto hurón también hizo uso de su capacidad para halagar. A la vez que entregó los de mayor valor a los dos guerreros más distinguidos, uno de los cuales era su interlocutor, les brindó a los inferiores en rango los ornamentos restantes acompañados de los más apropiados cumplidos para que no se quejaran de las diferencias. En resumen, todo el procedimiento mezcló el valor material con la zalamería de una manera tan homogénea que el resultado tuvo efectos inmediatos. Todos los obsequiados alabaron su generosidad por igual.

Esta bien pensada estrategia política por parte de Magua tuvo además otros efectos. Los delaware adoptaron una actitud mucho más distendida, menos rígida; incluso el anfitrión principal, tras contemplar su ganancia con agrado y satisfacción, repitió las mismas palabras del principio del encuentro, pero con mayor énfasis:

—¡Mi hermano es un jefe sabio. Sea bienvenido!

—Los hurones aprecian a sus amigos los delaware —le contestó Magua—. ¿Por qué no habría de ser así? Sus pieles son curtidas por el mismo sol, y los hombres justos de ambas tribus cazarán en el mismo territorio después de la muerte. Los pieles rojas deben ser amigos y estar al acecho con respecto al hombre blanco. ¿No ha detectado mi hermano ningún espía en los bosques?

El delaware, cuyo nombre significaba «Corazón duro», un apodo traducido como «Le Coeur-dur» por los franceses, se olvidó de esa característica suya que le hizo merecer tal apelativo. Su rostro se volvió menos severo y se dispuso a contestar con mayor sinceridad en esta ocasión.

—Han aparecido huellas de mocasines extraños en mi poblado. Llegan incluso hasta las mismas viviendas.

—¿No atrapó mi hermano a esos perros? —preguntó Magua, procurando no despertar sospechas en el ánimo del jefe con su interés.

—No puede ser de esa manera. El extraño siempre será bienvenido para los hijos de los lenape.

—¡El extraño sí, pero no el espía!

—¿Acaso los yengeese mandarían mujeres a espiar? ¿No dijo el jefe hurón que se hizo con mujeres durante la batalla?

—Y no dijo mentira alguna. Los yengeese han enviado sus exploradores. Han estado entre mis chozas, pero nadie les dio la bienvenida allí. Luego huyeron al encuentro con los delaware, ya que, según dicen ellos, los delaware son sus amigos, ¡porque han abandonado a su padre del Canadá!

Esta insinuación caló hondo en los ánimos de quienes lo oyeron, tanto que, en una sociedad más avanzada, se hubiera dicho de Magua que gozaba de grandes dotes para la política. La reciente actitud por parte de los delaware, desentendiéndose de la lucha, les había hecho ganar mala fama entre sus aliados franceses; y ahora

esto les hacía objeto de la desconfianza y el rencor. No hacía falta una profunda meditación de los hechos para darse cuenta de que la situación podría perjudicarles de cara a sus intereses futuros. Sus desperdigados poblados, sus territorios de caza y cientos de sus mujeres e hijos, junto con gran parte de sus fuerzas guerreras, estaban de hecho dentro de los límites del dominio francés. Por todo ello, la manifestación hecha por Magua no sólo produjo en ellos un gran malestar, sino también una considerable dosis de alarma.

—Que mi gran padre me mire a la cara —dijo Le Coeur-dur—, no verá ningún cambio. Es verdad que mis guerreros no se fueron a la guerra; tuvieron sueños que les indujeron a no hacerlo. Pero aman y veneran al gran jefe blanco.

—¿Pensará de ese modo el gran jefe blanco cuando sepa que su mayor enemigo recibe alimentos de las manos de sus hijos; cuando sepa que un sucio yengee fuma alrededor de tu fuego; que el rostro pálido que ha matado a tantos amigos suyos entra y sale del hogar de los delaware cuando le place? ¡A otro con esos cuentos; mi gran padre del Canadá no es tonto!

—¿Dónde está el yengee que temen los delaware? —le replicó el otro—. ¿Quién ha matado a tantos de los míos? ¿Quién es el enemigo mortal de mi gran padre?

—La Longue Carabine.

Los guerreros delaware se estremecieron ante la mención de tan conocido apodo, dando a entender por su asombro que no sabían, hasta ahora, que alguien tan famoso para los aliados indios de Francia se encontraba entre ellos.

—¿Qué quiere decir mi hermano? —exigió saber Le Coeur-dur—, con un tono de voz tan sorprendido que se alejaba diametralmente de la actitud indiferente de los de su raza.

—Un hurón nunca miente —le contestó Magua con frialdad, apoyando su cabeza contra la pared de la vivienda mientras ajustaba su camisa con dignidad—. Que los delaware cuenten sus prisioneros; encontrarán a uno cuya piel ni es roja ni pálida.

A esto le siguió una pausa larga y meditabunda. El jefe consultó con sus compañeros y se enviaron mensajeros en busca de otros distinguidos hombres de la tribu.

A medida que iban apareciendo los guerreros, uno tras otro, se les fine informando de lo que Magua había dicho. Todos expresaron sorpresa a la vez que empleaban esa típica y profunda exclamación gutural india para ello. La noticia corrió de boca en boca hasta que el campamento entero se vio envuelto en un gran estado de agitación. Las mujeres dejaron sus labores para poder captar con mayor claridad lo que oían a los guerreros comentar entre sí. Los niños dejaron sus juegos y deambulaban sin miedo entre sus padres, ávidos de oír las exclamaciones de asombro que expresaban ante el atrevimiento de tan odiado enemigo. En resumen, toda tarea fue objeto de abandono en aquel momento, descartándose cualquier otra actividad, para que toda la tribu pudiera, en su particular modo de hacerlo, dar rienda suelta a sus sentimientos más inmediatos.

En cuanto se hubo disipado algo la conmoción inicial, los más ancianos se dispusieron a considerar seriamente cuáles serían las medidas más recomendables para preservar el honor y la seguridad de su tribu en unos momentos tan delicados y embarazosos. Durante estos acontecimientos, y en medio de tanta confusión, Magua no solamente se quedó sentado, sino que seguía con la misma actitud del principio, tranquilamente apoyado contra la pared de la choza. Allí permaneció tan impasible y tan aparentemente despreocupado como alguien que no tuviera el más mínimo interés en el resultado de todo ello. Sin embargo, ni un solo detalle de las intenciones de sus anfitriones le pasó desapercibido. Utilizando su profundo conocimiento de la naturaleza de las gentes con las que trataba, supo anticipar cada medida que iban a tomar; y hasta puede decirse que, en muchos casos, sabía qué cuestiones iban a decidir antes de que llegaran a plantearlas siquiera.

El consejo de los delaware duró poco. Cuando concluyó, el movimiento de la masa anunciaba que iba a tener lugar una solemne asamblea de la nación, con todas las formalidades de rigor. Dado que tales congregaciones no eran frecuentes, recurriéndose a ellas como última medida, el sutil hurón, sentado aparte y

limitándose a observar el procedimiento desde el anonimato, supo entonces que todos sus proyectos debían confluir en aquel acontecimiento. En consecuencia, dejó la choza, dirigiéndose lentamente hacia el lugar en el que ya comenzaban a reunirse los guerreros.

Debió de pasar una media hora antes de que cada individuo, incluyendo también a las mujeres y los niños, tomara su lugar. El retraso se debía a los estrictos preparativos que debían preceder a tan solemne agrupamiento. Pero cuando el sol comenzó a asomar por encima de la montaña a cuya sombra habían levantado los delaware su campamento, la mayoría estaban ya sentados. A medida que los rayos de luz atravesaban la franja de árboles que rodeaba el lugar, iluminaban una multitud de rostros que denotaban más seriedad, atención e interés de lo que probablemente jamás habían mostrado. Debían de ser más de cien almas las reunidas en aquel lugar.

En semejante conjunto de salvajes, todos ellos con tan severos ánimos, no suele encontrarse a ningún joven impaciente aspirando a promover discusiones precipitadas entre sus compañeros, con el fin de reforzar su propia reputación. Una acción tan imprudente acarrearía su impopularidad permanente en la comunidad. Sólo les correspondía a los más viejos y experimentados de los hombres el planteamiento del tema a tratar ante la tribu. Hasta que uno de estos no se pronunciara al respecto, ninguna hazaña militar, ninguna capacidad extraordinaria, ni tampoco ninguna habilidad para el discurso habría justificado la más mínima interrupción. En esta ocasión, el anciano guerrero que tenía el privilegio de hablar permanecía en silencio, presumiblemente abrumado por la importancia de la cuestión. La demora ya había superado el tiempo de la pausa que solía transcurrir para deliberar antes de comenzar las intervenciones; pero ni siquiera el más joven de los niños presentes mostró el más leve síntoma de impaciencia. De vez en cuando, alguna mirada se levantaba del suelo para dirigirse hacia una choza en particular que, sin ser distinta de las otras, sí parecía estar más preparada para soportar las inclemencias del tiempo.

Al poco rato, se oyó un leve murmullo entre la multitud y, acto seguido, toda la nación se puso en pie a la vez. En aquel instante, la

puerta de la choza mencionada se abrió, saliendo de su interior tres hombres que avanzaron lentamente hacia el lugar de reunión. Todos ellos eran ancianos, siendo incluso mayores que el más veterano de los allí presentes; pero el del centro, quien se apoyaba en los otros para avanzar, había llegado a una edad que muy pocos miembros de la raza humana suelen alcanzar. Su cuerpo, que en un tiempo había sido alto y recto como un cedro, ahora se encorvaba bajo el peso de más de un siglo de vida. Ese paso ágil y ligero tan propio de un indio ya había desaparecido, y en su lugar estaba el titánico esfuerzo de avanzar casi centímetro a centímetro para desplazarse. Su oscura y arrugada tez contrastaba vivamente con los largos cabellos blancos que le bailaban sobre los hombros, siendo éstos tan espesos que daban a entender que habrían transcurrido generaciones enteras desde la última vez que se los había cortado.

La vestimenta del patriarca —ya que, dada su considerable edad y la correspondiente influencia e importancia que tenía entre los de su pueblo, bien se le podría llamar así— estaba ricamente adornada, distinguiéndole de los demás, aunque siempre dentro de los austeros cánones de las prendas típicas de la tribu. Su camisola estaba hecha con las mejores pieles, cuyo pelaje había sido eliminado con el fin de representar, mediante jeroglíficos, las variadas hazañas militares en las que se había visto envuelto tiempo atrás. Una carga de medallas militares adornaba su pecho, algunas de plata maciza —incluso había una o dos de oro—, todas ellas obsequios que le habían sido ofrecidos a lo largo de su vida por parte de potentados cristianos. También lucía brazaletes y tobilleras del dorado metal. Su cabeza, que ya no se había afeitado desde que abandonara la actividad guerrera, estaba totalmente cubierta de pelo y rodeada por una especie de diadema plateada, en la cual se habían incrustado diversas piedras preciosas cuyo brillo se complementaba con los tonos satinados de tres plumas de avestruz; y a su vez éstas contrastaban, por su oscuro color, con los nevados cabellos a los que adornaban. Su tomahawk casi ni se podía ver por la cantidad de plata que lo cubría, y la empuñadura de su cuchillo brillaba como un cono de oro macizo.

En cuanto amainaron los primeros murmullos de gozo y emoción provocados por la súbita aparición de tan venerable personaje, el nombre de «Tamenund» circuló de boca en boca. Magua había oído

hablar a menudo de este justo y sabio delaware. Su reputación era tal que se le creía el poseedor de la capacidad de comunicarse directamente con el Gran Espíritu, lo cual hizo que su nombre se adoptara, con alguna alteración fónica, por parte de los blancos que usurparon el milenario territorio de los nativos, tomándolo como el de un santo [30] imaginario que intercedía por tan vasto imperio. El jefe hurón, por tanto, se alejó con gran interés de la multitud por ver más de cerca al hombre cuya decisión iba a incidir de un modo determinante en su propio futuro.

Los ojos del anciano estaban cerrados, como si estuviesen cansados de haber sido tantas veces testigos del egoísmo de las pasiones humanas. El color de su piel era diferente a la mayoría de aquéllos que le rodeaban, siendo más oscura y curtida, contribuyendo a ello una serie de delicadas y sinuosas líneas que trazaban elaboradas y vistosas figuras sobre su persona, hechas mediante el arte del tatuaje. A pesar de estar tan adelantado el hurón, pasó por delante de éste sin reparar en él y siguió adelante con la ayuda de sus dos venerables asistentes. Llegó al centro de la multitud y tomó asiento, mostrando la dignidad de un monarca, a la vez que la familiaridad de un padre.

Nada podía superar la reverencia y el afecto que se le brindó a este inesperado visitante, el cual parecía pertenecer más a otro mundo que a éste. Tras una conveniente y respetuosa pausa, los principales jefes se pusieron en pie y se acercaron al patriarca, cogiéndole las manos y colocándoselas cada uno sobre sus cabezas, como si aspirasen a su bendición. Los más jóvenes se contentaron con tocar su camisola, o tan sólo acercarse a su persona para respirar el aroma de alguien tan veterano, justo y valiente. Con todo, solamente los más distinguidos de los jóvenes guerreros se atrevieron a tomarse tales licencias. La gran mayoría de los presentes se consideraban suficientemente afortunados por el mero hecho de poder contemplar un ser tan venerado y querido. Una vez concluidos estos actos de respetuoso afecto, los jefes se retiraron a sus puestos, reinando de nuevo el silencio en todo el campamento.

Tras una breve pausa, algunos de los hombres más jóvenes, a quienes se les había dado instrucciones por parte de uno de los ancianos ayudantes de Tamenund, se levantaron y salieron de la

multitud para entrar en la choza que tanta expectación había levantado aquella mañana. Tras pocos minutos volvieron a aparecer, escoltando a los individuos que habían sido la causa de todos estos solemnes preparativos hacia el lugar de enjuiciamiento. La multitud les abrió paso ampliamente, y en cuanto el grupo se hubo introducido en su seno, volvió a cerrarse en forma de un gran círculo abierto, constituido por una densa barrera de cuerpos humanos.

Capítulo XXIX

La asamblea constituida, levantándose por encima de los demás Se dirigió de este modo Aquiles al rey de los hombres.

Pope, La Ilíada.

Cora era la más adelantada de los cautivos, a la vez que abrazaba a Alice con la mayor ternura que podía proceder de una hermana. A pesar del siniestro y amenazante elenco de salvajes que tenía a su alrededor, el miedo no le impedía a tan noble dama estar siempre pendiente de la pálida y aterrorizada Alice. Muy cerca de ellas estaba Heyward, tan preocupado por la seguridad de ambas que, dada la incertidumbre del momento, no era capaz de sentir más inquietud por la suerte de una que de la otra, a pesar del especial amor que sentía por una sola de las muchachas. Ojo de halcón estaba más hacia atrás, recordando que sus acompañantes eran de un rango superior al suyo, a pesar de las circunstancias. Uncas no estaba allí.

De nuevo se restableció el silencio total, y tras la acostumbrada pausa, uno de los jefes ancianos que se sentaba junto al patriarca se levantó y preguntó en voz alta, utilizando un inglés muy claro:

—¿Cuál de mis prisioneros es La Longue Carabine?

Ni Duncan ni el explorador dieron respuesta. El primero de ellos, no obstante, miró a toda la asamblea, que se mostraba callada y seria, dando un paso atrás cuando vio el maligno semblante de Magua. Inmediatamente se dio cuenta de que el astuto salvaje tenía algo que ver con la presentación a la que estaban siendo sometidos ante la asamblea, disponiéndose a hacer todo lo posible para que no se cumplieran los oscuros objetivos que perseguía. Ya había sido testigo de la pena capital impuesta por los rodios, temiendo ahora que su compañero pudiera ser víctima del mismo procedimiento. Ante este dilema y sin tiempo para reflexionar, decidió encubrir a

su valeroso amigo, poniendo en peligro su propia vida. Sin embargo, antes de que pudiera hablar, la pregunta se repitió en un tono todavía más alto y más claro.

—¡Dadnos armas! —respondió el joven soldado, desafiante—. ¡Dejadnos en el bosque y nuestra destreza hablará por nosotros!

—¡He aquí al guerrero cuyo nombre no hemos dejado de oír! —contestó el jefe, mirándole a Heyward con ese interés tan propio de quien ve por primera vez a alguien cuya notoriedad, bien por méritos, virtudes, fechorías o sencillamente por haberle sonreído la suerte, alcanza las cotas más asombrosas—. ¿Qué busca el hombre blanco en el campamento de los delaware?

Cubrir mis necesidades. Busco comida, refugio y amistad.

—No puede ser. Los bosques están llenos de caza. Un guerrero no necesita más techo que un cielo sin nubes; y los delaware son enemigos, no amigos, de los yengeese. Nada; la boca ha hablado, pero el corazón se quedó mudo.

Duncan, sin saber de qué modo debía proceder, permaneció callado; pero el explorador, habiendo escuchado cuidadosamente todo lo dicho, dio un paso decidido al frente.

—La razón por la que no respondí a la llamada de La Longue Carabine no fue por miedo ni vergüenza —dijo—, ya que ni lo uno ni lo otro es propio en un hombre honrado. Pero sí rechazo la iniciativa de los mingos de dar un apodo a aquel cuyos amigos le conocen bien en cuanto a sus armas, dado que tal apelativo es una mentira. El «mata-ciervos» tiene el cañón rayado y no liso; por lo tanto, no es una carabina. No obstante, yo soy el hombre que fine bautizado con el nombre de Nathaniel por su familia; llamado Ojo de halcón por los delaware que viven junto al río que les da nombre; y que presuntamente fue nombrado «Fusil Largo» por los iroqueses, aunque no tenían derecho alguno a ello.

Los ojos de todos los presentes, que se habían clavado antes en la persona de Duncan, ahora se fijaron rápidamente en la corpulenta y erguida figura de este nuevo pretendiente al referido nombre. No resultaba extraño que hubiese más de uno que declarase ser el que

ostentaba tan distinguido honor, ya que los impostores, aunque no abundaban, tampoco resultaban extraños entre los nativos. De todos modos, era imprescindible que no se produjeran errores al respecto por el bien de las nobles y justas intenciones de los delaware. Algunos de los más ancianos consultaron entre sí sobre la cuestión y llegaron a la determinación de interrogar a su visitante acerca del asunto.

—Mi hermano ha dicho que una serpiente entró en mi campamento —le dijo el jefe a Magua—. ¿Cuál de ellos es?

El hurón señaló al explorador.

—¿Acaso un sabio delaware se creerá el aullido de un lobo? —exclamó Duncan, convencido ahora de las malvadas intenciones de su ya veterano enemigo—. Un perro nunca miente, ¿pero desde cuándo dice verdades un lobo?

Los ojos de Magua se encendieron furibundos, pero al recordar de repente que era necesario conservar la cabeza fría, se volvió con actitud desdeñosa y distante, seguro de que la sagacidad de los indios no fallaría a la hora de detectar la verdad. Tenía razón en esto, ya que, tras otra breve consulta, el cauteloso delaware se le dirigió de nuevo para expresarle la decisión de los jefes, aunque hablando con un tono sumamente respetuoso.

—A mi hermano le han llamado mentiroso —dijo—, y sus amigos están enojados. Ellos demostrarán que ha dicho la verdad. Que den armas a los prisioneros y ellos mismos probarán quién es el hombre.

Magua simuló respetar la decisión, que bien sabía que partía de una cierta desconfianza hacia él. Dio a entender que la medida le complacía mediante un gesto de asentimiento, confiando en que la buena puntería del explorador le daría la razón. Al instante se les dieron armas a los dos amigos oponentes, y se les ordenó hacer fuego por encima de las cabezas de la multitud sentada, con el fin de darle a una vasija de arcilla colocada encima del tronco de un árbol cortado, a unos cincuenta metros de distancia.

Heyward sonrió al verse compitiendo con el explorador, aunque estaba dispuesto a seguir con la mascarada hasta saber qué era lo

que se traía Magua entre manos.

Levantando su fusil con el máximo cuidado, y tras asegurar su puntería tres veces, disparó. La bala cortó la madera a escasos centímetros de la vasija y una exclamación generalizada, llena de admiración, confirmó la óptima calidad del disparo. Hasta el mismo Ojo de halcón movió la cabeza en señal de aprobación, como si reconociera que había sido mejor de lo que esperaba. Pero en vez de mostrar intenciones de competir con tan buen tirador, se quedó apoyado sobre el fusil durante más de un minuto, en actitud meditabunda. Sus pensamientos fueron interrumpidos, no obstante, por uno de los indios jóvenes que les había facilitado las armas, quien le palpó el hombro y le preguntó en un inglés deficiente:

—¿Puede el rostro pálido superar eso?

—¡Sí, hurón! —exclamó el explorador, levantando el pequeño fusil con la mano derecha y agitándolo frente a Magua con tanta facilidad como si fuera una caña—. ¡Sí, hurón, podría derribarte de un golpe ahora mismo, y ningún poder terrenal lo evitaría! ¡El poderoso halcón no podría estar más seguro de su presa, la paloma, de lo que estoy yo en este momento con respecto a ti! ¿Por qué no lo hago? Pues ¡porque las particularidades de mi color así lo prohíben, y podría acarrear la desgracia para unos seres tiernos e inocentes! ¡Si reconoces a alguna entidad que se corresponda con Dios, dale las gracias para tus adentros, porque le debes mucho!

El semblante acalorado, la fulgurante mirada y la tensa musculatura del explorador provocaron una reacción de asombro reprimido entre todos los que le oyeron. Los delaware contuvieron la respiración por un instante; pero Magua, incluso en el momento de mayor tensión y duda de estas manifestaciones, permaneció quieto y tranquilo, rígido como una estatua en su lugar entre la multitud.

—Supéralo —repitió el joven delaware al lado del explorador.

—Superar ¿qué, tonto, qué? —gritó Ojo de halcón, todavía sosteniendo el arma sobre su cabeza con enojo, aunque su mirada ya no la tenía puesta en Magua.

—Si el hombre blanco es quien dice ser —dijo el anciano jefe—,

que acierte más cerca del objetivo.

El explorador soltó una carcajada, algo que le pareció casi antinatural a Heyward, y acto seguido dejó caer pesadamente el arma sobre su mano izquierda, descargándose ésta de golpe, casi como si fuera por accidente. La vasija estalló y sus fragmentos fueron esparcidos por todas las direcciones. Prácticamente al unísono se oyó caer el fusil contra el suelo, desechado con desprecio.

La primera impresión que tan extraña escena causó fue la de un estupor generalizado. Luego un creciente murmullo se extendió por la multitud, resultando finalmente en una disparidad de opiniones acerca de lo ocurrido. Mientras algunos espectadores manifestaron su admiración por la hazaña, una gran parte de la tribu la achacó a la casualidad. Heyward no se quedó atrás a la hora de secundar tal opinión, ya que le ayudaba a seguir adelante con sus pretensiones.

—¡Fue obra del azar! —exclamó—. ¡Nadie puede acertar sin apuntar primero!

—¡El azar! —repitió el explorador, exaltado, quien se empeñaba tercamente en demostrar su identidad a toda costa, haciendo caso omiso a las señales encubiertas que Heyward le hacía para seguir con el juego que se proponía—. ¿Acaso ese mentiroso hurón también cree que se debe al azar? ¡Que le den otra arma y nos dejen enfrentamos cara a cara, sin parapetos ni defensas, y que la Divina Providencia en combinación con nuestras respectivas vistas decidan el asunto! No le desafío a usted, comandante, ya que somos del mismo color de piel, y ambos servimos a un mismo jefe.

—Que el hurón es un mentiroso es bien evidente —matizó Heyward con frialdad—; ya ha oído cómo le llamaba a usted La Longue Carabine.

Sería imposible predecir con qué exabrupto habría replicado Ojo de halcón, dado su incansable empeño por reivindicar su nombre, si no fuera por el nuevo inciso del anciano delaware.

—El halcón que procede de las nubes puede regresar cuando lo desee —dijo—; que se les entreguen armas de nuevo.

En esta ocasión el explorador recogió el fusil con entusiasmo; y Magua no tuvo que preocuparse ya más, aunque no apartó su recelosa vista de los movimientos del tirador.

—Que sea demostrado, ante esta tribu, quién es el mejor de los dos —gritó el explorador, golpeando la culata de su arma con el fatídico dedo que tantas veces había apretado un gatillo—. ¿Ve usted la taza que cuelga de aquel árbol, comandante? Si es usted un tirador tan bueno como lo requiere el territorio fronterizo, ¡déjeme ver cómo la rompe!

Duncan vio el objeto indicado y se dispuso a revalidar la prueba. Se trataba de uno de los muchos utensilios utilizados por los indios, y que pendía de la rama seca de un diminuto pino mediante una tira de gamuza, a una distancia mínima de cien metros. El amor propio del individuo funciona a veces de un modo tan extraño que el joven soldado, aun a sabiendas de lo que pretendían los salvajes, olvidó momentáneamente el verdadero propósito de la contienda y sintió un irreprimible deseo de demostrar su valía. Ya se había visto que su destreza no era en absoluto desdeñable, y ahora se esforzaba en alcanzar sus máximas posibilidades. Si su vida hubiese dependido del asunto, la puntería de Duncan no habría sido más cuidadosa ni más prudente. Disparó, y tres o cuatro indios jóvenes corrieron al lugar para dar cuenta, por medio de un grito, de que la bala se había incrustado en el árbol, justo al lado del objeto al que se quería dar. Los guerreros hicieron ver su satisfacción abiertamente, para luego volver sus ojos hacia las maniobras del rival.

—¡No está mal para las Reales Fuerzas Americanas! —dijo Ojo de halcón, con ese tono jocoso que tanto le caracterizaba—; pero si mi arma se desviara tanto, muchas de las martas que ahora son guantes de señora aún seguirían correteando por el bosque, junto con más de un mingo ya fenecido, que aún estarían haciendo de las suyas en los límites de las provincias. ¡Espero que la mujer india a la que pertenece la taza tenga más en su choza, ya que ésta no volverá a contener agua nunca más!

El explorador había estado comprobando su arma y la amartilló mientras hablaba; y dando un paso hacia atrás, levantó el cañón con un movimiento firme y regular, sin variación hacia los lados. Cuando ya estaba perfectamente nivelada, pareció que el hombre y

el fusil formaban una sola entidad, como si se tratara de una estatua. Durante ese breve momento emanaron de la boca del arma sus contenidos, envueltos en un inmenso y cegador fogonazo. De nuevo se aproximaron los indios jóvenes; pero sus decepcionados semblantes daban a entender que no había rastro alguno de la bala.

—Se acabó —le dijo el viejo jefe al explorador, con tono de claro desprecio—; eres un lobo disfrazado de perro. Ahora sólo hablaré con el «Fusil Largo» de los yengeese.

—Ah, si tuviera ese arma de la que hablas en mis manos, ¡sena capaz de cortar la tira de gamuza de un disparo, y sin que se rompa la taza al caer! —le contestó Ojo de halcón, sin dejarse medrar por la actitud del otro—. ¡Idiotas! Si queréis encontrar la bala de un buen tirador, ¡debéis mirar en el blanco, y no a su alrededor!

Los jóvenes indios enseguida comprendieron lo dicho, ya que en esta ocasión lo dijo en lengua delaware, y arrancaron la taza del árbol para levantarla al sol. Gritaron exultantes al comprobar que había un orificio en el fondo de la misma, el cual se había producido al pasar el proyectil por la estrecha abertura superior del cuenco. Ante tan inesperado suceso, todos los guerreros presentes mostraron fervorosamente su regocijo. El asunto estaba zanjado, confirmándose además la temida reputación de Ojo de halcón. Las miradas llenas de admiración de las que fue objeto Heyward ahora pasaron al rostro curtido del explorador, convirtiéndose éste en el inmediato objeto de la atención de esos seres tan simples y primitivos que le rodeaban. Cuando la repentina y ruidosa conmoción se hubo mitigado en cierto grado, el anciano jefe reanudó su procedimiento.

—¿Por qué quisiste engañarme? —le dijo a Duncan—. ¿Es que los delaware son tontos, y no pueden distinguir un gato de una pantera?

—Todavía van a confundir el hurón con un pájaro cantor —le respondió Duncan, intentando adoptar el lenguaje metafórico de los nativos.

—Está bien. Veremos quién puede cerrar los oídos de los hombres. Hermano —añadió el jefe, dirigiéndose a Magua—, los delaware

escuchan.

Tras ser de este modo citado a declarar sobre sus objetivos, el hurón se levantó y, acercándose con la mayor disposición y dignidad al mismo centro de la asamblea, en donde se encontró cara a cara con los cautivos, se preparó para hablar. No obstante, antes de abrir la boca, se permitió observar toda la hilera de rostros sinceros que le circundaba, como si quisiese adaptar su tono a las características de su público. A Ojo de halcón le dedicó una mirada de respetuosa hostilidad; a Duncan, una de perpetuo odio; a la frágil Alice apenas le dio aprecio; pero cuando se enfrentó a la gallarda y valiente belleza de Cora, su mirada vaciló y mantuvo una expresión que sería difícil de concretar. Luego, llevado por sus oscuras intenciones, habló en la lengua de los del Canadá, la cual sabía que era dominada por la mayoría de los presentes.

—El Espíritu que creó a los hombres les hizo de distintos colores —comenzó a decir el avispado hurón—. Algunos son más negros que el torpe oso. Éstos quiso que fueran esclavos, y los hizo trabajar siempre, como el castor. Les podéis oír gemir cuando sopla el viento del sur, se les oye más que a los bisontes, por toda la orilla del gran lago salado, cuando los transportan en las grandes canoas. A otros los creó con rostros más pálidos que el armiño del bosque, y éstos quiso que fueran comerciantes; es decir, perros para sus mujeres y lobos con sus esclavos. Les dio a estas gentes las características de la paloma, alas que no cansan, más retoños que hojas hay en los árboles, y un apetito insaciable. Les dio lenguas que imitan la falsa llamada del gato montés, corazones como el de la liebre, la astucia del cerdo, que no la del zorro, y brazos más largos que las patas del alce. Con su lengua el rostro pálido capta la atención de los indios, su corazón le dicta que pague a otros guerreros para que libre sus batallas, su astucia le permite acumular todos los bienes de la tierra, y sus brazos abarcan todo el territorio que va desde las orillas del agua salada hasta las islas de los grandes lagos. Su avaricia le enferma. Dios le ha dado de sobra, y aún así lo quiere todo. Así son los rostros pálidos.

—A algunos el Gran Espíritu los creó con la piel más brillante y rojiza que ese sol que vemos —continuó diciendo Magua, señalando histriónicamente hacia el referido astro, que en el cielo luchaba

para dejarse ver a través de la neblina del horizonte—, y éstos los hizo de acuerdo con su mentalidad. Les dio esta isla tal y como Él la creó, cubierta de árboles y llena de caza. El viento formó los descampados, el sol y la lluvia hicieron madurar sus frutos, y la nieve les recordó que debían dar gracias por todo ello. ¿Qué necesidad tenían de carreteras para desplazarse? ¡Podían ver a través de las colinas! Mientras los castores trabajaban, se quedaban a la sombra y miraban. Los vientos les refrescaban en el verano; en el invierno, las pieles de los animales les abrigaban. Si luchaban entre sí, era para demostrar su hombría. Eran valientes; eran justos; eran felices.

En ese punto hizo el orador una pausa, y de nuevo miró a su alrededor, para comprobar el efecto favorable de su discurso sobre los que le escuchaban. En todas partes se encontraba con caras que le miraban fijamente, y cabezas erguidas con los orificios nasales expandidos, como si cada uno de esos individuos se sintiera capaz y dispuesto a enmendar todos los males infringidos sobre su raza.

—Si el Gran Espíritu dio distintas lenguas a sus hijos de piel roja —continuó diciendo, con voz suave, melancólica y meditabunda— fue para que todos los animales les pudieran entender. A algunos los situó cerca de su primo el oso; otros cerca del sol poniente, camino de las felices tierras de caza; y otros en las tierras que rodean las grandes aguas dulces; pero a sus preferidos les dio las arenas del lago salado. ¿Conocen mis hermanos el nombre de ese pueblo tan afortunado?

—¡Fueron los lenape! —exclamaron a la vez unas veinte voces entusiastas.

—Fueron los lenni lenape —les contestó Magua, simulando un homenaje a la antigua grandeza de ese pueblo mediante una reverencia, bajando la cabeza—. ¡Fueron las tribus de los lenape! El sol se levantaba desde el agua salada y se ponía en el agua dulce dentro de su territorio. Pero ¿qué hago yo, un hurón de los bosques, contándole a un pueblo sus propias tradiciones? ¿Por qué he de recordarle sus penas; su antigua grandeza; sus hazañas; su gloria; su felicidad; sus pérdidas; sus derrotas; su miseria? ¿Acaso no hay uno entre ellos que lo ha visto todo y sabe que es verdad? He terminado. Mi boca se calla, ya que mi corazón me pesa. Ahora escucho.

En cuanto hubo cesado la voz del que hablaba, todos los ojos se dirigieron al unísono hacia el venerable Tamenund. Desde que se hubiera sentado hasta ese momento, los labios del patriarca habían permanecido cerrados, apenas dando señal de vida alguna. Dada su evidente condición de debilidad, permaneció sentado sin que pareciera importarle la presencia de los demás durante todo el proceso previo, en el que se había dilucidado la destreza del explorador. No obstante, ante la agradable y bien dosificada oratoria ofrecida por Magua, dejó entrever su estado consciente, e incluso se permitió levantar la cabeza en una o dos ocasiones, como si prestara mucha atención. Pero cuando el hábil hurón mencionó el nombre de su nación, los párpados del anciano se elevaron, y miró hacia la multitud con la expresión vacía e impasible que podría corresponderse con la de un espectro. A continuación hizo un esfuerzo para ponerse en pie, y con la ayuda de sus asistentes logró mantenerse con un mínimo de dignidad, a pesar de que su cuerpo temblaba.

—¿Quién ha nombrado a los hijos de los lenape? —dijo con voz profunda y gutural, asombrosamente audible gracias al silencio total que reinaba entre la multitud—. ¿Quién habla de cosas pasadas? ¿Acaso la larva no da lugar al gusano, y el gusano a la mariposa, para luego morir? ¿Qué razón hay para contarles a los delaware lo bueno del pasado? Es mejor dar las gracias a Manittou [31] por lo que aún permanece.

—Soy un wyandote —dijo Magua, acercándose más a la rústica tarima sobre la que estaba colocado el otro—, un amigo de Tamenund.

—¡Un amigo! —repitió el jefe, frunciendo el ceño y mostrando lo que en su edad de plenitud debió ser una terrible mirada llena de severidad—. ¿Acaso los mingos son los regidores de la tierra? ¿Qué le trae a un hurón hasta aquí?

—Justicia. Sus prisioneros están con sus hermanos y vuelve a por ellos.

Tamenund volvió la cabeza hacia uno de sus ayudantes y escuchó la breve explicación que éste le dio.

Luego miró al solicitante y le contempló durante un momento con gran atención.

Después de esto, dijo con voz débil y reticente:

—La justicia es la ley del Gran Manitto. Hijos míos, dad comida al forastero… Luego, hurón, coge lo tuyo y vete.

Tras pronunciar este solemne juicio, el patriarca se volvió a sentar y cerró los ojos de nuevo, como si le agradaran más las imágenes de sus muchos recuerdos que las del mundo visible de aquel momento. Contra semejante sentencia ningún delaware tenía la suficiente valía como para opinar, ni mucho menos protestar. Apenas se habían pronunciado las palabras cuando cuatro o cinco de los guerreros más jóvenes se pusieron detrás de Heyward y el explorador, atándoles los brazos rápida y fuertemente con tiras de cuero. El primero de ellos estaba demasiado preocupado por sus indefensas compañeras como para percatarse de las intenciones de los salvajes antes de que fueran llevadas a cabo. El segundo no opuso resistencia, ya que consideraba a los delaware, aunque hostiles, una raza de seres superiores. Sin embargo, su actitud tal vez no habría sido tan pasiva si hubiese comprendido la lengua en la que se había llevado a cabo el diálogo anterior.

Magua adoptó una expresión triunfante ante toda la asamblea antes de llevar a cabo su propósito. Consciente de que los hombres estaban neutralizados, volvió sus ojos hacia aquélla que más valoraba. Cora contestó a su mirada con otra tan tranquila y firme que el salvaje desistió en su empeño. Luego se acordó de su antigua estrategia y tomó a Alice de los brazos del guerrero que la sostenía. Tras indicarle a Heyward que le siguiera, hizo otra señal a la multitud para que le abrieran paso. Pero Cora, en lugar de obedecer el impulso que quería provocar el indio en ella, corrió a los pies del patriarca y le suplicó en voz alta:

—¡Justo y venerable delaware, a tu poder y sabiduría pedimos misericordia! Haz oídos sordos a las palabras de ese monstruo embustero y sin escrúpulos que desea envenenar tu juicio con mentiras para poder saciar su sed de sangre. Tú que has vivido tanto tiempo y que has visto la maldad del mundo, deberías saber cómo ahorrarle calamidades a los desdichados.

Los ojos del anciano se abrieron esforzadamente, y de nuevo miró hacia la multitud. A medida que las súplicas de la muchacha llenaban sus oídos, dirigió su mirada sobre su persona y permaneció así, contemplándola con serenidad. Cora se había puesto de rodillas y con las manos en actitud rogante, colocadas sobre su corazón. Su imagen era de una tierna belleza femenina, mirando hacia el desgastado, aunque majestuoso, rostro con una reverencia casi religiosa. Los rasgos de Tamenund cambiaron progresivamente, perdiendo su indiferencia y ganando un aspecto lleno de admiración, mientras se discernía una porción de aquella inteligencia que, un siglo antes, supo comunicar su ardor guerrero a los delaware. Levantándose sin ayuda alguna, y aparentemente sin esfuerzo, habló en una voz tan alta que sorprendió a los oyentes por su firmeza:

—¿Qué eres?

—Una mujer, una que pertenece a una raza odiada o, si prefieres, una yengee; pero nunca te he hecho ningún daño, ni podría dañar a los tuyos conscientemente. Tan sólo pido socorro.

—Decidme, hijos míos —prosiguió el patriarca con acritud, dirigiéndose a los que tenía a su alrededor, aunque su mirada la tenía fija sobre la arrodillada figura de Cora—. ¿Dónde han acampado los delaware?

—En las montañas de los iroqueses, más allá de las fuentes claras del Horicano.

—Han sido muchos los ardientes veranos que han pasado —continuó diciendo el jefe—, desde que bebí por última vez agua de mis propios ríos. Los hijos de Miquon [32] son los hombres blancos más justos; pero tenían mucha sed y se la quedaron toda para ellos. ¿Nos han seguido hasta aquí?

—No perseguimos a nadie, ni envidiamos nada —le contestó Cora —. Hemos sido traídos ante vosotros contra nuestra voluntad, como cautivos, y sólo pedimos permiso para marchamos en paz a nuestros hogares. ¿Acaso no eres tú Tamenund, el padre, el juez, si no el profeta, de este pueblo?

—Soy Tamenund de los muchos días.

—Hace ahora unos siete años que uno de los tuyos se encontraba a merced de un jefe blanco en las fronteras de esta provincia. Dijo ser de la estirpe del justo y bondadoso Tamenund. «Vete», le dijo el hombre blanco, «por la gracia de tu padre eres libre». ¿No te acuerdas del nombre de ese guerrero inglés?

—Recuerdo cuando yo era un niño sonriente —contestó el patriarca, haciendo uso de su extensa memoria—, y vi desde las arenas de la costa cómo una gran canoa, con alas más blancas que las de un cisne y más grandes que las de un águila, surgía del sol naciente…

—No, no; no me refiero a un tiempo tan lejano, sino a un favor concedido por un familiar mío a uno de los tuyos; algo que recordaría el más joven de tus guerreros.

—¿Sería cuando los yengeese y los holandeses lucharon por el dominio de las tierras de caza de los delaware? Entonces Tamenund era jefe, y por primera vez cambió el arco por la estaca de trueno de los rostros pálidos…

—Ni siquiera entonces —le interrumpió Cora—; eso fine hace mucho. Yo te hablo de algo que ocurrió ayer, como quien dice. Seguro, seguro que no lo has olvidado.

—Parece que fine ayer —prosiguió el anciano, con cierto patetismo melancólico—, que los hijos de los lenape eran los amos del mundo. Los peces del lago salado, las aves, los animales y los mengwe de los bosques los consideraban sagamores.

Cora agachó la cabeza, decepcionada, soportando por un instante el sentimiento de desesperación que la invadía. A continuación elevó su espléndido rostro, y mostrando toda la intensidad de su mirada siguió hablando, aunque con una voz tan debilitada como la del propio patriarca, abrumada por la congoja:

—Dime, ¿tiene hijos Tamenund?

El anciano la miró desde su elevada poltrona con una benigna

sonrisa en sus desgastados labios, para luego mirar a todos los miembros de la asamblea y decir:

—Todos los de la nación son hijos míos.

—No pido nada para mí. Al igual que tú y los tuyos, venerable jefe —continuó diciendo mientras se llevaba las manos al corazón e inclinaba la cabeza, de tal modo que sus mejillas sonrosadas quedaban ocultas por sus largos mechones de color azabache, los cuales se extendían sueltos sobre sus hombros—, la maldición de mis antepasados ha caído fuerte sobre su descendiente. Pero ahí tenéis a una criatura indefensa que hasta ahora no había sufrido las iras del cielo. Es la hija de un hombre muy mayor y enfermo, cuyos días se acercan a su final. Son muchos, muchísimos, los que la quieren y la necesitan; y ella es demasiado buena e inocente como para caer en las garras de ese indeseable.

—Sé bien que los rostros pálidos son una raza arrogante e insaciable. Sé que no sólo declaran la tierra como suya, sino que también defienden la idea de que el más malvado de los suyos es mejor que cualquier piel roja —el honrado y anciano jefe continuó hablando de este modo, sin reparar en el daño que le estaba haciendo a la suplicante muchacha, la cual posó su cabeza sobre el suelo, avergonzada por sus palabras—. Los perros y los cuervos de su tribu lanzarían ladridos y graznidos antes de tomar como mujer a una cuya piel no fuese del color de la nieve. Sería mejor que no fuesen tan altivos ante el Gran Manittou. Entraron por donde sale el sol, pero aún pueden desaparecer por donde se pone. A menudo he visto cómo la langosta se come las hojas de los árboles, pero cada primavera vuelven a brotar.

Así es —dijo Cora, volviendo a tomar aliento como si saliera de un trance hipnótico. Levantó la cara y echó su cabello hacia atrás; su mirada resplandeciente contrastaba con la extrema palidez de su rostro—; pero no nos corresponde a nosotros preguntar por qué. Aún queda un miembro de tu pueblo que no ha hablado ante ti; antes de que permitas al hurón marchar triunfante, escúchale.

Viendo que Tamenund buscaba al referido sujeto con la vista, uno de sus acompañantes le dijo:

—Se trata de una serpiente… Un piel roja al servicio de los yengeese. Le reservamos para ser torturado.

—Que venga ante mí —sentenció el jefe.

Acto seguido, Tamenund volvió a dejarse caer en su asiento mientras los jóvenes obedecían su mandato, prevaleciendo un silencio tan profundo que podía oírse el murmullo de las hojas en el bosque circundante, movidas por la suave brisa matutina.

Capítulo XXX

Si me lo deniegas, ¡maldita sea tu ley!

No valen nada los decretos de Venecia.

Espero justicia; contesta, ¿la tendré?

El mercader de Venecia.

El silencio permaneció inalterado durante muchos minutos de ansiedad. Entonces, la multitud se abrió y volvió a cerrarse, ya con Untas en su interior, ocupando el centro del círculo. Todas las miradas que habían estado pendientes del jefe se volvían ahora para admirar la perfecta constitución física del ágil y fuerte cautivo. Pero ni la presencia de los de su alrededor ni el modo en que le miraban perturbaron en lo más mínimo el confiado semblante del joven mohicano. Miró a su alrededor lleno de seguridad y templanza, brindando la misma tranquila expresión tanto a los jefes que le observaban con hostilidad como a los niños que le mostraban su curiosidad. Sin embargo, en cuanto sus ojos se cruzaron con la figura de Tamenund, se concentró únicamente en él, como si todo lo demás hubiera dejado de existir. Acto seguido, avanzó lenta y silenciosamente hacia donde estaba el jefe, y se colocó justo delante de la silla del mismo. Aquí permaneció sin que nadie se dirigiera a él, hasta que uno de los otros jefes avisó al patriarca de su presencia.

—¿En qué idioma desea el prisionero hablar con el Manittou? —preguntó el patriarca, sin abrir los ojos.

—Al igual que sus antepasados —respondió Untas—; en la lengua de los delaware.

Ante tan repentina e inesperada respuesta, un grito apagado, aunque feroz, recorrió la multitud; un ruido similar al rugido de un

león cuando le despiertan inoportunamente —por lo que podría tomarse como el presagio de su posterior furia—. El efecto fue igualmente contundente sobre el jefe, aunque éste lo demostró de un modo diferente. Se colocó una mano sobre los ojos, como si no quisiera presenciar tan vergonzoso espectáculo, mientras repetía las mismas palabras con su voz profunda y gutural:

—¡Un delaware! ¡He vivido lo suficiente como para ver a las tribus de los lenape huir de sus hogares y tener que refugiarse, divididas, en las colinas de los iroqueses! ¡He visto cómo las hachas de gentes extrañas segaron los bosques de los valles que habían sido perdonados por los vientos del cielo! He visto vivir en las casas de los hombres a las bestias que recorren las montañas y las aves que sobrevuelan los árboles; pero jamás me he encontrado a un delaware tan indeseable como para introducirse a escondidas, cual serpiente venenosa, en los campamentos de su nación.

—Los pájaros cantores han abierto sus picos —le contestó Untas, utilizando el suave tono musical de su voz—, y Tamenund les ha oído cantar.

El jefe mostró inquietud, mientras volvía su cabeza de lado, como si quisiera oír las huidizas notas de una melodía pasajera.

—¿Está Tamenund soñando? —exclamó—. ¿Qué voz es ésta? ¿Es que los inviernos han dado marcha atrás? ¿volverá el verano para los hijos de los lenape?

Un silencio respetuoso y solemne siguió a tan incoherentes exclamaciones emitidas por el profeta de los delaware. Sus súbditos ya habían supuesto que estaba teniendo lugar una de esas misteriosas conversaciones que frecuentemente sostenía con alguna inteligencia superior, por lo que aguardaban con asombro el resultado de la misma. No obstante, tras una prudente pausa, uno de los hombres ancianos se percató de que el jefe había perdido la noción del asunto que se estaba tratando y se atrevió a recordarle que tenía al prisionero delante de él.

—El falso delaware tiembla ante las palabras de Tamenund —dijo —. No es más que un perro que aúlla cuando los yengeese le hacen seguir un rastro.

—Y vosotros —contestó Uncas, mirando a su alrededor con severidad—, ¡sois perros que lloran cuando el francés os tira las sobras de su gamo!

Veinte cuchillos brillaron en el aire, mientras otros tantos guerreros se pusieron en pie ante tan hiriente y, quizá, merecido reproche; pero la señal de uno de los superiores evitó que aquéllos perdiesen el control de sus iras, restableciéndose una aparente calma. La tarea posiblemente habría sido más difícil si no fuera porque un movimiento por parte de Tamenund indicaba que iba a hablar de nuevo.

—¡Delaware! —continuó el patriarca—. Poco digno eres de tal nombre. Mi pueblo no ha visto un sol brillante desde hace muchos inviernos; y el guerrero que abandona a su tribu cuando ésta se encuentra en la oscuridad es dos veces traidor. La ley del Manittou es justa. Ha de ser así mientras corran los ríos y queden en pie las montañas, mientras la flor crece y desaparece de los árboles, ha de cumplirse siempre… Es vuestro, hijos míos; tratadle de acuerdo con la justicia.

Nadie se movió, ni siquiera para respirar, hasta que la última sílaba partió de los labios de Tamenund. A continuación surgió un grito de venganza colectivo, como si la nación clamara al unísono —sin duda un terrible augurio de sus crueles intenciones—. En medio de estos prolongados y salvajes alaridos, uno de los jefes proclamó en voz alta que el cautivo habría de ser sometido al horrible método de tortura mediante el fuego. El círculo se rompió y las exclamaciones de alegría se entremezclaron con los tumultuosos ruidos de los preparativos. Heyward luchaba como un endemoniado con los que le rodeaban; el preocupado semblante de Ojo de halcón comenzó a mirar de un lado a otro sin comprender lo que ocurría; y Cora volvió a postrarse a los pies del patriarca, suplicándole una vez más su misericordia.

A lo largo de tan críticos momentos, sólo Uncas supo conservar la sangre fría. Contempló los preparativos con serenidad, y cuando vinieron los verdugos a llevárselo, los recibió con actitud firme y resoluta. Uno de aquéllos, quizá el más fiero y salvaje del grupo, se agarró a la camisa de caza del joven guerrero y le despojó de la misma con un solo tirón. Acto seguido, dando un frenético grito de

satisfacción, se lanzó contra su víctima para llevarle hasta la estaca de la hoguera. Sin embargo, en ese momento en que menos se comportaba como un ser humano, las intenciones del salvaje se interrumpieron repentinamente, como si una fuerza sobrenatural hubiese intercedido a favor de Uncas. Los ojos del delaware parecían querer salirse de sus órbitas; quedó boquiabierto y con el cuerpo paralizado de asombro. Elevando su mano lentamente, señaló impresionado hacia el pecho del cautivo. Sus compañeros corrieron a ver lo que era, y todos juntos se maravillaron al comprobar la existencia sobre sus pectorales de un elaborado tatuaje, hecho con pigmento azul claro, que representaba una pequeña tortuga.

Durante un instante Uncas disfrutó de su triunfo, sonriendo confiadamente. A continuación, hizo que el grupo se apartara con un largo y decidido movimiento de su brazo. Avanzó entre la nación como si fuera un rey, y habló con un tono de voz que se oía por encima del murmullo de admiración que en aquel momento recorría la multitud.

—Hombres de los lenni lenape —dijo—. ¡Mi raza sostiene la tierra! ¡Vuestra insignificante tribu sólo ocupa un lugar sobre mi caparazón! ¿Qué fuego encendido por un delaware podría quemar al hijo de mis padres? —añadió mientras señalaba el sencillo blasón que llevaba en la piel—; ¡La sangre procedente de tal estirpe apagaría vuestras llamas! ¡Mi raza es la abuela de las naciones!

—¿Quién eres tú? —exigió saber Tamenund, levantándose ante las exclamaciones que estaba oyendo, sin haber comprendido el significado de las palabras del prisionero.

—Uncas, el hijo de Chingachgook —contestó el cautivo, con modestia, dando la espalda a la nación e inclinando respetuosamente la cabeza ante la categoría y la edad del que le había preguntado—; un hijo del gran Unamis [33] .

—¡La hora de Tamenund está cerca! —exclamó el patriarca—. ¡Al fin, el día sustituye a la noche! Doy gracias al Manittou porque uno está aquí para ocupar mi lugar en el fuego del consejo. ¡Uncas, el hijo de Uncas, ha sido encontrado! Que los ojos de un águila moribunda puedan contemplar el amanecer.

El joven se subió a la tarima con suavidad, pero a la vez con orgullo, desde donde se hizo visible para toda la agitada y asombrada multitud. Tamenund le acercó su brazo y le trajo hacia sí para observarlo de cerca, estudiando cada detalle de su rostro, todo ello con la mirada propia de uno que recuerda días pasados llenos de felicidad.

—¿Acaso ha vuelto a ser Tamenund un niño? —se preguntó en alto el sorprendido profeta—. ¿Acaso ha sido sólo un sueño que mi pueblo se desperdigaría como granos de arena al viento y los yengeese serían más abundantes que las hojas de los árboles? La flecha de Tamenund no supone una amenaza para la fauna, ya que su brazo está más reseco que la rama de un roble viejo; un caracol sería más rápido; y sin embargo delante de sí tiene a Uncas, igual que como era cuando ambos combatieron a los rostros pálidos… ¡Uncas, la pantera de su tribu, el hijo mayor de los lenape, el sagamore más sabio de los mohicanos! Decidme, miembros de los delaware, ¿es que Tamenund se ha quedado durmiendo durante cien inviernos?

El tranquilo y profundo silencio que se impuso tras estas palabras dio a entender con cuánta reverencia el pueblo acogió el mensaje del patriarca. Nadie osó contestarle, aunque todos se mantuvieron expectantes de lo que seguiría. No obstante, mientras le miraba con el afecto y la veneración propias de un niño, Uncas se creyó con todo derecho de darle respuesta, obrada cuenta de su propio rango.

—Cuatro guerreros de su raza han vivido y muerto —dijo—, desde que el amigo de Tamenund guiara a su pueblo en la guerra. La sangre de la tortuga ha corrido por las venas de muchos jefes, pero todos han regresado a la tierra de la cual provinieron, a excepción de Chingachgook y su hijo.

—Es verdad… Es verdad —respondió el jefe, mientras un recuerdo fugaz deshizo las placenteras fantasías que se había imaginado, volviéndole a la realidad de la verdadera historia de su nación—. Nuestros hombres sabios a menudo han dicho que dos guerreros de la raza «sin cambiar» se encontraban en las colinas de los yengeese; ¿por qué se han ausentado tanto tiempo de sus puestos en el consejo?

Ante estas palabras el joven elevó la cabeza, la cual había inclinado en reverencia hasta aquel momento, y hablando en voz alta para que le oyeran todos, se dispuso a hablar, como si quisiera dejar clara de una vez por todas cuál era la postura de su familia:

—En una ocasión dormimos donde podíamos oír la voz iracunda del lago salado. Entonces éramos los amos y sagamores de la tierra. Pero cuando se vieron rostros pálidos en cada arroyo, seguimos la ruta del ciervo hasta el río de nuestra nación. Los delaware se habían ido. Pocos eran los guerreros que aún paraban a beber en esas orillas tan queridas para ellos. Entonces dijeron mis padres: «Cazaremos aquí. Las aguas del río fluyen hasta el lago salado. Si nos movemos hacia el ocaso, encontraremos ríos que fluyen hasta los lagos de agua dulce. Allí moriría un mohicano, como lo harían los peces del mar si se encontrasen en las fuentes de agua clara. Cuando el Manittou lo disponga y diga «venid», seguiremos por el río hasta el mar y tomaremos de nuevo lo que es nuestro». Ésas son, miembros de los delaware, las creencias de los hijos de la tortuga. Nuestra vista está puesta en el sol que nace, no en el que se pone. Sabemos de dónde viene, pero no a dónde va. Eso es bastante.

Los hombres de los lenape escucharon sus palabras con el respeto propio que infundía la superstición, dejándose llevar por el profundo significado del lenguaje metafórico del joven sagamore. El mismo Uncas observó con mirada inteligente el efecto de su discurso, adoptando una actitud menos autoritaria a medida que percibía el agrado de su público. Luego, tras recorrer con sus ojos la silenciosa multitud congregada alrededor del trono de Tamenund, vio por primera vez a Ojo de halcón, sujeto por ligaduras. Avanzando con decisión desde donde se encontraba, se puso al lado de su amigo y cortó las tiras que le aprisionaban por medio de un violento corte de su cuchillo; y tras esto les indicó a las gentes que le abrieran camino. Los indios le obedecieron en silencio, y de nuevo formaron círculo a su alrededor, como lo hicieran antes de que compareciera ante ellos. Uncas llevó al explorador del brazo hasta la presencia del patriarca.

—Padre —le dijo—. He aquí este rostro pálido… Un hombre justo, y amigo de los delaware.

—¿Es uno de los hijos de Miquon?

—Ciertamente no; es un guerrero conocido de los yengeese, y temido por los maquas.

—¿Qué nombre le han valido sus hazañas?

—Nosotros le llamamos Ojo de halcón —contestó Uncas, utilizando la frase delaware—; ya que su vista nunca le falla. Los mingos le conocen mejor por las muertes que provoca entre sus guerreros; para ellos es «Fusil Largo».

—¡La Longue Carabine! —exclamó Tamenund, abriendo más los ojos para poder contemplar al explorador con mayor severidad—. Mi hijo hace mal en llamarle un amigo.

—Le llamo lo que ha demostrado ser —contestó el joven jefe con mucha tranquilidad, aunque con gran firmeza—. Si Uncas es bienvenido entre los delaware, lo mismo lo es Ojo de halcón entre sus amigos.

—El rostro pálido ha matado a jóvenes guerreros míos; su nombre es de notoriedad por el daño que ha infringido a los lenape.

—Si un mingo le ha dicho eso al oído del delaware, sólo demuestra que es un pájaro cantor —dijo el explorador, quien pensó que ya era hora de defenderse ante semejantes acusaciones, hablando en el idioma del hombre al que se dirigía, aunque modificando las metáforas indias de acuerdo con sus propias ideas—. No voy a negar que he matado maquas, ni siquiera lo haría ante una asamblea de esa tribu; pero, que yo sepa, jamás he levantado la mano contra un delaware, ya que va en contra de mis principios, siendo amigo de esa nación y todo lo relacionado con ella.

Una leve señal de aprobación se oyó entre los guerreros, quienes se miraban los unos a los otros con gestos de haberse dado cuenta de su error.

—¿Dónde está el hurón? —preguntó Tamenund con exigencia—. ¿Es que me ha tapado los oídos?

Magua, cuyos sentimientos ante el triunfo de Uncas pueden mejor imaginarse que describirse, contestó a la llamada poniéndose

delante del patriarca con firmeza.

—El justo Tamenund —le dijo—, no se quedará con lo que le ha prestado un hurón.

—Dime, hijo de mi hermano —preguntó el jefe, mientras evitaba el rostro oscuro de Le Subtil y se dirigía con más agrado hacia los rasgos más nobles de Uncas—. ¿El desconocido tiene algún derecho de conquista sobre ti?

—Ninguno. La pantera puede verse entre redes tejidas por mujeres, pero es fuerte y sabe cómo salir de las mismas.

—¿La Longue Carabine?

—Se ríe de los mingos. Ve, hurón, y pregúntale a las mujeres de tu tribu de qué color es un oso.

—¿El desconocido y la dama que llegaron a mi campamento juntos?

—Deben proseguir su camino sin ser molestados.

—¿Y la mujer que el hurón dejó con mis guerreros?

Uncas no dio respuesta.

—¿Y la mujer que el mingo ha traído a mi campamento? —repitió Tamenund con gravedad.

—Ella es mía —decía Magua, mientras agitaba su puño ante Uncas en señal de triunfo—; mohicano, sabes bien que ella es mía.

—Mi hijo se calla observó Tamenund, tratando de entender la actitud del joven mientras éste ocultaba la expresión de tristeza de su rostro.

—Es verdad —contestó en voz baja.

Tras una corta e inquietante pausa, durante la cual se percibía la reticencia con la que la multitud había acogido los derechos reclamados por el mingo, el patriarca se pronunció al respecto, ya que la decisión final recaía sobre su juicio personal:

—Hurón, vete.

—¿Con las manos vacías, honorable y justo Tamenund? —preguntó el astuto Magua—; ¿o llenas de la nobleza de los delaware? La casa de Le Renard Subtil está vacía. Reconócele lo suyo.

El anciano se quedó pensativo; luego, tras inclinar la cabeza hacia uno de sus venerables compañeros, preguntó:

—¿Oyen bien mis oídos?

—Es la verdad.

—¿Acaso este mingo es un jefe?

—El principal de su nación.

—Mujer, ¿qué más quieres? Un gran guerrero te toma por esposa. Ve con él; tu estirpe no finalizará contigo.

—¡Sería mil veces mejor que así fuera, antes de someterse a semejante degradación! —exclamó Cora, horrorizada.

—Hurón, los pensamientos de la muchacha están puestos en la casa de sus padres. Una esposa poco dispuesta trae la infelicidad al hogar.

—Ella habla como lo hacen los suyos —contestó Magua, mirándola con una especie de amargura irónica—. Proviene de una raza de comerciantes y estaría dispuesta a regatear por cualquier cosa. Que Tamenund reconozca mis derechos.

—Llévate los regalos que trajiste, junto con nuestra consideración.

—Me corresponde todo aquello que traje hasta aquí.

—Entonces llévate lo tuyo. El gran Manittou prohíbe que un delaware sea injusto.

Magua dio un paso hacia adelante y tomó con fuerza a su cautiva por el brazo, mientras los delaware permanecieron en sus puestos. Cora, por su parte, como si estuviese convencida de que era inútil

oponerse, se mostró resignada ante su destino y no se resistió.

—¡Alto, alto! —gritó Duncan, saltando hacia ellos—. ¡Hurón, ten piedad! Podrás cobrar un rescate por ella que te haría más rico de que lo pudieras imaginar.

—Magua es un piel roja; no desea las baratijas de los rostros pálidos.

—Oro, plata, pólvora, plomo, todo lo que requiere un guerrero te pertenecerá… Todo aquello que es propio del más grande de los jefes.

—¡Le Subtil es muy fuerte! —gritó Magua, agitando con violencia el brazo de Cora, el cual sostenía con su mano—. ¡Ya tiene su venganza!

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Heyward, golpeándose las manos con desesperación—. ¿Será posible esto? Apelo a ti, noble Tamenund, en busca de misericordia.

—El delaware ha dicho lo suyo —contestó el patriarca, cerrando los ojos y volviendo a hundirse en su silla, agotado por el esfuerzo de cuerpo y espíritu al que se había sometido—. Los hombres hablan sólo una vez.

—Que un jefe no pierda el tiempo en volverse atrás sobre lo que ha dicho es tan correcto como razonable —dijo Ojo de halcón, indicándole a Duncan que se callara—; pero también resulta prudente que todo guerrero se lo piense bien antes de matar a un prisionero con su tomahawk. Hurón, no te deseo ningún bien; ni puedo decir que ningún mingo haya recibido favor alguno de mi parte. Es justo reconocer que, si esta guerra no concluye pronto, muchos más de tus guerreros se cruzarán conmigo en el bosque. Decide, pues, si prefieres llevar a una prisionera a tu campamento, o una amenaza como yo; alguien que a tu nación le encantaría tener desarmado y en su poder.

—¿Dará el «Fusil Largo» su vida por la mujer? —preguntó Magua vacilante, ya habiéndose puesto en marcha con su víctima.

—No, no; eso no es lo que he dicho —contestó Ojo de halcón, poniéndose en guardia ante la avidez con la que Magua se interesó por la propuesta—. No sería propio que un guerrero en todo su apogeo vital se entregara a la muerte sin luchar, ni siquiera por la mejor mujer de la frontera. Te propongo que me retire ahora a mi refugio de invierno, con seis semanas de adelanto, a condición de que dejes libre a la dama.

Magua dijo que no con la cabeza, e instó a la multitud a que le abriera paso.

—Bien, pues —añadió el explorador, con el ánimo propio de un hombre indeciso—, añadiré al «mata-ciervos» como parte del trato. Tienes la palabra de un experto cazador; es una pieza sin igual en todo el territorio de las provincias.

Magua continuó sin interesarse, mientras se esforzaba por apartar a los congregados.

—Quizá —siguió el explorador, perdiendo su paciencia a medida que el otro mostraba más indiferencia—, si me comprometo a instruirles a los tuyos en el correcto manejo de las armas, podríamos llegar a un acuerdo.

Le Renard ordenó con enojo a los delaware que se apartaran, ya que éstos insistían en rodearle con la intención de que escuchara las amigables propuestas. Con su mirada, les amenazó con recurrir de nuevo al «profeta» de la tribu.

—Las órdenes deben cumplirse, tarde o temprano —continuó Ojo de halcón, volviendo su triste y apesadumbrado rostro hacia Uncas —. ¡El bribón sabe que tiene ventaja y mantendrá su postura! ¡Que Dios te bendiga, muchacho! Has encontrado amigos de tu estirpe natural, y espero que te sean tan leales como alguno que has tratado pero que no tenía sangre india. En cuanto a mí, tarde o temprano tenía que morir; y es una suerte que pocos tendrán que llorar mi ausencia. Al fin y al cabo, es muy probable que los indeseables se habrían ganado finalmente mi cabellera, de modo que un día o dos de diferencia no tiene importancia frente a la eternidad. ¡Que Dios te bendiga! —añadió el rudo hombre del bosque, apartando su cabeza a un lado y volviéndola de nuevo con

sinceridad hacia el joven—. Os aprecio tanto a ti como a tu padre, Uncas, a pesar de que no somos exactamente del mismo color, y de que nuestras habilidades sean diferentes. Dile al sagamore que nunca le perdí de vista ni en los momentos de mayor peligro; y en cuanto a ti, piensa en mí alguna vez cuando des con un rastro afortunado; y ten por seguro, muchacho, que aunque haya un paraíso o dos, tiene que haber un camino en el otro mundo en el que se vuelvan a encontrar los hombres honrados. Encontrarás el fusil en el lugar donde lo escondimos; tómalo y quédatelo en recuerdo mío; y por último, amigo, dado que tu naturaleza no te niega el uso de la venganza, utilízala en cierta medida contra los mingos; puede hacer que te sientas mejor ante mi pérdida, y te calmará el espíritu. Hurón, acepto tu sugerencia. Suelta a la mujer. Soy tu prisionero.

Generado, por tan magnánima oferta, un murmullo de aprobación, débil pero evidente, hizo eco entre la multitud; incluso el más fiero de los guerreros alababa la profunda hombría del sacrificio a realizar. Magua hizo una pausa, y se puede decir que se quedó dubitativo por un instante; y tras dedicarle una mirada a Cora que combinaba de un modo extraño la agresividad con la admiración, se decidió por fin a favor de su propósito inicial.

Mediante un gesto de desprecio, echando la cabeza hacia atrás, rechazó la oferta y dijo con voz firme y decidida:

—Le Renard Subtil es un gran jefe; sólo se decide una vez. Vámonos —añadió mientras agarraba a su cautiva por el hombro, obligándola a proseguir—. Un hurón no pierde el tiempo hablando; nos vamos.

La dama se echó atrás con airado temperamento femenino, a la vez que su mirada echaba fuego y sus facciones se enrojecían ante tan indignantes modos.

—Soy tu prisionera, y tendré que seguirte hasta la muerte si no me queda más remedio; pero la violencia es innecesaria —le dijo con frialdad. A continuación se dirigió a Ojo de halcón y añadió—. Generoso cazador, le doy las gracias de todo corazón. Su oferta ha sido en vano, mas tampoco la habría podido permitir; no obstante, aún puede hacer-me un favor más grande que el de su noble intención. ¡Mire esa pobre y asustada niña! No la abandone hasta

dejarla en algún lugar en el que habiten hombres civilizados. No le diré —continuó mientras le cogía fuertemente de la mano—, que su padre le recompensará, ya que los que son como usted están por encima de toda recompensa terrenal, pero sí que le dará las gracias y su bendición. Créame, la bendición de un hombre justo y anciano está bien vista a los ojos del Cielo. ¡Dios sabe cuánto quisiera oír una de ellas de su boca en este terrible momento! —su voz se ahogaba de emoción, y se quedó callada por un instante; luego se acercó a Duncan, quien sostenía a su desvanecida hermana. Continuó hablando, aunque utilizando un tono más suave, si bien se percibían en él los sentimientos propios de su género, los cuales mantenían una feroz lucha contra sus costumbres y las enseñanzas recibidas—. No es necesario decirte que cuides del tesoro que tienes. Tú la amas, Heyward; y eso perdonaría mil faltas en ella, si las tuviera. Es amable, gentil y tan bondadosa como puede permitirle su condición mortal. No sufre defecto físico ni mental; y ni el más orgulloso de los hombres podría rechazarla. Es bella, ¡oh, cuán bella es! —decía mientras pasaba su mano, también bella pero menos blanca, por la frente de porcelana de Alice, apartando con melancólica delicadeza los dorados cabellos que la cubrían—; ¡y su alma es tan limpia y pura como su piel! Podría incluso decir más, pero me ahorraré el sufrimiento, y a ti también te libraré del mismo… —su voz se hizo inaudible, mientras se inclinaba sobre su hermana. Tras darle un largo y cálido beso, se levantó; y con las facciones marcadas por el color de la muerte, aunque sin derramar una sola lágrima, se volvió hacia el salvaje y se dirigió a él con toda su dignidad—. Ahora, señor, si a usted le place, le seguiré.

—Sí, vete —dijo Duncan, dejando a Alice en brazos de una muchacha india—; vete, Magua, vete. Estos delaware tienen sus leyes y no pueden detenerte; pero yo… Yo no tengo tales limitaciones. Vete, monstruo maligno. ¿Por qué te quedas?

Sería difícil describir la expresión de Magua ante esta amenaza de seguir adelante. Hubo en un primer momento un gesto de júbilo, para luego tomarse en una mirada de frialdad calculadora.

—Los bosques están abiertos —se limitó a contestar—; el «Mano tendida» puede venir cuando quiera.

—¡Espere! —le gritó Ojo de halcón a Duncan, cogiéndole por el

brazo con fuerza, impidiendo que le siguiera—. No sabe usted lo tramposos que son estos indeseables. Le llevaría hasta una emboscada, y a una muerte segura.

—Hurón —intervino Uncas, quien, sometiéndose a las costumbres de su gente, se había limitado a escuchar y presenciar todo lo que acontecía—. Hurón, la justicia de los delaware proviene del Manittou. Mira hacia el sol. Ahora se encuentra en las ramas altas de la cicuta. Tu camino es corto y está abierto. Cuando el sol se eleve por encima de los árboles, habrá hombres siguiéndote el rastro.

—¡Oigo un cuervo! —exclamó Magua entre carcajadas—. Deja de molestarme —añadió mientras apartaba a la multitud, que ya había comenzado a dejarle paso—. ¿Dónde están las faldas de los delaware? Que envíen sus flechas y sus armas a los wyandotes; tendrán carne para comer y maíz para cultivar. Perros, conejos, ladrones… ¡escupo sobre vosotros!

Sus ofensas al partir fueron recibidas con un silencio profundo e hiriente; y habiendo pronunciado tales insultos, Magua se adentró sin oposición en el bosque, seguido por la sumisa prisionera y protegido por las inviolables leyes de la hospitalidad india.

Capítulo XXXI

FLUELLEN. —¡Acabad con el protocolo y los bagajes! Es totalmente contrario a la ley de las atinas: es una muestra de ingenuidad tan grande, os digo, como ninguna otra cosa vista en el mundo.

Enrique V.

Mientras el enemigo y su víctima continuaron a la vista, la multitud permaneció tan inmóvil como bajo el hechizo de alguna fuerza oculta aliada del hurón; pero en cuanto desaparecieron, fue presa de la rabia y la agitación. Uncas se quedó quieto y mantuvo su mirada fija en Cora hasta que los llamativos colores de su vestido se perdieron en el verdor del bosque. Acto seguido se movió silenciosamente a través de la multitud y se adentró en la vivienda de la cual había surgido anteriormente. Algunos de los guerreros más observadores vieron cómo los ojos del joven jefe brillaban con odio contenido al pasar por su lado, y le siguieron hasta el lugar que había escogido para meditar. Después de esto, tanto Tamenund como Alice fueron atendidos, y se les ordenó a las mujeres y los niños que se dispersaran. Durante la hora siguiente, el campamento era un hervidero de expectación e inquietud, cual nido de abejas a la espera de las órdenes de un líder para ponerse en marcha.

Al cabo de un rato, un joven guerrero salió de los aposentos de Uncas y se dirigió con paso firme hacia un pequeño pino que crecía entre las rocas; arrancó la corteza del mismo [34] y volvió a su lugar de origen sin mediar palabra. Pronto le sucedió otro joven, quien despojó al arbolillo de sus ramas, dejando sólo un tronco liso y abrasado». Un tercero pintó el poste a rayas con tinte rojizo. Todos estos indicios de inminente hostilidad fueron acogidos por los hombres que los observaron con apesadumbrado silencio. Por fin apareció el propio mohicano, desprovisto de todo su atuendo a excepción de su fajín y sus pantalones, habiendo ocultado la mitad de su cuerpo bajo una tenebrosa capa de pintura negra.

Uncas se movió con paso digno y ceremonioso hada el poste, al cual circundó de inmediato, dando una serie de pasos medidos como los de una danza ancestral. Al mismo tiempo, elevó su voz con el canto irregular y salvaje de una canción de guerra. Las notas musicales de la misma eran emisiones de voz extremas de los sentimientos humanos; en algunas ocasiones sonaban melancólicas y dolidas, rivalizando con el canto de las aves, y de repente cambiaban, tornándose repentinamente en sonidos que hacían temblar a los que escuchaban, dada su profunda y desgarrada energía. Las palabras eran escasas y se repetían continuamente, siendo una especie de invocación o himno dirigido a la Divinidad, seguido por una expresión de los deseos del guerrero, que finalizaba como había comenzado, reconociendo su dependencia del Gran Espíritu. Si se pudiese traducir el melodioso e intrínseco lenguaje en el que se expresaba, la oda comunicaría algo parecido a lo siguiente:

—¡Manittou! ¡Manittou! ¡Manittou!

Eres grande, eres bueno, eres sabio;

¡Manittou! ¡Manittou!

Eres justo.

En el cielo, en las nubes, ya veo

Muchas manchas —muchas oscuras, muchas rojas;

En el cielo, ya veo ¡Muchas nubes!

En el bosque en el aire, ya oigo

La llamada, el grito largo y el alarido; En el bosque, ya oigo ¡El grito desgarrado!

¡Manittou! ¡Manittou! ¡Manittou!

Yo soy débil tú eres fuerte; yo soy lento—

¡Manittou! ¡Manittou!

Dame tu ayuda.

Al final de lo que podría llamarse estrofa hacía una pausa, elevando una nota a una duración e intensidad mayores de lo habitual, para adecuarla al sentimiento que se pretendía expresar. El primer cierre fine solemne, con la intención de comunicar un sentimiento de veneración; el segundo fine descriptivo, con tintes de alarma; y el tercero dio lugar al conocido y terrorífico grito de guerra, el cual fue emitido por el joven guerrero como una combinación de todas las exclamaciones utilizadas en combate. El último estuvo, como el primero, lleno de humildad implorante. Tres veces repitió esta canción, y otras tantas circundó el poste mientras bailaba.

Al final de la primera vuelta, un severo y muy apreciado jefe de los lenape siguió su ejemplo, cantando sus propias palabras, entonadas de un modo muy parecido. Así, guerrero tras guerrero se unió a la danza, hasta que todos aquéllos de reconocida autoridad y experiencia tomaban parte en la misma. El espectáculo se convirtió en algo salvaje y terrorífico, mientras los rostros iracundos y amenazantes de los jefes comunicaban aún más fiereza debido a los esfuerzos con que emitían sus guturales vociferaciones. Justo entonces, Uncas clavó su tomahawk con fuerza en el poste, elevando la voz mediante un alarido que constituía su propio grito de guerra. Tal acción daba a entender que había asumido el mando de la pretendida expedición.

Fue una señal que despertó toda la pasión dormida de la nación. Unos cien jóvenes, que por su edad se habían abstenido, corrieron en masa hacia el poste, que representaba el emblema de su enemigo, y lo derribaron astilla tras astilla, hasta que sólo quedaron las raíces que sobresalían de la tierra. Durante ese tumultuoso momento, las acciones de guerra más despiadadas se llevaron a cabo, de forma simulada, sobre los fragmentos del árbol, con la misma violencia que se emplearía sobre las víctimas reales de tan crueles actos: despojando a algunos de sus cabelleras, haciendo a otros pedazos con las afiladas hachas, y aun haciendo a otros caer bajo las puñaladas de los mortíferos cuchillos. En resumen, las violentas manifestaciones de entusiasmo y deleite eran tan arrolladoras y evidentes que la referida expedición fue declarada como una guerra emprendida por la nación.

En cuanto Uncas asestó el golpe se salió del círculo y miró al sol, el

cual comenzaba a alcanzar el punto en el que la tregua con Magua llegaba a su fin. Este hecho fine anunciado al poco rato por medio de un significativo gesto y el correspondiente grito; y la multitud entera abandonó su mímica de guerra con alaridos de placer, para empezar enseguida con la práctica real de su propósito.

Todo el campamento cambió drásticamente. Aunque ya estaban armados y pintados los guerreros, todos quedaron repentinamente quietos e indiferentes. Por otra parte, las mujeres salieron de las chozas entonando cánticos de júbilo que se entremezclaban con otros de lamento; una combinación tan extraña que resultaba difícil decir cuál de las dos emociones preponderaba. Todas ellas, sin embargo, estaban ocupadas. Algunas portaban sus enseres más preciados, otras sus hijos, y algunas llevaban a sus seres queridos, ancianos o enfermos, con ellas. Así se dirigían hacia el bosque, que se extendía como una rica capa de esplendor verde contra la ladera de la montaña. También Tamenund se puso en marcha, con expresión tranquila, tras entrevistarse brevemente con Uncas, del cual se apartó el patriarca con la misma reticencia que mostraría cualquier padre ante la partida de un hijo recién llegado y que se había dado por perdido durante mucho tiempo. Mientras tanto, Duncan dejó a Alice en un lugar seguro y se fue en busca del explorador, también mostrando en su rostro un gran entusiasmo por comenzar la inminente contienda.

Pero Ojo de halcón estaba demasiado acostumbrado al canto de guerra y a los preparativos de los salvajes como para tener gran interés en toda la parafernalia anterior. Se limitó a fijarse en el número y la calidad de los guerreros que estaban dispuestos a seguirle a Uncas hasta la batalla. Pronto quedó satisfecho, pues como ya se ha podido comprobar, el carisma del joven jefe se hizo enseguida con todos los hombres de la nación capaces de luchar. Tras dirimirse esta cuestión de orden material, el explorador mandó a un chico indio a que fuera en busca del «mata-ciervos» y el fusil de Uncas, allí en el lugar en el cual los habían depositado antes de entrar en el campamento delaware. Ésta fue una medida con doble propósito: primero, así se aseguraban de que no cayeran las armas en manos enemigas si eran capturados, y en segundo lugar, les daba la oportunidad de aparecer ante el poblado más como víctimas que como hombres capacitados para defenderse y sobrevivir. Al hacer

que otro se encargara de recuperar su apreciado fusil, el explorador estaba haciendo alarde de su habitual cautela. Sabía que Magua no habría venido solo, y también sabía que estarían al acecho los espías hurones a lo largo de los bosques circundantes, vigilando los movimientos de sus nuevos enemigos. Por consiguiente, no habría sido conveniente que él mismo fuese en busca del arma; un guerrero tampoco habría sido lo más adecuado; pero un niño no sería considerado peligroso hasta no verle con el fusil en las manos. Cuando Heyward fue a su encuentro, el explorador estaba pacientemente esperando el resultado de la maniobra.

El chico, que estaba bien enseñado, aparte de ser bastante hábil, siguió adelante con su cometido, henchido del orgullo y la confianza inherentes a la juventud, moviéndose desde el claro hasta los árboles con descuidada soltura y entrando en la franja boscosa a poca distancia del punto en el que se encontraban las armas. No obstante, en cuanto se encontraba al amparo de la vegetación, su figura se movió con la rapidez de una serpiente en busca de su objetivo. Lo consiguió, y al momento siguiente apareció corriendo con la rapidez de un dardo, hasta el límite del poblado, con un arma en cada mano. Justo cuando estaba aproximándose a este punto, se oyó un disparo que confirmaba las sospechas del explorador. El chico lo contestó con un leve grito de desprecio; y una segunda bala se disparó desde un lugar distinto del bosque. Al momento siguiente, había superado la loma del borde del campamento y elevaba las armas en gesto de triunfo frente al famoso cazador, sintiéndose honrado de haber llevado a cabo tan glorioso servicio.

A pesar de la preocupación que había sentido por la suerte del mensajero, tomó el «mata-ciervos» con tal satisfacción que se olvidó momentáneamente de todo lo demás. Tras examinar la pieza con atención, abriendo y cerrando la carcasa unas diez o quince veces, y probando exhaustivamente otros elementos, como el percutor, se dirigió al chico y le preguntó con gran sinceridad si se había lastimado. El pequeño le miró con orgullo, pero sin dar respuesta.

—¡Ajá; ya veo, muchacho, que esos bribones te han rozado el brazo! —añadió el explorador, cogiéndole esa extremidad al callado sufridor, y observando la existencia de una herida limpia pero

profunda en ella—; pero estas cosas también traen suerte. ¡Lo vendaremos con una tira de tela decorada! Has comenzado a ser un guerrero muy pronto, mi pequeño valiente, y probablemente lucirás más cicatrices en honor a tus hazañas a lo largo de tu vida. Conozco muchos jóvenes guerreros que han arrancado cabelleras, pero que no pueden presumir de una señal como ésta. Ahora vete —le dijo tras colocarle el vendaje—; ¡Tú serás un jefe!

El chico se alejó, más orgulloso de su sangre derramada que cualquier soldado lo estaría de una condecoración, y volvió con los de su edad generando admiración y envidia entre ellos.

Pero en un momento de tanta trascendencia, este acto aislado no recibió la atención que habría despertado en otras circunstancias. No obstante, sirvió para que los delaware tomaran consciencia de las posiciones, así como las intenciones, de sus enemigos. En consecuencia, se formó un grupo de hombres, mejor preparados que el inexperto aunque valiente muchacho, para dispersar a los intrusos. El objetivo fue logrado, ya que la mayoría de los hurones se retiraron de sus posiciones al verse descubiertos. Los delaware avanzaron hasta una distancia prudencial con respecto al campamento, y se detuvieron a la espera de nuevas órdenes para evitar caer en una emboscada. Dado que tanto los integrantes de un grupo como del otro permanecieron ocultos, el bosque volvió a estar tan silencioso y pacífico como lo estaría cualquier otra mañana de mediados del verano.

Uncas, tranquilo pero expectante, reunió a sus jefes y repartió el mando. Presentó a Ojo de halcón como guerrero, ya que a menudo había demostrado su valía y lealtad. Cuando vio que su amigo fine bien recibido, le confirió el liderazgo de un grupo de veinte hombres, los cuales eran también activos, hábiles y tenaces como él. Les explicó a los delaware el rango que tenía Heyward entre los yengeese, por lo que le dotó también de la misma autoridad ahora. Sin embargo, Duncan declinó la oferta a cambio de poder servir como voluntario al lado del explorador. Tras esto, el joven mohicano nombró a varios nativos como responsables de distintos mandos y dio la orden para ponerse en marcha, ya que el tiempo apremiaba. Más de doscientos hombres le siguieron, muy dispuestos aunque totalmente en silencio.

Entraron al bosque sin encontrar resistencia alguna; y sin toparse con ningún ser vivo que les alarmara o informara hasta que dieron con los suyos que ya se habían adelantado antes. En este punto se dio el alto para que se reunieran los jefes y celebrasen un «consejo susurrante».

Durante esta conferencia se discutieron diversos planes operativos, aunque ninguno acababa de satisfacer al ardoroso caudillo que les mandaba. Si se hubiese dejado llevar por sus impulsos, Uncas habría hecho que todos le siguieran y entrasen inmediatamente a la carga contra el enemigo, confiando en la sorpresa y la suerte; pero tal procedimiento habría sido contrario a todas las enseñanzas y buenos consejos de los hombres de su tribu. Por lo tanto, y muy a pesar suyo, se vio obligado a tomar las debidas precauciones, debatiéndose entre el peligro en el que se encontraba Cora y la insolencia de Magua.

Tras un infructuoso cambio de impresiones que duró muchos minutos, se detectó a un individuo solitario que avanzaba desde el lado enemigo, aproximándose con tal rapidez que les indujo a pensar que se trataba de un mensajero portando alguna propuesta de paz. No obstante, a unos cien metros del lugar en el que estaban a cubierto, el desconocido aminoró la marcha, como si dudara de su camino, y acabó deteniéndose. Todas las miradas se centraban ahora en Uncas, esperando su orden.

—Ojo de halcón —dijo el joven jefe en voz baja—, ése no debe volver a hablar jamás con los hurones.

—Su hora ha llegado —dijo el explorador lacónicamente, elevando el largo cañón de su fusil por encima de los arbustos, mientras apuntaba con mortífera precisión. Pero en vez de apretar el gatillo, bajó el arma de nuevo, y se dejó llevar por uno de sus brotes de buen humor—. ¡Que me aspen si no creí por un instante que el pobre des-graciado era un mingo! —dijo—. Pero cuando me fijé en su pecho para asegurar el tiro, ¡vi el silbato del músico! ¿Qué te parece eso, Uncas? Se trata, cómo no, del hombre llamado Gamut, cuya muerte no beneficiaría a nadie, y cuya vida nos vendría muy bien si vale para algo además de para cantar. Si los sonidos no han perdido sus cualidades, pronto estaré hablando con el pobre diablo, utilizando una voz más agradable que la del «mata-ciervos».

Al decir esto, Ojo de halcón posó su fusil y avanzó reptando a través de los arbustos, hasta que llegó cerca de David, intentando reproducir el canto musical que le había permitido salir del campamento hurón. Los agudos oídos de Gamut no podían equivocarse, sobre todo al haber oído semejantes sonidos con anterioridad, los cuales difícilmente podrían ser emitidos por otro que no fuese Ojo de halcón; por lo tanto, se dio cuenta enseguida de cuál era su origen. El infeliz parecía haberse librado de una situación muy embarazosa, ya que siguiendo el sonido del cántico, pronto dio con el cantante, sin cuya ayuda sin duda se habría perdido.

—Me pregunto qué pensarán los hurones de esto —dijo el explorador, mientras guiaba a su compañero del brazo hasta el lugar de refugio—. Si los bribones me oyeron, van a pensar que hay dos desequilibrados en vez de uno. Pero aquí estaremos seguros —añadió señalando hacia Uncas y los demás—. Ahora díganos qué sabe acerca de las estratagemas de los mingos, eso sí, con su voz normal y no cantando.

David miró a su alrededor sin decir palabra, asombrado por la presencia de tantos jefes indios de aspecto fiero y salvaje; pero al comprobar que había rostros conocidos también comenzó a ordenar sus pensamientos con el fin de dar una respuesta satisfactoria.

—Los infieles se están reuniendo en gran número —dijo David—, y me temo que abrigan oscuras intenciones. Ha habido mucho aullido y ceremonia diabólica, emitiendo todos ellos unos sonidos tan irreverentes que yo no puedo repetir; en verdad, ha sido tan espantoso que decidí huir hacia los delaware en busca de paz.

—Sus oídos no se lo habrían agradecido si fuera más rápido corriendo y hubiese llegado un poco antes —contestó el explorador con lacónica ironía—. En fin, ¿dónde se encuentran los hurones ahora?

—Están escondidos en el bosque, entre este lugar y su poblado, en números tan grandes que el raciocinio sugeriría dar la vuelta inmediatamente, antes de encontrarles.

Uncas miró hacia una hilera de árboles tras los cuales se ocultaban

los suyos, y mencionó el nombre de:

—¿Magua?

—Está entre ellos. Trajo consigo la dama que estaba en poder de los delaware, dejándola en la cueva, tras lo cual se puso al frente de sus salvajes, cual lobo rabioso. No sé qué es lo que pudo haberle enojado tanto.

—¿Ha dicho usted que la ha dejado en la cueva? —le interrumpió Heyward—. ¡Conocemos bien el lugar! ¿Acaso no podemos hacer algo inmediatamente para salvarla?

Uncas miró al explorador con sinceridad, antes de preguntarle:

—¿Qué dice Ojo de halcón?

—Déjame llevar a mis veinte hombres armados e iré por la derecha, a lo largo del arroyo y pasando las chozas de los castores, para reunirme con el sagamore y el coronel. Oirás la señal desde ese punto; el viento ayudará a que la puedas distinguir bien. Entonces avanzas tú al frente, Uncas. Cuando estén al alcance de nuestras armas les brindaremos tal descarga que, por el honor de un buen hombre de la frontera, hará que se doblen como una rama rota. Tras esto tomaremos su poblado y libraremos a la mujer de la cueva. El asunto concluirá, bien de acuerdo con la táctica guerrera del hombre blanco, mediante carga y victoria, o bien a la manera india, por la retirada y a cubierto. Puede no ser un plan excesivamente elaborado, comandante, pero con valor y sangre fría puede lograrse el objetivo.

—A mí me agrada —apostilló Duncan, viendo que la libertad de Cora era de la máxima prioridad para el explorador—; me agrada mucho. Intentémoslo ya.

Tras un breve cambio de impresiones, el plan fue precisado con mayor detalle y expuesto a los demás participantes; se establecieron las señales correspondientes y cada jefe se hizo cargo de su designada responsabilidad.

Capítulo XXXII

Se esparcirán plagas, y proliferarán las piras funerarias,

Hasta que el gran rey, sin mediar pago de rescate,

Envíe a la doncella de ojos negros a Chrysa con los suyos.

Pope.

Mientras Uncas ordenaba a sus fuerzas, el bosque permanecía tranquilo y, a excepción de aquellos que celebraban consejo, parecía tan completamente deshabitado como el día en que surgió de las manos de su Todopoderoso Creador. El ojo humano podía percibir anchas y largas extensiones de tierra más allá de la silueta de los árboles, pero ningún objeto a la vista desentonaba con aquello que era propio de ese pacífico y bucólico escenario.

Aquí y allá se oía el revoloteo de algún pajarillo entre las ramas de las hayas, y alguna ardilla dejaba caer una bellota, llamando la atención de los miembros del grupo; pero al momento siguiente, se oía soplar el viento sobre sus cabezas, a lo largo de esa verde y ondulada superficie boscosa que se extendía sin interrupción alguna, salvo por los ríos y los lagos, por aquel vasto territorio. Daba la sensación de que el pie del hombre jamás se había posado en la tierra que separaba a los delaware del poblado de sus enemigos, por lo tranquilo y sosegado del lugar. Pero Ojo de halcón, cuyo deber le ponía al frente de su grupo, sabía demasiado bien con quién estaba tratando como para fiarse del engañoso silencio. Cuando vio que todos los de su grupo estaban presentes, el explorador se colocó el «mata-ciervos» bajo el brazo y dio la orden de que retrocedieron unos cuantos metros, hasta llegar al valle de un pequeño riachuelo que ya habían pasado cuando avanzaron desde el poblado delaware. Aquí se detuvo y esperó a que toda la partida de guerreros que le acompañaba se reagrupara a su alrededor, tras lo cual les habló en lengua delaware,

preguntándoles:

—¿Sabe alguno de mis guerreros hacia dónde nos lleva esta corriente?

Uno de ellos extendió la mano, separando dos de sus dedos y señalando la raíz común de los mismos, mientras decía:

—Antes de que el sol se ponga, el agua pequeña se unirá a la grande —luego añadió, señalando en la dirección a la que se refería—, las dos son bastante para los castores.

—Eso pensé yo —le contestó el explorador, mirando hacia las cimas de los árboles—, a juzgar por su curso y la situación de las montañas. Compañeros, nos mantendremos a cubierto en sus orillas hasta que detectemos a los hurones.

Sus compañeros asintieron mediante la consabida expresión india, a medio camino entre palabra y gruñido; pero al ver que su líder pretendía ir en cabeza, un par de ellos hicieron señas de que no debiera hacerlo. Ojo de halcón les comprendió inmediatamente y, volviéndose, se percató de que su grupo había sido seguido por el maestro de canto.

El explorador le preguntó con seriedad, y no exento de orgullo por su parte:

—¿Usted ya sabrá, amigo, que éste es un grupo de combatientes escogidos para una misión muy peligrosa, puestos bajo el mando de un no menos exigente patrón? En no menos de cinco minutos, ni más de treinta, nos cruzaremos con algún hurón, vivo o muerto.

—Aunque no entendiera las palabras que utilizaron ustedes —le contestó David, algo alterado de espíritu y cuyos ojos brillaban con una intensidad poco común en él—, sus hombres me recuerdan a los hijos de Jacob yendo a combatir a sus enemigos, quienes pretendían forzar al matrimonio a una mujer perteneciente a la raza predilecta del Señor. He viajado mucho, y he presenciado mucho bien y mucho mal junto a la dama que buscan ustedes; y aunque no sea hombre de guerra, estando bien equipado y con una espada bien afilada, asestaría de buena gana un golpe a favor de ella.

El explorador vaciló por un instante, como si se lo pensara, y le respondió:

—No conoce usted el manejo de ningún tipo de arma. No lleva fusil… Y créame, lo que los mingos toman no lo devuelven fácilmente.

—Aunque no sea un corpulento y sanguinario Goliat —le replicó David mientras extraía una honda de entre su desastrado atuendo —, no he olvidado el ejemplo del niño judío. Con este milenario instrumento de guerra he practicado mucho cuando era joven, y seguro que no he olvidado su uso.

—Bien —dijo Ojo de halcón, contemplando la cinta de piel de gamo y su bolsa portadora de proyectiles con mirada escéptica—, el artefacto puede ser efectivo frente a las flechas, e incluso los cuchillos; pero esos mengwe han recibido un buen cañón rayado por cada hombre, gracias a los franchutes. De todos modos, parece irle bien cuando va desarmado; debe de ser su don natural, ¡comandante!, no lleve su arma amartillada… Si se le dispara antes de tiempo, veinte cabelleras se perderán inútilmente. En cuanto a usted, cantante, puede seguirnos, seguro que nos vendrá bien para los gritos de guerra.

—Le doy las gracias, amigo —contestó David, mientras emulaba al monarca judío y se abastecía de municiones a partir de los pedruscos del riachuelo—. Aunque no soy dado a matar por costumbre, no habría querido alejarme de su lado.

—Recuerde —añadió el explorador, mientras señalaba con su mano aquel lugar de la cabeza en el que se había herido Gamut—, hemos venido hasta aquí para luchar y no para componer música. Hasta que no se dé la primera voz de batalla, lo único que podría hablar es el fusil.

David asintió con la cabeza para dar a entender que comprendía la orden; y Ojo de halcón, tras pasar revista a los demás con su mirada, dio la señal para continuar.

El camino se extendía a una milla de distancia a lo largo del curso del riachuelo. Aunque disfrutaban de la cobertura y protección

visual proporcionadas por las inclinadas orillas y la vegetación colindante, no escatimaron medidas de precaución frente a un posible ataque indio. Había un guerrero agazapado en cada flanco, avanzando casi a rastras y vigilando el bosque a cada paso, en busca de algún indicio sospechoso. De vez en cuando se paraban para percibir mediante sus agudos sentidos cualquier sonido hostil, imposible de detectar por parte de un hombre que no viviera en una condición tan natural. No obstante, su marcha no fue interrumpida en modo alguno, y alcanzaron el punto en el que el río menor desembocaba en el mayor aparentemente sin haber sido detectados. Aquí se detuvo el explorador para examinar los signos que le brindaba el bosque.

—Es probable que tengamos un buen día para la pelea —le dijo en inglés a Heyward, mientras miraba hacia las nubes del cielo, las cuales se movían extensamente de un lado a otro del firmamento—: el brillo del sol reflejándose en la superficie del cañón de un arma es un mal aliado para la puntería. Todo es favorable ahora: está el viento, que distorsionará los gritos del enemigo y le soplará el humo de su arma en plena cara, lo cual no es poco; mientras que nosotros dispararemos y se dispersará, dejándonos ver claramente. Atención, nuestra cobertura termina aquí; los castores han dominado este río durante cientos de años, y entre su fuente de alimentos y sus presas para retener el agua hay, como se puede ver, muchos troncos pero pocos árboles enteros.

En honor a la verdad, Ojo de halcón no exageraba en su descripción del lugar que tenían delante. El río tenía una anchura variable e irregular; en ocasiones fluía a través de callejones rocosos muy estrechos, mientras que otras veces se esparcía por amplias extensiones de tierra baja, dando lugar a pequeñas lagunas. Por toda su orilla podían verse los restos de árboles muertos de variado tipo, desde aquellos que se habían deteriorado hace tiempo hasta los que recientemente se vieron desprovistos de esa misteriosa corteza protectora tan esencial para su supervivencia. Algunas piedras musgosas se acumulaban a su alrededor, como si fuesen los vestigios de una lejana generación ya desaparecida.

Todos estos rasgos particulares fueron analizados por el explorador con unos niveles de interés y gravedad que pocas veces había

demostrado con anterioridad. Sabía que el campamento hurón se encontraba a algo más de medio kilómetro río arriba, y como si presintiera un peligro inminente, empezó a mostrar signos de preocupación ante la inusual escasez de cualquier presencia enemiga. En un par de ocasiones estuvo a punto de dar la orden de atacar y tomar el poblado por sorpresa; pero su experiencia le recomendó en seguida que tal maniobra pudiera resultar fatal, a la vez que inútil. Luego, se dispuso a escuchar con mucha atención, en busca de algún sonido que indicase hostilidad en el cuadrante por el que se dirigía Uncas. El resultado fue una sensación de mayor incertidumbre ante la ausencia total de ruidos, a excepción del producido por el viento al soplar a través del bosque anunciando una tempestad. Finalmente, decidió pasar a la acción y no depender tanto de sus pensamientos; hizo que sus fuerzas salieran al descubierto para avanzar cautelosamente —a la vez que con decisión— río arriba.

Mientras había estado meditando sobre la situación, el explorador se encontraba protegido tras una formación rocosa y sus compañeros permanecían al amparo de la hondonada del riachuelo inicial. Al escuchar éstos la discreta pero audible señal sonora de su líder, todo el grupo subió hasta allí sin hacer el menor ruido, como un cúmulo de oscuras sombras. Dirigiendo su mano hacia la dirección en la que pretendía avanzar, Ojo de halcón siguió adelante mientras que los demás le seguían en fila de a uno respetando sus pisadas con tanta precisión que, salvo en los casos de Heyward y David, el rastro dejado parecía corresponder a un solo hombre.

Sin embargo, no había acabado de salir el grupo de su escondite cuando se oyó la descarga de una docena de fusiles, detrás suyo; y un delaware recibió un disparo que le hizo saltar como un gamo herido, cayendo muerto en el acto.

—¡Maldición, ya me temía un engaño así! —exclamó el explorador en inglés, añadiendo rápidamente en su lengua adoptiva—. ¡A cubierto, compañeros, y atacad!

El grupo se dispersó tras darse la orden, y antes de que Heyward tuviera tiempo de reaccionar, se encontró a solas junto a David. Por suerte, los hurones ya se habían replegado y no volvieron a

dispararles; pero no iba a durar mucho esa tranquilidad, sobre todo porque el explorador ya estaba dando ejemplo. Persiguiéndoles en su retirada y escudándose tras cada árbol que se encontraba en su camino, no cesaba de disparar contra ellos mientras se echaban atrás.

El asalto inicial parecía ser obra de unos pocos hurones, los cuales, no obstante, parecían incrementarse en número a medida que se retiraban. Esto era así debido al fuego de respuesta cada vez mayor que se recibía por parte de los delaware atacantes, llegando a ser casi igual en intensidad al que éstos les propinaban en su avance. Heyward se echó al suelo como sus compañeros, y les emuló en su acción de protegerse por medio del ataque, disparando una y otra vez con su fusil. La contienda se iba igualando, llegando a una condición estacionaria. Se produjeron pocos heridos, dado que ambas partes procuraban resguardarse todo lo que podían tras los árboles, sin exponer ninguna parte de sus cuerpos salvo para la acción de apuntar. Con todo, las condiciones se iban tomando desfavorables para Ojo de halcón y sus hombres. El experimentado explorador se dio cuenta de este hecho sin saber cómo remediarlo. Vio que iba a ser más peligrosa la retirada que mantenerse en ese punto, a la vez que comprobó que el enemigo iba avanzando por uno de los flancos, haciendo que los delaware se emplearan más en mantenerse a cubierto que en disparar. En aquel humillante momento, cuando creían que el grueso de la tribu enemiga les estaba rodeando, oyeron los gritos de combate y las sonoras descargas de fusil que procedían de la zona dominada por Uncas; es decir, en aquella parte del valle que se encontraba inmersa en el bosque, por debajo del nivel en el que estaban situados Ojo de halcón y los suyos.

Los efectos del ataque fueron fulminantes, constituyendo un gran alivio para el explorador y sus amigos. Al parecer, pese a que el intento de atacar por sorpresa había sido detectado y neutralizado, el enemigo había dejado un flanco al descubierto en su avance, creyendo que la cuestión estaba zanjada, y no pudo resistir la impetuosa carga del joven mohicano. Esto se hizo más que aparente por la manera tan rápida en la que el frente de batalla se iba trasladando desde el bosque en dirección al poblado, sobre todo cuando los asaltantes enemigos volvieron a replegarse con el fin de

resistir el empuje al que estaban siendo sometidos, adoptando una actitud exclusivamente defensiva.

Animando a sus seguidores por medio de su voz y su ejemplo, Ojo de halcón dio la orden de presionar sobre el enemigo. En esta modalidad de combate tan primitiva, la carga consistía sencillamente en pasar de cobertura a cobertura, acercándose cada vez más al contrario. Los demás siguieron fielmente las pautas de tal maniobra con pleno éxito. Los hurones se vieron obligados a retirarse y el escenario de la contienda se trasladó en poco tiempo desde el terreno amplio en el que comenzó hasta situarse en un lugar reducido, aunque cubierto de matorrales y abundante vegetación arbórea, el cual fue aprovechado por los ahora asaltados para hacerse fuertes. Aquí la lucha se endureció, volviéndose más ardua y creando más dudas sobre su posible desenlace; y aunque ningún delaware cayó muerto, sí hubo heridos que sangraban abundantemente a consecuencia de esta nueva desventaja que estaban sufriendo.

En ese momento tan crítico, Ojo de halcón logró parapetarse tras el mismo árbol que Heyward, estando la mayor parte de sus hombres algo más a su derecha, disparando rápida aunque infructuosamente sobre los ya cobijados enemigos.

—Es usted un hombre joven, comandante —dijo el explorador, posando la culata del «mata-ciervos» en el suelo, apoyándose en el cañón y mostrando ciertos signos de cansancio por el esfuerzo realizado—, y posiblemente su destino sea el de dirigir los ejércitos algún día contra estos indeseables mingos. Aquí puede aprender la filosofía de la lucha india. Requiere principalmente destreza manual, rapidez de vista y una buena cobertura. Ahora bien, si dispusiera usted de las Reales Fuerzas Americanas en este momento, ¿cómo les haría enfrentarse a la situación?

—La bayoneta les abriría el camino.

—Puede haber cierta lógica en sus razonamientos, pero un hombre debe plantearse cuántas vidas puede conseguir salvar en este bosque. Nada; serán los caballos [35] —continuó diciendo el explorador, mientras agitaba la cabeza con gesto negativo—, los caballos, me temo, van a ser los que decidan estas escaramuzas.

Tales animales resultan mejores que los hombres, y al final se tendrá que recurrir a ellos. Una pezuña de caballo herrada frente al mocasín de un indio hará que una vez vaciado su fusil, el indio no se detenga para volverlo a cargar.

—Será mejor discutir este asunto en otro momento —le respondió Heyward—. ¿Avanzamos?

—No veo por qué un hombre no debe emplear los momentos en que recupera su aliento para hacer también alguna reflexión de utilidad —contestó el explorador—. En cuanto a lo de avanzar ahora, no me parece el mejor momento, ya que se perderían una o dos cabelleras en el intento. Y con todo —añadió, mientras giraba su cabeza para captar los sonidos de lucha en la distancia—, si hemos de serle útiles a Uncas, ¡estos bellacos que tenemos enfrente deben ser eliminados!

Acto seguido, se volvió para hablar en voz alta a sus guerreros. Sus palabras fueron contestadas con un grito y, al darse una señal, cada uno de ellos se movió rápidamente alrededor del árbol tras el que se parapetaba. Al ver tantas formas oscuras surgir a la vez, y tan repentinamente, los hurones perdieron los nervios momentáneamente y comenzaron a errar en el tiro. Sin pararse siquiera para respirar, los delaware avanzaron a saltos hacia la zona de los matorrales, como un grupo de panteras abalanzándose sobre sus presas. Ojo de halcón estaba al frente, blandiendo su mortífera arma y animando a los suyos con su ejemplo. Ciertamente, algunos de los más veteranos y experimentados hurones no se dejaron sorprender por la maniobra e hicieron fuego con fatídica precisión, justificando los temores del explorador al acertar a tres de sus guerreros más adelantados. De todos modos, esto no fue suficiente para repeler el ímpetu de la carga. Los delaware se introdujeron en la zona de cobijo de sus enemigos con esa ferocidad que les caracteriza, eliminando todo vestigio de resistencia en su furioso avance.

El combate continuó brevemente con un enfrentamiento cuerpo a cuerpo que hizo que los asaltados cedieran terreno rápidamente y retrocedieran hasta el margen opuesto de la extensión arbórea, en donde se aferraban a la poca cobertura que tenían como animales acorralados. En ese crucial momento, cuando el éxito de la lucha

volvió a quedar en entredicho, se pudo oír en la retaguardia de los hurones el estallido de un fusil, y el zumbido de una bala que procedía del lugar frecuentado por los castores, en el claro situado detrás de los asediados. Justo a continuación, se pudo percibir el feroz y escalofriante estruendo del grito de la guerra.

—¡Ése es el sagamore! —exclamó Ojo de halcón, contestando el alarido con una vociferación igualmente intensa—. ¡Los tenemos entre dos fuegos!

Esto tuvo un efecto inmediato sobre los hurones. Amedrentados por el ataque que se producía desde un cuadrante que no podían defender, los guerreros emitieron exclamaciones llenas de decepción y se dispersaron en conjunto, corriendo hacia el claro con el único objetivo de huir. En su empeño, muchos cayeron a merced de las balas de los delaware que les perseguían.

No entraremos a detallar el encuentro entre el explorador y Chingachgook, o la más entrañable reunión que tuvo lugar entre Duncan y Munro. Unas pocas palabras sirvieron para explicar cómo estaban las cosas, y Ojo de halcón, tras señalar hacia su grupo, renunció a toda la autoridad que tenía sobre él en favor del jefe mohicano. Chingachgook asumió este cargo con la dignidad propia de aquel cuyos orígenes y experiencia le acreditaban por pleno derecho, como cualquier mandatario guerrero nativo. Siguiendo al explorador, tomó el mando y llevó al grupo de nuevo a través de los arbustos, cobrándose los hombres en su recorrido las cabelleras de los hurones caídos y ocultando los cuerpos de sus propios guerreros muertos, hasta que llegaron a un lugar en el que su líder les mandó hacer un alto.

Los guerreros, quienes se habían esforzado abiertamente en la batalla que acababa de concluir, ahora descansaban momentáneamente sobre un trozo de terreno llano, rodeados de suficientes árboles como para ocultarles. La tierra descendía bruscamente delante suyo, por lo que sus ojos pudieron contemplar un estrecho y oscuro valle boscoso que se extendía varios kilómetros. Era en ese lugar tan tenebroso y sombrío en el que Uncas aún mantenía su lucha con la fuerza principal de los hurones.

El mohicano y sus compañeros avanzaron hasta la cima de la colina

y escucharon atentamente los ruidos del combate. Algunas aves sobrevolaron el frondoso valle, huyendo de sus nidos asustadas por las perturbaciones que estaban teniendo lugar, mientras que aquí y allá surgían nubes vaporosas que, al elevarse por encima de los árboles, señalaban los lugares en los que la lucha había sido más sangrienta y prolongada.

—La batalla se está desarrollando pendiente arriba —dijo Duncan, señalando hacia una nueva columna de fuego y humo—, estamos demasiado en el centro como para serles de ayuda.

—Acabarán bajando hacia la hondonada, donde hay más posibilidades de ponerse a cubierto —dijo el explorador—, y eso nos acercará a su flanco… Vete, sagamore, apenas tienes tiempo para dar el grito de batalla y guiar a los jóvenes guerreros. Yo tomaré parte en esta lucha con combatientes de mi propio color. Ya me conoces, mohicano; ni un solo hurón se colará detrás de ti sin pasar antes por las miras del «mata-ciervos».

El jefe indio hizo una pausa para volver a considerar los signos de la batalla, que seguía pendiente arriba… Esto significaba que los delaware llevaban la iniciativa; por lo que no abandonó el lugar hasta que pudo cerciorarse del progresivo acercamiento, tanto de sus aliados como de sus enemigos, lo cual se produjo cuando las balas comenzaron a llegar hasta allí como una lluvia de granizo justo antes de una gran tormenta. Ojo de halcón y sus tres acompañantes se retiraron hasta un lugar de refugio, aguardando acontecimientos con la gran paciencia que exigen los momentos como aquél.

No tardaron en oírse las detonaciones de las armas con el consiguiente eco que produce la distancia. Luego aparecieron guerreros por uno y otro lado, procedentes de los límites del bosque, para reunirse al entrar en el descampado, donde iba a tener lugar el enfrentamiento final. Pronto fueron acumulándose más, hasta que una gran multitud pudo verse, aferrándose desesperadamente a la poca cobertura que les quedaba. Heyward comenzó a sentirse impaciente, y dirigió su mirada haca Chingachgook. El jefe estaba sentado sobre una roca, con el semblante tranquilo, mientras contemplaba la escena como si su único propósito fuera el de ser un mero espectador.

—¡Es el momento en que deben actuar los delaware! —dijo Duncan.

—Aún no, aún no —le contestó el explorador—. Cuando pueda ver a sus aliados, les hará saber que está aquí. ¡Mire, mire! Los bellacos se están introduciendo bajo ese cúmulo de pinos, como un montón de abejas que se aglomeran. Por Dios que hasta una mujer india sería capaz de acertar con una bala a uno de estos indeseables de piel oscura estando tan apretujados.

En ese momento se oyó un alarido de combate, y una docena de hurones cayeron ante la descarga propinada por Chingachgook y sus hombres. El grito fue contestado por otro que provenía del bosque, dando lugar a una estruendosa retahíla de exclamaciones que parecían ser obra de mil voces unidas en una sola. Los hurones se desperdigaron rápidamente, disolviendo sus líneas por la mitad, y Uncas surgió del bosque, a través del hueco que habían dejado al huir, encabezando un grupo de cien guerreros.

Moviendo sus brazos a izquierda y derecha, el joven jefe señaló dónde estaba el enemigo para que lo viesen sus acompañantes, los cuales salieron en su persecución por las direcciones indicadas. La batalla se desarrollaba ahora en dos frentes, al haberse replegado lateralmente los grupos de hurones resultantes de la división en su huida, a la vez que los victoriosos lenape les pisaban los talones. Pasó un minuto antes de que los ruidos de la batalla fueran remitiendo, y su eco disipándose bajo los arcos de los árboles. Sin embargo, un grupúsculo de hurones que había abandonado toda posibilidad de cobertura, al igual que leones desconfiados, se retiraba lentamente pendiente arriba, hacia el lugar en el que habían estado poco antes Chingachgook y sus fuerzas, quienes ya se habían sumado a la lucha. Magua estaba entre los de este pequeño grupo, aún mostrando su salvaje fiereza, además de la gran autoridad de la que todavía disfrutaba.

Ansioso de llevar a buen término la persecución, Uncas se adelantó casi a solas; y en cuanto detectó la presencia de Le Subtil, todo lo demás careció de importancia para él. Dando el correspondiente grito de guerra, reunió a unos seis o siete guerreros, y a pesar de que aún eran pocos para enfrentarse al enemigo, corrieron hacia adelante. Le Renard, atento en todo momento a esta maniobra, le aguardaba con disimulada alegría. La imprudente temeridad del

joven mohicano podría haber supuesto una fácil victoria para el hurón, de no ser por la aparición repentina en la escena, tras otro grito, de La Longue Carabine seguido de sus compañeros de raza blanca. Ante esto, el hurón se volvió rápidamente para continuar su retirada, ascendiendo la pendiente.

No había tiempo para saludarse ni congratularse; ya que Uncas, sin reparar en la presencia de sus amigos, continuó la persecución a la velocidad del rayo. Las llamadas de Ojo de halcón para que se pusiera a cubierto fueron en vano; el joven desafió al peligroso fuego enemigo, obligando a que sus contrincantes pusieran más énfasis en su huida. Afortunadamente, no fue una carrera de mucha distancia, y los hombres blancos se encontraban bastante adelantados, ya que de otro modo, el delaware les habría pasado de largo, cayendo víctima de su propia impulsividad. No obstante, la fortuna quiso que los perseguidores y los perseguidos entrasen en el poblado de los wyandotes, con muy poca distancia entre sí.

Estimulados por la presencia de sus viviendas, y cansados de la persecución, los hurones se mantuvieron firmes en su lugar, luchando alrededor de la choza del consejo con gran furia y desesperación. La batalla fue tan violenta como un torbellino. Tanto el tomahawk de Uncas como los puños de Ojo de halcón, e incluso el brazo de Munro, que aún tenía fuerza suficiente, estuvieron activos durante aquellos momentos, y el suelo se sembró de enemigos caídos. Con todo, Magua logró salvar la vida, incluso arriesgándose y exponiéndose al fuego, como si le protegiera esa fortuna que es propia de los héroes legendarios y de tradición antigua. Elevando su voz por medio de un alarido que expresaba tanto su ira como su decepción, el sutil jefe se alejó del lugar al ver que sus camaradas caían irremisiblemente. En su huida sólo fine acompañado por dos de sus ayudantes, dejando a los delaware para que cobrasen los sangrientos trofeos de su victoria.

Uncas, no obstante, tras haberle buscado infructuosamente en la mélée, corrió tras él, seguido a su vez por Ojo de halcón, Heyward y David. El explorador podía, como mucho, apuntar con el cañón de su arma para proteger a su amigo, lo cual funcionó como un escudo mágico; sólo una vez se volvió Magua para intentar cobrar su venganza, desistiendo inmediatamente de su propósito. Acto

seguido, penetró en una barrera de arbustos, por donde le persiguieron sus enemigos, y entró súbitamente en aquella cueva que los lectores recordarán. Ojo de halcón, quien no había disparado por evitarle algún posible daño a Uncas, gritó en señal de alegría, mientras proclamaba en voz alta la certeza de su triunfo. Los perseguidores se apresuraron a pasar por la estrecha y profunda galería, pudiendo ver las fugaces siluetas de los hurones a cierta distancia. Su paso por aquella oquedad natural fue precedido por el griterío de cientos de mujeres y niños. Por su luz tenue y ambiente sombrío, el lugar se asemejaba a un descenso hacia las regiones infernales, plagado de almas en pena y diablos enfurecidos.

Uncas continuaba pendiente de Magua, como si fuera el único objetivo que le importaba en la vida. Heyward y el explorador seguían tras él, llevados por un sentimiento parecido, aunque menos intenso. Sin embargo, el camino resultaba cada vez más tortuoso a través de aquellos oscuros y amenazantes pasillos, y las formas de los guerreros fugitivos se hacían cada vez menos evidentes para la vista. Por un momento, todo indicaba que el rastro se había perdido, cuando se vio un vestido blanco revolotear en el extremo opuesto de un pasadizo que parecía llevar hasta la cima de la montaña.

—¡Es Cora! —exclamó Heyward, cuya voz entremezclaba el horror y la alegría de un modo espeluznante.

—¡Cora! ¡Cora! —vociferó Uncas, mientras brincaba como un gamo.

—¡Es la dama! —gritó el explorador—. Tenga valor, señorita, ¡ya llegamos! ¡ya llegamos!

La persecución se intensificó con un entusiasmo diez veces superior en cuanto se divisó a la cautiva; pero el camino era difícil, lleno de desniveles y en ocasiones casi intransitable. Uncas dejó atrás su fusil y saltó hacia adelante con despreocupada precipitación, Heyward actuó también de modo impulsivo, pero ambos fueron amonestados por su actitud imprudente al oír el estallido de una de las armas de los hurones, la cual mandó una bala desde el otro extremo del pasadizo que llegó incluso a producirle una leve herida al joven mohicano.

—¡Debemos resguardarnos! —dijo el explorador, mientras saltó hasta el lugar en el que estaban sus compañeros—. ¡Estos bribones nos pueden eliminar a todos a tan poca distancia, y además, miren cómo utilizan a la dama como escudo!

Aunque sus palabras no fueron escuchadas, más por el alboroto que por la obcecación, sus compañeros siguieron su ejemplo y, tras grandes esfuerzos, lograron llegar lo bastante cerca de los fugitivos como para ver que Cora era llevada entre los dos guerreros que quedaban, mientras Magua les guiaba en su huida. En ese momento las cuatro formas humanas se destacaron ante un fondo muy claro, el cual consistía en una salida superior de la cueva, por el cual desaparecieron. Furiosamente decepcionados, Uncas y Heyward llevaron sus fuerzas a los límites de lo sobrehumano, saliendo de la caverna por la ladera de la montaña para ver justo a tiempo qué ruta tomaban los perseguidos. La carrera hubo de continuarse por la pendiente, y seguía siendo laboriosa y arriesgada.

Protegido por su fusil, además de no ser tan presa del entusiasmo como sus dos compañeros, el explorador dejó que estos le tomaran la delantera durante un momento, siendo Uncas el que arrastraba a Heyward detrás suyo. De esta guisa, y en muy poco tiempo, superaron rocas, precipicios y otros obstáculos que, en condiciones normales, habrían sido poco menos que inexpugnables. Pero los impetuosos jóvenes obtuvieron su recompensa al ver que acortaban distancias con respecto a los hurones, los cuales tenían la desventaja de tener que estar pendiente de Cora.

—¡Quieto ahí, perro de los wyandotes! —exclamó Uncas, mientras agitaba su reluciente tomahawk en dirección a Magua—. ¡Te lo manda uno al que consideras una mujer delaware!

—Me niego a seguir —protestó Cora, deteniéndose repentinamente sobre una plataforma rocosa que se asomaba a un inmenso precipicio que llegaba hasta el pie de la montaña—. Mátame si lo deseas, hurón indeseable; no pienso seguir.

Los que llevaban consigo a la muchacha ya sostenían sus tomahawks en alto, prestos para utilizarlos, haciendo alarde de esa malévola alegría propia de salvajes impíos; pero Magua les hizo desistir de sus intenciones. Tras desarmarles y arrojar las hachas por

el precipicio, él mismo sacó su cuchillo y se volvió hacia su prisionera, mirándola con una expresión que delataba el conflicto de pasiones que tenía lugar en su interior.

—Mujer —le dijo—, escoge… La casa, ¡o el cuchillo de Le Subtil!

Cora ni le miró, sino que cayó de rodillas y levantó la vista al cielo, diciendo con voz humilde, aunque confiada:

—¡Soy tuya! ¡Haz lo que creas mejor!

—Mujer —repitió Magua con aspereza, intentando obligar a la muchacha a que dirigiese su sereno semblante hacia él—. ¡Escoge!

Sin embargo, Cora no quiso oír ni obedecer su mandato. Cada fibra del cuerpo del hurón tembló nerviosamente mientras elevaba su brazo en alto, pero lo bajó de nuevo con cierto aire confuso, como si dudara. De nuevo tuvo lugar una lucha en su interior, y volvió a levantar la punzante arma. Justo entonces se oyó un penetrante alarido desde arriba, y apareció Uncas saltando desde una impresionante altura, aterrizando sobre la plataforma rocosa. Magua dio un paso atrás, y uno de sus ayudantes, aprovechando la ocasión, hundió su propio cuchillo en el pecho de Cora.

El hurón saltó como un tigre sobre su camarada ante la ofensa cometida, pero el cuerpo de Uncas ya se había interpuesto entre los dos contendientes. Olvidando a su contrincante por esta súbita acción, y enloquecido por el crimen que acababa de presenciar, Magua clavó su cuchillo en la espalda del desprotegido delaware, elevando un diabólico grito mientras cometía tan infame acto. No obstante, Uncas aún pudo levantarse, como una pantera herida que se revuelve contra su enemigo, y dio muerte al asesino de Cora utilizando los últimos vestigios de fuerza que le quedaban. A continuación, con una mirada severa y firme, le hizo comprender a Le Subtil lo que le habría hecho si las fuerzas no le hubiesen abandonado. Éste último cogió al delaware por el brazo, cuando ya no oponía resistencia, y hundió su cuchillo tres veces en el pecho de su víctima, mientras el joven le dedicaba una última expresión llena de eterno desprecio, antes de caer muerto a sus pies.

—¡Piedad! ¡Ten piedad, hurón! —le gritó Heyward desde arriba, su

voz ahogándose por el horror presenciado—. ¡Muestra piedad, y también la recibirás a cambio!

Agitando el ensangrentado cuchillo hacia el joven suplicante, Magua emitió un grito de victoria tan feroz, salvaje, e incluso lleno de satisfacción, que pudo transmitir el mensaje de su victoria a los que aún luchaban en el valle, a cientos de metros de allí. Le contestó el explorador por medio de un exabrupto, mientras se acercaba al lugar con pasos largos y rápidos, moviéndose sobre las peligrosas rocas como si volara. No obstante, cuando el cazador llegó allí, tan sólo se encontró con los cadáveres.

Sólo miró una vez hacia las víctimas, y su aguda vista se volvió al frente, analizando las dificultades de la subida que tendría que realizar. Una figura humana se alzaba desde el saliente de la montaña, con los brazos levantados en claro gesto amenazante. Sin pararse a ver quién era, Ojo de halcón levantó el cañón de su fusil; pero una roca que cayó sobre la cabeza de uno de los fugitivos, que corrían debajo, dejó entrever el semblante iracundo e indignado del honrado Gamut. Entonces salió Magua de entre las grietas rocosas, saltando por encima del cuerpo del último de sus guerreros, para subir hasta un punto de las rocas en el cual estaría fuera del alcance de David. De un solo salto podría alcanzar el borde del precipicio y asegurar la integridad de su persona. Sin embargo, antes de dar ese salto, el hurón se detuvo para agitar su puño hacia el explorador y gritar:

—¡Los rostros pálidos son perros! ¡Los delaware mujeres! ¡Magua les deja sobre las rocas para alimento de los cuervos!

Riéndose a grandes carcajadas, realizó un desesperado salto, aunque quedó algo corto, por lo que tuvo que agarrarse a unas ramas sueltas que crecían entre las rocas. El cuerpo de Ojo de halcón se agachó como el de un animal a punto de atacar, y las ansias de lograr su objetivo eran tales que hacían temblar el cañón de su arma como una hoja al memo. Sin dejarse agotar inútilmente, Magua dejó que sus pies se posaran sobre un pequeño saliente, permitiendo que sus brazos se extendieran por completo. A continuación, empleó todas sus fuerzas para intentar subir, logrando elevar su cuerpo hasta colocar las rodillas al nivel del borde. En ese momento, cuando el cuerpo de su enemigo estaba casi

totalmente a la vista, el inquieto fusil del explorador quedó firmemente apoyado en su hombro; tanto que ni las rocas de su alrededor estaban más quietas cuando descargó su contenido. Los brazos del hurón flaquearon y su cuerpo se tambaleó un poco, pero aún se mantenía en su lugar. Volviéndose para dirigir una violenta mirada a su enemigo, le agitó el puño en actitud desafiante y llena de odio; a continuación, soltó la mano, y su oscura figura pudo verse surcando el aire cabeza abajo durante un fugaz instante, hasta que se perdió entre la franja arbórea que rodeaba la montaña, en su trayectoria descendente hacia la destrucción.

Capítulo XXXIII - FIN

Lucharon como valientes, muy bien y durante largo tiempo, llenaron el suelo de musulmanes muertos, Conquistaron, pero Bozzaris cayó, sangrando por todas sus venas. Los pocos camaradas suyos supervivientes vieron que sonreía cuando cantaron su victoria, Y ganaron el campo rojo; luego vieron cómo la muerte le cerró los ojos suavemente, como si fuera a dormir, como las flores a la puesta del sol.

Halleck.

CUANDO el sol amaneció sobre los lenape al día siguiente, lo hizo sobre una nación que estaba de luto. Se habían acabado los ruidos de la batalla, y los de esta tribu habían alimentado de sobra sus odios ancestrales vengándose de sus recientes diferencias con los mengwe, cuya comunidad entera lograron destruir. El ambiente sombrío y cenizo que envolvía el lugar en el que los hurones habían acampado ya anunciaba con suficiente claridad el destino de esa tribu errante. Al mismo tiempo, cientos de cuervos que revoloteaban por encima de las inhóspitas montañas, y que se extendían ruidosamente en grupos por todo el bosque, servían de horripilante sendero hacia el escenario de la lucha. En resumen, cualquiera que hubiese visto alguna vez los signos propios del combate fronterizo habría identificado con facilidad las inequívocas evidencias de lo que es una cruel venganza india.

Con todo, el amanecer vio a los lenape como una nación en duelo. No hubo gritos de alegría ni canciones triunfantes que celebrasen su victoria. El último combatiente volvía de su cometido sólo para despojarse de sus emblemas de guerra y tomar parte en las lamentaciones de sus compatriotas, quienes constituían un pueblo compungido. El orgullo y la exaltación estaban ausentes, dejando en su lugar la humildad; mientras que las pasiones más violentas se vieron sustituidas por las más profundas y expresivas muestras de dolor.

Las viviendas estaban vacías, y un ancho círculo de personas con los rostros enternecidos se había formado cerca de las mismas. Todo aquél que aún vivía se había concentrado allí, reinando en el lugar un profundo e imponente silencio. A pesar de que este muro humano estaba constituido por seres de ambos sexos, y de todos los rangos y categorías, todos experimentaban un sentimiento común. Todas las miradas se dirigían al centro del círculo, en donde se encontraban aquellos objetos que tanto acaparaban su interés.

Seis muchachas delaware, con sus largas melenas negras extendiéndose por encima de sus pechos, se encontraban aisladas de los demás, dando prueba de su existencia tan sólo por sus labores de adornar con hierbas aromáticas y flores silvestres la litera que, bajo una capa de mantas indias, albergaba los restos de la valiente, noble y generosa Cora. Su cuerpo estaba oculto por las muchas envolturas uniformes que la cubrían, y su rostro quedaba para siempre fuera de la insta de los hombres. A sus pies se encontraba sentado Munro, desconsolado. La envejecida cabeza del anciano estaba tan agachada que casi tocaba el suelo, dado su abatimiento y resignación ante los designios de la Divina Providencia; pero su tez aún dejaba entrever una angustia reprimida, oculta únicamente por algunos de los mechones grises que bajaban de sus sienes. Gamut se encontraba de pie a su lado, con la cabeza descubierta bajo los rayos del sol y adoptando una actitud humilde, mientras dividía la atención de su mirada entre ese librillo que contenía muchas viejas pero sagradas máximas, y el apenado ser cuyo dolor deseaba tanto aliviar. También Heyward se encontraba cerca, apoyado contra un árbol, esforzándose por reprimir cualquier manifestación dolorosa que fuera impropia de su hombría.

Pero por muy melancólico y circunspecto que pueda imaginarse al grupo aludido, era mucho menos entristecedor que la aglomeración que ocupaba el lado opuesto de aquel lugar. Colocado en un asiento, y dispuestos sus miembros en una postura digna y regia, como si estuviera vivo, aparecía Uncas ataviado con los ornamentos más preciados que poseía la tribu. Esplendorosas plumas pendían de su cabeza, mientras que grandes cantidades de collares, anillos, brazaletes y medallas adornaban su persona —aunque su mirada vacía y la nula expresión de sus facciones no combinaban bien con el orgullo que representaban dichos amuletos—.

Justo delante del cadáver estaba situado Chingachgook, desprovisto de armas, pintura o cualquier otro aditamento ornamental, salvo el llamativo blasón azul de su raza, indeleble sobre su pecho desnudo. Durante el extenso periodo de tiempo en que la tribu se había dispuesto de este modo, el mohicano había estado contemplando con ansiedad contenida el rostro frío e inerte de su hijo. Tan concentrada e intensa había sido su mirada, y tan inmutable su actitud, que una persona ajena a los acontecimientos apenas podría haber distinguido entre el vivo y el muerto, si no fuera por el ocasional brillo de tristeza que surcaba los oscuros ojos de uno de ellos, mientras que sobre la faz del otro dominaba la eterna quietud de la muerte. El explorador se encontraba al lado, adoptando una postura pensativa mientras se apoyaba sobre su mortífera y vengativa arma. Por otra parte estaba Tamenund, ayudado por los veteranos de su nación y ocupando un lugar a cierta altura sobre el suelo, desde el cual podía divisar plenamente toda la apesadumbrada y silenciosa asamblea de su pueblo.

Justo en la franja interna del círculo se había colocado un soldado, vestido con el uniforme de una nación extraña, y por el exterior estaba su caballo, ya preparado y rodeado de sirvientes, quienes esperaban sobre sus propias monturas como si fuesen a iniciar un largo viaje. El atuendo del desconocido daba a entender que se trataba de alguien muy próximo en responsabilidades al capitán general del Canadá y que, al parecer, vio frustrada su intención de imponer la paz entre sus impetuosos aliados, por lo que ahora se limitaba a ser un silencioso y triste espectador más de las consecuencias de ese enfrentamiento que no le dio tiempo a evitar.

La mañana ya llegaba a su fin, y aún así la multitud permanecía en la misma quietud que había presentado al amanecer.

Ningún sonido, salvo algún levísimo sollozo, se oyó por parte de los congregados; tampoco se habían movido apenas, a excepción de los ocasionales y humildes actos de hacer ofrendas en homenaje a los fallecidos. Sólo la paciencia y la entereza propias de la condición india podrían explicar que todos los componentes de la multitud permaneciesen como estatuas de piedra durante tanto tiempo.

Por fin el gran sabio de los delaware levantó un brazo, y apoyándose sobre los hombros de sus ayudantes, se levantó con tal

flaqueza de fuerzas que parecía haber envejecido el tiempo de otra vida entre el día anterior y aquel momento, en especial por sus titubeantes e inseguros movimientos sobre la tarima.

—Hombres de la tribu de los lenape —dijo con voz hueca, cuyos tonos fatídicos parecían anunciar una profecía—, la cara del Manittou está oculta tras una nube; ha vuelto sus ojos en otra dirección; sus oídos no oyen; su boca no responde. No se le puede ver; sin embargo, su voluntad se evidencia ante vosotros. Abrid vuestros corazones y librad vuestros espíritus de la mentira. Hombres de la tribu lenape, la cara del Manittou está tras una nube.

A medida que esta breve aunque terrible conclusión fue asumida por la multitud, trajo consigo un vacío tan intenso y poco halagüeño como si las palabras las hubiera pronunciado el mismo espíritu al que veneraban, sin la intervención de una voz humana; incluso el cuerpo de Uncas pareció tener más vida, comparado con la desolada quietud que se apoderó de la asamblea que le rodeaba. No obstante, el efecto inicial iba dejando paso a un leve murmullo de voces que comenzaron a entonar un cántico en honor a los muertos. Eran voces femeninas, extremadamente suaves y llenas de sentimiento. No había una concatenación regular entre unas voces y otras, sino que una retomaba el ritmo de otra que cesaba, al albedrío, continuando esa especie de lamento que comunicaban. El canto estaba más sujeto a los sentimientos espontáneos del momento que a cualquier regla métrica. En algunas ocasiones, el que hablaba a la multitud era interrumpido por sonoras exclamaciones colectivas, llenas de dolor, durante las cuales las muchachas alrededor de la litera de Cora recogían algunas flores sueltas, en señal de su pesar. Luego, al amainar los lamentos, éstas eran devueltas tiernamente a su lugar. Sin tener en cuenta las interrupciones y las muestras abiertas de sentimiento, una traducción de lo cantado guardaría cierto tono regular y progresivo, como si de una sucesión de ideas se tratara.

Una chica que había sido seleccionada por su rango tribal y por sus propias cualidades comenzó a hacer alusiones modestas a la valla del guerrero difunto, embelleciendo sus palabras con figuras de reminiscencias orientales, probablemente traídas por los indios de su continente originario, lo cual constituye un eslabón conector

entre las culturas de ambos mundos. Le llamó «la pantera de su tribu» y le describió como aquel cuyos mocasines no dejaban rastro sobre el rocío, cuyos saltos eran comparables al de un joven venado, cuya vista era más nítida que una estrella en la oscuridad de la noche y cuya voz en el combate sonaba tanto como el trueno del Manittou. Le hizo recordar la madre que le tuvo en su vientre, y cuán feliz debió de ser ésta con un hijo así. Y pidió al guerrero que le dijera a su madre, cuando ambos se reúnan en el mundo de los espíritus, que las muchachas delaware habían derramado lágrimas sobre la tumba de su hijo y consideraban bendita a su madre.

A continuación le sucedieron otras voces que, variando el tono, haciéndolo mucho más suave y tierno, más propio de la delicadeza femenina, aludieron a la mujer desconocida que había dejado la Tierra en un momento tan cercano a la propia partida del guerrero; algo que evidenciaba sin duda la intervención de la voluntad del Gran Espíritu. Le pidieron que fuese amable con ella, y que le perdonara su desconocimiento de las artes necesarias para reconfortar a un guerrero como él. Mencionaron su belleza sin par, su espíritu noble y resoluto, sin un resquicio de envidia, y, al igual que los ángeles se regocijan ante una grandeza superior, añadieron que estas cualidades suplían cualquier defecto que hubiera en su educación.

Tras esto, otras pasaron a hablarle a la propia dama, utilizando el lenguaje cálido de la bondad y el amor. La animaron para que estuviese alegre y no temiera más por su futuro. Tendría como compañero a un cazador que sabría proporcionarle lo necesario; y también tendría a su lado un guerrero, el cual sabría protegerla de cualquier peligro. Le prometieron que su camino sería apacible y su equipaje ligero. Le advirtieron que no debía echar de menos a los amigos de su juventud ni la casa de sus padres, asegurándole que «las benditas tierras de caza de los lenape» contenían valles tan placenteros, ríos tan claros y flores tan dulces como el «cielo de los rostros pálidos». Le recomendaron que fuese atenta con los deseos de su compañero, y no se olvidara de lo distintos que la sabia voluntad del Manittou quiso que fuesen entre sí los dos. A continuación, elevaron repentinamente sus voces de tono, uniéndolas para cantar al temperamento del mohicano. Le declararon noble, varonil y generoso —todo lo que constituía un

guerrero, y todo aquello que pudiese amar una mujer—. Arropando sus ideas en la imaginería más remota y sutil, dejaron entrever, ayudadas por su intuición femenina, que habían averiguado sus verdaderos deseos. Las muchachas delaware no gozaban del favor de sus ojos. Pertenecía a una raza que había sido dueña de las orillas del gran lago salado, y sus deseos le habían traído de regreso a un pueblo que vivía entre las tumbas de sus antepasados. ¿Por qué no había de reconocerse tal predilección? Que la dama era de sangre más pura que los demás miembros de su nación era evidente a ojos de cualquiera, y que podía enfrentarse a los peligros y las exigencias de la vida en los bosques también había sido demostrado por su comportamiento; y ahora, añadieron, el «sabio de la tierra» la había transportado hasta un lugar en el que los espíritus pudiesen congeniar y ser felices para siempre.

Luego, cambiando nuevamente de tono y tema, aludieron a la doncella que lloraba en la choza adyacente. La compararon con los copos de la nieve —tan pura, blanca y brillante que podría incluso derretirse bajo los calores del verano, o congelarse por las heladas del invierno—. No dudaron que era hermosa a ojos del joven jefe, cuya piel y cuya tristeza se asemejaban a las suyas; pero, en lugar de expresar tal preferencia, consideraban a la dama fallecida más excelente que la otra. De todos modos, no le negaron las alabanzas que sus exóticos encantos merecían. Sus cabellos fueron comparados con las exuberantes ramas de la viña, sus ojos con el azul del cielo, y la nube más pura, coloreada por los rayos rojizos del sol, no llegaba a ser tan atractiva como el brillo de su expresión sonrojada.

Durante éstos y otros cánticos, no podía oírse otra cosa que no fuera el fluir de la música —aliviada o, si se quiere, atormentada por los ocasionales lamentos dolorosos, los cuales podían considerarse como los estribillos de esos cantos—. Los mismos guerreros delaware escucharon como si estuviesen hechizados; y sus semblantes dejaban muy claro hasta qué punto se identificaban con tales sentimientos. Incluso David se dejó llevar por el sonido de aquellas dulces voces; y tiempo después de terminado el cántico, su mirada anunciaba lo emocionada que estaba su alma.

El explorador —el único entre los blancos que comprendía las

palabras— abandonó su actitud meditabunda para escuchar con mayor atención lo que cantaban las muchachas. Cuando oyó acerca del futuro común de Cora y Uncas, agitó su cabeza en señal de desaprobación, como si diese por erróneas tan simples creencias, retomando su actitud pensativa. Así permaneció hasta el final de la ceremonia —si es que tales actos, tan llenos de sentimiento, pudiesen recibir ese calificativo—. Afortunadamente para ellos y sus convicciones, ni Heyward ni Munro pudieron entender el significado de los primitivos cánticos que oían.

Chingachgook constituía la única excepción en cuanto al interés que dominaba a toda la comunidad nativa. Su mirada permaneció inalterable durante todo el proceso antes descrito; ni un solo músculo de su rostro se movió, incluso en los momentos más álgidos de las lamentaciones. Para él sólo existían los ya fríos e insensibles restos de su hijo, y el único sentido que no había anulado era el de la vista, con el fin de mirar con detenimiento y por última vez las facciones de un ser tan querido para él, al cual iba a poder contemplar ya poco tiempo y por última vez.

A esas alturas de las honras fúnebres, un guerrero muy afamado por sus hazañas bélicas, y en especial por las de los últimos combates, avanzó desde la multitud con semblante sobrio y severo y se acercó al cuerpo del fallecido.

—¿Por qué nos has dejado, orgullo de los wapanachki? —dijo, mientras se dirigía a los nulos oídos de Uncas, como si el barro sin vida pudiera retener los sentidos humanos—; tu tiempo ha sido como el del sol entre los árboles, tu gloria más brillante que su luz al mediodía. Te has ido, joven guerrero, pero cien wyandotes te allanarán el camino hacia el mundo de los espíritus. ¿Quién que te hubiera visto luchar hubiese pensado que podrías morir? ¿Quién había guiado alguna vez a Uttawa hacia la lucha antes de que vinieras tú? Tus pies eran como las alas de las águilas, tu brazo más fuerte que las grandes ramas de los pinos, y tu voz como la del Manittou cuando habla desde las nubes. La boca de Uttawa apenas puede hablar —añadió, mirando a su alrededor con melancolía—, y su corazón sometido a un gran pesar. Orgullo de los wapanachki, ¿por qué nos has dejado?

A éste le siguieron otros, de acuerdo con un determinado orden,

hasta que la mayoría de los hombres importantes y reconocidos de la nación había cantado o pronunciado su homenaje ante la figura del jefe sin vida. Después de que cada uno terminara, de nuevo reinaría un profundo y pesado silencio en el lugar.

Entonces se oyó un sonido leve pero profundo, como si hubiese una música acompañando desde cierta distancia, dejándose oír lo justo como para ser reconocible, aunque dejando suficiente ambigüedad en su melodía como para que apenas pudiese ser identificada su naturaleza y su lugar de procedencia. Le siguió, no obstante, otra retahíla de lamentos, pero en un tono más alto, haciéndose más audible y nítida para el oído, hasta que por fin se oyeron palabras. Los labios de Chingachgook habían comenzado lo que sería el monólogo del padre del guerrero. A pesar de que ninguna mirada se tomó hacia él, ni se exhibió la más mínima señal de impaciencia, el modo en que los de la multitud levantaron sus cabezas dejó entrever que prestaban una atención tan grande como cuando les había hablado Tamenund. Pero su intención fue en vano. Las palabras se elevaron lo justo como para ser inteligibles, pero se volvieron más débiles y temblorosas, hasta desvanecerse como si las llevara el viento. Los labios del sagamore se cerraron y permaneció quieto en su asiento, dando la impresión de ser una criatura creada por el todopoderoso con el aspecto de un hombre pero sin el alma correspondiente al mismo, debido a su mirada fija y su forma inmóvil. Los delaware, quienes sabían que estos síntomas denotaban que la mente de su amigo no estaba preparada para tan gran esfuerzo de ánimo, aminoraron su atención y, con gran delicadeza, dedicaron sus pensamientos a los homenajes hacia la dama desconocida.

Uno de los jefes más veteranos hizo una señal para llamar la atención de las mujeres que estaban cerca del cuerpo de Cora. Obedeciendo la orden, las muchachas levantaron la camilla hasta los hombros, avanzando a paso lento mientras cantaban otro apenado homenaje a la difunta. Gamut, habiendo observado todos esos ritos que aún consideraba propios de infieles, se agachó para dirigirse al distraído padre de la dama, susurrándole:

—Se llevan los restos de su hija; ¿no debemos seguirles y asegurarnos de que ella tenga un entierro cristiano?

Munro se sobresaltó, como si una trompeta hubiese sonada cerca de él, y tras mirar a su alrededor con gesto preocupado, se levantó y se puso detrás de la pequeña procesión, caminando con la gallardía de un soldado, pero soportando las penas de un padre. Sus amigos se congregaron a su alrededor, más afligidos de lo que cabría esperar de personas que no guardaban parentesco familiar con él; incluso el joven francés tomó parte en la escolta, expresando también su hondo pesar por la triste y prematura pérdida de una joven tan hermosa. Por otra parte, en cuanto la última y más humilde fémina de la tribu se hubo sumado a la procesión, los hombres lenape se concentraron alrededor de la persona de Uncas, tan solemnes, callados e inmóviles como antes.

El lugar escogido para dar tierra a Cora era un pequeño montículo sobre el cual había crecido un grupo de frondosos pinos, dando lugar a una apropiada sombra de melancolía en ese sitio. Al llegar allí, las muchachas depositaron la camilla y, haciendo alarde de su paciencia nativa, esperaron durante varios minutos para que los familiares y amigos diesen alguna señal de estar satisfechos con lo dispuesto. Al final, el explorador, siendo el único que comprendía sus costumbres, les dijo en su idioma nativo:

—Mis hijas han hecho bien; los hombres blancos se lo agradecen.

Contentas con esta manifestación favorable, las muchachas procedieron a introducir el cuerpo en un féretro hábilmente fabricado a partir de la corteza de un abedul, tras lo cual se depositó en el oscuro hueco que sería su morada final. La ceremonia de cobertura de los restos, así como el procedimiento para disimular el enterramiento por medio de hojas y otros elementos naturales, también se llevaron a cabo con el mismo cuidado y esmero. Pero cuando habían concluido estas delicadas y piadosas labores por parte de las jóvenes, éstas quedaron expectantes, dando a entender que no sabían que más podían hacer. Entonces el explorador se dirigió de nuevo a ellas.

—Mis jóvenes han hecho ya bastante —dijo—; el espíritu de un rostro pálido no requiere alimento ni otros enseres, ya que su premio lo recibe en el cielo de sus creencias —a continuación añadió, al ver que David estaba preparando su libro con la intención de ofrecer una canción santa—: Veo que aquél que conoce

mejor los ritos cristianos se dispone a hablar.

Con modestia, las féminas se apartaron, pasando de ser las protagonistas principales de la escena a ser humildes y atentas espectadoras de lo que seguía. Durante los momentos en que David entonaba sus piadosos sentimientos espirituales, no hubo la más mínima señal de sorpresa ni impaciencia por su parte. Escucharon como si entendiesen el significado de tan extrañas palabras, y dieron la sensación de comprender las nociones de dolor, esperanza y resignación que comunicaban.

Emocionado por lo que había visto y posiblemente llevado por sus propios sentimientos personales, el maestro de canto se superó a sí mismo con respecto a sus acostumbrados esfuerzos. Su voz, potente y melodiosa, no tenía nada que envidiar a los suaves tonos musicales de las jóvenes; además de que sus bien medidos ritmos conllevaban —al menos para aquellos a quienes iban dirigidos— las cualidades de lo civilizado. Terminó su himno como lo había comenzado; inmerso en una impresionante solemnidad.

Sin embargo, cuando la última estrofa llegó a oídos de los congregados, las miradas fugaces y dudosas, así como el movimiento lento y vacilante de todo el grupo, dieron a entender que se esperaba algo de parte del padre de la fallecida. Munro se percató de que había llegado ese momento en el que tendría que hacer lo que quizá fuera el esfuerzo más grande al que se puede ver obligada una persona. Se quitó el sombrero y, con semblante sobrio, recorrió con su mirada el callado y humilde grupo que le rodeaba. Luego, haciendo una señal al explorador para que le escuchara, le dijo:

—Comunique a estas tiernas y amables féminas las gracias de par-te de un hombre enfermo y descorazonado. Dígales que el ser supremo al que todos alabamos, bajo un nombre u otro, tendrá en cuenta su caridad; y que no tardará en llegar la hora en que todos estemos alrededor de Su trono, sin distinción de género, clase ni raza.

El explorador prestaba gran atención a la temblorosa voz del veterano cuando pronunció tales palabras, y movió la cabeza en señal negativa, dudando de su eficacia.

—Decirles eso —señaló—, sería como decirles que no llegarán las nieves del invierno, o que el sol brilla más cuando los árboles se ven despojados de sus hojas.

Entonces, se volvió hacia las mujeres y les comunicó la gratitud del padre, pero de un modo que agradaría más a la mentalidad nativa. Munro ya había adoptado una actitud cabizbaja, volviendo a sumirse en la melancolía, cuando el joven francés antes mencionado se dignó a cogerle suavemente del brazo. En cuanto se hubo ganado la atención del apesadumbrado anciano, señaló hacia un grupo de indios jóvenes, quienes se acercaron portando una litera de poco peso, pero celosamente cubierta; luego señaló hacia el sol.

—Le comprendo, señor —le contestó Munro, forzando un tono de firmeza—, le comprendo. Es la voluntad del cielo y me someto a ella… Cora, hija mía, ¡si las oraciones de un afligido padre pueden ayudarte ahora, debes ser muy dichosa! —y añadió, mientras miraba a su alrededor con la mayor compostura, a pesar de que no podía disimular la angustia que hacía temblar su desgastado rostro —: Vámonos, caballeros, nuestro deber aquí ha concluido; debemos partir.

Heyward agradeció una orden que les llevaría de un lugar en el que a cada instante sentía que el dominio sobre sus sentimientos estaba a punto de fallarle. No obstante, mientras sus compañeros se subían a sus monturas, tuvo la oportunidad de darle la mano al explorador y asegurarle que se reunirían de nuevo en algún puesto militar británico. Tras esto, montó su caballo con determinación, espoleando al corcel para ponerse a la altura de la litera antes mencionada, de la cual se oía proceder un leve sonido de llanto como único testimonio de que Alice viajaba en su interior. De esta guisa, habiéndose puesto en marcha el cabizbajo Munro con Heyward y David cabalgando detrás de él, guardando un doloroso silencio, y acompañados del guía de Montcalm y su escolta, todos los blancos a excepción de Ojo de halcón pasaron por delante de los delaware, desapareciendo entre los inmensos bosques de esa región.

Pero los lazos que, a través de su común desgracia, unían los sentimientos de los sencillos habitantes del bosque con los de aquellos visitantes foráneos que se habían cruzado en su camino no iban a romperse con facilidad. Pasaron años antes de que el relato

tradicional de la dama blanca y el joven guerrero de los mohicanos dejase de recordarse durante las largas noches y las caminatas tediosas, o de animar a los jóvenes y valientes con el deseo de vengarlos. Tampoco fueron olvidados los protagonistas secundarios de aquellos incidentes. Gracias a la intervención del explorador, que durante varios años serviría de eslabón entre ellos y la civilización, aprendieron, en respuesta a sus preguntas, que el «Cabeza gris» se reuniría pronto con sus antepasados, aparentemente abatido —aunque no sea cierto— por sus infortunios militares. También supieron que el «Mano tendida» se había llevado a la otra hija hasta los asentamientos lejanos de los «rostros pálidos», donde sus lágrimas por fin cesaron y dieron paso a las alegres sonrisas que se ajustaban más a su carácter jovial.

Pero tales hechos ocurrieron tiempo después de nuestro presente relato. Abandonado por todos los de su raza, Ojo de halcón regresó al lugar en el que se sentía mejor, llevado por una fuerza mayor que cualquier lazo de unión. Le dio tiempo de ver por última vez las facciones de Uncas, a quien los delaware ya habían comenzado a envolver en su última cobertura de pieles. Se detuvieron para permitirle al fornido hombre del bosque dedicarle una última y apesadumbrada mirada, tras lo cual el cuerpo fue cubierto para no ser desarropado jamás. A continuación hubo otra procesión, similar a la anterior, y toda la nación se congregó alrededor de la tumba improvisada del jefe —improvisada, sí—; ya que algún día habrían de reposar sus huesos con los de su propio pueblo.

Tanto los movimientos como los sentimientos habían sido simultáneos y colectivos. Hubo en el lugar del entierro las mismas manifestaciones de pesar, el mismo silencio impresionante y el mismo respeto a la persona más allegada al fallecido que se habían descrito antes. El cuerpo fue depositado en una postura de descanso, de cara al sol naciente, con sus aparejos de guerra y caza a mano, preparado para el viaje final. Se dejó una abertura en el ataúd, protegiéndolo así de la tierra, a través de la cual el espíritu podría comunicarse con el mundo terrenal cuando fuera necesario; y el enterramiento fue debidamente disimulado con la ingeniosidad particular de los salvajes, con el fin de evitar que fuera molestado por los animales del bosque. Entonces cesaron los ritos manuales para dar paso a las ceremonias de carácter espiritual.

De nuevo, Chingachgook se convirtió en el foco de atención común. Aún no había hablado, y se esperaba alguna intervención dotada de ánimo y sabiduría por parte de un jefe tan renombrado, en un momento de tanta trascendencia. Consciente de los deseos de la nación, el severo y curtido guerrero levantó la cara, la cual había estado oculta por su manta, y miró a su alrededor con ojos firmes. Sus rígidos y expresivos labios se despegaron, y por primera vez durante las largas ceremonias, su voz se hizo completamente inteligible.

—¿Por qué están apenados mis hermanos? —dijo, contemplando el conjunto de taciturnos guerreros que le rodeaba—. ¿Por qué lloran mis hijas?… ¿Porque un hombre joven se ha ido a las felices tierras de caza? ¿Porque un jefe ha cumplido con honor durante su existencia? Fue bueno; fue cumplidor; fue valeroso. ¿Quién puede negarlo? El Manittou necesitaba un guerrero así, y lo llamó a su lado. En cuanto a mí, yo soy el hijo y el padre de Uncas; soy un árbol abrasado en medio de un descampado de los rostros pálidos. Mi raza se ha ido de las orillas del lago salado y las colinas de los delaware. Pero ¿quién puede decir que la serpiente de su tribu se ha olvidado de su sabiduría? Estoy solo…

—No, no —gritó Ojo de halcón, que se había quedado contemplando ansiosamente las rígidas facciones de su amigo, intentando dominarse, pero sin poder ya prolongar por más tiempo el esfuerzo—. No, sagamore, no estás solo. Nuestros rasgos raciales serán distintos, pero Dios ha dispuesto que sigamos el mismo camino. No tengo familia y; al igual que tú, se puede decir también que no tengo pueblo. Él era hijo tuyo, un piel roja por naturaleza, y más próximo a tu sangre; pero si alguna vez me olvido del joven que tantas veces ha luchado a mi lado en la guerra, y que ha dormido a mi vera en la paz, ¡que se olvide de mí Aquel que nos hizo a todos, independientemente de nuestro color o nuestros atributos! El muchacho nos ha dejado por el momento; pero no estás solo, sagamore.

Chingachgook saludó al explorador, dándole la mano después de que aquél le ofreciera la suya, y ambos permanecieron de pie, como dos camaradas amigos, sobre la tumba de Uncas. Sus cabezas estaban inclinadas mientras derramaban amargas lágrimas sobre

aquella tierra removida, regándola cual gotas de lluvia caídas del cielo.

En medio de ese sobrecogedor silencio, que fue testigo de las muestras de dolor de los dos guerreros más renombrados de la región, Tamenund hizo sonar su voz para dispersar a la multitud.

—Ya basta —dijo—. Marchaos, hijos de los lenape; el enojo del Manittou no ha terminado. ¿Por qué habría de permanecer Tamenund? Los rostros pálidos son los dueños de la tierra, y la hora del piel roja aún no ha vuelto. Mi día ha sido demasiado largo. Por la mañana he visto a los hijos de Unamis fuertes y felices; y aun así, antes de caer la noche, he vivido para ver al último guerrero de la raza sabia de los mohicanos.

Notas

[1] Dado que cada nación india gozaba de su propio idioma o dialecto, solían dar distintos nombres a los mismos lugares, aunque casi todos los apelativos eran descriptivos del objeto en cuestión. Así pues, una traducción literal del nombre de esta bella extensión de agua, utilizada por la tribu que habitaba en sus orillas, sería «La cola del lago». El lago George, como vulgarmente se le denomina, por normativa legal, hoy en día, da forma a una especie de cola para el lago Champlain, observable en un mapa de la región. De ahí el nombre. < <

[2] Washington: quien, tras advertirle inútilmente al general europeo del peligro en el que, por tozudez, estaba incurriendo, salvó, en esta ocasión, lo que quedaba del diezmado ejército británico, por medio de su decisión y coraje. La reputación forjada por Washington en esta batalla fue el motivo principal de que fuera elegido para mandar a los ejércitos americanos años más tarde. Merece reseñarse cómo, a la vez que toda América se hizo eco de su bien ganada reputación, su nombre no se menciona en ningún relato europeo de la batalla; al menos, el que suscribe ha buscado referencias, sin tener éxito alguno. De este modo, pues, la madre patria absorbe incluso la fama ajena, bajo aquel sistema de gobierno. < <

[3] Durante mucho tiempo existió una confederación entre las tribus indias que ocupaba la parte noroccidental de la colonia de Nueva York y que fue conocida con el nombre de las «cinco naciones». Más tarde se admitió una nueva tribu y el apelativo se cambió por el de las «seis naciones». La confederación original la formaban los mohawks, los oneidas, los senecas, los cayugas y los onondagoes. La tribu sexta fue la de los tuscaroras. Existen vestigios de todas estas gentes en forma de grupos que viven en tierras que el estado les ha concedido; pero a diario se van menguando, bien por la muerte de sus componentes o bien por el desplazamiento de

algunos hacia lugares más adecuados para sus hábitos. Dentro de poco no quedará nada de estas gentes tan extraordinarias, en las tierras que habitaron durante siglos, salvo sus nombres. En el estado de Nueva York existen distritos que llevan alguno de sus nombres, salvo los mohawks y los tuscaroras. El segundo río en importancia de dicho estado recibe el nombre de «Mohawk». < <

[4] En el estado de Rhode Island se encuentra una bahía llamada Narraganset, nombre de una poderosa tribu india que un día habitó sus orillas. Por efecto de la casualidad, o bien por una de esas acciones inexplicables que lleva a cabo la naturaleza, surgió una raza de caballos que fue conocida durante un tiempo en América como los narraganset. Eran pequeños, generalmente de color alazán, y se distinguían por su característico paso. Los caballos de esta raza eran, y aún son, muy populares como caballos de montura, dada su robustez y lo sencillo de sus movimientos. Al ser también muy adecuados para cabalgar sobre terreno irregular, adaptándose con suavidad a los baches y los desniveles, solían ser los preferidos por las amazonas a la hora de tener que hacer largos desplazamientos por tierras rústicas. < <

[5] El guerrero norteamericano arrancaba el cabello de todo su cuerpo, dejando tan sólo una pequeña tira en la parte superior de su cabeza, la cual podía ser desprendida por su enemigo, arrancándosela, una vez caído en combate. La cabellera constituía el único trofeo admisible para demostrar una victoria. De ahí que fuera más importante conseguir la cabellera que matar al hombre. Algunas tribus hacían gran énfasis sobre este honor. Tales costumbres prácticamente han desaparecido en la tribus indias de los estados de la franja atlántica. < <

[6] La camisa de caza era una pintoresca blusa fruncida, corta y adornada con flecos y ribetes. El propósito de los colores era el de imitar los tonos del bosque, con el fin de pasar desapercibido. Muchos cuerpos americanos de fusileros han sido ataviados de la misma forma, resultando ser uno de los uniformes más insólitos de los tiempos modernos. La camisa de caza típica normalmente es de color blanco. < <

[7] La carabina del ejército es corta, mientras que la del cazador es siempre larga. < <

[8] El Mississippi. El explorador hace alusión a una tradición muy popular entre las tribus de los estados de la orilla atlántica. Las pruebas de su origen asiático se deducen de las circunstancias, aunque existen grandes dudas acerca de la historia completa de los indios. < <

[9] Líder o jefe principal de la tribu. < <

[10] El escenario de este relato se encontraba a 42 grados de latitud, zona en la cual dura muy poco el crepúsculo. < <

[11] Zorro sutil, así se le llama en otras traducciones. Nosotros mantenemos el nombre en francés. < <

[12] Los principales poblados indios aún reciben el nombre de «castillos» por parte de los blancos de Nueva York. Así, el «castillo oneida» no es más que un campamento indio, pero su nombre es de uso cotidiano. < <

[13] El lector recordará que Nueva York fue inicialmente una colonia holandesa. < <

[14] En el habla vulgar, a los condimentos se les da el nombre de «delicias», centrándose más en el efecto logrado que en la causa en sí del mismo. Estos términos provincianos son utilizados por los personajes de acuerdo con sus diversas condiciones de vida. La mayoría son de uso local, los demás son característicos de la clase de hombres a la que pertenece el personaje en cuestión. En el caso que nos atañe, el explorador utiliza el término con referencia inmediata a la «sal», de la cual su grupo tuvo la suerte de verse provisto. < <

[15] Las cataratas de Glenn se encuentran en el Hudson, a unos setenta kilómetros por encima de la cabecera de marea, o punto en el que el río se hace navegable para los veleros. La descripción de esta pequeña, pero pintoresca e impresionante catarata, tal y como lo relata el explorador, es bastante exacta, a pesar de que las aplicaciones del agua para los usos de la vida civilizada han alterado mucho su belleza. La isla rocosa y las dos cavernas son conocidas por todos los viajeros, ya que la primera sirve para sostener el pie de un puente que hoy se extiende de un lado a otro

del río, inmediatamente por encima de la catarata. De acuerdo con las explicaciones de Ojo de halcón, debe recordarse que los hombres siempre añoran más aquello de lo que se disfruta menos. Así pues, en un territorio nuevo, los bosques y otras cosas, que en un país viejo se conservarían a toda costa, se eliminan con el pretexto de «mejorar» la situación. < <

[16] El significado de las palabras indias viene dado en gran medida por el énfasis y la entonación. < <

[17] Como puede verse, Ojo de halcón utiliza varios nombres para referirse a sus enemigos. «Mingo» y «maqua» son términos despectivos, mientras que el calificativo «iroqués» corresponde al nombre dado por los franceses. Los indios no suelen usar el mismo nombre cuando tribus diferentes se hacen referencia entre sí. < <

[18] Es una práctica tradicional que los blancos premien con medallas a indios importantes; condecoraciones que se ponían en lugar de sus primitivos ornamentos. Las que concedían los ingleses normalmente mostraban la efigie del rey, mientras que los galardones norteamericanos portaban la del presidente. < <

[19] *Muchos animales de los bosques americanos recurren a estos lugares, donde se encuentran fuentes salinas. Estas reciben el nombre de «lamederos» en la jerga del lugar, dado que el cuadrúpedo a menudo tiene que lamer el suelo y así poder ingerir las sustancias salinas que le son necesarias. Tales puntos son muy populares entre los cazadores, quienes aguardan a sus presas cerca de los caminos que dan hasta estos lugares. < <

[20] El escenario de estos incidentes coincide con lo que es hoy en día el pueblo de Ballston, uno de los dos lugares preferentes que existen en Norteamérica para la obtención de aguas minerales. < <

[21] Pocos años antes de escribir estas líneas, el autor practicaba tiro en las proximidades de las ruinas del fuerte Oswego, situado en las orillas del lago Ontario. Estaba cazando ciervos a lo largo de más de setenta y cinco kilómetros continuos de tierra boscosa. De repente se encontró con unas seis u ocho escaleras de madera abandonadas a una corta distancia unas de otras. Eran muy rústicas y estaban deterioradas por el paso del tiempo. Preguntándose cómo

habían ido a parar allí, se lo mencionó a un anciano residente del lugar.

Durante la guerra de 1776, el fuerte Oswego estaba en manos británicas. Una expedición había sido enviada desde más de trescientos kilómetros para asaltar esta fortaleza. Al parecer, los americanos se percataron de que les esperaban cuando aún faltaban dos o tres kilómetros más. Habiendo perdido la ventaja de la sorpresa y corriendo grave peligro de ser aniquilados, se despojaron de sus escaleras de asalto y se retiraron rápidamente. Las escaleras habían permanecido en ese mismo lugar durante treinta años. < <

[22] El barón Dieskau, un alemán al servicio de Francia. Algunos años antes del periodo en el que se sitúa este relato, el mencionado oficial fue derrotado por Sir William Johnson, de Johnstown, Nueva York, en las orillas del lago George. < <

[23] Obviamente, el difunto De Witt Clinton, que murió siendo gobernador del estado de Nueva York en 1828. < <

[24] Los testimonios acerca de cuántos cayeron en este desafortunado incidente varían en número desde quinientas a mil quinientas personas. < <

[25] Las cualidades del ruiseñor americano son bien conocidas, pero el auténtico pájaro de esta estirpe no se encuentra tan al norte como el estado de Nueva York. En esta zona hay dos clases de ave muy parecidas al ruiseñor; una es el «catbird», el cual se corresponde con el que hace referencia el explorador, y otra es el pájaro vulgarmente conocido como «revuelve-tierra». Cualquiera de los dos es superior a la golondrina y al mirlo, aunque, en general, los pájaros americanos son menos cantores que los de Europa. < <

[26] Las bellezas del lago George son bien conocidas para cualquier turista americano. En lo que se refiere a la altura de las montañas que lo rodean, así como en instalaciones artificiales, es inferior a los mejores lagos suizos o italianos, los iguala en su forma y en la pureza de sus aguas, y es superior a todos ellos juntos en el número y disposición de sus islas e isletas. Se dice que hay cientos de islas a lo largo de una extensión de agua que cubre más de cuarenta y cinco kilómetros. Los pasos estrechos que ponen en contacto dos

cuerpos de agua que bien pueden llamarse dos lagos rebosan en islas hasta tal punto que deban pasadizos muy estrechos entre ellas, la mayoría de pocos metros de ancho. El lago mismo varía en su envergadura: desde un kilómetro y medio hasta cuatro y medio varía su anchura total.

El estado de Nueva York sobresale por el número y la belleza de sus lagos. Uno de sus límites coincide con la vasta superficie del lago Ontario, mientras que el lago Champlain se extiende a lo largo de más de ciento cincuenta kilómetros de otra de sus delimitaciones. Oneida, Cayuga, Canandaigua, Seneca y George son todos lagos de más de cuarenta y cinco kilómetros de largo, mientras que los de tamaño más pequeño son innumerables. En las orillas de la mayoría de estos lagos se asientan hoy en día numerosos poblados de gran belleza, y por las aguas de muchos de ellos circulan barcos de vapor. < <

[27] «Yengeese» y «yengee» son palabras que se refieren al hombre blanco de origen anglosajón. Estos términos están relacionados con el vocablo «yankee» en inglés, que serviría para hacer alusión a los habitantes de las colonias americanas por parte de los británicos. < <

[28] Tales diálogos con los animales eran frecuentes entre los indios. A menudo, si se dirigían a ellos de este modo, o en respuesta a un reproche por una actitud de cobardía, era para encomendarse a sus influencias positivas, buscando fortaleza o resistencia al sufrimiento. < <

[29] «Succotash» es el nombre que recibe un plato compuesto por maíz triturado y legumbres, muy popular también entre los blancos. < <

[30] En ocasiones, los americanos llaman a su santo tutelar Tamenay, una variación del nombre del famoso jefe del que se habla aquí. Existen numerosas tradiciones orales que mencionan la persona y el poder de Tamenund. < <

[31] El Gran Espíritu. < <

[32] William Penn recibió el nombre de Miquon por parte de los

delaware, y dado que nunca utilizó la violencia ni la injusticia contra ellos, su probada reputación se hizo legendaria. El americano está en su derecho de sentirse orgulloso de los orígenes de su tierra, la cual probablemente no tenga igual en toda la historia de la humanidad; pero el que es natural de Pennsylvania o New jersey tienen más razones para enorgullecerse de sus ancestros que cualquier otro individuo nacido en otro estado de la nación, dado que en estos lugares no se les hizo ningún daño a los antiguos dueños de la tierra. < <

[33] Tortuga. < <

[34] Un árbol al que se le haya arrancado su corteza se dice, en el lenguaje del campo, que ha sido «abrasado». El término proviene del inglés, ya que a un caballo con mancha blanca también se le denomina como abrasado. < <

[35] El bosque americano permite el paso de caballos, al haber poca vegetación de baja altura y pocos obstáculos en el suelo. La idea de Ojo de halcón es la que ha demostrado ser más eficaz a la hora de entablar batalla los blancos contra los indios. Wayne, durante su célebre campaña sobre el Miami, recibía el fuego de sus enemigos en línea; luego hacía que sus dragones rodearan sus flancos, provocando así que los indios salieran de sus escondrijos sin darles oportunidad para volver a cargar sus armas. Uno de los jefes indios más observadores que tomó parte en la batalla del Miami le aseguró al autor de esta obra que los pieles rojas no podían contener el ataque de los guerreros de los «cuchillos largos y los calcetines de piel» —refiriéndose con estos calificativos a los miembros de los dragones, armados con sables y calzados con botas de montar—. < <

[36] Matthew Lewis publicó su novela gótica The Monk (El monje) en 1796. Al margen de otras consideraciones críticas, el pasaje de la muerte del personaje principal constituye una de las escenas con mayor fuerza de toda la literatura de la época. < <

[37] La guerra franco india (1754 1760) constituyó la última guerra intercolonial en territorio americano. Las tropas francesas y las inglesas lucharon entre sí por el control del valle del río Ohio, ayudadas unas y otras por diferentes tribus indias. La paz,

negociada por vía diplomática, llegó con el Tratado de París, en 1763. < <

[38] (3) El periodo denominado «democracia jacksoniana» corresponde al mandato de Andrew Jackson como Presidente de los Estados Unidos, entre 1828 y 1836. Jackson, héroe de guerra y de origen humilde, representaba el espíritu del oeste, asociado con «los pioneros», y fue defensor y prototipo del mito del «hombre común». La presidencia de Jackson representó un cambio sustancial respecto a la «aristocracia de poder» ejercida por los políticos y presidentes anteriores. < <